IRENEO PAZ

MINA

DP202
.M55
P38
1890

1020000665



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



107189

LEYENDAS HISTÓRICAS

—DE LA—

INDEPENDENCIA

ESCRITAS

POR

IRENEO PAZ.

LEYENDA QUINTA

MINA

SEGUNDA EDICION.

MEXICO,
IMPRENTA, LIT. Y ENCUADERNACION DE IRENEO PAZ
Callejon de Santa Clara número 6.
1890

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO FERNANDO DÍAZ RAMÍREZ

DP202
.M55
P38
1890

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO I

EL PROLOGO

Era uno de los dias mas nebulosos y mas frios del mes de Enero de 1816, cuando en una casita de los bordes del Támesis, cuyo caudaloso rio se encontraba oscurecido por las nieblas, se veian dos hombres tomando calor ante una chimenea bien alimentada con grandes leños, el uno anciano casi, completamente vestido de negro, y el otro bastante jóven, dibujándose en su fisonomía la impaciencia del atrevimiento y en sus miradas siempre rápidas para fijarse en todo, el deseo de salir de alguna situacion embarazosa.

Por mas que todas las vidrieras de la casa estuvieran herméticamente cerradas y por mas que el fuego hubiera ya dado un ambiente tibio á la habitacion. no se podia evitar que entraran algunas rachas heladas; pero á pesar del frio que era intenso, el jóven

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solia abandonar la chimenea, dar algunos pasos en varios sentidos, llegando á penetrar á los cuartos contiguos que no tenian lumbre y aun á abrir las hojas de algunas de las ventanas, demostrando en todos sus movimientos una manifiesta contrariedad y deseos evidentes de salir de aquella inaccion.

—¡Qué tiempo! ¡qué tiempo este! murmuró volviendo á sentarse frente á la chimenea y restregándose las manos.

—Es el tiempo ordinario de Lóndres, hijo mio, hasta en los meses que no son de invierno. Ahora será raro que no dure esta escarcha otros quince dias.

—Y con esa maldita niebla que no deja ver con claridad, no digo el Támesis, pero ni las casas que están aquí al lado, es para renegar.

—Pregúntamelo á mí que llevo aquí cuatro inviernos.

—Pero este es un tiempo perdido para los negocios.

—No tanto: los ingleses están ya tan acostumbrados á este frio y á estas nieblas, que casi no se aperciben de que unos temporales sean mas fuertes que los otros. Ellos siempre salen si tienen urgencia de salir, y si no la tienen, Dios les ha dado la calma necesaria para saber esperar un dia, una semana y hasta seis meses.

—Pues lo que es ahora no vendrá la persona que espero.

—Segun, hijo mio, si el negocio que tiene que

tratar contigo le interesa á él, sí vendrá; pero si solo tiene interes para tí, cuenta por seguro que lo difiere.

—Es que los ingleses nunca faltan á las citas, observando en ellas la puntulidad debida.

—Eso es segun y conforme.

—Por lo que respecta á mi ingles, si yo supiera donde encontrarlo, yo lo buscaria.

—¿Tánta urgencia tienes ahora de hablarle?

—Sí, porque queria salir de aquí mañana, ó cuando mas tarde, pasado mañana.

El anciano vestido de negro, y decimos anciano no porque lo fuera realmente, sino porque de un modo prematuro se le habian ausentado la mayor parte de los cabellos y porque tenia ya muy marcadas las arrugas en su huesosa fisonomia, se estremeció al oir aquellas palabras y solo pudo murmurar:

—¡Tan pronto!

—Sí, padre, contestó el jóven impaciente, ya llevamos muchos meses perdidos de la manera mas lastimosa.

—El caso es que para dar nuestros primeros pasos en terreno mas sólido debiamos esperar algunas noticias.

—Yo no espero mas por mi parte.

—Ni yo tampoco; pero te hacia tal reflexion por el bien de todos y para que no fracase la empresa.

—Tengo el presentimiento de que no ha de fracasar.

—Yo quisiera que pudiéramos apoyarnos en algo mas firme que los presentimientos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Bah! exclamó el jóven levantándose otra vez del sillon y empezando á dar vueltas, harta fé tengo en mi propio brazo y en el valor de mis compañeros.

—El caso es que no se trata solo de llegar y sentarse á la mesa puesta.

—Lo sé, señor doctor, lo sé muy bien: nuestra empresa estará erizada de dificultades; pero precisamente debemos acometerla cuanto antes á fin de que aquellas no se hagan mayores.

—Hace cuatro ó cinco años, cuando no habia ningun rey Fernando, la cosa no solo no podia tener grandes tropiezos, sino que podia considerarse en extremo sencilla.

—Ahora lo mismo.

—No lo creas, Francisco, ahora debe haber decaido el espíritu con el cambio tan fundamental que se ha operado en toda España.

—Yo tengo acá mis planes, que me parecen tan buenos, que me inspiran la mayor confianza.

—Yo tambien la tengo en tu prematura experiencia, en tu decision, en tu nombre lleno ya de gloria y alguna auuque no tanta en tus compañeros; pero he sufrido ya muchos golpes en mi carrera de infortunios y como es natural temo que las fuerzas me falten para recibir otros.

—¡Ah, doctor! dijo su interlocutor en medio de una sonrisa un tanto burlona, un tanto sarcástica y otro poco de compasiva, usted de buena gana querria que llegáramos al término de nuestras miras sin tener que arrollar ningun obstáculo.....

—No me has comprendido, Francisco, contestó el doctor con calma, la misma larga navegacion que vamos á emprender no carece de riesgos, una vez que no podremos adquirir barcos de alto porte para hacer frente á las tempestades; no tengo miedo á otra cosa sino á que no sepamos ó no podamos sacar el mayor fruto de nuestros sacrificios.

—Comprendo, comprendo, contestó el jóven á quien el doctor daba el nombre de Francisco, usando de su tono siempre impaciente y cuya impaciencia no solo se manifestaba en sus palabras á veces arrebatadas y sin ilacion sino por sus movimientos, observándose que no podia guardar una sola postura por mas de medio minuto; y tan comprendo, que si en mi mano estuviera no haria otra cosa que lo que usted con su gran sabiduria me está aconsejando desde que le comuniqué mis proyectos.....

—Consejos que fueron aceptados con gran entusiasmo.

—Pero no estamos en circunstancias de obrar á nuestro gusto, sino de dejarnos llevar un poco del azar, una vez que no tenemos elementos propios.

—¡Psé! murmuró el doctor.

—Usted sabe que esto que tenemos ó vamos á tener, nos viene como llovido del cielo..... porque ¿qué éramos nosotros cuando nos conocimos?

—Unos pobres emigrados..... y por mi parte lo digo, sin mas perspectiva que la de morir en un hospital tan pronto como me abandonara la caridad de unos cuantos compadecidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Yo no puedo decir otro tanto, porque desde que llegué aquí tuve una acogida que no me esperaba, viéndome altamente protegido tanto por el gobierno ingles como por los particulares; pero esta situacion por bonancible que sea, no puede prolongarse, porque es fatigosa en medio de su misma explendidez, al grado de hacerme preferir, á sostenerla por mas tiempo, ir á buscar la muerte en una aventura que solo con grandísima suerte podrá tener buenos resultados.

—Hé allí que venimos á parar en lo mismo que yo decía antes: ¿qué necesidad hay de apresurarse en hacer lo incierto cuando esperando un poco se pueden dar pasos completamente seguros?

—Diré á usted, doctor, para terminar este punto, que deseo no volvamos á tocar en los dias que permanezcamos reunidos, en primer lugar que estoy comprometido y no puedo ni esperar ni retroceder; en segundo lugar, que mi carácter violento me impide permanecer aquí de ocioso sin morirme del spleen que mata á tantos ingleses, y en tercero y último lugar, que ya me formé yo mismo mi resolucion de ir adelante suceda lo que sucediere y que soy tan resuelto cuando me trazo un plan de conducta, que solo muerto dejaré de cumplirlo: así es, que son inútiles todos los razonamientos en contra de mis determinaciones y por lo mismo le vuelvo á rogar que no los emita.

—Se hará lo que tú quieras, contestó el doctor en medio de un suspiro arrancado por el despecho, ya

sabes que yo me he puesto á tus órdenes como tu último soldado y no como tu consejero.

El jóven que habia pronunciado el discurso que motivara esta contestacion, hizo un cambio rápido en su fisonomia y como arrepentido de haber estado quizás demasiado duro con el doctor, se volvió á él, le cogió una mano cariñosamente y le dijo con el tono mas blando que pudo:

—Despues que salgamos de estas incertidumbres, cuando nos encontremos ya en el teatro de los sucesos, usted, mi respetado y querido doctor, dispondrá de mí como guste; no haya miedo de que desconfié en lo mas mínimo de su cariño, ni de su experiencia, ni de nada de lo que forma su gran carácter; pero ahora déjeme á mí la direccion de todo este negocio hasta que logre ponerlo en puerto seguro. Por mas cansado que esté de mis penas, por mas aburrido que me sienta en medio de esta violenta situacion, siempre tengo algun amor á mi vida, siempre me animan os deseos de satisfacer una venganza y de alcanzar una poca de gloria.

Un relámpago cruzó por la mirada del doctor, quien á su vez oprimió la mano del jóven apresurándose á decirle:

—Bien, hijo mio, bien: estoy completamente á tus órdenes. Ahora apresúrate á recibir á tu inglés que ya está haciendo tocar la campanilla.

—¿Será él?

—¿Quién otro ha de venir con este tiempo?

Y el jóven salió apresudamente á un saloncito que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tambien tenia una chimenea encendida, en el cual órdenó que se introdujera al recien venido. Cerró las dos puertas con sus picaportes y celebró con el desconocido una conferencia que duró una hora larga, al cabo de cuyo tiempo apareció de nuevo en la alcoba que ocupaba el anciano y el cual permanecia en la misma actitud soñolienta en que lo habia dejado.

Todas las nubes de impaciencia y de contrariedad que aparecian antes en el rostro del jóven se habian disipado completamente, mostrándose ahora con un regocijo que ni siquera trataba de disimular.

—En fin, dijo, ocupando el sillon que habia quedado vacio al otro lado de la chimenea, podremos salir dentro de tres dias si queremos, porque todas las dificultades que me temia han sido del todo allanadas.

—¿Quiere decir que tenemos buques y dinero?

—Tenemos una buena embarcacion que es por ahora todo lo que necesitamos y los fondos suficientes para proporcionarnos cuanto queramos mas adelante.

—¿Los fondos suficientes, dices?

—¡Veinte mil libras!

—¡Ah!

—¿Para qué queremos más?

—Todo lo contrario: me parece que es un capital enorme.

—Y sin embargo, todo eso que parece que es mucho desaparecerá cuando empecemos apenas á dar los primeros pasos, porque nada absorve tanto dinero como esa clase de empresas.

—Sin embargo, hijo mio, sin embargo.....

—Sin embargo, agregó el joven sonriendo, todavia tengo esperanzas de aumentar en otra tercera parte ese fondo en los tres dias que he designado para nuestros preparativos, si hay otras dos casas siquiera que, segun me han ofrecido, se asocien á nuestro proyecto.

—¿Y nuestros compañeros?

—Tenemos hasta treinta, de alguna importancia, completamente comprometidos; pero aguardo que al husmo del dinero se nos unan otros tantos de los que aún vacilan.

—Yo creo que debes limitarte á los primeros y desconfiar siempre de los segundos, porque los hombres qne se muestran irresolutos una vez, pueden fácilmente volver á las andadas.

—Hay algunos entre los últimos que nos serian de grande utilidad.

—Obra como gustes y, perdóname que no me abstenga de opinar, por la costumbre que he tenido siempre de externar libremente mi parecer, lo cual ha sido para mí el semillero de mis desgracias. Si me hubieran enseñado á callar como tantos otros que aprueban con sumision cuanto se les dice, no hubiera sufrido tantas miserias y calamidades como he tenido que sufrir como cuando fué mi carácter impetuoso y altivo muchas veces contra mi propia conservacion.

—Ahora, doctor mio, exclamó el jóven desentendiéndose de lo que acababa de oir, vamos á aprovechar lo mejor que se pueda estos tres dias, usted ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reglando nuestros papeles para que salgan á producir su efecto cuando se necesite y yo á alistar mi gente y todo cuanto falta para que por ningun motivo se entorpezca nuestro largo viaje.

—¿Vas á salir á la calle?

—Es claro. Los momentos que nos quedan son preciosos y es indispensable saber aprovecharlos.

Diciendo esto tomó su sombrero, se envolvió en su capa y se separó del anciano, que por su parte tambien se levantó para dedicarse al trabajo.

Ya el lector habrá comprendido quiénes eran estos dos hombres: el mas jóven era el oficial español D. Francisco Javier Mina y el de mayor edad el Dr. mexicano D. Servando Teresa de Mier, que se habian encontrado en Lóndres, que se habian entendido y que á la sazon se estaban preparando para armar una expedicion en contra del gobierno sostenido por la monarquia española en la Nueva España y á favor de los caudillos que habian proclamado en este territorio la independencia.

CAPITULO II.

CONSPIRACION.

Aunque el impaciente Mina hizo cuantos esfuerzos estuvieron á su alcánce para dejar pronto el suelo de Inglaterra en donde permanecia en una inaccion que pugnaba con su carácter, todavia tuvo que esperar cuatro meses, ya fuera para proporcionarse los fondos necesarios que no tan fácilmente salian de las cajas de los comerciantes, ya fuera cediendo en parte á las reflexiones del Dr. Mier, que hombre experimentado y conocedor del terreno que iban á pisar, queria instruirse de la situacion que guardaba la Nueva España para que aquellos esfuerzos no fueran á estrellarse desde el principio mismo de las operaciones en caso de proceder con imprudencia. Si con el tiempo trascurrido perdieron la oportunidad de presentarse en accion en los momentos en que el gobierno de Calleja estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reglando nuestros papeles para que salgan á producir su efecto cuando se necesite y yo á alistar mi gente y todo cuanto falta para que por ningun motivo se entorpezca nuestro largo viaje.

—¿Vas á salir á la calle?

—Es claro. Los momentos que nos quedan son preciosos y es indispensable saber aprovecharlos.

Diciendo esto tomó su sombrero, se envolvió en su capa y se separó del anciano, que por su parte tambien se levantó para dedicarse al trabajo.

Ya el lector habrá comprendido quiénes eran estos dos hombres: el mas jóven era el oficial español D. Francisco Javier Mina y el de mayor edad el Dr. mexicano D. Servando Teresa de Mier, que se habian encontrado en Lóndres, que se habian entendido y que á la sazon se estaban preparando para armar una expedicion en contra del gobierno sostenido por la monarquia española en la Nueva España y á favor de los caudillos que habian proclamado en este territorio la independencia.

CAPITULO II.

CONSPIRACION.

Aunque el impaciente Mina hizo cuantos esfuerzos estuvieron á su alcánce para dejar pronto el suelo de Inglaterra en donde permanecia en una inaccion que pugnaba con su carácter, todavia tuvo que esperar cuatro meses, ya fuera para proporcionarse los fondos necesarios que no tan fácilmente salian de las cajas de los comerciantes, ya fuera cediendo en parte á las reflexiones del Dr. Mier, que hombre experimentado y conocedor del terreno que iban á pisar, queria instruirse de la situacion que guardaba la Nueva España para que aquellos esfuerzos no fueran á estrellarse desde el principio mismo de las operaciones en caso de proceder con imprudencia. Si con el tiempo trascurrido perdieron la oportunidad de presentarse en accion en los momentos en que el gobierno de Calleja estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan entretenido con Morelos y demas caudillos de la independencia que, ó perecieron ó se hundieron en la nada en aquel entonces, en cambio ese mismo tiempo les sirvió para conocer á ciencia cierta los elementos que quedaban en pié de una y otra parte, comprendiendo que hacia falta á la vez un hombre atrevido, de genio militar y activo en sus movimientos que fuera á sustituir al gran Morelos que acababa de perecer y que desde mucho antes habia muerto moralmente, para recoger todos aquellos elementos dispersos con los que indudablemente podia asegurarse el éxito de la revolucion, con tal de que al nuevo caudillo se le diera un corto respiro para organizarlos.

Con las noticias que estuvieron recibiendo bastante detalladas, hasta donde era posible dada la dilacion con que les llegaban, y la manera poco segura con que se comunicaban, pues casi solo se dejaban circular las favorables á la monarquia de España y á sus autoridades establecidas en América, y haciendo uso de cartas geográficas imperfectas, el Dr. Mier y el general Mina, á quien desde hoy daremos este título porque era el que iba á tomar al entrar en campaña, formaban sus cálculos y establecian sus itinerarios, teniendo siempre encima de la mesa que les servia para su despacho, perfectamente delineados sus planes de campaña, modificándolos de cuando en cuando por las noticias informes que les llegaban.

Hasta el 4 de Marzo de 1816 tuvo el gusto Mina de encontrarse á bordo de una fragata inglesa que fletó por su cuenta, siendo sus compañeros de expedicion por entonces el Dr. Mier, dos oficiales ingleses que querian correr aventuras en América y otros treinta individuos, en lo general militares avesados á los peligros, de nacionalidad española é italiana.

Despues de los pocos dias que necesitaron de permanencia en Liverpool para proveerse de agua, de víveres y de algunas armas, se hicieron á la vela la mañana del 9, recibiendo la órden el capitan de dirigir la proa al puerto mas próximo de los Estados Unidos, evitando, aunque llevaran bandera inglesa, darse á conocer á los buques de guerra españoles que cruzaban mas frecuentemente que ahora aquellos mares.

Nunca faltan percances cuando se hace una larga navegacion, de suerte que á bordo de la fragata inglesa "Frosward" en que iban Mina y sus compañeros, por fuerza tenia que pasar alguna cosa extraordinaria. Esta fuá la siguiente, que pudo considerarse como una nubecilla en el océano, sin mas posteriores consecuencias:

Habia dispuesto Mina tanto para establecer la disciplina durante la navegacion, como para que el tiempo no se perdiera del todo conservándose la obediencia entre sus subordinados y practicándose á la vez algo de milicia, que se hiciera un servicio regular como si se hubiera ya entrado en campaña, y con ese propósito habia nombrado un capitan, un sargento y algunas otras clases, teniendo los demas de sus com-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pañeros que hacer una guardia constante con las formalidades posibles.

Cuando el tiempo era bueno se reunian ademas sobre cubierta y tenian allí una especie de academia en que se practicaban los ejercicios de las armas y se daba la instruccion que permitia la época sobre las maniobras de los ejércitos y los deberes de los individuos consagrados á la noble profesion militar. Esto hizo que se esparciera cierto disgusto, dando lugar á que los mas apáticos y los mas dados á la holganza murmuraran de aquel recargo de trabajo sobre las molestias de la navegacion; encabezando las manifestaciones de disgusto un oficial español llamado Pedro Liaño, que habia jurado que el primer dia en que no estuviera de humor daria por su parte la muestra que tuviera por conveniente de rebelion, siempre que otros se comprometieran á secundarlo.

—Todos te secundaremos, le habia contestado un jóven catalán de los mas vivarachos de la partida, pues que nosotros somos voluntarios y no forzados, no debiéndose obligarnos á mas que á aquello que nosotros queramos de buen grado.

Otros varios ofrecieron así mismo hacerle coro cuando llegara el momento de un motin, que todos se pusieron á esperar con ansiedad.

Cuando Liaño consideró que la conspiracion estaba bien urdida y que el apoyo de los mas se sobrepondria á las exigencias del general, despues de armarse él mismo y aconsejar á los demas que llevaran algunas armas que fácilmente pudieran ocultarse, una

tarde en que se oyó la campana que los convocaba para reunirse sobre cubierta, fué de los primeros en presentarse, advirtiendo á los conspiradores que iba ya dispuesto á armar la tormenta.

—Señores, les dijo Mina luego que notó que estaban todos reunidos en el lugar designado, segun me ha dicho el capitan de la embarcacion, no nos faltan mas que cuatro ó cinco dias para abordar á la playa de los Estados Unidos, de manera que hoy en vez de nuestros ejercicios habituales voy á hacer á ustedes algunas recomendaciones sobre la conducta prudente que debemos observar mientras permanezcamos en pais extranjero.

Al oir esta introduccion muy diferente de la que todos esperaban, pues lo que querian era que se hiciera algun ejercicio militar para que estallara la bomba, los mas depusieron su actitud hostil con que se habian apresurado á presentarse, considerando muy justo que el gefe se preocupara de lo que habia de hacerse luego que se saltara en tierra; pero como Liaño habia bebido un poco de aguardiente para entonarse y estaba muy léjos de entrar en ningun género de consideraciones, fué el primero en interrumpir á Mina diciéndole con tono destemplado:

—Nosotros no somos chiquillos para que á toda hora y sobre todas materias se nos venga dando lecciones.

—¡Silencio! exclamó Mina, no queriendo por de pronto apagar con su diligencia habitual aquel relámpago de insubordinacion, sintiéndose con la proximi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad del término de su viaje muy inclinado á la clemencia, y óiganme bien los que tengan confianza en su gefe, pues que se trata de un punto que me parece de la mayor gravedad.....

—No estamos dispuestos á oir sermones, sino á reclamar alguna recompensa por el engaño que se nos ha hecho, porque habiéndosenos ofrecido que desembarcariamos en Nueva España donde seriamos recibidos con los brazos abiertos, vamos á arribar á un pais extraño en donde sabe Dios la suerte que se nos tendrá deparada.

—¿Pero qué significa esto? preguntó Mina fijándose ya en el tono desenvuelto y casi ofensivo que se notaba en el subalterno que le interrumpia de un modo tan descortes el uso de la palabra.

—Significa, Sr. Mina, contestó el oficial, porque no puedo darle el nombre de general porque no lo es, ni menos el de brigadier ni el de nada porque ya no pertenece al ejército español, significa que ya no queremos seguir bajo una bandera que viene oculta en las bodegas de esta barca como si en lugar de ser soldados valientes fuéramos una horda de fascinerosos.

Diciendo esto Liaño paseó una mirada entre sus compañeros como exigiéndoles que secundaran aquel movimiento revolucionario, pero todos continuaron guardando silencio.

Mina que observó esta mirada y que pudo comprender en el acto que un hombre solo era difícil que

se atreviera á tanto y que aquello no era sino el resultado de algunas inteligencias que pudieran existir de antemano entre sus compañeros, con toda rapidez se precipitó sobre el oficial rebelde y cogiéndolo por el cuello con una fuerza extraordinaria, le dijo con voz que dominaba el ruido de las olas:

—¡Miserable! vas á obligarme á que te arroje al agua por desleal y traidor.

—¡General! exclamó el oficial catalan, seguido de otros dos que tambien quisieron hacer causa comun con Liaño, ese no es el procedimiento que debe observarse con los oficiales del ejército español.

Mina soltó del cuello á Liaño para atender á los otros que avanzaban hácia él en actitud amenazadora y temeroso de que cundiera aquella rebelion que se iniciaba, la que podia tener algunas ramificaciones, dijo con toda serenidad dirigiéndose á los demas que habian permanecido mudos testigos de esta escena:

—A mí los hombres fieles y dignos, á mí los que no quieran mancharse con el crímen de desobediencia en los instantes mismos en que comenzamos esta gloriosa campaña.

Los primeros que se le unieron luego fueron los dos ingleses, tras ellos los italianos y en seguida los españoles con excepcion de aquellos cuatro que ya no podian retroceder por mas que se vieran abandonados de sus compañeros.

—¡Ah! no me habia engañado, exclamó Mina con los resplandores de la mayor satisfaccion pintada en el semblante, mis verdaderos amigos no son capaces

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de abandonarme y con ellos estoy seguro de poder ir á donde quiera acometiendo las mas extraordinarias empresas, y mucho menos pueden abandonarme ahora cuando no han recibido de mi parte mas que muestras de cariño y consideracion. Gracias, señores, gracias. En cuanto á ustedes que no han esperado á encontrarse en los verdaderos peligros para manifestarse viles y cobardes, no puedo darles aquí mayor castigo que mi desprecio. Podia cargarlos de cadenas ó darles garrote como mejor me conviniera, podia mandarlos ahorcar de un mástil ó arrojarlos al mar con una bala de cañon en el cuello, podia aplicarles un castigo que fuera para siempre ejemplar y me evitara en lo sucesivo de otros disgustos de esta especie; pero no quiero cargar una responsabilidad que no pesaria nada sobre mi conciencia porque cualquiera pena seria merecida, ni quiero acostumbrarme á ser severo en mis decisiones, cuando deseo que la conviccion y la amistad sean los únicos móviles en las acciones de los que me siguen. De hoy en adelante no pertenecen ustedes á mi ejército y al saltar en tierra serán libres de irse á donde mejor les acomode.

Despues de este discurso que no fué contestado por los rebeldes, sino con las muestras de la mayor sumision, pues que inclinaron la cabeza y hasta el mas jóven llegó á derramar algunas lágrimas, Mina continuó tranquilamente dando sus instrucciones sobre la conducta que debia observarse despues que hubieran desembarcado en el puerto de los Estados Unidos, en

que debian ya preparar su expedicion para la Nueva España con toda formalidad, pero en medio del mayor sigilo.

El Dr. Mier, ocupado en revisar sus manuscritos, supo en su cámara que algo extraordinario pasaba sobre cubierta y armàndose con lo primero que halló á la mano, subió á participar de la suerte de su amigo Mina, presentándose allí en los momentos en que los cuatro oficiales rebeldes se retiraban cabizbajos y avergonzados, bajo el peso de la reprobacion de sus compañeros que habian considerado poco oportuno el momento que habian escogido para hacer una reclamacion que hubieran deseado se hiciera en términos mas razonables y amistosos. Se le puso en pocas palabras al corriente de lo que pasaba, y cubriéndose la cara con ambas manos, exclamó de manera que todavia aquellos pudieron escuchar algunas de sus palabras:

—¡Jesus! ¡Jesus! Ni entre los apóstoles que solo eran doce, ni entre los tripulantes de Colon que eran catorce, ni ahora que somos un pobre puñado de hombres que apenas comenzamos á dar los primeros pasos en una empresa gloriosa, han podido faltar díscolos y traidores. ¡Qué vergüenza! Cuando todos vamos á exponer nuestra vida en cosas tan grandes, señalarnos como indisciplinados por motivos tan frívolos que indican pobre espíritu y falta de caballerosidad! ¡qué indigno comportamiento!

—Calma, querido doctor, le dijo Mina sonriéndose, por fortuna no ha sido mas que un relámpago de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

insurreccion que se ha extinguido al primer conjuro y que espero en Dios no se repetirá.

—No, no se repetirá, exclamaron á una todos los oficiales que lo rodeaban.

—Señores, les dijo en respuesta á esta expontánea manifestacion, pronto vamos á saltar en tierra, de aquí á allá hay tiempo de reflexionarlo bien para seguir acompañándome. Todos quedan desde este momento libres de su compromiso, todos me han tratado, me conocen ya bien y saben si me consideran ó no capaz de llevar adelante la empresa. Los que no quieran continuar á mi lado pueden quedarse donde les parezca y aun tendrán los recursos indispensables para su viaje si quieren regresar á Europa; pero yo lo que deseo es que todos estén contentos, que conmigo solo vayan los que estén dispuestos á participar de los peligros que yo corra, de los sacrificios que tengan que hacerse, así como de los beneficios que la santa causa que vamos á defender nos pueda proporcionar. Los primeros pasos que tengamos que dar en el territorio americano en donde vamos á presentarnos como combatientes, estarán llenos de dificultades; la muerte se cernirá dia á dia sobre nuestras cabezas; pero una vez que á fuerza de energia y de resolucion logremos fijar nuestras banderas en el centro del pais, nuestro será el triunfo y nuestra será la gloria. No tengo mas que decirles si no que lo mediten para que se resuelvan ó no á seguirme, pero una vez que estemos en campaña ya no habrá otra norma que la disciplina militar.

Todos los que estaban allí manifestaron que ya sabian todo lo que se les esperaba cuando se habian enganchado y que estaban dispuestos á morir al lado de su caudillo.

El Dr. Mier se enterneció y derramó algunas lágrimas.

Aquella escena que habia comenzado amenazando ser trágica, concluyó en medio de las protestas mas ardientes de adhesion, ofreciendo todos ser leales y prudentes para lo sucesivo.

Cuando Mina y Mier se encontraron solos en su camarote, completamente dividido de todos los demas, y el cual era vigilado de dia y de noche por dos criados de la mayor confianza, dijo el primero al segundo:

—De buena hemos escapado, doctor, porque segun lo que he podido comprender habia una conspiracion tramada en toda forma.

—¿Será posible?

—Sí, señor: casi todos tenian ocultas sus armas y noté claramente que Liaño dirigia á los demas miradas de reconvencion porque no se apresuraban á secundarlo. El plan les ha abortado ahora de un modo providencial; pero debemos estar alerta para que no se repita, porque en otra vez ya no hablarán sino que se nos echarán encima con puñal en mano.

—¡Increible! ¡increible! murmuró el buen doctor.

—Y yo lo que presumo es que no quieren tanto nuestras vidas como nuestro dinero y despues pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentarse á la corte á reclamar el precio de su infamia.

—Sí, sí, repitió el doctor, eso es abominable.

Entonces lo que hicieron ambos fué rodearse de los ingleses é italianos y ejercer en los españoles en los dias que siguieron la mas estricta vigilancia hasta que saltaron en tierra en Norfolk (Virginia) en los últimos dias de Julio.

Al dia siguiente mandó llamar Mina á los oficiales descontentos para darles dinero con que regresaran á su patria; pero le contestaron que en la misma noche habian dejado los cuatro reunidos aquella poblacion.

—Es necesario apresurarnos, dijo el Dr. Mier, porque estos van á poner en planta contra nosotros alguna nueva traicion.

Así fué en efecto, á los pocos dias se supo allí que se habian ido á presentar al ministro español D. Luis de Onis revelándole todos los planes de la expedicion y que aquel funcionario hacia las gestiones correspondientes ante el gobierno americano para conseguir la prision de Mina y de todos sus compañeros.

Inmediatamente se trasladó Mina á Baltimore, hizo que su buque fuera despachado como en viaje para San Thomas por lo que pudiera acontecer y con el sigilo que era posible se dedicó allí a reclutar gente aventurera que quisiera formar parte de la expedicion, á comprar armas y municiones y á hacer todos los preparativos que consideraba como mas indispensables para desembacar en buen pié de guerra en las playas mexicanas.

El Dr. Mier, entretanto, que poseia muy bien el ingles, fué destinado á vigilar los movimientos de las autoridades por si las gestiones del ministro español llegaban á alcanzar algun éxito.

Hé aquí con cuántas dificultades tenian que luchar en aquella época azarosa los defensores de nuestra independencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO III

¡VIVA EL CONGRESO!

Dejaremos por ahora al intrépido Mina luchando con la poderosa influencia del ministro español ante el gobierno americano y con las mil dificultades que se le suscitaban en cada paso que daba en el desarrollo de sus proyectos, para seguir hasta donde nos es posible la marcha que llevaban los sucesos en la contienda que sostenian los americanos con los agentes de la monarquia española en el territorio de la Nueva España.

Luego que fué hecho prisionero el generalísimo cura Morelos, cosa que ya se aguardaban los miembros de la Junta, pues que para darles tiempo á que escaparan habia decidido sacrificarse, segun lo expresó terminantemente á sus subalternos, ya los vencedores

conformándose en parte con tan importante presa, segun aquel lo habia previsto, poco empeño tomaron en perseguir á los fugitivos, destacando al efecto pequeñas secciones de caballeria, con instrucciones de regresar luego que por la distancia que llevaran ó por cualquier otro motivo se hiciera difícil la captura.

Pero como los oficiales subalternos sabian muy bien que obtendrian una gran recompensa por cada personaje de importancia que aprehendieran, no se limitaron á hacer una persecucion floja, sino al contrario muy ardorosa, empeñándose cada uno de los tres oficiales que mandaban las partidas de cincuenta dragones que se pusieron con tal fin bajo su mando, en dar buena cuenta de su cometido. Así es como se comprende la expresion ingénua del historiador Bustamante, miembro tambien del congreso, el cual dice que se dispersaron los vocales y que corrian *como si cada uno llevara tras de su caballo una legion de diablos.*

Lograron reunirse, no obstante que iban por distintos caminos y veredas en el punto llamado Pilcayas, á donde llegaron tambien unos treinta dispersos de los soldados mejor montados, algunos oficiales y un poco mas tarde Quintana Roo y Leona Vicario, que con diez hombres solamente habian venido defendiéndose de los que los perseguian.

La insigne heroína mexicana, sin darse un momento de reposo, excitó á las personas pacíficas de la Junta á que siguieran, sin apresurarse, la marcha hasta el rio Mixteco que tenian que cruzar para po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nerse en salvo, mientras ella con los hombres de armas se quedaria á proteger la retirada, que en esta vez debia hacerse con mayor órden, y si era posible imponiendo respeto al enemigo que no tardaria en llegar ni dos horas.

El poco tiempo que tuvo disponible, despues de dictadas las principales disposiciones para el órden de la marcha, lo empleó Leona Vicario en hacer construir una fortificacion pasajera entre dos recodos peñascosos que dominaban una hondonada del camino y allí puso emboscados veinte hombres de los que tenian armas de fuego y estaban mejor municionados, mientras ella con los restantes, que solo servian para hacer bulto pues los mas estaban sin armas y en caballos completamente destroncados, se adelantaba á formar escaramuzas para atraer el enemigo á la emboscada. Si lograba que este fuera rechazado, ya podian ganarse otras cuatro ó cinco horas mientras volvian á la carga buscando la manera de flanquear la posicion y ese era ya un tiempo precioso que podia aprovecharse para cruzar el rio Mixteco, operacion muy difícil y que si no se practicaba con calma podia dar lugar á que todos cayeran prisioneros.

—Nadie se mueva! exclamó Leona llena de un ardor marcial que todos admiraron en aquel momento supremo en que se iba á jugar el todo por el todo, nadie dispare su arma hasta que vuelva yo misma á este sitio y lo ordene, dijo á los que se quedaban emboscados; y luego poniéndose á la cabeza de aquel puñado de seres macilentos y descorazonados que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



—Ahora nosotros al encuentro del enemigo.

habia reservado, les dijo con voz tan varonil que logró animarlos y hasta comunicarles algo de su entusiasmo:

—Ahora nosotros al encuentro del enemigo: nadie que sea hombre vuelva la espalda al peligro aunque perezcamos todos, porque de esta maniobra depende que se salve la Junta y tal vez el éxito de la santa causa de la libertad que defendemos.

Y luego agregó con voz mas firme al tiempo que ya la seguian sus reducidas fuerzas victoreándola:

—No moriremos, no, porque va con nosotros la vírgen de Guadalupe que es nuestra santa protectora, la protectora de la independencia mexicana. Amigos mios, no necesitamos mas que valor y serenidad para que triunfemos.

No tardó en aparecer el grupo de realistas que venia siguiéndoles de mas cerca y que podia llegar á unos cuarenta hombres armados de lanzas y escopetas. Los demas, unos se habian quedado en el camino rezagados y otros habian tomado diversas direcciones, siguiendo las huellas que por distintos rumbos habian tomado los fugitivos; pero era fácil que todos se reunieran mas tarde y que formaran una fuerza de cerca de cien hombres, muchos mas de los que se necesitaban para destruir aquel miserable puñado de insurgentes mas dispuestos á ponerse en salvo que á disputar un triunfo que cada cual en su interior miraba como imposible.

Los realistas que lo que menos se esperaban era que

se presentara ningun enemigo á disputarles el paso habiendo presenciado la desmoralizacion en que iban huyendo, detuvieron la carrera que llevaban, siguieron otro tramo al trote y luego cuando estaban mas cerca se detuvieron á examinar el número y la clase de gente que se les oponia y despues que contaron hasta unas treinta personas unas á pié y otras á caballo, con pocas armas, pues la mayor parte solo tenian hondas, palos y malos machetes, se apresuráron á cargar sobre ellos con gran ímpetu. Poca resistencia se les hizo naturalmente, apenas diez ó doce tiros se les dispararon; y cuando vieron que los de á caballo volvian grupas y los de á pié trataban de escaparse por entre las peñas y por donde podian, considerándose como vencedores se apresuraron á seguirlos con lanza en ristre para acabar con todos los que alcanzaran segun la costumbre. Pero apenas comenzaban á dar muerte á tres de los fugitivos que por sus malas cabalgaduras no habian podido ir al par de los que acompañaban á Leona, aunque no fueran á escape, cuando sintieron una descarga á quema ropa y vieron ó les pareció ver que todas las alturas estaban llenas de insurgentes, lo cual les hizo no solo detenerse en la persecucion sino retirarse á una gran distancia despues de haber sacado con muchos trabajos á sus heridos de la hondonada que estaba dominada por los fuegos del enemigo, el cual parecia multiplicarse excitado por Leona que aparecia casi á la vez por todos los puntos de mayor peligro durante aquel momentáneo combate.

—Ahora en marcha, dijo Leona á los suyos, el enemigo ya no vendrá ó si vuelve será hasta que haya recibido refuerzos.

Y todos se apresuraron á abandonar la posicion ocultándose con las peñas para que no los pudieran descubrir los realistas.

Cuando llegó la heroina con su pequeña tropa al rio Mixteco, encontró vacilantes á los de la Junta porque se encontraba aquel muy crecido y daba pocas esperanzas de salvacion al que se atreviera á cruzarlo.

—¿Quién sabe nadar bien? preguntó Leona.

—Yo, le contestó el diputado D. Antonio Sesma.

Dando entonces el ejemplo la bella amazona hasta donde el decoro de su sexo se lo permitia, se despojó de las ropas que podian serle estorbosas y se lanzó al rio acompañada del intrépido guerrillero, quienes no sin esfuerzos ni peligros vadearon el rio llegando á la otra ribera sanos y salvos.

Los demas no quisieron ser menos que una mujer y aunque hubo peripecias que estuvieron á punto de tener un desenlace siniestro, no llegó á perderse ni una béstia, encontrándose todos reunidos ya en el lado opuesto cuando apareció de nuevo la tropa realista. Casi á la vez se dejó ver al lado de los fugitivos de la Junta, un respetable cuerpo de caballeria perteneciente á la division de Guerrero mandado á protejerla, cuya presencia bastó para que aquella diera media vuelta, persuadiendo á los oficiales que la mandaban de que por aquella vez habian errado el golpe.

Calurosas fueron las felicitaciones que recibió la intrépida Leona Vicario por haber mostrado tanta entereza y resolucion en aquel conflicto, llevándola en triunfo todos reunidos al cuartel general de Guerrero situado á un cuarto de jornada en la hacienda de Tecachi, en cuyo punto no se encontraba á la sazon el caudillo del Sur por hallarse expedicionando con el mismo fin de auxiliar al congreso; pero fué este recibido muy cordialmente por D. Ramon Sesma, padre del ya nombrado, que salió á su encuentro con un destacamento de cincuenta hombres. Lo primero de que se trató fué de tomar algun refrigerio, pues hacia cuarenta y ocho horas que ninguno habia probado alimento y todos se lanzaron con tal brio á atacar la carne asada, huevos y demas comestibles que se les sirvieron, pocos en número pero abundantes, que cada cual hacia elogios de aquella hospitalidad reputándola como un regio banquete.

Llegó pronto la noche y se apresuraron con el mismo deseo á disfrutar de un descanso que bien necesitaban, pues tampoco habian conseguido dormir ni un momento en dos noches seguidas y al levantarse tuvieron la inmensa satisfaccion de abrazar á Guerrero, que con todo y su natural huraño y su fisonomía un tanto dura y grave, derramó muchas lágrimas al saber de un modo cierto cual habia sido la suerte del gran Morelos.

—Es una pérdida para nosotros, exclamó, que no podremos reparar fácilmente, y mas sensible en estos momentos en que su falta completa no podrá menos que

producir algun desconcierto en nuestras filas. Ya bastante era que no mandara ejércitos, sea porque así fuera mas conveniente ó por nuestra desgracia; pero lo cierto es que vivia entre nosotros y eso solo bastaba para comunicarnos confianza.

Se ve bien que Guerrero trataba de contener sus verdaderos sentimientos delante de la Junta, que en cierto modo, era la que tenia la culpa del papel pasivo que se impuso á Morelos y de sus últimas desgracias.

—Ahora, continuó diciendo Guerrero, despues de haber hecho grandes elogios del caudillo que habian perdido y despues de haber desahogado el inmenso dolor que le producia la suposicion de su próxima muerte que indefectiblemente le deparaban sus enemigos, ahora sus señorias pueden tomarse todo este dia de descanso con toda tranquilidad, pues permanecer mas tiempo seria imprudencia porque el gobierno ha destacado hácia esta parte todas sus fuerzas disponibles en persecucion del congreso, y mañana de nuevo emprenderemos la marcha.

—Pues qué, exclamó Alas, ¿su excelencia va á acompañarnos?

—Sin duda, yo escoltaré al congreso hasta Tepeaca segun sus deseos y allí espero dejarlo sano y salvo. Este es mi deber que ofrezco cumplir sin necesidad de que se me ordene, como súbdito fiel de la suprema autoridad.

Tan destituidos de poder se encontraban los de la Junta, tan reducidos á la nada despues que los ene-

migos los habian dispersado, destruyéndoles sus mejores elementos, que al oir al valiente Guerrero expresarse de aquella manera, que estaban muy lejos de esperar, se reanimaron visiblemente y comenzaron á proceder como vocales de la Junta que reasumian los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, discerniendo la jefatura del primero de esos poderes en la persona de D. Ignacio Alas, que estaba muy léjos de ser ni la sombra de Morelos, y reanudando sus trabajos de gobierno que por las circunstancias habian sido interrumpidos.

En esa virtud celebreron Juntas antes de ponerse en marcha, acordaron varios asuntos que consideraron de mas urgencia y despacharon correos en todas direcciones comunicando á los gefes de fuerza que los poderes de la insurreccion estaban funcionando y que muy pronto quedarian establecidos de un modo definitivo en Tehuacan á donde se dirigian para seguir dando el mayor impulso á la revolucion.

Una vez que hubieron comunicado el órden posible á los negocios públicos que tenian confiados, dieron aviso á Guerrero de que estaban listos para emprender la marcha. Este, por su parte, encomendó á algunos subalternos suyos el cuidado de mantener vivo el fuego patrio en las montañas del Sur, mientras él regresaba del largo y peligroso viaje que iba á emprender y á las doce del dia abandonaron, formados todos en el mismo orden militar que antes habia dispuesto el cuartel general del valiente caudillo suriano.

Leona Vicario no quiso aceptar ningun cargo ni ninguna consideracion en el ejército, manifestando que estaba dispuesta sin embargo á empuñar las armas siempre que se ofreciera y se redujo á ser pupila de Alas, quien la hizo acompañar de otras damas que venian allí como esposas de algunos vocales sufriendo las mismas vicisitudes.

No necesitamos repetir aquí que las mujeres y familias de los que tomaban parte en la revolucion eran perseguidas de muerte por las autoridades españolas, las que con frecuencia hicieron algunas despiadadas ejecuciones en mujeres desvalidas, así es que con frecuencia las obligaban ó á refugiarse en los cerros y en los bosques ó á participar con sus maridos de los azares de la campaña.

La astucia de Guerrero en esta vez lo mismo que el gran conocimiento que tenia del terreno que iba atravesando, salvó al congreso de que cayera en las emboscadas que le pusieron los realistas, evitando en lo posible con hábiles maniobras, la persecucion que venian haciéndoles fuerzas combinadas de todos los puntos donde habia destacamentos, mandados por los gefes mas activos y mas arrojados. En algunas veces dividia sus fuerzas en dos ó tres trozos mientras él con una pequeña escolta acompañaba al congreso por un camino muy diferente, burlando así todas las tentativas que se hicieron para atraparlo.

El dia 16 de Noviembre por la tarde avistaron á Tehuacan que consideraban todos como un puerto de salvacion, pues allí estaba desde hacia tiempo el co-

ronel D. Manuel Mier y Terán que se habia distinguido como un militar inteligente y pundonoroso, el cual con sus solos esfuerzos habia logrado formar y mantener un buen cuerpo de 500 infantes bien vestidos y armados, un escuadron de caballeria tan bien equipado como el mejor de los realistas, algunas baterias de cañones con los competentes artilleros bien instruidos y una maestranza que elaboraba mas parque del que era necesario, por lo que no solo se defendia siempre con éxito sino que con el mismo salia á expedicionar cuando lo creia oportuno sin que la victoria le hubiera abandonado en ninguna de sus empresas.

Al anochecer hizo su entrada el congreso, sin duda porque sus miembros no estaban para verse de dia, llevando aun retratadas las huellas de su última derrota: pero esa modestia con que se presentaron no pudo evitar que hubiera iluminacion, repiques y salvas de artilleria tanto en la plaza como en el fuerte del Cerro Colorado.

El mismo Terán que habia salido á recibirlos fuera de la poblacion, con las mayores muestras de respeto los condujo á su alojamiento en donde les tenia preparado un banquete, y al atravesar las calles los grupos del pueblo entusiasta, no dejaban de gritar llenos de entusiasmo: ¡Viva el congreso! ¡Viva el poder ejecutivo! ¡Viva el coronel Terán!

CAPITULO IV

OTRO DIFUNTO

No habian terminado aún las aventuras del célebre congreso de Chilpancingo, así es que de los pocos dias que siguió sobreviviendo, nos ocuparemos ahora, para pasar á otros acontecimientos de mayor importancia.

Apenas llegaron los ya reducidos miembros de los tres poderes á Tehuacan, en donde con tanta pompa fueron recibidos, inauguraron al siguiente dia sus funciones con una tronante exposicion redactada por D. Cárlos María de Bustamante y suscrita por los tres presidentes del congreso, del ejecutivo y del tribunal, dirigida á Calleja, encareciéndole que conservara la vida de Morelos si no queria perder la suya propia en alguno de los vaivenes de la fortuna.

Calleja no contestó la comunicacion y pareció ha-

ronel D. Manuel Mier y Terán que se habia distinguido como un militar inteligente y pundonoroso, el cual con sus solos esfuerzos habia logrado formar y mantener un buen cuerpo de 500 infantes bien vestidos y armados, un escuadron de caballeria tan bien equipado como el mejor de los realistas, algunas baterias de cañones con los competentes artilleros bien instruidos y una maestranza que elaboraba mas parque del que era necesario, por lo que no solo se defendia siempre con éxito sino que con el mismo salia á expedicionar cuando lo creia oportuno sin que la victoria le hubiera abandonado en ninguna de sus empresas.

Al anochecer hizo su entrada el congreso, sin duda porque sus miembros no estaban para verse de dia, llevando aun retratadas las huellas de su última derrota: pero esa modestia con que se presentaron no pudo evitar que hubiera iluminacion, repiques y salvas de artilleria tanto en la plaza como en el fuerte del Cerro Colorado.

El mismo Terán que habia salido á recibirlos fuera de la poblacion, con las mayores muestras de respeto los condujo á su alojamiento en donde les tenia preparado un banquete, y al atravesar las calles los grupos del pueblo entusiasta, no dejaban de gritar llenos de entusiasmo: ¡Viva el congreso! ¡Viva el poder ejecutivo! ¡Viva el coronel Terán!

CAPITULO IV

OTRO DIFUNTO

No habian terminado aún las aventuras del célebre congreso de Chilpancingo, así es que de los pocos dias que siguió sobreviviendo, nos ocuparemos ahora, para pasar á otros acontecimientos de mayor importancia.

Apenas llegaron los ya reducidos miembros de los tres poderes á Tehuacan, en donde con tanta pompa fueron recibidos, inauguraron al siguiente dia sus funciones con una tronante exposicion redactada por D. Cárlos María de Bustamante y suscrita por los tres presidentes del congreso, del ejecutivo y del tribunal, dirigida á Calleja, encareciéndole que conservara la vida de Morelos si no queria perder la suya propia en alguno de los vaivenes de la fortuna.

Calleja no contestó la comunicacion y pareció ha-

cer poco caso de ella, descubriéndose despues que habia mandado una copia al gobierno español haciéndole notar la determinacion en que estaban los rebeldes, como queriéndole decir: "mira con qué clase de gentes, más levantadas mientras más derrotas sufren, tengo que habérmelas."

Como varios de los diputados propietarios habian terminado su periodo de dos años para el cual habian sido electos y otros se habian ido separando para empuñar las armas ó para dirigirse á sus hogares, en donde esperaban poder vivir con mayor seguridad, sin los peligros de andar á salto de mata con las persecuciones de los realistas, para engrosar sus aclaradas filas los suplentes tuvieron á bien nombrar a otros tres suplentes, escogiendo muy desacertadamente á D. Juan José del Corral, á D. Benito Rocha y al cura D. Juan Antonio Gutierrez, personas enemistadas con Terán que era el señor de aquellos dominios, nombramientos que él no pudo menos que ver de reojo.

—¡Cómo! dijo el valiente coronel en conversacion con Alas, gefe del supremo poder ejecutivo, ¿piensa su magestad establecerse definitivamente en Tehuacan?

Al decir su magestad se referia al congreso.

—Sí, señor coronel Terán, contestó Alas, ¿á dónde quiere su señoria que vaya ahora que pueda tener mayor seguridad? Los poderes civiles necesitan de absoluto reposo para ejercer sus altas funciones y no hay lugar en todo el pais como este que les ofrezca

mayores garantías, bajo la salvaguardia de un gefe como su señoria tan digno, tan honrado, tan entendido y tan valiente.

—Gracias, excelentísimo señor, contestó Terán inclinándose, á grande honra tengo que de mí se hayan formado tan alto concepto las importantes personas que componen los poderes; pero si le he de hablar á su excelencia con la franqueza que acostumbro, creo que se nos van á venir encima muchas dificultades.

—¿Por qué? preguntó Alas con extrañeza.

—En primer lugar, porque se han nombrado para vocales suplentes, y creo que sin suficiente autorizacion, si se han de interpretar con fidelidad las prevenciones constitucionales, á personas que todos mis oficiales tienen en poca estima.

—Algo habia oido decir respecto de diferencias con esos señores.

—Y luego agregue vuestra excelencia el grave error que acaba de cometer el congreso, con el que ha excitado grandes muurmuraciones.

—¿Cuál?

—El del nombramiento del general Nicolás Bravo para magistrado del tribunal de justicia.

—¡Ah! persona muy proba y muy inteligente.

—No digo que no; pero Bravo es mas propio para dar cargas de caballeria, como que no hay gefe que tenga mayores y mas acertados ímpetus en los combates, que para correr traslados y sentenciar pleitos. Aquí se ha repetido la misma torpeza que se cometió

con Morelos separándolo del mando de las armas cuando mas se habia adiestrado en ellas, para nulificar en vanas disputas de salon sus esclarecidos méritos militares.

—Se creyó conveniente dejar pasar la gran resonancia desfavorable que tuvo en el pais su torpe y desgraciada campaña de Valladolid, lo mismo que se quiso que se le desvanecieran un poco los humos que habia tomado con el nombramiento de generalísimo.

—Nunca se justificará que se le haya así tan indignamente sacrificado.

—¡Oh! ¡oh! exclamó Alas con una entonacion en que demostraba á las claras su reprobacion por aquellas palabras, la sabiduria del congreso podrá equivocarse, pero aun cuando se equivoque, puesto que errar es de las criaturas humanas, no está sujeto á la crítica de los que le deben acatamiento.

—No es crítica mia, excelentísimo señor, yo no hago mas que repetir lo que dicen todos.

—Y como hablamos confidencialmente, agregó Alas un tanto cuanto tranquilizado, ó tal vez con el propósito oculto de hacer que Terán siguiera hablando, yo debo decir á su señoria que si en mi mano hubiera estado yo habria evitado todas esas cosas.

—Acaso no es vuestra excelencia el gefe supremo del poder ejecutivo?

—Lo mismo lo era Morelos y con todo y su gran prestigio no pudo hacer nada, porque estos señores saben apropiarse con mucha resolucion su carácter de soberanos.

Terán siguió manifestando otras razones que calificó de fundamentales para que no pudiera quedarse allí el congreso y entre ellas la de que los recursos que se proporcionaba en la reducida área de su mando, apenas eran suficientes para sostener los ochocientos hombres de su division, la cual no habia querido aumentar al doble ó al triple, como le hubiera sido fácil, precisamente por no tener medios para proveer á su subsistencia. Ahora no solo se le agregaba el gasto de los individuos del gobierno que con sus empleados y criados llegaban á cosa de doscientas personas, sino las fuerzas que los escoltaban que pasaban de cuatrocientas.

Alas le ofreció que interpondria su influencia para que el congreso se proporcionara recursos por su cuenta ó para que se trasladara á otro punto, y ambos se separaron con la preocupacion, el uno de que acaso habia ido mas léjos de lo que convenia, y con la espina muy clavada en el pecho el otro de la poca confianza que debia inspirarles un gefe que tanto desprecio tenia por los poderes supremos, y tan mal calificaba sus determinaciones, considerándose por ambas partes aquella conferencia como una de las mas desabridas.

Lo primero que hizo Alas fué poner en conocimiento de sus compañeros de confianza lo que Terán le habia dicho, con cuyo aviso el congreso consideró conveniente el dia 1.° de Diciembre trasladarse á otro punto fuera de Tehuacan, pero no sin nombrar por

su cuenta un recaudador de los fondos públicos. El punto á donde fué á establecer sus reales fué la hacienda de San Francisco distante tres leguas de Tehuacan.

Aquella medida de reponer á D. Ignacio Martinez en el puesto de intendente general con facultad de intervenir los fondos y cuentas de Terán, remover sus empleados, todo eso unido á un carácter insolente que lo hacia odioso, lo mismo que otras disposiciones muy locales que se dictaron sin conocimiento y algunas contra la opinion del comandante de la plaza, hicieron que la animosidad que reinaba entre los de arriba se reflejase en los de abajo y que empezaran no solo á dirigirse insultos de palabra sino á provocar riñas y escándalos, todo lo que agregado al poco prestigio que tenia ya el congreso, á las pequeñeces de que se ocupaba en sus sesiones, á lo dispendioso que era y á otras mil circunstancias que seria prolijo enumerar, hizo que la cuerda fuera estirándose tanto que ya todos veian como indudable que tenia que reventarse y siempre como se revientan todas las cuerdas, por lo mas delgado.

Martinez habia acusado ante el congreso á Terán por ocultacion de fondos y Terán á su vez habia acusado á Martinez de arbitrario, déspota é inepto para desempeñar el cargo que indignamente se le habia conferido, lo cual unido á las amenazas que Sesma y Corral por una parte y los subalternos del gefe de la plaza por otra, mutuamente se dirigian, hizo que por fin estallara la bomba, desafiándose públicamente Sesma y Terán, mientras que los partidarios tanto de es-

te gefe como los del congreso corrian á empuñar las armas para desenlazar la cuestion por medio de un combate general, que no una sino varias veces estuvo á punto de librarse.

Todo dependia de que alguno de los partidos se anticipara á dar el primer golpe. Parece que el partido constitucional, como se diria ahora, llevó esta ventaja porque mandó aprehender á Terán y le arrestó en el alojamiento del principal de sus miembros que habia permanecido en Tehuacan.

—Excelentísimo señor, dijo Terán á Alas, están sus excelencias jugando con lumbre, hasta ahora me ha sido difícil estar conteniendo á mis tropas, pero de hoy en adelante me será imposible.

—Señor coronel Terán, le contestó Alas, esta es simplemente una medida de precaucion para salvar á su señoría de una celada que le tenian puesta las gentes de Sesma, y en prueba de mi respeto y simpatia le he dejado para habitacion mi propia alcoba en donde será atendido debidamente.

—Aunque la jaula sea de oro..... murmuró Terán.

No acababa Alas de instalar á Terán, como habia dicho, en su habitacion misma, cuando vinieron á decirle que todas las tropas de la plaza venian ya en peloton á libertarlo unidas á las gentes del pueblo que le profesaban grandes simpatias.

—Pues que vengan, dijo Alas estoicamente.

—Pero vamos á perecer aquí todos, esclamó Martinez temblando, quien así como era déspota para

oprimir á los causantes era un mandria en los peligros.

Ya se oia la gritería qne venían armando el pueblo y los soldados por las calles inmediatas, cuando se tomó violentamente la determinacion de que saliera Terán libre acompañado de Bustamante para que entrambos apaciguáran á aquellos furiosos, lo que consiguieron á duras penas, porque ya los revoltosos se habian hecho el propósito de colgar á algunos miembros del ejecutivo para que tomaran escarmiento los del legislativo.

Estando tan sasonado ya aquel pastel, podian muy bien darle largas de horas y tal vez de dias; pero era ya imposible evitar un desenlace mas ó menos escandaloso y acaso el que tuvo fué el menos sangriento y el menos perjudicial que podia esperarse.

La noche del 14 de Diciembre á las doce y media se presentó un piquete de treinta hombres en la casa de Terán mandado por dos oficiales.

—¿Qué significa esto? preguntó Terán fingiendo alarma.

—Somos los mas leales subordinados de su señoría, le contestó el oficial que tenia el mando superior y por eso le traemos esta custodia con ánimo de que le sirva de respeto y lo defienda de todos los peligros que pudiera correr esta noche.

—¿Pues qué sucede?

—Que los principales gefes y oficiales de la guarnicion hemos firmado esta acta en una junta que acabamos de celebrar.

Terán con ojos atónitos, quien sabe si ignorándolo ó si sabiéndolo, lo mas natural era que lo supiera, leyó aquella acta en que se comprometian los suscritos á destruir el congreso por inútil, á dar muerte á las personas mas peligrosas que pudieran entorpecer el curso de la revolucion y á suspender en el mando al mismo Terán mientras no quedase restablecido el orden público.

—Pero ustedes no reflexionan en que el congreso cuenta con suficientes tropas, en que D. Nicolás Bravo tiene mando en ellas y en que será indefectible un combate sangriento.

—Todo lo tenemos previsto, contestó el oficial, y tan es así que con excepcion de alguna caballería es nuestra toda la fuerza que depende del congreso y aquí en este otro documento puede ver su señoría las firmas de los oficiales mas resueltos.

—Pero bien, ¿qué hacen con Sesma y Lobato que mandan como gefes las escoltas, que son valientes y que no consentirán nunca en acceder á esos planes?....

—Todos ellos lo mismo que Martinez están ya presos en el convento del Cármen.

Terán sonrió y como cediendo á la violencia les dijo:

—A ustedes mismos les consta que yo no me mezclo ni quiero mezclarme en estos asuntos. Ahora procedan como lo crean mas conveniente para la salvacion de la patria.

Despues de la prision de Terán, aparente ó verdadera, pues la historia no ha podido aún rasgar el

velo con que fueron cubiertos estos procedimientos, se mandó por los pronunciados una fuerza de doscientos infantes con dos cañones á la hacienda de San Francisco, la cual fuerza se avistó por la mañana del dia 15 en los momentos en que el congreso iba á celebrar una de sus inútiles sesiones.

—Vienen á aprehender á su soberanía, les dijo Bravo, yo podré formarles una escaramuza mientras su soberanía ensilla sus caballos y escapa.

—No se atreverán contra nosotros, contestaron los diputados llenos de orgullo.

—Está bien; entonces yo cumpliré con mi deber.

Bravo colocó sus soldados en las alturas, les distribuyó municiones y esperó el ataque.

Los rebeldes llegaron hasta el frente de la hacienda, cargaron sus cañones y se formaron en columna para dar el asalto. En esos momentos Bravo recibió una órden terminante del congreso previniéndole que desalojara las azoteas y que se presentara á dar cuenta de su conducta. No hubo tiempo de que se le tomara, porque en los momentos en que entraba á la sala de la hacienda en donde estaban reunidos, dispuesto á preguntar á los vocales si estaban locos, la misma guardia que allí tenian perteneciente á las fuerzas de Terán los habia ya reducido á prision avisando á las tropas de fuera que podian entrar aunque ya la aprehension del congreso en masa estaba hecha, sin faltar mas que Corral que habia huido y que á pocas horas fué alcanzado.

El refrán que dice "á rio revuelto ganancia de pescadores" tuvo práctica aplicacion en aquella vez, pues la tropa saqueó los equipajes del congreso y los miembros de este, amarrados de los brazos por la espalda y pié á tierra, hicieron su entrada en Tehuacan á las cuatro de la tarde por un lado opuesto á aquel por donde pocos dias antes habian hecho su entrada triunfal.

Por la noche se celebró una junta tanto de los oficiales como de las personas notables de la política, que no habian sido aprehendidas, en la casa en que aparecia prisionero Terán, concurriendo él á ella con voz y voto, y despues de una discusion acalorada en que Bustamante y Cumplido propusieron varios medios para salvar la situacion, que no fueron aprobados, se adoptó el propuesto por Terán que con pequeñas diferencias era el mismo que constaba en el acta de los revolucionarios.

Este nuevo plan político que vino á destruir la obra que costó la vida á Morelos, contenia únicamente los siguientes puntos:

1° Se aplaza el cumplimiento de la Constitucion para cuando pueda cumplirse.

2° Se disuelve por inútil y costoso el congreso.

3° Se nombra una comision ejecutiva compuesta de tres personas que deben ser Terán, Alas y Cumplido.

Comuníquese.

En la mañana siguiente se cantó el Te Deum y el mismo clérigo que habia predicado saludando al congreso y diciendo que era lo mejor que habia, fuê el que le dió sepultura con otro sermon declarando que habia valido un comino.

CAPITULO V

FINAL DE 1815

De los miembros del congreso, aunque pocos dias despues fueron puestos en libertad, ya no habia quien hiciera caso, y ellos mismos pudiendo volverse á reunir, prefirieron dispersarse dirigiéndose cada cual á donde lo tuvo por conveniente.

Ahora, á grandes rasgos, haremos mencion de los sucesos principales de fines del año de 1815 para pasar al de 1816.

D. Nicolás Bravo con unos cuantos soldados que pudo salvar de la conflagracion revolucionaria, se dirigió para el rumbo de Veracruz; pero allí tenia ya establecidos sus reales D. Guadalupe Victoria y como no reinaba la mejor armonia entre ellos, con grandes trabajos y burlando la persecucion de los realistas, pu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la mañana siguiente se cantó el Te Deum y el mismo clérigo que habia predicado saludando al congreso y diciendo que era lo mejor que habia, fuê el que le dió sepultura con otro sermon declarando que habia valido un comino.

CAPITULO V

FINAL DE 1815

De los miembros del congreso, aunque pocos dias despues fueron puestos en libertad, ya no habia quien hiciera caso, y ellos mismos pudiendo volverse á reunir, prefirieron dispersarse dirigiéndose cada cual á donde lo tuvo por conveniente.

Ahora, á grandes rasgos, haremos mencion de los sucesos principales de fines del año de 1815 para pasar al de 1816.

D. Nicolás Bravo con unos cuantos soldados que pudo salvar de la conflagracion revolucionaria, se dirigió para el rumbo de Veracruz; pero allí tenia ya establecidos sus reales D. Guadalupe Victoria y como no reinaba la mejor armonia entre ellos, con grandes trabajos y burlando la persecucion de los realistas, pu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do llegar á Ajuchitlán, en donde logró rehacerse para seguir combatiendo, segun veremos mas adelante.

D. Juan Pablo Anaya, siguiendo el ejemplo de Terán, disolvió la Junta dependiente de la Suprema que se encontraba funcionando muy en pequeño en la hacienda de Santa Efigenia y entonces expontáneamente se formó la de Jaujílla, compuesta del coronel José Maria Vargas, de D. Remigio Yarza y de D. Víctor Rosales, que tampoco pudo hacer nada de provecho. Sí, hizo algo, que fué perseguir y poner preso á Anaya, al cual mandó que se le fusilara; pero de la misma capilla se escapó con su carcelero, dejando á la Junta con un palmo de narices.

Habiendo ocurrido los quejosos contra la Junta y esta misma por medio de Vargas y el Dr. San Martin, á D. Ignacio Rayon que se habia hecho fuerte en el cerro de Cóporo, para que este dirimiera la contienda entre los que querian Junta de gobierno y los que la consideraban inútil, el vanidoso Rayon les contestó que no habia mas autoridad superior que fuera legítima que la suya, al cual se le habia despojado sin miramientos de la presidencia de la antigua Junta de Zitácuaro y del cargo de ministro de las cuatro causas con que le habia investido el iniciador de la insurreccion D. Miguel Hidalgo y Costilla, y que de consiguiente ya se dirigia á todos los gefes que estaban sobre las armas para que le prestaran la debida obediencia.

Por supuesto que ni Bravo, ni D. Pablo Galeana, ni Guerrero, ni Victoria, ni el padre Torres, ni Encarnacion Rosas, ni ninguno quiso doblegarse ante aquella autoridad resucitada de las cenizas, por mas que se quiso imponer hasta por medio de la violencia promoviendo una guerra intestina en el Sur que por fortuna pudo ser dominada por los patriotas; pero todo eso fué lo que contribuyó mucho, unido á las anteriores desgracias, á que la causa de la independencia decayera hasta un grado lamentable, aprovechándose de los disturbios el afortunado Calleja.

Tambien supieron aprovecharse el Dr. Cos y el padre Navarrete que estaban presos en los calabozos de Atijo, por discolerias semejantes á las de Rayon, por haber desertado el alcaide. El padre Navarrete volvió á tener mando de fuerzas; pero Cos altamente aburrido de tantas contrariedades y ya en edad en que no podia resistir mucho los rigores de la campaña, solicitó su indulto y fué á morir al poco tiempo en Pátzcuaro tan olvidado de sus amigos como de sus enemigos. He allí un hombre que estuvo á punto de ser una de las figuras mas gloriosas de la revolucion por su profunda inteligencia, así como por su valor y oportunos servicios que supo prestarle en las épocas mas calamitosas, y que, por su falta de abnegacion, de disciplina y de constancia, acabó manchando sus blasones y haciendo que desaparecieran todos sus sacrificios entre las nebulosas de su inconsecuencia.

El gobierno español urgido por Calleja para que hiciera un último esfuerzo mandando suficientes tropas con el fin de aprovechar los descalabros que habian sufrido los insurgentes y dar muerte en buen

1020000665

tiempo á la insurreccion, habia hecho lo posible en tal sentido y al mando del brigadier Miyares que era un gefe de cuenta, estuvieron llegando á Veracruz varios cuerpos que podian ser en número de 3 á 4,000 hombres, los que principalmente fueron ocupados en despejar aquel rumbo, estableciendo una línea militar por la cual pudieran marchar los convoyes de mercancías sin estar sujetos á los golpes de mano que habian sufrido.

Allí tuvo que habérselas principalmente con Victoria que era un insurgente tenaz, aguerrido y lleno de recursos, por lo que fué necesario librar muchos combates en que hubo tanto de dar como de recibir, para que al fin quedara el campo por el que tenia mas tropas y mas elementos. Lo mas notable en la prolongada campaña que se vió obligado á hacer Miyares con un gran cuerpo de ejército contra los puñados de insurgentes que lo asaltaban por todas partes en grupos mas ó menos numerosos, fué el peligroso accidente aquel en que batiéndose con fuerzas de Terán, le aconteció cerca de San Andrés Chalchicomula: se le cayó el caballo encima, le golpeó el pecho, le hizo salir mucha sangre por la boca y le ocasionó una enfermedad que siempre lo atormentaba: despues de esto, fué suceso tambien notable un ataque otra vez al puente del Rey ocupado nuevamente por Victoria, en cuyo ataque perdió muchísima gente, encontrándose al fin con que al concluir sus obras de zapa, despues de veinte dias de fatigas, el puente fué abandonado de noche dejándose 18 cañones que inutilizaron los insurgentes, y cuando creia haberlos derrotado los mandó seguir y el gefe encargado de la operacion tuvo que volverse con la cola entre las piernas á virtud de que el enemigo se encontraba formado en batalla al otro lado del rio en actitud muy imponente. En estos combates el realista Marquez Donallo, que mandaba una columna, fué hecho pedazos con su batallon á causa de haber querido obtener la gloria él solo de derrotar á los insurgentes; pero se disimuló su gran falta y no se le mandó procesar porque era uno de los pocos gefes arrojados con que contaba á la vez el gobierno.

Dueños del campo los realistas, levantaron fuertes y pusieron destacamentos en todo el camino de Jalapa á Veracruz para dejar asegurado por todo el tiempo que se pudiera el paso de los convoyes.

La estrella de Miyares, que fué el gefe mas entendido de cuantos tuvo Calleja, se eclipsó muy en breve, porqne siendo de orígen americano todos los españoles, inclusive el virey, lo veian con ojeriza.

Los insurgentes ocupaban hacia cuatro años, el puerto de Boquilla de Piedras, Misantla y mucha extension de aquella costa, por lo que se organizó una expedicion realista de mas de mil hombres auxiliados por una flotilla de guerra de diez embarcaciones, con otras fuerzas ademas que se habian de ir escalonando para dejar cubierta la retaguardia. D. Cárlos M. Llorente gefe de la expedicion, no quiso acometer la em-

presa con todos los elementos que se habian puesto á su disposicion y la emprendió solo con cuatrocientos hombres que casi acabaron en la costa, aunque sí consiguió destruir á Misantla por medio del incendio. Por lo qué, siguieron los insurgentes comprando por allí algunos efectos en los Estados Unidos.

A consecuencia de haberse hecho temible Osorno en los llanos de Apam por haber derrotado á cuantos gefes realistas habian mandado los vireyes á destruirlo, tanto por la fama que habia ganado Concha aprehendiendo á Morelos como porque era uno de los realistas mas sanguinarios y mas tenaces, se habia ganado la confianza de Calleja, de manera que fué el encargado de hacer aquella campaña que era por entonces la mas peligrosa.

El Dr. Francisco Lorenzo de Velasco fué un personage muy célebre en aquella época, tanto por la participacion directa que tuvo en los principales sucesos como por la manera misteriosa con que se eclipsó cuando no pudo sobreponerse al miedo que se habia apoderado de su ánimo.

Era tan ambicioso como cobarde, circunstancias que se destruian fácilmente entonces; pero que él habia logrado mantener en equilibrio logrando que Morelos lo hiciera mariscal de campo en premio á sus grandes adulaciones para con él, principalmente cuando lo propuso para generalísimo; pero se habia indultado en Oaxaca y habia perdido todos sus merecimientos. Despues se adhirió á Terán y tomó la parte que pudo en la disolucion del congreso en Tehuacan, quedando tan mal parado con los militares como con los políticos.

Al salir á campaña las fuerzas que habia en Tehuacan, quedaban allí algunos de los agrabiados y aun se llegó á hablar de una reaccion favorable á los individuos de la Junta, en la que el Dr. Velasco hubiera sido la primera víctima.

—Señor, dijo á Terán alcanzándole en el camino vestido con todos sus arreos militares, yo no he sido designado para tomar parte en esta campaña; pero aquí vengo de voluntario para lo que se me ocupe.

—Señor doctor, le dijo Terán sonriéndose, siento mucho no poder acceder á sus pretensiones; pero su señoria ha perdido, al haberse indultado, todas las preeminencias que tenia en el ejército.

—Lo sé, señor, y por eso vengo á hacer méritos nuevamente como voluntario.

—Es imposible, señor doctor, yo no puedo infringir las leyes militares y por otra parte mis oficiales verian con desagrado que usted pudiera tener sobre ellos algun mando.

—Está bien, contestó el Dr. Velasco, pero sin darse por vencido fué y se despojó de sus arreos militares sentando plaza en seguida de dragon en el cuerpo de caballeria que iba cubriendo la retaguardia.

Cuando habian llegado á la hacienda de Cipiapa en la primera jornada fueron á decirle á Terán:

—Señor, aquí viene el Dr. Velasco.

—¡Cómo! exclamó aquel muy dispuesto á encolerizarse.

—Ha sentado plaza de dragon en la caballeria.

Entonces como Terán estuviera dictando la órden del dia, dijo al mayor de órdenes:

—Agregue usted: "El Dr. Francisco Lorenzo Velasco pasará de ordenanza perpetuo al lado del comandante de la Division."

La reaccion no tuvo lugar por temor á la buena fortuna de Terán que triunfó sobre Barradas con la pérdida de un oficial Arévalo, insurgente que murió en la accion y al que se le hicieron suntuosas honras fúnebres en Tehuacan. El discurso lo pronunció el Dr. Velasco, habiéndose quitado al efecto el uniforme de soldado para ponerse la túnica de sacerdote.

Despues, para terminar de una vez con este Dr. Velasco que como Rossains hizo mas males que bienes á la revolucion, diremos que acabó su carrera desvaneciéndose como el humo. Acompañaba á Terán en su expedicion á Playa Vicente en donde al pasar el rio se hundió la canoa en que iba este gefe por la mucha gente que llevaba. Cada cual escapó como pudo, unos se ahogaron y otros cayeron en poder del enemigo; pero no hubo quien volviera á dar razon del Dr. Velasco, porque ni se ahogó, ni cayó prisionero, ni volvió á presentarse en el ejército.

He aquí otra historia que viene al caso.

Existia un convento de carmelitas en el centro del bosque llamado el Desierto que hay en la serrania de Ajusco de donde vienen las aguas á la capital. Todavia hoy existen las ruinas de ese convento con parte de la iglesia, de su gran huerta y de sus fuertes murallas hechas de cal y canto. Una noche despues de una furiosa tempestad que habia derribado corpulentos árboles, se presentó al guardian un apuesto militar montado en un soberbio bridon y seguido de su correspondiente escudero. Es fama que el resto de la noche la pasó el misterioso mariscal en la celda del prior al cual ofreció una talega con cien onzas de oro como limosna para los gastos del convento. Al dia siguiente se vió salir al escudero llevando un caballo ensillado estirando, pero no se vió salir al apuesto militar. Pasados varios dias apareció entre la comunidad un nuevo fraile de quien ninguno tenia noticias, el cual á poco fué distinguido con el nombre del hermano Lorenzo. Allí permaneció por el resto de sus dias, no sin desarrollar algunas veces las correspondientes intrigas para que lo eligieran superior del convento sin conseguirlo.

Este misterioso fraile, segun dijeron despues, no era otro que el mismo Dr. Velasco. Seria ó no seria, pero hay dos hechos consignados en las crónicas de esa época que son: la desaparicion del Dr. Velasco del lado de Terán y la aparicion de un personaje misterioso en el convento de las montañas del Desierto. El lector atará cabitos.

Uno de los independientes mas leales, mas esforzados y de mas prestigio por sus sentimientos caballerosos, cuyo nombre se conserva limpio en la historia entre los que combatieron en aquella época, era sin duda D. Francisco Rayon, hermano de D. Ignacio y de D. Ramon. No era tan audaz, tan inteligente

ni tan ambicioso como estos, pero peleaba con ardor y con patriotismo, disparando su fusil cuando se ofrecia como el último de los soldados.

Tenia bajo su mando el distrito de Tlalpujahua y acababa de mandar á sus hermanos un contingente de 400 hombres que habia organizado, quedándose para su custodia con un pequeño destacamento de menos de cien hombres muy mal armados, cuando el realista Aguirre recibió órden de sorprenderlo contando con cosa de unos trescientos hombres muy bien equipados.

El 1º de Diciembre, no obstante haber tenido que andar 18 leguas en 24 horas, al amanecer tenia ocupados los caminos y puesto casi un sitio á la poblacion.

D. Francisco Rayon que era intrépido no se intimidó por esto, sino que mandó reconocer la fuerza enemiga mientras se preparaba para salir á encontrarla. Pronto vino uno de sus amigos á darle los siguientes informes:

—Señor, le dijo, es Aguirre el que está allí, el mas deseoso de tomar ahora desquite de los rudos golpes que ha recibido.

—Ah! si es Aguirre yo le ofrezco que tendremos buena funcion. ¿Qué fuerzas son las que trae?

—No son muchos en número pero sí de calidad. Vienen los Dragones de España y de México y una ó dos compañias de los fieles de San Luis Potosí.

—Estos últimos son los temibles, dijo Rayon sonriéndose, y sin embargo, varias veces les hemos visto la espalda.

Cuando estaba ya preparándose á salir por el camino principal, vinieron á decirle que allí estaban doscientos hombres con un cañon, con buenos mosquetes y muchas municiones. Involuntariamente paseó una rápida ojeada sobre sus desarrapadas tropas que no llegaban á cien reclutas con muy pocas armas de fuego y muy mal dotadas y dijo con aire sombrio:

—Efectivamente, seria una temeridad querer disputar el triunfo con esta tropa; pero yo no puedo encerrarme porque no tengo parque ni víveres y es preciso abrirme paso á todo trance.

—Señor coronel, le dijo un ayudante que habia enviado á hacer un reconocimiento, el enemigo avanza.

—¿Avanza el enemigo? preguntó Rayon todavia indeciso.

—Sí, viene llegando ya á las primeras casas de Tlalpujahua por el camino real.

Sucede que en algunos casos desesperados, y principalmente en ciertos momentos, todas las circunstancias, hasta las mas insignificantes, concurren á poner como de manifiesto que está marcado el destino del hombre. Un pensamiento oportuno, una resolucion tomada á tiempo, un paso dado á la derecha en vez de darlo á la izquierda, puede traer la salvacion del peligro que se está corriendo; pero léjos de adoptar cualquier medida rápida se vacila y se deja aproximar la catástrofe inconscientemente. Así sucedió con Rayon en esta vez, que solo cuando vió con sus propios

ojos que avanzaba la columna ordenó dar media vuelta diciendo:

—¡Al Mineral del Oro!

Pues sucedió que en ese camino estaba emboscado el teniente Suazo nada menos que con 75 fieles de San Luis Potosí, que eran los dragones mas temibles entonces. Los vió Rayon cuando ya estaban á tiro de pistola, esto es, á muy pocos pasos de ellos. Quiso dar la órden de contramarchar, pero la columna habia atravesado el pueblo y venia á su alcance.

Entonces el intrépido Rayon desenvainó la espada y dijo á los suyos:

—¡Adelante! todos reunidos..... un empuje de firme con nuestro acostumbrado valor y pronto estaremos en salvo. ¡Adentro, valientes hijos de Tlalpujahua y que viva Rayon!

Solamente cinco lo siguieron y los demas se tiraron de los caballos y se fueron pié á tierra por donde pudieron.

—Mi comandante, buena presa he hecho, decia dos minutos despues el teniente Suazo al gefe de la expedicion Aguirre, aquí tiene usted á D. Francisco Rayon.

Aguirre llenó de insultos al prisionero como de costumbre, hizo que presenciara la ejecucion de algunos prisioneros de menor importancia en el campo y luego cargándolo de cadenas lo hizo caminar pié á tierra para Ixtlahuaca.

Los hermanos de D. Francisco que estaban en Cóporo trataron de rescatarlo dirigiéndose al virey y al

arzobispo..... ¡Vana esperanza! Esto no servia mas que de enardecer á Calleja para que mandara hacer la ejecucion mas pronto.

El valiente D. Francisco Rayon fué fusilado en Ixtlahuaca, victoreando en el patíbulo á la independencia de la patria.

CAPITULO VI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI

BANDOLERISMO

Encontramos ahora al terrible virey Calleja, al español que derramó mas sangre mexicana, con excepcion de Hernan Cortés, restregándose las manos despues que el secretario le leyó la correspondencia rezagada de tres dias por las fiestas que se habian celebrado en palacio con motivo del 45° aniversario del nacimiento de su esposa. De paso diremos que ambos eran poco mas ó menos de la misma edad y que ella no era nada hermosa; pero con quien habia contraido casamiento aquel cuando era un oficial insignificante porque estaba llamada á ser heredera de dos haciendas de importancia.

Calleja se restregaba las manos lleno de contento porque en lo general habia tenido el mejor resultado el plan de campaña que se habia propuesto: fuera

porque ya no tenia un competidor de la talla de Morelos, al cual el mismo congreso habia eclipsado trabajando contra sus propios intereses, fuera porque los independientes carecian de unidad en su accion ó de elementos para el combate, ó fuera finalmente porque sus medidas hubieran sido realmente acertadas, el hecho positivo era que en menos de un año habia logrado abatir la revolucion á tal extremo que ya no habia una tropa de dos mil hombres reunidos que se le opusiera, sin que por eso pudiera decirse que el pais estaba del todo pacificado.

Sin embargo, aun cuando tenia muchísimas dificultades que vencer, ordenó á su secretario que escribiera un extenso informe al ministerio de las colonias españolas dándole cuenta detallada del resultado de su plan de operaciones, que en extracto era el siguiente: Morelos, Matamoros, Rayon, Galeana y otros muchos gefes de importancia, muertos en combates ó fusilados; el camino tanto de México á Veracruz como á Querétaro despejado de las partidas que pudieran tener alguna importancia: las provincias internas sin un solo insurgente, lo mismo que las de Occidente, con excepcion de los puntos fortificados que no tardarian mucho en ser reducidos; el Sur en su mayor parte ocupado por los realistas que solo eran molestados por partidas de dos y trescientos hombres que no tenian asiento fijo; por el Oriente de la misma manera no quedaban mas que Osorno, Terán, Victoria y algunos otros gefecillos sin importencia que eran rudamente perseguidos por las tropas del

gobierno; el congreso, tribunal y toda clase de juntas directivas de la revolucion, disueltas, y sus miembros, en lo general, muertos, indultados ó fugitivos, sin que tuvieran cabida ni entre los amigos ni entre los enemigos. En suma, contados muy ventajosamente los elementos revolucionarios, podian consistir en veinte mil hombres esparcidos por todo el pais con unos ocho ó diez mil fusiles en su mayor parte descompuestos, en doscientos cañones la mayor parte inservibles, pues habian sido fundidos en moldes muy defectuosos, en dos mil pistolas, cinco mil lanzas, doce mil armas blancas y cuatro cerros y dos islas fortificadas, sin tener entre ellos ningun gefe de prestigio que pudiera tomar la direccion de esos elementos dispersos, pues que cada cual obraba á su arbitrio y todos vivian de los recursos que podian proporcionarse en las haciendas y en las poblaciones que ocupaban por sorpresa, lo mismo que con los impuestos que solian imponer á los convoyes de mercancías que encontraban á su paso, sin tener ningun órden en sus gastos ni una caja comun á donde recurrir para proveerse de lo que necesitaban, ni menos para rendirle cuentas. En cambio el gobierno de la Nueva-España, segun las últimas revistas, contaba con un ejército perfectamente disciplinado y armado en número de treinta y siete mil hombres, que obedecian á un centro comun y de consiguiente al plan de guerra que se tenia comunicado á los diferentes gefes de las secciones que estaban en campaña. Despues de pintar con claridad todo esto hasta en sus menores detalles, hacia

mérito muy especial de sus subordinados los coroneles Iturbide y Concha, que eran indudablemente sus dos brazos derechos, pues que el primero habia casi limpiado el Bajío fusilando hombres, mujeres y niños, incendiando poblaciones y rancherias, no perdonando en sus justos castigos ni á sus mismos parientes si estos eran siquiera sospechados de estar en connivencia con el enemigo, logrando por sus medidas enérgicas establecer una quietud extraordinaria en la zona de su mando, en la que los habitantes que quedaban podia jurarse que eran súbditos leales de Su Magestad. Respecto de su otro favorito, decia: "Concha comenzó sus operaciones sobre los bandidos de los Llanos de Apam, situando destacamentos en los lugares mas convenientes, desde los cuales combinando sus movimientos de unos con otros, se ha hecho una persecucion activísima á las partidas de infames insurgentes que se encontraban mas inmediatas á cada punto, con lo cual ha logrado unas veces sorprenderlas de noche en los sitios mas fragosos en que se creian fuera de su alcance, y otros de dia por medio de maniobras hábiles é ingeniosas. Todo insurgente que cae en manos de Concha, Rafols, D. Anastasio Bustamante ó de Rubin y Célis, lo mismo que en las manos de cualquiera de los oficiales de esa division son irremisiblemente fusilados: así ni el número ni la calidad de las personas son considerados, por lo que es muy grato ver en todos los partes que me remiten esos gefes, insertos en las gacetas, que siem-

pre hay veinte, treinta ó mas individuos descuartizados vivos, aunque sean capellanes, ó propietarios ó gentes de prez, pues con estos lo que se hace es borrar sus nombres dándoles por perdidos ó cuando menos como muertos en los combates, para evitar en parte las murmuraciones y las represalias. Lo que sí reputo como medida desacertada de Concha, agregaba Calleja entre otros pormenores, es que haya prohibido la conduccion y hasta la elaboracion del pulque en los llanos de Apam para quitar los recursos al enemigo, quitándolos tambien á nosotros, pero sobre esto ya pondré el correspondiente remedio."

Quedó muy satisfecho Calleja de esta nota dirigida al gobierno español, pues era tal su elocuencia fundada en los mismos hechos, que efectivamente eran todos favorables á la causa realista, que no podia resultar de ella otra cosa sino su permanencia indefinida en el poder. Era hombre de fortuna, esta continuaba sonriéndole, por mas que con todos los ambiciosos se haya mostrado siempre muy voluble, y no quedaba otro camino á la corona que reconocer sus méritos y servicios, premiarlos con largueza y sostenerle en un puesto en el que se veia como el indispensable, toda vez que ninguno de sus antecesores habia podido vencer las dificultades de una situacion tan tirante, combatiendo una causa tan justa como la de la independencia de la Nueva España, de que él mismo habia sido partidario y con la cual simpatizaban, aunque no lo dijeran, muchísimos de los mismos que lo rodeaban.

Apenas acababa de firmar esa extensa nota que habia leido ya varias veces, empleándose seis horas solo en hacerle adiciones y reformas, pues á cada momento recordaba un detalle que le parecia interesante ó suprimia alguna apreciacion que le parecia exagerada y que podia ir á afirmar algunas quejas que sabia estaban produciendo contra su gobierno los descontentos, una vez que no hay autoridad superior que no tenga enemigos mas ó menos apasionados, un ayudante vino á anunciarle que acababa de llegar el coronel D. Agustin de Iturbide quien deseaba ser al momento introducido.

—Acompáñelo usted á la habitacion inmediata en que recibo á los individuos de la gerarquia militar, dijo al ayudante.

Y despues de permanecer otros momentos con su secretario con cualquier pretexto, pero en realidad dando tiempo para que entrara Iturbide y tuviera una corta antesala, se dirigió con pasos graves á la pieza que habia indicado. Allí estaba ya el coronel dando vueltas de uno á otro extremo con evidentes señales de impaciencia.

—Señor coronel Iturbide, le dijo Calleja tendiéndole la mano con afabilidad, no esperaba tan pronto á su señoria.

—Excelentísimo señor, le contestó Iturbide besándole la mano que le habia tendido y haciendo una inclinacion de cabeza en que casi tocó la alfombra con las narices, me he apresurado á obedecer las ór-

denes en que se me previno que me presentara sin pérdida de tiempo en esta capital.

—En efecto, dí esa órden hace poco tiempo, pero no me esperaba ser obedecido mas pronto de lo que se tiene por costumbre.

—Respecto del humilde gefe que tiene vuestra excelencia delante no creo que hasta el presente tenga motivo de queja en ese particular.

—Todo lo contrario: cada vez estoy mas satisfecho de la lealtad del valiente coronel Iturbide, así como de su prontitud en obedecer las órdenes superiores, sin lo cual no pueden llevarse adelante las operaciones militares, ni establecerse en un ejército el órden y la disciplina.

Iturbide envanecido con esos elogios y otros que le siguió tributando Calleja, que estaba en aquellos momentos de buen humor, y que queria retardar cuanto fuera posible el hacer saber á Iturbide el motivo enojoso porque se le habia mandado llamar, hizo otra inclinacion de cabeza mas pronunciada y esperó á que su gefe le dirigiera nuevamente la palabra.

—Vámonos sentando, le dijo al cabo Calleja designándole un sillon á Iturbide, pues me parece que vamos á tener una larga conversacion.

Iturbide queria permanecer de pié pareciéndole un desacato sentarse en presencia del virey; pero este insistió con tal amabilidad que no tuvo mas remedio que acceder.

—¿Y qué deja usted por el Bajío?

—Excelentísimo señor, le contestó Iturbide, pue-

do decir con toda seguridad que con el aniquilamiento de los Villagran, pues el último de los hermanos de esa parentela de foragidos ha muerto asesinado, despues que se indultó, por mano de un soldado realista en una taberna: con la muerte del terrible guerrillero Pascasio Enseña, que se rompió la cabeza cayendo del caballo, el cual no dejaba el paso libre á ningun convoy de Querétaro, y con la destruccion de las partidas que mandaban Liceaga y otros en los alrededores de Guanajuato de las cuales ya no queda ni la reliquia mas insignificante, se puede asegurar y yo por mi parte lo aseguro bajo mi palabra de honor, que el Bajío está limpio y que mientras yo esté encargado del mando militar de esas provincias no volverá por allí á asomar la cabeza la insurreccion.

—Mucha sangre ha costado llegar á ese término.

—Mucha, excelentísimo señor, aunque tambien puedo asegurarle que he economizado la de los nuestros. De los enemigos, ó mejor dicho, de los que hubieran podido llegar á serlo, si he mandado decapitar algunos miles ..... así era necesario, agregó con el tono de la mayor hipocresia.

—Es el único camino cierto que tenemos para lograr la pacificacion de estas comarcas por mas que los políticos del gobierno español que no están aquí para palpar esa necesidad nos tachen de sanguinarios é inhumanos.

—¿Nos tachan ya de sanguinarios é inhumanos? preguntó Iturbide con viveza considerando que iba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acercándose el motivo que se habia tenido para hacerlo separarse de su cuartel general.

—Psé! murmuró Calleja como dando á esto poca importancia, y en seguida agregó:

—Pues por acá marchamos, como suele decirse, con viento en popa. Voy á imponer brevemente á su señoria de los nuevos acontecimientos.

En seguida le hizo un extracto de todo lo que habia puesto en su nota dirigida á la corona para que aquella tuviera conocimiento de la situacion que guardaba la Nueva España, agregándole estos otros pormenores:

—Tanto la muerte de los principales caudillos de la revolucion como la persecucion que con gran tenacidad hacen nuestras tropas á las partidas de insurgentes, ha contribuido á que los guerrilleros de mas fama se hayan indultado sirviendo luego ellos mismos para hacer el exterminio de sus compañeros y de sus madrigueras, cuyo resultado de mis disposiciones es el que mas puede vanagloriarme, porque de esa manera se economiza la sangre de los nuestros y se obliga á los que en todo tiempo deben considerarse como nuestros enemigos, á que se hagan pedazos unos con otros. Tenemos entre los muchísimos indultados de que hago memoria, á Joaquin Espinosa, á Serrano, á Torrejon, al llamado coronel Mariano Guerrero que se conformó con una plaza de teniente habiendo entregado las posiciones de Cerro Verde y Huauchinango, á Falcon que no dejaba de tener algun prestigio entre los suyos, al coronel Jimenez, á

Cristalinas y sobre todo á Epitacio Sanchez que combate ahora con mas brio porque está mas bien apoyado que cuando andaba con los insurgentes. Todos los dias nos llegan partes de nuevos indultados, pues todos los que han hecho alguna fechoria muy gorda en el campo enemigo, ya saben que entre nosotros están exentos de culpa y pena. Yo me hago ciego y sordo á todas las quejas que me mandan contra algunos de esos hombres que no han sido mas que unos grandes bandidos, porque desde el momento en que el indulto no fuera completo, desconfiarian los demas de acogerse á él, nos seguirian haciendo daño en los caminos y el buen comportamiento con esos que se han presentado que ya son muchos, hará que se vengan tambien los gefes de alguna importancia como Terán y Victoria, que ya son los únicos militares de consideracion que puede decirse quedan con las armas en la mano, de pocos meses á esta parte que es cuando ha comenzado á ser vencida la causa de la independencia.

—¿Y no teme vuestra excelencia, preguntó Iturbide con todo respeto al virey, que despues que ya todos los insurgentes estén con mando de fuerza y sobre todo con buenas armas de fuego, les dé tentacion de volverse contra nosotros?

—Con toda seguridad lo harian si no tomáramos las correspondientes precauciones, pues si han traicionado á los suyos, mas fácilmente traicionarán á los que, á lo menos en su interior, no pueden menos que reputar siempre como sus naturales enemigos; pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tengo pensado hacerles que se maten unos con otros como lo están haciendo ahora, y si sobran algunos siempre habrá tiempo de irnos deshaciendo de ellos por uno ó por otro camino. A ninguno de los indultados se pierde de vista porque siempre está encargado alguno de los nuestros de vigilarlo con la órden de darle muerte á la primera coyuntura que se presente.

—A no ser que nos ganen por la mano como el cura Correa, el Dr. Velasco y varios mas que se han indultado cuando se han visto sin salida para levantarse despues con mayores elementos.

—Eso sucedia antes en que se daban los indultos á troche moche y que se tenia mas confianza en los indultados: pero no ahora que saben les va la vida de por medio con la menor perfidia que se les descubra. Y ahora que me ha nombrado su señoria al guerrista cura Correa, ¿qué noticias puede darme de semejante pájaro?

—Que tres veces creí tenerlo cogido escapándoseme casi de entre las manos y que viéndose ya muy acosado en sus madrigueras, levantó el vuelo no se sabe para donde.

—Probablemente debe estar en Tehuacan con Terán ó en Cóporo con D. Ignacio Rayon, pues tampoco he encontrado quien me dé noticias de él por mas que he ofrecido fuertes sumas al que me lo traiga vivo á la capital. Daria no sé qué porque se le atrapara para hacérselas pagar todas juntas.

—Es un guerrillero audaz, astuto y muy activo, dijo Iturbide.

—Demasiado lo conozco, añadió Calleja, y estoy seguro de que seria el mas temible de los gefes insurrectos si no se emborrachara con frecuencia y si no estuviera tan desprestigiado entre los suyos por sus desórdenes, porque tiene buen talento y alguna malicia ya que no muy grande pericia militar.

Calleja siguió hablando de otros asuntos y peripecias de que luego nos ocuparemos y concluyó diciendo á Iturbide:

—Entre tantas prosperidades que se nos presentan cuando menos en perspectiva, hay sin embargo una nube negra que no ha dejado de venir á amargar mis satisfacciones.

—¿Cuál? preguntó Iturbide con ansiedad.

—El obispo de Puebla D. Antonio Joaquin Perez, llegado hace poco tiempo de España, prevaliéndose del favor que disfruta en la corte y de la parte que tuvo en mi nombramiento de virey, me ha escrito una carta muy impertinente en que reproduce las quejas que hay en el público contra algunos de mis subalternos mas queridos; contra los cuales me obliga á proceder con toda energia si quiero conservar mi puesto.

—¿Y de qué se acusa á esos gefes realistas? preguntó Iturbide mas y mas alarmado.

—De que abusan de su posicion robando y cometiendo toda clase de depredaciones aún con los mismos amigos del gobierno.

—Me sospecho, excelentísimo señor, que yo soy uno de esos gefes acusados.

—El primero de todos, pues aunque á Trujillo, á Concha, á Cruz y á todos los demas los califica su ilustrísima de piratas y de bandoleros, dice que su señoria es el que les saca el pié adelante á todos con sus latrocinios.

Iturbide se puso blanco, quien sabe si de cólera ó de temor; pero recobrado el aliento tuvo fuerzas para decir casi entre dientes:

—Yo me justificaré.

—Es lo que deseo, pues pudiendo yo conservar mi puesto de virey, puedo protejer á los mios sosteniéndolos como todo gobernante debe sostener á sus adictos.

—Entonces vuestra excelencia se servirá decirme, ¿cuál es el lugar de mi prision?

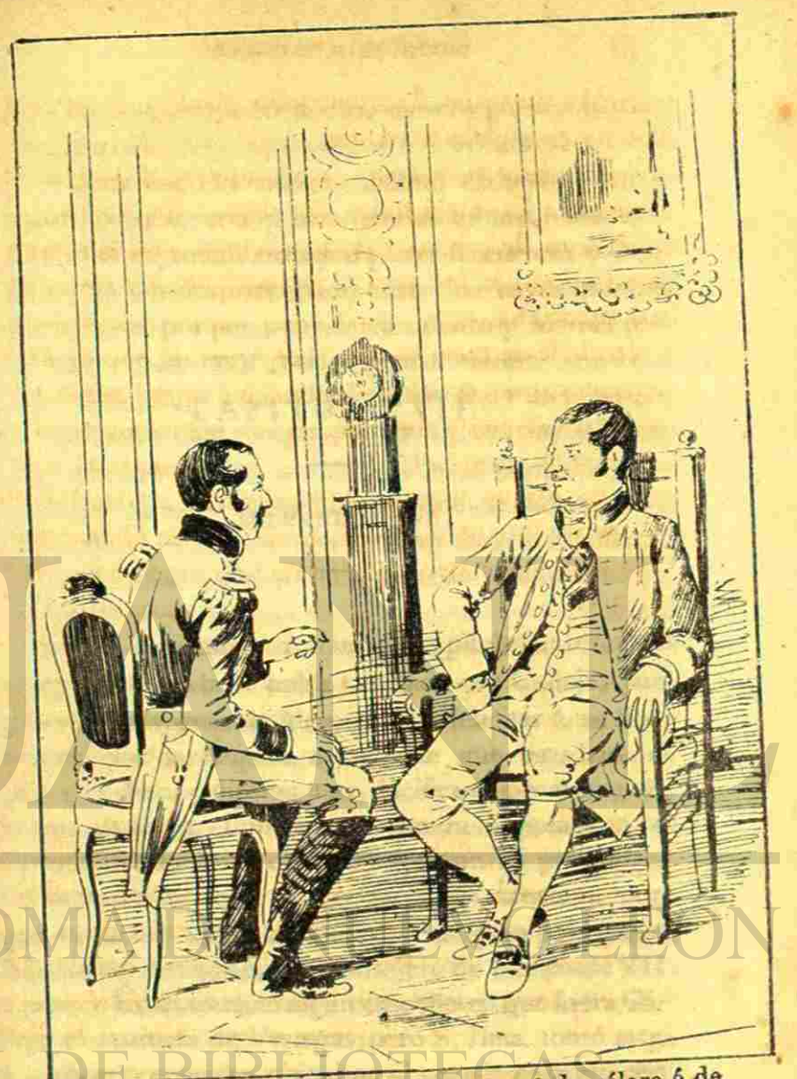
—No por ahora todavia: mañana á las once estará aquí Bataller y con él convendremos lo que debe hacerse en este asunto. Entre tanto, puede su señoria continuar en su mismo alojamiento.

—¿Debo presentarme mañana aquí á las once?

Calleja contestó afirmativamente y cuando se quedó solo murmuró sonriéndose maliciosamente:

—Es bueno que crea que yo lo salvo y que no se aperciba de que para condenarlo seria necesario que no quedara uno solo de nosotros sin entrar á la cárcel. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

Y siguió riéndose á carcajadas de los candores del buen obispo de la Puebla.



Iturbide se puso blanco, quien sabe si de cólera ó de temor, pero recobrando aliento tuvo fuerzas para decir casi entre dientes:
—Yo me justificaré.

CAPITULO VII

SOLEMNE PICARO

Segun deciamos en nuestro capítulo anterior, el obispo de Puebla se habia carteado con Calleja. Juzgó este indispensable despues de felicitar á su ilustrísima por su llegada, encargarle que estudiara el pais y le diera consejos para pacificarlo prontamente, lo que no hacia el virey en manera alguna con el ánimo deliberado de dar participacion al prelado en los asuntos públicos, sino como mera atencion porque venia con todas las ínfulas de un gran personage, llamándose íntimo amigo ó consejero de Fernando VII y porque habia tomado algun empeño en que fuera Calleja el sustituto de Venegas; pero S. Ilma. tomó muy á pechos la consulta y sin mas ni mas le enjaretó con toda franqueza en un extenso escrito los horrores que se decian del gobierno. Calleja puso en tortura su ima-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ginacion, la de su secretario Villamil, la de su poeta Roca y la de todos sus allegados para contestar la comunicacion del prelado, rebatiendo los cargos de una manera satisfactoria, y aunque á los de las hecatombes en masa, á los de la quema de los pueblos, á los de las fuertes exacciones que se imponian, á los de los despilfarros que se hacian en la corte y demas, pudieron encontrarles disculpa, no la hallaron para los latrocinios de Iturbide y demas gefes que tenian una conducta depravada, limitándose Calleja á decir sobre este punto que hasta entonces se habia visto obligado á disimular tales deslices si acaso existian como lo propalaba la fama pública; pero que ahora conforme á las sanas advertencias de su ilustrísima estaba resuelto á castigar todo desman y que con ese fin habia ordenado á Iturbide, el principal delincuente entre todos, se le presentara cuanto antes para que respondiera de su conducta ante el tribunal que debia juzgarlo. De esa manera, agregaba, se establecerá la moralidad en el ejército, bastando hacer un ejemplar en uno de los gefes mas distinguidos y así tambien el gobierno de su magestad quedará convencido de que en la Nueva España se obedecen las leyes y se observa el espíritu de armonía, de honradez y de sanos propósitos que tanto abundan en el corazon del gran monarca que preside los destinos de todos los españoles.

En esa virtud se habia ordenado á Iturbide que se presentara luego en México, sin decirle el objeto, lo mismo que se habian estado estudiando en el círculo

de Calleja los sesgos que debian darse al asunto para que quedara bien terminado.

Al otro dia, conforme lo habia ordenado, se presentaron en su despacho á las once de la mañana el viejo oidor Bataller, que era el factotum en todas aquellas administraciones virreynales, y D. Agustin de Iturbide con pocos segundos de diferencia. Avisaron al virey y este no se hizo esperar recibiéndolos en el salon de audiencias.

Iturbide habia pasado una de las noches mas terribles, no pudiendo conciliar el sueño bajo la preocupacion del género de quejas que se habrian hecho contra él al virey y la manera con que este las habria recibido, pues que no habia dejado adivinar si realmente su fallo le seria favorable ó adverso. Así es que el poco tiempo que pasó en la antesala no sirvió para presentarse ante los ojos de los que lo vieron sino con una actitud de las mas taciturnas é inquietas.

Bataller por su parte, que aunque conocia á Iturbide y sabia el objeto con que estaban allí ambos, era muy zorro para que pudiera soltar ninguna prenda hasta no hablar con el virey, habia permanecido como una tapia, así es que ambos personages en el momento en que entró Calleja, se sintieron como libres de cierta contrariedad que experimentaban, una vez que no se habian atrevido antes mas que á cruzar un saludo muy ceremonioso.

—Señores, les dijo el virey, despues de haberles estrechado la mano, tenemos que tratar prontamente el asunto que nos ocupa, porque hay muchas perso-

nas que me esperan y algunos negocios pendientes que estoy acordando con mi secretario que no admiten demora.

—Creo que vuestra excelencia nos dirá cuál es el asunto que vamos á tratar para apresurarnos por nuestra parte, le contestó el viejo Bataller con voz meliflua mirando de ganchete al coronel Iturbide.

—¡Ah! Su señoría el Sr. oidor Bataller que es tan perspicaz ¿no lo ha adivinado?

—Presumo, excelentísimo señor, que se trata de las impertinentes quejas que ha venido lanzando en su carta el arzobispo de Puebla contra algunos de nuestros principales gefes y oficiales.....

—Exactamente, le contestó Calleja, aquí tiene su señoría al señor coronel Iturbide que es uno de los principales acusados.

Como esto equivalía á una presentacion, Iturbide se levantó é hizo una gran reverencia al oidor que fué contestada por este con un movimiento de cabeza.

Como á Bataller, á mas de haber sido pérfido toda su vida, se le habia ido endureciendo el corazon de dia en dia hasta llegar á la completa insensibilidad, acostumbrándose á no ver en todo lo que le rodeaba mas que sus intereses personales ó los de su partido, habia tomado la costumbre de atormentar á todas las personas que caian en sus manos, ya fuera que conforme á dichos intereses tuviera de antemano formado el juicio para absolverlas ó condenarlas, gozándose en hacerlas sufrir para que se acordaran de él

si habian de sobrevivir y lo temieran, ó para que llevaran su recuerdo grabado hasta el último instante si eran condenados á muerte. Así es que aunque ya se sabia de memoria la carta del obispo que habia leido varias veces para ayudar á contestarla, le preguntó al virey con toda la perfidia de que era capaz, aunque demostrando el aire mas candoroso:

—¿Y de qué se acusa al señor coronel Iturbide?

El virey que se habia armado del expediente lo entregó á Bataller, diciéndole:

—Puesto que su señoría es el que tiene que dictaminar favorablemente para Iturbide en este negocio, aquí tiene las principales acusaciones que son las que tenemos que ir deshaciendo como podamos.

Al oir estas palabras del virey se animaron las miradas de Iturbide y cobró audacia, diciendo á Bataller:

—Yo proporcionaré á su señoría todas las pruebas necesarias para mi justificacion.

—Primero vamos viendo los cargos.

Y el implacable oidor, que como hemos dicho conocia cual era la conducta de Iturbibe en todos sus pormenores, no solo por aquellos datos que habia leido, sino por los informes verbales de multitud de personas que habian acudido al tribunal con sus quejas, se complació mucho en repetir delante de Iturbide y del virey todo lo que estaba allí y que en ligerísimo extracto conformándonos con lo que dice Alamán, era lo siguiente:

"Iturbide habia empañado sus glorias militares en-

tregándose á tráficos vergonzosos, tales como los de embargar las semillas de las haciendas y venderlas como suyas en Guanajuato.

Iturbide tan luego como regresó de México la primera vez en que fué á ponerse de acuerdo con el virey sobre los planes para la pacificacion de aquella provincia, habia llevado consigo á Guanajuato un cargamento de azogue y de otros artículos indispensables para las minas, recibiendo á cambio plata pasta al precio ínfimo de cuatro pesos y medio el marco.

Iturbide habia cuidado de dejar bien establecidas sus relaciones en la capital para que se le siguiera mandando lo que necesitaban los mineros, á los cuales obligaba por temor ó necesidad á que le compraran á los precios que se proponia, realizando ganancias de consideracion.

Iturbide retardaba ó apresuraba la llegada de los convoyes segun le convenia, pues algunas veces le favorecia que llegaran pronto porque allí iban sus efectos y podia realizarlos, mientras que otras veces le convenia que los convoyes no llegaran pronto ó fueran tomados por los insurgentes porque allí venian mercancías agenas que le podian hacer competencia.

Iturbide habia causado la ruina del comercio y la mineria por esos pérfidos procedimientos en que él y solo él era el aprovechado.

Iturbide habia ido tan adelante en sus depredaciones contra toda clase de particulares de los campos y de las ciudades de Querétaro y Guanajuato que algunos de ellos, aun á riesgo de incurrir en su desagrado y provocar las venganzas consiguientes que no se harian esperar en caso de que no recibieran apoyo de las autoridades superiores, se habian decidido á elevar respetuosa representacion al virey pidiéndole que fuera cuanto antes removido.

Iturbide habia sido cruel no solo con sus enemigos á los que nunca daba cuartel fueran de la categoría que fuesen, pertenecieran á uno ú otro sexo, ó contaran mucha ó poca edad, importándole tan poco la vida de los ancianos como la de los niños y la de las mugeres, sino lo que era mas abominable todavia, á sus mismos parientes y amigos les habia puesto la mano encima con frívolos pretextos, sirviéndose de la fuerza pública como de un elemento propio para satisfacer ruines venganzas. Sobre este particular Bataller se complació grandemente en ir nombrando á todas aquellas personas que Iturbide habia asesinado ó mandado asesinar, puesto en prisiones y cargado de cadenas, encontrándose entre estas algunas familias enteras que le eran muy allegadas. El mismo Calleja que era un hombre poco accesible á la compasion, sintió que un sudor frio le corria por la frente oyendo referir tan grandes infamias de que antes apenas se habia apercibido.

La lista de cargos que se hacian contra Iturbide, los unos por la fama pública como los detallados por el obispo de Puebla y los otros en su mayor parte de latrocinios cometidos en la zona de su mando era muy extensa y variada, pues que realmente llamaba la atencion que un hombre todavia jóven estuviera

provisto de una imaginacion tan fecunda para la maldad, como si tuviera un centenar de diablos metidos en el cuerpo, como con gracia decia poco despues Calleja contándole el caso á su secretario Villamil, que dió muchos brinquitos en su sillon diciendo con voz aflautada repetidas veces:—Qué abominable!

—¡Basta! dijo al fin Calleja muy enfadado de oir leer todas aquellas ignominias, interrumpiendo á Bataller que iba apénas en la tercera parte de la lectura del expediente, y ahora que nos haga favor de decirnos Iturbide cuales de todos esos cargos puede principalmente desvanecer.

Como en todo el tiempo que duró la lectura habia estado pensando Iturbide precisamente en esto, contestó sin ninguna vacilacion:

—¿Qué hombre público, principalmente cuando ha tenido como yo que hacer mal á muchas personas involuntariamente no tiene enemigos? Para poderse juzgar de todos esos hechos que se me acumulan, seria necesario haberse encontrado si no en mi misma situacion, al menos á mi lado para comprender los móviles que me guiaron las mas de las veces que fuí á quitar los elementos al enemigo. Así, los únicos que podrian dar testimonio de mi conducta serian los militares, las autoridades y los sacerdotes que han podido ver de cerca si he tenido ó no razon para obrar como lo he hecho. Los dueños de propiedades rurales, los comerciantes y los mineros son los menos apropósito para formar juicio del modo de proceder

de un militar que debe ver ante todo lo que es conveniente para el servicio del rey y en seguida cumplir con sus deberes en sus relaciones con los representantes del augusto monarca y de sus demas superiores.

—¡Ah! dijo Bataller, que una vez habiendo satisfecho su gusto de martirizar á su víctima queria proporcionarle los medios de salvarse, una vez que ese era el deseo del soberano, de manera que su señoria cree que si se pide un informe á esas personas que ha nombrado le vendrá enteramente favorable?

—Lo creo tanto mas, cuanto que es de justicia, dignísimo señor oidor, contestó Iturbide.

—Aquí es necesario que echemos fuera todo lo que es hipocresia y que hablemos claro. ¿Con qué personas cuenta el señor coronel Iturbide para que informen sobre su conducta favorablemente?

—Con todos, contestó aquel aturdido.

—Entonces no nos entendemos, insistió el oidor. Aquí tenemos todas estas quejas de personas muy principales de Guanajuato y Querétaro, sostenidas por el obispo de Puebla que es persona de grandísima influencia en la corte de España y para poderlos vencer á todos necesitamos proceder con toda cautela. Así, señor coronel Iturbide, le repetiré mi primera pregunta confidencial bajo la inteligencia de que el excelentísimo señor virey y yo lo que queremos es salvarlo de todas esas acusaciones: los hechos que se relacionan con este expediente ¿son ó no ciertos?

Iturbide guardó silencio desconcertándose completamente ante aquella franqueza brutal de Bataller; pero Calleja vino á su socorro diciéndole:

—No hay necesidad de ocultar la verdad entre amigos y mas cuando el virey está resuelto á sostener á uno de sus subalternos mas queridos y mas solícitos.

Animado Iturbide con esa seguridad contestó:

—Todo lo que se dice en esos informes es muy cierto y muchísimas mas cosas que pocos conocen, porque muchas veces en el calor de la pelea ó irritado por las contrariedades.....

—Nada de disculpas con nosotros, dijo Bataller interrumpiéndole, puesto que no vamos á condenar aunque haya doscientos mil crímenes, sino á absolver. Siendo todo eso cierto necesita el señor coronel Iturbide darme una lista de las personas que han de informar á su favor, para lo cual puede dirigirse á ellas anticipadamente previniéndoselos.

Iturbide dictó una lista de eclesiásticos, autoridades y militares de su devocion con quienes estaba seguro de contar anticipadamente, proponiéndose escribirles diciéndoles que rindieran favorable testimonio.

—Ahora, dijo el virey á Bataller, ya sabe su señoría, señor oidor, que el coronel Iturbide es nuestro amigo y que, aun en el remoto caso de que los informes lleguen á ser desfavorables en todo ó en parte, necesitamos su mas completa absolucion.

—Conozco mis deberes, excelentísimo señor, contestó el oidor inclinándose y sé cuando se debe condenar y cuando se debe hacer que la inocencia resplandezca en todo su fulgor.

Esto último lo dijo con una sonrisa sardónica que era muy peculiar en aquel hombre, que aunque no tenia conciencia sabia muy bien en qué casos debia mostrarse riguroso, tibio ó complaciente hasta el mas bajo servilismo.

Iturbide dió las gracias á ambos personages con las palabras mas expresivas, pero como era hombre perspicaz y comprendia que aquel era el momento oportuno para aprovecharse de la situacion y sacar todas las ventajas posibles, agregó con tono meloso:

—De todas maneras, parece que esas quejas lo mismo que la carta del obispo de Puebla motivaron un procedimiento extraordinario y que en consecuencia hay que formar una causa.

—Cuya cabeza de proceso debe ser este expediente, contestó Bataller.

—En tal caso debo ser puesto en prision.

—¿En prision? exclamó Calleja, ¡ni por un solo momento!

—Lo considero indispensable, continuó diciendo Iturbide, para dar alguna satisfaccion á mis implacables enemigos.

—¡Oh! no, no; siguió insistiendo el virey, de ninguna manera.

—De todos modos, arguyó Iturbide, debe saberse que se me ha llamado, que el gobierno ha dudado de

mi lealtad, y en todo caso mi reputacion tiene que sufrir menoscabo.

Calleja se quedó un momento pensativo y luego preguntó á Bataller:

—Vamos, señor oidor, ¿no se le ocurre á su señoria algun medio de subsanar esa dificultad?

—Pues solamente uno que pueden considerar los quejosos como una burla y por tal motivo lo creo arriesgado.

—¿Cuál es?

—Que vuestra excelencia ocupe al coronel Iturbide, mientras se encuentra detenido, en alguna comision de confianza.

—¡Magnífico! exclamó Calleja, de ese modo hacemos ver que aunque por un lado pagamos tributo á la opinion pública, por el otro tenemos la decision de sostener en su puesto á nuestros amigos.

Iturbide sonrió lleno de júbilo y esperó con cierta ansiedad bien disimulada que terminara el incidente.

Calleja, despues de estar reflexionando unos momentos, dijo restregándose las manos:

—Mañana mismo saldrá el coronel Iturbide al frente de quinientos hombres en socorro de Concha que se encuentra muy apurado.

—Será pasado mañana, objetó Bataller, pues hay que asentar sus declaraciones y pedir las informaciones á Querétaro y Guanajuato.

Resuelto así el punto, Iturbide renovó sus agradecimientos á los dos personages y salió radiante de alegria.

Bataller se despidió momentos despues y el virey le dijo al oido:

—Es un pícaro de los mas redomados el tal Iturbide; pero es valiente y fiel partidario como pocos y necesitamos salvarlo.

—Lo salvaremos, excelentísimo señor; juro por todos los santos nuestros patronos, que lo salvaremos.

Y el viejo oidor atravesó las antesalas llevando en los labios su risita sarcástica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIII

¡ABSUELTO!

Mientras que el coronel Iturbide salia á dar un brillante paseo militar al frente de quinientos hombres, el virey mandaba pedir informes á las corporaciones y personas notables de las provincias de Querétaro y Guanajuato que aquel mismo habia designado, sobre la conducta política, civil, militar y cristiana del acusado, con todas las fórmulas que entonces se acostumbraban.

Quien recibió un verdadéro *gregorito* como se dice ahora, fué el obispo de Puebla, el que habiendo sabido que Iturbide llevaba un camino en direccion á su diócesis, tuvo que pensar sériamente en escapar el bulto. El buen Perez no volvió á tranquilizarse sino cuando supo que Iturbide habia hecho alto en San

Juan Teotihuacan, de donde recibió órden de regresar al poco tiempo sin haber tenido ningun encuentro con el enemigo.

Materia de grandes recelos y cautelosas discusiones entre las personas que recibieron los pliegos del virey en las provincias mencionadas, fueron las preguntas que en ellos les hacia, pues que por una parte todos estaban deseosísimos de decir la verdad contestando á las cuatro preguntas de la manera mas desfavorable, para lo cual no necesitaban mas que referir los hechos de que todos eran testigos; pero por la otra veian claramente que no era mas que una celada que se les tendia, tanto mas cuanto que por el propio conducto habian recibido tambien las cartas de Iturbide én que les decia que contestaran en los mejores términos seguros de que no les pesaria, pues que al volver á su lado les daria pruebas irrecusables de su agradecimiento.

—En nuestra mano está que no vuelva Iturbide, decia el Dr. Labarrieta, cura de Guanajuato, que era uno de los mas intrépidos y de los mas entusiastas sostenedores de las acusaciones del obispo de Puebla, pues que si rendimos nuestras declaraciones en términos de verdad, es imposible que el virey pueda absolverlo, aunque lo pretenda.

—Pero aquí están las cartas de Iturbide, le contestaba el regidor decano, en que nos asegura que vuelve porque está resueltamente sostenido por el gobierno.

—¿El qué ha de decir? Seria un tonto y un necio si permaneciera con los brazos cruzados.

—Pero usted, doctor, le decia el comandante de las fuerzas, Arévalo, usted que es amigo de muchos años del coronel, paisano suyo, puesto que ambos nacieron en Valladolid y quien sabe si parientes, ¿es el que pretende perderlo cuando ha sido el mas implacable enemigo de los insurgentes y cuando gracias á su severidad tenemos la paz que estamos disfrutando?

—No solamente Iturbide es gefe de valor, contestaba Labarrieta, cualquiera oficial con los elementos con que él ha contado podria haberse distinguido; y en cuanto á nuestra antigua amistad y paisanage nada tienen que ver con la honradez que todos estamos obligados á manifestar en este caso.

—Es parecer unánime, siguió diciendo el regidor decano á quien se habia interrumpido, el de declarar la verdad diciendo todos los males que ha causado y sigue causando Iturbide en el Bajio, pues que ciertamente á todas las gentes tiene horrorizadas con sus crueldades, opresiones y latrocinios; pero todos tiemblan pensando en que ha de volver á encargarse del mando, porque entonces ya no considerarán seguras ni sus vidas ni sus intereses.

—Pues yo digo que si todos informamos como debemos informar, Iturbide no vuelve.

—Contra cada testimonio malo, habrá cien testimonios buenos, dijo el militar.

—Pero la declaracion de tres personas notoriamente honradas valdrá mas que las de las cien interesadas en la causa del coronel.

—Yo sé tantas perfidias y atrocidades de Iturbide, dijo el edil, de las que muchas son enteramente ignoradas, y tengo tales pruebas y tan concluyentes, que si mandara el expediente redondeado, no sé á qué santo pudiera encomendarse aquel para conseguir su salvacion.

—Y bien, vamos mandando ese expediente, si lo considera su señoria tan eficaz.

—¿Para qué? Lo hecho ya está hecho y nada se remediaria con sacarlo á plaza. El virey no ignora cuál ha sido la conducta de Iturbide, porque lo conoce y puede ser que hasta le haya comunicado alguna parte de sus especulaciones, de manera que si lo consiente todavia y hace preguntas que él mejor que nadie puede contestar, es señal cierta de que está resuelto á salvarlo y, amigos mios, contra el virey, nadie.

—Si nos hemos de mostrar siempre tan pusilánimes, dijo entonces el cura indignado, no nos quejemos despues si aún quitándonos á Iturbide nos ponen á un mónstruo. Ya sabrán entonces que somos tan sumisos y tan resignados como unas mugeres.

—Que nos quiten primero á Iturbide aunque nos manden despues á un mónstruo, contestó el regidor riendo, pues que siempre todos los mónstruos conocidos y por conocer, juntos, serán cien veces mejores que Iturbide.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y de esta manera, hablando con este y con aquel el Dr. Labarrieta no pudo hacer propaganda, porque principalmente los particulares que tenian familias é intereses se demudaban solo al pensar en las consecuencias que tendria una deposicion contra Iturbide para cuando este volviera á tomar el mando de las armas. Así fué que los mas contestaron diciendo que el acusado habia observado una conducta de ángel tanto en sus campañas como en su gobierno; otros negaban terminantemente que hubiera cometido asesinatos ó robos y sostenian que la fortuna que habia improvisado era debida á transacciones de las mas lícitas que se conocian en el comercio humano. Algunos, muy pocos, dijeron que nada absolutamente sabian sobre los comportamientos de Iturbide, al cual consideraban buen cristiano, sin haber tenido tiempo de observar otras cosas por estar tan entretenidos con sus negocios particulares, y aun los que habian lanzado las auteriores acusaciones pidiendo al virey su remocion, se apresuraron á retractarse, manifestando que no habian tenido ánimo de provocar ningun perjuicio á aquel valiente militar, pues que simplemente sus deseos se limitaban á verlo figurar en una esfera mas amplia, donde pudieran aprovecharse mejor sus magníficas dotes para la guerra.

Solamente el intrépido cura de Guanajuato no desistió de sus propósitos, por mas que lo ligaran la amistad y el paisanage con Iturbide, considerando como un deber de conciencia decir la verdad, y en

tal virtud instruyó al virey, creyéndolo muy ignorante de cuanto pasaba, de toda la historia del personage de que se trataba, contestando con toda minuciosidad á sus preguntas.

He aquí el extracto que hace el historiador Alaman, monarquista y por consiguiente iturbidista:..... "siguiendo la misma distribucion de puntos que el virey señalaba y segun las épocas de la vida de aquel, recomendó su conducta privada en su juventud, elogió su decision y valor desde el principio de la revolucion, y refirió sin disfraz todos los excesos que habia cometido desde que se le nombró comandante general de la provincia de Guanajuato, y despues del ejército del Norte. Labarrieta describe todos los medios empleados por Iturbide para hacerse de dinero, ya por el monopolio que ejercia teniendo agentes en todas las poblaciones, ya mandando vender á vil precio los acopios de granos de algunas haciendas á pretexto de evitar que se hicieran dueños de ellos los insurgentes, comprándolos él mismo por tercera mano, para revenderlos por cuadruplicada cantidad; especificó algunos actos de injusticia cometidos contra varios individuos, que habian sido tenidos largo tiempo en prision por ligeros motivos ó agravios particulares, á pretexto de ser insurgentes, y en cuanto á lo militar, dice que sus partes eran exagerados; que acciones perdidas se habian dado en ellos por ganadas; que se abultaba lo fuerza que habia, y que siendo causa de las desgracias sufridas en Guanajuato en Agosto del año anterior, por haber sacado á otros

puntos la guarnicion de aquella ciudad, dió á entender al virey que estaba completa remitiendo un estado en que así aparecia, concluyendo en cuanto á la conducta cristiana de Iturbide, que no podia haber en él un fondo sólido de religion, por ser esta incompatible con la inhumanidad y todos los excesos que habia referido, no obstante las prácticas exteriores de oir misa y rezar el rosario, aunque fuese á la una de la mañana y en voz alta para que los soldados lo oyeran, asegurando que por todas estas causas, Iturbide habia hecho mas insurgentes que los que habia destruido, y que no habia un sólo hombre en toda la provincia que no lo detestase, excepto sus criaturas, por lo que cuando se hizo pública su remocion, pensaron hacer una misa de gracias."

Alamán refiere muchos hechos atroces qué omitió el cura Labarrieta en su informe, porque siendo crueldades cometidas contra los insurgentes no podían ser consideradas como reprensibles por el virey y sus consejeros.

Muy voluminosas eran las causas que se formaban entonces, aún tratándose de los negocios mas sencillos, de modo que en las casos excepcionales como el de Iturbide venian á ser casi una monstruosidad. Cuando ya estuvo concluida se presentó una mañana Bataller en el despacho de Calleja y le dijo:

—Ya el escribano ha reunido todos los documentos y declaraciones relativas á nuestro pájaro aquel...

—¿Qué pajaro? preguntó Calleja.

—Iturbide.

—¡Ah! ¿y resulta culpable?

—Vuestra excelencia podrá convencerse por sus propios ojos.

Diciendo esto el viejo Batalier se levantó y dió órden á dos mozos que se habian quedado afuera para que se presentaran con los expedientes.

—¡Jesus! exclamó el virey asombrado, es mucha tinta esa.

—Y todavia queda materia para gastarse el doble.

—Que se lleven eso porque no tengo un año disponible para darle lectura, y sírvase el señor oidor decirme en extracto lo que se ha sacado en limpio.

Despues que se salieron los mozos de oficio con los cuarenta cuadernos, contestó Bataller:

—En limpio se ha sacado que nuestro protegido es un tuno por los cuatro costados.

—¿Solamente un tuno?

—No hay robo chico ó grande, asesinato con todos los caractéres, y cuanto delito se conoce en las leyes que no haya cametido. Desde el pré de la tropa, hasta los efectos de los ricos, todo ha sabido apropiárselo como de su pertenencia. Desde el niño mas inocente y la anciana mas infeliz hasta el militar vigoroso y fuerte cogido ó no con las armas en la mano, han sido sus víctimas. No ha tenido embarazo en limpiar las casas en donde le han dado franca hospitalidad, ni en quemar los pueblos en que se le ha recibido con los brazos abiertos como á pacificador. A D. Mariano Noriega vecino honrado, rico y distinguido de Guanajuato lo mandó matar sin que se supiera el

motivo. A su condiscípulo el padre Luna, acusado de insurrecto, lo recibió con agasajo, lo invitó á tomar chocolate y de su misma mesa lo mandó levantar para que lo fusilaran en su presencia..... y en fin, es largo, muy largo el catálogo de las fechorías de nuestro coronel.

Calleja se quedó por un rato muy pensativo y queriéndolo el astuto oidor sacar del visible embarazo en que estaba sumergido, le dijo con su beatitud acostumbrada:

—Sin embargo, esos hechos aislados de muertes y pillajes pueden justificarse como represalias las unas, como efectos de la ley los otros y como hijos de la necesidad los demas, por el estado de la revolucion en que se ha encontrado el Bajío.

—¡Ah! muy bueno; pues eso es lo que yo deseo, que tales hechos por atroces que sean, puedan quedar desvanecidos.

—Lo que sí me parece un poco dificilillo es desvanecer lo de sus comercios y tratos ilícitos abusando de su calidad de comandante, cosa prohibida terminantemente por la ordenanza y demas disposiciones militares que son del caso.

—¡Hombre, hombre! exclamó el virey como hablando consigo mismo, se me ocurre una idea.

—Puede ser que sea la misma que ya á mí se me ha ocurrido y que ha sido hasta ahora la única salida que he podido encontrar al asunto.

—Iturbide no es coronel de los cuerpos de línea

con quienes rezan los rigores de la ordenanza, sino de los cuerpos provinciales.

—Eso mismo fué lo que yo me dije y.....sin embargo.

—En los cuerpos provinciales se permite servir á las personas que tienen comercios.

—No solo, sino que las mas veces los comerciantes son los que los forman.

—Luego Iturbide como provincial muy bien puede estar á la vez consagrado al comercio.

—Distingo, contestó Bataller que creia encontrarse pronunciando alegatos en la audiencia: la ley permite que los comerciantes puedan empuñar las armas y servir en los cuerpos provinciales; pero no permite que los militares de profesion se hagan en ellos comerciantes.

—Es la misma cosa. La prohibicion del comercio solo está mandada para los oficiales de los cuerpos de línea, sin que por eso ni Llano, Armijo, Mádrid, Samaniego y yo mismo, si he de hablar con franqueza, hayamos dejado de aprovechar la oportunidad de hacer nuestras ganancias, puesto que las remuneraciones son muy cortas en comparacion de los sacrificios que se hacen en la carrera militar y que en atencion á esto siempre se ha acostumbrado dispensar esas pequeñas faltas que á nadie perjudican y que son toleradas como una especie de premio por los grandes padecimientos de la campaña. Si pues todos hemos hecho comercio, aun los gefes de los cuerpos de línea, ¿cómo habiamos de castigar por lo que no con-

sideramos tal delito á un coronel de cuerpos provinciales?

—No he pensado en pedir siquiera el menor castigo en mi dictámen contra el coronel Iturbide, contestó Bataller. Basta que vuestra excelencia quiera que se salve para que yo, como asesor de la causa, quiera lo mismo, encargándome de trasmitir los deseos de vuestra excelencia á los demas magistrados: la absolucion tiene que pronunciarse y se pronunciará, aunque sea haciendo uso de argumentos tan ficticios como el que acaba de hacer vuestra excelencia y que en buena lógica se llaman sofismas. Así, pues, el asesor no tendrá inconveniente en decir que el Sr. Iturbide puede ejercer la noble profesion del comercio en su cargo de coronel, así como está permitido que los comerciantes puedan servir en los cuerpos llamados provinciales; pero solo quiero que conste á vuestra excelencia que voy á decir tal disparate por complacer á vuestra excelencia y no porque ese sea el sentido recto de las leyes que van á aplicarse.

—Que se vayan al diablo todas las leyes, una vez que sobre ellas y sobre todo cuanto hay están nuestros amigos, que saben sacrificarse con lealtad para conservarnos el poder..... ¿no es esto lo justo, Sr. Bataller?

—Eso es lo justo y lo debido, excelentísimo señor.

—Pues andando y que el amigo Iturbide sea absuelto lo mas pronto posible.

El oidor Bataller se despidió á reculones del virey,

ofreciéndole poner en planta toda su eficacia para dar buen punto á sus deseos.

Por mas prisa que quiso darse el oidor, los jueces promovieron nuevas diligencias, se estaba tratando de recabar los testimonios de Cruz y del obispo de Guadalajara, lo mismo que de los vecinos y corporaciones de las provincias limítrofes sobre algunos hechos que mencionaba Labarrieta y la causa no parecia tener término, cuando el mismo Iturbide que habia vuelto de su excursion militar y que llevaba varias semanas de estar ocioso en México con detrimento de sus giros mercantiles del Bajío que sin su presencia llevaban mal sesgo, cansado de esperar y de que Bataller lo trajera á las vueltas, fué á ver á Calleja y le dijo sin muchos rodeos:

—Excelentísimo señor: el inmenso cariño que tengo personalmente á vuestra excelencia y el gran celo que estoy obligado á desplegar por su gobierno, me han hecho descubrir que en esta ciudad hay una vasta conspiracion del marques de Rayas y otros personages, con quienes debe estar ligado el mismo señor arzobispo Fonte, cuya conspiracion si no es precisamente en favor de los insurrectos, sí lo es en contra de vuestra excelencia á quien piensan arrancar el poder.

—¿Cómo es eso? preguntó Calleja mudando de color.

—Puedo asegurar que Abad y Queipo á quien conocí mucho desde mi niñez, no ha ido á otra cosa á

España mas que á hablar al Rey en contra del gobierno de vuestra excelencia.

Como los que están en el poder siempre están ciegos, ó los que los rodean les forman un tupido velo que no les deja ver mas allá de las paredes doradas de sus palacios, Calleja ignoraba lo que todos sabian: que desde hacia varias semanas se estaba asegurando en todos los corrillos que iba á ser sustituido por el general Cruz, presidente de la Nueva Galicia, quien no era extraño á aquella universal conspiracion; asi es que todo cuanto siguió diciéndole Iturbide respecto de lo que se decia en la ciudad le cogió de nuevo.

En su furor dictó disposiciones tronantes: una para reducir á prision al marqués de Rayas, al canónigo Ramon Candaño, á D. Agustin Adalid y á otros muchos sugetos de alto copete y otra para que la causa de Iturbide se terminara en el punto en que estuviera. Como este era el objeto que llevaba aquel mas que el de denunciar una conspiracion que ni conocia ni le importaba, salió de allí radiante de satisfaccion.

Cuando consideró que ya era tiempo, fué y se le presentó á Bataller. El viejo zorro le salió al encuentro diciéndole:

—Sé á lo que viene su señoria y puedo proporcionarle el gusto de hacerle saber que su causa está despachada.

—¿Absuelto? preguntó Iturbide con ansiedad.

—Absuelto y expedito para encargarse del mando del ejército del Norte, segun la aprobacion del virey; pero.....

—¿Hay un pero?

—Están ya nombrados los gefes de las armas de aquellas provincias y.....

—¿Qué importa? Si el virey en la confirmacion de la sentencia absolutoria me repone en el mando.....

—Su señoria no puede aceptarlo.

—Al contrario, aceptaré no solo porque así recupero mi honra, sino porque puedo satisfacer mi justa venganza.....

Bataller se sonrió y dijo con voz tan queda como un soplo y con los ojos encendidos como si estuvieran animados por la rabia:

—Los conspiradores han triunfado: está ya nombrado virey de la Nueva España el capitan general de la isla de Cuba D. Juan Ruiz de Apodaca.....

Iturbide no pudo resistir este golpe y cayó exánime en una silla, casi perdido el conocimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX

PROGRAMA DE DESGOBIERNO

Acababa de levantarse Calleja cuando llegaron hasta el comedor donde se le habia servido el desayuno sus dos favoritos, el poeta Ramon de la Roca y el secretario particular D. Bernardo Villamil, hombres ambos de buen talento; pero cuyas exageraciones y ánimo servil les volvia ridículos ante la muchedumbre y eran casi tan odiados como su amo por los habitantes de la capital. Los dos llevaban el semblante descompuesto, las caras largas, como se dice ahora, y la lengua hecha nudo en la garganta.

—¿Qué traen ustedes tan azorados? les preguntó Calleja con aparente tranquilidad.

—¡Cómo! exclamó Villamil con voz aflautada, moviéndose de un lado para otro, pues ya hemos dicho que el chiquitin era muy nervioso y estaba siempre

dando brincos sobre los piés ó sobre las asentaderas segun estuviera de pié ó sentado, ¡cómo! ¿pues acaso no sabe vuestra excelencia cuál es la noticia que circula por la ciudad?

—Seria raro que yo conociera primero las ociosidades que inventan los desocupados del parian, contestó el virey.

—Esto no es inventado por esas gentes, dijo Roca que apenas habia empezado á serenarse viendo al virey tranquilo, sino los de pro son los que lo dicen, aquellos que están bien relacionados.

—Siéntense ustedes, que les sirvan el desayuno, y despues que hayan tomado aliento, porque vienen ahogándose, me cuentan lo que pasa.

El chiquitin se sentó, pero no podia mantenerse quieto y se levantaba y daba vueltas en torno de la mesa, mientras que Roca que tenia menos motivos para permanecer largo tiempo impresionado, dijo al virey con tono quejumbroso:

—Pues dicen todos por ahí que se ha nombrado á V. E. un sustituto.

—Eso dicen, agregó Villamil parándose enfrente del virey cruzado de brazos.

Calleja soltó una carcajada y exclamó por su parte:

—Pues eso no es nuevo: desde hace mas de un año y puede ser que desde hace dos, se viene diciendo lo mismo.

—¡Ah! pero ahora dan el nombre de la persona.

—El presidente de Guadalajara D. José de la Cruz.

¿Acaso no sé muy bien que el idiota ese es el que ha estado despachando cartas y comisiones á la corte de Madrid pretendiendo suplantarme?

—¡Ah! mientras se decia que Cruz vendria á sustituir á vuestra excelencia todos nos reiamos, porque sabiamos muy bien que no eran mas que buenas intenciones y trabajos aislados de ciertos tontos; pero ahora la especie toma cuerpo porque se asegura que quien debe hasta haber ya desembarcado en Veracruz es el capitan general de Cuba D. Juan Ruiz de Apodaca, nombrado virey de esta Nueva España. Esto lo dijo Villamil con voz temblorosa.

—No creo tal noticia, contestó Calleja haciendo un esfuerzo sobrehumano para no dar á conocer la grande emocion que sentia, porque no hay causa alguna que justifique el cambio. El gobierno español sabe muy bien que á mí se me debe la casi total extincion de la revuelta, la moralidad de nuestra ejército, el arreglo de la hacienda pública, la armonia entre los colonos que siempre estaban como perros y gatos y la seguridad de que no se perderán ya para la corona estos dominios que tantos sacrificios de todo género le han costado.

—En efecto, no hay causa, no hay motivo, no hay pretexto; pero nunca los ha habido para que se sobrepongan las intrigas de los díscolos y es lo que siempre sucede, que gana la apuesta aquel que primero está por delante.

—No comprendo.

—¿Qué ha sucedido con las condecoraciones de la

real órden americana de Isabel la Católica? Pues que se las han dado á algunos partidarios de los insurgentes como Adalid y Reyes, á algunos comerciantes que ni siquiera han sabido prestar dinero, á algunos militares ignorantes como á Cruz y no á vuestra excelencia, á Iturbide y demas veteranos y á algunos nobles que maldito lo que les debe la pacificacion, sino es el hijo de Yermo por los servicios que prestó su padre.

—Es verdad todo eso, amigo Villamil, pero ahora no hay quien trabaje contra mí en España, porque no cuento en la corte solo con amigos á quienes he tenido cuidado de mandar régios presentes, sino con aliados.

—Pues lo que se dice, agregó Roca sin querer prolongar por mas tiempo la incertidumbre, y se dice en el obispado, en la audiencia, en el comercio y en el consulado es, que Abad y Queipo se echó á los piés del rey pidiendo la remocion de vuestra excelencia.

—¿Ese fraile bribon está ya en España? exclamó Calleja lleno de cólera, pues entonces ya no hay duda de que puede haber logrado su objeto. Tenemos ciertas cuentas pendientes con motivo de algunas pretensiones suyas rotundamente deshechadas que se relacionaban con Valladolid y de seguro que ha tomado el desquite. No sabe, sin embargo, que le tengo tomadas las avenidas con una causa que por herejia le tiene comenzada la inquisicion y cuyo brazo se extiende á España y á todas partes.

Calleja entonces refirió á sus favoritos todos los

motivos de desavenencia que creia existian entre él y el antiguo obispo de Michoacan y que conociéndole como intrigante y falso habia logrado con muy buenos informes que los auxiliares del Santo Oficio lo sorprendieran leyendo libros prohibidos y sosteniendo tratos ilícitos de cierta especie que le habian conquistado el título de rufian, delito que comenzaba á ser ya mal visto entre los sacerdotes.

No se levantaban aun de la mesa cuando se les anunció que habia llegado el correo de Veracruz, lo cual era un acontecimiento, pues á pesar de la pacificacion se pasaban meses y mas meses sin que se recibiera, cuyo aviso les cayó como una bomba, poniéndose Roca y Villamil mas blancos que la cera.

—Vamos á ver que trae el correo, les dijo Calleja.

En efecto, se dirigieron al despacho, abrieron varios bultos y por fin encontraron la órden que se mandaba en nombre del rey para que Calleja hiciera entrega del mando á Ruiz de Apodaca nombrado para sucederle. Por supuesto que á Calleja se le doraba bien la píldora diciéndosele que ya era tiempo de que descansara de sus fatigas y que Su Magestad estaba dispuesta á colmarle de distinciones en la corte dándole el premio que merecian sus dilatados y siempre importantes servicios.

Villamil ya no pudo hablar ni dar brinquitos quedándose de una pieza en el sillon que ocupaba y tan reducido que no ocupaba ni una cuarta parte del asiento. Roca fué el que manifestó mas entereza diciendo al virey:

—En fin, con tal que premien los servicios de vuestra excelencia con el rango y magnitud que se merecen.

—Los premiarán, amigo Roca, que al fin dar títulos y relumbrones es cosa que nada cuesta, pero con nada me podrán recompensar todo lo que aquí he hecho ni menos podrán ponerme en ningun puesto que equivalga. Aquí soy el primero despues del rey y muchas veces el primero aun sobre el rey mismo y allá por mucho que sea siempre habrá veinte, treinta ó cien, que valgan mas que yo por sus nombres, riquezas y blasones.

Al decir esto suspiró tiernamente y fué la vez primera que los favoritos de Calleja vieron en él un síntoma de cobardia ó de debilidad, pues juntamente con el suspiro se le escapó una lágrima que por mas que quiso no pudo contener.

Permanecieron algunos minutos en silencio hasta que Villamil, que aunque de pronto siempre era el mas apocado, á la larga era el de mas brio y el de mayores recursos, dijo como si saliera de un sueño restregándose los ojos y dando tres brinquitos en su sillon:

—A lo hecho pecho: ahora en lo que debemos pensar, es en la manera de prepararnos para entregar así como nos preparamos para recibir hace cuatro años tan dignamente.

—¡Ay! cuatro años escasos de gobierno, murmuró Calleja.

—Secundo el voto de Villamil, dijo Roca, vámonos preparando.

—¿Pues qué mayor preparacion? les preguntó Calleja, todo está en órden para el momento en que llegue Apodaca.

—Bueno, arguyó Villamil, todo está en órden para disfrutarlo vuestra excelencia, pues era precisamente cuando pensaba ya en empezar á disfrutarlo; pero necesitamos ponerlo en órden para que otro que venga se fastidie, esto es, en desórden.

—Veamos entonces qué es lo que ustedes me aconsejan.

—Lo primero de todo es el dinero: ya ve vuestra excelencia qué ricos están Iturbide, Armijo, Llano, Concha y puede ser que Cruz y Negrete, porque no se han parado en pelillos para cogerlo de donde han podido.

—Yo lo mismo, iba á contestar Calleja, pero se contuvo y solo dijo:

—No me falta el dinero y los bienes raices ya me los comprarán Iturbide ó Armijo que son los mas poderosos.

Al poco tiempo le compró todas sus haciendas Armijo, esto es fuerza anotarlo ántes de que vaya á pasársenos.

—Yo en lugar de vuestra excelencia, siguió diciendo Villamil, lo primero que haria ahora seria reunir todas las rentas.

—Poco podrá ser despues de lo que está ya reunido.

—Algo mas, en dos ó tres meses que faltan.

—Y si dejamos quietos á los insurgentes del camino de Veracruz podremos contar hasta con seis meses, dijo malignamente Roca.

—¿Por qué no ponemos un año? preguntó Villamil.

Calleja se sonrió con agrado y dijo:

—No se puede negar que son ustedes buen par de consejeros.

—En un año, doblando los impuestos y procurando entradas extraordinarias para dar el último golpe á la revolucion, se pueden atrapar, sin que lo sienta la tierra, unos dos millones.

—Yo me comprometeria á reunir cinco, dijo el intrépido Roca que nunca habia podido tener en junto ni cincuenta duros.

—Bien, señores, bien, dijo Calleja algo impaciente, pueden dejarme á mí la cuestion de hacienda, pues no solamente cuento con mis economias y con los bienes de mi muger, sino con la pension vitalicia que me asignará su magestad. Con todo eso reunido hago de cuenta que tengo en la bolsa reunidos los cinco millones.

Tanto el poeta como el secretario se quedaron mirándole alelados, pues nunca habian pensado que llegara á tanto su habilidad y el segundo entonces continuó su programa diciéndole:

—Supuesto que es punto arreglado lo de los re-

cursos, se necesita no hostilizar mucho á Terán y á Victoria y en cuanto sea posible retirar algunos destacamentos de ese rumbo.

—Lo peor es, dijo Calleja, que Osorno y todos los guerrilleros importantes se están replegando á Tehuacan.

—Pero quedan partidas en el Sur, en Cóporo, en Zacatecas y en Chapala que reclaman la atencion del gobierno.

—Es posible que sin empeñarnos mucho encuentre varios tropiezos en su camino el virey Apodaca, murmuró Calleja y lo dijo porque sentia cierta vergüenza de hablar de tales cosas con sus confidentes.

—Pues yo, dijo Roca animándose mas y mas, porque era á quien mas falta iba á hacer en México Calleja, procuraria que no pudiera llegar nunca el nuevo virey á la capital.

—Nombrarian otro y asunto concluido.

—Tampoco ese otro llegaria.

—Nombrarian á Cruz ó á cualquiera de aquí mismo.

—En eso se pasarian dos años.

—No, no; replicó Calleja con resolucion, Apodaca llegará mas ó menos tarde pero llegará y le entregaré el baston de mando.

—Entonces hay que apresurarse á hacer lo que resta.

—¿Qué resta?

—Echarse por delante desterrados ó para San Juan de Ulúa á todos aquellos enemigos encubiertos que han estado trabajando por la caida de vuestra excelencia. A unos se les puede imputar inteligencia ó simpatías con los independientes, á otros se les puede acusar de ser flojos y remisos en el cumplimiento de sus deberes, como trastornadores del órden público ó como hereges á quienes es preciso que juzgue la Santa Inquisicion.

—Ahora que usted, querido Villamil, nombra al Santo Oficio me recuerda que lo primero que hay que hacer es mover allí la causa que se empezó á formar al obispo Abad y Queipo.

—Esa debe llevarla al inquisidor general de España una comision de inquisidores de México muy bien recomendada.

—Que salga hoy mismo, si es posible, dijo Roca entusiasmado.

—Saldrán, yo respondo de que saldrán.

Por la entonacion de la voz y por el gesto terrible de Calleja, se comprendia muy bien que á nadie guardaba mayor rencor, ni de nadie queria alcanzar mas cumplida venganza que del ex-obispo de Valladolid, al cual quien sabe cómo le habria ido al tenerlo al alcance de su brazo.

—Tambien puede dar vuestra excelencia otro golpe maestro, dijo Villamil dando un enorme salto despues de haber estado pensando cuál seria la mayor maldad que podia preparar.

—¿Qué golpe seria ese? preguntó Calleja.

—Su excelencia recibió en el otro correo el decreto que restablece el órden de los jesuitas.

—Sí, pero no he querido restablecerlos por mas ins-

tancias que me han hecho porque son una plaga. El mismo arzobispo les tiene miedo y les manifiesta alguna oposicion.

—Sí, ya sé que vuestra excelencia ha estado dando largas al asunto porque ha temido justamente dos cosas: la alarma que esto cause á la sociedad y las dificultades que pudieran crearle esos hombres.

—Es la verdad.

—Pero yéndose vuestra excelencia ¿qué le importa dejarle á Apodaca esa víbora en el seno? Ademas, ellos son agradecidos y podrán ayudarle con su influencia en España.

—Como que ellos están otra vez rodeando el trono.

—Pues entonces al avío: restablezcamos á los jesuitas.

—Mañana mismo damos el decreto y el juéves próximo les entregamos sus colegios, iglesias y bienes que puedan recogerse: eso entra perfectamente en la política.

Al decir esto Calleja se restregó las manos considerando el alcance que iba á tener tal medida y más cuando ya á él en manera alguna podia perjudicarle.

—¿Y qué hacemos de jesuitas? preguntó el poeta.

—¡Bah! querido vate, contestó Calleja. ¿Su señoria cree que son de esas gentes que se duermen? Desde hace cuatro ó seis meses están aquí los padres Castañizo y Canton reclamando el edificio de San Ildefonso y en cuanto se dé el decreto van ustedes á ver cómo tenemos jesuitas por docenas.

—Finalmente, dijo Villamil esforzándose en hacer-

se escuchar dando brincos en el sillon, pues sus dos interlocutores habian seguido muy animados su conversacion acerca de los jesuitas, finalmente propongo para terminar mi programa de entrega de gobierno, que se den ó se hagan dar todas las fiestas que sea posible para que los habitantes de México vean que no nos amuinamos y que así como supimos entrar con brio sabemos salir airosos y con la cabeza muy levantada.

—Podiamos estrellarnos, objetó Calleja, porque no es lo mismo virey que te vas que virey que te vienes.

—No nos estrellaremos, se apresuró á responder Villamil, porque tiraremos la piedra escondiendo la mano.

—¿Cómo?

—Porque una fiesta la hará el escuadron "Dragones del Rey," que fué idea suya, segun vuestra excelencia recordará, para celebrar la aprobacion que se le dió por real órden de 30 de Junio anterior.

—Es verdad, y los oficiales están relacionados y emparentados con lo mejor de la sociedad de México, dijo el virey.

—Otra fiesta la dará el Ayuntamiento por la celebracion de los días del rey que ya se acercan.

—Bien, muy bien.

—Y otra fiesta la darán los dos arzobispos Bergosa y Fonte, el primero por haber sido destronado y el segundo por haber visto el final de las intrigas que desde hace diez años está poniendo en juego para atrapar la mitra arzobispal.

—Y otra los jesuitas por su reposicion y otra el Estanco de tabacos por haber conseguido los trescientos mil pesos que para papel se pidieron al consulado.

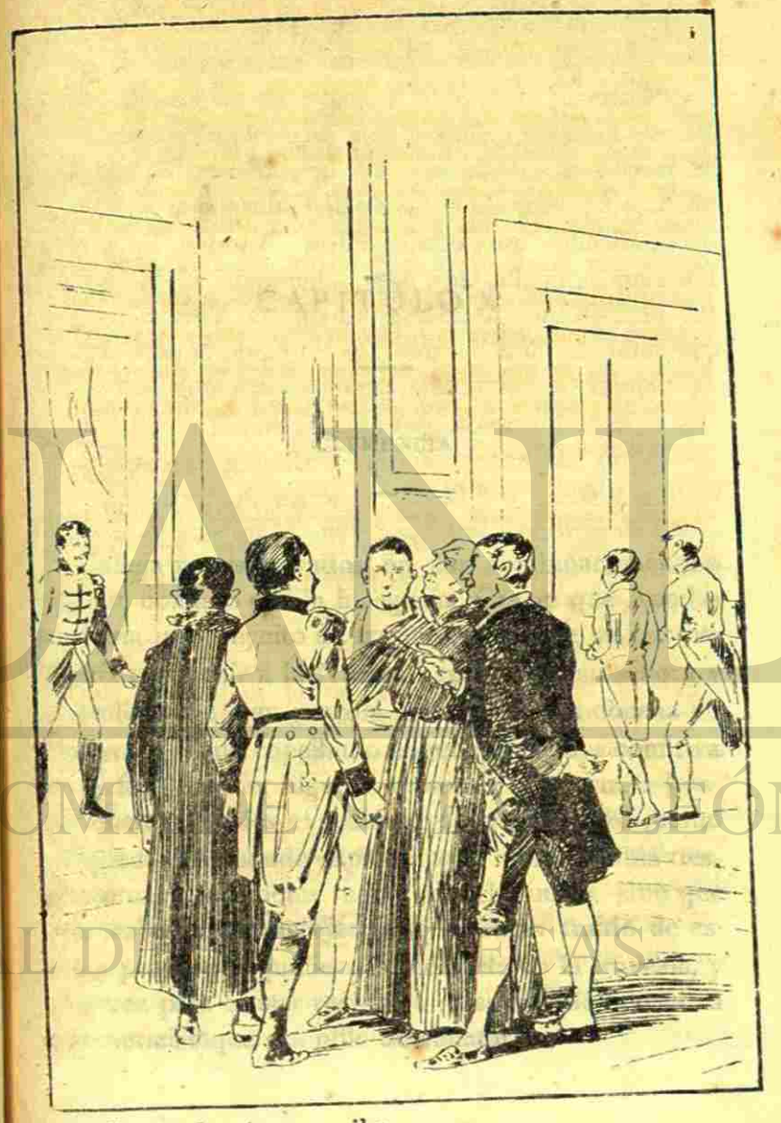
—¡Bueno, vate, bueno! exclamó Calleja, tambien á su señoria le suelen ocurrir buenos golpes.

Esta conferencia, por mas que nosotros la hemos descrito pronto, se prolongó por toda la mañana, dando por resultado que el virey no diera audiencia y que Iturbide, los oidores, los padres jesuitas, el secretario de la mitra y otros varios personajes recibieran un atento recado de un oficial en nombre del virey, al tiempo que salian del despacho los favoritos, cuyo recado decia:

—Su excelencia no recibe hoy por tener atenciones preferentes y suplica á sus señorías que vuelvan mañana.

Por supuesto como los favoritos son odiados en todos los gobiernos, cuando acabaron de pasar por las antesalas sin que nadie les saliera al encuentro ni les saludara, una voz se dejó escuchar parecida á la de Iturbide:

—¡Pataratos lebreles! Y el virey Calleja puede entretenerse en consejo con semejantes animales.



—Su excelencia no recibe...



CAPITULO X

CLEMENCIA

Calleja y sus privados, en sus combinaciones, no habian contado con la huéspeda. Creian que Apodaca seria un vireycito de tres al cuarto que se conformaria con venir á la Nueva España con su señora y sus niños, sin mas guardia que una media docena de lacayos y algun capellan octogenario, á cuya comitiva seria fácil detener algunos meses en Veracruz ó Jalapa mientras se les expeditaba el camino; pero ¿cómo se quedarian cuando supieron que no solo habia desembarcado felizmente aquel en el puerto, sino que avanzaba ya con un ejército que habia traido de escolta por lo que pudiera ofrecérsele en la travesía, y á la vez para causar respeto á su sustituido que sabia por noticias que era pillo de cuenta?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO X

CLEMENCIA

Calleja y sus privados, en sus combinaciones, no habian contado con la huéspeda. Creian que Apodaca seria un vireycito de tres al cuarto que se conformaria con venir á la Nueva España con su señora y sus niños, sin mas guardia que una media docena de lacayos y algun capellan octogenario, á cuya comitiva seria fácil detener algunos meses en Veracruz ó Jalapa mientras se les expeditaba el camino; pero ¿cómo se quedarian cuando supieron que no solo habia desembarcado felizmente aquel en el puerto, sino que avanzaba ya con un ejército que habia traido de escolta por lo que pudiera ofrecérsele en la travesía, y á la vez para causar respeto á su sustituido que sabia por noticias que era pillo de cuenta?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En efecto, Apodaca llegó á Veracruz en la segunda quincena de Agosto, esto es, dos meses despues de anunciado su nombramiento, en la fragata de guerra "Fortuna" trayendo consigo un convoy de ocho buques bien equipados y con una magnífica division de tropas mandada por los brigadieres D. Ignacio Mora y D. Francisco Javier de Gabriel que se tenian como oficiales muy distinguidos. Aunque la nueva Excelencia estaba muy bien aclimatada en la Habana, prefirió no detenerse mucho en Veracruz, sino que salió de allí á los tres dias teniendo la precaucion de mandar un correo diariamente para que se enviaran algunas fuerzas á proteger su marcha.

—¿Qué hacemos? preguntó Calleja en consejo privado á Villamil y á Roca, Apodaca me avisa que ya viene en camino con tropas y me pide que lo auxilie porque se han estacionado muchas partidas de insurgentes entre Jalapa y Perote.

Villamil dió tres saltos lleno de risa y contestó con tono maligno:

—Pues no hay que hacer nada una vez que el mismo Apodaca dice que está infestado el camino de insurgentes.

—¿Cómo?

—Es claro: todos sus correos han caido en poder del enemigo.

Los tres echaron á reir y Calleja dijo despues de un rato de reflexion:

—No será difícil que alguno de esos correos que manda con tanta frecuencia traiga cartas para otras personas, de manera que sin confesar que se ha recibido noticia directa de su arribo, se puede mandar á alguno de nuestros gefes con una brigada para que vaya solo en observacion.

—Eso sí, porque dependerá todo de las instrucciones que se den al gefe y de la confianza que inspire, murmuró Roca que hasta entonces habia guardado silencio.

—Las instrucciones deberán ser que ahorque al nuevo virey con todo su acompañamiento, exclamó Villamil con voz aflautada dando un salto enorme.

Entonces Calleja publicó en la "Gaceta" la noticia de que aunque no se sabia de un modo oficial que hubiera llegado el capitan general Excelentísimo Señor D. Juan Ruiz de Apodaca, ya habia librado órdenes para que fuera á recibirlo el coronel Márquez Donallo con los cuerpos mas floridos del ejército.

Muy tranquilo venia en su coche el nuevo virey despues de haber vencido sin dificultades dignas de tenerse en cuenta las principales asperezas del camino, ocupando el centro del ejército con los demas carruages en que venian las personas de su séquito, cuando al salir del rancho del Ojo de Agua entre Perote y Puebla, le avisaron que se presentaba al frente una fuerza de caballería.

—Sí, ya sé, dijo con tranquilidad, es la tropa que ha mandado á recibirme el Señor Calleja.

Pero no acababa de decir esto cuando la polvareda anunció que la caballeria aquella habia tomado el tro-

te largo y luego el galope, empezando á cargar con furia á los soldados de la descubierta.

—¡Maria Santísima! gritó la vireyna, son los insurgentes.

Las damas que venian con la vireyna tambien se soltaron dando furiosos gritos y el Señor Apodaca, que no era muy valiente, cambió de color y se hundió en el fondo del coche.

—Excelentísimo señor, vino á decirle un ayudante, los gefes de nuestra columna piden órdenes de vuestra excelencia.

—¡Cómo! ¿pues no han dispuesto el combate?

—Aguardan que vuestra excelencia lo disponga.

—¡Mi caballo! exclamó Apodaca haciendo de tripas corazon.

Mientras le trajeron el caballo y se calzó las espuelas, la tropa insurgente habia destrozado la vanguardia y seguia introduciendo el desórden en el centro de la columna.

—Pronto, Juan; pronto Juanito, exclamó la vireyna, ordena que espanten á esos hombres pero sin exponerte.

El virey montado á caballo no se decidió á separarse de los carruages en donde estaban su familia y demas gentes de su cortejo, sino que dijo á los ayudantes que le rodeaban:

—Pues en fin, hagan ustedes alguna cosa porque yo nunca he dispuesto una batalla, ni me he encontrado en ninguna.

—¿Quiere vuestra excelencia que el brigadier Mora

dicte las disposiciones del caso? se atrevió á preguntarle un ayudante.

—Pues que las dicte el que pueda. ¿En dónde está Javier?

—Viene á la retaguardia.

—Pues que venga pronto con la caballeria á defender á estas señoras.

Los cocheros por cuenta propia habian dado vuelta á los carruages y tomado la huida, Apodaca se encontraba indeciso entre seguirlas ó quedarse á aguantar la borrasca que ya se iba aproximando mucho, á su lado pasaban algunos dispersos, muchos de ellos heridos, resueltos á no detenerse en su carrerra aunque se les gritara que no aumentaran el desórden y en fin, todo se volvió confusion, viéndose claramente que en las filas realistas se habia declarado la derrota, pues ni habia quien dirigiera, ni habia quien se atreviera á sostener á pié firme el avance de la caballeria insurgente que apenas podia darse tiempo de lancear realistas y de pillar algo del cuantioso botin que iban dejando estos abandonado.

Estaba el virey nuevamente nombrado, Sr. Apodaca, todavia indeciso sobre el partido que debiera tomar, si el de reunirse á sus desmoralizadas tropas que ya no hacian mas que una floja resistencia, ó el de seguir á su familia que iba huyendo acompañada de algunos de sus capitanes, cuando de repente oyó dos tiros de cañon algo lejanos.

—¿Qué puede ser eso? se preguntó interiormente,

los insurgentes no tienen cañones y los mios han dejado embarrancadas sus piezas, ¿quién dispara esos cañonazos?

Entonces pudo notar tambien que el enemigo que venia tan cerca de él como á sesenta pasos, se detenia y despues de detenerse contramarchaba y el caso le pareció mas extraordinario. Apenas acababa de hacerse esta reflexion cuando oyó otro cañonazo y sintió que la metralla pasaba silbando por encima de su cabeza, de tal modo, que tenia que tenderse sobre el cuello del caballo para no ser herido por ella y entonces le vino la idea de que aquello era un auxilio inesperado.

—No inesperado, agregó prontamente, sino el que debia haberme mandado Calleja con alguna mas anticipacion.

Así era en efecto, Márquez Donallo que no estaba en obligacion de saber cuáles eran los sentimientos ocultos de su amo, habia sabido sobre la marcha que una partida de insurgentes, montados como de tres á cuatrocientos hombres, habia sido destacada por Terán para molestar al nuevo virey y queriendo hacerse grato á este, habia caminado noche y dia para prestarle un auxilio que no debia necesitar, puesto que el enemigo era insignificante y de todas maneras darle una muestra de celo, de actividad y de pericia militar. El resultado de sus cálculos correspondió mas allá de sus deseos, pues nunca se imaginaba que habia de llegar tan oportunamente de modo de salvar á Apodaca cuando ya estaba á punto de caer prisionero.

Así era como habian pasado las cosas: Terán que no tenia fuerzas suficientes para salir á batir un ejército tan brillante como el que traia consigo Apodaca, ni mucho menos sabiendo que Márquez Donallo con mil y quinientos hombres se encontraba muy cerca para favorecer el paso de la columna, se habia contentado con ordenar al mariscal D. Antonio Vazquez Aldana que con cuatrocientos dragones no muy bien montados, que era toda la caballeria con que contaba, saliera á hacer algunas escaramuzas á la comitiva del nuevo virey, no con la idea ni con ninguna esperanza de derrotarlo, sino solo para hacerle sentir que todavia el pais no estaba pacificado como le habian hecho entender. Márquez Donallo, cuyas principales instrucciones consistian en vigilar los movimientos de Terán, observó aquella maniobra y considerando que iban allí todos los insurgentes reunidos, y mas que todo, previendo lo que ganaria en el ánimo del nuevo virey, luego que viera que acudia á protegerlo aunque de ello no tuviera gran necesidad, se precipitó sobre el enemigo, con tal viveza en sus marchas que tuvo que dejar cansada en el camino á mas de la mitad de su gente, para llegar como hemos visto en los momentos mas precisos para que la vida ó cuando menos la libertad de Apodaca pudiera quedar á salvo, pues aquel era el instante en que sin que nadie lo supiera llegó á verse mas comprometido.

Cinco minutos de retardo de la columna de Már-

quez Donallo, ó menos codicia en los insurgentes que no avanzaban con la rapidez necesaria por irse apoderando de los equipages y caballos que se encontraban al paso, hubiera sido suficiente para que hubiera concluido el gobierno de Apodaca antes de comenzar. Hé ahí de qué circunstancias tan insignificantes dependen muchas veces los destinos de las naciones ó la suerte de ciertos personages que deben jugar en ellas un papel importante.

Apodaca cobrando ánimo con aquel auxilio inesperado, llamó á voces á sus ayudantes que poco á poco habian ido abandonándolo y á unos les ordenó que fueran á hacer regresar los carruages y á toda la gente que los acompañaba, y á otros, que procuraran reunir en torno suyo las fuerzas que quedaban en pié sin haber entrado en cambate todavía.

La caballeria insurgente viéndose tan brusdamente sorprendida por la retaguardia y encontrándose en medio de un enemigo ocho veces superior en número y en elementos de toda clase, se replegó por órden de su gefe, hácia el lado izquierdo retirándose en buen órden con mucho botin y con pocos prisioneros, pues aunque habian hecho mas de mil, á casi todos los soltaron considerándolos un estorbo, principalmente por no tener fuerzas con que custodiarlos.

Del mismo modo tuvieron que separarse del campo viendo con lástima y tal vez con desesperacion que no podian llevarse ni el mucho armamento que habia quedado regado, ni las piezas que habian sido abandonadas, ni las mulas del parque, entre las cua-

les ¡oh ironia de la suerte! algunas venian cargadas de dinero y de ricos equipajes militares que tanto les hubieran servido en sus campamentos. En cambio, al retirarse Vazquez Aldana, como no pudo reunir prontamente á sus soldados que se habian mezclado con los realistas en el combate, tuvo que dejar diez de aquellos que fueron por estos hechos prisioneros de guerra.

Márquez Donallo sin intentar perseguir á aquellos que le dejaban el campo por suyo, no pudiendo hacer otra cosa, se conformó con sus diez prisioneros, los cuales llevó como trofeo de la victoria á ponerlos á los piés del nuevo representante de la monarquia en la Nueva España.

—¿Quién es el excelentísimo Señor Apodaca? preguntó á los primeros oficiales que salieron á recibirlo.

—En su nombre venimos para conducir á su señoria á su presencia, le contestó uno de ellos.

Márquez Donallo descendió del caballo veinte pasos antes de llegar á donde estaba ya el virey rodeado de sus gefes, oficiales y personas de su familia, formando todos un grupo de mas de cien personas, y sin darle tiempo á que se descubriera como intentaba hacerlo, Apodaca que se habia adelantado, le tendió la mano sacudiéndosela cariñosamente y preguntándole:

—¿Su señoria es el valiente brigadier Márquez Donallo?

—Sí, excelentísimo señor, yo soy el gefe de la fuerza que acaba de tener la alta honra de ayudar á vues-

tra excelencia á derrotar á esa insolente turba que se habia atrevido á interrumpirle el paso.

—Creo que no llegarán á dos mil hombres de caballería los que nos han atacado; pero nos cogieron completamente desprevenidos y ha sido la causa.....

Viendo Márquez Donallo que el virey no podia dar satisfactorias explicaciones sobre el tremendo fracaso en que estaba ya envuelto en el momento de su llegada, sin interrumpirlo, pero aprovechando el momento de mas vacilacion, le dijo sonriéndose:

—En efecto, son como dos mil hombres los insurgentes que tiene Terán bajo sus órdenes; pero no han combatido todos sino unos cuantos de caballería que ha mandado mas bien con el ánimo de molestar á las tropas de vuestra excelencia que con el de destruirlas.

—Pues á mí me han parecido muchísimos.

—Es necesario conocer la táctica de estos insurgentes para escapar á sus golpes, pues son amantes de las emboscadas y de las sorpresas; pero si bien son audaces para el ataque, no se necesita mas que un poco de vigor para resistirlos, con la seguridad de desbaratarlos cuando no les ha sido favorable el primer impulso.

—Dejemos eso, exclamó el virey estrechando nuevamente la mano de Márquez Donallo, al cual llevó al lado de su familia que queria darle las gracias por el oportuno auxilio que á todos les habia traido.

Márquez Donallo fué objeto de las mas vivas demostraciones, tanto de parte de la muger de Apodaca como de sus hijas que apenas habian acabado de serenarse de la sorpresa y recibió tambien calurosas felicitaciones de los distinguidos brigadieres que acompañaban á la semi-real familia y que por aquella vez no habian servido de nada, sin duda porque no conocian el terreno ni la manera de pelear de los insurgentes.

Despues que hubieron pasado todos los plácemes y regocijos consiguientes por el peligro de que se habian escapado con tan buena fortuna y por la fácil victoria que se habia alcanzado sobre el enemigo, Márquez Donallo dió parte al virey de las pocas pérdidas que habia sufrido en el combate, lo mismo que de los destrozos que en la caballería y cargas que traia habia experimentado por sus marchas violentas, sin poder ofrecer en cambio de todo aquello mas que diez prisioneros que estaban allí cerca esperando solo la órden superior para ser fusilados.

—¡Cómo! exclamó el virey, ¿es posible? ¿tenemos diez prisioneros insurgentes?

—Que esperan solo que vuestra excelencia confirme la sentencia para que sufran la pena á que se han hecho acreedores.

—¿La sentencia? preguntó el virey mas y mas asombrado, ¿luego ya ha habido tiempo para que se les forme causa?

—La causa es la costumbre establecida; todo prisionero que se coge, sea de la categoría que sea, es pasado por las armas inmediatamente.

La esposa de Apodaca, que se apercibió de tal conversacion, fué acercándose poco á poco y dijo al oído á su esposo:

—Tendria gusto en ver cómo son esos insurgentes.

Márquez Donallo sin esperar las órdenes del presunto virey, dió las suyas para que se trajera á los prisioneros.

Eran estos unos infelices que presentaban el mas mal aspecto, tanto porque habian sido desarmados como porque se les habia despojado tambien de sus ropas más servibles, de manera que estaban algo menos que desnudos.

—¿Y se va á fusilar á esos desgraciados? preguntó la vireyna.

—Tan luego como su excelencia lo disponga, contestó Márquez Donallo haciendo una profunda inclinacion de cabeza.

—Seria una iniquidad y una cobardia, dijo una de las hijas de Apodaca, ¡matar así á hombres indefensos!

—Y tal vez inocentes que no saben ni lo que hacen, agregó la vireyna.

—¿Dice su señoria, preguntó Apodaca, dirigiéndose á Márquez Donallo, que yo soy el que he de disponer de la suerte de estos infelices, no obstante que no soy yo quien los ha hecho prisioneros?

—Desde el momento en que hay un gefe superior es el que dispone en todo y por todo, contestó el gefe realista. Yo estoy desde ahora á las órdenes de vuestra excelencia.

—Pues si de tí dependen esos prisioneros, exclamó

la vireyna, ¿qué haces que no les mandas que se vayan á sus casas?

—Yo podré perdonarles la vida, dijo Apodaca, pero no darles la libertad.

—El que es generoso á medias no es generoso. Que vea todo este pais que tu primer acto de gobierno es un acto de clemencia y verás como todas las maldiciones que se prodigan á Calleja, se volverán en bendiciones para un virey que no gusta de mancharse las manos con la sangre de sus semejantes.....

Apodaca ya no esperó mas sino que dijo á Márquez Donallo:

—Que desaten las fuertes ligaduras que traen esos prisioneros.

Luego dirigiéndose á estos:

—Amigos, son libres ustedes desde luego para dirigirse á donde gusten.

Tanto los realistas como los prisioneros se quedaron atónitos por un desenlace que ninguno se esperaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI

EL PRIMER BANDO

Efectivamente, los insurrectos habian interceptado muchos correos del capitan general D. Juan Ruiz de Apodaca de los que dirigia á México; pero como habian sido tan continuados, no dejaron de llegarle algunos á Calleja, quien con sumo cuidado los ocultaba de acuerdo con sus favoritos con la esperanza de que aquel sufriera algun golpe antes de que pudiera ser protegido por Márquez Donallo, que solo habia sido mandado con sus fuerzas en observacion de lo que aconteciera, sin instrucciones de tomar parte en ninguna refriega antes de que se le ordenara. Así es que como bomba cayó entre los intrigantes la noticia inesperada que recibieron de que cuando las fuerzas de Apodaca estaban casi destruidas, habia llegado muy oportunamente el auxilio para salvarlo tal vez hasta

de quedar prisionero en poder del enemigo, por todo lo cual se le daban al virey que iba á salir las mas expresivas gracias.

—¡Estúpido Márquez Donallo! exclamo Calleja luego que oyó leer aquella comunicacion que con voz aflautada y dando brinquitos le habia hecho conocer su secretario Villamil.

Roca se puso tembloroso y apenas pudo balbucear algunas expresiones de desconsuelo, preguntando luego:

—¿En dónde firma su carta Apodaca?

—En Puebla el dia 13 y anuncia que estará aquí del 18 al 19.

Era el dia 16 de Setiembre cuando se habia recibido el extraordinario.

—Pues ahora ya no hay remedio, les dijo Calleja sonriendo por el dolor y la confusion en que estaban sumidos sus dos adláteres, dolor y confusion que no le llegaban tanto al alma al virey, porque en el fondo se sentia con cierta necesidad de descanso y con deseos de poder disfrutar tranquilamente de sus riquezas y de sus honores, en la córte de donde habia salido con un pequeño grado militar y mas desprovisto de *pelo* que una rata, ahora, continuó diciéndoles, no hay que hacer otra cosa mas que dirigir oficios á las autoridades participándoles el caso para que se dispongan á recibir al nuevo virey con las solemnidades acostumbradas.

Así se hizo en efecto, con gran pesar de Roca y

Villamil que hubieran deseado que todavia la tierra pudiera abrirse y tragarse á Apodaca con todo su séquito.

En consecuencia, el mismo dia desocupó Calleja el palacio dirigiéndose con su familia á Tacubaya, lo cual observó la poblacion con gran regocijo que ni siquiera cuidó de disimular, pues el virey aquel era tan aborrecido de los mexicanos como de los españoles por su carácter duro y orgulloso, por su crueldad extrema y por su conducta siempre perversa, en la cual se distinguian como sus principales pasiones la codicia, la insolencia, la soberbia, la ira y la inhumanidad.

A este propósito dice el historiador Alaman en medio de los mismos encomios que le consagra: "Calleja no se habia detenido en los medios: habia sumergido en la desgracia á muchas familias arrancando de su seno al marido ó al hijo, para completar los cuerpos del ejército en las levas rigurosas que habia mandado hacer, habia cerrado los ojos á todos los abusos que los comandantes cometian, con tal que fuesen fieles á la causa real y la sirviesen con celo: la odiosidad de todo habia recaido sobre él y *todos* le aborrecian; pero es preciso confesar recordando sus servicios desde que levantó en San Luis el ejército que hizo frente á la revolucion al principio de esta, hasta el dia en que entregó el mando, que si España no hubiera perdido el dominio por sucesos posteriores, Calleja debia ser reconocido como reconquistador de la Nueva España, y el segundo Hernan Cortés. A su llegada á Madrid, su mérito fué recompensado con el título de conde de Calderon, en recuerdo de la célebre accion ganada en el puente de este nombre contra todo el poder de Hidalgo, y condecorado con las grandes cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo."

¡Valiente hazaña la de haber derrotado á aquellos indios sin armas que conducia Hidalgo sin ninguna organizacion militar, que querian impedir que los cañones vomitaran metralla tapándoles la boca con los sombreros! ¡Valiente recompensa tambien la de haber hecho conde al que aquí era un rey dueño de vidas y haciendas, con un poder sin límites y propietario absoluto de un territorio en que podian caber diez Españas!

Pero dejemos esas reflexiones para otro que quiera hacerlas y prosigamos nuestra relacion.

El 19 de Setiembre fué recibido á las cinco de la tarde Apodaca por Calleja en la villa de Guadalupe, quien le entregó sin esperar al otro dia desde luego el baston de mando.

—Aquí tiene vuestra excelencia esta insignia, le dijo, que ya no le es tan necesaria, puesto que desde antes de tenerla ha venido siendo reconocido como virey en el espacio que hay entre Veracruz y esta corte.

Apodaca disimuló comprender que aquello que se le decia era pique por ciertas disposiciones militares que habia venido dictando y le contestó:

—No me habia llegado á tener por tal, ni ahora

pesado yugo que el de la ciudad de México el dia en que se convenció de que ya no tenia ningun mando Calleja. Si aquellos oprimidos habitantes de la capital no hubieran tenido la esperanza de que alguna vez hubiera sido removido Calleja, habrian muerto de desesperacion. Por esos hechos tan patentes que tiene grabada la historia con letras imborrables como por los sacrificios de todo género que hacen los pueblos dominados autocráticamente como Rusia en que mueren centenares de gentes fraguando conspiraciones terribles, porque perder la vida no les parece nada cuando carecen de todas las libertades, se comprenden las ventajas de las instituciones republicanas que permiten cambiar periódicamente las autoridades por medio del sufragio popular cuando este se practica con honradez.

Fuera porque Apodaca estuviera conmovido por tantas demostraciones de regocijo, fuera porque la capital ofreciera un soberbio golpe de vista pues todas las casas estaban adornadas con colgaduras y la guarnicion formaba en dos alas desde la garita, por el centro de las que marchaban los carruajes, tirado el del virey por las gentes del pueblo, no pudo menos que levantarse varias veces en su asiento y corresponder á los vivas que se le dirigian, diciendo á grandes voces que estaba orgulloso de venir á gobernar un pueblo tan dócil y tan bueno, que le parecia esta ciudad la mas hermosa del mundo, que debia establecerse la fraternidad, que ya no se continuaria derramando mas sangre y otras cosas por el estilo que

eran aplaudidas de un modo atronador, teniéndose sus palabras mas simples como discursos elocuentísimos propios para electrizar á las masas.

Calleja que iba á su lado no pudo recobrar su serenidad de ánimo que se habia alterado desde su salida de Guadalupe, sino cuando estuvo en las calles de México rodeado de soldados, pues á cada paso temia que el entusiasmo popular se desbordara y se convirtiera en instrumento de ira contra su persona, una vez que el rencor que todos le guardaban era el principal móvil de aquella estruendosa manifestacion.

Así es que cuando iba atravesando ya las calles de México en medio de la valla de tropas y seguido de una fuerte escolta, dijo á Apodaca:

—Ahora sí, puede creer vuestra excelencia que estamos ya en seguridad.

—¡Cómo! ¿pues acaso hemos corrido algun peligro?

—Desde que salimos de Guadalupe hasta la garita lo hemos estado corriendo de muerte.

—¿Es posible?

—Vuestra excelencia no conoce á estas gentes; cuando hacen un motin no hay quien las contenga y muchas veces la alegria les sirve de pretexto para cometer los mayores atentados.

—Tengo necesidad de dar crédito á las palabras de vuestra excelencia, que no las pronunciaria si no fueran ciertas; pero por mi parte protesto que yo no tendria temor ninguno de fiar mi persona y las de mi familia á gentes que tan buenas disposiciones nos manifiestan.

Calleja se mordió los labios, se recostó en el carruage con abandono mirando de cuando en cuando con desprecio á la multitud y sus labios se sellaron hasta llegar al palacio en donde se despidió del nuevo virey ofreciéndole volver dentro de unos pocos dias á despedirse, queriendo solo emplear los que le fueran muy necesarios para preparar su viaje.

Apodaca por su parte se sintió como desembarazado de un gran fardo luego que se le separó Calleja, pues por una parte le mortificaban todas aquellas exclamaciones que deprimian al virey cesante y por la otra abrigaba un justo temor de que llegaran á ser un poco mas directas y que entonces aquel pretendiera recobrar alguna autoridad para tomar venganza. De todas maneras, Calleja no fué seguido ni aclamado por nadie, contentándose el pueblo con dejar paso franco á su carruaje, dando muestras de buen juicio al no dirigirle ningun reproche ni ningun insulto. Lo que hicieron todos fué dar mas atronadores vivas á Apodaca para que la griteria siguiera llegando á oídos del que no habia sabido conquistarse mas que odios, como un remordimiento.

En el camino se le reunieron á Calleja, Villamil y Roca, y fueron los únicos que le acompañaron hasta su casa de Tacubaya y que le hicieron el duelo, tanto por su separacion del mando como por las aclamaciones de que habia sido objeto el nuevo virey, en marcado contraste con la frialdad con que él, cuatro años antes, habia sido recibido.

Entre tanto, en el palacio, en la plaza y en todos los lugares céntricos de la poblacion siguió la algazara y el ruido y la alegria durante los tres dias de fiestas que se hicieron en esta vez y que dada la época y la pobreza que entonces reinaba, estuvieron relativamente suntuosas.

No nos detendremos en describir estas fiestas, conformándonos con expresar que en ellas tomaron parte no solo el arzobispo y el clero, las corporaciones y empleados civiles y militares de todo gênero, sino el pueblo en masa que se asoció á ellos con la mejor voluntad, espresando una vez y otra vez mas sus deseos de que el gobierno que se inauguraba estuviera á salvo de los robos, tropelias, ejecuciones sangrientas, sacrilegios y toda clase de desmanes que habian sido el constante distintivo del gobierno anterior.

Entre los personages que estuvieron concurriendo al besamanos en palacio, no dejó de presentarse el coronel Iturbide con todas sus insignias.

Recordará el lector que si bien habia sido absuelto de toda pena y declarado apto para seguir al frente de sus tropas en las provincias qne le estaban encomendadas, los acontecimientos se precipitaron antes de que pudiera ser repuesto; y habiéndose dado el mando ya á otros gefes, con lo cual y con la persuacion que él mismo tenia de que si se atrevia á volver, la acusacion podia removerse con positivos peligros para su persona, lo mejor era permanecer quieto mientras que se aclaraba el horizonte.

Apodaca lo recibió con el agrado natural con que

recibia á todas las personas; pero sin otros muestras que fueran mas allá de la gravedad cortesana. Ya porque era un gefe sin mando de tropas en la actualidad ó ya porque en Puebla le hubieran dado algunos informes desfavorables respecto del mencionado coronel Iturbide, desplegó con él una afectuosa frialdad de que aquel quedó tan disgustado, que á la salida misma, hablando con otros militares, les significó en voz alta la creencia de que el nuevo virey le parecia un bendito que no sacaria al buey del barranco. Ya entonces se usaba este dicho vulgar de los campesinos.

Iturbide, pues, por una parte, y por la otra los pocos parciales que tenia Calleja. principalmente entre los militares que temian no encontrar el mismo apoyo que antes habian tenido, con el nuevo gobierno, pues que por lo poco que habian visto habian podido juzgar que tenia que inaugurarse una nueva política menos maléfica, unos y otros entre los acostumbrados tambien á hablar mal de todo el mundo y á ver todas las cosas por el lado peor, empezaron á circular especies desfavorables para Apodaca, calificándolo de débil, de incapaz, de complaciente con los revolucionarios, de económico y hasta mezquino, de enemigo de los hombres de armas, y sobre todo, de muy pagado de sí mismo por la gran acogida que habia tenido, la que no se dignaba á atribuir á los elementos oficiales sino á la expontaneidad del pueblo, cuando tan fácil hubiera sido recibirlo friamente con solo que el gobierno hubiera permanecido un poco indiferente.

Por el lado contrario, los que estaban hartos de las arbitrariedades y abusos de Calleja y de todas sus gentes que se habian acostumbrado á despreciar á unos y otros y á no guardar consideraciones ni á los mismos eclesiásticos, unidos á los que habian encontrado en el nuevo virey y en su familia una bello carácter que auguraba dias prósperos para la nacion y particularmente los que esperaban que su situacion cambiara ó por lo menos fueran mas respetados en su vida íntima, se afanaban en pregonar las virtudes de Apodaca levantándolo hasta las nubes y asegurando que su benignidad y mansedumbre, que sus buenas maneras y sentimientos humanos bastarian por sí solos para acabar con las chispas que quedaban de la revolucion tan luego como los insurgentes comprendieran y supieran exactamente quién era el nuevo gobernante y las disposiciones que traia al recibir con los brazos abiertos á todos los que quisieran vivir en paz y estar consagrados á sus ocupaciones habituales.

Ante rumores tan encontrados en que es fuerza confesar, prevalecian los del mayor número concediendo al virey Apodaca grande inteligencia, buenas dotes de gobierno, espíritu recto, deseo de hacer bien, ánimo conciliador, experiencia y tacto político, natural parecia que todos esperaran con ansia sus primeras disposiciones que se hacian esperar mucho, pues ya habian trascurrido tres ó cuatro semanas y todavía no habia dictado ninguna.

—No hay que desconfiar, decia un partidario, está estudiando los negocios; está imponiéndose de la si-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuacion que guarda el pais, está preparando varios bandos con que necesariamente debe sorprendernos.

Los descontentos, aunque eran muy pocos, alzaban los hombros y se contentaban con decir que el encino no habia de dar mas que bellotas.

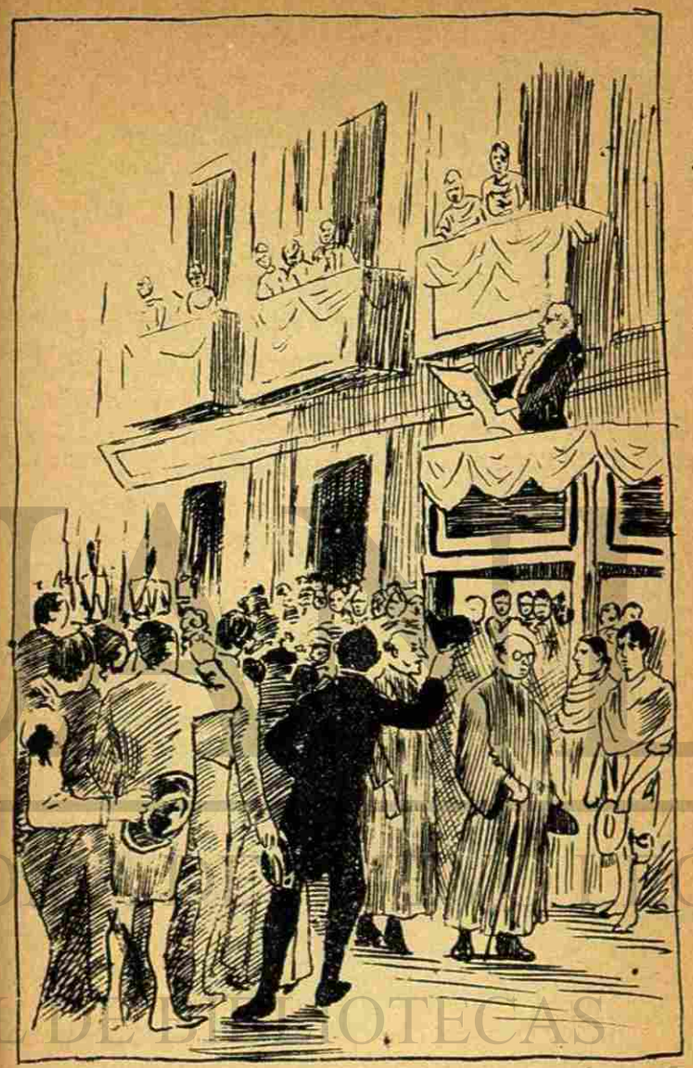
Hasta el dia 5 de Noviembre sonaron las campanas, redoblaron las tambores y salió el ayuntamiento pregonando el primer bando del nuevo virey, cuyo artículo principal decia:

"Se prohibe volar papelotes."

—¡Ah!!!..... exclamaron todos los vecinos de México.

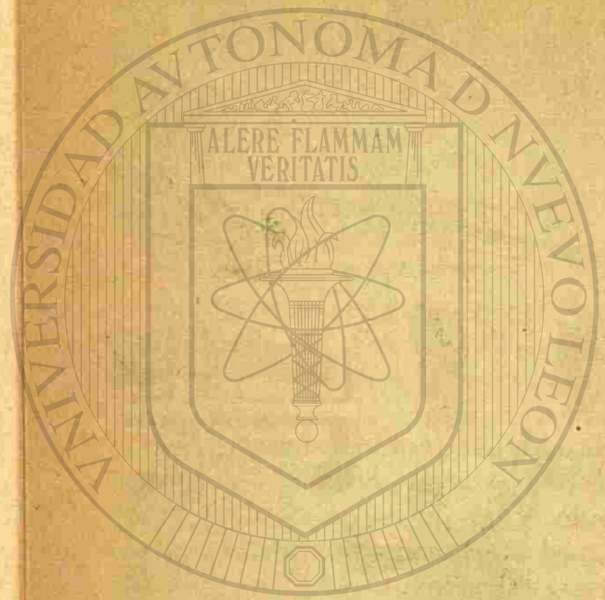
Y tras esta exclamacion de sorpresa, se oyó una general carcajada.

—:o:—



El primer bando de Apodaca:
"Se prohibe volar papelotes....."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPITULO XII

UN BUENOTE.

Habia trascurrido algun tiempo, meses tal vez, que ahora parecerian siglos y que entonces no parecia nada porque se tenia mas calma para esperar y todos se consideraban felices cuando no tenian las emociones de que hubiera un muerto ó un desterrado en la familia, de la pérdida de los intereses ó de algun acontecimiento extraordinario que trajera formales amenazas y sacudimientos; habian trascurrido varios meses, decimos, sin que se moviera una mosca en el gobierno del Sr. Apodaca, siguiendo las cosas como las habia dejado Calleja. Este personage se habia ido ya con un convoy á Veracruz, á donde á duras penas logró llegar no sin que experimentara las zozobras consiguientes en los encuentros diarios con los insurrectos, que por haber sufrido tan fuertes golpes apenas anda-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ban merodeando en partidas de cincuenta ó de sesenta hombres, sin que hubiera mas fuerzas formales organizadas que las de Terán, las de Rayon, las de Guerrero y las de otros gefes de menos importancia. Calleja para irse habia traspasado todas sus haciendas á Armijo que se las habia comprado en medio millon de pesos, dinero contante, y sin dejar amigos ni parientes, ni un recuerdo grato en persona alguna, pues aún aquellas á quienes habia hecho favores se quejaban de que no se los hubiera hecho mas grandes, y todos á una le aplicaban los epítetos merecidos de déspota, ordinario, cruel, inhumano, procaz, atrabiliario, inícuo, falso, orgulloso, descreido, cobarde y sanguinario, conformándose el mayor número con sepultar su memoria en el olvido; Calleja, decimos, estaba ya para embarcarse en Veracruz.

Las operaciones de la campaña eran las mismas que habia dejado ordenadas aquel virey, las autoridades de los pueblos no se habian cambiado como se esperaba, y los gefes militares, tanto en las provincias como en los destacamentos que tenian la guarda de las mismas, no habian sufrido ningun cambio, y solo el mando de las provincias de Guánajuato y de Querétaro que se habian dado interinamente á un tal Castro, se proveyó por Apodaca en la persona de un coronel D. Cristóbal Ordoñez, de tan buena reputacion, que apenas se supo su nombramiento cuando todos á una reclamaron contra él diciendo que preferian al mismo Iturbide, que cuando menos ya se habia provisto de lo que necesitaba y se habia llenado

de sangre hasta los cabellos, ofreciendo en tal virtud despues de su proceso menos peligros de que volviera á las acostumbradas fechorias..... ¡pero Ordoñez! á ese, agregaban, de seguro no lo podrian tolerar ni en el infierno.

Estaban en ese punto las cosas, habian trascurrido algunos meses en el silencioso gobierno de Apodaca que se mostraba irresoluto y parecia no saber por donde comenzar, cuando una mañana no encontrando ya á quien dirigirse para consultar sus disposiciones, pues en nadie podia tener absoluta confianza, por haber adquirido informes de que estaba rodeado de zaragates y pícaros, entró como desolado á la habitacion de la vireina, que rodeada de sus hijas se ocupaba tranquilamente en hacer una labor de mano.

—Retírense ustedes, les dijo á las niñas, que yo deseo hablar á solas un momento con su madre.

Las jóvenes recogieron su costura, besaron en las mejillas al virey y la vireina, saludaron y se fueron.

—¿Qué tienes, Juan? le preguntó su esposa con voz dulce y tranquila, ¿pasa algo extraordinario?

—Pasa que ya me está aburriendo este gobierno en que no puedo dar paso sin que todos se me vengan á reir en mis barbas, burlándose de mis medidas administrativas hasta los muchachos de la calle.

—Pero entonces tus consejeros?.....

—No tengo ninguno, Maria, y por eso precisamente no puedo darle á la bola.

—Pero tu secretario?.....

—Mi secretario es mas estúpido que yo y como es-

tá acostumbrado á la obediencia pasiva, no propone nada y aplaude solamente lo que yo hago ó digo, aunque sea una barbaridad.

—¿Y la audiencia?

—La audiencia hace lo mismo. Solo espera que le vayan los expedientes despachados, y como nunca van en forma siempre los devuelve diciendo que falta este ó el otro requisito, eternizando así el despacho de los negocios mas sencillos.

—Pero, hijo mio, no es esta la primera vez que gobiernas.

—Así es la verdad; pero en la isla de Cuba tenia buenas manos secundarias, aquello estaba en paz, no recibia el gobierno de las manos de un hombre tan odiado como Calleja, ni cuando entré allí se esperaban de mí tan grandes cosas, de suerte que todo iba viento en popa. Pero aquí hay muchos políticos, mucha revolucion, muchos que quieren meterse en todo y que gustan de dar y que se les siga su opinion y tú comprenderás que así es imposible ir adelante.

—Bueno: eso es lo ordinario, ahora dime cuál es lo extraordinario, pues acaso pueda darte algun consejo provechoso, siguiendo el antigua proverbio.....

—Sí, ya sé..... Pues te diré, despues de mi malhadado decreto sobre los papelotes, que dió ocasion á la poblacion para reir por dos meses seguidos, visité las cárceles en dias que no eran los señalados para conocer las causas y se me vino encima la audiencia diciéndome que no debia adelantarme.

—Pues te diré por mi parte que las gentes juiciosas aplaudieron las dos medidas, porque con el abuso de volar los papelotes en las azoteas sucedian desgracias y con el abandono en que se tenian las cárceles sufrian los infelices presos á quienes se les estaba robando hasta la alimentacion. Sigue adelante.

—Antes de que yo viniera á la N. E. gobernaba la provincia de Guanajuato un militar muy valiente y activo, pero muy negociante y enredador, y arbitrario, y vengativo y feroz, que estaba dejando en la miseria á los habitantes del Bajío á fuerza de puro robarlos, que no obstante ser muy consentido de Calleja, tuvo que procesarle para cubrir las apariencias, aunque absolviéndole, y habiendo tenido buenos informes de un coronel D. Cristóbal Ordoñez le nombré para que fuera á desempeñar aquel cargo antes de que siguiera intrigando Iturbide para recabarlo como pretendia; pero por desgracia los informes que me dieron de Ordoñez resultaron falsos y ahora todos los vecinos de aquel rumbo lo califican de mas endiablado que Iturbide, hasta el punto de darle á este la preferencia, porque lo consideran mas accesible y mas humano..... ¿qué tal será el Ordoñez?

—Pues hijo, no lo mandes.

—Ya está nombrado y va en camino.

—Entonces mándale un extraordinario diciéndole que se vuelva.

—Eso haré.

—¿Tienes alguna otra cosa que contarme?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí, el comandante militar de la provincia de Oaxaca, D. Melchor Alvarez, ha tenido una conducta desastrosa, muy semejante á la de Iturbide; el expediente que se le ha formado está lleno de horrores. En tal virtud le ordené que viniera á México para reprenderlo, se me ha presentado y ha tenido la desfachatez de decirme que él no ha hecho mas que lo que hacen todos con el consentimiento de las autoridades superiores, á quienes les consta que los salarios son escasos, que los trabajos y peligros son muchos, que la guerra debe hacerse á los enemigos encarnizadamente privándolos de sus fortunas y que para procesarlo á él seria necesario que se procesara á Cruz, á Armijo, á Arredondo y á todos los que tienen mando en provincia, porque no hay uno solo que no cometa los abusos mas grandes

—Y tú, ¿qué le contestaste á todo eso?

—Tuve que suspender el interrogatorio para pensar la resolucion, pues el mismo Alvarez me ha advertido que si nombro á cualquiera otro será lo mismo, debiendo devolverlo á su puesto porque siquiera ya lo conocen y ha hecho lo que podia hacer, mientras que otro que vaya tendrá que comenzar de nuevo.....

—¡Qué bribon! exclamó la vireina no obstante su carácter muy pacífico y su habitual moderacion.

—Eso mismo me decia yo cuando lo estaba oyendo.

—¿Y qué resolviste por fin?

—Por fin no resuelvo nada todavia, aunque probablemente tendré que poner en su expediente el mismo acuerdo que puse en otro semejante.

—¿Cómo estuvo eso?

—Pues de un pueblo llamado Apetlixco ó Tatlixco, me enviaron una representacion firmada por todos los vecinos contra un comandante de cuyo nombre no quiero acordarme y enfadado ya de tantas quejas iguales y viendo que entre los que conozco no habia ninguno que cometiera menores abusos, puse al márgen: "Es cierto todo lo que los exponentes dicen, pero yo no tengo otro sugeto que mandar."

La vireina se sonrió y le dijo prontamente:

—Ya verás como hasta eso, que es tan natural, les va á causar risa.

—Pues lo que no les ha causado risa sino escándalo y verdaderas protestas de descontento entre mis subordinados es la circular que envié á todos los comandantes de division ó de destacamento prohibiéndoles manden fusilar abitrariamente á los prisioneros y sospechosos y previniéndoles que observen las formalidades que mandan las leyes en cuanto á la formacion de los procesos.

—¡Cómo! exclamó la vireina indignada, ¿esa disposicion no ha sido bien recibida por los militares realistas?

—No, hija, porque les quita una gran parte del poder de que han disfrutado para ejercer venganzas y causar terror á la gente pacífica.

—De modo que antes de que dictaras esa disposicion.....

—Y ahora mismo, aún habiéndola dictado, porque

le han hecho poco caso, cada cual obra en su provincia ó comandancia como mejor cuadra á sus intereses ó instintos. Los que son sanguinarios por naturaleza, matan sin descanso á cuantos quieren por puro gusto; y los que no lo son tanto, por hacer alarde de poder, para infundir terror, para que nadie tenga ánimo de negarles lo que solicitan.

—Supongo que lo que es en ese punto serás inexorable.

—Hay aquí un anciano que ha sido consejero de todos los vireyes, hombre muy conocedor del pais y muy práctico en los asuntos de la política, el oidor decano á quien tú ya conoces, pues recuerdo que me dijiste en cierta ocasion que te causaba repugnancia....

—¿Bataller?

—El mismo. Este magistrado es, se puede decir, el que mas experiencia tiene en todo lo que se relaciona con la justicia y con el gobierno de la Nueva España, no solo por ser el español mas antiguo en estos dominios, sino porque constantemente ha tenido que ver con los pequeños y los grandes negocios, este individuo me fué recomendado como persona con quien podia consultar las dificultades mas espinosas y en tal virtud lo mandé llamar para inspirarme en su consejo. Le expuse lo que me pasaba respecto de mi circular sobre ejecuciones sin forma de juicio y ¿qué piensas lo que me contestó?

—Que habias obrado muy cuerdamente.

—Todo lo contrario: me habló muy largo respecto

de las razones que tuvo presentes Calleja para autorizar á todos los militares á matar insurgentes ó simplemente criollos, alegándome como fundamento que, es la única manera que se ha encontrado para concluir con la insurreccion.—Desengáñese vuestra excelencia, me dijo, aquí no hay mas que una de dos cosas, ó nosotros acabamos con los americanos ó los americanos acaban con nosotros, porque los que sobrevivan de esta lucha serán los que se queden dueños de esta tierra. Podrá el gobierno dominar mayor ó menor número de poblaciones, podrá vencer con su numeroso ejército á los contrarios en todas las batallas; pero mientras sobren cinco mil, mil, quinientos, ciento cincuenta, veinte ó diez hombres que no sean españoles, estos seguirán pensando en su independencia, sin conformarse nunca con que los dominen gentes extrañas. El caso es que los hemos dominado durante tres siglos, le contesté.—Pero en estos tres siglos no llegaron á tener idea de lo que era poderse emancipar de un dominio extranjero. Ahora han visto que puede ser fácil establecer un gobierno propio, separado completamente de la Península y nadie logrará hacerles creer que lo bueno es lo contrario. Así es que vuestra excelencia debe considerar como los hemos considerado nosotros, á todos los americanos como sus enemigos personales, enemigos enconosos y tenaces que no dejarán las armas mientras no se les acabe, pues aún cuando se indulten como ya ha sucedido muchas veces, luego que ven una oportunidad vuelven á empuñar las

armas, y se hará esto una contienda interminable mientras no se acabe con todos ellos, porque así como son firmes, son valientes y serian enemigos muy temibles si llegaran á tener otro gefe como Morelos, que reunia á su prestigio y valor una clara inteligencia y muy felices disposiciones militares.

—¿Así te habló Bataller?

—Me dijo otras muchas cosas que la verdad, la verdad, me hicieron vacilar en mi determinacion de mostrarme humano hasta donde sea compatible con mis deberes, tratándose de la vida de los prisioneros y en general de todos los indios, que al fin y al cabo son los legítimos dueños de este territorio.

—¿Qué estás diciendo, Juan?

—No sé lo que estoy diciendo, porque no sé ya ni cómo pensar ni cómo hablar y te confesaré que lo que mas deseo es dejar ya este gobierno.

—Pues de todo lo que has dicho, solamente lo que hay que censurarte es que confieses que la Nueva España pertenece á los descendientes de los antiguos aztecas, porque ya desde que la conquista se consumó perdieron todos sus derechos y quedaron reducidos á la condicion de esclavos. Respecto de ese punto no puede ni siquiera haber la sombra de una duda. Esta parte de la América pertenece á la corona de España porque para eso fué conquistada por los españoles y para eso se han estado sosteniendo las autoridades aquí durante tantos años, gastándose si no el oro de nuestra patria, sí la sangre generosa de sus hijos, ya que tantos han muerto sosteniendo los

derechos de la monarquia. Lo demas que se refiere á Bataller no es juicio que pueda pertenecer á una persona honrada y sensata, pues por mas que los indios sean indios, siempre tienen derecho á nuestra proteccion, porque no hemos venido aquí para destruirlos, sino para enseñarles la fé cristiana é instruirlos en los deberes de buenos vasallos. Sobre todo, á ningun intruso le corresponde torcer las leyes que han expedido los reyes católicos en favor de sus colonias y esas leyes, todas de comun acuerdo mandan, que lejos de mostrarnos déspotas con estos pobres, seamos con ellos benignos hasta donde nos sea posible serlo, atendido á que ellos con su trabajo nos ayudan á formar el tesoro que sirve para dar brillo y poder á la monarquia española. Así, pues, léjos de aprobar yo el exterminio que te aconseja Bataller, lo repruebo con todas mis fuerzas y te conjuro haciendo uso de mi cariño de esposa y de mis sentimientos humanitarios de matrona castellana, á que sigas los impulsos de tu corazon, pues es mil veces mejor que tengas que salir huyendo á fuerza de ser generoso, que no que te veas aquí sepultado entre lagos de sangre; es mejor que perdones y logres que te bendigan muchas familias, que no que te execren como á Calleja aquellos con quienes te hayas mostrado cruel y vengativo.

—No te conozco, Maria, me has dicho un discurso con que has estado á punto de hacerme saltar las lágrimas.

—Es que no busco adornos para mis palabras sino que las digo como las siento.

—Y es que lo que dices va de conformidad con el interior de mi conciencia. Lo mismo que me has dicho es lo que he pensado. Se burlarán todos de mí, dirán que soy débil y mentecato, que tengo miedo á la insurreccion y que por eso la trato con muchas contemplaciones; pero yo no veo por qué he de ser tan severo con quienes combaten con justicia y sobre todo, con aquellos que no han sido los primeros en dar el ejemplo de teñir con sangre sus banderas. Yo sé que ni Hidalgo, ni Morelos, ni Matamoros, ejecutaron á nadie sino en represalia, que Galeana ni siquiera llegó á fusilar á sus enemigos personales que llegó á coger prisioneros y que Bravo ha llevado su generosidad hasta lo sublime. No encuentro justo ni digno que estos guerrilleros á quienes acusamos no solo de ignorantes sino de salvages, sean los que nos pongan el ejemplo á nosotros los que venimos á enseñar lo que son las heroicas virtudes del guerrero que nunca supo ser feroz é implacable con el indefenso.

—Así es que estás dispuesto á hacer que se lleve á efecto tu humanitaria circular?

—Indudablemente, puesto que se apoya en las leyes que nos rigen.

—Está bien, Juan, así te quiero: noble, generoso y dechado de caballeros. Que digan que eres simple, que no sabes gobernar, y hasta que eres medroso, ¿qué te importa? si tu familia en primer lugar aprueba tu conducta y luego en tu interior oyes una voz que te dice que has obrado como hombre probo y como cristiano, ¿no es la mayor satisfaccion?

—Gracias, María, no sabes qué peso me quitas de encima con tus palabras.

—Anda, hijo, toma este abrazo primeramente que es un pequeño premio á tus buenas acciones y ahora continúa así y no te importe que se rian de tí los necios, pues al cabo siempre encanta mas el aplauso de los buenos aunque sean pocos. ¡Dios te ilumine y vaya siempre contigo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII

TRAIDORES DE MARCA.

Esa política de lenidad ó de contemplaciones que tanto criticaban los realistas exaltados á los benévolos vireyes, hizo mas estragos en las filas insurgentes que las terribles matanzas con que se ensangrentó el aborrecible gobierno de Calleja, pues desde que empezó á saberse que los que se indultaban eran recibidos no solo con agasajo, sino obteniendo premios y consideraciones, llovieron las solicitudes y empezaron á presentarse no solo por centenares sino por miles, los que aburridos de una campaña tan prolongada y no teniendo ninguna perspectiva ni siquiera el respeto y el apoyo de una junta de gobierno que fuera reconocida, preferian acogerse á la clemencia del virey, mientras se presentaba una coyuntura mejor para seguir peleando por la independencia, aunque muchos

de los indultados siguieron peleando con mas vigor en las filas realistas, con lo cual significaban que lo que mas querian era merodear en donde hubiera menos riesgos y mayores ventajas. A estos últimos perteneció entre otros el mas infame de todos, conocido con el nombre del cojo Vargas, que se llamaba comandante de las armas de Nueva Galicia.

Este individuo era en efecto reconocido como gefe en una gran zona que se extendia desde el Sur de Jalisco hasta las costas de Michoacan y residia unas veces en Tancítaro, en Apatzingan, en los Reyes y en otros pueblos, teniendo ademas algunos cerros fortificados en la provincia de la Nueva Galicia, tales como el fuerte de San Miguel Cuiristarán que se podia considerar por su ventajosa posicion como inaccesible.

Era consejero y amigo del cojo Vargas un eclesiástico llamado Juan Flores, á quien por tener la vista torcida le llamaban el padre Vizcorneta. Este padre, como en aquel tiempo habia tantos, aprovechó el desórden para entregarse á una vida licenciosa, pues que no ocupándose ni de la patria ni de la libertad, ni mucho menos de combatir, lo que buscaba era el merodeo para embriagarse, jugar, enamorar y entregarse á todo género de desórdenes. El padre Flores (á) Vizcorneta, habia sido en consecuencia desechado por los Rayon, Rosales, Guzman y demas gefes insurgentes de algun prestigio, hasta que logró conocer á Vargas con quien se entendió perfectamente.

Estaban ambos personajes en su alojamiento una mañana como por fines de Octubre y en el pueblo de Tancítaro, despues de haber pasado la noche en una orgia como de costumbre, ocupando dos camas de campaña, una enfrente de la otra, en las casas del Ayuntamiento, estando cuidados por una guardia de 25 hombres, cuando fueron despertados por sus oficiales que decian habia llegado un extraordinario les que mostraba mucho empeño en hablarles.

El primero que despertó fué Vargas, el cual dijo volviéndose del otro lado:

—Bueno, que se aguarde.

Pero ya habiendo sido turbado su sueño no pudo conciliarle de nuevo y entonces quiso desquitarse de la mala jugada que le habian hecho, diciendo á grandes voces á su compañero:

—Amigo Vizcorneta! amigo Vizcorneta!

—¿Qué hay? ¿qué es? exclamó el padre Flores dando un salto lleno de sobresalto, pero luego que pudo comprender que era su compañero quien le hablaba así y que se estaba riendo con songa, agregó murmurando entre dientes:—¡Ah! es el cojo Vargas.

—Por ahí viene buscándonos un correo.

—¿De dónde?

—¡Qué se yo! Estaba muy dormido cuando vino mi ayudante á despertarme y lo mandé al diablo entre sueños.

—Pues no será malo ver de qué se trata, no sea cosa importante.....

Entonces Vargas gritó con todos sus pulmones.

—Capitan Linares.

—Presente, mi coronel, dijo aquel presentándose al primer grito, pues se habia quedado á prevencion en la pieza inmediata.

—Que pase el correo.

Entró un indio sin camisa y con los calzones levantados hasta las ingles, con el ligero sombrero de palma muy maltratado en una mano y con un pequeño papel que habia traido oculto en la otra.

—¿De dónde vienes? le preguntó Vargas.

—De Chapala.

—¿Quién te envia?

—El tata pagre D. Márcos Castellanos.

—Trae acá la carta.

El papelito no contenia mas que estas cuantas líneas:

"La situacion de los sitiados en la Isla es desesperada: solo un auxilio de víveres y de gente los salvará. Pronto, pronto, señor comandante general, y tendrá usia un gran fuerte á sus órdenes. Podemos aún sostenernos esperando el auxilio, de diez á doce dias; pero si no viene, todo es perdido."

Vargas cogió de debajo de su almohada unas monedas de plata, las puso en manos del indio, y le dijo:

—Puedes retirarte.

—¿No llevo contesta?

—No, porque te ahorcan si te la encuentran. Dile al padre Castellanos que pronto nos veremos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El indio salió muy alegre contando sus monedas y cuando se oyó el ruido de la segunda puerta que se cerró tras él, el padre Vizcorneta que se habia incorporado, soltó una carcajada.

Vargas, que estaba vistiéndose ya, le preguntó con sorna:

—Vamos, ¿y por qué es esa risa, Vizcorneta?

—Estoy seguro que ya lo has adivinado, cojo mio.

—Por lo que hemos tratado últimamente?

—Por lo que estamos tratando nada menos que con Don Pedro Celestino Negrete.

—Chist.

—Nadie nos oye.

—El capitan Linares debe estar en la otra pieza.

—Conoce bien nuestros secretos.

—Sin embargo.....

—Pues bien; estamos ahora en una fuerte disyuntiva y hay que decidirse pronto.

—¿Qué es lo que mas nos conviene?

—Eso es lo que voy á examinar al momento, dijo el padre vizco, que habiendo acabado de vestirse cogió una silla y se sentó muy cerca del lecho de Vargas, en donde este se encontraba aún en pechos de camisa, pero antes necesito dar un trago de aguardiente. ¿En dónde está la botella?

—Aquí debajo.

Sacó el padre la botella de debajo la cama de Vargas, dió un fuerte sorbo, se limpió la boca con el reves de la mano, dejó otra vez la botella en su lugar y luego

que hubo encendido un cigarro dijo con cierto tono de gravedad que hacia contraste con su ridícula figura:

—Nosotros, en vista de que ya no puede adelantarse gran cosa en la revolucion, de que ya no tenemos gobierno ni caudillos que presten garantias, considerándonos perdidos enteramente, hemos resuelto indultarnos; pero no de un modo grosero y vulgar como se indultan todos, sino haciendo una hazaña que nos lleve al otro campo entre coronas de laurel y pomposas ovaciones.

—Esa primera parte de tu discurso es enteramente exacta, padre Vizcorneta.

—Pues ahora voy á la segunda, querido cojitranco. En vista de esa resolucion nos hemos carteado con D. Pedro Celestino Negrete que tiene la aprobacion de D. José de la Cruz, el cual tambien es de opinion que para que seamos bien recibidos y considerados en escala que nos permita vivir como la gente, debemos prestar al gobierno vireinal un servicio eminente, como el de entregarle vivos algunos capitanes de cuenta ó algunos fuertes de importancia que les costaria mucha sangre poder ocupar.

—Como la isla de Chapala.

—O el fuerte de Cóporo.

—¿Entonces eres de opinion que vayamos á dar auxilio al padre Castellanos y á José Santa Ana que defienden Mescala, para luego?.....

—De ninguna manera, porque para ir á Chapala tenemos que llevar los víveres que es lo que principalmente necesitan y una vez teniendo que comer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellos indios son capaces de armarse de brios para pelear contra nosotros y contra los realistas. A esos pobres isleños debemos abandonarlos á su suerte una vez que ya no les quedan mas que quince dias para sucumbir.

—Pero cómo hacemos para que se conozca esa accion meritoria nuestra?

—Del modo mas sencillo: mandando original la carta del padre Castellanos á D. Pedro Celestino Negrete.

—Es verdad, y diciéndole que esté sin cuidado en cuanto al auxilio que de nosotros se solicita.

—No; acabo de reflexionar que es mejor mandar una copia á Negrete y el original al virey, porque si no, Cruz ha de querer atribuirse la gloria de haber reducido á los isleños, quedándose ignorado por el gobierno que es á nosotros á quien se debe ese servicio.

—Eres astuto, así como eres perdulario, le dijo riéndose Vargas á su confidente, pues ni al diablo se le ocurre lo que á tí.

Dejemos por ahora á estos dos traidores concertando otras muchas infamias, para trasladarnos á la laguna de Chapala en donde hacia cinco años que un grupo de indios mandados por Santa Ana y Rosas y dirigidos por el padre Castellanos, se sostenian contra el ejército realista, resistiendo no solo el bloqueo que los privaba de víveres sino librando frecuentes combates en que no siempre salian victoriosos.

Despues de una epidemia que habia dejado reducidos á seiscientos el número de hombres armados en la isla y despues de haber sufrido una derrota en Corral de la Piedra en que perdieron trescientos entre muertos y prisioneros, cuando ya verdaderamente no quedaban en el célebre fuerte mas que un puñado de héroes, se mandó hacer una tala en todos los sembrados de las riberas en muchas leguas á la redonda, se perfeccionó el bloqueo por un buen número de lanchas armadas en guerra al mando del comandante de flotilla D. Agustin Bocalan y el mismo Cruz se trasladó al campamento de Tlachichilco, viéndose entonces la cosa mas extraordinaria del mundo: que trescientos indios muriéndose de hambre tenian á raya á un ejército de cinco mil hombres provistos de todo lo necesario y mandados por dos generales y varios coroneles de los mas distinguidos de la armada española de tierras y aguas.

Llevaba Cruz dos meses de estar haciendo tentativas inútiles, ya acercándose con sus canoas cargadas de gente y de cañones sin poder abordar á la isla por ninguna parte, pues por todas encontraba una resistencia tenaz y resuelta, cuando se recibió el mensaje de Vargas por el cual se venia en conocimiento de la situacion que guardaban los indios sitiados por la falta de víveres.

Entonces Cruz les propuso que se rindieran ofreciéndoles que serian tratados con las mayores consideraciones. Todavia siguieron sosteniéndose por quince dias con la esperanza de que les llegara algun auxilio; pero temiendo al fin que este hubiera sido

capturado por los realistas como se les hizo entender, se resolvieron á entrar en tratados por medio de Santa Ana y Castellanos que se trasladaron al campo de Cruz bajo la garantía de la palabra de honor que este les empeñó de que serian bien recibidos; y en efecto, fueron allí no solo considerados sino llenos de agasajos que sirvieron mucho para abrir su ánimo á la conciliacion y entonces celebraron los tratados mas honrosos que hasta entonces se hubieran visto, conforme á los cuales solo entregaban el punto y los cañones, quedando todos los defensores de la isla en libertad de seguir el camino que les conviniera con sus armas, bajo la segura custodia del gobierno, cuya fé quedaba empeñada en aquel glorioso convenio.

El general Cruz, por primera vez en su vida, se mostró humano y generoso con aquellos rebeldes, proporcionándoles los víveres necesarios para que no acabaran de perecer de necesidad, pues en el momento en que capitularon estaban materialmente muriéndose de hambre, haciéndose aquel en cambio dueño del punto fortificado que convirtió despues en presidio, de diez y siete cañones de diversos calibres y de diez cargas de parque que se reservaban como última defensa. El mando de la isla se dió al mismo Santa Ana y los indios que estaban á sus órdenes prefirieron regresar á sus cabañas para esperar mejor ocasion de pelear por la independencia.

D. Ignacio Rayon, que era uno de los pocos gefes entendidos y enérgicos que quedaban entre los insurgentes, habia abandonado la línea de Oriente en que

no habia podido hacer letra y se habia vuelto al Bajío en donde era mas conocedor del terreno y de las personas, con la esperanza de poder organizar los elementos dispersos y de establecer un centro de gobierno que tanta falta hacia para que tuvieran unidad y fin determinado las operaciones militares. Consideró que si se hacia reconocer, con los cargos superiores que le habia conferido Hidalgo, de todos los gefes de partidas sueltas, en poco tiempo podria formar un ejército capaz de derrocar al gobierno de los españoles. Uno de los gefes de mayor importancia por aquellos rumbos era el cojo Vargas y á él se dirigió de preferencia con sus pretensiones; pero no habiendo recibido sino una contestacion ambigua,

—Iré á verlo personalmente, dijo á su hermano D. Ramon.

—No hagas semejante locura, le contestó este, Vargas tiene de algunos meses á acá una conducta muy sospechosa. Ni nadie lo ataca ni él tampoco hace ningun movimiento sobre el enemigo despreciando las mejores oportunidades.

—¡Bah! insistió D. Ignacio, llevaré una buena escolta, aunque el solo respeto de mi persona es lo suficiente para imponerle.

Y ni súplicas ni razones le hicieron desistir de su propósito, presentándose inesperadamente en Tancítaro en el alojamiento de Vargas, precisamente en los momentos en que este y el padre Flores se regocijaban por el suceso de la isla de Mescala y meditaban en un modo meritorioso para acogerse al indulto. De

pronto ambos se sorprendieron al ver aparecer á Rayon; pero luego que vieron que no llevaba mas que una escolta de cuarenta hombres, dijéronse uno á otro con el mayor regocijo:

—Es nuestro: vámosle llevando al fuerte.

Rayon pasó revista á los trescientos hombres que tenia Vargas en Tancítaro y recibió todos los festejos debidos á un gefe de su categoria, siendo invitado en seguida á visitar el fuerte de San Miguel construido ventajosamente en una vecina montaña de Nueva Galicia.

La guarnicion se quedó en Tancítaro al mando del padre Flores, y Rayon y Vargas hicieron la travesia escoltados por la fuerza que habia traido D. Ignacio para que desechara todo género de desconfianza. Flores y Vargas al despedirse habian tenido un coloquio muy animado, concluyendo con estas palabras que le dijo el último:

—Pierde cuidado, mi querido Vizcorneta, con mi cabeza te respondo de la de este fátuo que se cree lo primero que hay en el mundo. Vivo ó muerto será entregado con el fuerte.

El padre Flores le estrechó la mano espresivamente y se quedó en el pueblo entregado á sus tareas habituales.

La guarnicion del Fuerte compuesta de otros trescientos hombres hizo los honores militares á Rayon reconociéndole como generalísimo, y seguido de su escolta, duró un dia reconociendo las obras de defensa y admirado de que se hubieran acopiado allí tantos ganados, tantos víveres y tantas municiones.

—Este fuerte puede sostenerse un año, dijo luego que acabó de ver los almacenes.

—Cinco años, le contestó Vargas, con mil hombres en lugar de los tres ó cuatrocientos que tiene ahora; puedo sostenerme indefinidamente, porque no faltan el agua ni las siembras.

—Perfectamente, perfectamente: con razon no han intentado atacarlo los realistas.

—No lo atacarán, respondió Vargas con acento de conviccion.

Cenaron amigablemente y Rayon se retiró á una habitacion rústica que se le designó como alojamiento. Antes de acostarse á dormir dijo al gefe de su escólta que era hombre de todas sus confianzas:

—Que no se separe ni un hombre y que todos estén con las armas listas por lo que pudiera ocurrir.

Vargas, desconfiando de sus tropas que ya habian mostrado entusiasmo al hacer los honores á Rayon, mandó avisar á los realistas que estaban en los Reyes que se aproximaran para hacer aquella importante captura; pero el oficial que los mandaba no se confió mucho en Vargas y no se movió hasta consultar con el superior que estaba á diez leguas de distancia, por lo que el traidor no tuvo tiempo de hacer otra cosa aprovechando la noche, que mandar retirar á un escondrijo todos los caballos de Rayon y de su escolta.

Luego que amaneció se presentó Vargas en el alojamiento del general, para lo cual habia tenido cuidado de qus sus tropas se aproximaran. Rayon, que habia pasado mala noche y observado movimientos sospechosos, dijo al gefe de su escolta que mandara ensillarar los caballos.

—Señor, contestó este, precisamente venia á dar parte á vuestra excelencia de que los caballos han desaparecido.

—¿Cómo desaparecido?.....

Pero en el acto mismo, comprendiendo lo que pasaba, sacó una pistola, la amartilló y apuntando á Vargas le dijo:

—Señor coronel, si dentro de cinco minutos no han venido los caballos es usted hombre muerto.

—Señor..... tartamudeó Vargas..... tal vez los han llevado al agua.

—¿Pero de órden de quién?

Rayon permitió á Vargas que llamara á uno de los suyos y que en su presencia diera la órden de traer los caballos de donde quiera que estuvieran. Estos vinieron y mientras los estuvieron ensillando no se separó la pistola de la sien de Vargas, que temblaba cada vez que se percibia algun ruido exterior.

—¡Miserable traidor! le dijo Rayon luego que estuvo lista su escolta, lo dejo á usted con vida porque no se diga despues que cometí un asesinato; pero no se me oculta que usted y todo esto pertenece ya á los realistas.

Por la noche cuando referia todos estos sucesos el coronel Vargas á su confidente el padre Flores, este le dijo:

—¡Qué bruto eres, cojo de todos los diablos! siempre que no estoy contigo haces solo barbaridades.

—Ahora ya la parte meritoria está hecha, pues si no han venido los realistas á aprehender á Rayon, es porque no han querido, le contestó Vargas riéndose.

—Pues habiénbose errado el golpe ya no tanemos mas camino que indultarnos á secas.

Y en el mismo dia pidieron su indulto en toda forma los dos malvados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV

CAPITULACIONES.

No se detuvieron aquí las desgracias que infligió el destino á la causa de la independencia. Despues de la caida de la isla de Mescala que habia costado cinco años de luchas sangrientas y la pérdida de mas de dos mil combatientes, cayó tambien el fuerte de Cuiristarán, posicion tan importante que Negrete al rendir el parte á Cruz exclamó alborozado: ¡Viva el rey, mi general! El fuerte de Cuiristarán está en nuestro poder! con lo cual queria decir nada menos que debia darse por asegurada la tranquilidad de las provincias de Michoacan y de Nueva Galicia.

Ahora vamos á ver en rápido bosquejo cuáles fueron los terribles golpes que sufrió la insurreccion á que nos referimos, cuando hemos exclamado al principio de este capítulo que no habian concluido las

desgracias para la causa que habia proclamado, hacia cerca de siete años, el heroico cura de Dolores.

Comenzaba ya á correr el año de 1817, que fué uno de los mas fatales para la revolucion, cuando se vió que de todas partes llegaban fuerzas de refresco á robustecer el sitio que desde hacia veinte meses tenia puesto el coronel realista D. Matias Martin y Aguirre al inexpugnable cerro de Cóporo cercano al pueblo de Ixtlahuaca. Todos los caminos habian sido cuidadosamente interceptados y no era difícil suponer que la guarnicion insurgente debia encontrarse ya en el último extremo respecto de víveres, por mas grandes que fueran sus acopios, una vez que no habia medio posible de que se repusieran los que en tan dilatado tiempo debian estar ya consumidos.

Defendia el fuerte D. Ramon Rayon, llamado capitan general de la provincia de México, teniendo á sus órdenes unos seiscientos hombres, con trescientos fusiles, treinta piezas de artilleria de todos calibres y algunas otras armas que solo podrian servir en caso de asalto, quien no obstante haberse visto en lances apurados y haber rechazado en otra vez el ataque de mayores fuerzas que las que le cercaban, mandadas por mejores gefes, empezaba á comprender que su situacion se hacia insostenible, tanto por no tener esperanzas de recibir ningun auxilio, como por ver que el número de enemigos en vez de disminuir se iba cada vez acrecentando, que se le habia puesto un cerco en toda forma para reducirlo por hambre y que realmente sus provisiones de boca estaban ya to-

cando á su término. Ni siquiera podia intentar la temeraria empresa de abrirse paso saliendo de sorpresa, en primer lugar porque estaba muy vigilado y en segundo lugar porque sus hombres se podian defender bien detras de las trincheras; pero no tenian organizacion suficiente para marchar en columna compacta, por lo que emprender una salida era tanto como entregar todos aquellos que le acompañaban al matadero. Así es que no sin hacer vacilar la fé tan grande que tenia en la justicia de su causa, recibió un papelito de Aguirre en que lo invitaba á celebrar con él una conferencia para convenir en una honrosa capitulacion. Esto pasaba en los últimos dias del año anterior.

Luego que recibió semejante invitacion que vió como una cosa rara, porque no era costumbre que los realistas fueran los primeros en proponer la paz, ni menos cuando consideraban tener todas las ventajas de su parte, echó Rayon un vistazo á todos sus elementos y exclamó para sí luego que les hubo tomado el pulso: ¡No urge todavia! ¡aún tenemos lo necesario para sostenernos ocho dias y en ocho dias!.....

Viendo Aguirre que no obtenia respuesta, y como el virey lo apremiaba porque tenia mas de cuatro mil hombres paralizados y queria evitarse las vicisitudes de un asalto, que podian serle funestas, le mandó á los cinco dias otro papelito urgiéndole para que se resolviese pronto porque ya iba á formalizar las operaciones.

Entonces Rayon convocó una junta de oficiales y

les expuso la situacion, comunicándoles los recados de Aguirre, persuadiéndose de que algunos de los gefes en quienes creia tener mayor confianza, estaban tambien en relaciones con los realistas y próximos á aceptar el amplio indulto que se les ofrecia; pero no estaba en el mismo sentido la mayor parte de la guarnicion, sino que era tan contraria al sometimiento, que fué necesario emplear no solo la mayor vigilancia y la mayor prudencia, sino la mayor energia, para evitar un grave conflicto, sofocando una conspiracion que tenia por objeto dar muerte á Rayon y á todos los gefes que se mostraran mas medrosos, eligiendo para que tomara el mando á aquel que ofreciera defender el punto hasta el último trance.

Entonces Rayon, procediendo ya por su propia cuenta, llamó al coronel D. Apolonio Calvo que era hombre entendido y en quien tenia confianza y le dijo:

—No siéndonos posible sostenernos más por falta de subsistencias, ni menos con esta gente insubordinada y dividida, que acabará por matarnos ó por entregarnos al enemigo sin conseguir ninguna garantia, se hace indispensable que vaya usted á ver á Aguirre para decirle de mi parte que si no es por medio de una capitulacion honrosa, no nos rendiremos nunca y que en último caso volaremos el fuerte.

Calvo, con grandes dificultades, pasó al campo de Aguirre, y al dia siguiente volvió á Cóporo con las bases de una capitulacion formal, tan honrosa como hasta entonces no se habia celebrado ninguna. For-

mó Rayon á su gente en la plazoleta donde estaban los cañones y despues de pronunciar un discurso conmovedor hizo que se diera lectura al documento. Los mas sofocaron las protestas de los menos y siendo aprobados los tratados, se procedió á las formalidades de la entrega del fuerte y del armamento, conservando los oficiales sus espadas y quedando libres todos para servir ó no en el ejército realista. Cuando entró Aguirre con cinco mil hombres que lo seguian en el fuerte, dispuso que todos se dieran un abrazo, que se tocaran dianas y que se hiciera una salva de artillería. Como los defensores de Cóporo no habian comido sino muy miserablemente en los últimos dias, dispuso tambien que se trajeran reses y les dió un banquete expléndido.

El virey reprobó todo esto. Aguirre, resentido, renunció su empleo militar; pero aquel tuvo que darle una satisfaccion y algunos premios para contentarlo, cumpliéndose en todas sus partes la capitulacion. A virtud de ella cada cual de los insurgentes obtuvo pasaporte para dirigirse á donde quisiera, retirándose Rayon á Zitácuaro en donde despues desempeñó el mando de una compañía de realistas como capitan con el grado de teniente coronel.

Su hermano D. Ignacio reprobó en una proclama su conducta acusándole de cobarde y de traidor á la patria.

Casi en este mismo tiempo recibió otro golpe no menos desastroso la causa de la independencia.

El general Terán, que durante seis años estuvo

batiéndose con los realistas, dando muestras de inteligencia, de constancia, de valor y de pericia militar, sosteniéndose aunque con muy poca gente en Tehuacan, desde donde hizo muchas atrevidas é importantes expediciones hasta la costa, sufriendo muchos golpes, pero siendo mas notables las que dió muchas veces al enemigo; Terán que bajo una direccion mas acertada y en otras circunstancias hubiera sido el enemigo mas terrible del gobierno por su incansable actividad, vió con toda calma que ya era llegado el tiempo de que el virey fijara en él toda su atencion estando desembarazado por todas partes de enemigos, y lo comprendió así luego que empezó á recibir noticias de que tanto de Puebla como de Oaxaca y Veracruz se movian grandes trozos de tropas con direccion á los puntos que tenia él ocupados en Tehuacan y sus alrededores.

De Puebla se destacó Hevia con mil quinientos hombres, de la Mixteca La Madrid con seiscientos, Obeso de Oaxaca con ochocientos y Bracho de Perote llevaba tambien á hacer esta campaña mas de mil hombres. Terán no contaba á la sazon mas que con quinientos infantes regularmente organizados y con cuatrocientos dragones armados de pistola y lanza, sirviéndole de apoyo algunos fuertes ligeramente fortificados; pero con estos pobres elementos se resolvió á esperar proponiéndose vender cara su vida. En consecuencia, aprovechando los pocos dias que le quedaban, reforzó los fuertes de San Francisco y el Cerro Colorado y poniéndose á la cabeza de seiscien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tos hombres determinados salió á intentar lo que cupiera en lo posible para evitar que todas aquellas fuerzas se reunieran, considerando temerario resistir el choque de todo aquel numeroso ejército.

En esa virtud, el primero de Enero tuvo su primer encuentro con los realistas en S. Juan Ixcacuixtla á los cuales derrotó completamente quedando entre los heridos el conde de San Pedro del Alamo. El dia 3 del mismo, pertrechado nuevamente intentó atacar por una vereda oculta otro campamento realista, pero la caballeria faltó á la combinacion y Terán se retiró batiéndose en buen órden. Si tal golpe se acierta quizás desde ese dia hubiera cambiado el giro de la revolucion.

Entretanto D. Juan Terán, hermano del general, se defendia en Tepeji con doscientos hombres, quien reducido al convento se vió precisado á abandonarlo el dia 5 por la noche, dejando en el hospital á un artillero que estimaba mucho, con las piernas rotas y escribió un papelito á Hevia en que le decia: "Dejo á usted tres prisioneros españoles en cambio de la vida de mi artillero." Esta recomendacion solo sirvió para que el feroz Hevia mandara fusilar mas pronto al desgraciado herido.

El infatigable Terán volvió á reunir sus fuerzas para hacer frente á Bracho que se encontraba en Tecamachalco y dejando á su frente un pequeño destacamento haciéndole creer que iba á atacarlo todo el ejército insurgente, se fué á encontrar á Obeso que

por su retaguardia le habia ocupado á Teotitlan, encontrándole el 10 de Enero en Coscatlan en donde lo batió haciéndolo retroceder al primer punto. Caminando toda la noche le volteó Terán la posicion ocupando el camino de Oaxaca, situándose la tarde del 11 en el trapiche de Ayotla. Alarmadísimo Obeso con este movimiento, dejó cien hombres en Teotitlan y con el resto formó dos fuertes columnas, atacando en la misma noche las posiciones del enemigo; pero fué rechazado con grandes pérdidas y desfiló defendiéndose con vigor por unos terrenos sembrados para ocupar la retaguardia de la hacienda, que era lo que mas le importaba. Sin embargo, esta estrategia fué lo que lo perdió, pues que hasta por la madrugada pudo observar que estaba completamente flanqueado por el enemigo que ocupaba á mas de la hacienda una loma inmediata, habiendo venido por lo mismo Obeso á ponerse entre dos fuegos y en una hondonada en que con toda facilidad acabaron de destrozarlo, perdiendo su artillería y muchos prisioneros, logrando salir él mismo á duras penas cubierto de heridas lo mismo que sus oficiales, que todavia tuvieron que sufrir una persecucion muy viva que les hizo la caballeria insurgente toda la mañana por espacio de cinco ó seis leguas.

—Pues bien, dijo D. Juan Terán á su hermano, presentándose en su alojamiento á la cabeza de varios oficiales despues que hubieron recogido el campo, ahora nadie nos impide irnos á ocupar á Oaxaca.

—Lo habia pensado, les contestó el general que apenas se habia dado tiempo de descansar unas tres

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

horas de tantas fatigas, preparándose ya para ponerse nuevamente en marcha, lo habia pensado tambien; pero tropieza tan deslumbrador proyecto con muchísimas dificultades.

—Nosotros creiamos que no habia ninguna, le arguyó su hermano.

—Es porque ustedes son demasiados jóvenes y tienen la sangre muy caliente; pero marchar sobre Oaxaca seria marchar á nuestra perdicion.

Todos se miraron unos á otros significando que no comprendian.

—Tengo datos seguros de que en Oaxaca hay una guarnicion de cuatrocientos hombres que pueden aumentarse con mil mas recogiéndose los destacamentos y llamando á las guardias departamentales. Eso no importaria porque nosotros contamos con seiscientos hombres decididos que se abrirán paso por cualquiera parte, aunque me temo que todo nuestro arrojo podria ser contenido cuando menos por dias si no por semanas y meses con las piezas de grueso calibre que tiene la plaza y con sus fuertes edificios que no se tomarian sino perdiendo dos terceras partes de nuestra gente. Suponiendo que se nos hiciera una resistencia muy floja, ó que no se nos hiciera ninguna, lo cual es mucho suponer, tendriamos en contra de nosotros dos ó tres dias despues de nuestra llegada un ejército mandado por el feroz Hevia de cuatro ó cinco mil hombres que no podriamos resistir y mucho menos hallándonos en terrenos completamente desconocidos para nuestros soldados.

—Una vez que nos vieran ir para Oaxaca acaso no nos seguirian, se atrevió á murmurar un oficial portugués, ayudante del cuartel general apellidado Cámara.

Terán oyó esto que no fué dirigido á él sino dicho como en conversacion con otro oficial y se apresuró á atacar este último atrincheramiento diciendo con toda franqueza:

—Pues la verdad es que en estos últimos combates hemos agotado nuestras municiones, las que necesitamos recoger de nuestros fuertes de Tehuacan que es donde las tenemos para poder emprender otra campaña, y finalmente diré á ustedes, como la última y suprema de las razones, que tenemos á nuestros amigos comprometidos en las pequeñas guarniciones del Cerro Colorado, á quienes no podemos abandonar. Despues que hayamos destruido las otras fuerzas realistas que nos rodean, si Dios nos protege como nos ha protegido hasta ahora, yo les ofrezco á ustedes que marcharemos para Oaxaca con todos los elementos indispensables, si es posible, dejando bien cubierta nuestra retaguardia con una respetable guarnicion en Tehuacan.

Con estas explicaciones se salieron muy contentos los oficiales á dar sus disposiciones para la marcha, pues segun la expresion de Terán no habia momento que perder si se queria sacar el partido necesario de la derrota de Obeso. Solamente á Cámara se le oyó que refunfuñaba diciendo que se perdia la mas brillante de las oportunidades de ocupar á Oaxaca.

Se habia desviado tanto Terán del centro de sus operaciones y estaban sus tropas tan fatigadas que á duras penas podian avanzar terreno, sabiendo con desesperacion en el camino que Bracho con su lucido ejército de mas de mil hombres se encontraba ya en Tepango en donde se le habian incorporado los dispersos de Obeso.

—¡Animo! decia Terán á los suyos, ¡ánimo, hijos mios! De llegar nosotros primero que Bracho á Tehuacan depende nuestra salvacion.

Viendo que esto era ya imposible, porque este le llevaba adelantado mucho terreno, el 19 destacó un cuerpo de cien dragones para que fuera á reforzar el convento del Carmen. El oficial que los mandaba comprendió que era una hazaña superior á sus fuerzas la que se le encomendaba y tomó el partido que juzgó mas prudente, que fué el de defeccionar pasándose al enemigo.

Terán ignorándolo, sobre el mismo camino destacó á Cámara con 150 hombres de caballeria con instrucciones de entretener al enemigo con falsos movimientos, mientras el grueso de las tropas hacia una larga travesia para aproximarse á Tehuacan. Cámara logró posesionarse del Calvario siendo alcanzado por Bracho y en el momento en que iba á ser derrotado llegó á salvarlo D. Juan Terán con un trozo de infantería y un cañon siendo rechazados los realistas.

Pero habia sido tan apurada la situacion del portugues que ya no quiso verse en otra y por la noche

llevándose los ciento cincuenta hombres que tenia á sus órdenes, se pasó el enemigo.

—¡Canalla! exclamó Terán luego que le dieron esta noticia y yo que llegué á creerlo un hombre de honor.

Pero lo mas principal no fué que Cámara defeccionara, sino que diera al enemigo todos los informes que necesitaba sobre la deplorable situacion que guardaban los insurgentes, así es que ya Bracho pudo obrar con las mayores seguridades respecto del buen éxito. Ya sabia hasta los nombres de otros oficiales que solo esperaban una ocasion favorable para abandonar á Terán. Lo primero que hizo fué cortar las comunicaciones entre la poblacion y el fuerte del Cerro Colorado, obligando á Terán á encerrarse sin municiones y sin víveres en el convento del Cármen y la Parroquia.

—Amigos míos, dijo Terán á su puñado de valientes, aquí pereceremos todos pero defendiendo hasta el último instante nuestra bandera.

En seguida dió instrucciones para que no se derrochase el parque sino que se aprovecharan todos los tiros.

El ataque no se hizo esperar. Sin dar tiempo ni á cubrir las alturas con parapetos se presentaron ocho columnas sostenidas por numerosa artilleria que avanzaron á paso de carga hasta el pié de los edificios que ocupaban los insurgentes. En San Francisco penetraron los asaltantes hasta la escalera interior en donde se trabó la lucha cuerpo á cuerpo. Cada fila de

realistas que desaparecia era cubierta por otra que llegaba de refresco, un paso mas y ya no habia que hacer otra cosa mas que pasar á cuchillo á los defensores de la fortaleza. Pero en los momentos supremos descendió Terán á la cabeza de treinta soldados de Tepejí, que podian haberse llamado los invencibles, y al grito de ¡viva la independencia! ¡viva el general Terán! arrollaron á punta de bayoneta al enemigo hasta la calle inmediata en donde la artilleria detuvo tan encarnizada persecucion.

Se repitieron dos ataques mas y los dos fueron infructuosos. Por la noche Terán pasó revista á sus soldados, le quedaban doscientos contra cuatro mil y esos doscientos los que mas parque tenian no contaban mas que con dos ó tres cartuchos por plaza. Los mas no tenian ninguno.

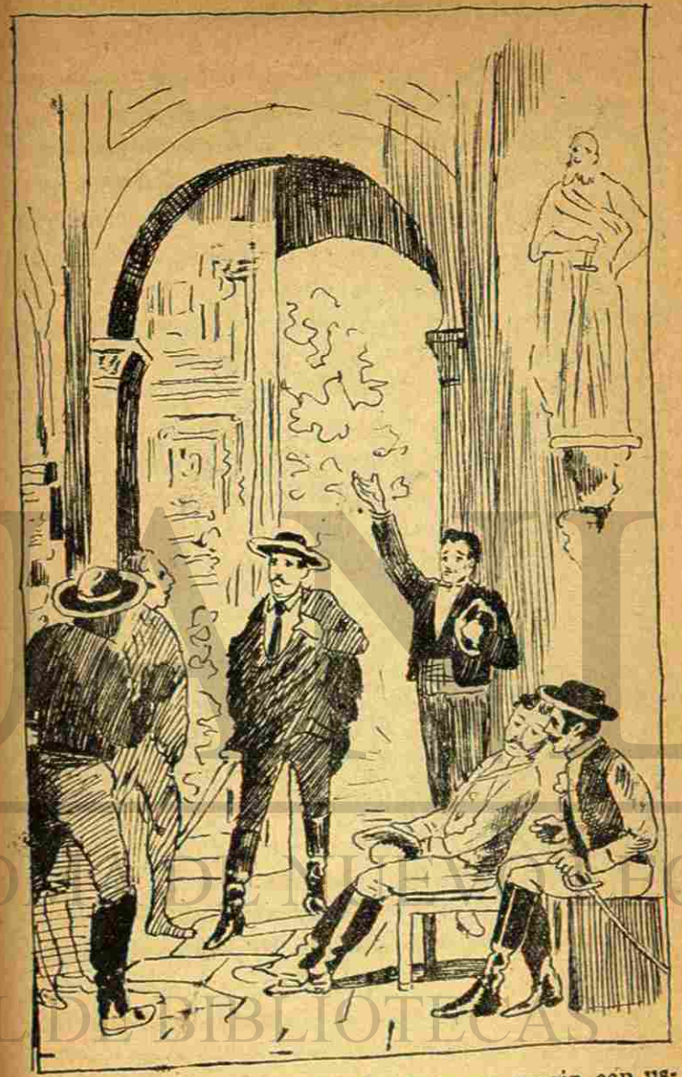
—Vamos á abrirnos paso á la bayoneta, exclamó.

Pero ya era tarde, se habia perdido la primera oportunidad de la tarde que era la que se podia haber aprovechado. En la salida que hizo le mataron muchos hombres y los que estaban montados corrieron en dispersion por todos lados. Terán se precipitó tras ellos para detenerlos y con riesgo de su vida volvió á la posicion entre el enemigo cuando sus soldados de infanteria gritaban llenos de desesperacion:

—Tambien nuestro querido comandante nos ha abandonado.

—No, aquí estoy, les dijo Terán, para morir con ustedes ó salvarnos juntos.

Con grandes trabajos reconcentró los soldados de



—No, aquí estoy, les dijo Terán, para morir con ustedes ó salvarnos juntos.

los fuertes reuniéndose hasta unos trescientos soldados; pero no podia contar ya con el Cerro Colorado porque sus defensores habian pedido indulto.

Entonces vino en su auxilio un suceso inesperado, casi maravilloso. Bracho supo que Hevia era de mas graduacion que él y se aproximaba á ganarle la gloria que á él solo pertenecia de aquella campaña y mandó proponer á Terán una honrosa capitulacion. Le ofreció conservarlo en el mando de su division con sus oficiales.

—Nada admito, le contestó Terán, que no sea exclusivamente nuestra seguridad personal y aún la de los cuarenta desertores europeos que se encuentran conmigo.

Hubo altercados sobre esto; pero Hevia estaba ya á menos de media jornada y Bracho tuvo que hacer los honores á la guarnicion de Terán que salió con banderas desplegadas de San Francisco, admirándose todos de la bravura, actividad y pericia que habia desplegado el gefe insurgente imponiéndose hasta el fin de la jornada á tres mil hombres con trescientos que no pudieron entregar mas que un cartucho por plaza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XV.

¡MAS SANGRE!

"En la campaña de pocos dias que acabamos de referir, dice Alaman, setecientos hombres, que era todo lo que Terán tenia bajo su mando, combatieron en una extension de terreno de unas cuarenta leguas, contra cuadruplicado número de enemigos, contrabalanceando el éxito á fuerza de inteligencia y de actividad de su gefe: si perdieron sus puntos fortificados salvaron la guarnicion y derrotaron en el campo á los que los atacaron: triunfaron otra vez en el extremo opuesto de su frontera, y no sacaron mayor parte de su victoria por tener que volver á Tehuacan á hacer frente á otra division enemiga, numerosa y compuesta de tropas de refresco. La capitulacion, aunque Bracho la retuvo, rehusando dar copia de ella á Terán, se cumplió exactamente por parte de los realistas, excepto en cuanto al mismo Terán á quien se le negó el pasaporte y los fondos necesarios para salir del pais como se le habia prometido, á pretexto de no haberlos en el erario, diciendo pidiese un empleo en Hacienda. Reducido á grande escasez, vivió en Puebla con un peso diario, que ganaba sirviendo de escribiente en una oficina, y habiéndole echado en cara Rossains haber sido *pordiosero* en Puebla, respondió con orgullo "que esto valia mas que descender de coronel patriota á teniente coronel realista como se le habia ofrecido por Bracho, porque la diferencia no era solo de un grado como parecia, sino que en su concepto importaba tanto como abandonar el honor en la desgracia." Este decoroso comportamiento de Terán despues de rendido, continúa diciendo el historiador realista, se realza aún más con el carácter humano que manifestó mientras tuvo el mando en Tehuacan: solo cinco individuos fueron pasados por las armas en tan largo periodo y esto por sentencia de consejo de guerra con las formas legales; de ellos fueron dos desertores que se habian presentado á los realistas en Acatzingo, un carpintero y un desertor del regimiento de Lovera que fué sorprendido descolgando armas del cuartel y depositándolas en casa del carpintero, habiendo seducido algunos soldados para pasarse con ellos al enemigo, y el traidor Fiallo. ¡Cuán cierto es que una desgracia nunca viene sola! Tras los desastres que tan brevemente hemos referido, sin entrar en detalles que hacen admirar tanto

aquellos acontecimientos, el fuerte de Santa Gertrudis fué tomado y el gefe insurgente que lo defendia, D. Manuel Perez, fusilado. El fuerte de San Estévan, defendido por D. Ramon Sesma, se rindió á discrecion, perdiéndose ocho cañones y muchos elementos de guerra; el fuerte del Alumbre, en el cerro de Tecayo, lo mismo que el de Jocolitla, fueron tomados y arrasados; solamente el de Santo Domingo de Jaliaca se defendió bizarramente, gracias á que fué auxiliado por una corta fuerza que mandaba D. Nicolás Bravo, pues aunque salió derrotado logró que se saliera de allí la guarnicion. En estos y otros sucesivos combates hicieron los realistas mas de quinientos prisioneros que no pudieron fusilar por la prohibicion del virey; pero en el camino á Veracruz para la prision de San Juan de Ulúa los fueron matando con pretexto de que querian fugarse.

Se vé, pues, que no solo el plagio sino la ley fuga fué invencion que no tuvo orígen mexicano.

Los gefes realistas Samaniego y Lamadrid tenian ya un mes de estar sitiando á Jonacatlan, sin poder tomarlo á pesar de sus respetidos ataques, cuando llegó á reforzarlos el teniente coronel D. Pedro Marin con la fuerza de Oaxaca y todavia tuvieron que seguir pidiendo refuerzos que les fueron mandados, pues entonces estaba ya el gobierno desembarazado de sus principales enemigos; pero los sitiados léjos de intimidarse hacian frecuentes salidas para disputar el agua de que carecian, muriendo en una de ellas el comandante del punto, Juan del Cármen. Entonces los realistas aprovecharon esta circunstancia para hacer un fuerte impulso que se les logró, aunque pereciendo mucha gente; pero en cambio hicieron allí ciento quince prisioneros que fusilaron á pesar de las órdenes del virey, por haberles causado tanto daño, contándose entre las víctimas diez y siete oficiales. El coronel Morán gefe distinguido de los realistas, hizo á la vez una campaña activa en los alrededores del Pico de Orizaba, poblados desde tiempos atrás de insurgentes, cuyas alturas les servian como punto estratégico para reunirse y atacar los convoyes, quien ayudado de los tenientes coroneles Zarzoza y Rafols desalojó á Calzada del Cerro de la Fortuna, ocupó el pueblo de Quimixtlan y en la desbandada de los insurrectos hubo varios incidentes notables, tales como el de que la viuda de Arroyo perseguida tenazmente por los españoles como lo fué su marido en el alcance que sufrió Calzada cayendo prisionero, ella prefirió despeñarse en una borranca, como tantos otros que lograron así escapar aunque quedándosedes quebrajados. Calzada y nu capitan Espinosa con otros prisioneros, fueron fusilados en San Andrés Chalchicomula, viéndose ya con el más absoluto desprecio las órdenes del virey, en cuanto al derramamiento de sangre. Morán, á quien se le hicieron exposiciones respecto de este asunto, contestó que apechugaba con las responsabilidades.

El general Victoria, que habia organizado algunos cuerpos de infanteria y caballeria y que despues de la destruccion de Terán era el único que tenia mayor

extension de terreno, ocupando con fuertes y destacamentos desde Maltrata hasta la barra de las Palmas, tuvo tambien su turno de descalabros empezándose por su batallon "La República" que fué deshecho en Huatusco en la derrota que sufrieron los hermanos Cueto. En seguida perdió Nautla, la Barra Nueva, los fuertes de la Cera y del Estero con toda la artilleria y municiones, refugiándose con algunos de sus restos en Misantla, á donde fué seguido por las divisiones de Márquez Donallo, Armiñan y Llorente. Sin embargo del gran número de enemigos con que tuvo que luchar Victoria, venció á Llorente que quedó herido de gravedad y tuvo que retitarse en seguida á los bosques de Cuyusquihuy en donde pudo reponerse de tantas fatigas y tantos desastres en mas de seis meses de porfiada lucha.

El distinguido patriota D. Cárlos María Bustamante, que sin embargo de no ser hombre de armas, prestaba grandes servicios á la revolucion, ya redactando los documentos de mas importancia que entonces circularon, ya dando consejo á los gefes principales, ya organizando el gobierno y contribuyendo con su carácter conciliador á destruir rencillas y evitar escándalos, que en suma fué el alma en muchas veces de sucesos de gran tamaño, habia quedado sin apoyo ninguno de fuerza y en aquel desbarajuste general en que todos procuraron salvarse como podian, unos indultándose, otros escondiéndose y otros huyendo en busca de un refugio cualquiera, optó por este último recurso y se dirigió á Nautla para embarcarse; pero al llegar á Actopam supo que ya aquel puerto habia sido ocupado por Armiñan: su situacion entonces se volvió una de las más difíciles, porque ya no podia retroceder en virtud de que Hevia tenia ocupados todos los caminos de las villas y Topete la costa del Sur, ni quedarse en Actopam porque Márquez Donallo llegaba allí al dia siguiente; sin embargo, tenia cuatro hombres bien armados que le acompañaban y con ellos decidió abrirse paso por donde se pudiera resuelto á hacerse matar antes que someterse, dándoles las órdenes convenientes para su salida á la media noche.

Quemó todos sus papeles, menos los apuntes históricos que siempre llevaba consigo, escribió varias cartas así como una disposicion testamentaria, se acostó á dormir á las diez de la noche, encargando que le hablaran á las doce y como en su situacion era difícil conciliar el sueño de un modo absoluto, pudo percibir á poco de acostado el ruido que hacian sus criados en el patio de la casa preparando los caballos para la marcha. Entonces hizo un esfuerzo para dormirse mientras duraban aquellos preparativos, se durmió en efecto, pero cuando despertó de nuevo reinaba en la casa el mas profundo silencio.

—¡Antonio! gritó al mozo de mas confianza.

Nadie le respondió á pesar de que siguió llamando á los demás por sus nombres. Se incorporó, encendió una luz y vió que los equipajes y las armas faltaban en la habitacion. Un tanto alarmado dió un brinco de la cama y salió al patio. Todo estaba solo y tran-

quilo. Entró á la caballeriza ¡nada tampoco! Entonces pudo convencerse de que los mozos, no solo lo habian abandonado sino que se habian llevado cuanto poseia robándolo miserablemente. ¿Qué hacer en tal conflicto? Ni siquiera una pistola le habian dejado para darse un tiro. Sabiendo que en Plan del Rio habia un destacamento, solo y á pié se dirigió á aquel punto presentándose al gefe realista para que lo fusilara.

—Eso no puede ser, Sr. D. Cárlos, le contestó aquel benévolamente, yo no seré quien cometa esa infamia; pero ningun escrúpulo tendrá Márquez Donallo en hacerlo así si es que usted no se indulta.

—¿Indultarme? exclamó Bustamante, pareciéndole aquella proposicion monstruosa.

Entonces el comandante le hizo ver que seria el partido mas conveniente, porque él no le obligaria á hacer juramento alguno y le daria un pasaporte que lo librara de todo peligro.

Con este pasaporte pudo, aunque con grandes apuros por la falta de dinero, llegar á Veracruz con su esposa que se le habia incorporado en el camino y allí arregló su viaje para el extranjero; pero siéndole imposible llevar su familia y contando con mas elementos en México para que se sostuviera, la mandó allí como era muy natural. Súpolo el virey, que en medio de su bondadoso carácter sabia tener las malas partidas de un beduino y dió la órden que á nada conducia, de que la respetable señora volviera á Veracruz para reunirse con su marido y el comandante de Tepeyahualco,

un tal Maliná, la mandó á Jalapa y el gefe de ese punto Castillo Bustamante, la hizo caminar para Veracruz en una cuerda de malhechores. ¡Apenas es creible que hubiera bárbaros semejantes que trataran así á las personas del bello sexo, y mas aún á una persona tan respetable por su posicion como la mujer de D. Cárlos Bustamante! ¡Aquellos hombres como el mencionado Castillo no merecian el nombre de gente civilizada sino el de comanches!

Bustamante se refugió en un buque inglés, siempre resuelto á ausentarse del país en que no veia sino atropellos é ignominias; pero fué aprehendido allí á pesar del indulto y encerrado en uno de los abominables calabozos de San Juan de Ulúa en donde se le atormentó villanamente. ¡Y esto hacia el benigno Apodaca! pues ¿cuáles no serian las infamias de Calleja que se tenia comparado con aquel como á un mónstruo?

Entre tantas y tantas desventuras el ilustrado historiador D. Cárlos María Bustamante no pudo salvar mas que sus manuscritos, y eso porque tuvo la precaucion de depositarlos en poder de un guarda de marina que le ofreció conservárselos, siendo despojado de todos sus intereses, pues siempre á la pena que se imponia, hubiera ó no motivo, se seguia la mas grave, que era la de confiscacion.

Solo quedaba á los insurgentes en toda la provincia de Veracruz el fuerte de Palmillas que defendia porfiadamente el Dr. Couto, sin embargo de que él mismo

habia confesado varias veces que no era hombre apropósito para la guerra. El coronel Hevia fué el encargado de asediarlo y ocuparlo con su division, que no constaba de menos de dos de mil hombres con doce piezas de artilleria. El fuerte tenia siete y muchos parapetos sobre abismos casi inaccesibles. Como no habia prisa para concluir esta campaña, pues los sitiados no tenian de quien recibir auxilio y podian rendirse por hambre, se estableció el cerco en toda forma aproximándose las obras muy lentamente.

Cuando el Dr. Couto observó que ya no podia seguirse defendiendo por falta de víveres y municiones, dispuso que se abandonara el fuerte descolgándose de la posicion los pocos hombres que quedaban por medio de cuerdas. La empresa era desesperada y apenas pudieron lograr escapar los mas audaces cayendo cinco de ellos al precipicio en donde perecieron, lo mismo que tres mugeres que quisieron seguirlos por el gran temor que tenian á los realistas. Algunos de los que habian logrado escapar cayeron prisioneros y entre ellos estaba el mismo Dr. Couto con sesenta y cinco mas que fueron fusilados en el camino de Orizaba con pretexto de que habian querido fugarse. El Dr. Couto quedó vivo porque se queria hacer en él un terrible escarmiento; pero estando preso en Puebla y en los momentos en que se le iba á encapillar para fusilarlo por órden expresa del virey, logró evadirse saliendo por entre la guardia con el vestido de un fraile que habia ido á visitar á un preso, cuyo generoso fraile se salvó ocultándose en un subterráneo.

Con el objeto de que se presentaran el Dr. Couto á su hermano D. José Antonio, se organizó la persecucion contra su familia, lográndose aprehender á la del último en Huamantla por el feroz Márquez Donallo, haciendo sufrir á la esposa é hijas de aquel insurgente las mas innobles humillaciones. De ese modo D. José Antonio Couto fué obligado á presentarse pidiendo indulto para salvar á su atribulada familia.

Por este tiempo, aunque ya no se necesitaban refuerzos, llegó á Veracruz el mariscal de campo D. Pascual de Liñan, con tres batallones lucidísimos, uno llamado de Ordenes Militares y otros dos de Zaragoza, con los que hizo una entrada triunfal en México, sin embargo de no haber tenido que obtener triunfo ninguno en el camino, y el cual venia con grandes facultades á inspeccionar las tropas de la Nueva España sobre las cuales se tenian muy malas noticias en la córte.

Para concluir esta ligera reseña histórica que sirve de preámbulo á los rápidos é interesantes sucesos que se desarrollarán despues, objeto de la presente leyenda, referiremos un episodio de los mas notables de aquella época que vinieron á hacer creer á los representantes del gobierno de España que habia concluido la revolucion.

En las provincias de Valladolid y Zacatecas quedaban con los armas en la mano D. Manuel Muñiz, que se titulaba capitan general de la primera y el mariscal de campo Rosales que tambien pretendia tener el título de comandante general de ambas. Quedaba

tambien el valiente padre Torres, guerrillero de Nueva Galicia, y algunos otros gefes de menos importancia, que operaban con pequeñas fuerzas en las tres provincias, dándose la mano de cuando en cuando para asegutar el éxito de algun combate que pareciera ofrecerles algunas ventajas. Este Muñiz fué el mismo que figuró con tan mal éxito en la primera conspiracion de Valladolid y que desde entonces no habia dejado de ser visto por todos sus compañeros con la mayor desconfianza, temiendo que no hubiera hecho suficientes méritos para estar léjos de la sospecha de caer en una nueva debilidad y verificar una segunda traicion. Por eso fué que no logró afirmar la posicion que pretendia ni ser de todos obedecido, no obstante haber hecho valer sus derechos de iniciador en todas las juntas de gobierno que llegaron á establecerse.

Siendo comandante de las armas de Valladolid D. Martin Aguirre, los padres Torres y Sanchez derrotaron dos fuerzas considerables en Tangancícuaro y Pátzcuaro, por lo que se dispuso que fuera reforzado aquel por el activo Negrete, lo cual hizo comprender á todos que iba á abrirse una formal campaña, circunstancia seguramente que intimidó á Muñiz, quien acudió á pedir su indulto á un tal Barragan con quien mantenia inteligencias, que era el medio de que se valian los acobardados para obtener confortable recibimiento.

Una vez reunidos el gefe realista y el gefe insurgente, salieron de Pátzcuaro en persecucion de Rosales y por senderos que solo Muñiz conocia, se dirigieron al rancho de la Campana, lugar que se tenia como el mas seguro para tomar reposo, conocido solo de los revolucionarios. Allí se habia retirado Rosales con unos cuantos hombres de confianza para descansar de las rudas fatigas que habia sufrido en los últimos dias, con el propósito de salir en seguida á hacer sus preparativos para resistir á los nuevos ataques que ya sabia iban á dirigírsele.

Habia llegado Rosales por la tarde al rancho y antes de que oscureciera habia mandado situar pequeñas avanzadas por los senderos intrincados por donde podria ser sorprendido, y los individuos conocedores que habia mandado en todas direcciones á explorar el terreno, habian vuelto á las ocho de la noche diciéndole que todo estaba tranquilo.

—Gracias á Dios, dijo á los tres oficiales de confianza que lo acompañaban, que por la primera vez vamos á dormir con tranquilidad.

—Yo, dijo el capitan Perez, lo único que temo es que sea cierto que se ha indultado D. Manuel Muñiz, porque seria el único que podria jugarnos una mala partida.

—No se atreverá, contestó Rosales con seguridad, porque nos tiene miedo.

—¿Pero se habrá ya indultado? preguntó otro de los oficiales.

—No cabe duda, le respondió Rosales, era ya ese punto decidido desde el año anterior y por eso lo he

perseguido para quitarle los elementos que trae; pero no ha consumado su traicion por el poco crédito que tiene entre los realistas.

—Yo tampoco lo considero de alma tan negra, para que aunque se haya indultado se encargue él mismo de conducir aquí á nuestros comunes enemigos.

—Lo difícil seria que hubiera alguno que se prestara á seguirlo por estos montes sin temer que le hiciera víctima de un engaño.

Con estas palabras de Muñiz se acostaron todos á dormir, menos el capitan Perez que anduvo rondando una parte de la noche con cierta inquietud interior qua no podia explicarse mas que por el temor de que el mismo Muñiz que tanto conocia aquellos lugares, pudiera guiar allí á los realistas. Cuando se persuadió de que no eran mas que vagos presentimientos, se acostó tambien á dormir sin querer despertar á nadie como muy bien pudiera haberlo hecho para que continuara teniéndose alguna vigilancia.

Las avanzadas que habia en los estrechos senderos practicables, compuestas de tres ó cuatro hombres, tambien se entregaron al sueño, y aunque hubieran estado despiertos de nada hubiera servido, porque Barragan y Muñiz con sus tropas no pasaron por donde se encontraban, sino abriéndose paso por entre la maleza, llegando sin ser sentidos hasta la puerta del rancho en donde tuvieron que esperar hasta que amaneciera. Con la primera luz se precipitaron sobre la puerta que hicieron pedazos é invadieron la casucha, disparando sus armas sobre los primeros hombres

que se les presentaron. A pesar de que con Rosales no habia mas que veinte soldados de su escolta y cuatro oficiales, hicieron una vigorosa resistencia y el mismo Rosales se puso al frente de ellos á medio vestir con la espada en la mano.

—¡Ah! ¡infame traidor! exclamó dirigiéndose á Muñiz luego que lo reconoció á la cabeza de un grupo, y levantando su espada se preparó á descargar un golpe terrible sobre su cabeza, al tiempo que lo abrazó por detrás el cabo de realistas, Ignacio Peña, mientras que Muñiz y Barragan lo asesinaban cobardemente causándole infinidad de heridas, procurando no hacer daño al hombre que se los tenia cogido, hasta dejar tendido en tierra convertido en cadáver al intrépido insurgente que tanto habia luchado por la independencia. Los demas se rindieron y fueron fusilados.

La muerte que siguió á poco de los padres Sánchez y Torres, dejó asegurada la tranquilidad de aquellas provincias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV

RIVALES.

En los momentos en que los convidados se levantaban de la mesa del virey, quien habia dado un banquete de cincuenta cubiertos en el comedor de Palacio, para festejar el cuarenta y siete aniversario de la vireina, el coronel D. Francisco Javier Gabriel, que se encontraba en el lado opuesto al que ocupaban las señoras, corrió apresuradamente á ofrecer el brazo á la hermosa Elena, hija mayor de la familia reinante. Por mas que quiso apresurarse, aún atropellando á las personas que se encontraban al paso, porque el amor es ciego y algunas veces hasta descortés é impertinente, cuando llegó á donde estaba la linda jóven, ya esta se encontraba asida del brazo del alférez Adrian Pinto, quien, segun rumores palaciegos, era hijo espúreo del conde del Jaral, por cuya circunstancia no

solo era admitido benévolamente en la córte, sino que vivia con cierta holgura y hasta con cierto lujo que llamaba la atencion, teniendo por otra parte una figura arrogante y un trato bastante distinguido, no pasando su edad de unos veinticinco años.

El coronel no pudo menos que sentirse contrariado al ver á su prometida del brazo de un jóven que gozaba fama de disipado y de conquistador, no quedándole á aquel otro recurso que hacerse á un lado para que pasara la pareja, sin poder contenerse de decir á Elena con algun desabrimiento:

—¡Ah! creia que las damas tenian que regresar á los salones acompañadas de sus mismos caballeros.

Elena se sonrojó, bajó los ojos y no pudo contestar una palabra; pero el alférez Adrian Pinto la preguntó despues que hubieron dado algunos pasos:

—¿Qué dice ese necio?

—¡Por Dios! exclamó la jóven alarmada, no vaya á oir el coronel.....

—¿Y qué? exclamó á su vez el alferez, es un gefe con quien no abrigo temor alguno de cometer una insubordinacion.

El coronel de Gabriel, con los brazos cruzados, se quedó como enclavado junto al marco de la puerta por donde estaban saliendo las parejas, hasta que el virey, que fué el último, le dijo al pasar dándole una palmadita en el hombro:

—Vamos á ver D. Francisco como entretenemos á nuestros convidados mientras llega la noche y se baila.

El coronel despertó como de un letargo y siguió al virey maquinalmente, no sin murmurar para sus adentros:

—Despues de todo, es un muchacho casquivano que no puede causarme inquietudes.

Cuando entró al salon lo primero que vió fué á Elena sentada en un sillon próximo al que ocupaba la vireina, y recargado en el respaldo al alférez Pinto que conversaba con la jóven, segun parecia, con la mayor familiaridad.

—Pero señor, se dijo, si yo nunca he sido celoso, ¿cómo es que ahora siento un aguijon que me atraviesa el alma?

Y sin oir más consejo, que el de sus celos, fué á apostarse á muy pocos pasos de la hija del virey, sin tomar precaucion alguna para ocultar esta maniobra.

—Tenemos moros en la costa, dijo el jóven riéndose al oído de la bella Elena.

—¿Qué dice usted? preguntó esta poniéndose colorada,

—Que ya se vino á observarnos de cerca el ogro de Gabriel á quien se le figura que con una simple conversacion puede arrebatársele su prometida.

Esta brusca salida del alférez hizo recordar á Elena su posicion y entonces le dijo con voz débil:

—Efectivamente, señor, casi es un asunto arreglado el de mi matrimonio con el coronel, y así es que considero que tiene razon si se ha indispuesto porque no lo esperé para que me acompañara.

—No seria un hombre cortés si pudiera indisponerse con su dama por semejante frusleria, dijo el jóven con exaltacion.

—El coronel tiene un carácter muy delicado,

—Pero si de presunto marido se muestra tan impertinente, será un Fierabrás cuando ya esté casado.

—Todavia no he dado mi consentimiento.....

Estas palabras las murmuró la jóven como un soplo y cubriéndose de rubor.

—¡Ah! de manera que.....

—La vireina lo proteje y el virey parece inclinado tambien á otorgarle mi mano; pero hasta ahora ni es una cosa resuelta, ni yo estoy comprometida con palabra de casamiento.

El jóven, tomando audacia con esta confidencia, se atevió á decir:

—Entonces, si no tiene derechos adquiridos, ¿por qué me mira con esos ojos torvos, por qué ha tenido la avilantez de dirigir á usted un reproche?

—El hecho es que se considera ya como admitido.....

—Pero mientras no lo sea realmente, no se puede consentir que se venga dando tantos humos de importancia.

—Yo suplicaria á usted, Sr. Pinto, que tuviera la bondad.....

—¿De qué?

—De separarse de mi lado.

—Esto es contradictorio con lo que me acaba usted de decir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Me da miedo ver la actitud que tiene el coronel, y ademas no hay costumbre de que los caballeros permanezcan tanto tiempo hablando con las damas. La misma vireina ha volteado á mirarme dos ó tres veces con aire de reconvencion.

—¡Oh! sí, ante súplica tan razonable que equivale á un mandato, no me queda que hacer otra cosa mas que obedecer; pero debemos tener entendido que ni ese coronel, ni siete coroneles más, me harian abandonar este puesto que considero como la cumbre de la felicidad.

—Señor.....

—Porque es necesario aprovechar el momento para decirlo todo de una vez, desde el primer momento en que ví á usted, Elena.....

—Sr. Pinto, ¡por la Vírgen Santísima!.....

La jóven puso un semblante tan compungido, su voz era tan conmovedora, que el alferez Pinto se sintió dominado cuando menos de conmiseracion, si no de respeto, y saludándola profundamente la ofreció retirarse en cambio de la promesa de acompañarlo á bailar si se presentaba la ocasion.

Elena contestó que lo consultaria con la vireina y aquel se retiró seguido por las miradas centellantes del coronel, yendo á mezclarse en los grupos de militares que habia diseminados por el salon. Luego que se hubo perdido de vista, D. Francisco Javier se apresuró á ir ocupar el lugar que habia dejado vacío en el respaldo del sillon y dijo á la hija de la vireina:

—¿Conoce usted, Elena, á ese jóven que acaba de abandonarla?

—¿No se llama el alférez Pinto? preguntó ella á su vez con despejo.

—Adrian Pinto se llama, en efecto, contestó de Gabriel temblando.

—Desde hace dos meses, poco mas ó menos, siguió diciendo ella, fué presentado á nuestra familia como un jóven de alta distincion.

—¿No supo agregar el que lo presentó que es un jóven bastardo?

—No recuerdo si se dieron algunas explicaciones al caso, que seguramente no serian en su presencia.

—Pues aunque yo tambien estoy recien venido á México, conozco ya á muchas personas y sé que ese alférez no ha podido hacer carrera en el ejército á causa de su poco espíritu militar y de su conducta un tanto cuanto depravada.

—No es esa la fama de que disfruta en la córte.

—¿No?

—No señor.

—¿Pues de qué fama disfruta?

—Tanto las damas como los caballeros lo citan como un modelo de valor, de elegancia y de finos modales, atribuyéndole tambien un nacimiento distinguido.

El coronel se puso rojo de cólera y replicó con cierta brusquedad:

—En ese caso usted se ha permitido recabar informes sobre esa persona.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Yo? de ninguna manera. Las noticias circulan en palacio generalmente sobre las gentes que lo frecuentan y se saben sin necesidad de que uno las pida.

De Gabriel se mordió los labios; pero reflexionando que era preciso reprimir la cólera que le estaba ahogando, dijo despues de trascurridos algunos minutos:

—Elena: yo le suplico rendidamente que se sirva excusarme si acaso he estado importuno.

La jóven, que quizá no habia visto motivo para incomodarse, tomó pié de esta tonta satisfaccion que le despertó el orgullo adormecido y sin contestar palabra, dejó el sillon que ocupaba y fué á sentarse al lado de la vireina.

El coronel De Gabriel se puso pálido de rabia y se salió del salon luego por la primera puerta que encontró abierta.

La tertulia siguió en palacio con la monotonia natural con que en aquel tiempo se hacian las tertulias en la alta sociedad, en las que se necesitaba de mucho atrevimiento para que los caballeros pudieran acercarse al estrado que ocupaban las señoras, entre las que ó se murmuraba del prójimo ó se hablaba de algunas simplezas inocentes. Los hombres se salian á pasear entre tanto á los corredores y pasillos ó formaban corrillos cerca de los balcones, teniéndose por principal asunto de plática, las noticias de la desfallecida insurreccion, su desplome probado con el gran número de indultados que se estaban presentando, ó de las recientes noticias de la córte que databan de cinco

á ocho meses. La crónica escandalosa de la ciudad estaba limitada á dos ó tres chismes respecto de Iturbide que parecia querer subrogarse á Calleja, á dos ó tres matrimonios en perspectiva y á las costumbres y trajes de Liñan y demas gefes españoles últimamente llegados de la Península.

Cuando comenzó á oscurecer se encendieron todas las lámparas y á eso de las ocho de la noche llegó la orquesta de la Catedral, que era la única que asistia á las solemnidades, así fueran fúnebres, devotas ó profanas, y tras la tropa musical otros invitados de las familias principales, que no habian sido preferidos para concurrir al banquete.

A las nueve en punto se bailó la cuadrilla de honor por el virey y la vireina y otras siete parejas muy escogidas entre la *élite* de la concurrencia, esto es, entre los ancianos y ancianas, que era para lo único que servian en tales circunstancias. Despues de la cuadrilla tenia que seguirse el rigodon que se bailaba entonces en la córte con todas las solemnidades debidas, procurando presentar una leve imágen de lo que se hacia en estos casos en las córtes extranjeras, y en este baile sí tomaban ya su parte respectiva todos los invitados, una vez que todos tenian que desempeñar algun papel.

El alférez Pinto, que desde cualquier punto en que se encontraba no perdia de vista á la hija mayor de la vireina, que era la que lo habia cautivado, haciéndola ruborizar con su tenacidad en contemplarla, luego que el bastonero anunció que iba á bailarse el ri-

godon se lanzó al estrado, y haciendo una profunda inclinación á las damas, suplicó á la vireina que le concediera el honor de permitirle bailar con su hija. Ella, encontrando muy inocente la solicitud concedió el permiso, y cuando apenas se habian levantado los dos jóvenes, se le aproximó el coronel De Gabriel con las facciones descompuestas y la dijo casi al oído de modo que nadie lo oyera:

—Señora, ¿me permite vuestra excelencia decirle dos palabras sobre un asunto importante?

La vireina se quedó viendo al coronel con extrañeza y le contestó:

—Importante debe ser en efecto el asunto, mi querido coronel, cuando lo veo pálido y tembloroso.

—Se trata..... se trata.....

—Vamos á ver ¿de qué se trata?

El coronel con mucha dificultad y con palabras entrecortadas le refirió lo que habia pasado entre él y la bella Elena.

—¿De manera que está usted celoso? le preguntó.

—Estoy despechado, señora. Elena debia saber que estamos próximos á desposarnos.

—Lo sabe, en efecto, señor, y no ha llegado á manifestar el menor disgusto cuando la hemos hecho saber cuál era el deseo de sus padres.

—En ese caso, ¿á qué debo atribuir su conducta?

—A una cosa muy natural, según creo, contestó la vireina sonriéndose, á que quiere despedirse del mundo de la manera mas alegre posible.

En ese momento pasaron cerca los jóvenes cogidos

de la mano, oyéndose á la vez un leve murmullo de palabras entrecortadas y de sonrisas de felicidad.

—¿Los ve vuestra excelencia, señora? exclamó el coronel sin poder disimular su cólera.

La vireina los siguió con la vista y aunque no dejó de participar de las alarmas del coronel, le contestó con tranquilidad:

—No veo nada diferente de lo que hacen las demas parejas: bailar y platicar discretamente como dos personas de distincion.

—Yo me atreveria á solicitar de vuestra excelencia.....

—¿Qué cosa, coronel?

—Que hoy mismo quedara fijado el dia de nuestro enlace.

—Ofrezco á usted hablar al virey.

De Gabriel hizo una inclinacion é iba á retirarse, pero la vireina le contuvo diciéndole:

—Entretanto, le prohibo que manifieste señales de disgusto.

—No sé si podré contenerme.

—Pues se contendrá usted por respeto á la corte. Por mi parte ya me propongo dirigir á Elena una pequeña amonestacion.

El coronel saludó y se fué. Como el rigódon se prolongaba, la vireina tuvo oportunidad de llamar al virey en una de las dos veces que pasó mas cerca de ella y le hizo lugar á un lado en el canapé.

—¿Querias decirme algo? le preguntó con sencillez.

—Sí: tenemos una pequeña nube sobre nosotros,

que amenaza convertirse en tempestad si no la conjuramos.

—¿Qué nube es esa?

—El coronel de Gabriel está celoso del alférez Pinto.

El virey estuvo á punto de soltar una carcajada, pero en esos momentos vió la cara descompuesta del coronel y se contuvo.

—Cuéntame eso, dijo despues de un momento á la vireina.

La vireina le contó todo lo que sabia.

—¿Pues sabes que no deja de tener razon el coronel? dijo luego que hubo oído cuanto tuvo á bien contarle la vireina.

—¿Por qué?

—Porque el coronel no es un jóven, ni es un buen mozo, ni es un valiente, ni es nada de lo que les gusta á las jóvenes.

—Pero en todo caso, Elena se encuentra ya comprometida.

—Ella no lo considera así, puesto que no le ha llegado á empeñar particularmente su palabra.

—Pero se la hemos empeñado nosotros.

—Verdaderamente eres tú la que te has ocupado en hacer ese matrimonio.

La sangre subió á la cabeza de la vireina, pero era muger que sabia reprimirse y se contentó con decir:

—Yo creia que era un matrimonio á gusto de todos.

—Lo es en efecto: solo que no hemos cuidado de ratificarlo.

—Pues hoy lo ratificaremos. El coronel quiere que se fije el dia de la solemnidad.

—Por mí que sea mañana.

—Pues bien, le contestaremos que de aquí á quince dias.

—Con tal que Elena se encuentre conforme, porque yo no deseo que la violentemos en lo más mínimo, lo demas me es indiferente.

—Esta bien, le contestó la vireina.

Concluyó el rigodon y Elena ocupó el asiento que dejó el virey, pagando con una sonrisa expresiva las frases de gratitud que le dirigió el alférez al dejarla.

El virey, que era bromista, que estaba alegre y que se ocupaba él mismo, yendo de aquí para allá, en hacer los honores de la casa, buscó al alférez Pinto y le dijo con aire risueño:

—Cuidado con las piraterias, amigo D. Adrian.

—Excelentísimo señor! exclamó el alférez sorprendido de verse abordado de un modo tan exabrupto por el virey.

—Cuidado con andar merodeando en el cercado ageno.

—No comprendo lo que vuestra excelencia quiere decirme.

—Allí tiene usted á mi hija Elena llorando por culpa de usted.

El alférez volvió la cabeza y notó efectivamente que la vireina exaltada dirigia algunas palabras á Elena y ella enjugaba una lágrima.

—El coronel de Gabriel, que es su futuro esposo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se ha quejado á la vireina de que usted se permite libertades con su prometida, agregó el virey.

El jóven se quedó anonadado mientras aquel satisfecho de su travesura, se dirigia á un grupo de personas notables.

Lo primero que hizo Pinto fué buscar con la vista á de Gabriel, al cual descubrió cerca de una puerta desde donde observaba con ojos atentos la conferencia entre la vireina y su hija. A él se dirigió el alférez como un rayo.

—Es usted un miserable, le dijo tomándole un brazo con fuerza.

—¡Atrevido! exclamó aquel sacudiéndose.

—Salgamos de aquí, replicó el jóven insistiendo en cogerlo del brazo.

—¿Qué asuntos puedo tener con usted?

—Yo tengo el de enseñar á usted cómo debe tratarse á las damas.

El coronel se sonrió con desden y quiso volverle la espalda.

—¡Cobarde! ¡miserable! insistió diciendo el jóven, me va usted á obligar á darle aquí mismo una bofetada.

De Gabriel, viendo que la cosa se formalizaba, se vió obligado á hacer frente al jóven diciéndole:

—Hasta mañana antes del oscurecer no puedo estar á la disposicion de usted.

—¿En dónde?

—A la entrada del Paseo de Bucareli.

—Está bien. Iremos montados. Lleve usted su espada y un criado que le tenga el caballo.

—No faltaré.

El alférez fué á buscar su capa y su sombrero y se salió inmediatamente del palacio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVII.

HECHIZOS.

Fuera de Elena de Apodaca, nadie notó en el salon del virey la ausencia del hermoso y noble alférez, no obstante que era uno de los pocos jóvenes que con su buen humor y apostura contribuia á hacer agradables las reuniones, consistiendo esta indiferencia en que cada cual estaba ya á la sazon ocupado en lo que más le interesaba, los unos haciéndoles la corte á las damas y los demas al virey y á la vireina, que en aquella vez se estaban esforzando en ser más pródigos de atenciones y amabilidades. Por lo demas, el buffet, como se llama ahora, ó la sala de refrescos, como se llamaba entonces, estaba abierta para todos y era raro aquel que no le hacia frecuentes visitas, dando las mayores muestras de buena salud y de buen apetito.

La reunion concluyó casi apaciblemente á las doce de la noche en punto, hora en que se retiraron los vireyes, dejando á los pocos concurrentes que quedaban en completa libertad para que regresaran á sus casas despues de haber reposado el tiempo que quisieran.

Cuando las hijas de la vireina se despedian de esta en su recámara, contigua á la del virey, para dirigirse á la alcoba que ellas ocupaban en otro departamentito inmediato, aquella dijo á su hija menor:

—Ya te seguirá Elena, á la que tengo que decir dos palabras.

La doncella la besó la mano y se fué. Elena se quedó de pié á dos pasos del sillon cercano á la cama que ocupaba la vireina.

—Hija mia, la dijo bondadosamente, esta, no he querido entregarme á un sueño que seria inquieto, si notuviéramos una explicacion sobre ese pequeño incidente que ha venido á turbar un poco la alegria del dia de mi santo.

—Mamá, contestó Elena, no creia yo que te pudieran causar disgusto las necedades de un hombre tan impertinente como el coronel de Gabriel.

—No debes tratar con tanto menosprecio á la persona con quien vas á unir tus destinos, Elena.

—Lo sé y quizá me hubiera sometido á esa decision sin murmurar una palabra, si no fuera porque él mismo nos empieza á causar desazones con sus imprudencias.

—Te quiere mucho, se considera ya con los derechos de un hombre que va á ejercer dominio sobre su prometida y lo has puesto en la necesidad de manifestarse celoso.

—¿Yo?

—Tú: llevando la familiaridad más allá de lo debido con un jovencillo de poca posicion que apenas conoces.

—Adrian Pinto nos fué presentado desde hace dos meses como miembro de una de las familias mas nobiliarias.....

—Mas nobiliarias, sea; pero no hijo de procedencia legítima.

—¡Qué sé yo!.....

—No necesitas saber ninguna otra cosa sino que pronto vas á casarte.

—Las insignificantes muestras de asentimiento que he dado para ese matrimonio, podré retirarlas si ese hombre se empeña en destruir por sí mismo mis pocas disposiciones.

—Aunque tú retiraras tu asentimiento con esa facilidad que dices, no podriamos retirarlo nosotros que tenemos nuestra palabra empeñada con el coronel y nuestra reputacion para con la sociedad.

—No seria la primera vez que se rompieran lazos de esa naturaleza.

—Es verdad, siempre que hubiera un motivo razonable, y supongo que no será el de que haya podido impresionarte un jóven cadete.

—Señora vireina, exclamó la jóven revistiéndose

de dignidad, eso es precisamente lo que me ha causado un gran disgusto mezclado de sorpresa: que el coronel de Gabriel haya ido hasta el extremo de interpretar mis acciones más sencillas de la manera que ha querido, logrando interesar en sus ridiculeces hasta á mi misma madre.

—¡Cómo! entonces no ha tenido razon?.....

—¡Oh! si tuviera razon el coronel para suponerme veleidosa, no seria digna de pertenecer á la familia á que pertenezco.

La vireina le clavó una mirada llena de admiracion, pues era necesario suponer á su hija ó muy candorosa ó muy hipócrita para conciliar estas palabras con lo que habia visto, y se apresuró á cogerle la concedida, diciéndole:

—Eso era lo mismo que yo sostenia acá en mi interior, que tú no serias capaz, estando en vísperas de casarte, de dar oídos á un nuevo trovador venido de la calle á galantearte.

La jóven guardó silencio y la vireina continuó:

—Porque de ninguna manera, tú que eres tan juiciosa y discreta, dejarás de comprender que mientras el coronel es un hombre formal, de buena familia y de buenos antecedentes, que está ya en vias, con el favor del virey, de llegar al término de una carrera tan meritoria, el jóven Pinto, que á lo mas puede llevarte uno ó dos años de edad, apenas comienza á formarse y sabe Dios lo que se le aguarde todavia para que venga á ser coronel, hasta de aquí á diez ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doce años, y eso contando con la protección de muy poderosas personas. No creo que en tu ánimo resista este último la comparacion con el otro, ante el cual no puede verse sino como una pobre criatura que apenas empieza á vivir.

—Buen empeño se manifiesta en empequeñecer á Pinto, solo porque ha tenido la complacencia de conducirme de la mesa al salon y de acompañarme en una pieza de baile! exclamó Elena á la vez que daba muestras de que queria saltársele una lágrima, quien sabe si de despecho, quien sabe si de rabia.

La vireina que lo notó, solamente pudo decirle:

—Algunos hombres son muy delicados, hija mia.

—¿No tiene usted nada más que decirme, señora?

—Nada, Elena, sino que me des un beso y vayas á acostarte.

La jóven la besó y se retiraba muy seria, cuando la vireina, que no queria una separacion tan seca, la dijo:

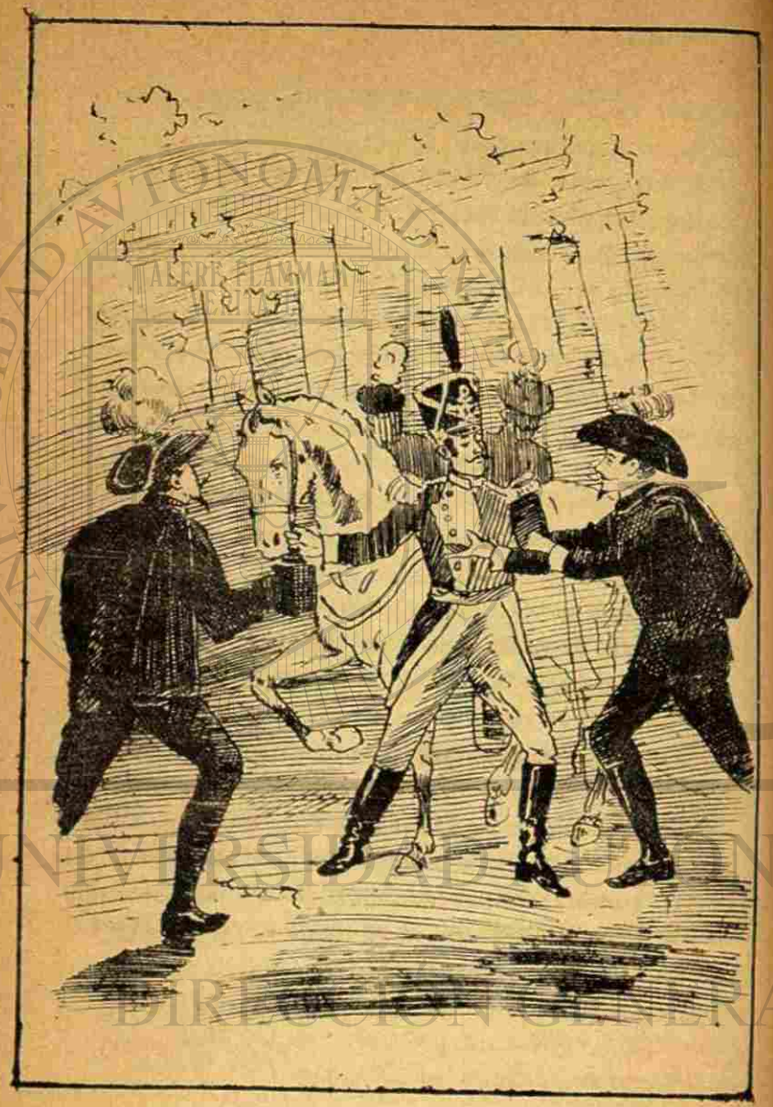
—Perdóname, querida hijita, si acaso te mortifico con estas reconvenciones tal vez infundadas; pero soy tu madre y ya sabes que las madres quieren antes que su misma vida, la tranquilidad y la dicha de los seres que son la mitad de su alma.

Elena se volvió y se echó en los brazos de la vireina, hecha un mar de lágrimas.

No se dijeron nada, pero se estuvieron acariciando mucho y en seguida se separaron.

Y mientras que doña Maria pudo entregarse á un

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



....súbitamente se sintió atenazado por las garras de cuatro hombres que habian salido con toda cautela de entre los árboles.....

sueño sosegado, y casi profundo, Elena apenas pudo pegar los ojos en el resto de la noche, turbada su imaginacion por mil visiones, en medio de las que veia siempre la radiante figura del alférez.

Al siguiente dia volvió á verlo en la tarde en el paseo: montaba un soberbio caballo y pasando cerca de la carroza de la familia vireinal hizo una gran cortesía, y en seguida partió al galope como una exhalacion sin que volviera á vérsele.

Se habian retirado ya todos los carruages y las tinieblas se habian apoderado de todos aquellos lugares, pues solamente en la entrada del paseo de Bucareli se veia la linterna de un sereno, cuando apareció un ginete por el lado opuesto seguido de otro hombre, tambien montado, que parecia llenar los oficios de escudero.

—Ramon, le dijo el de adelante deteniéndose, ve hasta el fin de la calzada y si han llegado condúcelos hácia este paraje.

Ramon dió todo el trote á su béstia para ir á cumplir las instrucciones que ya tenia de su amo. Apenas este habia puesto el pié en el suelo, despues que dejó de oir las pisadas del caballo de su escudero, cuando súbitamente se sintió atenazado por las garras de cuatro hombrazos que habian salido con toda cautela de entre los árboles y que se habian echado sobre él con la rapidez de un relámpago.

—¿Qué traicion es esta? preguntó Adrian lleno de una cólera impotente, pues que en un abrir y cerrar de ojos se le habian atado las manos á la espalda.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Silencio! dijo el quinto que apareció en la escena, enmascarado y cubierto ademas con una capa, preso en nombre del rey y de la justicia del Santo Tribunal.

—¿Pero no puedo saber al menos?.....

—¡Silencio! repito, ó se le pone una mordaza.

Como esta clase de apercibimientos no eran solo una falsa maniobra para intimidar á los aprehendidos, sino que se ponia en planta con mayor frecuencia de la necesaria, el jóven echó un sello á sus labios para evitarse un segundo martirio y se sometió mas violento que resignado á la suerte que quisieran deparar le sus aprehensores.

La ronda siguió por toda la calzada con su cautivo hasta las primeras calles en donde estaba un coche estacionado: fué metido en él con dos de sus acompañantes, y el vehículo echó andar lentamente con direccion á las cárceles de la Inquisicion.

El criado Ramon, que habia podido apercibirse de todo lo que habia pasado, fué y recogió el caballo de su amo y en seguida se dirigió para su alojamiento, pensando en el camino los medios que pondria en planta para prestarle á aquel algun servicio, fuera del muy conveniente de dar aviso á sus parientes y camaradas, que de seguro algun empeño habian de poner para sacar al jóven de las mazmorras del Santo Oficio.

Ya los lectores podrán comprender lo que habia pasado: el coronel de Gabriel, tanto por su carácter militar como por su posicion política y social, como

porque habia estado considerando que era muy indecoroso en una persona de su edad [cuarenta y seis años] ir á batirse con un muchacho que apenas podia contar unos veinticuatro, habia dado parte al virey de todo lo acontecido, diciéndole que si no dictaba providencias él se sentia obligado á concurrir á la cita en el paseo de Bucareli, la que tendria que desenlazarse con la muerte de uno de los dos combatientes, una vez que segun lo que el alférez le habia manifestado, no podian caber los dos en el mundo.

—¡Ah! ¿Entonces lo ha retado á usted á duelo formal?

—Sí, escelentísimo señor: tenemos que batirnos á espada hasta que uno de los dos muera.

—Entonces ese jóven inexperto no sabe que ademas de faltar á la disciplina militar, retando á un superior, incurre en las censuras eclesiásticas más severas que prohiben el derramamiento de sangre.

—Probablemente en nada de eso se ha fijado, ni yo me fijaria tampoco, si lo tuviera por igual á mí en rango, en edad y en las demas circunstancias.

—Bien mirado, los duelos están permitidos en todas partes y ninguna corte que se precie de caballeresca puede suprimirlos.

—Es una verdad, excelentísimo señor.

—Porque si llegara á suprimirse el juicio de Dios para ciertas ofensas, si el honor del caballero no pudiera sostenerse con las armas en la mano y se dejara todo al escándalo de los procesos, la cobardía se

haria un sitio inexpugnable en las sociedades, con lo cual los caracteres elevados no podrian conformarse.

—Entre hombres del mismo rango, las diferencias de cierta clase no pueden ser dirimidas mas que por las armas, terminó diciendo el coronel, de acuerdo con la tésis general del virey.

—Pero en el caso de su señoria, seria relajar la disciplina militar, si se permitiera medir el valor de un gefe superior con el de un subalterno, por mas que este pueda alegar un nacimiento elevado.

—Es lo que vengo á someter al fallo de vuestra excelencia y haré absolutamente lo que vuestra excelencia me aconseje que haga.

—Está bien; ahora mismo tomaré mis providencias.

El virey mandó llamar en el acto á uno de los miembros del Santo Tribunal y poniéndole al corriente de lo que pasaba, le manifestó que le parecia oportuno que la Inquisicion mandara á algunos de sus auxiliares mas determinados y más sagaces para que se apoderaran del jóven cadete en el Paseo de Bucareli, no solo para impedir el desafio entre un gefe superior y un oficial del ejército, sino para tener á este en prisiones mientras el enlace de su hija Elena se verificaba con el coronel de Gabriel, pues siendo este algo quisquilloso no faltarian motivos en lo de adelante que pudieran traer desagradables consecuencias. Convinieron así mismo las autoridades civil y religiosa en que á los parientes y amigos que se interesaran por el preso se les contestaria que aunque

este no estaba declarado herege, ni habia dado motivos suficientes para que se le formara una causa en forma, necesitaba ser reanimado en la fé cristiana, para la cual manifestaba grande desvio, viendo con profundo desprecio el primero de los mandamientos de la Iglesia.

Por más retirada que estuviera la familia del virey de los negocios públicos, no dejó de llegar á su conocimiento lo que habia pasado con el jóven alférez, cuyo hecho se pudo apreciar por cada uno segun sus particulares sentimientos. La vireina se sintió como aliviada de un gran peso, pues que estando preso el atrevido alférez, no volveria á ser turbada por aquel lado la tranquilidad de la corte. Clara dijo que seguramente el coronel de Gabriel habia de ser muy miedoso, cuando léjos de imponerse por la fuerza de su brazo habia recurrido al auxilio de la Santa Inquisicion para impedir que le galantearan á la novia y Elena tuvo necesidad de reprimirse hasta el grado de hacer esfuerzos supremos para no estallar de indignacion contra todos aquellos que abusaban del poder y de la fuerza contra un pobre muchacho que no tenia más delito que haber sido demasiado abierto para manifestar sus respetos á una dama, sin faltar á las leyes del decoro y de la conveniencia.

Al dia siguiente de la prision de Adrian era domingo y por consiguiente desde muy temprano estaban llamando para la misa en todas las iglesias, menudeándose más los toques de campanas en la Cate-

dral en donde se decian desde las cuatro de la madrugrada hasta las doce y media como unas cuatrocientas.

Cubierta con un velo desde la cabeza hasta los piés, salió de palacio una dama vestida con un traje oscuro, acompañada de una dueña que la seguia á muy pocos pasos. La circunstancia de llevar ambas en las manos sus rosarios y libros de devociones, indicaban bien que eran dos personas de la corte que iban á misa, tanto más cuanto que se las vió ir directamente á la iglesia Catedral. Pero lo que no vieron los curiosos fué que las mismas damas salieron inmediatamente por una puerta lateral dirigiéndose á toda prisa por el callejon de Mecateros que dividia la calle del Empedradillo. Se introdujeron en una casa de mediana apariencia, subieron la escalera, el cancel de arriba estaba abierto, cerrándose luego que entraron y una muger las condujo á un saloncito oscuro adornado con calaveras, esqueletos de animales y pinturas estrambóticas, viéndose arder en una mesa una lámpara cubierta con un crespon negro.

Pocos momentos despues se oyó el rechinido de una puerta medio cubierta con cortinages negros y apareció una vieja cubierta la cabeza con tocas y con un vestido negro con manchas amarillas que querian figurar lenguas de fuego. La dueña que acompañaba á la dama fué conducida á otro sitio por la criada que las habia acompañado, quedándose aquella sola en el salon con la hechicera, pues es fuerza ya decir que Elena, encontrándose de repente en una situacion tan

comprometida y sin contar con una persona de su intimidad de quien aconsejarse, habia determinado ver á aquella mujer que no solo tenia fama de saber decir la buena ventura, sino de hacer indicaciones llenas de sabiduria en los negocios mas intrincados y mas importantes, por lo que tenia gran clientela entre los nobles y gentes de alto coturno.

La vieja hizo algunas ceremonias de adorno para dar al acto mayor importancia y luego ordenó á la jóven que se descubriera el semblante.

—¿Es preciso? preguntó ella temblando y con la voz muy conmovida.

—Sin la mirada y sin la frente, quedarian incompletas en mi ciencia las líneas de la mano.

Entonces Elena con algun embarazo se levantó poco á poco el velo y descubrió su radioso semblante.

—Es hermosa mi niña, dijo la vieja como sorprendiéndose de la belleza de la jóven, es un serafin.

En seguida descubrió la lámpara, se caló unos lentes y la estuvo examinando con mucha atencion.

—Está bien, dijo despues de unos momentos: ¿qué es lo que desea saber mi niña? Simplemente lo que pronostican las líneas de la mano ó desea hacerme alguna pregunta especial?

—¿Sabe usted quién soy? preguntó Elena con timidez.

—Aunque lo supiera tendria que ocultarlo, porque uno de los caracteres de mi ciencia es la discrecion; pero en realidad ignoro á qué familia pertenece una jóven tan llena de encantos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

—¿Qué es lo que usted puede revelarme acerca de mi situacion actual? preguntó Elena siempre llena de terror.

—Mi niña pertenece á uno de los primeros rangos en donde solo se encuentran la riqueza y la felicidad, contestó la vieja á la vez que examinaba minuciosamente la mano virginal de la jóven; sus padres desean enlazarla con una persona de alto mérito que la quiere bien, un tanto por estar prendado de su belleza, pero más aún por las grandes ventajas que debe producirle el enlace. Mi niña no solo no lo quiere sino que le profesa alguna antipatia por su carácter arrogante y dominador, sin embargo de que á veces se siente arrastrada á él deseosa por una parte de dominar una naturaleza rebelde y por la otra de afianzar una posicion independiente que le permita brillar en las reuniones como la primera estrella entre las mujeres casadas. Es decir, desea mucho casarse y ve á su pesar que no hay en torno suyo ningun otro hombre con quien consumar dignamente el sacrificio.

Elena se ruborizó hasta el nacimiento de los cabellos y preguntó como alarmada:

—¿No hay otro hombre?

—Sí, si lo hay, mi niña, demasiado que lo hay, no uno sino muchísimos que apetecen semejante tesoro; pero entre los que mi niña conoce y entre los que podrían ser del gusto de sus padres, no hay otro que pueda competir con el elegido que está dispuesto por su parte á hacer la felicidad de su esposa. Como mi

niña no ha sentido hasta ahora lo que es el amor, lo que es el verdadero amor, fácilmente puede alucinarse con la apostura de este ó del otro jóven que la vea con tiernos ojos; pero ella misma se convence en su interior de que no es allí entre el ruido de suspiros, mas ó menos fogosos y de luchas mas ó menos conmovedoras, donde se encuentra la felicidad doméstica, sino en el hogar donde el juicio de una persona séria puede ser la cabeza de una respetable familia.

Elena, de encarnada como estaba poco antes, se tornó en pálida, con una palidez mortal, sorprendida de que la hechicera estuviera casi adivinando sus pensamientos.

—¿Y qué mal resultaria, la preguntó, de dejar á esa persona séria por un jóven apasionado, lleno de audacia y de nobles sentimientos?

—¡Ay Jesus de mi alma! exclamó la vieja santiguándose; ese seria un deseo temerario imbuido en el corazon de mi niña solo por malas artes de Satanás. Dar el amor á ese jóven atrevido que no tiene en su abono mas que la brillantez de la juventud y el espíritu emprendedor de la inexperiencia, seria esponerse á ver caer sobre varias familias una lluvia de desgracias, seria convertir en un lago de sangre lo que de otro modo no vendria á ser sino un mar tranquilo en que reinarán la calma y la abundancia, si es que no llega á reinar tambien la felicidad.

—La felicidad no reinará nunca en esa barca, dijo Elena con un suspiro.

—Quien sabe, quien sabe, contestó la vieja con tono hipócrita.

Elena, despues de oidos estos y otros pronósticos que la llenaron de sorpresa, dejó una bolsa con dinero á la vieja hechicera y se dirigió á palacio acompañada de su dueña.

La hechicera, luego que se vió sola, lanzó una carcajada y exclamó á la vez que contaba el dinero que le habia dejado la jóven:

—¡Qué bien hizo en mandarme advertir la vireina!

CAPITULO XVIII

CRUZ

Gran polvareda venia levantando el general Don José de la Cruz con su comitiva, en su viaje de Guadalajara á México, la cual venia formada del modo siguiente:

Una descubierta de diez hombres montados en caballos negros cuyos dragones traian cascos relucientes y anchas espadas desnudas sobre el hombro derecho.

Carroza del general Cruz con su secretario, tirada por ocho mulas oscuras.

Otros siete carruages mas con sus oficiales y gentes del servicio doméstico.

Veinte mulas cargadas con sus equipajes y repuestos.

Dos carros con la cocina y víveres.

Ocho peones de estribo para los carruages.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Quien sabe, quien sabe, contestó la vieja con tono hipócrita.

Elena, despues de oidos estos y otros pronósticos que la llenaron de sorpresa, dejó una bolsa con dinero á la vieja hechicera y se dirigió á palacio acompañada de su dueña.

La hechicera, luego que se vió sola, lanzó una carcajada y exclamó á la vez que contaba el dinero que le habia dejado la jóven:

—¡Qué bien hizo en mandarme advertir la vireina!

CAPITULO XVIII

CRUZ

Gran polvareda venia levantando el general Don José de la Cruz con su comitiva, en su viaje de Guadalajara á México, la cual venia formada del modo siguiente:

Una descubierta de diez hombres montados en caballos negros cuyos dragones traian cascos relucientes y anchas espadas desnudas sobre el hombro derecho.

Carroza del general Cruz con su secretario, tirada por ocho mulas oscuras.

Otros siete carruages mas con sus oficiales y gentes del servicio doméstico.

Veinte mulas cargadas con sus equipajes y repuestos.

Dos carros con la cocina y víveres.

Ocho peones de estribo para los carruages.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veinte caballos de mano enjaezados y cubiertas las monturas con paños encarnados para evitar el polvo.

Una música montada compuesta de veinticinco instrumentos.

Cerrando la marcha una escolta de cien dragones de pantalon blanco metidos en botas de gamuza, levitines con corazas amarillas y morriones altísimos en los chacós de cuero, cuyos soldados iban armados de sables y mosquetes.

Toda esta gran caravana venia asolando las poblaciones á donde llegaba, en las que habia que dárseles á todos asistencia gratis á título de vasallaje, pues aunque Cruz habia salido de sus dominios, se consideraba como un segundo virey que tenia derecho en todas partes sobre vidas y haciendas.

Ahora veamos lo que motivaba este viaje.

El general Cruz, que se daba los títulos de capitan general, gobernador, presidente y todos cuantos más significaban poder absoluto, menos el de virey, estaba descansadamente en Guadalajara disfrutando de la tranquilidad que se habia conquistado despues del exterminio de las partidas insurgentes y vivia con toda la independencia que le proporcionaban su carácter altivo y su costumbre de no obedecer á nadie mas que á sus caprichos, cuando recibió una órden terminantísima del gobierno español en que se le prevenia que se presentara en México á conferenciar con el virey Apodaca á fin de que se pusieran ambos de acuerdo sobre los límites de su autoridad, en virtud de las quejas continuadas del virey anterior, Sr. Calleja, sobre la ninguna subordinacion que manifestaba á las órdenes recibidas del centro.

Al principio Cruz habia tenido tentaciones de desobedecer tambien aquella prevencion, considerando que podia pasarse un año mientras se sabia en España que no habia obedecido, tiempo suficiente para renunciar su puesto ó para que las circunstancias vinieran á indicarle la conducta que podia seguir con menos peligro de ser castigado por su desobediencia; pero á fuerza de reflexionar convino consigo mismo en que nada tenia de peligroso para él aquella expedicion, sabiendo que Apodaca era un pobre hombre que no se atreveria á ponerle la mano encima, y á quien fácilmente podia embaucar con cualquiera paparrucha. Ademas, tenia el convencimiento de que no encontrándose en el país Calleja, no quedaba ningun hombre que tuviera mas prestigio entre los europeos ni más méritos conquistados con el partido realista, por lo que tal viaje, fuera de las molestias de hacerlo, no tenia ningun otro inconveniente y antes bien iba á proporcionarle la ventaja de conocer á muchos gefes del ejército que no conocia y de aprovechar la oportunidad de ser admirado de cerca por ellos, que seguramente no podrian menos que considerarlo como un gran personaje de la mayor importancia. Así es que mas que el deseo de prestar acatamiento á las órdenes reales, lo decidió á hacer el viaje su propio orgullo que le decia en secreto que iba á dar golpe en la capital. Ya sabia que los sinsabores de tan largo viaje, le serian minorados por los

agasajos que recibiria en el camino y por las comodidades que él mismo, con los elementos de su poder, sabria proporcionarse.

Así fué como se puso en marcha haciendo muy cortas jornadas, convirtiendo en una excursion de placer lo que para cualquiera otro hubiera sido un viaje molesto y lleno de peligros, pues que estos habian disminuido ya mucho en el Bajio desde que habian muerto todos los Villagran y se habian eclipsado el cura Correa y todos los demas terribles guerrilleros, vecinos habituales de esos rumbos.

Naturalmente se supo en México que venia avanzando con pasos lentos el general Cruz con una gran comitiva desde algunos dias de anticipacion á su llegada, de modo que cuando se dijo que ya venia pasando por la garita, todas las calles estaban llenas de gentes curiosas, de esas que se figuraban que Cruz era una especie de divinidad ó de ser sobrenatural salido de quien sabe qué sitios misteriosos, pues en verdad que debia ser una gran potestad quien podia medirse de igual á igual con el virey de la Nueva España.

No se pusieron adornos en las puertas y ventanas, segun la costumbre en tales casos, porque Apodaca hizo comprender á los vecinos de la ciudad que no debian ponerse; pero sí se llenaron todos los balcones y todas las azoteas de curiosos, no faltando entre el pueblo quienes victorearan á Cruz, fuera porque se les hubiera pagado por algun intrigante, fuera porque

ellos mismos, los que gritaban, quisieran dar algun celo á la autoridad reinante, porque en los gritos se manifestaba claramente que se tenia á Cruz por una potencia rival del virey de México, lo cual seguramente no fué visto con buenos ojos, ni oido con buenos oidos por los habitantes de palacio, á donde se encaminó Cruz desde luego pidiendo alojamiento, despues de haber atravesado en triunfo las calles principales de la capital.

—¡Ah! ¿Usia no tiene casa en donde alojarse? le preguntó Apodaca.

—Soy excelencia, le contestó Cruz y no usia.

—Su excelencia no tiene casa preparada?.....

—No; una vez que no vengo aquí por mi gusto, sino por cumplir una órden de Su Magestad.

—En efecto, contestó Apodaca, ya tenia noticia por un pliego recibido hace algunos meses del gobierno de Su Magestad, de que su excelencia tendria que venir á la capital á tratar de ciertos asuntos correspondientes á las provincias de su mando.

—De los cuales hablaremos cuando el excelentísimo señor virey lo disponga, siempre que sea despues de haber tomado algunos refrigerios y algun descanso.

Ante unos trabucazos disparados tan á quema ropa, el tímido virey no tuvo mas recurso que mandar disponer un alojamiento al general Cruz en su mismo palacio, quedando no poco desconcertado cuando le avisaron que el número de la comitiva que traia pasaba de cuatrocientas personas.

—Pues ni el mismo Fernando VII habria venido con tanto acompañamiento, exclamó el virey atónito. Y á pocos momentos agregó:

—Ahora lo que importa es despacharlo de aquí para que vuelva á encargarse de su gobierno lo mas pronto posible.

Cruz ocupó, pues, una ala del edificio y desde luego ordenó que se pusieran las guardias correspondientes y que la música le estuviera tocando en todas las horas útiles del dia, respecto de lo cual dijo á sus ayudantes y secretarios:

—Ya que el desatento virey no ha sido para hacernos una recepcion ruidosa como debia, esperándonos con un gran banquete á que debia haber convocado á todas las autoridades civiles y religiosas, como yo lo habria hecho si él hubiera ido á Guadalajara, nosotros mismos nos festejaremos y nos haremos ruido mientras estemos en la capital.

Hizo que se le presentara el mayordomo de palacio al cual dió las siguientes órdenes:

—Necesito una mesa de cuarenta cubiertos para mí y las personas de distincion que me acompañan. A los músicos y tropas se les dará de comer cuando lo hagan las guardias del virey, procurándose que no se hagan ningunas distinciones. En nuestra mesa se pondrán los mejores vinos de la bodega y en abundancia, y entre tres y cuatro de la tarde á todos se nos dará chocolate. A las cinco en punto que estén á la puerta diez coches y á mas uno descubierto para mí

que sea tirado por cuatro caballos y manejados por los lacayos del virey vestidos de gran librea. Supongo que el Sr. Apodaca habrá dado instrucciones para que se me obedezca en todo cuanto yo disponga.

—El excelentísimo señor virey solo me ha ordenado que mande servir una mesa para las tres ó cuatro personas principales que vienen con vuestra excelencia; pero lo haré presente.

El impetuoso Cruz no pudo acabar de oir con calma y exclamó levantándose y buscando un objeto cualquiera que empuñar para pegar al mayordomo:

—¡Con mil de á caballo! señor mayordomo de palacio, ¿acaso no sabe usted con quien habla? Soy el Presidente y señor absoluto de las provincias de Occidente é igual en poderio y preeminencias al virey de la Nueva España. Por vida de Satanás que si no se hace cuanto he mandado, soy capaz de pegar fuego á estas habitaciones. Ni una sílaba me cambia usted á cuanto llevo dicho.

El mayordomo, que no por ser mayordomo dejaba de ser un personage de importancia en Palacio, de muy tieso que estaba tuvo que hacer una profunda inclinacion mas por miedo que por respeto al general Cruz y salió de la pieza á reculones, mientras aquel se quedaba vociferando.

Siguieron lloviendo incidentes y siguieron lloviendo mortificaciones para el pobre virey Apodaca en el resto del dia, porque á cada momento le iban á decir sus servidores que el huésped estaba haciendo todo

género de estropicios; pero en fin, el dia se pasó y por la noche no pudo hacer menos, como una muestra de cortesía, que mandar invitar á Cruz para que lo acompañara á la cena, que se verificaba un poco despues del toque de las oraciones de la noche. Cruz, en consecuencia, se presentó en los departamentos del virey con todo su séquito.

—¡Maria Santísima! exclamó Apodaca, luego que vió tanta gente seguida de la música presentarse en el salon donde estaba esperando á su convidado á quien aguardaba cuando más con su secretario, ¿qué significa esto?

Cruz se le aproximó, le tendió la mano con mucha llaneza y le dijo en tono un tanto cuanto grosero:

—Aquí estamos todos.

—Pero..... comenzó á decir el virey.

—Nada, nada, le contestó Cruz tapándole la boca, no se alarme vuestra excelencia pues no somos de mesa mas que pura y sencillamente cuarenta, menos unos cinco ó seis de mis oficiales que pidieron permiso para recorrer la poblacion.

—Yo entendía que se les habia de servir la cena en su alojamiento.

—Pero ya que no tenemos invitados entre las gerarquias civiles, militares y religiosas, necesitamos formar nuestro acompañamiento con las gentes que podamos.

El virey siguió resistiendo políticamente á que se sentara tanta gente en su mesa para una cena de familia; pero Cruz le demostró que todas aquellas personas eran de su familia mientras se llamaran sus huéspedes, por humildes que fueran sus categorías militares, y al fin se tuvo que ceder y formar una especie de potro de tormento de lo que se proponia que solo fuera una cena familiar y agradable.

—Si vuestra excelencia lo desea, le dijo el virey á Cruz una vez terminada la colacion, pasaremos á mi gabinete para tratar un poco de los asuntos oficiales.

—Yo no tengo secretos, contestó el presidente de Guadalajara en alta voz, y estoy acostumbrado á no ocultarme de nadie para dictar mis disposiciones y hacer todo lo relativo á mi gobierno.

—En el caso presente, sin embargo.....

—El caso presente, excelentísimo señor virey, no es mas que una soberana simpleza, perdone vuestra excelencia que se lo diga, porque no sé qué arreglos puede haber entre ambos, habiendo una línea divisoria tan marcada para nuestros respectivos gobiernos.

—Ya que es preciso hablar aquí de esos asuntos que yo estimaria fueran tratados en reserva, me permitirá el Sr. Presidente de Guadalajara que le diga, que acabo de ver los pliegos de Su Magestad relativos á su persona.....

—¿Y qué dicen?.....

—Dicen que el excelentísimo señor Calleja, virey autecesor mio en esta Nueva España, elevó varias quejas contra vuestra excelencia.

—¿Y qué quejas eran esas?

—Reduciéndolas á pocos términos son: que vuestra excelencia no da pase á todas las órdenes y decretos que se le mandan, que unos publica y otros no publica, segun lo juzga conveniente; que raras veces contesta á las cartas y pliegos que se le envian; que se resiste á dar cuenta detallada de sus gastos y á recibir visitadores, jueces de residencia, intendentes y otros empleados que se han mandado á visitar la hacienda y las milicias; que vuestra excelencia no ha querido decir á punto fijo cuántos hombres tiene sobre las armas en el extenso territorio de su mando; que se hace justicia por su mano y que rara vez deja su libre ejercicio á la justicia y tribunales, así civiles como eclesiásticos; que vuestra excelencia no ha querido contribuir con un solo peso para las atenciones generales de la Nacion ni en los momentos de mayor apuro para el gobierno; que vuestra excelencia se muestra poco dispuesto, todas las veces que se le previene, á mandar tropas en auxilio de operaciones militares en suelo distinto de sus provincias, originándose con esto graves perjuicios á la pacificacion, en la que nos encontramos todos tan interesados; que vuestra excelencia no tiene respeto alguno á las familias en sus hogares, habiendo sido atropelladas de su órden algunas muy distinguidas, y por último, y principalmente, que por sí y ante sí ha abierto un puerto de altura en San Blas, por donde recibe cada seis meses el cuantioso producto de la nao de China, del que no se aprovecha en modo alguno la Nacion.

Cruz, que estaba ya en brasas, se apresuró á contestar:

—Este, este es el único cargo de alguna consistencia, pero dictado por la envidia, y el único de que se han ocupado con seriedad tanto el Rey como las personas de su gobierno, porque se trata, segun dicen, de una inmensa cantidad de dinero que me estoy embolsando, y al cual tengo que contestar lo siguiente, que me parece tan llano como puesto en razon: yo, excelentísimo señor virey, tengo á mi cargo una grandísima porcion de terreno que se puede estimar como casi la mitad de todo el que compone la Nueva España, pues que para recorrerlo todo se tienen que atravesar grandes desiertos, desde el Norte hasta los límites de Occidente en el Océano Pacífico, esto es, desde Texas hasta la California, sin que para sostener el gobierno de todo ese gran pais, se me den mas elementos que los que yo me proporciono, siendo la única comarca que está ahora en completa tranquilidad y que antes ha sufrido menos con la revolucion y la única tambien en donde las propiedades no son violadas, en donde la seguridad es absoluta tanto en los caminos como en las poblaciones, y en donde las autoridades civiles, eclesiásticas y militares están rodeadas del respeto que les corresponde, siendo falso que ni yo ni nadie las atropelle, pues que por mi parte tengo el orgullo de ser justiciero en mi severidad, como íntegro en el manejo de toda clase de caudales confiados á mi guarda. Mil acusaciones

se harán contra mi carácter despótico y contra lo que llaman mis genialidades; pero nadie se atreverá á decír que me he apropiado los intereses agenos como lo han hecho Armijo, Iturbide y otros muchos bribones, entre los cuales no exceptúo al antecesor de vuestra excelencia, el excelentísimo señor Calleja, que fué público y notorio hizo una gran fortuna robándola á los demas.

El Sr. Apodaca, arrepentido ya de haber provocado aquella conversacion como principio de las negociaciones que tenia que entablar con el general Cruz, se apresuró á decir con la voz temblorosa, viendo hácia todos lados y como temeroso de que aquello se oyera por mas personas de las que estaban presentes:

—Basta con esa explicacion, señor general, para que las cosas se queden en el mismo estado. Yo, por mi parte, ni sostengo, ni siquiera me hago eco de las quejas del Sr. Calleja y antes bien reconozco los grandes méritos y servicios de vuestra excelencia y los encareceré siempre ante el gobierno de Su Magestad como dignos de recompensa.

—Tampoco espero que se me recompense porque cumplo con mis deberes y menos cuando sé que las medallas, ascensos y títulos se dan mas bien á los que adulan que á los que se mantienen en el lindero de la dignidad. Se me pagan con un sueldo mis servicios, los presto con lealtad y eso me basta para sentirme satisfecho. Si hoy mismo vuestra excelencia, con las facultades que tiene quiere exonerarme de ellos, gustoso

dejaré las responsabilidades que traen consigo tales cargos, tanto mas cuanto que me estoy haciendo viejo y necesito descanso.

—De ningun modo, se apresuró á decir Apodaca.

—Pues si no ahora, mañana ú otro dia que el gobierno quiera nombrarme un sustituto, le haré entrega sin pesar ninguno de esa carga que ya para mí es tan pesada; pero sí protesto que ya que la siga reportando por horas, por dias, por meses ó por años, ni por un instante, ni en lo más mínimo, consentiré en que se me quite la menor de mis facultades ni se disminuya en un solo átomo el poder que ejerzo, tanto porque yo solo me lo he formado á fuerza de energía, como porque dejaria de ser un hombre digno desde el momento en que consintiera en desprenderme del menor de mis privilegios, dejando entonces de ser temido y respetado por los súbditos que me obedecen, que verian mas en mí un sér vil y acomodaticio que un gobernante celoso de su autoridad.

—¡Oh! Señor general Cruz, exclamó el virey todo confuso y atolondrado, verdaderamente yo no soy en esto mas que un intermediario, pues ni soy el virey quejoso, ni yo tengo motivos para invadir las atribuciones de su gobierno.

—Así es que el asunto á que he venido queda terminado en esta conferencia? preguntó Cruz.

—Así lo creo, una vez que mis instrucciones no van más allá que á excitar el celo de vuestra excelencia en favor del gobierno general de la Nueva España por lo que respecta á la nao de China.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues ni en la nao de China ni en nada tengo que ceder.

—En tal caso es inútil volver á hablar sobre el asunto.

Cruz se levantó y lo mismo hicieron todos sus acompañantes. Tendiendo entonces la mano al virey, agregó por su parte:

—Estando concluído el negocio oficial á que vine, permaneceré ya solo dos ó tres dias descansando aquí, aunque sentiria ser una carga pesada para el gobierno de vuestra excelencia.

—¡Oh! de ninguno modo..... de ningun modo, contestó Apodaca muy alegre.

Cruz salió de allí con todas sus gentes que iban haciendo gran ruido con sus botas y espadas sobre el entarimado.

CAPITULO XIX.

CEREMONIA NUPCIAL

Cruz no se retiró de México tan pronto como habia ofrecido, sino hasta los dos meses; pero sí se retiró del palacio del virey en donde notó que tanto él como los suyos eran vistos con ojeriza, estableciéndose con su corte en una casa particular en donde estuvo viviendo con toda magnificencia. Los bailes y banquetes que dió, las serenatas que todas las noches tenia al pié de sus balcones, el lujo escandaloso con que se presentaron vestidos los oficiales y soldados de su escolta, todo eso deslumbró á tal punto á los vecinos de México, que llegaron á creer que Cruz no era Cruz sino algun soberano al que tenian de huésped, opacando con su boato al capitan general Apodaca. Este se desquitó un poco con pretexto de las bodas de su hija, cuyos preparativos comenzaron á hacerse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pues ni en la nao de China ni en nada tengo que ceder.

—En tal caso es inútil volver á hablar sobre el asunto.

Cruz se levantó y lo mismo hicieron todos sus acompañantes. Tendiendo entonces la mano al virey, agregó por su parte:

—Estando concluído el negocio oficial á que vine, permaneceré ya solo dos ó tres dias descansando aquí, aunque sentiria ser una carga pesada para el gobierno de vuestra excelencia.

—¡Oh! de ninguno modo..... de ningun modo, contestó Apodaca muy alegre.

Cruz salió de allí con todas sus gentes que iban haciendo gran ruido con sus botas y espadas sobre el entarimado.

CAPITULO XIX.

CEREMONIA NUPCIAL

Cruz no se retiró de México tan pronto como habia ofrecido, sino hasta los dos meses; pero sí se retiró del palacio del virey en donde notó que tanto él como los suyos eran vistos con ojeriza, estableciéndose con su corte en una casa particular en donde estuvo viviendo con toda magnificencia. Los bailes y banquetes que dió, las serenatas que todas las noches tenia al pié de sus balcones, el lujo escandaloso con que se presentaron vestidos los oficiales y soldados de su escolta, todo eso deslumbró á tal punto á los vecinos de México, que llegaron á creer que Cruz no era Cruz sino algun soberano al que tenian de huésped, opacando con su boato al capitan general Apodaca. Este se desquitó un poco con pretexto de las bodas de su hija, cuyos preparativos comenzaron á hacerse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en palacio con un mes de anticipacion, así es que cuando el presidente de Guadalajara fué por tercera vez á despedirse del virey, con quien no habia llegado á ningun arreglo satisfactorio, este le dijo:

—Mi hija se casa dentro de ocho dias con el distinguido coronel D. Francisco Javier de Gabriel, de suerte que si su excelencia no tiene mucha prisa en volver á tomar las riendas de su gobierno, mi esposa y yo tendriamos gran placer en que vuestra excelencia fuera una de las personas que apadrinaran ese matrimonio.

Ante una invitacion tan galante, que en el fondo no era mas que un rasgo de vanidad, Cruz se vió obligado á responder:

—Altamente favorecido por la distincion que sus excelencias me dispensan, suspenderé mi viaje por el tiempo que sea necesario, á fin de concurrir á las ceremonias nupciales con el carácter que en ellas se sirvan asignarme.

—Nosotros somos los que nos creemos honrados con que un capitan tan esclarecido esté presente al acto en que una persona de nuestra familia va á establecerse tomando estado.

Siguiéronse subiendo los dos personages hasta las nubes, como si realmente tuvieran una ventajosísima idea el uno del otro, siendo lo mas original que en su interior no solo se odiaban, sino que se profesaban menosprecio, creyendo Apodaca de Cruz que era un fátuo y un hombre de espíritu desarreglado y Cruz de Apodaca que no pasaba de ser un ignorante y un

cobarde incapaz de ponerse no ya á la altura de Calleja, pero ni á la de Iturrigaray, naciendo la animosidad principalmente entre ambos del puesto de virey que uno creia haber merecido y que el otro se consideraba con muchos más tamaños para merecer. Esto es, Apodaca no ignoraba que Cruz habia ambicionado y ambicionaba aún el vireinato, teniendo hasta un grupo de partidarios para elevarlo al puesto que consideraba ya aquel como el término de su ambicion y Cruz por su parte no podia menos que profesar profundo rencor al que queriéndole ó no, habia echado por tierra sus ensueños de poder, sirviéndole á la vez de un obstáculo insuperable, casi para ver realizados sus deseos.

Este era el motivo principal que les impedia llegar á un avenimiento en su marcha política y el que hacia que las pocas conferencias que habian celebrado fueran agrias en el fondo, aunque cubriendo ambos las fórmulas en el exterior de la manera que se los permitian la impetuosidad del uno y el candor del otro, separándose cada vez que se veian mas descontentos el uno del otro, á causa de la mayor inconformidad en sus pareceres.

Una vez decidido que Cruz se quedara á presenciar el casamiento de la hermosa Elena, se procuró que la fiesta fuera expléndida, á cuyo efecto se reunieron en palacio todos los tapices y decoraciones que pudieran imprimirle una trasformacion suntuosa, para lo cual no se omitieron gastos, figurando en primer

término la vanidad de los dos vireyes y de su corte, que tomaron el mayor empeño en lucirse. Así mismo se buscaron para los trajes de la jóven las mejores telas de China, cediéndole la vireina por su parte sus mejores joyas, lo cual no contribuyó poco á que la jóven mostrara menos repugnancia á un enlace que casi se le habia impuesto por la fuerza.

Aquí es preciso decir que el mancebo Pinto seguia encarcelado en las mazmorras de la Inquisicion, de las que no habian logrado sacarle sus parientes que eran poderosos y que habian hecho uso tanto de su influencia como de su dinero sin ningun resultado, permaneciendo en completa incomunicacion no solo con Elena, á la que hubiera procurado dirigirle una carta, sino hasta con las personas que podian ser consideradas como de su familia.

Trasladándonos al calabozo oscuro que ocupaba, defendido con una puerta toda de hierro que se cerraba durante la noche y la mayor parte del dia con dos fuertes cerrojos, lo encontraremos, despues de haber pasado por todos los grados de la desesperacion, como acontecia con todos los presos, enteramente calmado, y mas que violento, en cierto modo tranquilo y meditabundo, sin poderse dar cuenta de un modo exacto de los motivos fundamentales de su prision.

—Los calabozos del Santo Oficio, se decia por la milésima vez en el momento en que penetramos á su celda, han servido siempre para encerrar en ellos á los enemigos de la fé y de la religion, á aquellas perso-

nas peligrosas en la política de quienes se puede temer algo que trastorne el órden público ó que pueda minar el poder de las autoridades establecidas; pero nunca para gentes que como yo han sido adictas á la causa real y que por sus ligas de parentezco y por su empleo militar, tienen que ser consideradas hasta cierto punto, como formando parte del gobierno. Si bien es verdad que yo no soy devoto, ni tengo grandes arrebatos de religiosidad, no puede negarse que aparentemente cubro las fórmulas como los mismos inquisidores las cubren, oyendo misa los domingos, rezando el rosario en las visitas y comulgando una vez en el año por la cuaresma, sin que hasta ahora con nadie me haya comunicado respecto de las dudas que pudiera tener en ese particular en mi fuero interno. Así pues, por impiedad no puedo estar encerrado en estas mazmorras. Como político tampoco, una vez que jamas me he ocupado en averiguar si obran bien los que mandan ni en criticar como tantos otros las medidas de Apodaca que muchos han encontrado ridículas, las cuales si no han merecido mis aplausos, han sido vistas por mí con la mayor indiferencia. No, no se me puede tachar de enemigo de ningun virey y menos de Apodaca con quien he sido presentado, quien me ha acogido con suma benevolencia, presentándome á su vez con su familia que me ha colmado de atenciones, reputándome como miembro de una de las mas respetables casas de la Nueva España. La política por lo mismo no tiene que ver nada con mi prision, tanto mas cuanto que,

aunque en un grado insignificante militar, estoy al servicio del gobierno, sin haber merecido nunca ningun arresto ni la menor observacion en el desempeño de mis funciones y antes bien habiéndome captado el aprecio de mis superiores y el ofrecimiento de ser promovido á otros grados tan luego como se me designe para tomar parte en alguna campaña. Entonces resueltamente estoy preso por mis provocaciones al coronel de Gabriel, á quien seguramente falté al respeto, teniendo como tiene, un grado mucho mas alto que el mio. Pero en este caso no serian los clérigos los que debieran ocuparse de mi causa sino los fiscales militares para que se me formara un consejo de guerra. Por otra parte, si el desafío fuera el pretexto, tambien deberia encontrarse preso de Gabriel que lo aceptó y que ofreció ir á la cita. Lo que puedo sacar en limpio de todo esto es, que de Gabriel es un cobarde, que tuvo miedo á las consecuencias del lance y que en vez de ir á batirse prefirió dar conocimiento al virey de lo que pasaba, para que este como interesado en una cuestion que habia tomado orígen en su casa y tratándose de su hija, para evitar el escándalo, tomara el partido de encerrarme para que así se acabara todo sin dar pábulo á las murmuraciones. Más todavia: poniéndome en esta suposicion, que es la que tiene mas visos de probabilidad, quedan estas dudas: ¿por qué el virey no me ha llamado para hacerme un apercibimiento? ¿por qué se pasan los dias y las semanas y los meses sin que se me haga saber el motivo de mi prision? ¿Por qué se me deja aquí sin

ningun miramiento á mi familia y á mi posicion como si ya me hubiera muerto y mi memoria estuviera sepultada en el olvido? ¿Por qué Elena, que me ha mostrado grande afeccion, por no decir con jactancia que tal vez me ama, teniendo en sus manos algo de poder, no lo emplea, si no para libertarme, al menos para mandarme algun consuelo?.....

Al llegar aquí el jóven alférez, como le sucedia siempre, dejó su razonamiento tranquilo para entregarse á los trasportes de la desesperacion exclamando con ira:

—Ya sé lo que pasa: todos están ligados contra mí para perderme y acaso, exagerando las cosas, han prevenido tanto al virey como á la vireina para que haciendo uso de todo su poder, me tengan aquí sumergido, porque temen que estando libre pueda trastornarles sus planes. Tal vez la misma Elena, que ha dado su consentimiento para casarse con de Gabriel, está de acuerdo con estas crueldades que se usan conmigo, cuando en su mano hubiera estado con decirme una sola palabra, apartarme de todas mis pretensiones, puesto que no soy un insensato para querer hacerme amar á la fuerza, ni tengo poder alguno para imponer mi voluntad. Entonces estoy siendo el juguete de una intriga infame en la cual tienen el principal papel la misma ingrata á quien consagro mi amor y el rival odioso á quien he querido, con todo derecho y con toda justicia, quitar de enmedio para saborear libremente mi felicidad. ¡Mi felicidad! agregó inmediatamente con tono de amargura, sí, mi

felicidad ha sido alcanzada aquí, en este calabozo á donde he venido á dar á causa de una traicion infame. Pero yo me vengaré; algun dia he de salir de aquí y entonces juro tomar plena venganza, aunque á mi venganza se siga en el acto la muerte. Creo que despues de las satisfacciones del amor no puede haber otras mas grandes que las de la venganza. ¡Oh! Si algun dia llego á encontrarme frente á frente del cobarde coronel de Gabriel ¡yo lo mataré! y si Elena tambien es culpable..... ¡oh no! si ella es culpable no podré matarla porque no tengo fuerzas para tanto, pero la perdonaré.

Se oyó por fuera el ruido que venia haciendo el carcelero con las llaves, el jóven interrumpió el hilo de su discurso, porque le pareció que debia haber algo nuevo porque la hora era extraordinaria y esperó tranquilo á que la puerta se abriera.

—¿Qué hay, hermano Jacinto? preguntó al carcelero luego que lo hubo reconocido, pues eran cuatro ó cinco los que se alternaban en las faenas de la prision y este era el que habia demostrado un poco menos de rigor con el prisionero, ¿qué tenemos de nuevo?

—Señor alférez, contestó el hombre de las llaves, efectivamente no siendo esta la hora de la comida, algo inusitado es lo que debe traerme por aquí.

—¿Favorable ó adverso? le preguntó Pinto.

—Creo que favorable.

—Voy á salir en libertad?

—Al menos.

—Al menos me trae usted una esperanza.

—¡Oh! si de mí dependiera, no habria estado aquí tan buen jóven, tan gallardo oficial ni cinco minutos.

—Estando usted tan bien dispuesto, amigo Jacinto, ya podemos irnos juntos y despues yo me encargaré de saldar la cuenta de los dos.

—Seria un sacrificio inútil que á los dos nos costaria la vida. Vale más tener paciencia y saber esperar.

—¡Paciencia! exclamó el jóven, bastante la he tenido y aunque no la tuviera, me la harian tener, una vez que estos muros son insensibles para toda queja y para todo reproche. ¡Saber esperar! Me parece que es ya suficiente esperar estarme aquí tres meses sin saber ni por qué motivo.

—Parece que ahora habrá una amnistía, si no general á lo ménos muy amplia, con motivo del casamiento de la hija del virey.....

El carcelero no pudo continuar porque vió á la luz de la lámpara que llevaba en la mano que el jóven se desvanecia y tuvo que apresurarse á sostenerlo en sus brazos.

—Jesus! exclamó, ¿qué le pasa á usted?.....

—No es nada, no es nada, dijo Adrian haciendo los mayores esfuerzos para reponerse, este maldito calabozo..... Con que me decia usted que está para casarse la hija del virey?.....

El carcelero refirió entonces todo lo que se sabia en la calle: que el general Cruz iba á apadrinar el enlace del coronel de Gabriel y la bella Elena, que se tomarian de manos dentro de tres dias y que con ese

motivo los parientes del alférez habian conseguido la promesa formal del virey de que lo mandaria poner en libertad al dia siguiente.

—Al dia siguiente! exclamó Pinto casi fuera de sí ¿y no podria obtenerse tal gracia un dia antes?

—Yo no sé: solo estoy encargado de decir á usted por mandato de su coronel que se disponga para estar en la calle de aquí á cuatro dias.

—Entonces es mi coronel quien ha dado á usted el encargo de decírmelo y no mis parientes.

—El primero por disposicion de los segundos.

—¡Oh! Yo no soy rico, pero creo que podria disponer de unas mil onzas y las daria todas por poder salir de aquí siquiera el mismo dia de la boda.

Los ojos del padre carcelero brillaron de codicia y exclamó:

—Si viene la órden en toda forma como lo espero con alguna anticipacion, se podrán adelantar algunas horas para su libertad. Con los presos que tienen que salir ya de un modo seguro un dia ú otro, no se observan las mismas precauciones que con los que deben permanecer indefinidamente.

—Es decir.....

—Que yo me comprometo á poner á usted libre la víspera del dia que venga marcado en la órden, lo cual podrá atribuirse á una mala inteligencia, mediante el oro que usted me ofrece por si fuere necesario tapar algunas bocas.

—Bajo mi palabra de honor cumpliré el ofrecimiento.

El padre Jacinto dejó al alférez entregado á las mas risueñas esperanzas y saboreando los planes mas fantásticos, mientras él se alejó no menos alegre pensando en las onzas de oro que sin mas trabajo que equivocarse un poco, iban á pasar á sus bolsillos si no se presentaba algun incidente extraordinario que se lo impidiera.

El dia designado para el casamiento del coronel de Gabriel llegó por fin como llegan todos los plazos que se fijan y desde muy temprano empezaron á llegar las flores á carretadas para los adornos de la capilla de Palacio en donde debia verificarse la ceremonia á las doce del dia en punto, para que los desposados pudieran oir la misa y velarse.

El mismo arzobispo era quien debia echarles la bendicion y tanto el general Cruz como los principales miembros de la nobleza y del ejército estaban invitados para concurrir al acto como padrinos ó testigos.

En la cámara de la vireina estaban todos los demás miembros de la Corte para prestar su asistencia á la desposada, la cual como si no fuera una mujer, sino un manequí, se dejaba cubrir de galas con la mayor insensibilidad.

El virey habia estado allí ya dos veces y despues de examinar á Elena con cierta superficialidad, la habia dicho:

—Necesito verte más animada, hija mia, es necesario que deseches tan grande emocion dejando apa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recer en tu fisonomía algo de más vida, algo de más valor. No parece sino que estás enferma. ¿Te sientes mal?

—No tengo nada, habia contestado la jóven casi con voz sepulcral, abriendo apenas los ojos.

El virey habia ido luego á la alcoba de la vireina y la dijo al oido:

—Ve á ver lo que pasa con Elena, está muy triste ó muy asustada. Su situacion me parece alarmante.

—Tranquilízate, le habia contestado la vireina, he hablado con ella una gran parte de la noche anterior y se encuentra si no muy dispuesta, sí bastante resignada al sacrificio.

—Es que yo no quisiera sacrificarla.....

—Es indispensable que sea así, Juan.

—¿Por qué?

—Porque es de pasiones muy vivas, y hay que ponerla á salvo de las asechanzas del mundo. Figúrate lo que seria de ella si ahora comenzara á divagarse con trapicheos como los del tronera Pinto..... ¡qué vergüenza para la familia!

El virey habia sumido los hombros y se habia alejado.

Pero la vireina que estaba bien en el secreto de todo lo que pasaba en el interior de Elena, juzgó conveniente reanimarla y dando órden de que se despejara la habitacion en donde aquella estaba engalanada, tuvo con su hija una larga conferencia particular en que la misma vireina hizo el gasto de la conversacion, pues la jóven apenas le contestó con monosílabos.

—Pues bien, Elena, concluyó diciendole, ya no falta más que un cuarto de hora para que te dirijas al altar; pero en este cuarto de hora puedes manifestar tu última resolucion. Todavia eres libre: si no vas á casarte con todo tu gusto podemos en un momento deshacer todo lo hecho y anunciar á de Gabriel que puede retirarse.

La jóven no dió más señales de vida que estremecerse, cuando escuchó ese nombre.

En ese momento entró el virey seguido del novio y de toda la corte.

—Elena está muy conmovida, perdónenla ustedes dijo la vireina, pero me ha manifestado una vez más su plena voluntad de contraer este enlace. ¿Es verdad, hija mia?

La jóven contestó con un movimiento afirmativo y en seguida fué llevada casi en peso á la capilla por la vireina y las damas de mayor confianza.

El coronel de Gabriel estaba revestido de todas sus insignias militares y de otras con que el virey acababa de premiar sus ningunos méritos. Todos siguieron el movimiento detras de los vireyes.

El arzobispo revestido de todos sus paramentos, dió principio á la ceremonia luego que los concurrentes estuvieron alineados en la capilla segun sus grados y preeminencias y cuando el maestro de ceremonias dió la señal de que podian comenzarse, quedando un claro en el centro en donde tenian que ser presentados los novios conforme al ceremonial.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Casi en la puerta del pequeño local que servia de iglesia se habian colocado unos sillones con asientos de terciopelo y allí era en donde se habian de dirigir á los desposados las preguntas de costumbre sobre si se admitian por esposos; pero el virey habia suplicado al prelado que se detuviera unos minutos este requisito mientras Elena se reponia un poco de la turbacion que sufria. Así es que el tiempo se estaba pasando en una pequeña plática. La vireina hizo una señal de que ya la jóven estaba dispuesta y entonces el arzobispo encabezando la pequeña procesion se dirigió al lugar en que debian leerse los ritos.

De Gabriel iba dando el brazo á Elena que era sostenida débilmente por sus piernas y la que apenas podia darse cuenta de lo que pasaba.

Cuando llegaron todos al sitio inmediato á la puerta, se vió salir un hombre embozado del rincon mas oscuro, el cual avanzando sobre de Gabriel levantó el brazo armado de un puñal descargándole un golpe en pleno pecho. Elena lanzó un grito y cayó desmayada. Mientras unos acudian á socorrer á la jóven y otros á de Gabriel, el embozado pudo escurrirse sin que nadie hubiera logrado verle el semblante mas que la novia. El puñal habia tropezado en una medalla causando una ligera herida al coronel.

—¡Es Pinto! exclamó éste luego que pudo hablar, que le sigan.



Elena lanzó un grito y cayó desmayada.....



CAPITULO XX

OTRO CASAMIENTO

Cuando salieron los guardias encargados de aprehender al alférez Pinto á la puerta del palacio, fueron informados de que habia montado á caballo y se habia alejado seguido de dos hombres de armas, llevando todos tres magníficas cabalgaduras, por lo que ya nadie se empeñó en hacer una persecucion que en aquellos tiempos y dadas tales circunstancias se miraba como imposible.

De Gabriel, vuelto completamente en sí más del susto que del golpe, se empeñó en que continuara la ceremonia, y Elena, sin dar casi señales de vida, tuvo que someterse del modo más pasivo, interpretándose su inmovilidad como señal de verdadero asentimiento, por lo que se le supusieron las respuestas mas afirmativas que podian desearse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La comida que siguió despues del casamiento fué triste y solo el general Cruz, que se complacia en que el virey hubiera sido víctima de tal percance, fué el que estuvo sosteniendo la conversacion, no sin hacer alusiones á las facilidades que Pinto habia tenido para escaparse de la prision y entrar á palacio para dar aquel escándalo, cosa que no habria podido suceder en sus Estados en donde ni una mosca se movia sin su voluntad, ni nadie, sin peligro de la vida, podia atreverse á turbar con su presencia una ceremonia tan augusta en los términos de desacato y profanacion en que lo habia hecho el alférez.

El virey, muy preocupado con el lance, pues no podia comprender cómo Pinto se habia presentado en Palacio cuando la órden que habia dado para su libertad debia tener su cumplimiento al dia siguiente, no dejaba de despachar mensajeros á tomar informes tanto en la Inquisicion como con los parientes y gefes del alférez sobre todo aquello que pudiera dar alguna luz sobre el suceso y más aún sobre el paradero del jóven.

De la Inquisicion se le dijo que el carcelero no se habia fijado bien en los términos de la órden de libertad y que por tal falta iba á imponérsele un rudo castigo de azotes y suspension de oficio, y de los gefes y parientes del alférez no pudo obtener más noticias sino que no tenian ninguna de su paradero, sospechándose que hubiera abandonado la capital en la creencia de que habia dado muerte al coronel de Gabriel, afortunado yerno de sú excelencia. Por lo demas, este se encontraba bien de su pequeña herida y solamente se notaba en su semblante una marcada palidez que provenia del gran sustazo que habia llevado, pues no podia menos de considerar que á no ser por las muchas medallas y cruces que tenia en el pecho, el puñal del jóven se habria introducido en las carnes causándole la muerte.

Elena, que habia estado sosteniéndose con grandes esfuerzos de voluntad, luego que se retiraron los principales convidados, se declaró sériamente indispuesta y pidió permiso para retirarse á su habitacion en donde se le prodigaron toda clase de cuidados, pareciendo en ciertos momentos estar turbada su razon, segun se notaba por las pocas palabras que decia que no tenian entre sí ninguna ilacion. Ademas, el médico dijo que tenia calentura y que era necesario que guardara el mayor recogimiento, por lo que el coronel desposado tuvo que marcharse solo á su departamento á curarse tambien de la herida casi insignificante que habia recibido, no sin hacer augurios fatales sobre un casamiento que comenzaba bajo tales auspicios.

Toda la corte se hizo lenguas dando las mayores proporciones á lo que habia acontecido en Palacio, de manera que por la tarde en los paseos y al oscurecer en los corrillos que se formaban en los estanquillos y en el mercado, no se hablaba de otra cosa mas que de las puñaladas que habia recibido en plena iglesia el coronel de Gabriel por el amante preferido de la hija del virey, el único preso que, merced á

sus influencias por pertenecer á la primera nobleza, habia logrado sobornar á los carceleros de la Inquisicion para presentarse á dar el escándalo en el momento del matrimonio. Algunos aseguraban que de Gabriel habia muerto y que la hija del virey estaba agonizando, jugando en todo el acontecimiento, venenos, puñales, duendes, brujas y hechiceras, pues habia hasta quien afirmara que el alférez se habia remontado al espacio en un caballo alado conducido por la hechicera del callejon de Mecateros.

Por la noche concurrió el general Cruz á Palacio con objeto de despedirse de la córte, en virtud de tener que ponerse en camino al dia siguiente para Guadalajara. El virey, que estaba muy contrariado por los sucesos del dia y por las hablillas á que habian dado lugar, que muchos se complacian en poner en su conocimiento, recibió á Cruz de mal talante diciéndole en el curso de la conversacion:

—De manera, señor, que vuestra excelencia se mantiene en sus trece?

—¿Sobre qué cosa, excelentísimo señor? le preguntó Cruz con fisga.

—Sobre la forma en que ha de seguir manteniendo sus relaciones con la autoridad superior del reino.

—No veo la conveniencia de que pueda ser de otra manera, y sobre ello he tenido el honor de informar al gobierno de España.

—¿Ha escrito vuestra excelencia á Su Magestad?

—He escrito tanto á Su Magestad como á sus ministros.

—Pues entonces me ha ganado vuestra excelencia por la mano y nada tengo que argüirle.

Se siguió una pequeña pausa despues de la cual dijo el virey casi con la voz temblorosa:

—Lo mejor que tendria yo que hacer y lo que haria en mi lugar cualquiera otro, principalmente si ese otro fuera Calleja, seria detener á vuestra excelencia en esta capital impidiéndole su regreso hasta que dispusiera otra cosa el gobierno de Su Magestad; esto se consideraria como una medida política en favor de la paz del reino y de su buen régimen administrativo; pero yo no me siento inclinado á hacer uso de la fuerza, por más que comprenda que es un mal muy grave el que no hayamos podido llegar á una composicion amistosa.

Cruz, durante estas pocas palabras de Apodaca, estuvo cambiando de color, desde el blanco pajizo hasta el rojo escarlata y luego que acabó de hablar el virey, dijo pudiendo apenas contener el ímpetu que lo ahogaba:

—Parece que el excelentísimo señor virey me amenaza con una prision?

—Hablo de una detencion, como que seria conveniente, aunque teniendo cuidado de agregar que he prescindido, por varias consideraciones de otro género, de adoptar semejante medida.

—Mucho me alegraria que su excelencia se dignara tomarla.

—¿Es tambien una amenaza?

—No; pero sí una advertencia, con otra más.

—¿Con cuál?

—Con la de que yo no seria por cierto el responsable de las consecuencias que sobrevinieran.

—¿Y qué consecuencias habian de sobrevenir?

—Por de pronto la division de todo el ejército en dos bandos, y á renglón seguido la pérdida de este país para la corona de España.

—De muy poco hace depender vuestra excelencia la tranquilidad de este reino.

—Pruebe su excelencia si lo duda.

—No creo que sea llegado el caso tratándose de bagatelas.

—¡Bagatelas! ¿Llama vuestra excelencia bagatelas á la declaracion que he hecho de mantenerme independiente en mis Estados del vireynato de México, de continuar recibiendo la nao de China por los puertos que he abierto para el tráfico, de no auxiliar en lo sucesivo con un solo hombre las operaciones de la guerra, ya que tanto trabajo me ha costado conquistar la paz en el territorio sujeto á mi mando?

—Sí, porque todo eso lo considero como un capricho de autoridad que no tiene la significacion de una rebelion declarada, siendo puntos de gobierno que solamente podrá resolver el superior que es el que ha dado cabe á ellos.

—Entonces si ni yo estoy dispuesto á ceder, ni vuestra excelencia á sujetarme por medio de la violencia, lo mejor que podemos hacer es separarnos como buenos amigos.

—Hasta cierto punto.

—¿Hasta qué punto?

—Hasta aquel en que uno de los dos tenga que separarse de este país, una vez que en él no podemos caber los dos juntos.

—Por mi parte declaro que vuestra excelencia no me hace sombra alguna.

—Por la mia declaro á mi vez que no puede ser verdadero virey en México el que no consiga tener plena obediencia desde un extremo hasta el otro extremo.

—¡Bah! exclamó Cruz levantándose, á la vez que desplegaba una sonrisita llena de orgullo, el excelentísimo señor virey cuenta de todas maneras con un amigo en el general Cruz, el cual se apresurará á dar acatamiento á sus menores indicaciones, siempre que no vayan revestidas con el oropel del mando ni con las exigencias y vanidades que han usado otros vireyes. Esto es, estoy dispuesto á ayudar á mi amigo el virey de igual á igual; pero á negarle hasta un cigarro si me lo pide con el tono imperioso de un superior.

Apodaca no contestó sino con un movimiento en la fisonomia lleno de disgusto, pues tenia el peor de los orgullos que es el que no se manifiesta, y apenas tocó la mano que le tendia el presidente de Guadalajara, quien se retiró erguido seguido de todo su acompañamiento que se habia quedado de pié esperando el término de la conferencia en la otra extremidad del salon. Las guardias de palacio hicieron los honores debidos y poco despues se oyó en la ca-

lle el tropel que llevaban los carruajes y caballos de la numerosa escolta que lo habia acompañado, con órdenes terminantes de estar lista para cualquiera emergencia. Así es que si el virey se hubiera atrevido en esta vez á poner la mano sobre el general Cruz, se hubiera seguido á esto un reñido combate en el cual habia tantas probabilidades de dar como de recibir.

—Vale más dejar ir á este atrabancado, exclamó despues de un rato Apodaca, dirigiéndose á los que se habian quedado acompañándolo, pues tal vez hubiera sido necesario dar un escándalo mayor que el que podia esperarse, y á decir verdad, ya estoy aburrido de los escándalos.

El virey saludó y se introdujo á sus habitaciones particulares en donde una parte de la noche estuvo conversando con la vireina sobre las particularidades de aquel dia tan fecundo en acontecimientos.

—Dios ha de castigarnos, le dijo á su mujer al despedirse, porque se me figura que hemos casado á Elena contra su voluntad.

—Así me casé yo, contestó la vireina y puedo decir que he sido una mujer muy feliz á tu lado.

El virey tosió y se salió, sintiendo no poder encontrar que responder ante una salida tan oportuna.

Cruz durmió con todas las precauciones de un general en campaña y muy temprano dispuso la salida por la garita de Tlaltelolco, no considerándose libre ni pudiendo respirar á todo su gusto sino cuando vió que le abrieron las puertas y pudo trasponerlas con

los seiscientos ú ochocientos hombres que entre músicos y soldados le acompañaban. Una vez traspuesta la garita, dejó el caballo que montaba, subió á su carroza en la cual se arrellenó cómodamente y dió órden para que continuara la marcha con una lentitud moderada, de manera de poder echar un buen sueño porque habia pasado muy mala noche pensando solo en una mala partida que pudiera jugarle el virey, y que le habria jugado indefectiblemente si hubiera tenido consejeros tan listos y tan avezados al mal como los que habia tenido Calleja entre los cuales se contaba el maligno y ya decrépito Bataller, que era malo con M grande á pesar de su decrepitud.

El viaje de regreso del general Cruz á Guadalajara, fué tan pomposo como el que habia hecho para dirigirse á México: en cualquiera parte del camino, hubiera ó no casas, daba órden de que se hiciera alto, se levantaban las tiendas, se formaba el campamento, se servia una mesa llena de buenas provisiones y tocaba la música mientras el señor comia sus apetitosos manjares y apuraba los mejores vinos españoles y portugueses que eran traidos á la Nueva España, no faltándole el buen vino de Canarias. A la hora de dormir se armaban las camas de campaña y se colocaban centinelas á las puertas de la tienda para que el sueño del señor no fuera interrumpido. Como nunca se hacia en aquellos tiempos ninguna expedicion sin damas, así fuera en son de paz que en son de guerra, las que iban en el convoy cantaban y bailaban por las noches, contribuyendo á hacer ligero aquel viaje

en que se empleaban iguales dias á las horas que hoy se gastan por el ferrocarril.

Para llegar á las poblaciones mandaba emisarios que previnieran á las autoridades, las que se apresuraban á disponerle los mejores alojamientos, recibiéndole siempre con músicas, formacion de tropas, cohetes, repiques y banquetes. En algunas partes se le saludaba con discursos á que prestaba por lo general poca atencion, interrumpiendo á veces á los oradores con estas palabras:—Dejaremos lo que sigue para otro viage.

Porque Cruz tenia muchas originalidades. Refiérese que en cierta vez recibió un memorial en que un D. Fulano le acompañaba una especie de árbol genealógico demostrando su nobleza y solicitando por lo mismo un título con un "Otro sí" en el memorial en que le pedia recursos. Cruz mandó á su secretario poner el siguiente acuerdo: "En cuanto á que se le permita usar título se le dice que no: y en cuanto al *Otro sí*, otro no."

Despues de los treinta y cinco ó cuarenta dias que duró el viaje y que no fué sino una fiesta continuada para el general y sus compañeros, la recepcion que le hizo Negrete en Guadalajara estuvo régiamente expléndida. Se formó la valla de tropas desde San Pedro hasta el palacio y salieron á recibirlo en los carruajes que habia disponibles todas las personas principales, así del clero como de la nobleza y del capital, viéndose en todo el camino muchas jovenes muy hermosas, como que siempre ha sido el asiento de la

gracia y de la hermosura Guadalajara, á donde probablemente se formó un núcleo de bellas andaluzas despues de la conquista, pues solo así puede comprenderse el gran donaire que tenian, tienen y seguirán teniendo por los siglos de los siglos las hijas de aquel suelo privilegiado.

El general Negrete acompañado del Ayuntamiento presentó al general Cruz en San Pedro las llaves de la poblacion, y en seguida una bateria disparó diez y seis cañonazos. La comitiva siguió en triunfo hasta Guadalajara, pasando por las principales calles que se adornaron con arcos triunfales y con cortinas y lazos de flores. Se hizo otra salva de artilleria, se echaron á vuelo las esquilas, gritó con entusiasmo el pueblo al cual se le arrojaron mil pesos nuevos desde los balcones de la casa de moneda y por la noche hubo una solemne recepcion que concluyó, como de costumbre, con borrachera.

Durante tres dias Cruz no se ocupó de ningun negocio sino de recibir visitas y felicitaciones, siendo constantemente obsequiado con regalos y banquetes de parte de sus subordinados y de las personas principales.

Al cuarto dia llamó á su secretario y le dijo:

—Preséntеme usted al despacho lo que sea mas urgente.

—Excelentísimo señor, contestó el secretario, no hay nada que necesite ser resuelto con urgencia.

Cruz se quedó meditabundo durante algunos minutos. Sin querer hizo recuerdos de su permanencia en

México, y como en su imaginacion se habia fijado más vivamente la escena de la capilla de palacio al verificarse el casamiento de la hija del virey con el coronel de Gabriel, dijo hablando consigo mismo:

—¡Cáscaras! y aquí tambien tengo pendiente la celebracion de un matrimonio que no sé por qué diablos ha venido difiriéndose tanto tiempo contra mi voluntad.

—¿Su excelencia desea que se dicten algunas órdenes? preguntó el secretario.

—Simplemente que vaya un ayudante á llamar de mi parte á D. Aniceto Mercado que tiene una tienda en el portal.

Diez minutos despues estaba presente aquel mercader que tanto conocimos en la leyenda correspondiente á Morelos: era el mismo, solo que estaba más cargado de canas.

—Amigo mio, le dijo Cruz sin ceremonia luego que lo vió, ¿no sabe usted que estoy cansado de tantas desobediencias?

—Excelentísimo señor, contestó D. Aniceto inclinándose, sin atreverse á murmurar otra palabra.

—Quiero que mañana mismo se celebre el matrimonio de su hijo de usted..... ¿cómo se llama?

—Se llama Anselmo, excelentísimo señor.

—Con mi protejida Margarita ..... y ¿cómo están?

—Ambos disfrutan de buena salud, excelentísimo señor.

—En ese caso que se presenten mañana á las diez en el Sagrario en donde estarán dadas las órdenes necesarias para el casamiento.

—Pero excelentísimo señor.....

—No quiero un pero más, Sr. D. Aniceto, ya estoy harto de peros que han venido oponiéndose á mi voluntad durante cinco años. O se verifica ese matrimonio mañana ó le pego fuego á Guadalajara.

El negociante hizo una profunda inclinacion y salió. Detras de él se fué un ayudante de Cruz con instrucciones de solventar todo lo que se necesitara para que lo dispuesto se verificara al pié de la letra.

Desde aquel momento mismo se empezó á arreglar el traje de la novia y á hacerse cuantos preparativos fuesen necesarios para la importante ceremonia. Margarita, que guardaba aún luto por su antiguo amante el coronel Rafael Fuentes, recibió la noticia de su próximo enlace como si ya la esperara, esto es, sin experimentar la menor sorpresa. Sabia que tarde ó temprano habia de suceder, estimaba á Anselmo mas aún que si hubiera sido su hermano y por lo mismo no podia considerar el establecimiento que iba á tomar como un infortunio, sino como el menor de los males, una vez que no podia unirse ya al hombre á quien habia antes entregado su corazon. Rafael muerto, para ella no tenia ninguna importancia la vida y menos amarga le seria pasándola al lado de un amigo tan leal y tan adicto como Anselmo. El mancebo por su parte, que ya no era tan mancebo, pues ya habia pasado de los veintiseis años, recibió la noticia con el gusto con que habria recibido la de haberse sacado una loteria

de un millon de pesos. Elevó las manos al cielo y dió gracias á Dios de que Cruz se hubiera acordado de cumplir la palabra que habia dado en medio de sus originalidades de hacer aquel matrimonio. El mismo Cruz sirvió de padrino y concurrió al Sagrario la crema de la sociedad de Guadalajara. Margarita, á pesar del velo de tristeza esparcido por su semblante, aparecia hermosa y procuraba, haciendo grandes esfuerzos de voluntad, presentarse serena, con lo cual resplandecia más su gran belleza.

Como regalo de boda, Cruz introdujo en el bolsillo del novio el nombramiento de oficial distinguido de la intendencia y á la novia le mandó una caja de sedas de la China en que se veian abanicos, pañolones, y otros adornos de mucho gusto y de mucha rareza para señoras.

Por demas es decir que Cruz quedó muy satisfecho de haber llevado adelante el primer capricho que se le habia retrasado cinco años, y que Margarita y Anselmo formaron un matrimonio relativamente feliz debido á la bondad de carácter del primero y al talento y prudencia de la segunda, que nunca volvió á pronunciar el nombre de Rafael.

CAPITULO XXI.

ESCOLLOS

Tiempo es de que volvamos ya á nuestro héroe Javier Mina, que dejamos abandonado en los Estados Unidos y luchando con mil dificultades, mientras pasaban los sucesos que hemos relatado y cuyo conocimiento nos ha parecido indispensable para nuestros lectores á fin de que sepan el estado que guardaba el pais cuando aquel vino á reanimar una revolucion que, si no estaba muerta, se encontraba profundamente abatida, al grado de que ya mas se preocupaban en México de las fiestas y chismes de la corte, que de los enemigos, que parecian haber quedado sin alientos, encerrados en los pocos fuertes que les quedaban ó vagando en grupos insignificantes por los bosques y las montañas, pasando hambres y sufrimientos indescriptibles.

de un millon de pesos. Elevó las manos al cielo y dió gracias á Dios de que Cruz se hubiera acordado de cumplir la palabra que habia dado en medio de sus originalidades de hacer aquel matrimonio. El mismo Cruz sirvió de padrino y concurrió al Sagrario la crema de la sociedad de Guadalajara. Margarita, á pesar del velo de tristeza esparcido por su semblante, aparecia hermosa y procuraba, haciendo grandes esfuerzos de voluntad, presentarse serena, con lo cual resplandecia más su gran belleza.

Como regalo de boda, Cruz introdujo en el bolsillo del novio el nombramiento de oficial distinguido de la intendencia y á la novia le mandó una caja de sedas de la China en que se veian abanicos, pañolones, y otros adornos de mucho gusto y de mucha rareza para señoras.

Por demas es decir que Cruz quedó muy satisfecho de haber llevado adelante el primer capricho que se le habia retrasado cinco años, y que Margarita y Anselmo formaron un matrimonio relativamente feliz debido á la bondad de carácter del primero y al talento y prudencia de la segunda, que nunca volvió á pronunciar el nombre de Rafael.

CAPITULO XXI.

ESCOLLOS

Tiempo es de que volvamos ya á nuestro héroe Javier Mina, que dejamos abandonado en los Estados Unidos y luchando con mil dificultades, mientras pasaban los sucesos que hemos relatado y cuyo conocimiento nos ha parecido indispensable para nuestros lectores á fin de que sepan el estado que guardaba el pais cuando aquel vino á reanimar una revolucion que, si no estaba muerta, se encontraba profundamente abatida, al grado de que ya mas se preocupaban en México de las fiestas y chismes de la corte, que de los enemigos, que parecian haber quedado sin alientos, encerrados en los pocos fuertes que les quedaban ó vagando en grupos insignificantes por los bosques y las montañas, pasando hambres y sufrimientos indescriptibles.

En los momentos en que tornamos á ver á Mina encontrábase este en el puerto de Baltimore de los Estados Unidos con tres barquillas insignificantes, en las que estaba arreglando que se acomodaran los 200 hombres con que contaba para su arriesgada expedicion. Y ya que tenia completamente arreglados todos sus asuntos estando para darse á la vela en uno de los dias inmediatos, fué cuando recibió una esquela firmada por el español Alvarez de Toledo que se titulaba general de los independientes. Recordarán nuestros lectores, si han pasado los ojos por las anteriores leyendas, que este individuo era un agente eficaz del gobierno español que ya habia hecho fracasar con sus intrigas y deslealtades el gran movimiento iniciado en Texas, fingiéndose derrotado para entregar al enemigo todos los elementos de la insurreccion que se habian puesto en sus manos; y ahora se apresuraba á llevar á cabo otra intriga de acuerdo con el ministro de España Onis, para destruir, si era posible, los intentos de Mina. Nuestro general se apresuró á contestar á Toledo que esperaba con gusto su visita y este no tardó en presentarse en el alojamiento de aquel.

Ambos eran españoles y esto era bastante para que su entrevista presentara todos los caractéres de la cordialidad.

Despues de los saludos de costumbre y dar cada cual sus antecedentes respectivos, el intrigante Alvarez de Toledo tomó pié de estos para agregar:

—Yo, como vuestra excelencia, me sentí inclinado

por mis principios y mis simpatías á tomar el partido de la revolucion, y aunque no me he arrepentido de ello, porque siempre es noble y generoso pelear por la libertad de los pueblos oprimidos, sí tuve que lamentar mil desengaños, no solo á causa de mi nacionalidad española que siempre fué vista con repugnancia por los insurgentes, sino mas aún por el trabajo que cuesta organizar á esa gente y hacerla comprender el espíritu militar.

—Me han referido y aún lo he visto publicado en los papeles, creyó conveniente decir Mina, que entre ellos ha habido hombres muy valientes incapaces de manifestar debilidad ni aún en casos extremos y que en muchas ocasiones han sabido obtener grandes ventajas sobre el ejército realista, no obstante estar mejor organizado.

—Ventajas que no han sabido aprovechar por la falta de disciplina, como por la falta de inteligencia.

—Pero el hecho es que combaten bien y que han formado legiones que no han dejado de combatir un solo dia durante siete años.

—Psé! dijo Toledo, temiendo ahondarse mas en una conversacion que tomaba tan mal camino, yo no tuve suerte y por eso me quejo; á mis órdenes no estuvieron sino gentes insubordinadas de Texas que manifestaron suma cobardia en los encuentros y que no vacilaban en gritar cuando estaban borrachos, refiriéndose á mi persona: ¡muera el *gachupin!*

Mina se quedó pensativo y dijo despues de pasados algunos segundos:

—Yo espero tener la fortuna de encontrarme pronto con Terán y Victoria, que son gefes de mérito, y que cuentan con tropas bastante bien organizadas. Quizás los hombres del interior sean mejores que los de la frontera.

—Ese es el principal objeto que he tenido para venir desde Nueva Orleans á hablar con vuestra excelencia para ponerle al corriente de los últimos acontecimientos, á fin de que no se aventure en una empresa en que yo tambien estuve á punto de estrellarme.

—Ha habido algunas nuevas de ese pais?

—A esa pregunta de vuestra excelencia le contestaré con otra pregunta: ¿en dónde tiene vuestra excelencia el proyecto de desembarcar con su expedicion?

—En algun puerto de las costas del Golfo, cercano á Veracruz, para ponerme en contacto con los gefes que he nombrado.

—Pues bien: lo primero que tengo que informar á vuestra excelencia es que esos gefes están rebelados y son desconocidos por el gobierno de la insurreccion.

—¿Cómo es eso?

—Aquí tiene vuestra excelencia una órden escrita y firmada por Liceaga, presidente del Congreso y del Ejecutivo, en que pone fuera de la ley á Terán por haber disuelto el Congreso y dicta penas severas contra los que desembarquen en los puertos que ocupen sus fuerzas, prohibiendo con ellos toda clase de comunicacion.

Mina examinó el papel que le mostró Alvarez de Toledo y encontró que era auténtico, lo cual le contrarió tanto que dejó su asiento y empezó á pasearse agitado por la habitacion.

—¡Es una desdicha haber perdido tanto tiempo! dijo.

—Ahora que sabe usted, señor general, [Toledo creyó conveniente empezarle á bajar el tratamiento], que no es posible desembarcar en las costas de Veracruz sin contrariar las órdenes del gobierno, es preciso que sepa tambien que yo soy el único autorizado como general reconocido ya de los insurgentes para organizar expediciones que puedan desembarcar en cualquier punto del litoral mexicano y que tengo concedido el mando de Texas y de las provincias que se internan hasta el Potosí.

—¡Ah! Sr. Alvarez de Toledo, ¿con que usted es el comandante general de toda esa gran zona?

—Y tendré el gusto de comprobárselo con mis papeles cuando usted quiera tomarse la molestia de verlos.

Mina volvió á sentarse en frente de Toledo y despues de estarlo mirando un momento de hito en hito, le dijo con cierta calma forzada, como el preludio de una tempestad:

—Me parece raro que conserve usted algun prestigio entre los independientes despues del horrible fracaso que sufrió á su salida de San Antonio entregando todos los elementos de guerra que le habian sido confiados.

—Bien saben todos que yo no tuve la culpa de esa derrota, sino las divisiones que existian entre mis subalternos.

—Así es que ahora usted es el único que puede organizar expediciones en auxilio de los independientes.

—Ahora sí, yo soy el único, pues usted comprende el perjuicio que se harian dos gefes que se ocuparan de lo mismo en los momentos en que las gentes que pueden ayudarnos están desalentadas.

—Pero es que ya cuento yo con todo lo que necesito para formalizar mi expedicion y no me falta mas que designar el dia para ponerla en marcha.

—Quien sabe despues de mi llegada.....

—¡Cómo! ¿pues acaso se ha comunicado usted ya con los negociantes que se han comprometido á protejerme?

—Tuve la desgracia de manifestarles todo lo que he manifestado antes á su señoria.

—Es decir que.....

—Yo no sabia nada. Lo primero que hice al verlos fué decirles con toda franqueza la situacion que guardan los independientes en México para que en caso de gastar su dinero lo hicieran con conocimiento de que iban á emplearlo en una causa perdida y ellos fueron los que me hicieron saber que habia otro general con los mismos propósitos. Eso fué lo que me hizo solicitar esta conferencia, creyendo tal vez que pudiéramos llegar á entendernos.

Mina, sin poder ya ser dueño de su indignacion, se levantó rápidamente y cogió del cuello al general Alvarez de Toledo al mismo tiempo que le dijo lleno de cólera:

—¡Es usted el último de los miserables, es usted el más abominable de los traidores y no seré yo quien le deje seguir tranquilamente en el terreno de sus indignidades!

Alvarez de Toledo, que tambien era robusto, logró no sin trabajos, desasirse de las manos de Mina y ponerse en estado de defensa; pero, como era mas avezado á la intriga, le dijo con cierta extrañeza procurando dar á su voz alterada la mayor tranquilidad:

—General Mina, ¿vamos á dar un escándalo en país extranjero? Yo traigo aquí dos pistolas, pero no haré uso de ellas ni aún con el sagrado derecho de mi defensa personal.

—No habria necesidad de dar escándalo, le contestó Mina, siempre demostrando en el tono de la voz que se hallaba dominado por la cólera, está usted en mi casa, aquí tengo amigos fieles y podriamos castigarlo de la manera que merece sin intervencion de las autoridades americanas; pero procuraré cortarle las alas de otra manera.

—No sé en qué he podido delinquir.

—¿Acaso se figura usted que ignoro todas sus fechorias?

—¿Y qué es lo que usted sabe, señor general?

—Sé que viene usted enviado por el ministro Onís que no ha podido derrotarme en buen terreno, con el fin de estorbar mis designios, con las intrigas y mal-

dades que se tienen de costumbre. Desde sus primeras palabras comprendí esto y comprendí que su primer paso habia sido querer desalentar á las personas generosas que nos ayudan con sus recursos á formalizar nuestra expedicion: hasta que usted vió que no podia surtir efecto esa primer intriga, es cuando ha pensado dirigir sus golpes contra mí mismo..... ¿no es así, Sr. Alvarez de Toledo?

—Yo juro á usted.....

—Nada de juramentos en vano: bastantes golpes he recibido en mi corta vida pública para que no haya aprendido á conocer á las gentes. Usted desde que dió el primer paso en favor de los independientes los está traicionando. Usted ha sido el mejor instrumento de perfidia que ha encontrado el gobierno español para combatir de un modo desleal la causa de la independencia mexicana.

—Una acusacion semejante necesita pruebas, dijo Toledo con una voz en que empezaba á faltar la firmeza.

—¿Y qué mejores pruebas que lo que está pasando en este momento?

—¡Oh! exclamó el desleal moviendo la cabeza.

—Negará usted que viene del lado de Onis?

—Lo niego.

—Entonces tenga usted la lealtad de mostrarme sus pasaportes y demas papeles que trae en el bolsillo.

Toledo cambió de color y apenas pudo responder:

—Esto apenas se exige á los reos de Estado.

—Y usted lo es, Sr. Alvarez de Toledo, y usted es no solo reo de Estado sino traidor á una de las causas mas nobles que existen en la superficie de la tierra.

—Basta, Sr. Mina, basta de injurias y de acusaciones infundadas. No podemos, pues, tener ningun arreglo y lo siento por usted que va á ser víctima de su ceguedad.

—¡Ah! ¿piensa usted ya retirarse?

—Una vez que no he de conseguir que se sirva reconocerme como el gefe supremo, como el único gefe autorizado para armar expediciones en los Estados Unidos; una vez que no he de conseguir tampoco abrir á usted los ojos para hacerle ver el mal papel que va á hacer en México sin que tarde en ser asesinado por los mismos suyos, como le sucederá infaliblemente si no oye consejos de los que conocen aquello; una vez en fin que usted me supone desleal y traidor, con los que me han hecho la honra de darme el título de general, invistiéndome de toda su confianza como lo ha hecho Herrera, el ministro acreditado del gobierno independiente de México; una vez que usted ha empezado no solo por suponerme miras bastardas sino por odiarme, creo que nada me resta que hacer aquí, en donde no hay mas que prevenciones en mi contra, que no esperaba.

—Pero antes de que usted se vaya, Sr. Alvarez de Toledo, y se irá porque yo quiero que se vaya, sin embargo de que podia conservarlo en rehenes para mantener en respeto al ministro de España, antes de que usted abandone mi tienda de campaña, que la

considero como puesta en México y en donde espero no volver á verlo nunca, necesito decirle estas pocas palabras: Sé que no hay enemigos pequeños, que hasta la víbora y el alacrán, introduciendo su ponzoña, causan males terribles, que el mismo mosco, que es el animal más insignificante, chupa la sangre del hombre más fuerte; sé que usted es mas venenoso que una culebra y mas artero que un escorpion, podria hacer males sin cuento á aquel á quien vea usted como adversario y principalmente como adversario aborrecido hasta el punto de desear su muerte. Sí, Sr. Toledo, sé que al salir usted de aquí es mi enemigo mortal y tan mortal que no habrá otro que tanto desee verme en las mayores dificultades y mas abrumado por la mala suerte. Si usted pudiera me despedazaria con sus propias manos ahora mismo, segun se ve en el fuego rabioso que despiden sus ojos; pero aun siendo esto así, no le temo á usted ni en el terreno de la perfidia, ni en ningun terreno. Tengo bastante fé en mi brazo, en mi conciencia y en mi destino, de tal modo que ni una sabandija como usted, ni muchos miles de hombres valerosos y resueltos, serán capaces de estorbar mi marcha que va á ser firme y segura, porque me guian en ella buenos sentimientos y la más alta justicia. Contra las intrigas de usted y las de todos los que quieran oponérseme, seguiré adelante sin vacilacion y sin volver la cara hácia estos pequeños obstáculos como usted, que el gobierno español va sembrando á mi paso. Sucumbiré si es preciso que sucumba; pero sucumbiré abrazado á mi bandera y

despues de haber sembrado una semilla llena de vida, que fructificará más tarde. Diga usted, pues, á Onis que es el que ahora le envia, y á los ministros del rey de España, que son los que lo tienen empleado en estos infames espionajes, que no ha podido quebrantar los propósitos de Mina á pesar de sus hábiles maniobras para conseguirlo y que léjos de eso va adelante y..... dígales tambien que muy pronto tendrán noticias suyas que les hagan temblar. Ahora puede usted retirarse, Sr. Toledo, ó mejor dicho, Señor traidor.

Toledo ya no contestó una palabra, sino que siguiendo la direccion de la salida que le estaba marcando Mina con un dedo y con el semblante muy airado, se apresuró á retirarse sin despedida, pero lanzando á su rival una mirada que despedia rayos de venganza y de odio.

Desde ese momento Mina se dedicó con mas ardor al arreglo de su expedicion y con ese objeto salió de su alojamiento á pasar revista á todas sus relaciones mercantiles que le habian ofrecido ó le habian ido adelantando fondos para su empresa. Los primeros le cerraron las puertas, completamente desalentados por las noticias que habia esparcido Alvarez de Toledo, los segundos le obligaron á devolver aquellos diciéndole que ya no era su gusto continuar en aquella aventura. Solo hubo uno que lo recibió perfectamente, que si bien era el más poderoso, podia considerarse como el mas desinteresado, porque despues de haber formado un gran capital estaba retirado del comercio.

Este fué Mr. Deneris Smith, quien le dijo luego que lo vió:

—Las noticias que propaga Alvarez de Toledo procurán llevarnos á un desastre.

—¿Es decir que tambien usted me abandona, Sr. Smith? le preguntó Mina

—De ningun modo, general, yo no me perdonaria nunca si tuviera el ánimo de desarmar á un intrépido guerrero que quiere combatir por la libertad.

—De modo que usted no me retira tambien sus fondos?

—No solamente no se los retiro, sino que estoy resuelto á que se hagan por mi sola cuenta todos los gastos de la expedicion.

Mina no encontró palabras bastante elocuentes para manifestar su gratitud al sublime yankee, sino ofreciéndole que pondria todos sus cinco sentidos en corresponder á su confianza y que sacrificar su vida seria poco en aquella grandiosa empresa.

—Está bien, está bien, le contestó Smith con flema, reuna usted su gente, arme sus buques, compre usted todas las municiones que sean necesarias, que yo pagaré las facturas que se me traigan sin siquiera darles una ojeada.

Mina entonces procuró ser mas económico y solo se ocupó en armar el mismo buque que le habia traido de Inglaterra, en que cupieron 200 hombres al mando del coronel Ruth y una goleta con una compañía de artilleros mandados por el teniente coronel Myers, saliendo poco tiempo despues el mismo general á bordo de un pailebot.

¿Pero ya estaban con esto terminadas las penalidades del intrépido Mina y ya con esas fuerzas se dirigiria lisa y llanamente á las costas mexicanas?

Nada de eso: lo que queria era salir de Baltimore en donde tenia ya enemigos poderosos que le habia hecho Alvarez de Toledo y en donde temia cansar á sus protectores para ir á madurar en otra parte sus proyectos: así es que todavia tuvo que ser cruelmente azotado por horribles tempestades, que ser diezmada su gente por la fiebre amarilla y que ver detenido con mas graves noticias como fueron las que le llevó el Dr. Mier despues de algunos meses de luchas indecibles, estando lista su escuadrilla en Galveston para hacerse á la vela, cuyas noticias fueron entre otras las de que ya los independientes habian perdido todos los fuertes que tenian en la costa de Veracruz, encontrándose reducidos á unas cuantas partidas diseminadas por el pais sin direccion fija, ni esperanzas de mejorar su situacion.

Entonces fué cuando estuvo mas á prueba el carácter firme de Mina. Cualquiera otro hubiera renunciado para siempre á proyectos que podian ya considerarse como temerarios, principalmente cuando coincidian con todas estas malas noticias la de que Herrera, el ministro diplomático de los insurgentes habia desaparecido de su cuartel general que tenia en Nueva Orleans. Cualquiera otro viendo á su gente reducida y desmoralizada, á sus oficiales desertándo-

se, sus recursos agotándosele, á sus émulos poniéndole intrigas para desconcertarlo, los elementos todos desencadenados contra él y con más los fatales pronósticos que se le hacian, cualquiera otro, repetimos, hubiera desistido gustoso de la empresa, más, cuando no tenia compromiso serio y cuando ninguno de sus compañeros mismos se lo hubiera reprobado, porque veian ya la empresa como perdida; pero Mina se habia formado una resolucion irrevocable y á cada tropiezo se le oia exclamar: No importa eso, vamos adelante.

Y aun cuando el Dr. Mier le dijo tambien que ya estaba abatida la causa de los insurgentes,

—Mejor, le contestó, nosotros la reanimaremos. Vamos á México, Doctor, y que salga el sol por Antequera.

CAPITULO XXII

LUCHAS.

He aquí lo que habia pasado:

Mina, huyendo del foco de las intrigas que contra él se habia establecido en Baltimore, se dirigió á Puerto Príncipe y despues á Galveston en donde fué bien acogido por el comodoro Aury que allí tenia construido un reducto por órden del congreso mexicano, el cual le proveyó de víveres frescos y de cuanto necesitaba para su expedicion.

Encontrábase ocupado en la organizacion de sus reducidas tropas cuando llegó el Dr. Mier de Nueva Orleans, el cual le dijo luego que estuvieron solos:

—Traigo muy malas noticias.

—Estoy acostumbrado á recibirlas, sin que me causen ninguna impresion. Vamos, doctor, comience por las peores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se, sus recursos agotándosele, á sus émulos poniéndole intrigas para desconcertarlo, los elementos todos desencadenados contra él y con más los fatales pronósticos que se le hacian, cualquiera otro, repetimos, hubiera desistido gustoso de la empresa, más, cuando no tenia compromiso serio y cuando ninguno de sus compañeros mismos se lo hubiera reprobado, porque veian ya la empresa como perdida; pero Mina se habia formado una resolucion irrevocable y á cada tropiezo se le oia exclamar: No importa eso, vamos adelante.

Y aun cuando el Dr. Mier le dijo tambien que ya estaba abatida la causa de los insurgentes,

—Mejor, le contestó, nosotros la reanimaremos. Vamos á México, Doctor, y que salga el sol por Antequera.

CAPITULO XXII

LUCHAS.

He aquí lo que habia pasado:

Mina, huyendo del foco de las intrigas que contra él se habia establecido en Baltimore, se dirigió á Puerto Príncipe y despues á Galveston en donde fué bien acogido por el comodoro Aury que allí tenia construido un reducto por órden del congreso mexicano, el cual le proveyó de víveres frescos y de cuanto necesitaba para su expedicion.

Encontrábase ocupado en la organizacion de sus reducidas tropas cuando llegó el Dr. Mier de Nueva Orleans, el cual le dijo luego que estuvieron solos:

—Traigo muy malas noticias.

—Estoy acostumbrado á recibirlas, sin que me causen ninguna impresion. Vamos, doctor, comience por las peores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—El ministro Herrera ha regresado á México.

—Esa es buena noticia, porque si él ha podido desembarcar allí sin ningun peligro, tambien podemos seguirlo nosotros.

—Pero es que nosotros tenemos hoy un año de haber salido de Lóndres.

—Tales han sido las dificultades con que hemos tenido que luchar. Adelante.

—El puerto de Boquilla de Piedras á donde debiamos dirigirnos, se encuentra ya ocupado por los realistas.

—¿De seguro?

—Está allí un americano realista de los que más se han distinguido en la costa peleando contra los insurgentes.

—¿Quién es?

—El teniente coronel D. José Rincon.

—Siempre nos queda Nautla.

—Es posible que á estas horas haya corrido la misma suerte que Boquilla de Piedras.

—Bien: desembarcaremos en cualquiera otra parte aunque tengamos que prescindir de los auxilios de Victoria y Terán.

—En cambio de esas malas noticias puedo dar á tu excelencia una que me parece buena.

—¡Vaya, veamos cuál es la noticia buena!

—La embarcacion que llevé á Nueva Orleans se llama ahora *Congreso Mexicano*.

—Alabo la fantasia, doctor.

—No es una mera fantasia, contestó el doctor picado, pues que traigo en ella cincuenta hombres armados, seis cañones y algunos pertrechos de guerra.

Mina no pudo menos que levantarse entusiasmado y pedir un abrazo al Dr. Mier, diciéndole:

—¡Oh! si todos los hombres que me acompañan tuvieran el mismo espíritu y la misma autoridad que mi querido Mier!

Despues de esta entrevista llegó el comisionado Laborde que no habia podido desembarcar en los puertos mexicanos, confirmando las anteriores noticias.

—Hé aquí que nuestros principales planes han fracasado completamente, dijo el Dr. Mier que todavia tenia esperanzas de que hubiera algun otro puerto cercano á Veracruz ocupado por los insurgentes.

—Si llegamos á completar quinientos hombres bien armados, ese no será inconveniente, le contettó Mina.

Acababa de concebir otro proyecto en vista de los constantes ofrecimientos que le hacian de Nueva Orleans con tal de que se prestara á emprender la ocupacion de las Floridas. En virtud de ese proyecto se puso en marcha para Nueva Orleans, en donde esperaba tener amplias noticias de México y hacerse de mayores elementos, dejando su campamento establecido en Galveston encomendado á Aury y á sus gefes subalternos, con instrucciones escritas á que debian sujetarse.

Durante la ausencia de Mina ocurrieron en Galveston sucesos importantes. El coronel Perry subal-

terno de Aury, fué destituido por este del mando que ejercia y reducido á prision en su alojamiento; pero los soldados corrieron á las armas decididos á libertarle y el comodoro hizo marchar contra ellos al coronel Savary con ochenta hombres y un cañon, pero arrepentido á tiempo del escándalo que iba á darse, dió contra órden, puso libre á Perry y le permitió que con sus soldados escogiera el servicio que mas le agradara, en virtud de lo cual se pasó á las banderas de Mina formando el pié de un regimiento llamado *La Union*.

Mina, segun se habia propuesto al salir de Galveston, rehusó los ofrecimientos que le hicieron en hombres y dinero para conquistar las Floridas, diciendo que no hacian la guerra á los españoles sino á la tiranía que estaban ejerciendo en México; pero logró hacerse de las embarcaciones *Cleopatra* y *Neptuno* en sustitucion del buque que habia traido de Inglaterra, cuyo término de ajuste habia terminado, logró tambien enganchar alguna gente, aunque poca, y comprar algunos pertrechos de aquellos que creia que mas iba á necesitar.

Con estos elementos y con las nuevas noticias que pudo proporcionarse, de los mexicanos que habia en Nueva Orleans con diversas comisiones, regresó á Galveston en donde ya solo se ocupó en organizar su expedicion definitivamente, queriendo desquitar á fuerza de diligencia el tiempo que habia perdido en excursiones y tentativas que mas habian tenido de peligrosas que de útiles. Luego que vieron allí que

se trataba ya formalmente de dirigirse á las costas americanas, algunos gefes, oficiales y soldados se separaron del lado de Mina, desertándosele de los primeros el coronel Montilla que era considerado como segundo en gefe; así es que al mandar poner á bordo su gente, el general no pudo completar mas que trescientos hombres, y eso contando los de Aury que tendrian que regresar á sus posiciones. Así es que en el mes de Abril se dió á la vela la escuadrilla compuesta del *Cleobatra* en que iban Mina, su Estado Mayor, la guardia de honor y el primer regimiento de línea; del *Neptuno* en que iba el comisario teniente coronel Arago y las provisiones; de dos bergantines al mando del coronel Perry el regimiento de *La Union*, de una goleta con las compañías de artillería y caballería al mando del general conde Ruuth y de la goleta *Elena Jookeer* y de otro buque más pequeño todavia en que iban las mujeres y resto de expedicionarios, habiéndose quedado en Galveston para lo que se ofreciera despues el bergantin *Congreso Mexicano*.

Una vez en alta mar les sopló viento fresco y á los pocos dias avistaron las costas mexicanas; pero como la mayor parte de los buques eran chicos y la gente era mucha, el agua se agotó completamente y fué necesario intentar renovarla al arribar á la embocadura del Rio Bravo del Norte, por cuyo rumbo se habia propuesto Mina ir á buscar un lugar seguro de desembarque. Dió órden de que en todas las embarcaciones se enarbolara la bandera española y comisionó al mayor Sardá con algunos oficiales de los mas audaces é in-

teligentes para que fueran á tierra en unos botes, no solo con el fin de buscar agua y provisiones frescas, sino con el de adquirir algunas noticias.

Los tripulantes de los tres botes, dándose á conocer como formando parte de una expedicion realista destacada de Veracruz, fueron perfectamente recibidos por el destacamento que cuidaba aquel fondeadero, y los que lo componian no solo les permitieron proveerse de toda el agua que necesitaron, sino que les vendieron ademas seis reses de las que campeaban por allí y que aunque tuvieran dueño, en aquellos tiempos de conmocion general pertenecian por lo comun al primer ocupante.

—Y bien, dijo Sardá al jefe del destacamento, ¿no tendremos peligro en estas costas de encontrarnos con algunas tropas de insurgentes?

—No encontrará ni uno solo su señoria en toda la ribera del Bravo, pues tanto por este lado de Santander y Soto la Marina, como por el Nuevo reino de Leon, así como por toda esta costa ya no hay insurgentes desde que fueron aniquilados todos por Arredondo.

—¿Y en el interior del pais hay algunos?

—En el interior del pais sí los hay, pero muy léjos; pues como estas tierras son tan extensas apenas se oye decir de cuando en cuando que hay algun combate.

—¿Y quién gobierna ahora en México?

—¡Cómo! ¿Pues acaso sus señorias no vieron desembarcar en Veracruz al excelentísimo Sr. Juan Ruíz de Apodaca?

—¿Cómo no lo habiamos de haber visto desembarcar? se apresuró á exclamar Sardá comprendiendo que habia dado una pifia, si nosotros mismos lo escoltamos desde la Habana, sino que como ya tenemos varios meses en la mar y á cada paso hay cambios de autoridades, yo creia.....

—Pues segun las noticias que nos llegan por Veracruz, que es del puerto de donde sus señorias vienen, sigue gobernando el mismo excelentísimo Sr. Apodaca.

—Y por estos puntos, ¿quién es el que manda?

—El primero de todos es el general Arredondo; pero más directamente en la comprension de la costa el comandante Felipe de la Garza, que es el gefe de quien nosotros dependemos.

—¿Y ese digno comandante en donde vive?

—Tiene su cuartel general en Soto la Marina.

—¡Ah! probablemente á ese gefe será á quien vaya dirigido nuestro comandante en una comision.

—¿Y cómo se llama el gefe de esa escuadrilla?

—Es un intrépido almirante.....

—¿Almirante?.....

—Sí ..... el general Villafranca.

—¡Ah! exclamó el oficial, nunca habia llegado á mis oidos ese nombre.

—Ni á los nuestros tampoco: es de los llegados recientemente.

—¡Ah! muchas gentes nuevas tenemos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Principalmente desde que vino de Cuba el capitan general Apodaca.

—Cuyo advenimiento de hace dos ó tres meses celebramos hasta ayer nosotros.

Mientras que así se entretenian conversando estos oficiales procurando Sardá adquirir algunas noticias que le eran necesarias, Mina y el Dr. Mier se entretenian en concluir la publicacion de cincuenta ejemplares de la siguiente proclama hecha en la imprenta portátil que traian á bordo, cuya proclama como se ve era exclusivamente dirigida á los hombres que formaban la expedicion:

"¡Compañeros de armas! Vosotros os habeis reunido bajo mis órdenes á fin de trabajar por la libertad é independencia de México. Ha siete años que este pueblo lucha con sus opresores para obtener tan noble objeto. Hasta ahora no ha sido protegido: á las almas generosas toca mezclarse en la contienda. Así vosotros, siguiéndome, habeis emprendido defender la mejor causa que puede suscitarse sobre la tierra. Hemos tenido que vencer muchas dificultades; yo soy testigo de vuestra constancia y sufrimiento. Los hombres de bien sabrán apreciar vuestra virtud, y ahora vais á recibir su premio, es decir, el triunfo del honor que de él resulta. Vosotros sabeis que al pisar el suelo mexicano no vamos á conquistar, sino á auxiliar á los ilustres defensores de los mas sagrados derechos del hombre en sociedad. Hagamos, pues, que sus esfuerzos sean coronados, tomando una parte activa en la carrera gloriosa en que contienden. Os recomiendo el respeto á la religion, á las personas y á las propiedades, y espero no olvidareis el principio de que no es tanto el valor como una severa disciplina la que proporciona el éxito en las grandes empresas. Rio Bravo del Norte, á 12 de Abril de 1817.—*Javier Mina.*"

Como se ve, la proclama no es maleja para los tiempos en que fué expedida. Si bien fué seguramente escrita por el padre Mier que no era adocenado, las ideas que en ella campean son las que tenia el general, quien comprendiendo que iba á combatir con grandes ambiciones, tenia un elevado concepto de aquellos á quienes iba á servir de auxiliar. Esto es, sabia muy bien que el éxito podria elevarlo sobre todos; pero sabia tambien que iba á tener que pagar algun tributo á la libertad é independencia de México cuyas banderas empuñaba. Es probable que si Mina triunfa se hubiera puesto á la cabeza del pais; pero es probable tambien que no se habria dado el título de emperador y que tal vez por sus ideas se hubiera atrevido desde entonces á echar los cimientos de la democracia.

Como quiera que sea luego que vió su proclama impresa, que era lo primero que imprimia, viendo por primera vez su nombre en letras de molde calzando un documento revolucionario, se echó en brazos del doctor, diciéndole:

—No es mi esperanza que produzca ningun efecto entre estas gentes tan disímbolas que estan con nos-

otros, sino que sea leida por nuestros amigos los mexicanos para que se penetren bien de mis intenciones.

—Mi querido Francisco, le contestó Mier, tambien aquí servirá mucho, aunque no se entienda mas que la palabra *disciplina* que es de toda la proclama lo mas importante.

El mayor Sardá concluyó su tarea con toda felicidad y dió la órden á su gente de regresar á los buques repartida toda en ocho canoas que tuvieron que hacer grandes esfuerzos para cruzar la barra. Todas hubieran pasado con facilidad si un horrible complot no hubiera hecho zozobrar á una de ellas. La que mandaba el capitan Dallares, que era uno de los hombres de confianza de Mina y que se habia empeñado en ir á tierra, para dar ayuda al mayor, porque era atrevido y astuto, fué tripulada por cuatro españoles que se habian puesto de acuerdo para desertar de aquellas banderas en la primera oportunidad. Mientras que Dallares se despedia del oficial que mandaba el destacamento realista, aquellos que eran todos buenos nadadores habian dicho:

—Al llegar á la barra echamos á pique el bote.

—No me parece malo el plan, pero ¿nos alcanzarán las fuerzas para volver á tierra?

—Yo respondo de mí, dijo uno de ellos.

—Y yo de mí,

Todos se comprometieron, pues, á echar al agua al oficial y á salvarse á nado volviendo á la playa que no estaba léjos.

Como lo habian acordado lo hicieron. Dejaron

que tomaran la delantara todos las otras barcas y cuando estuvieron medio cubiertos por el oleaje que se levantaba en la barra, voltearon con un esfuerzo comun el bote procurando que quedara debajo el oficial y los cuatro volvieron á nado á la playa dejando á su gefe luchando con una muerte segura.

En efecto, Dallares se ahogó y Mina lo sintió extraordinariamente conociendo la gran falta que iba á hacerle en aquella campaña.

—¿Y los compañeros de Dollares? preguntó Mina.

—Se han salvado á nado, le contestaron los de la canoa que se habia quedado mas atrás.

—¿Y por qué no volvieron ustedes á socorrerlos si los vieron zozobrar?

—Porque ya teniamos cruzada la barra y nos hubiera sido imposible llegar á tiempo, con el peligro ademas de correr la misma suerte.

Despues de un rato en que se quedó pensativo, dijo Mina:

—Mucho me temo que haya sido tal naufragio obra de una traicion de acuerdo tal vez con los realistas. Vámonos al momento.

En el acto dió órden de que se levaran anclas y media hora despues se alejaba la flotilla para ir á detenerse unas cuantas millas mas adelante que era el punto donde Mina se proponia desembarcar.

Entre tanto, los soldados fugitivos habian llegado sanos y salvos á tierra, y fuera porque así lo tuvieran convenido ó porque lo convinieran cuando estuvieron en la playa para ser bien recibidos por las autorida-

des, en el acto se encaminaron á donde estaba el destacamento y José Rosales, que se habia convertido en gefe de los desertores, se adelantó al oficial y le hizo una delacion en toda forma de cuanto estaba pasando, esto es, le hizo saber que aquella flotilla estaba compuesta de soldados aventureros mandados por Mina, los cuales se proponian desembarcar en algun punto inmediato al Nuevo Santander, para apoderarse de esa poblacion y de las demas que pudieran en auxilio de la revolucion, pues que su propósito era venir á pelear bajo sus banderas. El oficial mandó soldados montados á todos los puntos en que habia tropas realistas esparciendo la voz de alarma, y especialmente envió un correo con todos los detalles necesarios al teniente coronel D. Felipe de la Garza, que era el gefe realista á cuyas órdenes inmediatas se encontraban todos aquellos destacamentos.

Mina, entretanto, siguió navegando con la misma mala suerte de siempre, como si hubiera nacido con la estrella de luchar durante su vida con las mayores dificultades, pues se desataron grandes tempestades que dispersaron sus buques y los víveres volvieron á agotársele á tal extremo, que cada hombre, incluso el mismo general, recibia diariamente por todo alimento, media galleta, una docena de almendras y un trago de agua, cuyas angustias por fortuna no duraron mas que una semana, pues que al fin el 11 de Abril llegó la Cleopatra á la embocadura del rio de Santander, lugar designado para que se practicara el desembarque de la expedicion.

—No hay todavia aquí ninguno de nuestros buques, dijo el Dr. Mier muy desalentado al ver la soledad de aquellos mares y playas.

—Ya vendrán, ya vendrán, le dijo Mina mostrándose muy animoso, pero en realidad con gran abatimiento interior, pues temia que alguna de sus embarcaciones se hubiera perdido, y que los tripulantes de alguna otra hubieran sucumbido por la hambre y la sed á que ellos mismos habian estado sometidos.

Pero en esta vez sus temores fueron infundados, porque desde en la misma tarde siguieron llegando los demas buques hasta el dia 14 en que se vió completo el número de los que formaban la expedicion. Entonces comunicó la órden para que se verificara el desembarque al dia siguiente, con el propósito de ocupar el derruido caserío que habia formado en otro tiempo la poblacion de Soto la Marina la cual estaba internada ya á una distancia de 18 leguas.

El desembarque ordenado se practicó en botes y con muchas dificultades, á causa de la barra que estaba cruzando la embocadura del rio de Santander y con grandes peligros de ser envueltos por el furioso oleaje que habia quedado como residuo de las recientes tempestades; pero se consiguió ir venciendo todos estos obstáculos á fuerza de perseverancia, sin que en la operacion se hubieran experimentado grandes pérdidas.

El comodoro Aury se despidió de Mina deseándole un buen suceso, y los barcos de este se quedaron anclados en la boca del rio, por estar en ellos depo-

sitados algunos útiles de guerra que mas adelante iban á serle indispensables.

Apenas habia pisado Mina la tierra mexicana cuando se le presentaron dos hombres pidiéndole servicio.

—¿Son ustedes del pais? les preguntó.

—Conocemos todos los contornos, excelentísimo señor.

—¡Ah! entonces van ustedes á servir de guias á una partida que voy á mandar en el acto á reconocer el terreno y á comprar caballos y reses.

Como lo dijo lo hizo: comisionó al mayor Sardá para que al frente de la pequeña escolta que de pronto pudo organizarse fuera á reconocer los alrededores, trayendo las acémilas y demas animales que pudieran conseguirse.

Sardá volvió al dia siguiente con su gente muy maltratada.

—¿Qué ha sucedido? le preguntó el general.

—Que hemos sido víctimas de una nueva traicion.

—¿Cómo?

—Los dos hombres que se ofrecieron á guiarnos eran espias del enemigo mandados á reconocernos, los cuales desaparecieron anoche dejándonos encerrados en un monte del cual hemos logrado salir á duras penas.

Mina, en vez de estallar lleno de cólera, se sonrió y dijo con mansedumbre.

—Vamos á ver cuándo se cansa el destino de perseguirnos. Adelante, hijos mios, y tengamos paciencia que es la que mas se necesita para llegar al cabo en las grandes empresas.

CAPITULO XXIII.

¡UN GATO!

Por mas que Mina tuviera muchos motivos para desmoralizarse con tantas contrariedades como tropezaba á cada paso, no manifestaba ningun desaliento, y antes bien desde el momento de desembarcar, no habia cesado de estar personalmente consagrado á todas aquellas atenciones, aún las mas minuciosas, que requerian su atrevida expedicion. Así es que despues de haber pasado revista á su gente, armas y municiones el dia 22 por la mañana, anunció despues de una breve arenga que comenzaba en aquel momento la ruda campaña que se habia propuesto en favor de la independencia mexicana, recomendando á todos un buen comportamiento, especialmente en cuanto se referia al respeto de las personas y las propiedades en las poblaciones que en lo sucesivo iban á tener que to-

sitados algunos útiles de guerra que mas adelante iban á serle indispensables.

Apenas habia pisado Mina la tierra mexicana cuando se le presentaron dos hombres pidiéndole servicio.

—¿Son ustedes del pais? les preguntó.

—Conocemos todos los contornos, excelentísimo señor.

—¡Ah! entonces van ustedes á servir de guias á una partida que voy á mandar en el acto á reconocer el terreno y á comprar caballos y reses.

Como lo dijo lo hizo: comisionó al mayor Sardá para que al frente de la pequeña escolta que de pronto pudo organizarse fuera á reconocer los alrededores, trayendo las acémilas y demas animales que pudieran conseguirse.

Sardá volvió al dia siguiente con su gente muy maltratada.

—¿Qué ha sucedido? le preguntó el general.

—Que hemos sido víctimas de una nueva traicion.

—¿Cómo?

—Los dos hombres que se ofrecieron á guiarnos eran espias del enemigo mandados á reconocernos, los cuales desaparecieron anoche dejándonos encerrados en un monte del cual hemos logrado salir á duras penas.

Mina, en vez de estallar lleno de cólera, se sonrió y dijo con mansedumbre.

—Vamos á ver cuándo se cansa el destino de perseguirnos. Adelante, hijos mios, y tengamos paciencia que es la que mas se necesita para llegar al cabo en las grandes empresas.

CAPITULO XXIII.

¡UN GATO!

Por mas que Mina tuviera muchos motivos para desmoralizarse con tantas contrariedades como tropezaba á cada paso, no manifestaba ningun desaliento, y antes bien desde el momento de desembarcar, no habia cesado de estar personalmente consagrado á todas aquellas atenciones, aún las mas minuciosas, que requerian su atrevida expedicion. Así es que despues de haber pasado revista á su gente, armas y municiones el dia 22 por la mañana, anunció despues de una breve arenga que comenzaba en aquel momento la ruda campaña que se habia propuesto en favor de la independencia mexicana, recomendando á todos un buen comportamiento, especialmente en cuanto se referia al respeto de las personas y las propiedades en las poblaciones que en lo sucesivo iban á tener que to-

car. Despues de esto, hizo que se leyera la órden del dia para la marcha y en virtud de ella desenvainó la espada y se puso pié á tierra al frente de su columna. Este fué el primer ejemplo, admirable por cierto, de abnegacion y disciplina que podia ofrecer un gefe de su gerarquia y que era de suponerse que iba á tenerla mucho mayor al ingresar á las filas del ejército mexicano.

Mina, pues, como hemos dicho, marchó á pié á la cabeza de su insignificante armada, componiéndose la vanguardia de la legion de honor y de un regimiento de caballeria que apenas podia subir á cuarenta hombres, yendo en seguida el 1 °. de línea al mando del mayor Sardá, en el centro iban las pocas cargas que habian podido arreglarse y á la retaguardia el resto de la fuerza, componiéndose toda, como antes hemos dicho, de trescientos hombres muy escasos.

D. Felipe de la Garza que tuvo aviso de varias partes al mismo tiempo sobre la llegada de la expedicion, cuyo desembarque no le fué posible evitar como se le tenia ordenado, salió de Soto la Marina á la cabeza de todos los destacamentos de caballeria que pudo reunir, formando una columna de cerca de 200 hombres, con la que se limitó á vigilar uno de los flancos del ejército expedicionario sin atreverse á interrumpir su marcha. Parece que el principal objeto que le guió al salirle al encuentro fué el de ver por sus propios ojos el número de gente que lo formaba, así como si por su actitud podia inspirar el temor que tanto

lugar se habia hecho por aquellos rumbos, dando á la expedicion de Mina tamaños verdaderamente colosales. No necesitó este mas que destacar una seccion de cincuenta hombres con una pieza de artilleria para ahuyentar á aquel enemigo que mas que hostil se mostraba molesto con su fisga y señales de curiosidad.

No obstante encontrarse cercana la poblacion en que los expedicionarios se proponian entrar para establecer su cuartel general, pues no distaba de la playa en que habian desembarcado mas que 18 leguas, tardaron seis dias en llegar á ella, por falta de guias, pues el único que decia conocer el terreno hacia muchos años que no lo pisaba é hizo que la columna se extraviara entre el monte, pasando por los sufrimientos consiguientes á la falta de víveres y mas que todo á la falta de agua para apagar la sed que era intensa á causa del sofocante calor que reinaba en la costa.

El comandante Garza antes de dejar á Soto la Marina, ordenó á los vecinos que se salieran de la poblacion y quemaran ó destruyeran todos los víveres que hubiera, á fin de que aquellos hombres que venian con Mina, la mayor parte extranjeros y herejes no encontraran absolutamente nada que comer, evitándose á la vez el trato con ellos para no incurrir en las excomuniones de la Iglesia. Pero muy pocos vecinos acataron la órden, pues que entonces, aunque menos que ahora, habian perdido su virtud las censuras eclesiásticas con motivo de su prodigalidad. Garza hizo más: aseguró que los que allí venian eran piratas que no traian mas objeto que saquear las ca-

sas, robarse á las doncellas y matar á los hombres. Los vecinos que se quedaron, que fueron los mas, no obstante aquellas exhortaciones, adornaron sus casas como para una fiesta y acompañaron al cura que salió con capa pluvial y palio á dar la bien llegada á los nuevos defensores de la independencia. Y como las fuerzas entraron en el mejor órden, y se vió que traian dinero para comprar lo que necesitaban y Mina demostró tener un trato lleno de amabilidad y cortesania, resultó que se volvieron los que habian salido huyendo, prestándose todos de buena voluntad á desempeñar los cortos servicios que se les exigian.

Cuando el general Mina consideraba haber llegado á un puerto de salvacion, que le permitiera tomar sus providencias con serenidad para emprender una campaña que aunque llena de dificultades, podian irse venciendo dando ejemplos de union y disciplina, recibió otro golpe de los mas rudos que estuvo á punto de desmoronar todos sus proyectos.

Acababa de levantarse al dia siguiente, cuando el coronel conde de Ruuth se presentó solicitando ser admitido á una conferencia. El general contestó que aunque estaba acabando de vestirse, no queria detener al coronel y le suplicaba que entrara, dispensándole si le encontraba aun en aquella faena.

—¡Oh! ¡oh! dijo el conde, esperaré afuera, señor general.

—De ningun modo, mi querido coronel, entre nosotros pueden quedar excusadas las ceremonias.

Mina siguió vistiéndose y el conde Ruuth despues

de saludarlo, y sin querer tomar asiento, continuó diciendo con algun embarazo:

—El negocio que traigo debe ser tratado en el acto, señor general, y por eso me he atrevido á venir tan temprano.

—Dígalo usted, señor conde, yo siempre estoy dispuesto á tratar de negocios y no tengo hora ninguna en que no esté á la disposicion de mis amigos.

—Es sensible, pero tengo que decirlo, señor, me he resuelto á separarme de este servicio militar.

—¡Cómo! exclamó Mina interrumpiendo la operacion en que estaba y mirando fijamente á Ruuth.

—Francamente, general, le contestó este, lo poco que he visto me hace comprender que es una empresa loca esta de venir á combatir á un gobierno fuerte con los escasos elementos que tenemos.

—El cura Hidalgo que fué el primero que dió el grito de libertad en esta tierra llegó á reunir cien mil hombres bajo sus banderas.

—El cura Hidalgo no era un extranjero como nosotros, sino un sacerdote que por su ancianidad y por su sabiduria era considerado como un dios por los indios.

—Ah sí! dijo Mina con amargura, se ha tratado de desprestigiarnos diciendo que somos hereges y bandoleros; pero nosotros destruiremos esa mala reputacion que se nos ha querido formar cuando vean, como han visto aquí, cuán diferentes somos de como nos pintan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—En fin, yo tengo mis malos presentimientos que no he podido combatir yo mismo en toda una noche de insomnio y he formado la resolucion irrevocable de separarme de la armada.

—¿Irrevocable?

—Completamente irrevocable.

—Coronel, dijo Mina, reportándose todo lo que le fué posible, pues se sentia á la vez como colérico y humillado, yo podria obligar á usted á continuar cumpliendo sus compromisos, pues aunque no tenemos un contrato firmado que no podriamos hacer valer por otra parte ante otro tribunal que el de la fuerza, pero el honor militar nos obliga á no abandonar nuestras banderas al frente del enemigo; yo podria, como digo, de aquí mismo mandarlo á una prision como á cualquier oficial insubordinado, y esta medida seria aprobada por todos como la más conforme á la disciplina de un ejército en campaña; pero prefiero dejar ir á usted con ciertas condiciones.

—General, contestó Ruuth con alguna altivez, el respeto por una parte y el cariño que le profeso por la otra, me impiden dar á vuestra excelencia una contestacion oportuna.

—¡Ah! ¿quiere decir que está usted rebelado?

—De ninguna manera: no se ha disparado un tiro todavia y antes que se dispare vengo á pedir mis pasaportes en uso de la misma libertad con que quise antes formar parte de esta expedicion. No es un acto de cobardia, general, no tengo miedo á los combates sino al más estéril de los sacrificios. No me obligue

vuestra excelencia á exponerle todos los motivos que tengo para separarme.

—Es mejor que se las guarde usted, señor conde.

Diciendo esto Mina se dirigió precipitadamente á una mesa en que habia útiles de escribir y él mismo extendió un pasaporte:

—Aquí tiene usted lo que desea, dijo á Ruuth entregándole el papel.

Este lo cogió pero conservándolo en la mano, agregó:

—No haré uso de él si no nos separamos como amigos.

—¿Y para qué?

—Tal vez pueda volver con mejores elementos y....

—Cuando eso sea ya se habrá consumado el sacrificio estéril de que antes me hablaba.

—Al menos me indicará vuestra excelencia cuáles eran las condiciones que iba á imponerme.

—Una sola que conviene á los dos.

—Cualquiera que sea será una órden que obedeceré ciegamente.

—Que no diga á usted á nadie los motivos verdaderos que tiene para separarse de mi lado.

—Algo me han de preguntar y algo les debo de decir.

—A los que le pregunten dígales usted que va á unirse con el comodoro Aury para traernos nuevos elementos.

—Y diré la verdad, porque tengo la seguridad de que nada haremos de provecho mientras no contemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con dos mil hombres de buenas tropas que puedan servir de apoyo á las guerrillas de los insurgentes.

Se despidieron algo desabridamente y Mina se quedó murmurando:

—¡Dos mil hombres! Si para reunir trescientos he pasado tantos trabajos y he sostenido tantas luchas, viendo desertar hasta á los coroneles y condes, ¿con qué oficiales y con qué dinero podrá intentarlo, cualquiera que lo intente, formar un ejército? Ahora solo falta que los demas se contaminen con el miedo de mi aleman y que todo se lo lleve la trampa.

Inmediatamente salió de su alojamiento é hizo correr la voz de que habia mandado á Ruuth á una mision importante, nombrando al capitan Maylefer "zuizo," para que con el grado de mayor tomara el mando de la caballeria y haciendo que funcionara la imprenta sirvió desde luego para imprimir un patriótico manifiesto compuesto por el Dr. Mier y una ardorosa proclama destinada á circular entre la tropa y entre los habitantes de los contornos. Tan buena idea fué esta que luego se le presentaron mas de cien hombres diestros en el manejo de las armas, ofreciéndole servirle con lealtad en toda la campaña que iba á emprenderse y asegurándole que otros muchos seguirian su ejemplo.

Tras estos hombres siguieron llegando otros que se presentaron en calidad de reclutas; pero nada produjo tanta satisfaccion á Mina como ver llegar á dos caballeros muy bien montados y armados seguidos de ocho hombres con sus respectivas carabinas, los que

descendiendo de sus caballos en la plaza, preguntaron al primer oficial que encontraron á su paso:

—En dónde se encuentra el general?

Ya Miua se habia adelantado hácia ellos.

—Yo soy, á las órdenes de ustedes, les contestó.

Entonces el de más categoria, se adelantó y quitándose el sombrero le dijo:

—Yo soy Valentin Rubio, teniente coronel de realistas y este otro es Antonio, hermano mio y teniente del mismo regimiento, lo cual pudiera hacernos sospechosos á vuestra excelencia; pero le damos hoy nuestra palabra de honor y la conducta que observemos responderá de nosotros mas adelante, respecto de que venimos expontáneamente á ofrecerle nuestros humildes servicios y dispuestos á obedecer sus órdenes con toda lealtad.

—Amigos mios, les dijo Mina abrazándolos, basta verles el semblante y oir ese tono de completa lealtad para no necesitar mas gages en su favor, no obstante que las traiciones que se me han venido atravesando hasta ahora en mi camino pudieran haberme hecho ya un tanto cuanto receloso. Así, pues, acepto con toda mi alma la proteccion que vienen á ofrecerme pues que en mis circunstancias debo considerarme como el protegido, y los invito desde luego á venir á mi alojamiento para tomar de ustedes algunos informes.

Dejando los caballos en manos de los mozos que les acompañaban, entraron los tres al alojamiento de

Mina en el que tuvieron una conferencia que les dejó mutuamente satisfechos.

Despues de esto los dos Rubios se consagraron á formar un regimiento de dragones, para lo cual proporcionaron una buena caballada de las haciendas mas próximas, siendo en lo sucesivo muy buenos auxiliares de Mina, principalmente mientras permaneció en aquellos lugares que les eran muy conocidos.

Mientras se hacian estos y otros preparativos y se excursionaba por los alrededores con el fin de allegar nuevos elementos, el tiempo volaba, el gobierno de México tenia noticias de lo que estaba pasando en aquellos lugares lejanos y tomaba en consecuencia sus determinaciones. Una de ellas y la que creyó mas decisiva fué la de mandar tres buques de guerra mandados por el comandante de "La Sabina" D. Francisco de Beranger para que se apoderara de la flotilla insurgente.

Aunque tenemos sobre este suceso la magnífica descripcion que hace Zárate en la obra "México á traves de los siglos," no queremos apartarnos de Alaman, que con todo y ser realista hasta los tuétanos, hace una burla sangrientísima de tal hazaña.

El comodoro Aury se habia dado á la vela comprando á Mina el bergantin "Congreso Mexicano," no quedando por lo mismo en la boca del rio de Santander mas que el bergantin "Neptuno" y la "Cleopatra," pues la goleta "Elena Jooker" era fletada y corria á riesgo de su capitan. El virey Apodaca ha-

bia dado una órden á Beranger en estos términos: "Sorprenda, ataque y destruya á la escuadrilla de Mina en donde quiera que se encuentre fondeada." El comandante español despues de dejar en Tampico el armamento y municiones que se remitian en abundancia á esa plaza, siguió su marcha á Nuevo Santander avistando á los buques enemigos el 17 de Mayo, tomando luego sus providencias para atacarlos. La goleta "Elena Jookeer" levó anclas, y aunque fué tenazmente perseguida, logró escapar, sin que se le viera el polvo, si es que en el mar puede haber polvo, merced á su ligereza y á su buen velámen que le permitian ganar tres nudos por hora á las otras embarcaciones.

—Dejarla! dejarla! exclamó Beranger y vamos á dar el ataque á nuestro principal enemigo.

Inmediatamente alistó sus cañones y puso en línea sus tres buques de guerra para comenzar el combate. Dió órden de aproximarse con toda cautela y cuando creyó que los buques insurgentes que se mecian crannetmquilae en la boca del rio, estaban completamente dominados por sus baterías dió órden de que se rompiera el fuego y este fué tan vivo que parecia estarse sosteniendo uno de esos combates navales de la mayor importancia, quedando completamente envueltas por el humo las embarcaciones realistas.

—Señor contramaestre, gritó Beranger, vea usted si ha sufrido algun descalabro la Sabina con los fuegos del enemigo.

—Mi comandante, contestó el contramaestre, no

he oido silbar bala alguna y aun me parece que el enemigo no dispara todavía un solo cañonazo.

—¡Al abordage! ¡al abordage! exclamó Beranger con voz robusta, casi dominando el estruendo de la fusilería.

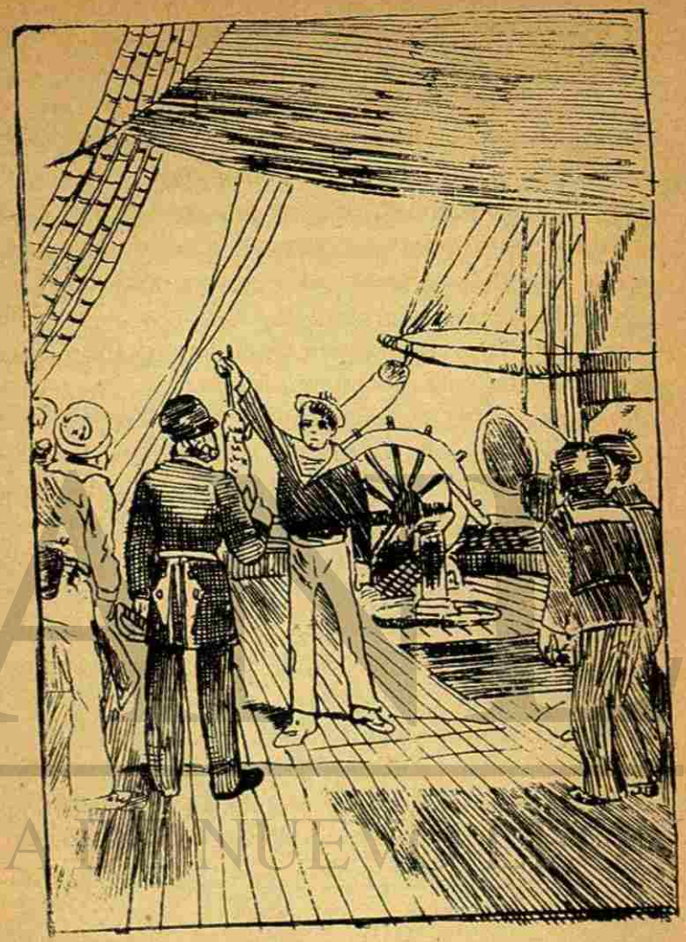
Y dicho y hecho, se echaron al agua los botes, se armaron los marineros de hachas y de los demas útiles que se necesitaban y como estaban ya muy cercá de los buques enemigos en dos por tres estuvieron dueños del bergantin Neptuno que no solo estaba desierto sino desmantelado, pues se habian aprovechado su cordelaje y tablas para otros usos que no eran los de la navegacion porque era ya un buque muy viejo é inservible y del mismo modo se apoderaron del Cleopatra, que si bien no estaba tan viejo habia quedado tan destrozado por los cañonazos que ya no podia navegar.

—¿Y el enemigo?

—Comandante, le contestó un soldado á Beranger, no hemos encontrado aquí mas sér viviente que este gato.

Cualquiera otro hubiera soltado la carcajada, pero Beranger se puso á redactar luego un parte muy pomposo encabezado así: "Destruccion de la escuadrilla del traidor Mina," y así se publicó con letras grandes en la Gaceta, mereciendo Beranger por accion tan distinguida muy altas recompensas.

Alaman dice muy gravemente que se apoderaron de ambos buques destruidos, sin *resistencia;* ¿pero acaso habia de hacerla el gato que era él único tripulante con que contaban?



—Y el enemigo?
Comandante, le contestó un soldado á Berenger, no hemos encontrado aquí más ser viviente que este gato

Beranger quemó lo que quedaba de buques y se fué á Veracruz á recibir el premio de su ridícula expedicion, el cual consistió en una paga para todos y en un escudo para la oficialidad con este epígrafe: "Al importante servicio en Soto la Marina."

A Mina le importó un ardite la pérdida de sus dos embarcaciones, que de propósito habia dejado abandonadas, y al siguiente dia 18 de Mayo expidió una proclama á los españoles y americanos diciéndoles entre otras cosas:

"Soldados españoles del rey Fernando:—Si la fascinacion os hace instrumentos de las pasiones de un mal monarca ó de sus agentes, un compatriota vuestro, que ha consagrado sus mas preciosos dias al bien de la patria, viene á desengañaros sin otro interes que el de la verdad y la justicia. Fernando, despues de los sacrificios que los españoles le prodigaron, oprime á la España con más furor que los franceses cuando la invadieron. Los hombres que más trabajaron por su restauracion y por la libertad de ese ingrato, arrastran hoy cadenas....."

Despues se dirige con mucha ternura á los americanos y termina con este párrafo elocuente:

"Soldados españoles y americanos:—Dejad á esos viles caudillos y acudid con nosotros al campo del honor donde tremola el lucido estandarte de la libertad. Vosotros sereis felices contribuyendo á la emancipacion de este pais y los laureles que ciñan vuestras frentes en defensa de la mas justa de las causas, se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rán un premio inmarcesible superior á todos los tesoros."

De manera que se vió en todo esto un marcado contraste, de tal modo que los mismos realistas se quedaban como sobrecogidos mirándolo.

Valentin Rubio decia á su hermano:

—¡Qué linda proclama! Este sí que es un hombre desinteresado y valiente, muy diferente de aquel otro que vino á destruir los buques.

—¿De cuál me hablas, hermano, del pedante Beranger?

—Del mismo.

—¡Oh! ese es un esclavo que no se atreverá á ver cara á cara á Mina. Los hombres esforzados y valientes son de la pasta de los dioses, mientras que la canalla que no tiene mas que espaldas para la servidumbre, está formada de la masa de Lucifer.

Veremos mas adelante en qué pararon todas estas misas.

CAPITULO XXIV

OTRA DEFECCION.

Acababa Mina de descalzarse las espuelas despues de haber hecho una de tantas expediciones que hacia con frecuencia para procurarse nuevos elementos, cuando entró el Dr. Mier á saludarlo. En el acto comprendió este que el general no estaba de buen humor y por lo mismo no se atrevió á hablarle de los varios asuntos que traia entre manos relativos á prensa y á gabinete; dejó, pues, que pasara la tormenta, limitándose á preguntarle:

—¿Me parece, hijo mio, que no vuelves contento de tu excursion?

—Fué inútil: me propuse castigar á ese pícaro de D. Ramon de la Mora que tantas veces me ha engañado; pero el coronel Perry no estuvo exacto para llegar á la hacienda de Palo Alto á la hora que le dije y aquel se me escapó.

rán un premio inmarcesible superior á todos los tesoros."

De manera que se vió en todo esto un marcado contraste, de tal modo que los mismos realistas se quedaban como sobrecogidos mirándolo.

Valentin Rubio decia á su hermano:

—¡Qué linda proclama! Este sí que es un hombre desinteresado y valiente, muy diferente de aquel otro que vino á destruir los buques.

—¿De cuál me hablas, hermano, del pedante Beranger?

—Del mismo.

—¡Oh! ese es un esclavo que no se atreverá á ver cara á cara á Mina. Los hombres esforzados y valientes son de la pasta de los dioses, mientras que la canalla que no tiene mas que espaldas para la servidumbre, está formada de la masa de Lucifer.

Veremos mas adelante en qué pararon todas estas misas.

CAPITULO XXIV

OTRA DEFECCION.

Acababa Mina de descalzarse las espuelas despues de haber hecho una de tantas expediciones que hacia con frecuencia para procurarse nuevos elementos, cuando entró el Dr. Mier á saludarlo. En el acto comprendió este que el general no estaba de buen humor y por lo mismo no se atrevió á hablarle de los varios asuntos que traia entre manos relativos á prensa y á gabinete; dejó, pues, que pasara la tormenta, limitándose á preguntarle:

—¿Me parece, hijo mio, que no vuelves contento de tu excursion?

—Fué inútil: me propuse castigar á ese pícaro de D. Ramon de la Mora que tantas veces me ha engañado; pero el coronel Perry no estuvo exacto para llegar á la hacienda de Palo Alto á la hora que le dije y aquel se me escapó.

—Fué una verdadera desgracia, contestó el doctor por decir algo.

—La desgracia no fué que se escapara Mora, que al fin podremos cogerlo despues, y de todos modos no se le hará nada, sino que estos movimientos los hago para establecer la costumbre de la obediencia estricta entre mis subalternos, cosa que ya me va pareciendo imposible.

—¡Ah!

—Este coronel Perry es un militar antiguo y debia comprender que las combinaciones de un general en gefe no son un mero juego.

—Es claro que debia comprenderlo mejor que nadie.

—Y no habiendo hecho lo que se le ordenó cuando no habia enemigo que se lo impidiera, constituye una gran falta.

—¡Quién sabe! tal vez pueda disculparse.....

—No, señor doctor, no tiene disculpa.

—Pues aquí llega precisamente y él puede dar una explicacion.

En efecto, Perry, acabando de apearse del caballo apenas, se habia dirigido al alojamiento de Mina.

—¡Hola! señor coronel, le dijo este, hasta ahora volvemos á vernos.

—Señor general, le contestó Perry, debo á vuestra excelencia una explicacion de mi conducta.

—Estoy dispuesto á oirla, le contestó Mina con una entonacion poca amistosa.

—Es tan sencilla, que bastará la relacion de los hechos para quedar justificado.

—Digo á usted, señor coronel, que ya estoy aguardando esa explicacion ó narracion, ó lo que sea, dijo Mina impaciente.

—Es el caso, continuó diciendo Perry, que encontrándome cerca de Palo Alto, supe por un vecino de los alrededores, á quien me encontré huyendo, que D. Ramon de la Mora en pos de quien íbamos, acababa de pasar por allí con un pequeño número de sirvientes, diciendo que más le convenia huir que esperarnos, porque suponia en nosotros intenciones hostiles, lo cual me obligó á desviarme del camino para ir á darle alcance.

—¿Y no tuvo su señoria un hombre montado á su disposicion para mandarme avisar tal ocurrencia?

—Tuve varios; pero en parte mi irreflexion y en parte la creencia que tenia de que pronto podria alcanzar al fugitivo, para entregárselo en persona, me hicieron descuidar este punto, como yo no quisiera.

—¿Y bien?

—Sucedió que una vez desviado de mi direccion, seguí persiguiendo á Mora con tenacidad, diciéndome los conocedores, que ya íbamos muy próximos á alcanzarlo, encontrando muy frescas las huellas de sus cabalgaduras y que con esa esperanza y la de regresar pronto, seguí internándome más y más en el pais.....

—Hasta que ya no fué tiempo de ir á incorporárseme.

—Hasta que pude alcanzar y aprehender á Mora.

—¿Es posible? dijo Mina levantándose muy albo-

rozado, pues el tal Mora le tenia muy ofendido, ¿entonces me trae usted á Mora prisionero?

—Perdóneme vuestra excelencia, pero no le traigo.

—Cómo! ¿que está usted diciendo?

—Alcanzamos á dicho individuo sobre la marcha, como vengo diciendo, y en vez de oponerme resistencia se dirigió á mí dándome mil disculpas por no habernos esperado en su finca, en virtud de asuntos de gran interes que le hacian ir sin demora á la villa inmediata, ofreciéndome como un donativo para nuestras tropas algunos caballos y cargas de reales que llevaba consigo, ofreciéndome que mas adelante nos ayudaria tal vez con hombres armados.

—¡Es singular! balbuceó Mina, ¿y trae usted ese dinero y esos caballos?

—Sin haber tocado nada hasta que vuestra excelencia lo disponga.

—Que se entregue todo á la intendencia para las atenciones del ejército y en cuanto á usted, Sr. Perry, siento mucho tener que decirle que no ha procedido en esta vez conforme á la disciplina militar.

—Mi general, exclamó Perry levantándose, en dónde debo presentarme arrestado?

—En ninguna parte ahora, le contestó Mina sintiéndose palidecer con el disgusto que el tono altivo de Perry le causaba; pero debo advertirle que estoy resuelto para lo sucesivo á castigar con todo rigor cualquiera falta de disciplina y que estos movimientos que hago todos los dias con diversos gefes, son para acostumbrarlos á la exactitud de las combinaciones y al órden militar, sin los que no puede tener éxito ninguna campaña. Puede usted retirarse.

Perry atravesó la estancia pisando fuertemente y con la cabeza más erguida que de ordinario, mientras que Mina lo siguió con la vista, venciendo los grandes deseos que le asaltaban de detenerlo para imponerle por fin un castigo, de cuya idea lo distrajo prontamente el Dr. Mier que le dijo:

—Has estado severo con ese hombre, hijo mio.

—No tanto como debia, le contestó Mina levantándose otra vez y empezando á dar vueltas.

—El creyó que te complacia mejor yendo á aprehender á un hombre que te habia burlado.

—Y si sabia esto, ¿por qué no lo trajo?

—Porque pagó su rescate.

—¿Y quién lo autorizó para tratar de ello?

—Como estamos en revolucion y no conoce ni los usos del pais ni nuestra disciplina.....

—Es militar antiguo, siempre ha sido subalterno y sabe que en todos los ejércitos del mundo se observa la mas completa sumision á los gefes.

—Ha tenido una falta, no puede negarse, pero ha sido una falta infinitamente pequeña en comparacion de las que se cometen todos los dias al frente del enemigo, y son perdonadas.

—Como quiera que sea, ese hombre y yo no podemos seguir marchando bien en lo sucesivo.

—¿Por qué?

—Porque en vez de mandarlo castigar con la se-

veridad que me proponia por sus faltas de disciplina, he tenido con él mucha conversacion. En su actitud al salir, en su mirada, en todo su porte, he visto con claridad que se ha convertido en mi más mortal enemigo por la reprension que le dirigí.

—Es natural que vaya disgustado.

—No, doctor. Perry es uno de esos hombres á quienes es preciso estar complaciendo siempre ó matarlos porque no quieren admitir ninguna contradiccion.

—Yo me encargaré de hablarle y persuadirle.

—Será inútil. Dejémosle venir y estemos alerta.

En esos momentos casi, recibió Mina un parte escrito de Perry, en el cual ademas de lo ya referido, le decia que otro de los motivos que habia tenido para no incorporársele era el haberse encontrado al paso al comandante Garza con doscientos hombres, quien lo habia atacado haciéndole un muerto y dos heridos, mientras que al enemigo le habia puesto quince hombres fuera de combate con los cincuenta que él llevaba.

—¡Ah! ¿cómo no comenzó por decirme esto? exclamó Mina..... En fin, lo hecho está hecho y ahora solo me queda que esperar alguna oportunidad para desagraviarle, porque Perry es un valiente á quien querria tener contento en mis filas.

Tras éste incidente llegó uno de los conocedores de la provincia á quien habia mandado á inspeccionar el campo enemigo y este le dijo que el comandante general Arredondo venia aproximándose aunque muy

lentamente con unos cuatrocientos hombres; pero con la seguridad de llegar á formar una columna de mas de dos mil con artilleria y caballeria, reuniendo los destacamentos que tenia esparcidos y contando con los auxilios que desde meses atras le habian mandado de Tampico, no siéndole ya difícil en uno ó dos meses más contar hasta con doble número de fuerzas regulares.

—Pues sea que venga aprisa ó con lentitud el tal Arredondo, exclamó Mina, es necesario que no nos encuentre desprevenidos.

Y á renglon seguido montó á caballo y se fué á reconocer el terreno en que habia de comenzarse á construir un fuerte desde el dia siguiente. Como siempre, Mina fué el primero en los trabajos, pues quitándose los arreos militares, él en persona se puso á la cabeza de los operarios con una parte de la guarnicion y en pocos dias vió aquellos coronados del mejor éxito, pues logró ver una pequeña fortaleza bien fortificada, con sus amplios almacenes para contener una buena cantidad de víveres y municiones, sostenida con dos baterias de cañones de diversos calibres. En esta obra le ayudó eficazmente el ingeniero Rignal.

Cuando el fuerte estuvo completamente terminado se depositó todo el cargamento del Neptuno, que consistia en armas y uniformes para armar á la gente que se fuera presentando. Mina nombró al mayor Sardá para que con cien hombres escogidos se quedara custodiando el fuerte, mientras él salia al

encuentro de Arredondo que avanzaba ya con dos mil hombres y 17 piezas de artillería.

La primera medida del general fué acampar con el resto de su gente á una legua de distancia de Soto la Marina, prefiriendo maniobrar en la llanura á encerrarse en una poblacion con la seguridad de ser sitiado y rendido. Creia que mientras él entretenia á Arredondo con escaramuzas, quien en caso de atreverse á atacar el fuerte seria rechazado, podia venirle algun auxilio de los insurgentes del interior que ya debian tener noticias de su llegada.

De todos modos, solo él podia tener fé en una empresa tan temeraria, pues que todos los demas estaban viendo muy claro que parecian como destinados á ser presa fácil de los realistas que venian cercándolos por todos lados con fuerzas muy considerables.

En una de las salidas que hicieron Mina y el coronel Young para reconocer unos puntos cercanos en donde trataban de poner una emboscada al enemigo, el coronel Perry se quedó como gefe superior en el campamento y cuando ya Mina se habia perdido de vista dijo al mayor Gordom:

—Amigo mio, este es el momento que debemos aprovechar para escaparnos.

—¡Cómo! exclamó el mayor asustado, ¿qué dice usted, coronel?

—Que estamos en el caso de abandonar á Mina en su loca empresa.

—¿Una traicion?

—No, sino una retirada. Si fuera traidor me ha

sobrado tiempo para vengarme de una injuria que me hizo en cierta vez y que no olvido nunca. Pero ahora no se trata de eso sino de que nos pongamos en salvo y salvemos tambien á estos desgraciados á quienes traemos engañados asegurándoles que seriamos recibidos en este pais con los brazos abiertos.

—¿Cuál es el designio de usted, coronel?

—Irnos directamente á la playa para buscar una embarcacion que nos lleve á los Estados Unidos.

—¿Con toda la gente?

—Con los que quieran seguirnos.

Y tomando por aquiescencia las palabras del mayor, se dirigió desde luego á la tropa que estaba ya formada y dirigiéndole una arenga concluyó manifestándoles que lo siguieran aquellos que tuvieran el valor de seguirlo y echó á andar por delante como hombre determinado á realizar aquella ignominiosa desercion. No solo el mayor Gordon que se sentia ligado á su gefe por simpatias y por obediencia y que palpaba las dificultades de la empresa de Mina, sino cinco oficiales mas y cincuenta soldados bien armados y municionados, siguieron á Perry, el cual deteniéndose á una legua de distancia, dijo á sus compañeros cuál era el plan que se habia propuesto seguir, el que consistia en llegar sin obstáculo á Matagorda como lo esperaba, en donde fácilmente seria sorprendido y vencido el corto destacamento del presidio de la Bahia, en la cual deberia haber alguna embarcacion que los condujera al lado del comodoro Aury, que era un hombre prudente é incapaz de llevar á sus su-

balternos á una muerte inevitable con empresas descabelladas.

—Ahora, preguntó, ¿quién de ustedes es conocedor de la senda que hemos de seguir?

—Yo, contestó el español Manuel Costilla.

—¿Quién es usted?

—Soy un vecino de Camargo, villa del Norte de esta provincia de Santander, que vine á alistarme bajo las banderas de Mina, alhagado por una de sus proclamas.

—¿Y quiere irse con nosotros á Galveston?

—No tengo otra salida: ahora ni los realistas ni los insurgentes me dejarán con vida si llego á caer en sus manos.

—Pues tome usted la delantera y sírvanos de guia.

El viaje tenia que ser apresurado para no ponerse entre dos fuegos, una vez que cualquiera de las fuerzas beligerantes tenia que considerarlos como enemigos, y así fué que solo se detuvieron al medio dia dos horas para tomar algun refrigerio y algun descanso, siguiendo despues la marcha durante la tarde y una parte de la noche. Fuera por cansancio ó por torpeza, aguardó á que fuera bien de dia para mandar intimar la rendicion del presidio, encontrándose su enviado con la fatalidad de que estaban llegando cosa de unos doscientos dragones procedentes de Béjar y al mando del coronel Antonio Martinez, uno de los más furibundos realistas.

Todos los de la expedicion se pusieron frios al saber tan funesta noticia, pero Perry sin desconcertarse ordenó á Costilla que los guiara para Nacodoches, en donde si llegaban con bien, consideraba que estarian ya en salvo.

Por supuesto que Martinez no perdió un momento luego que supo que andaba por allí una pequeña fuerza perteneciente á los insurgentes, pues que no llevaban aquellos tres horas de camino cuando empezaron á sentir que eran perseguidos.

—Por aquí dijo Costilla, señalando un bosque formado de arbustos bastante desarrollados para dar abrigo á la infantería.

Y oblicuando á la derecha se encaminó la pequeña columna de Perry á un bosquecillo que llevaba el nombre de "Perdido" por su alejamiento de los lugares frecuentados y por encontrarse en una hondonada que se prolongaba por algunas millas.

—¿Y ahora? preguntó Gordon al gefe de la partida.

—Ahora descansamos aquí y veremos lo que hacemos mañana.

Martinez hizo tambien alto y destacó luego un parlamentario ofreciendo á Perry y á los suyos la vida si admitian el indulto.

—¡Nunca! contestó Perry al enviado, diga usted al Sr. Martinez que antes de entregarnos combatiremos hasta que no quede uno de nosotros.

Durante la noche hubo un incidente que estuvo á punto de salvar á los sitiados. Martinez recibió un correo en que se le avisaba que un nuevo insurgente llamado Vicente Travieso se acercaba con miras hostiles á la bahia, por lo que tuvo que dividir su fuerza

dejando el cuidado de seguir vigilando á Perry al teniente Francisco de la Hoz con una fuerza de setenta ginetes y treinta infantes, mientras él con el resto acudia en auxilio de Matagorda.

Perry no supo ni que habia una fuerza insurgente inmediata, ni que Martinez se habia separado con parte de la suya del campo, lo cual le hubiera servido de mucho para normar sus operaciones, así es que creyéndose aún cercado por más de doscientos hombres, determinó romper el cerco en la madrugada; pero en los momentos en que realizaba su objeto dispersando un pequeño grupo del enemigo, llegó un refuerzo de sesenta caballos devueltos por el mismo Martinez por no serle ya necesarios, los cuales hicieron replegar á Perry hasta una loma á la caida de un arroyo en donde se propuso hacer una vigorosa resistencia. El combate se prolongó por muchas horas, porque los españoles y americanos que acompañaban á Perry peleaban con desesperacion y los realistas no se apresuraban á dár asaltos frecuentes ni impetuosos, sabiendo que aquel reducido enemigo más tarde ó mas temprano, no conseguiria escaparse, y lo que hacian era más bien cazarlos cubriéndose con los árboles y con las protuberancias del terreno que rodeaban la posicion hasta que vieron que ya no quedaban mas que diez hombres, probablemente faltos de parque, una vez que ya no disparaban sino uno que otro tiro.

Entonces de la Hoz enarboló bandera blanca y ofreció garantia de la vida á los que quedaban con

tal de que se indultaran. Perry, que ya estaba herido, dijo al emisario del enemigo:

—Lleve usted esta contestacion.

Y aplicándose la pistola que tenia en la mano á la sien, la disparó y se quitó la vida.

Entonces de la Hoz ya no tuvo resistencia, pues de los hombres que quedaban con vida solo Costilla estaba ileso, pues todos los demas se hallaban heridos mortalmente. Costilla, conforme á la costumbre establecida, fué pasado por las armas y de los trece heridos poquísimos fueron los que sobrevieron, costando esta victoria á los realistas quince muertos y sesenta heridos.

Mina entretanto habia regresado á su campo é impuesto de lo que habia pasado, no dió ningunas señales de sorpresa, ni de disgusto y antes bien dando descanso á la tropa, se puso algunas horas despues al frente de la caballeria disponible y siguió las huellas de los fugitivos; pero como en el camino supiera que ya le llevaban una ventaja de muchas leguas y se le advirtió que podia correr el peligro de ponerse entre dos fuegos, porque ya Perry era perseguido por fuertes destacamentos, dijo despues de dar la órden de contramarchar:

—Que corran su suerte esos desgraciados, no seré yo quien vaya á salvarlos del castigo que merecen por su defeccion.

Llegó muy fatigado á su alojamiento en donde lo esperaba el Dr. Mier y despues de cerrar la puerta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se echó en los brazos de su viejo amigo derramando amargas lágrimas.

—Hijo mio, le dijo el Dr. Mier acariciándolo, ten fortaleza.

—¿Y cómo he de tenerla si hasta los hombres á quienes considero más fieles me abandonan?

Y luego reponiéndose:

—Así no venceré; pero en fin, hay que ir adelante, y seguiré luchando.

Se echó en la cama vestido y pasó una de las noches más angustiosas de su vida.

CAPITULO XXV

PRIMER TRIUNFO

Estaba Mina en su campamento situado, como hemos dicho, á una legua de Soto la Marina, ocupado en llenar los huecos que habian dejado los oficiales desertores, cuando recibió el aviso de que Arredondo se encontraba ya á tres jornadas con dos mil hombres y diez y siete piezas de artilleria, mientras que los realistas Martinez y Garza reunian otros mil y quinientos, preparándose todos para coger en medio al puñado de insurgentes que se encontraban rodeando al intrépido caudillo español. En el acto de tener esta noticia montó á caballo y se dirigió al fuerte que estaba al Este de la villa, ocupado por el mayor Sardá. Llegó en los momentos en que el Dr. Mier preparaba una nueva proclama que habia de hacerse circular entre el enemigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se echó en los brazos de su viejo amigo derramando amargas lágrimas.

—Hijo mio, le dijo el Dr. Mier acariciándolo, ten fortaleza.

—¿Y cómo he de tenerla si hasta los hombres á quienes considero más fieles me abandonan?

Y luego reponiéndose:

—Así no venceré; pero en fin, hay que ir adelante, y seguiré luchando.

Se echó en la cama vestido y pasó una de las noches más angustiosas de su vida.

CAPITULO XXV

PRIMER TRIUNFO

Estaba Mina en su campamento situado, como hemos dicho, á una legua de Soto la Marina, ocupado en llenar los huecos que habian dejado los oficiales desertores, cuando recibió el aviso de que Arredondo se encontraba ya á tres jornadas con dos mil hombres y diez y siete piezas de artilleria, mientras que los realistas Martinez y Garza reunian otros mil y quinientos, preparándose todos para coger en medio al puñado de insurgentes que se encontraban rodeando al intrépido caudillo español. En el acto de tener esta noticia montó á caballo y se dirigió al fuerte que estaba al Este de la villa, ocupado por el mayor Sardá. Llegó en los momentos en que el Dr. Mier preparaba una nueva proclama que habia de hacerse circular entre el enemigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Señores, les dijo Mina, no es el momento de formar proclamas sino de prepararnos al combate.

—¿Pues qué pasa? preguntó el doctor alarmado, pues desde hacia algunos dias todos eran infortunios en aquella pequeña armada.

—Que vienen aproximándose algunas fuerzas de consideracion contra nosotros.

—Supongo, dijo el Mayor Sardá, que ya vuestra excelencia habrá formado un plan de operaciones.

—Tengo el único que puede ejecutarse mas ó menos bien en las circunstancias en que nos encontramos.

—Cualquiera que sea tiene que ser bueno.

—Oigámosle sin embargo, dijo el doctor dejando sus papeles y acercándose á los dos militares que estaban en la otra extremidad de la pieza.

Entonces Mina, bajando la voz, les dijo:

—Si nosotros, con la pequeña fuerza que tenemos, nos pusiéramos á esperar en esta fortaleza, ó fuera de ella, á un enemigo ocho ó diez veces mayor, indudablemente seriamos vencidos ó cuando menos cercados por tiempo indefinido, sin esperanza de socorros, hasta que nosotros nos abriéramos paso con sacrificio de los dos tercios de nuestra gente. Hacerles frente en cualquiera posicion ventajosa daria el mismo resultado: los rechazariamos una, dos y mas veces, pero al fin tendriamos qué ceder al número. De manera que en lo que menos debemos pensar es en un combate decisivo, que no podrá sernos de modo alguno favorable.

—Pero huir estando rodeados me parece imposible, exclamó el Dr. Mier.

—En efecto, si quisiéramos abrirnos paso con todas nuestras fuerzas, seria una empresa peligrosa que no aconseja la prudencia.

—Entonces.....

—Entonces he pensado que lo mejor es dividirse. Aquello que yo habia imaginado para hacer expediciones cortas, me va á servir ahora para hacer una campaña mas formal.

—Aunque no comprendo aún, dijo Sardá, tengo fé en que el general ha pensado lo mas conveniente.

—Oigamos, agregó el doctor.

—Este fuerte es el que nos va á servir de apoyo para todas nuestras operaciones.

—¿Este fuerte?

—Sí, señor doctor.

—¿Pero cómo?

—De la manera más sencilla. Aquí dejo al más bravo de mis oficiales al frente de cien hombres escogidos, con toda la artilleria y con todos nuestros depósitos de armas y municiones, mientras yo con el resto del ejército, salgo á hacer algunas escaramuzas, dando tiempo á que se nos reunan las numerosas fuerzas del Bajio que se están organizando para venir á protejernos.

—Pero al fuerte no dejarán de atacarlo.

—No lo harán teniendo una fuerza á la retaguardia, sino que todos se me echarán encima para no dejarme tiempo de que ensanche mis operaciones.

—Pudiera ser que tambien dividieran su gente, dijo Sardá, mandando una parte á seguir el cuerpo principal y destacando alguna mas ligera sobre el fuerte.

—¡Magnífico! exclamó Mina, si hacen eso, lo mas natural que se ocurre, están perdidos.

—¿Cómo?

—Porque yo alejaré á los que me sigan hasta un punto donde pueda derrotarlos con facilidad y entonces contramarcharé con mayor número de tropas sobre los que estén poniendo sitio al fuerte y si me esperan serán destrozados entre dos fuegos, resultando de todas maneras muy probable para nosotros la victoria, sin embargo de contar con tan reducido número de hombres.

El doctor y el mayor se dirigieron una mirada sorprendidos, sin saber si dar fé á aquel plan que parecia descabellado y mirarlo como una broma ó si debian aplaudirlo como una maravilla del arte de la guerra.

Mina acabó de darles confianza diciéndoles que los dos tenian que quedarse en el fuerte, el Mayor porque era su oficial mas valiente y el único en quien tenia plena confianza estando seguro de que primero habia de morir que rendirse y el doctor porque allí era en donde se quedaba con mas seguridad, una vez que los verdaderos peligros y las verdaderas fatigas en donde tenian que temerse era en las escaramuzas, pues que probablemente á aquellas pobres tropas que iba á llevarse Mina no les habian de querer dejar ni un momento de descanso.

—¡Oh! dijo Sardá, manifestándose muy satisfecho de aquella muestra tan grande de distincion, yo quisiera poder estar á la vez defendiendo este fuerte y corriendo los grandes peligros que van á correr mi general y demas compañeros.

—Gran servicio será, Mayor, el que usted preste sosteniéndose en este fuerte, á todo trance, y llevando yo la seguridad de que no lo abandonará.

Mier, que no las tenia todas consigo, dijo por su parte:

—Y yo no quisiera ni quedarme aquí, en donde será fácil que nos reduzcan por hambre, ni irme con la expedicion que no podrá hacer tal vez muchas jornadas sin que la ataquen triplicadas fuerzas.

Mina se sonrió viendo que el doctor comprendia perfectamente la situacion y se apresuró á decirle:

—Ustedes tienen víveres para mucho tiempo y el fuerte es intomable á viva fuerza aunque lo ataquen cuatro mil hombres.

—Yo lo defenderé, general, hasta el último extremo.

—Esas son precisamente mis instrucciones y de que se cumplan al pié de la letra depende el éxito de la campaña militar que vamos á sostener, contestó Mina. Por lo demas, si sale errado este plan, continuó á pocos momentos, no encuentro otro que me parezca mejor. ¿A ustedes se les ocurre alguno?

Sardá y Mier se vieron y contestaron que en efecto no habia otro.

—Entonces no hay que perder tiempo. Yo me voy

á poner en marcha inmediatamente para distraer la atencion del principal cuerpo de ejército que nos acomete. Ustedes, entretanto, pongan á cubierto las municiones para que no vayan á incendiarse y procuren acumular cuantas semillas puedan en los dias que les dejen libres. Nada de capitular ni de ceder en lo mas mínimo antes de que yo esté de vuelta, que será siempre á tiempo para salvarlos del mayor apuro. Por lo demas, si llegan á saber que soy destruido, cosa que considero difícil, pueden volar el fuerte ó hacer lo que les aconseje en el último trance el valor, el patriotismo y la lealtad.

Diciendo esto Mina volvió á montar á caballo y regresó á su campo. El mismo dia se puso en marcha con trescientos hombres divididos en tres cuerpos, comprendiéndose en ellos doce criados y cinco ordenanzas que tambien habian de combatir en caso necesario. ¿A dónde iba? Ni él mismo lo sabia; pero lo que le importaba era que se le viera moverse, tanto para infundir aliento á los partidarios de la insurreccion, como para distraer á las grandes masas de realistas que venian rodeándolo por órden del virey y que no eran menos de cinco columnas cada una compuesta de unos dos mil hombres. Los gefes que las mandaban eran Arredondo, comandante general de la provincia de Santander; el coronel Benito Armiñan, comandante general de la Huasteca; el mayor Rafols, que era gefe del batallon 1.° americano, Márquez Donallo y Hevia, que eran coroneles de los de mas importancia. El gefe de caballeria, D. Felipe de la Garza, tenia la prevencion de observar los movimientos de Mina con un cuerpo de cuatrocientos caballos.

Fuera que las instrucciones que tenia no alcanzaran á emprender ningun ataque contra las reducidas fuerzas de Mina, fuera que el rápido movimiento de este le hubiera impedido saber á tiempo que pasaba á pocas millas del lugar que ocupaba ó porque se hiciera disimulado, el hecho fué que lo dejó pasar sin molestarlo, quedando aquel sorprendido de haberse podido salvar del peligro de una escaramuza que podia, cuando menos, haberle costado alguna gente. Alborozado por el éxito de esta marcha, permitió Mina que sus soldados descansaran seis horas en Palo Alto en donde encontraron abundantes refrigerios, que bien los necesitaban en aquella estacion del año, la más calurosa y en aquellos desiertos que habian tenido que atravesar sin encontrar ni una gota de agua.

Sin tener ningun tropiezo, continuó luego su marcha con direccion á Horcasitas. El rio que pasa á la orilla de la ciudad estaba algo crecido y aunque para todos los que lo pasaran habia riesgo de ahogarse, solamente pereció el teniente Gobet que fue arrastrado por la fuerza de las corrientes.

En todos esos rumbos habia grandes simpatias por la insurreccion, pero habia mas miedo á los realistas, de manera qué tanto las poblaciones como las rancherias se encontraban desiertas; sin embargo, no faltó un amigo que hiciera saber á Mina que en la hacienda del Cojo, del coronel D. Cayetano Quintero,

furibundo realista, habia una partida de setecientos caballos mansos preparados para el enemigo, y sin pérdida de tiempo mandó capturarlos, destinando para este objeto al capitan Travino.

Este oficial, que llevaba santo y seña, llegó á la hacienda al medio dia y manifestando un papel firmado por Quintero de una manera supuesta, dijo al administrador:

—Vengo por los caballos.

—¿De parte del gefe?

—Aquí está la órden.

—Es raro que mande tan pronto por ellos, dijo el desconfiado administrador rascándose la cabeza.

—Nada tiene de raro, le contestó Travino, porque aquí cerca andan los insurgentes.

—¿Quienes son los que andan?

—Un tal Mina que trae como dos mil hombres, segun nos ha dicho uno que lo ha visto en Horcasitas.

—¿En Horcasitas?

—Sí, sí, amigo mio, allí están, de modo que no hay tiempo que perder ó se nos van los caballos.

—¡Maria santísima! exclamó el administrador alarmado.

Y entonces mandó á su gente que juntara los caballos del campo, mientras que Travino escogió otros de las caballerizas que tambien se llevó con pretexto de ponerlos en salvo.

El administrador vino á comprender que habia caido en un lazo ya cuando los caballos iban por delante

arreados por su misma gente, viendo que Travino recogia tambien las armas de la hacienda y algunos mozos que le parecieron buenos para soldados.

El diligente administrador para tomar algun desquite, no solo mandó avisar á todas partes donde habia fuerzas realistas de que allí estaba Mina, sino que comisionó á cinco de sus hombres mas conocedores de las travesias, para que se fueran por entre el monte á lazar los caballos que pudieran; pero no pudo rescatar mas que unos quince ó veinte de los menos servibles.

Todos los de Mina saludaron aquel hallazgo con las mayores muestras de regocijo, pues fuera de que se privaba al enemigo de un buen elemento, en adelante ni los mismos infantes andarian á pié, teniendo ya excelentes caballos para hacer grandes jornadas. Todos fueron montados en efecto, en los caballos mas fuertes, soltando los sobrantes por inútiles en las travesias mas escabrosas y dándoles la estampida de cuatro en cuatro ó de cinco en cinco por lugares en que menos pudiera encontrarlos el coronel Quintero, quien seguramente hizo gran mohina por la jugarreta de los insurgentes.

Los realistas, luego que observaron cual era la marcha que seguia Mina, arreglaron á ella sus movimientos. Armiñan, que era el que tenia un cuerpo de ejército mas numeroso, mas caballeria y mas dominio sobre los terrenos que los insurgentes iban pisando, fué el designado para que siguiera dándoles caza,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mientras que Arredondo fué el encargado de atacar el fuerte de Soto la Marina.

Armiñan, creyendo que Mina iba á meterse en la Huasteca para ponerse en comunicacion con D. Guadalupe Victoria que todavia se mantenia con alguna gente en las costas de Veracruz, mandó que Melgares se situara con la caballería en la hacienda del Cojo, mientras él haciendo que la infantería pasara el rio en canoas ocupaba la poblacion de Altamira, seguro así de cogerlo entre dos fuegos y obligarlo cuando menos á capitular.

—Ya lo tenemos, decia á sus oficiales, mañana ó pasado mañana cuando mas tarde, tenemos á Mina en nuestro poder. El camino de San Luis lo tiene cubierto Villaseñor con un buen cuerpo de caballeria, así es que el renegado está ya dentro de la ratonera.

—¿Y si atacan á Melgares? le preguntó el capitan Tapia.

—¡Qué delirio! exclamó riéndose Armiñan, Melgares tiene seiscientos buenos dragones y cuatrocientos mas de Garza con que puede auxiliarlo en dos horas.

Pero cuando mas estaba regocijándose de los seguros resultados que tenia que darle su táctica, vino uno de sus espias á decirle que Mina se habia lanzado á la sierra y que llevaba el rumbo del Valle del Maiz.

—Tampoco se nos escapará, dijo Armiñan, allí tambien podremos cogerlo con tal de que marchemos de prisa.

Y en efecto, se puso á andar de prisa, pero apenas llegaba á la mision de San Baltasar, cuando Mina le llevaba ya mucha delantera: estaba ya á media jornada de Valle del Maiz.

Allí se encontraba el capitan Villaseñor con el escuadron de Sierra Gorda que se componia de ciento veinte dragones bien armados y con algunas compañias de realistas rurales que podrian llegar á otros ciento veinte, con los que se resolvió á salir al encuentro de los insurgentes.

Al dejar el pueblo dijo Villaseñor á los vecinos:

—Nadie se mueva de aquí, pues que aun con cincuenta hombres me comprometeria á derrotar á los revoltosos en las gargantas de la sierra. Dentro de doce horas les traeré á ustedes las cabezas de Mina y de sus principales capitanes.

Pero Villaseñor no contaba con la rapidez vertiginosa que llevaba Mina, al cual encontró á unas dos ó tres leguas despues de la salida del pueblo en el punto llamado los Lobos. Entonces retrocedió y como la noche avanzaba acampó sobre unas lomas que dominaban el camino.

Los informes que adquirió fueron inmejorables, los insurgentes venian completamente destroncados y la tropa no era tropa sino una chusma que no resistiria la primera carga de caballeria. Mina habia salido desde el 26 de Mayo de Soto la Marina, estando ya rodeado de fuerzas enemigas por todos lados, y era el 8 de Junio cuando se le iba á obligar á librar el primer combate. De manera que habia conseguido bur-

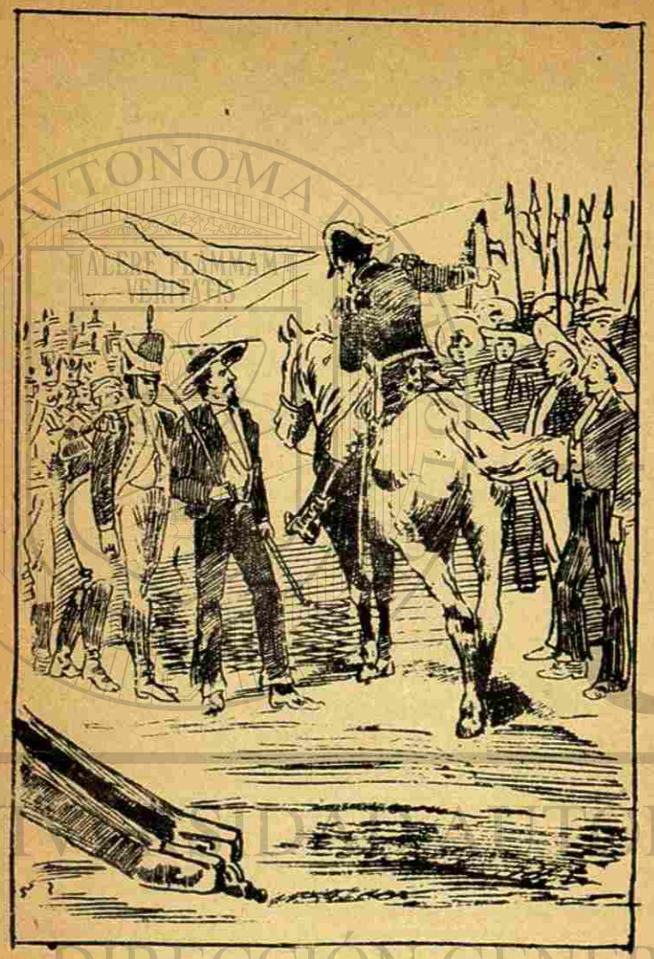
lar la vigilancia del enemigo durante quince dias y aun en aquella vez podia haber aprovechado la noche para ponerse á buena distancia de Villaseñor, si hubiera tenido empeño en esquivar el combate; pero vió que las fuerzas que se le oponian eran poco mas ó menos iguales y consideró que era conveniente intentar un golpe que podria abrirle las puertas del país si conseguia darlo contuso.

Desde por la noche ordenó su plan de operaciones, dando las órdenes correspondientes á sus subalternos, encareciéndoles que no se separasen ni un punto de ellas si querian afianzar la victoria.

Muy temprano se encontró á caballo el dia 8 avanzando sobre las posiciones ventajosas que ocupaba el enemigo.

Cuando ya estaban á tiro de fusil, Mina destacó á unos cincuenta tiradores entre los que sabian mejor poner el punto en blanco, dándoles instrucciones de que se diseminaran para no presentar bulto al fuego del enemigo que estaba compacto. Villaseñor, que no estaba acostumbrado á esta táctica y que sentia que los tiradores hacian mucho daño en sus filas, mandó que la vanguardia se replegara á la reserva para dar una carga cerrada con toda su fuerza; pero antes de poder disponer su columna ya tenia encima al enemigo. Mina habia avanzado cubriendo su fuerza por el flanco izquierdo y luego que observó el movimiento de los realistas, al grito de ¡Viva la independencia de México! cargó sobre ellos haciéndoles huir en desórden para la poblacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Entonces no se oyó mas que un solo grito dado por los prisioneros ya libres, por los soldados y por los vecinos de la poblacion: ¡Viva Mina!

—¡A ellos! ¡á ellos! gritó á los suyos, no hay que dejarlos que se organicen porque entonces se hacen fuertes en la poblacion y pueden detenernos, ¡á ellos! ¡á ellos!

Y sin dejar que sus soldados se ocuparan de tomar el poco botin que habia quedado en las lomas, hizo que unidos siguieran al alcance, llegando todos juntos á las calles del Valle del Maiz.

Vilaseñor reunió sus dispersos en la plaza y volvió á hacer frente á los de Mina, pero estos venian engolosinados con el triunfo y aún sin dar tiempo á los que se habian quedado atrás, se precipitaron sobre los realistas con gran denuedo volviendo á desordenarlos y á ponerlos en fuga.

Entonces Mina organizó violentamente á veinte de sus húsares mejor montados y se lanzó detras de Villaseñor, que llevaba unos cuarenta dragones completamente desmoralizados, á los que fué lanceando en un gran trecho, es decir, durante dos ó tres leguas mas, hasta que vió que los pocos que quedaban tomaban diversas direcciones, sin saberse cuál de todos era Villaseñor, que era el único á quien hubiera querido coger prisionero.

Mina regresó con diez realistas presos, que juntos con otros que habian hecho sus oficiales hasta el número de cincuenta, puso en libertad, recomendándoles que no volvieran á pelear en contra de la independencia.

Entonces no se oyó mas que un solo grito dado por los prisioneros ya libres, por los soldados y por los vecinos de la poblacion: ¡Viva Mina!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXVI

¡EL ENEMIGO!

Mina, léjos de hacer que sus soldados se abandonaran á los regocijos y al saqueo de la poblacion, como era la costumbre en unos y otros beligerantes luego que alcanzaban un triunfo cualquiera, tan pronto como logró reunir sus tropas en la plaza, vueltas de la persecucion que habian venido haciendo á los dispersos del enemigo, les previno que conservaran el mejor órden, estando listas en sus cuarteles para moverse luego que fuera necesario. A mayor abundamiento mandó fijar unos anuncios en las esquinas en que daba garantias á los moradores de la villa y consideraba reos de muerte á los que, siendo de la division ó no, cometieran algun escándalo.

Esto solo bastó para que todo volviera allí á la tranquilidad habitual.

A renglon seguido mandó reunir en su alojamiento á los vecinos principales, y les dijo:

—Señores: tengo noticias de que existen aquí muy grandes almacenes de toda clase de mercancias, como punto de depósito de las que desembarcan por Tampico y se despachan para aquel puerto, siendo ricas en demasía sus casas de comercio: por eso mi primer cuidado ha sido dar plena seguridad á esos intereses impidiendo que fueran pillados despues del triunfo obtenido esta mañana. Pero si yo me he considerado en el deber de dar estas garantias, tambien es fuerza agregar que traigo tropas á mis órdenes que necesitan subsistencias, las cuales no les puedo proporcionar sin el auxilio de los que las tienen, asegurándoles que si la suerte nos favorece, todo lo que se nos proporcione se pagará, recibiéndose por ahora en calidad de préstamo. Deseo que ustedes mismos regulen una cantidad que puedan darme, sin que me obliguen á ejercer violencias que me repugnan, quedando entendidos de que serán pagados de todo si llegase á triunfar la santa causa que defendemos, haciendo valedero el recibo que les dejaré otorgado.

Los vecinos se retiraron contentos de la manera afectuosa con que los habia tratado aquel caudillo, pues era la primera vez que se les decia que contribuyeran voluntariamente, y si bien no se mostraron muy expléndidos, parte por el mismo amor que tenian á sus riquezas y parte por el miedo que abrigaban de que fueran á saberlo los realistas, á poco volvió un comisinado con algunos sacos de dinero, con el

que pudo hacer Mina entre sus soldados un reparto suficiente á hacerles olvidar las perspectivas del pillage.

El dia 9 y el dia 10 los pasó la division en el mismo Valle del Maiz descansando de las rudas fatigas que habian tenido en las anteriores marchas, hechas violentamente por un terreno muy quebrado, ocupándose los gefes, por su parte, en arreglar todo lo necesario para estar listos á la primera órden, mientras que Mina estaba atento á todo lo que podia ofrecerse y con especialidad á los movimientos del enemigo.

En esa virtud, supo el mismo dia 10 que Armiñan con todas sus tropas se encontraba ya á dos leguas de distancia, siendo muy probable que allí pernoctara para presentarse delante de la plaza con los primeros fulgores de la mañana del dia siguiente. Entonces Mina convocó á sus principales oficiales y les pidió su parecer.

Todos fueron de opinion de que era de aprovecharse la victoria alcanzada sobre Villaseñor que debia haber desmoralizado al enemigo y el buen espíritu que reinaba en la tropa, lista para combatir aunque fuera contra un ejército disciplinado.

—Pero es que Armiñan trae lo menos dos mil hombres, les contestó Mina y nosotros no podemos presentar en línea mas que unos trescientos escasos.

—Creo que triunfaremos á pesar de eso, dijo el mayor Stirling.

—Con doscientos caballos mas, esto es, con otros doscientos dragones de la talla de nuestros cincuenta húsares, ni siquiera vacilaria, contestó Mina; pero exponernos ahora, estando cercados como estamos, á una derrota en un combate dudoso, seria el colmo de la temeridad. No temo las consecuencias del desastre sino por hallarnos en un terreno tan completamente desconocido para todos nosotros.

—Quiere decir que así tendremos mas empeño, desde el general hasta el último asistente, en ganar la victoria, dijo por su parte el mayor Mailefer.

—Yo tambien opino como el general, exclamó el capitan Travino: no hay necesidad de aventurar nuestros elementos en un combate, por mas que tengamos algunas probabilidades en nuestro favor, puesto que no estamos todavia en condiciones de reponer nuestras bajas con facilidad. Si hay absoluta necesidad de combatir, combatamos; pero si se puede esquivar el lance con honra, y sobre todo, sin que nuestra gente entienda que se teme al enemigo, lo mas prudente es que nos retiremos.

Todos dijeron entonces que se sometian á lo que dispusiera el general, y en esa virtud Mina ordenó que en el acto se dispusiera la marcha, quedándose él á cubrir la retaguardia con sesenta hombres y dispuesto á no abandonar la poblacion sino hasta el dia siguiente. Esto lo hizo el valiente caudillo con dos objetos: el uno para que no se dudara ni por un momento de su valor y el otro para ver de cerca el número y el espíritu que traian las tropas de Armiñan.

Se hizo todo segun aquellas prevenciones: el grueso de la division compuesta de unos trescientos sol-

dados con los pocos que se habian alistado bajo sus banderas, salió en la misma noche del 10 para ir á quedarse á unas cuatro leguas en direccion á San Luis, permaneciendo Mina en Valle del Maiz con sesenta hombres bien montados, listos para resistir el choque de toda la columna de Armiñan en caso de que se presentara en la misma noche. Antes de que amaneciera mandó ensillar y que su tropa estuviera montada para salir á ver las fuerzas de Armiñan como deseaba, las que venian avanzando por el camino real con las debidas precauciones.

Ambas fuerzas se cruzaron algunos tiros y esto sirvió para que Armiñan mandara hacer alto á toda su columna para disponer el ataque en toda forma, mientras que Mina se retiró poco á poco por el centro de la poblacion seguido de sus sesenta dragones.

Armiñan no se atrevió á entrar sino por la tarde con su caballeria y despues que se hubo asegurado de que ya no se veia ni el polvo de los insurgentes, mandó que entrase el dia 12 la infanteria, lo cual sirvió á Mina para tomar en esos dos dias una buena delantera.

El subdelegado del pueblo se habia presentado á la sazon al Sr. Armiñan con el sombrero en la mano diciéndole que él y todos los moradores del pueblo estaban listos para servirle.

—¿Y por qué no se salieron ustedes? le preguntó el coronel español con aspereza.

—Señor, le contestó el subdelegado, aquí estaba con fuerzas realistas el Sr. Villaseñor y lo que menos

podiamos figurarnos todos era que iba á ser vencido por los insurgentes.

—¿De manera que es verdad que Villaseñor fué derrotado?

—Tan verdad que por aquí se volvió defendiéndose con unos cuantos.

—¿Y perdió algunos prisioneros?

—Sí, señor, muchos y tambien muchas armas.

—¿Los prisioneros fueron fusilados?

—No, señor: todos fueron puestos en libertad por el Sr. Mina.

—No se llama el Sr. Mina, se llama el traidor, el vil Mina.

—Todos los prisioneros fueron puestos en libertad por el traidor, por el vil Mina, repitió prontamente el subdelegado.

—¿Y dónde están?

—Unos quince siguieron sus banderas y otros se fueron en busca de Villaseñor.

—¿Y el traidor Mina no ha dejado nada que le pertenezca?

—Solamente un soldado, herido gravemente de un muslo.

—Y dónde está ese soldado? preguntó Armiñan brillándole los ojos de alegria.

El pobre subdelegado, que creyó le hacia aquella pregunta el gefe deseoso de pagar la generosidad de Mina con otra generosidad mas grande prodigando atenciones al soldado herido, le contestó sin vacilar:

—Señor, el herido está en mi casa.

—¡Cómo! un traidor en la casa de la autoridad?

—Señor, no es mas que un moribundo.

—Que se me traiga en el acto.

El herido fué traido como mandó Armiñan y aunque se conocia que no habia de sobrevivir y que aun en ese caso quedaria inutilizado, lo mandó luego fusilar en la plaza, horrorizando con su crueldad á todos los vecinos de Valle del Maiz y especialmente al subdelegado.

Entre tanto Mina, con su puñado de hombres, sin direccion fija y haciendo involuntariamente grandes rodeos, pues no habia guías que quisieran servirle por temor á los realistas, logró llegar á duras penas el dia 14 por la noche á la hacienda de Peotillos.

Mina habia dicho á sus fatigados soldados al avistar la famosa hacienda de los padres carmelitas:

—Allí tendremos descanso y abundantes provisiones para reponernos de las hambres que hemos venido pasando en este trabajoso camino. Animo, amigos mios, acabemos de andar las seis millas que nos faltan y habremos llegado á puerto seguro.

Los pobres soldados, aguijoneados por el hambre y recobrando el ánimo con las lisonjeras palabras de Mina, se pusieron nuevamente en marcha, creyendo que á cualquiera hora que llegaran á la hacienda encontrarian la mesa puesta y provista de abundantes alimentos que era, por el momento, lo que mas necesitaban, pues en todo el dia no habian encontrado un mísero pan de maiz ó un poco de pinole que llevarse á la boca, así es que apresuron el paso con todo el

ardor de quien está próximo á llegar al fin de la jornada.

Llegaron por fin á la gran finca á eso de las diez de la noche y se encontraron las puertas cerradas.

Tocaron repetidas veces y no hubo quien les contestara, viéndose en la necesidad de derribar una de las puertas.

Encendieron luces, recorrieron las habitaciones, las caballerizas, los corrales ..... ¡Nada! ni un hombre, ni un animal, ni allí ni en las casuchas de los trabajadores que estaban circundando la hacienda. Ni lumbre, ni semillas, ni vestigios de ningun alimento.

El mayordomo habia tenido tiempo y destreza para hacer el vacio en todos los dominios de los venerados padres carmelitas.

Entonces los soldados, lo mismo que los gefes, renunciaron á la cena en que todos habian venido pensando y tuvieron que conformarse con el descanso.

Mina mandó que todos los equipajes y cargas de vestuario y municiones se depositaran bajo de techo, hizo que todas las cabalgaduras fueran bien pertrechadas en las caballerizas y, creyendo que por lo pronto no habia nada que temer, permitió que todos se acostaran sin mas precaucion que afianzar bien las puertas para evitar una sorpresa, ocupando ademas las alturas con una parte de la fuerza bien provista de municiones.

Concluidas estas faenas, todo el mundo se entregó confiadamente al sueño, para reponerse de las fatigas

de aquel dia en que no habian andado menos de unas quince leguas por un terreno áspero y desierto.

La noche se pasó tranquilamente, pero cuando apenas empezaba á alborear la primera luz de la mañana, resonaron tres fuertes golpes dados en la puerta de la hacienda que llegaron hasta la alcoba en que dormia el general.

Nadie respondió y los tres golpes fueron repetidos con mas fuerza. Mina se incorporó y estuvo con el oído atento para observar lo que pasaba.

Los golpes resonaron por la tercera vez, se oyeron algunas voces confusas y por fin se escuchó el ruido de la puerta que se abria y luego en el embaldosado del patio las pisadas de dos caballos.

—¿Qué contendrá esto? se preguntó Mina.

Y como se habia acostado vestido para estar dispuesto á cualquiera emergencia, de un salto se puso de pié y habló á uno de sus ayudantes que estaban en la habitacion contigua, diciendole:

—Teniente Montalvo, vaya usted á averiguar qué ruido es ese.

A pocos momentos volvió Montalvo acompañado de otra persona.

—Aquí está un jóven, dijo al general, que dice llamarse Adrian Pinto y que tiene grande empeño de hablar con vuestra excelencia.

—¿A estas horas?

—Dice que no hay momento que perder.

—Que entre, contestó Mina.

Como oyera estas palabras el desconocido, se adelantó luego, hizo una inclinacion muy respetuosa y dijo al general con todo el desembarazo de una persona acostumbrada á hablar con los grandes:

—Me llamo Adrian Pinto, aunque segun dicen, debia llevar otro apellido por ser hijo bastardo de un hombre noble y rico de esta provincia de Potosí, en cuyas posesiones he estado oculto hace algun tiempo esperando una oportunidad para venir á ofrecer mis servicios á la primera fuerza insurgente bien organizada que se presentara.

Mina abrió las ventanas de la habitacion por donde apenas pudo penetrar una luz muy débil, invitó al jóven á sentarse y luego le preguntó:

—¿Quiere decir que ya saben por todas partes que me encuentro en esta provincia?

—Yo sabia que vuestra excelencia habia desembarcado en la costa del Nuevo Santander y que avanzaba con lucidas tropas para el Bajio desde hace un mes ó poco mas; pero desde ayer, por los habitantes dispersos de esta hacienda, pude convencerme de que vuestra excelencia se aproximaba con su ejército.

—¿Qué número es el que dan á mis tropas?

—Dicen que son unos dos mil hombres de todas nacionalidades, pero muchos agregan que se han presentado tantos descontentos á vuestra excelencia, que ya cuenta con cinco mil soldados muy bien armados.

—Vamos á ver, jóven, porque segun la voz de usted y los pocos rasgos de su fisonomia que puedo ver con esta escasa luz, usted es muy jóven, ¿qué motivos

tiene para presentarse á la insurreccion siendo hijo de una familia noble y poderosa?

Aquí Adrian refirió cómo siendo alférez en uno de los cuerpos distinguidos del ejército realista, por las persecuciones del poder se habia visto precisado á huir de la corte en donde era reo de muerte por haber herido ó muerto á uno de los gefes mas distinguidos del virey. Adrian no hizo misterio ni de sus inclinaciones hácia Elena, sino que todas sus aventuras las refirió con franqueza é ingenuidad.

Mina no podia ocultar la satisfaccion que le causaba hacer la adquisicion de un jóven militar valiente y entendiendo y conocedor ademas del terreno que iban á seguir pisando, así como de los hombres en general y en particular de los elementos que tenian en aquellos instantes el gobierno y la revolucion, así es que le preguntó incontinenti:

—¿Y usted está resuelto á seguir nuestras banderas cualquiera que sea el número de soldados que tengamos y cualquiera que sea la suerte que nos espere?

—Comenzaré por decir á vuestra excelencia con toda ingenuidad que no me ha casusado poca sorpresa ver que al llegar no me haya encontrado con ninguna avanzada, ni con ningun centinela que me marcara el alto, ni con un campamento establecido en toda forma.

—Eso depende de que usted ha tenido noticias muy exageradas. Mi ejército no se compone actualmente sino de unos trescientos hombres bien armados y municionados; pero llenos de hambre y de fatiga. Contra todas las leyes de la guerra por haber llegado aquí á horas avanzadas de la noche, les permití que se entregaran todos al reposo, seguro como estaba de que no teniamos enemigo que pudiera molestarnos; pero todos mis hombres son valientes y decididos y sabrán vencer á cualquier ejército que se les presente.

—Pues bien, general; yo quiero ser admitido en el número de esos valientes.

—En ese caso vaya usted á reponerse un poco, porque dentro de dos ó tres horas nos podremos en camino, y despues seguiremos hablando.

Pinto se retiró satisfecho de su entrevista acompañado de un oficial encargado de alojarlo.

En el acto salió Mina á dictar sus disposiciones para arreglar á sus tropas un rancho suculento que ya les era indispensable, si acaso habian de continuar la marcha como pensaba.

Mandó poner centinelas y arreglar el servicio militar en campaña.

Los forragistas y proveedores habian acopiado ya lo suficiente tomándolo de los alrededores para un almuerzo abundante que debia componerse de carne asada, de leche fresca, de pan de maiz y de algunas aves de corral, no faltando tampoco el pan de trigo cuya semilla existia allí en abundancia.

El mismo Mina estaba ya preparándose para sentarse á la mesa que se le habia dispuesto, cuando se oyó la voz destemplada de un centinela situado en la azotea que gritó tres veces:

—¡El enemigo!

CAPITULO XXVII

¡VICTORIA!

El grito del centinela que estaba en la azotea de la hacienda de Peotillos fué tan alarmante, que los soldados se pusieron luego sobre las armas y el mismo Mina abandonó el comedor á donde iba á almorzar con todos sus oficiales, dirigiéndose, seguido de todos ellos, á la misma azotea para observar lo que pasaba. Nadie queria creer que en efecto se presentase el enemigo á aquella hora, en primer lugar, porque se habia quedado muy léjos la tropa que venia persiguiéndolos, y en segundo lugar, porque estaba el rancho ya listo, y desde el dia anterior no habia probado alimento ninguno de aquellos valientes; pero tuvieron, ademas, que obedecer al jefe que les ordenó que ensillaran los caballos y que todo estuviera listo para hacer un reconocimiento, seguro de que podrian regresar pronto á continuar la importante ocupacion de fortalecerse con las buenas provisiones que estaban preparadas. Todo se volvió movimiento en la hacienda y cada cual se ocupó de la parte que tenia encomendada para el caso de tener que sostener un combate.

. Mina entretanto llegó á la azotea y pudo convencerse por sus propios ojos de que á lo léjos y por el mismo rumbo que él habia traido la víspera se veia una gran polvareda en una gran extension de terreno, causada por considerable número de tropas. Entonces, para no desanimar á los que lo oian y que éstos pudieran trasmitir la noticia á los demas, dijo en alta voz:

—Son nuestros; viene únicamente la caballería á la vanguardia, de modo que la infantería debe haberse quedado bastante léjos.

Allí mismo en la azotea reunió en torno suyo á los principales jefes y les dijo:

—No podemos retirarnos á la vista del enemigo, porque siendo solamente caballería y en número considerable, pronto nos dará alcance causándonos algun descalabro. En consecuencia, mi parecer es que debemos combatir. ¿Qué les parece á ustedes?

Todos aprobaron; pero difirieron las opiniones en cuanto á la forma. Unos decian que debia defenderse la posicion en donde estaban para que entraran en accion todos sus elementos; pero Mina, que era enemigo de encerrarse en donde pudiera ser rendido por el hambre, resolvió el punto diciéndoles:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No tenemos tiempo que perder, porque el enemigo sigue avanzando rápidamente. Debemos salir á encontrarle. Señor coronel Novoa: usted se queda para protejer nuestra retirada en caso necesario desde esta altura. Señor Mayor Maylefer, usted con todos los bagages listos para trasportarlos á donde se le ordene, se quedará en el patio de la hacienda y tambien nos protejerá si se ofrece, desde las ventanas. Ya tendré cuidado de mandar las órdenes nuevas que sean necesarias segun el éxito del combate. Yo llevaré conmigo la guardia de honor: el regimiento de la Union y el primero de línea. Con ciento treinta ó ciento cuarenta hombres de los mas resueltos tengo lo suficiente para dar una buena carga al enemigo. En marcha, señores.

Diciendo esto bajó con prontitud la escalera y en menos de un segundo se puso á caballo. Escogió entonces el pequeño grupo que debia seguirlo y formándolos en el patio de la hacienda les dijo:

—¡Compañeros de armas! Ha llegado el momento de probar una vez mas vuestro valor. El enemigo se encuentra ya muy inmediato á este punto, y es imposible poder esquivar el combate: ni él nos lo permite porque viene solo con la caballeria, ni nuestro decoro tampoco nos permite en estos momentos en que viene á buscarnos en nuestro mismo alojamiento, volverle la espalda. De nosotros depende que no dejemos llegar la infantería que aún se divisa muy léjos, si sabemos dar una carga ruda que no le deje tiempo de reponerse ni de coordinar todos sus elementos de combate. Si destruimos la fuerza que tenemos al frente, que debe ser como la tercera parte de la que está destinada á atacarnos, ya nada tenemos que temer. Os he ofrecido que pronto vendremos á saborear el almuerzo que estábamos preparando y cuento con poderos cumplir este ofrecimiento, si me secundais en el campo de batalla como es debido. Todavía antes de esponeros á los golpes de ese enemigo superior en número aunque no en bizarría, es mi deber dirigiros esta pregunta: ¿Quereis salir al campo á encontrar al enemigo como yo deseo? ¿Teneis confianza en vuestro jefe que solo espera conduciros á la victoria?.....

Antes de que Mina pudiera continuar su discurso, todos gritaron por tres veces: ¡Viva el general Mina! Y el abanderado de infantería se adelantó tres pasos y dijo con voz robusta:

—Todos estamos dispuestos á seguiros á todas partes, mi general.

Los vivas se repitieron. Mina desenvainó la espada y solo les dijo:

—En marcha, pues.

Al llegar á la puerta se encontró un apuesto jóven bien montado y con la espada desenvainada, el cual saludándole con donaire, le preguntó:

—¿Cuál es mi puesto, mi general?

—¡Ah! ¿es usted el capitan Adrian Pinto que me habló esta mañana?

—El alférez Pinto, mi general.

—Capitan digo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Gracias, mi general.

—Aquí, á mi lado, los valientes cerca de mí.

Y ambos se pusieron al frente de aquella diminuta columna, que se veia como un juguete cuando se descubrió desde la azotea la formidable que venia avanzando.

Ahora digamos algo de esta para la mejor inteligencia de nuestros lectores.

Habiamos dejado al coronel realista Armiñan ocupando con todas sus tropas el Valle del Maiz, horas despues de ser desocupado por Mina.

Al dia siguiente en los momentos de salir se le incorporó la infanteria que mandaba Rafols, lo mismo que un grueso cuerpo de caballeria de Tulancingo al mando del coronel Anaya. Sobre la misma marcha se le unió tambien Villaseñor con sus dispersos, componiendo un piquete como de treinta hombres, resto de los trescientos con que se habia batido con Mina. De la misma manera se le unieron sobre la marcha seiscientos hombres montados del cuerpo de realistas de Rioverde, puestos bajo el mando del mismo Villaseñor, componiendo con todas estas fuerzas una columna de cerca de unos tres mil hombres, de los que la mitad, por lo menos, eran de caballeria, toda gente de guerra.

En la noche anterior antes de presentarse Armiñan frente á la hacienda de Peotillos, de la que se habia quedado á una distancia de unas cuatro leguas, le fué llevado en los momentos en que iba á meterse en la cama para descansar á sus anchas, un hombre vestido

de soldado que habian aprehendido los exploradores. El uniforme era de paño americano de los que habia comprado Mina en Nueva Orleans.

—¿Quién eres tú? le preguntó el gefe realista.

—Me llamo José Briones.

—No te pregunto cómo te llamas, sino qué cosa eres?

—Soy soldado.

—Ya lo veo. ¿A qué ejército perteneces?

—Al del excelentísimo señor general don Francisco Javier Mina.

Armiñán frunció las cejas y siguió preguntando:

—¿Quién te aprehendió?

—Unos soldados reclutas de caballeria.

—¿Qué andabas haciendo tú solo en el camino?

—Tomé más vino del que era necesario y me quedé dormido en el pajar del rancho donde habiamos hecho alto para sestear.

—¡Ah! ¿De manera que tú te quedaste atrás solo sin que nadie te lo ordenara?

—Cuando desperté, me alarmé mucho y temeroso de que fuera á declarárseme desertor me puse en marcha al caer la tarde esperando poder incorporarme hoy mismo con mi division. Así es que si su señoria me lo permite, ya se me hace tarde y todavia tengo que andar mucho.

—Antes de que te pongas en camino, le dijo Armiñan con una sonrisa muy forzada, vas á contestarme sin mentir á otras preguntas. De las respuestas

que me dés dependerá que te retires de mi presencia cuanto antes.

—Puede preguntar su excelencia.

—¿Cuántos hombres lleva Mina?

—Lleva unos tres ó cuatrocientos.

—Mientes: lleva tres mil. Eso lo dicen todos.

—Pues lo dirán, pero yo sé bien que no formamos mas que un puño de gente que cabe en el hueco de la mano.

—Bueno: importa poco el número. Ahora responde con toda verdad: ¿están bien asistidos? ¿llevan buenos víveres?

—Nada, ni siquiera una tortilla. Hoy no encontramos nada que comer en todo el camino y ayer apenas probamos algunos alimentos.

—¿Cómo están de piezas de artilleria?

—No tenemos ninguna.

—Mira que si me engañas.....

—A no ser que pueda llamarse pieza de artilleria un cañoncito de á dos que va sobre una mula y que mis compañeros la distinguen con el nombre de la *jeringa*.

Armiñan volvió á desplegar su sonrisa forzada y tornó á preguntar:

—¿Qué llevan en las mulas cargadas?

—Equipajes de la oficialidad, vestuario de la tropa, armas y municiones.

—¿Cuántos son los de caballeria?

—Como unos ciento cincuenta entre húsares y dragones.

—¿Cuántos son los infantes?

—Cien muy escasos.

—Está bien: ya nada mas me queda que preguntarte.

—Entonces..... dijo el soldado girando sobre sus talones.

—Entonces, concluyó diciendo Armiñan, pero dirigiéndose al oficial que mandaba la escolta que custodiaba al preso, diga usted á Villaseñor que mande fusilar en el acto á este hombre.

—Pero señor, exclamó el pobre soldado al oir semejante sentencia, su señoria me habia ofrecido.....

—Póngale usted una mordaza.

—Dos soldados se lanzaron sobre el infeliz, lo ataron con un portafusil, metiéndole otro en la boca para impedir que siguiera hablando y se lo sacaron en peso sin hacer caso de sus protestas que parecian gemidos.

No habian pasado cinco minutos cuando Armiñan oyó la detonacion de seis armas que se descargaban sobre el condenado.

—Perros estos, exclamó, solo exterminándolos á todos concluirá esta guerra que tantos males está causando á la Nacion.

Se cubrió luego con sus sábanas y un cuarto de hora despues estaba roncando.

¡Tan poca impresion causaba entonces á los beligerantes la vida de un hombre, que les parecia cosa natural hacerlo desaparecer de la escena del mundo!

Amaneció el dia siguiente. Armiñan mandó for

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mar sus tropas y mientras esto se hacia, se estuvo en su alojamiento redactando la órden del dia, que decia entre otras cosas: "¡Valientes soldados realistas: vuestro gefe os felicita ardientemente por haber logrado alcanzar en su precipitada fuga al traidor Mina y á su gavilla de bandoleros, para ejercer en todos ellos el castigo terrible que merecen, pues me lisongeo de que, encontrándome al frente de un ejército tan bizarro, ni uno solo se nos escapará, sino que todos, sin quedar uno, serán pasados á cuchillo dentro de breves momentos!"

Una vez que se leyó la orden del dia en que constaba la colocacion que debian guardar las tropas, la forma en que debia darse el asalto á la hacienda, suponiendo que en aquella finca era á donde iba á defenderse el enemigo y la situacion de las partidas de caballeria que debian ocupar los caminos, para que no lograra salvarse uno solo de los sitiados; una vez que se leyó tambien la proclama unida á la órden de que hemos hecho mérito, se emprendió la marcha en los momentos en que el sol aparecia explendoroso por el Oriente, como si surgiera de en medio de las selvas que coronaban las lejanas montañas.

—Señor, el enemigo se presenta, vino á decir á Armiñan uno de los oficiales encargados del mando de la vanguardia.

—¡Cómo el enemigo! ¿cuál enemigo?

—Una partida de infanteria y caballeria que avanza desde la hacienda

—¡Ah! esa es una avanzada solamente que viene á hacer reconocimientos.

—No señor, le dijo el oficial, las avanzadas se componen de dos guerrillas de seis hombres cada una que están ya tiroteando el frente de nuestra columna; pero el resto de cosa de unos doscientos hombres está formando en batalla.

—No puede ser, exclamó Armiñan impetuosamente, es el miedo el que le hace á usted ver batallas. Que siga su marcha la columna sobre la hacienda.

El oficial enrojeció de cólera, pero se conformó con saludar á su gefe y volver al sitio que tenia designado en la columna.

He aquí lo que habia hecho entretanto Mina, segun la relacion que hace Alaman: Formó su línea de batalla mandada por el coronel Young, compuesta de la guardia de honor y del regimiento de la Union: un destacamento de este y otro del primer regimiento, con los criados armados á las órdenes del asistente de Mina, formaban las guerrillas y la caballeria cubria los flancos. Todos estos cuerpos, incluso el general con su Estado Mayor y un refuerzo de diez hombres de caballeria que vino de la hacienda durante la accion, no pasaban de ciento setenta y dos combatientes que era apenas la octava parte de las tropas que les atacaban. Aquí es fuerza aclarar que está errado el cálculo de Alaman, pues que cada soldado de Mina tenia que pelear contra diez y siete ó diez y ocho hombres de los de Armiñan, toda vez que contaba ciento setenta contra más de dos mil novecientos.

Las guerrillas, como dijimos antes, fueron las que primero empezaron á tirotearse y por su parte las de

Armiñan se sostuvieron en su terreno sin avanzar mucho, tanto porque no tenian órden de hacerlo como porque esperaban que llegaran las dos fuertes columnas de infanteria y caballeria en que se habia dividido el ejército.

Armiñan, que no queria convencerse de que un puñado de hombres que casi desaparecia en el terreno, estuviera deteniendo un ejército, se adelantó á ver lo que pasaba, y entonces mandó que una columna de caballeria, compuesta de los dragones de Sierra Gorda, Nueva Vizcaya y Tulancingo cargaran por la derecha, mientras otra igualmente fuerte lo hacia por la izquierda, al mismo tiempo que él atacaba con lo más florido de sus tropas por el frente, dando órden terminante de que al ser envuelto el enemigo, como iba á serlo, no se dejara á ninguno con vida.

—Nada de cuartel, dijo á sus oficiales, exterminio completo.

Y efectivamente, la carga de caballeria fué bizarra, acabando con las pocas gentes de Mina que defendian su flanco izquierdo; pero se encontró luego con un peloton compuesto de infanteria que le hizo un fuego vivísimo y con él veintidos muertos y muchos heridos, obligándole á retirarse con muchas pérdidas.

Entonces Armiñan que habia tenido oculta una reserva bastante numerosa de infanteria tirada entre la maleza, hizo que se levantara y diera una carga decisiva á paso veloz en apoyo de la caballeria que habia vuelto al combate, rodeando entre todos en un

instante al puñado de insurgentes. Mina dió órden á sus tropas de replegarse á la hacienda, pero les fué cortada la retirada, presentándose en esos momentos el capitan Adrian Pinto á la cabeza de diez hombres que habian llegado de refuerzo pedidos por el mismo á Novoa, con los cuales se metió en medio de la misma columna enemiga causándole algun desórden y conteniéndola. Esto dió tiempo á Mina para formar cuadro con los pocos que le quedaban, rechazando á su vez á la caballeria que le asediaba por los flancos.

Pinto volvió solo con cinco hombres al lado de Mina, quien no obstante lo crítico de las circunstancias, le alargó la mano diciéndole:

—Gracias, capitan, usted nos ha salvado.

Y luego dirigiéndose á sus soldados agregó:

—Nadie dispare un tiro sino cuando el enemigo esté á diez pasos y luego cargamos todos juntos al sable y á la bayoneta.

Su objeto era no separarse ya del campo de batalla, sino morir allí si era necesario con todos los que le acompañaban en caso que el golpe audaz que meditaba no le hiciera alcanzar la victoria.

Esperaron de pié firme y con sus armas empuñadas á que se acercara el enemigo que lo venia haciendo en columna cerrada apoyada la infanteria del centro por la caballeria en los flancos, y cuando estaban todos en línea á unos veinte pasos, Mina gritó tres veces con voz robusta:

—¡Hurra!

Los soldados le contestaron con entusiasmo tambien:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Hurra!

Restablecido el silencio volvió á gritar:

—¡Fuego! y á ellos.

No se oyó mas que una sola detonacion y cuando se disipó el humo se vió que Mina á la cabeza de un peloton de infanteria y con el sable desenvainado hacia cargar á la bayoneta sobre el regimiento de Rioverde que no pudo resistir el choque volviendo grupas y poniendo en desórden á la infanteria, la cual á su vez metió el desórden en la reserva en donde andaba ya el capitan Adrian Pinto con quince ginetes haciendo prodigios de valor. La caballeria realista en su fuga arrastró á su gefe el teniente coronel Piedras, que estuvo perdido durante muchos dias. Rafols se salvó subiéndose en ancas del caballo de un corneta y el mismo Armiñan, sin saber lo que aquella barahunda significaba, tuvo que retirarse á toda brida con rumbo á San José sin cuidar de reunir los dispersos, que en su terror, ellos mismos se metian en las lanzas de los soldados, pereciendo así muchos en aquella furiosa retirada.

Los que estaban en las alturas de la hacienda disponianse á ponerse en salvo con los bagajes, cuando observaron que corrian los realistas y quedaba Mina dueño del campo, mandaron tocar dianas y gritaron:

—¡Viva el 15 de Junio de 1817! ¡Viva el general Mina! ¡Viva la independencia mexicana!

CAPITULO XXVIII

SENDA DE ABROJOS.

Como deciamos en el capítulo anterior, la derrota de Armiñan causó tal pavor entre sus soldados, no obstante haber visto tan pequeño número de combatientes en las filas de Mina, sin caballería suficiente para perseguirlos, que habiéndose opuesto á los grupos de dispersos D. Pedro María Anaya con la guerrilla de lanceros que mandaba para contener el desórden, preferian clavarse ellos mismos en las lanzas que detenerse, y siempre volviendo atrás la cabeza como si los viniera alcanzando el enemigo, fué como todavia murieron mas de quince hombres despues de la batalla. Sin embargo, Armiñan, una vez repuesto del susto, mandó agentes por todos lados desde San José, que había escogido como punto de reunión, con instrucciones de manifestar á los dispersos que incor-

—¡Hurra!

Restablecido el silencio volvió á gritar:

—¡Fuego! y á ellos.

No se oyó mas que una sola detonacion y cuando se disipó el humo se vió que Mina á la cabeza de un peloton de infanteria y con el sable desenvainado hacia cargar á la bayoneta sobre el regimiento de Rioverde que no pudo resistir el choque volviendo grupas y poniendo en desórden á la infanteria, la cual á su vez metió el desórden en la reserva en donde andaba ya el capitan Adrian Pinto con quince ginetes haciendo prodigios de valor. La caballeria realista en su fuga arrastró á su gefe el teniente coronel Piedras, que estuvo perdido durante muchos dias. Rafols se salvó subiéndose en ancas del caballo de un corneta y el mismo Armiñan, sin saber lo que aquella barahunda significaba, tuvo que retirarse á toda brida con rumbo á San José sin cuidar de reunir los dispersos, que en su terror, ellos mismos se metian en las lanzas de los soldados, pereciendo así muchos en aquella furiosa retirada.

Los que estaban en las alturas de la hacienda disponianse á ponerse en salvo con los bagajes, cuando observaron que corrian los realistas y quedaba Mina dueño del campo, mandaron tocar dianas y gritaron:

—¡Viva el 15 de Junio de 1817! ¡Viva el general Mina! ¡Viva la independencia mexicana!

CAPITULO XXVIII

SENDA DE ABROJOS.

Como deciamos en el capítulo anterior, la derrota de Armiñan causó tal pavor entre sus soldados, no obstante haber visto tan pequeño número de combatientes en las filas de Mina, sin caballería suficiente para perseguirlos, que habiéndose opuesto á los grupos de dispersos D. Pedro María Anaya con la guerrilla de lanceros que mandaba para contener el desórden, preferian clavarse ellos mismos en las lanzas que detenerse, y siempre volviendo atrás la cabeza como si los viniera alcanzando el enemigo, fué como todavia murieron mas de quince hombres despues de la batalla. Sin embargo, Armiñan, una vez repuesto del susto, mandó agentes por todos lados desde San José, que había escogido como punto de reunión, con instrucciones de manifestar á los dispersos que incor-

porándose á él estarian más seguros. De este modo logró reunir más de mil quinientos hombres, que á las pocas horas ascendieron á dos mil y tantos con los refuerzos que sin cesar le estuvieron llegando.

Despues de dar sus órdenes para que se alojara toda su gente mientras procedia á imprimirle una nueva organizacion para la carga que se proponia volver á dar á Mina al dia siguiente, se encerró con su secretario á redactar el parte de la accion.

El secretario, que le aguardaba ya con la pluma en la mano, le preguntó con sorna:

—¿Qué es lo que vamos á decir?

Armiñan se rascó la oreja y contestó:

—Amigo mio, ponga usted en el parte lo que ha visto.

—Lo que he visto es correr á toda nuestra gente, señor.

—Yo tambien, usted y todos hemos corrido. Rafols no aparece por ninguna parte, tampoco parece Villaseñor, y yo sé bien que ninguno de los dos ha quedado en el campo, porque hay muchos testigos que presenciaron la estampida que dieron; pero en el parte que debe rendirse al virey no se puede decir nada de eso, sino componer las cosas del mejor modo que se nos ocurra.

—Entonces diré que tuvimos que retirarnos en vista de que el enemigo recibió auxilios oportunos en él momento de la accion.

—No, eso no es creible; el gobierno sabe bien que

no hay por aquí nadie que pueda prestar á Mina el menor auxilio.

—Entonces.....

—Ponga usted que me propuse hacer solo un reconocimiento sobre el enemigo que se encontraba bien fortificado en la hacienda de Peotillos, trabándose un combate entre mis fuerzas de caballeria encargadas de hacer el reconocimiento, con parte de las de Mina que salieron á tirotearlas, mandando que se retirara la dicha caballeria mientras llegaba la columna de infanteria, lo cual no se pudo hacer en el órden que se habia mandado, por habérsenos echado con ímpetu encima el enemigo, antes de que pudiera ponerse en línea la artilleria..... escriba usted..... escriba usted largo y de modo que no se entienda bien lo que se quiere decir.

El secretario escribió de tal modo aprisa que llenó tres caras del pliego que tenia preparado, haciendo muchas descripciones del terreno, pintando á lo vivo las maniobras y dando una grandísima importancia á las fuerzas enemigas. Leyó lo escrito, Armiñan aprobó y le dijo:

—Agregue usted que tuvimos nueve oficiales muertos y ciento diez y siete soldados puestos fuera de combate entre muertos y heridos.

—Ya lo puse, dijo despues de un momento el secretario, aunque debo advertir á usia que las pérdidas fueron más del doble.

—Las pérdidas dobles son las que debemos atribuir al enemigo.

—Yo aseguro á su señoria que nosotros hemos tenido mas muertos que ellos combatientes.

—¡Chist! eso no se dice ni se piensa siquiera. Ponga usted muy exageradas las pérdidas del enemigo.

El secretario escribió rápidamente y llenó lo que faltaba del papel no dejando mas espacio que el necesario para la firma.

—¿Qué pongo más? ¿No digo nada de la pérdida de Rafols, de Villaseñor, ni de los cuatro cañones que dejamos en el campo?

—Traiga usted acá, exclamó Armiñan.

Y arrebatando la pluma y el parte que se habia escrito, tan enmarañado como falso, puso de su puño y letra: "No hay mas papel," y firmó.

Con eso creyó quedar á salvo de entrar en pormenores, que no le hubieran traido un proceso, puesto que no se acostumbraba procesar á los gefes torpes y cobardes, sino alguna rechifla.

Despues de este trabajo almorzó bien y tomó una siesta de dos horas, procediendo en seguida á dar organizacion á las excelentes tropas que tenia bajo su mando, para intentar un nuevo ataque sobre Peotillos, pues todavia miraba como cosa de encantamiento lo que le habia pasado aquella mañana, creyendo que en todo ello habia andado metido el diablo.

Ahora volvamos á Mina que habia sido recibido en la hacienda con grandes aplausos.

—Lo primero es comer, dijo á todos los que le abrazaban, pues estoy como deben estar ustedes, desfalleciendo de hambre.

Y cuando se encaminaba al comedor recibió la inesperada noticia de que durante la batalla se habian reunido cuantos perros habia en la hacienda y los alrededores y se habian comido toda la carne que estaba preparada para el almuerzo.

Mina no pudo ménos que sonreirse y contestó:

—Tengamos paciencia para esperar. Ahora que se ponga á cocer y asar nueva carne, á ver si á la hora que esté ya lista se nos vuelve á presentar el enemigo para no dejarnos comer en otro dia más, como tan bien sabe hacerlo.

Y él mismo, como acostumbraba en todo lo que significaba un servicio comun, se quitó el uniforme, se alzó las mangas de la camisa y se puso á ayudar á hacer la comida.

Despues que hubieron almorzado todos con mucho apetito, dió las órdenes convenientes para que se enterraran los muertos y se recogieran las armas que habian quedado regadas en una grande extension del terreno. Los heridos de las dos partes estaban ya en la hacienda y eran curados por el cirujano y sus ayudantes con toda eficacia.

Habiendo tomado el gefe y la tropa dos horas de descanso, para lo cual consideró que no habia peligro alguno, tanto mas cuanto que andaban cerca las gentes que habia mandado á levantar el campo que le avisarian si volvia el enemigo, considerando que no era remoto que este se repusiera y quisiera tomar la revancha, cosa que podia hacer fácilmente por su gran superioridad, mandó que se inutilizaran los ca-

ñones que era difícil llevarse por las marchas rápidas que se veria abligado á hacer y quemar los bagages, pertrechos y todo aquello que pudiera serle embarazoso y que tenia co no sobrante ó que no le era de todo punto útil en aquellas circunstancias.

Tomadas sus principales disposiciones referentes á estar listo para moverse á la primera órden, fué á visitar á los heridos y se encontró con que tres de los suyos estaban de tal modo graves, que era imposible llevárselos sin riesgo de que se murieran á las tres horas de camino, así es que con dolor de su corazon se despidió de ellos, diciéndoles que iba á recomendarlos eficazmente con Armiñan, que estaria allí el dia siguiente, para que les tratara con humanidad. Así lo hizo en efecto, escribiendo una carta al gefe realista manifestándole que él habia mandado que se atendiera á sus heridos y que personalmente se habia ocupado de curarlos, esperando que en justa reciprocidad, el no solo respetaria lo que quedaba de vida á los tres heridos que le dejaba, sino que mandaria que fueran atendidos debidamente á fin de que se diera á los contendientes un ejemplo de espíritu cristiano.

Estableció al oscurecer todas las precauciones de vigilancia que consideró del caso y previno que se levantara todo el mundo á la una de la mañana para salir de allí á las dos en punto, como se verificó, observándose en la marcha el mayor sigilo.

Valiéndose de la oscuridad que aun reinaba á esta hora, se le desertaron dos oficiales llevándose ocho

soldados, yendo todos juntos á ofrecer sus servicios á Armiñan, el cual los acogió con júbilo más por los informes que podian darle que por el pobre contingente que le llevaban.

Cuando supo qué número de hombres era el que lo habia puesto el dia 15 en derrota, pareció llenarse de asombro, no conciliando de qué modo ciento treinta hombres habian podido casi destruir en campo raso una division que contaba con cerca de tres mil buenos soldados. Aquello le parecia una pesadilla.

Entró á la hacienda, vió por sus propios ojos que Mina no habia dejado mas que tres heridos suyos muy graves, mientras que habia mas de ochenta realistas tambien en muy mal estado, y más se maravilló ante esa realidad que no podia desconocer. Habia tenido mas bajas en muertos y heridos que los hombres de toda la tropa reunida del enemigo, el cual ni siquiera lo habia atacado con todas sus fuerzas disponibles.

Cuando vió el estado que guardaban los heridos de Mina, exclamó:

—No hay necesidad de mandarlos fusilar, ellos se morirán solos entre hoy y mañana.

Luego que apareció el sol sobre las montañas el dia 17, yendo sobre la marcha, Mina exclamó en alta voz:

—Capitan Pinto.

Este, que iba á pocos pasos del general mezclado con los oficiales de su Estado Mayor, clavó las espuelas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á su caballo y se colocó marcialmente al lado izquierdo de su gefe.

—Presente, mi general, le dijo.

—Señores, dijo Mina volviéndose á los de su acompañamiento, el capitan y yo tenemos que hablar, por lo que les ruego que se queden diez pasos á retaguardia.

Todos se detuvieron, dejando á Mina y al capitan ir diez pasos á vanguardia de la columna. Un guia iba veinte pasos mas adelante acompañado de una guerrilla de ocho dragones que era toda la descubierta.

—Y bien, capitan, dijo Mina á Pinto, estoy satisfecho del comportamiento que ha tenido en la funcion de armas de ayer: ha peleado usted como un temerario.

—Me he limitado á seguir el ejemplo de mi general, contestó Pinto modestamente.

—Bien, bien; ahora cuénteme usted, para entretener lo que nos resta de camino antes de rendir la primera jornada, toda su historia.

Adrian le refirió entonces que públicamente se decia en México que pertenecia á la rica familia de los Moncada, asegurándose por muchos que era hijo natural del conde del Jaral; pero que él no podia decir á punto fijo quién era su padre porque por nadie habia sido reconocido; que habia recibido una mediana educacion al lado de una familia de la clase media, que no podia por sí misma pagar los buenos colegios en que habia estado y que en toda su carrera, aunque muy corta, habia percibido como que habia una ma-

no oculta protectora, pues que nunca le habian faltado grandes cantidades de dinero que gastar y que le llegaban de distintos modos, que bien podian llamarse misteriosos, notándose que tanto sus gefes como los individuos y dámas de la corte, le guardaban muchas consideraciones muy distintas de las que se tenian á los demas oficiales muy subalternos en el ejército. Que ninguno como él poseia más buenos caballos ni más ricos trages y que en los dias de su prision se advertia que personas muy poderosas se andaban empeñando por conseguir su libertad como se lo habian dado á entender los carceleros. Volvió á referir Pinto la vida que se llevaba en la córte; las fiestas que se habian hecho en el palacio, sus amores incipientes con la hija del virey y la cobarde venganza que de él habia tomado el coronel De Gabriel, así como la justicia que él creia haberse hecho matándolo ó tal vez dejándolo herido mortalmente, pues no sabia cuál suerte era la que habia corrido despues que le habia hundido su daga en el cuerpo, por haber tenido que huir del palacio y de la ciudad para lo cual tenia buenos caballos y dos mozos muy bien armados prevenidos en una calle inmediata. Como poco se habia ocupado de política no sabia dar noticias del estado que guardaban los insurgentes, aunque sí sabia que las tropas estaban en contínuo movimiento, que los correos no cesaban de llegar con noticias y que las gacetas del gobierno se llenaban todos los dias con los partes de las victorias alcanzadas por los realistas, tanto por el rumbo de Veracruz como por el

de Acapulco que era por donde parecia que daban mas guerra los insurgentes. Que él al salir de México, en lo primero que pensó fué en ir á reunirse con cualquiera de las partidas que estuviera más próxima; pero temiendo que los hombres ignorantes que las mandadan fueran á tomarle por espía y á darle malos tratamientos y estando muy léjos los gefes que tenian algun nombre glorioso, como Bravo y Victoria, habia preferido dirigirse á ocultarse en sitios que ya antes siendo niño le habian sido muy conocidos, y que en ese concepto extraviando senderos habia llegado á la hacienda del Jaral en donde sin el conocimiento del conde lo habia alojado el mayordomo prodigándole todo género de consideraciones. Que en esa hacienda habia sabido la llegada de Mina al pais y sus primeros movimientos, habiéndose asegurado que no traia consigo menos de cinco mil hombres, motivo por el que se habia difundido la mayor alarma, á tal grado que él mismo habia estado ayudando en una noche á ocultar grandes cantidades de dinero como tres ó cuatrocientos mil pesos en un gran hoyo hecho en la cocina, para que el conde pudiera estar expedito con los quinientos ó seiscientos hombres que mandaba como coronel, para moverse sin el estorbo del dinero.

Mina no parpadeaba oyendo aquella relacion que le parecia como un cuento de las Mil y una noches y procurando disimular su gran emocion, dijo con voz tranquila y mirando para cualquiera parte como si estuviera de otra cosa ocupado su pensamiento:

—¿Entonces es muy rico el conde del Jaral?

—Riquísimo.

—De tal modo que si le llegaran á robar esa suma tan imprudentemente enterrada no se veria falto de recursos?

—En cada una de sus casas de México y de sus fincas de campo debe tener otro tanto en pesos fuertes, sin contar con lo que le rinden dia á dia todas sus propiedades.

—¿Y en dónde queda esa hacienda del Jaral? preguntó Mina acariciando la crin de su caballo.

—En el camino de San Luis á México, muy al interior.

—¡Ah! nunca tal vez tendremos nosotros que ver nada con el señor conde. Mi propósito es dejar á un lado á San Luis para irnos á la provincia de Guanajuato, que fué en donde el cura Hidalgo encontró los más grandes elementos.

Llegaron en esto á la arboleda en que habian de hacer alto para que descansara y comiera su rancho la tropa y Mina dando un expresivo apreton de manos á Pinto, le dijo:

—Pídale usted á Dios que lleguemos con bien hasta Guanajuato, que en esa ciudad espero tener el gusto de dar á usted la banda de coronel despues de las acciones de guerra que nos aguardan antes de llegar á ese punto de mira. A mi lado, si yo vivo, hará usted su distinguida carrera, capitan.

—Gracias, general, dijo Pinto con los ojos arrasados en lágrimas, me parece ver en V. E. á mi padre,

á mi verdadero padre, cuyo cariño tanto he echado de menos en los años que llevo de vida.

Y se alejó del lado de Mina con el corazon palpitante, la mirada húmeda y con la mas viva satisfaccion pintada en el semblante.

El 17 por la tarde llegó la reducida division al pueblo de la Hedionda. El cura mandó repicar y salió con algunos vecinos á encontrar á Mina á las orillas de la poblacion, dirigiéndole los más expresivos saludos.

—¿Y esta es toda la tropa? preguntó extendiendo la vista por todos lados con mirada investigadora.

—Por ahora esto es todo lo que tenemos, le contestó Mina.

—Pues nos habian hablado aquí de muchísimas fuerzas.

—Ya ve usted, señor cura, que no son tantas.

—¿Y con estas sólas se causó tan gran descalabro al gefe realista Sr. Armiñan?

—Con menos que estas, señor cura, porque no entraron en accion mas que ciento treinta hombres.

—Es admirable Yo llevo la cuenta de los que están pasando y veo que no llegan á trescientos.

—Pues no son menos de tres mil.

—¡Ah! entonces esta es lo que pudiéramos llamar la vanguardia

—No, señor cura, no hay más; pero cada uno de mis soldados vale por quince del enemigo.

El cura se rió con muchas ganas de esta ocurrencia é invitó á Mina á entrar al curato para que tomara algun refrigerio.

Mina aceptó mientras tomaban sus tropas algun descanso, pues que no queria pernoctar allí sino llegar á la hacienda del Espíritu Santo.

—Pero entonces no sabe su excelencia, le dijo el cura, que esa hacienda está muy bien fortificada y que debe contar con una guarnicion de dos á trescientos hombres.

—Sé que tiene mucho más, pero necesito tomarla esta misma noche ó mañana temprano, porque no me gusta dejar ningun enemigo organizado á mis espaldas.

—Si yo me atreviera á dar un consejo á su señoria.....

—Venga el consejo.

—Este seria que tomara aquí algun descanso al abrigo de toda sorpresa, pues nosotros lo cuidariamos, pudiendo entonces proseguir su marcha á la madrugada para examinar bien el terreno y el enemigo con quien tiene que habérselas.

—Nosotros no necesitamos conocer las posiciones ni contar el número de los enemigos

—Siempre, la prudencia.....

—Para hablarle á usted francamente, señor cura, no le tengo á su señoria mucha confianza.

El cura cambió de color y se apresuró á contestar:

—¿Por qué, señor general?

—Porque he visto primeramente que ha estado usted contando con mucha diligencia uno por uno mis soldados, y porque despues, mientras yo estaba dando órdenes, le observé que escribió un papelito con lá-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

piz y lo entregó á un mensagero que montó á caballo y salió al galope de la poblacion.

—¿Usted cree, señor general? ..... preguntó el cura tartamudeando.

—Sí, creo que cuando menos ha mandado usted dar aviso del número de mis tropas al Espíritu Santo ó á cualquiera otro punto donde haya realistas; pero esto me importa muy poco; lo que está decretado, será, á pesar de los avisos traidores de todos los curas del mundo.

El cura se echó á las plantas de Mina confesándole que el correo que habia mandado habia sido á San Luis porque lo tenia así ordenado bajo pena de la vida.

Mina se sonrió, lo miró con desprecio y continuó á poco su camino.



El cura se echó á las plantas de Mina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

CAPITULO XXIX

¡AMIGOS!

Es probable que el mensagero que habia mandado el cura del pueblo de la Hacienda á San Luis fuera por el camino esparciendo la alarma con palabras exageradas, porque el dueño de la hacienda del Espíritu Santo, no obstante que tiene buenas fortificaciones, huyó con todas las tropas de la guarnicion, dejando solo á las mujeres. Estas salieron en procesion llevando antorchas encendidas y una Vírgen de madera muy mal vestida en hombros á encontrar á Mina, queriendo enternecerlo por la forma mística en que se le presentaban.

Mina, que lo que menos esperaba era que se le recibiera con cánticos religiosos, no dejó de reir de buena gana, preguntando á los que hacian cabeza en la procesion:

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y los soldados realistas que estaban de guarnicion en esta hacienda?

—Se fueron todos para San Luis esta tarde, le contestaron.

—¿Cuántos eran?

—Cuatrocientos.

—¡Vaya! pues estamos de buenas, exclamó dirigiéndose á sus compañeros, cualquiera de nosotros se hubiera sostenido en esta fortaleza con cincuenta hombres mientras llegaban auxilios.

Ordenó á las mujeres que se redujeran á sus aposentos, manifestándoles á todos que nada tenian que temer, ni por su seguridad personal ni por la de sus intereses, pues que cualquiera cosa que los soldados necesitaran tendrian que pagarla por su justo precio, como sucedió allí invariablemente, restableciéndose la quietud á los cinco minutos.

Mina, sin embargo, por la desconfianza propia de los generales experimentados, no quiso aceptar la invitacion de entrar á la hacienda, donde podia encontrar toda clase de comodidades, y prefirió pernoctar en las inmediaciones, fortificando su campo y tomando todas las medidas correspondientes á un ejército en campaña.

Al dia siguiente continuó su viaje, llegando al oscurecer al punto llamado Real de Pinos.

Al primer hombre hombre que pudo haber á las manos cuando ya solo estaba á doscientos pasos de la poblacion, le preguntó:

—¿Cómo se llama allí?

—Real de Pinos.

—¿Está defendido por gente armada?

—Señor..... empezó á decir vacilantemente el prisionero.

—Toma estos dos pesos y dí la verdad sin rodeos.

—Sí, hay gente armada.

—¿Quién la manda?

—El señor coronel López Portillo.

—¿Como cuántos son los soldados?

—Como tres ó cuatrocientos hombres.

—¿Tienen artilleria?

—Cinco cañones: dos grandes y tres chicos.

—¿Y qué clase de fortificaciones tienen?

—Cortaduras y paredes gruesas en todas las bocas de las calles.

—¿Y arriba de las casas y de la iglesia?

—Troneras y sacos rellenos de tierra, lo mismo que muchas piedras y granadas de mano arrojadizas.

—Bien: toma estos dos pesos más porque veo que me has contestado con verdad y franqueza. Ahora te ofrezco otros diez pesos si nos llevas por algun sendero por el que podamos aproximarnos sin ser sentidos.

—No hay necesidad, señor general, yo tambien soy amigo de la causa.

Era tan raro esto, estaba Mina tan acostumbrado á ver enemigos y traidores por los puntos que habia recorrido, que casi se sorprendió de encontrar allí aquel inexperado simpatizador al cual dió un abrazo en signo de agradecimiento.

Así, pues, teniendo ya un guia seguro dejó por el

frente que ocupaba al capitan Travino con veinte hombres y con el resto de la fuerza, aprovechándose de la oscuridad, siguió al guia atravesando otros terrenos que le habian de llevar á una posicion mas ventajosa.

A Travino le dejó dos encargos: uno que hiciera llegar por aquel lado un pliego conteniendo la intimacion al gefe de la plaza; otro que se retirara sin combatir en el caso de ser atacado. La contestacion que diera el gefe de la plaza la conduciria el mismo guía que regresaria allí antes de dos horas con algunas nuevas instrucciones. Mina, á pesar de tantos golpes como habia recibido, era muy afecto á depositar su confianza en los hombres que le demostraban la menor adhesion y aquel hombre que se habia encontrado allí al azar, le habia inspirado la mayor confianza.

Antes de una hora se tuvo la respuesta del comandante López Portillo, gefe de la plaza, diciendo en ella, que despreciaba altamente aquella ridícula intimacion á la cual solo contestaba para decir á Mina que era un traidor á quien se proponia escarmentar duramente, si era que llegaba á tener la inaudita audacia de disparar un tiro sobre la plaza.

Mina, situado ya en los puntos que consideró mas ventajosos para emprender el ataque al dia siguiente, llamó al capitan Adrian Pinto y le dijo:

—Tome usted quince hombres escogidos y con ellos se va usted á reforzar al capitan Travino que se encuentra situado en el otro extremo de la poblacion. Este guia conducirá á usted con toda seguridad.

Pinto saludaba ya y se iba cuando el general le detuvo diciéndole:

—La tarea de ustedes no es tan sencilla. Luego que aparezca la primera luz se lanzan los dos mandando cada uno su pequeña columna que suman treinta y cinco hombres, sobre los parapetos, simulando un ataque en toda forma. Como el enemigo cree que allí está toda nuestra fuerza, por ese lado hará su mayor defensa y de ese empeño quiero aprovecharme yo para introducirme á la plaza con el grueso del ejército.

Pinto contestó con voz llena de entereza:

—Comprendo, mi general.

—Es decir, agregó Mina estrechando la mano del jóven, muy enternecido, tengo que sacrificar á usted, al menos es lo probable, para alcanzar un triunfo muy costoso, pero indispensable.

El capitan comprendió el apreton de manos de su gefe y se fué con paso firme resuelto á cumplir las superiores órdenes.

Escogió sus quince hombres entre la infantería y dijo al hombre desconocido que habia de guiarle:

—Vamos.

El hombre echó á andar y con gran sorpresa de Pinto observó este que en vez de salir al campo para hacer el rodeo que habian traido, le llevaba por entre las callejuelas de la poblacion encargando á todos que guardaran el mayor silencio.

—Pero ¿á dónde vamos?

—Por aqui, capitan, por aquí: si usted tiene la me-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nor desconfianza puede amartillar su pistola y volarme la tapa de los sesos á la menor infidelidad que me note.

—Así lo haré, contestó Pinto sacando su pistola.

Y á sus soldados les dijo:

—Preparen sus fusiles y estén listos para hacer fuego á la menor señal.

Atravesaron silenciosamente por entre unos terrenos que tenian casuchas abandonadas, llegaron á la puerta de un corral que estaba abierta, siguieron á lo largo de unas bardas hasta encontrar una casa en la extremidad, que estaba sola, por medio de una escalera que estaba á la mano subieron á una azotea, luego atravesaron la misma escalera sobre un callejon angosto y por allí pasaron á la manzana que seguia, encontrándose repentinamente en la misma plaza.

—¿Qué es esto? preguntó Pinto al guia cogiéndole un brazo indignado, pues creia que le habia vendido.

—Esta es la plaza, le contestó aquel á la vez que se ponia un dedo en los labios, allí está el enemigo descuidado: ahora usted es dueño de retroceder ó de sorprenderlo y derrotarlo.

Le parecia imposible al capitan Pinto que hubieran podido llegar hasta allí sin ser sentidos; pero desde luego que vió algunos soldados acostados durmiendo debajo de los árboles y á otros rodeados de las fogatas muy descuidados, ya no pudo dudar de que el guía habia obrado lealmente, una vez que le dejaba en libertad de volverse por el mismo camino si no queria aventurar el golpe. ¿Podria intentarlo con

quince hombres, cuando solo los que tenia á la vista eran cien enemigos? Sin embargo, no era tiempo de ponerse á pensarlo, sin dejar traslucir á sus soldados la menor vacilacion, y por lo mismo dió órden de que se trajera la misma escala que les habia servido para cruzar las azoteas y por ella hizo que bajaran uno por uno hácia el lado que estaba mas sumido en la oscuridad, encargándoles que guardaran el mas absoluto silencio. Hasta la respiracion de sus compañeros le parecia en aquel momento demasiado fuerte.

Luego que acabaron de bajar los formó en ala y empuñando su espada con una mano y la pistola con la otra, con voz que apenas ellos podian percibir les dijo:

—Un tiro nada mas y en seguida á la bayoneta.

Entonces se precipitaron á paso veloz sobre el cuartel donde estaba la artilleria y al grito de ¡Viva Mina! ¡viva la independencia! descargaron sus armas sobre los realistas descuidados, que sorprendidos de modo tan inesperado mas se ocuparon de huir que de defenderse.

Un tiro disparado al azar mató á uno de los soldados asaltantes, que fué la única pérdida sufrida en esta refriega en que mas hubo para estos de dar que de recibir, pues ellos por su parte sí causaron bastantes al enemigo que se dispersó en desórden.

Inmeditamente el capitan Pinto, temiendo una reaccion y que fuera allí acuchillado por el mayor número, ordenó al guia que no se habia separado de su lado, fuera á dar aviso á Mina de lo que estaba pa-

sado, para que acudiera con sus fuerzas. Este general, que no dormia, sino que se ocupaba de examinar las posiciones para dar el ataque al dia siguiente, luego que observó aquella refriega que no tenia para él ninguna explicacion satisfactoria, habia puesto á sus hombres sobre las armas y se preparaba á avanzar sobre las plaza para mejor cerciorarse de lo que pasaba, cuando recibió el aviso que le mandaba Pinto. Entonces no hizo otra cosa que saltar las trincheras y encontrarse en la plaza sin hallar la menor resistencia.

—¿Pues qué ha pasado? preguntó Mina al encontrarse con Pinto.

El capitán le explicó en breves palabras la maniobra y en seguida solo se ocuparon ya en recoger armas y prisioneros, que estos como debe suponerse, tenian que ser pocos, una vez que les favorecia á los fugitivos la oscuridad de la noche y el conocimiento del terreno.

—Hay saqueo? mi general, le dijo uno de los soldados.

—Es preciso, contestó Mina que estaba rodeado de muchos de los suyos que se lo pedian con insistencia, en castigo de no haber querido rendirse cuando se les propuso: esto con buenas palabras y como un escarmiento para lo futuro.

—¿Positivamente se nos va á conceder el saqueo? preguntaron otros soldados.

—Sí, pero con la condicion de no ofender á las personas en lo más mínimo ni tocar la iglesia. Al que

contraviniere á esta órden lo mandaré pasar por las armas: ténganlo entendido y háganlo saber á los demás.

Con esta licencia los soldados se esparcieron por la poblacion y saquearon las casas que tenian mejor apariencia, proveyéndose de dinero y de buenos efectos. Sabian que tenian necesidad de hacer marchas precipitadas en que debian estar lijeros y solamente tomaron aquello de que mas necesitaban.

Pero sucedió que un soldado de los del regimiento de la Union fué encontrado robando los vasos de oro para el servicio de la Iglesia, contra las prevenciones expresas de Mina, entonces este mandó por la mañana formar la fuerza y despues de una causa sumaria hecha en dos horas, el desgraciado fué mandado fusilar al frente de la Division.

Solamente se hicieron diez y nueve prisioneros, reconociéndose entre ellos á la luz del dia al comandante López Portillo. Luego que fué llevado á la presencia de Mina, se arrojó á los piés de este diciéndole:

—Señor general, he sido muy torpe al poner á vuestra excelencia una comunicacion tan injuriosa.

—Levántese usted, Sr. López Portillo, apruebo que haya querido usted cumplir con su deber defendiendo la plaza; pero para ello no necesitaba haber hecho uso de un lenguaje tan altivo y poco conciliador.

—Es verdad, señor general, he sido un majadero....

—Bien, bien, no hablemos mas de eso: ahora reú-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nase usted con sus compañeros y hágales saber que son libres de seguir el camino que gusten. Si desean continuar al servicio del virey, pueden dirigirse á San Luis sin que nadie se los estorbe. Los que no lo prefieran, pueden quedarse conmigo y serán bien tratados.

El subdelegado y comandante López Portillo no podia dar crédito á lo que oia y tuvo que preguntar con voz conmovida:

—¿Es decir que quedamos todos en libertad?

—Todos.

López Portillo salió lleno de alegria á comunicar la buena nueva á sus compañeros.

Por la tarde salió Mina llevando como trofeos de esta victoria, una bandera, cuatro cañones y gran cantidad de efectos y municiones; pero casi todo hubo que dejarlo abandonado en un pozo profundo que se encontró en el camino, porque todos aquellos despojos del enemigo solo le servian en aquellos momentos para hacer más embarazosa su marcha.

El subdelegado López Portillo, que despues de encontrarse libre habia corrido á esconderse en una casuca de la misma poblacion, luego que le avisaron que Mina iba léjos, salió del escondite y se puso á redactar un parte ampuloso pintando con vivos colores la heroica defensa que habia hecho diezmando al ejército enemigo.

El virey le dió las gracias mas expresivas, premiándolo con una medalla de plata y ofreciéndole pedir su ascenso inmediato.

Mina consideró conveniente desviarse del camino que debia llevarle á San Luis, plaza muy bien guarnecida, y al azar se internó en las llanuras áridas de la provincia de Zacatecas, cuyas sementeras y haciendas habian sido devastadas. A su paso no se encontró mas que casas y chozas reducidas á cenizas y montones de osamentas humanas que decian con triste elocuencia cuán ruda habia sido la guerra en aquellos lugares. Era cabalmente el teatro en donde en los siete años anteriores se habian hecho más de veinte mil víctimas, en su mayor parte indios inermes que habian tomado ó no partido con Hidalgo y sus sucesores, pero á quienes se habia considerado conveniente destruir para asegurar la pacificacion.

Despues de tres dias de un viaje muy penoso en que estuvieron careciendo hasta de lo mas necesario para la subsistencia, considerando que iban á encontrarse ya cerca de algun lugar poblado por verse algunos sembrados y menos desolacion, destacó Mina una descubierta de caballeria de doce dragones bien montados mandados por un oficial.

Al voltear estos una pequeña encrucijada, lo primero que vieron fué una tropa irregular tambien de caballería, la que advirtiendo que la que tenia al frente, era tambien otra pequeña partida, se echó sobre ella en el acto rompiéndole el fuego.

Los que formaban la descubierta de Mina echaron mano á sus armas para contestarlo; pero el oficial que los mandaba les ordenó que se estuvieran quietos, limitándose á abrir las filas para presentar menos blan-

eo, y él solo con una inspiracion súbita y poniendo en peligro su vida, se adelantó al galope enarbolando un pañuelo blanco en la punta de la espada en señal de querer entrar en parlamento. Esto bastó para que se suspendiera el tiroteo.

—Nosotros somos tambien insurgentes, gritó el oficial luego que estuvo á distancia en que su voz podia ser escuchada.

—¿Insurgentes? dijo el gefe de la partida agresora, eso no puede ser. Los insurgentes no están ni vestidos, ni armados como lo están ustedes.

—Pertenecemos al cuerpo del general Mina.

—¿Y qué general Mina es ese?

—El que ha desembarcado en la provincia de Nuevo Santander para venir á sostener la revolucion.

—¿Es español?

—Sí, es español, pero patriota. La mayor parte de los que estamos con él somos americanos.

Todos los demas soldados de la partida estaban rodeando ya al oficial y al oir aquellas últimas palabras se veian unos á otros con aire de incredulidad.

—¿Y dónde está ese general Mina? continuó preguntando el gefe.

—Allí viene ya con el resto de la division, contestó el oficial señalando la polvareda que se levantaba á cosa de dos millas de distancia.

Entonces otro de la misma fuerza que por su facha parecia tener tambien algun mando, se acercó al grupo y dijo:

—Mi capitan, puede quedarse aquí bien custodiado este oficial mientras nosotros mismos vamos á reconocer á esa gente.

—Consiento en ello, contestó el oficial, tan seguro estoy de que el Sr. general Mina recibirá gran satisfaccion de encontrarse con amigos.

Al gefe de la partida no le pareció tan mala aquella proposicion, y dijo por su parte:

—Que contramarche esa escolta y que uno de los soldados vaya á decir al general Mina que avance solo con su ayudante.

Se arreglaron así las cosas, disponiéndose á ir la reconocimiento de la fuerza el capitan con su teniente dejando al sargento órden de que á la menor señal de hostilidad que notara en el encuentro pacífico que iban á tener los gefes de ambas fuerzas, fusilara luego el oficial.

Todo se hizo como se dijo. Los dos insurgentes se adelantaron á encontrar á Mina y este tuvo tal júbilo al verlos que se apeó del caballo y les abrió los brazos.

Estaba tan sediento de encontrar amigos, que aun aquellos desarrapados le parcieron unos gigantes de la independencia.

El resto de los que le formaban la partida fueron recibidos con tres ¡hurras! no sin que causara admiracion á la gente de Mina ver el estado lamentable en que se encontraban aquellos partidarios de la santa causa.

CAPITULO XXX

EL FUERTE

Hemos dejado abandonados en el fuerte de Soto la Marina á nuestros amigos el Dr. Mina y el mayor Sardá, que contaban allí con unos cien hombres de combate, aunque con muchísimos fusiles, trece piezas de artillería y sobrados pertrechos de guerra. Inmediatamente que Sardá se encontró al frente de aquella situacion tan difícil en que no tenia más perspectiva que l. de sucumbir luego que fuera sitiado por fuerzas competentes, pues demasiado comprendia que Mina no podria volver á auxiliarlo por más que lo deseara, Sardá, decimos, procedió con toda actividad á almacenar víveres, á arrasar todos los alrededores del fuerte donde el enemigo pudiera abrigarse, á destruir los elementos que no podia guardar y á reclutar trabajadores para continuar las obras del fuerte, que luego que lo vió aislado comprendió que era una obra imperfecta.

El Dr. Mier, en una de sus larguísimas declaraciones que le estuvo arrancando durante su largo cautiverio el Tribunal del Santo Oficio, manifestó: "El fuerte cuando se fué Mina estaba muy incompleto, y aunque algo se hizo despues, siempre quedó incompleto por todas partes y enteramente descubierto del lado del rio cuyo otro lado dominaba el terreno y puesta de noche una bateria, claro está que estaban batidos. Conoció que todo aquello estaba perdido, pero prefirió quedarse á irse con Mina....." Aquí da las razones que pudieran servirle de excusa para evitarse la consiguiente condenacion.

Pues bien, Sardá hizo lo posible para poner á sus gentes á cubierto de los fuegos del enemigo y para sostenerse á todo trance como le habia encargado Mina, el mayor tiempo posible, y en esa virtud, procuró infundir un grande espíritu militar en su reducida guarnicion, haciéndoles creer á todos que con las reformas materiales que se estaban practicando y con los víveres y municiones de que se disponia, el fuerte era absolutamente intomable, y más aún, si venia á llamar la atencion de los realistas por fuera el destacamento de la barra y algunas partidas por lo menos, que no descuidaria de mandarles el general, como un signo á que deberian corresponder de que su disposicion era la de que se sostuvieran hasta la última extremidad. En este órden de cosas le sirvieron mucho las exhortaciones del Dr. Mier y sus elocuentes impresos.

Lo único que le faltaba á Sardá era el trigo y pa-

ra proveerse de él dictó una medida que tuvo fatales consecuencias.

El dia 3 de Junio hizo salir al capitan italiano Andreas con una partida de quince hombres á la villa de Presas del Rey, con el fin de que se proporcionara el trigo que le faltaba, con lo cual quedaba redondeada la cuestion de las provisiones.

El viaje de ida fué completamente feliz. El capitan Andreas llegó de sorpresa al pueblo que estaba desguarnecido, cargó veintitres mulas que fueron las que pudo conseguir; pero habiendo tenido conocimiento el general realista Arredondo que andaba ya muy cerca de tal movimiento, hizo emboscar cien hombres por el sendero por donde estaba seguro que regresaba Andreas con sus cargas, y fué tal la matanza que le hizo, que á duras penas pudo escapar el mismo Andreas alegando que tenia grandes servicios prestados en España en la guerra con los franceses y protestando que con gusto se quedaria combatiendo á las órdenes de un gefe tan distinguido como Arredondo. Se le perdonó por lo mismo la vida y en lo de adelante fué uno de los enemigos mas temibles que tuvieron los defensores del fuerte.

El mismo dia que llegó la desagradable noticia del completo fracaso de Andreas, contada por un arriero que se habia refugiado en un monte vecino desde donde pudo presenciar la horrible carniceria que se hizo en los insurgentes, el mayor Sardá entró á una especie de gabinete aislado que servia como de refugio al Dr. Mier debajo de tierra en donde trabajaba

ayudado de la luz de dos bujías, y sentándose el primero en uno de los cajones de parque que habia allí acumulados, dijo al segundo:

—Estamos de malas, doctor.

—¿Por qué? preguntó el padre separando los papeles que tenia delante y apartando tambien un poco las bujías.

—Porque no solamente hemos perdido el elemento tan precioso del trigo que se nos traia, teniendo que lamentar á la vez la pérdida de quince de nuestros mejores hombres que han sido villanamente asesinados, sino que hoy mismo tenemos que lamentar otro fracaso.

—¿Otro fracaso?

—Que podemos considerar de tanta importancia como aquel.

—Explíqueme usted lo que pasa, querido Mayor.

—Que se me han ido dos de nuestros mejores y más útiles oficiales.

—¿Quiénes son?

—El uno es el gefe de la artilleria, el ingeniero americano Mr. Myers,

—Como quien dice aquel á quien yo llamaba mi tocayo de apellido aunque en otro idioma, dijo el Dr. Mier que no queria dejar pasar la oportunidad de decir algo festivo, lo cual le ocurria aun en medio de los sucesos mas graves. ¿Y el otro?

—El otro es el comisario Bianchi que ha dejado muy mal puestos nuestros pobres caudales.

—Y á dónde se han ido esos infelices para que los hagan pedazos en el camino?

—A unirse con el destacamento que tenemos en la barra.

—Esto es: lo que buscan esos pillos es algun barquichuelo que quiera hacerse á la vela para Galveston.

—Tal vez; el hecho es que los dos nos hacen gran falta en estas circunstancias.

—Pues ahora no queda mas recurso que reponer esas pérdidas del modo que se pueda.

—Ya lo he hecho, he nombrado gefe de la artillería al capitan francés Degassau que no me inspira la misma confianza que Myers, ni por sus conocimientos, ni por su valor.

—Es que aquel nos los ha demostrado fugándose.

—No se ha fugado: me ha significado lealmente que se separaba por disturbios habidos con los otros oficiales.

—¡Ah! yo hubiera podido tal vez conciliar esas diferencias.

—Imposible: bastante se pudo hacer con impedir que aquí mismo se fueran unos á otros á las manos.

—Es una fatalidad que siempre tengamos entre nosotros estos casos, dijo el padre Mier suspirando.

En estos momentos que eran las cinco de la tarde del dia 10 de Junio vinieron á avisar á Sardá de parte de sus exploradores que el enemigo se presentaba por el lado derecho del rio, pareciendo querer acamparse á una legua de distancia en un rancho llamado San José.

—¡Oh! dijo el intrépido Sardá, si yo tuviera aun-

que no fuera mas que unos ciento cincuenta buenos dragones y unos ochenta infantes como los del regimiento de la Union que lleva el general Mina, me comprometia á darles una batida en la madrugada, á estos realistas, seguro de que no habian de hallar por donde escaparse.

—No hay que pensar en ello, sino en defenderse bien, le dijo con toda calma Mier.

—Ya lo sé, doctor, demasiado deploro que estemos obligados á resistirnos detras de estas paredes hasta el último trance. Ahora vamos á dictar nuestras últimas disposiciones.

Salió Sardá de la cueva seguido del Dr. Mier, y formando aquel á sus reclutas dentro de los parapetos, les dijo:

—Valientes soldados! El enemigo está ya á la vista y parece que va á tener el atrevimiento de atacar nuestras posiciones. Si nos pone un sitio podremos sostenerlo tres ó cuatro meses mientras el general nos manda cualquier auxilio; si pretende darnos algun asalto, estoy seguro de que lo rechazaremos. Pero como tanto en el primero como en el segundo caso necesito contar á todo trance con la gente que está á mis órdenes, desde este momento son libres para separarse de aquí todos los que no quieran correr mi suerte. Los que se queden ya saben que han de permanecer firmes en la defensa de este fuerte hasta morir si es necesario. Un paso al frente los que quieran separarse.

Ningnno se movió.

—Entre los que están conmigo hay algunos que no son soldados, que no son mas que trabajadores á sueldo. Tambien son libres para separarse los que quieran.

En esta vez los trabajadores se quedaron quietos igualmente.

—Bien, hijos mios, esta conducta noble y esforzada me enternece y á la vez me da suficiente ánimo para confiar en la enérgica resistencia que preparo al enemigo. Ahora juremos todos defender este fuerte hasta el último extremo, juremos volarlo y perecer en sus escombros antes que rendirnos; juremos no salir vivos de aquí sino por medio de una capitulacion honrosa, en el caso de que á ese punto se nos reduzca.

—Lo juramos, contestaron los soldados cruzando sus armas y haciendo lo mismo los oficiales con las espadas.

—Ahora que venga el enemigo cuando quiera, ya sé que no va á encontrar aquí mas que la fiereza del verdadero valor y la resolucion que inspira una fé inquebrantable en la santa causa que se defiende.

Despues de esta ceremonia que tuvo un carácter importantísimo en aquel caso, pues se veia bien que un puñado de hombres que no llegaban ni á cien los que podian manejar las armas medianamente, sellaban el compromiso de entregarse á una muerte segura agobiados por la fuerza de un numeroso ejército que no bajaba de dos mil soldados veteranos, Sardá señaló á cada uno su puesto y sus obligaciones, disponiendo que cada hombre tuviera á su lado diez fusiles cargados, instruyendo á las mugeres y á los trabajadores en el modo de cargar las armas para que ellos se ocuparan de esa faena, cada vez que hubiera necesidad de rechazar un ataque, multiplicando de este modo ingenioso el número de los defensores del fuerte.

El número de tropas con que se presentaba Arredondo para emprender las operaciones militares, era el de dos mil hombres estando entre ellos los renombrados regimientos de Fernando VII y Fijo de Veracruz y no menos de ochocientos dragones de la mejor caballeria, con mas ciento nueve artilleros que manejaban doce buenas piezas de artilleria. Para un caso ofrecido contaba tambien con trescientos marinos de la flotilla que habia vuelto de Veracruz y con los cañones de calibre que necesitara. Sardá tenia por todos ciento trece hombres, de los cuales solo noventa y tres componian la guarnicion, estando los otros encargados de reponer las obras, cargar las armas y guardar los almacenes.

Arredondo se aproximó el dia 11 con todas las precauciones debidas y como si realmente fuera á emprender el sitio de una gran fortaleza, comenzando por romper los fuegos desde alguna distancia mientras con un trozo de caballeria hacia algunos reconocimientos, pasándosele el dia en insignificantes escaramuzas á las que los del fuerte no contestaron sino con alguno que otro tiro de cañon.

El dia siguiente estableció una bateria en la ribera izquierda del rio y formó una línea de parapetos.

El italiano Andreas que sabia cuáles oficiales de los que estaban con los insurgentes eran los más tímidos y en cuáles podia influir con su amistad, les hizo llegar cartas por medio de una mujer en esa noche, logrando qué el trece por la madrugada se pasaran á las filas de los realistas el oficial de ingenieros La Sala y el capitan Matternich del 1.° de línea con algunos soldados, debilitando extraordinariamente la guarnicion.

El ingeniero La Sala que era uno de los qué habian sido empleados en la construccion del fuerte y que conocia los medios de defensa con se que contaba, fué en lo sucesivo el que dirigió las operaciones, dictando muy acertadas medidas para que fuera tomado ó rendido.

Sardá, que podia haberse desanimado con esta nueva traicion, léjos de esto volvió á reunir á sus oficiales previniéndoles que se fuera de allí el que no quisiera continuar á su servicio y haciendo que bajo su honor y cruzando sus espadas renovaran el juramento de sostenerse en el fuerte mientras les quedara el último aliento.

Por consejo ó con órden del oficial traidor La Sala, se puso una batería muy próxima al fuerte y en el lugar mas conveniente para impedir á los sitiados que pudieran proveerse de agua, circunstancia que nadie habia previsto. Todos los que lo intentaban perecian bajo los fuegos mortíferos de aquellas piezas de artillería dirigidas por el mismo La Sala; pero una mujer mexicana arrostró heroicamente los fuegos, que

por fortuna no le tocaron y estuvo llevando cántaros de agua á toda hora en medio de la lluvia de la metralla. Unos y otros viendo que siempre quedaba ilesa, no podian menos que atribuir aquel prodigio á un patente milagro.

Las buenas piezas de los sitiadores lograron fácilmente desmontar las de los sitiados y aun abrir algunas brechas, como que La Sala sabia bien en donde se encontraban aquellas y cuáles eran los puntos más débiles para dirigir sobre ellos los fuegos para allanar las segu das; pero Sardá se multiplicaba y él mismo se ponia al trabajo por las noches, haciendo que los descalabros amanecieran reparados. Ademas, sus obuses que le quedaban los habia mandado cargar con novecientas balas de fusil cada uno, para hacer la descarga á quema ropa cuando se intentara algun asalto.

El dia 15, despues de un fuego vivo de cañon que debia abrir nuevamente las brechas, fué el designado para el asalto. Arredondo formó su infantería en dos columnas detras de una pequeña altura y luego que consideró que la artilleria habia hecho su efecto, dió el grito de ¡viva el rey! que fué contestado por todos sus subordinados y la órden de que marcharan á ocupar el fuerte á paso de carga.

Las columnas marcharon paralelamente repitiendo el grito de ¡viva el rey! y haciendo un fuego cerrado.

Sardá gritó por su parte é hizo gritar á los suyos:

—¡Viva la libertad! ¡Viva Mina!

Se hizo un fuego muy vivo tambien con los fusiles

que tenia cada soldado preparados al alcance de la mano, tan vivo, como si fueran ochocientos hombres los que defendian el fuerte; se disparó tambien un obus que hizo extragos espantosos y los realistas empezaron á dispersarse aterrados, en todas direcciones, huyendo con tal furia como si se sintieran perseguidos de cerca.

Si en esos momentos ha podido disponer Sardá de cien hombres de refresco para hacer una salida, con toda seguridad consuma la completa derrota de Arredondo.

Este volvió á organizar sus tropas, pero ya no quiso intentar otro asalto como muchos se lo aconsejaban, viendo que habia dejado más de cien hombres tirados frente á las murallas.

El gefe de los realistas escribió entonces una carta á Sardá diciéndole que era inútil más derramamiento de sangre con la prolongacion de la resistencia, puesto que el fuerte mas ó menos tarde tenia que ser rendido, que por consiguiente le intimaba formalmente la rendicion, sin más ofrecimiento que el de dejarlo todo á la magnanimidad del virey.

—"Señor general Arredondo, le contestó Sardá lacónicamente, he consultado la voluntad de mis tropas sobre la intimacion que se sirve hacerme su excelencia, y todos los hombres que forman la guarnicion me han manifestado su voluntad de volar el fuerte con todos sus repuestos de pólvora y municiones antes que rendirse."

Siguió entonces el fuego aunque con mucha más

actividad que antes y sin que ningun peloton se atreviera á ponerse á distancia de tiro de fusil del fuerte, porque siempre los fuegos que se hacian de allí eran muy certeros.

Entonces Arredondo volvió á consultar con sus oficiales superiores, proponiéndoles que se diera un nuevo ataque muy de madrugada á fin de que pudieran aproximarse las columnas sin ser sentidas.

Los guarda-almacenes hicieron saber á su gefe que tanto los víveres como el parque de cañon estaban tocando á su término.

Arredondo oyó esta noticia como si le hubiera caido un rayo.

—Ya me lo esperaba yo, señor general, le dijo el teniente coronel Villanueva, se ha gastado muchísimo parque inútilmente por consejos de ese oficial La Sala que vino de las filas enemigas.

—La Sala se está conduciendo con lealtad, dijo Arredondo.

—Así será, señor, pero ha contribuido á que se acabe el parque.

—Y tambien los comestibles, ¿no es cierto?

Villanueva se mordió los labios.

—Está bien, dijo Arredondo, puesto que no podemos tomar el fuerte, mañana, como deseaba, ya tomaré otra providencia.

A renglon seguido mandó izar bandera blanca en los parapetos avanzados y luego que vió la misma señal en el fuerte mandó allí un ayudante suyo con instrucciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ayudante conferenció largo rato con Sardá y trajo al campo de Arredondo de puño y letra de aquel las siguientes condiciones: "Serán entregados el fuerte y todos sus elementos de defensa con garantía de la vida de todos sus defensores, tratándoseles con el carácter de prisioneros de guerra, á cada uno segun su clase, como en los paises civilizados. Los extranjeros quedarán libres para retirarse á sus respectivas patrias, lo mismo que los paisanos á quienes no se considerará comprometidos."

Aunque el ayudante por instancias de Sardá llevó estas bases al realista Arredondo, antes de separarse del fuerte empeñó su palabra de honor de que serían aprobadas y que él por su parte las aprobaba con los poderes amplios que habia recibido de su gefe.

Mientras se estaban arreglando estos tratados, abandonaron á Sardá varios oficiales y entre ellos Herreros, que habia fungido de secretario de Mina, lo mismo que los franceses Duchesnne, Florinat y Larac. El Dr. Mier dice que él tambien pidió permiso á Sardá para pasar al campo enemigo, el cual aprovechó yéndose en compañía del parlamentario y de los mayores Castillo y Torrens, comisionados del fuerte para tratar con Arredondo, los cuales llegaron hasta el gefe vendados y no así el mencionado doctor por haber declarado que hacia uso de un indulto que se le habia remitido.

Este pobre doctor fué luego cargado de cadenas, por lo que es de suponerse que su sumision no fué



—¿En donde está el resto de la guarnicion?
—Esta es toda.

sincera y que si habló de ella ante el Santo Oficio fué por disminuir su culpabilidad.

Arredondo, como que no tenia tiempo que perder, aprobó todo lo que se le propuso sin examinarlo siquiera, pues que ya tenia su proyecto formado de obrar como mejor le conviniera luego que se viera dueño del fuerte.

Cesaron, pues, las hostilidades y Sardá aquella misma tarde salió de la ciudadela al frente de treinta y siete hombres que eran los únicos que le quedaban, habiendo sido sus mayores bajas las de las deserciones.

Estos treinta y siete hombres pusieron las armas en tierra á quinientos pasos del enemigo y luego se presentaron á Arredondo desarmados.

—¿En dónde está el resto de la guarnicion? preguntó.

—Esta es toda.

—¿Toda?

—Toda.

Arredondo entonces volviéndose á sus gefes que le rodeaban y que estaban tambien atónitos, exclamó:

—¿Es posible?

Y mas furioso que avergonzado comenzó en el acto á violar la capitulacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXI

FUERTE DEL SOMBRERO.

Referiremos de paso cuál fué la suerte que corrieron los capitulados del fuerte de Soto la Marina, para no volverlos á encontrar en nuestros apuntes, si no es el Dr. Mier, de quien sí probablemente tendremos que referir muchas cosas en otra oportunidad.

Como dijimos, Arredondo carecia ya de medios tanto para dar un nuevo asalto á la fortaleza, como para continuar el asedio por falta de municiones y víveres, de manera que se vió estrechado á admitir toda clase de condiciones que le impusieron los sitiados, determinando en su interior el no cumplirlas. Principalmente luego que vió que los defensores del fuerte no eran mas que un puñado de hombres, se sonrojó al pensar en lo que se diria si se llegaba á saber cual era la tenaz resistencia que le habian opuesto hasta llegarlo á derrotar en el único ataque formal que intentó; por lo qué mas y mas se impuso á sí mismo el deber de ocultar los principales puntos de la capitulacion. A lo más, se decia interiormente, dejaré con vida á algunos de estos hombres para medio cumplir la palabra empeñada; pero haré desaparecer todo lo escrito y se verá por el rigor que use con ellos que á nada me obligué aceptando su rendicion.

En esa virtud, si bien se apoderó prontamente de todos los despojos del enemigo que formaban un rico botin, pues no les dejó á los oficiales de Sardá ni sus equipajes, y aún los víveres le fueron de mucha utilidad en la extremidad en que se encontraba, hizo que los soldados fueran empleados en enterrar los muertos y destruir las fortificaciones y á los oficiales les puso una guardia encargada de tratarlos con mucha dureza.

—Pero esto es una infamia y una traicion, dijo Sardá al ayudante de Arredondo en una vez en que entró al corral en donde se habia puesto á los prisioneros, lo que se convino en la capitulacion fué otra cosa distinta de la que se está haciendo. Usted mismo, señor capitan, me empeñó su palabra de honor asegurándome que mis proposiciones serian aceptadas.

El pobre ayudante se puso rojo de vergüenza y apenas contestó:

—Yo no soy el gefe, Sr. Sardá, de manera que no puedo darle mi parecer ni dictar disposicion alguna.

—Pero entonces es la astucia y no el valor, la vi-

leza y no el denuedo militar, los que nos han vencido, para venir á causarnos esta humillacion que no merecemos.

—Sr. Sardá, le dijo el oficial muy compadecido al oir tan justas quejas, lo mejor que usted puede hacer ahora es tener paciencia, porque si el general llega á apercibirse de algo será capaz de mandar fusilar á todos los prisioneros.

—Entonces ya no hay palabra de honor ni debe haber fé en la lealtad militar?.....

El oficial lo que hizo fué ausentarse á gran prisa.

Una partida de veintiocho hombres que andaba fuera proveyéndose de víveres, mandada despues del fracaso de Andreas, á las órdenes del teniente Hutchinson, vino al dia siguiente á presentarse, escoltada por Garza, creyendo cumplir con los arreglos que se habian hecho en el fuerte. Luego que lo supo Arredondo mandó que los fusilaran á todos.

—Es que vienen á presentarse en virtud de la capitulacion, segun me han dicho, objetó Garza.

—No ha habido capitulación ninguna, gritó Arredondo fuera de sí de rabia, lo único que he ofrecido á los que estaban dentro del fuerte es que se les perdonaria la vida, siempre que lo aprobara el virey; pero ellos se entregaron á discrecion.

—¿Y no están estos en el mismo caso de la garantía de la vida, mientras resuelve el excelentísimo señor virey?

—No; esos tienen que fusilarse luego, como piratas y salteadores, sin necesidad de otra fórmula.

En ese concepto se les fusiló en masa.

El teniente Hutchinson estaba debatiéndose en el suelo sobre un charco de sangre causado por las numerosas heridas que habia recibido en las muchas descargas, cuando fué Arredondo á contar por sí mismo los fusilados, el cual exclamó:

—¿Qué significa esto? Aquí está uno vivo.

—Señor..... dijo el oficial americano con voz suplicante.

—Levántese usted.....

El americano hizo esfuerzos por incorporarse.

—No puedo, dijo con voz desfallecida.

Entonces Arredondo tomó un fusil cargado de las manos de un soldado y él mismo lo aplicó á la frente del pobre herido dándole el tiro de gracia.

Tales horrores se veian en aquella lucha bárbara en que no parecian hombres sino béstias feroces los que peleaban.

Al dia siguiente dispuso Arredondo marchar para Altamira y allí con pretexto de que los prisioneros pensaban fugarse para ir á tomar alguna embarcacion en Tampico, ¡como si esto hubiera sido fácil estando la ciudad bien guarnecida! mandó que se les pusieran cadenas en los piés y las manos. Ya asegurados así os envió con una fuerte escolta por el camino de la Huasteca para Pachuca en donde el gobierno debería disponer de su suerte. El pobre Dr. Mier, á quien ni por su edad, ni por su carácter, ni por haberse acogido al indulto, presentándose de su expontánea voluntad en el campo de Arredondo, se le habia de-

jado de poner grillos en las manos, se cayó de la mula que montaba y se le rompió un brazo, por cuya circunstancia se le condujo de Pachuca á México, á donde se le hizo llegar de noche con todo misterio, dándole por alojamiento las mazmorras de la Santa Inquisicion. Por mucho tiempo no se llegó á saber nada de él y allí se le hubiera matado indudablemente, á no ser porque con gran astucia y talento consiguió alargar su causa dando una declaracion que duró mas de tres años en la que se entretuvo con referir todos los incidentes tormentosos de su vida, logrando interesar con sus relaciones á los terribles jueces inquisitoriales. Así fué como pudo hacer que se difiriera su condenacion hasta que nuevos acontecimientos y circunstancias especiales lo favorecieron para que volviera á ver el sol de la libertad.

Sus compañeros del fuerte de Soto la Marina fueron mucho menos afortunados, pues que de Pachuca se les condujo á la horrorosa prision de San Juan de Ulúa, la más insalubre y sombria que se ha hecho en el mundo, y allí arrastrando la cadena de los presidiarios fueron encerrados en los más nauseabundos calabozos, de los que no se les sacaba sino muy raras veces, siempre sujetos con los hierros, á tomar un poco de sol, sufriendo las mayores miserias tanto por la desnudez cuanto por el hambre, pues que no comian mas que lo que les mandaban de limosna las gentes caritativas, sucumbiendo la mayor parte de ellos en fuerza de las privaciones y de la epidemia del vómito negro. Los pocos que sobrevivieron, entre los que se

encontraba el intrépido Sardá, siempre arrepentido de haber tenido fé en la palabra de un militar tan indigno como Arredondo, fueron llevados algun tiempo despues á España, en donde por consulta de un consejo de guerra, se les distribuyó en diversos presidios, recomendándoselos á los comandantes de aquellas fortalezas con estas palabras: "Serán tratados estos prisioneros con el mayor rigor hasta que por pruebas indudables se hagan dignos de la clemencia del Rey nuestro señor." Mil veces se arrepintieron de no haber volado el fuerte en el momento de entrar en él los enemigos, pues que al menos hubieran muerto con gloria, escribiéndose sus nombres con letras de oro por la posteridad.

Nosotros, aunque sea un pequeño tributo les pagamos con este recuerdo, porque el haber sido tratados con tanta perfidia, no les quita de ningun modo el mérito de haber sacrificado cuanto poseian en defensa de la causa de México. No murieron en el fuerte, es verdad, pero se mantuvieron, siempre dignos acabando para el mundo, puesto que si alguna vez llegaron á salir de las prisiones ya fué cuando estaban viejos, achacosos, completamente inutilizados.

Ahora sigamos ocupándonos del héroe principal de esta relacion.

Habiamos dejado á Mina abrazando á dos de los desaparrados insurgentes que habian salido á encontrarlo, creyendo que su fuerza era una partida realista á la cual podrian sacar algun dinero, quienes le informaron que el gefe que los mandaba y que no tarda-

ria en incerporárseles con otra partida más numerosa, era D. Cristóbal Nava comandante á las órdenes de la Junta de gobierno de Jaujilla.

—¡Cómo! ¿Hay una Junta de gobierno? preguntó Mina lleno de júbilo.

—Sí, señor, contestó el oficial; pero ahora vendrá el comandante Nava, quien podrá darle mejores informes.

—Pues vamos, vamos á encontrarlo.

A renglón seguido mandó Mina que acampara su gente en aquel lugar mientras él volvia, y sin desconfianza ninguna, acompañado solo de Adrian Pinto, se puso en marcha con sus nuevos amigos para ir á ver á su correligionario D. Cristóbal Nava.

Era este un ranchero fornido y bien hecho, el que aunque se habia incorporado con su gente á la partida que servia de descubierta para atraer á los de Mina, considerándolos enemigos, á una emboscada, se mantenia aún á caballo esperando que llegara el gefe de la otra fuerza cuya visita se le habia anunciado. El caballo que montaba era magnífico, formando tanto este como sus buenas ropas un marcado contraste con las cabalgaduras y los hilachentos vestidos de sus subordinados.

—¿Usted es el Sr. comandante D. Cristóbal Nava? le preguntó Mina con tono jovial.

—Sí, señor, le contestó aquel sin moverse, ¿y usted quién es?

—Yo soy Mina.

—¿Pues á qué fuerzas pertenece?

—A las insurrectas.

Entonces Mina le hizo relacion de todo lo que les habia sucedido desde el momento en que desembarcaron para tomar partido por la revolucion.

Fuera porque se vieran en épocas en que era preciso desconfiar de todo, fuera porque el aspecto distinguido de Mina y el muy arrogante de Pinto impresionaran al ranchero desfavorablemente, este se manifestó siempre sério, escamado é incrédulo.

Fué necesario que el capitan y el teniente que habian estado en el campo de Mina le certificaran que estaban convencidos de que aquella fuerza era amiga, para que al fin conviniera en apearse del caballo y entrar en una mas larga plática con el general.

Por la tarde, despues que hubieron comido algo en buena paz y compañía, hasta propuso él mismo acompañar á Mina para pagarle la visita que acababa de hacerle en su campamento.

Solamente escogió un peloton de diez hombres de los mejor montados y armados para que le sirvieran de escolta y seguidos de ellos se dirigieron Nava y Mina al campo en donde estaban las reducidas tropas del segundo.

—¿Y esa es toda la gente? preguntó Nava, luego que observó el corto espacio que ocupaban.

—Esa es toda.

—¿Y con ella ha derrotado su señoría á Armiñan y ha venido ocupando puntos fortificados por en medio de tantos miles de enemigos?

—Sí, señor comandante. La fé en la causa que de-

fendemos hace que cada soldado pueda pelear como veinte.

—Pues la verdad, apenas lo creo porque usted me lo dice.

Al llegar Nava con los suyos al campo de Mina, fué notable la admiracion que causaron á los soldados, que en su mayor parte eran extranjeros ó que no habian llegado á ver mas que á los realistas, cuya admiracion se notó porque todos los rodearon para verlos mas de cerca, examinando con miradas atónitas los sombreros adornados con toquillas de galon de plata y la vírgen de Guadalupe que cada uno llevaba cocida en la ropa, asi como las pantaloneras con botones de plata y las chaquetas de cuero; pero mas aún sus caballos que aunque pequeños podian mover los con mucha facilidad. Todos llevaban pistolas y machetes y el gefe ademas de cuatro pistolas de un tiro atrás y adelante de la silla, una espada curva muy ancha con cubierta de cuero bordada de hilo de plata.

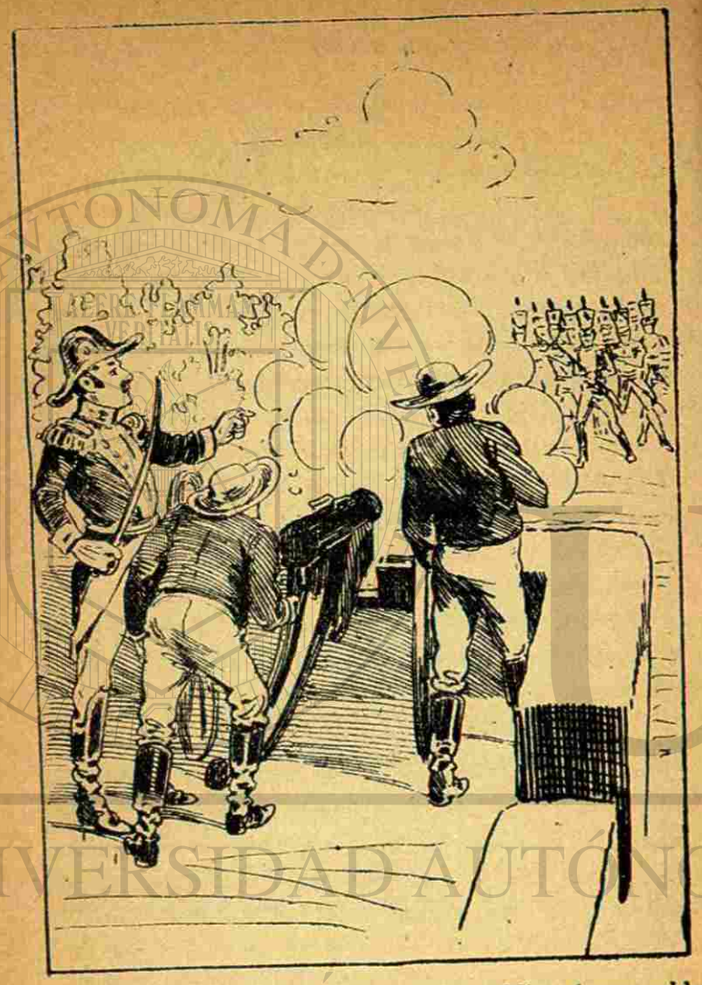
Despues de los saludos y las presentaciones, Mina manifestó á Nava que deseaba pasar la noche en algun punto en que hubiera recursos y más abrigo para sus tropas, y entonces Nava le ofreció llevarlo á un rancho provisto de todo que solo distaba cinco leguas, y despues al fuerte del Sombrero que ya de allí quedaba muy cerca.

—¿El fuerte del Sombrero? preguntó Mina.

—Sí, señor, un fuerte que no han podido reducir los realistas.

—¿Y quién manda allí?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



—¡Fuego! ¡fuego! repetia sin cesar Mina á sus soldados y él mismo les ayudaba á cargar las armas.—

—El general D. Pedro Moreno, de Lagos.

Fué tal el regocijo de Mina, que desde luego dió las órdenes para que se pusieran en marcha con el deseo de ver si era posible llegar al fuerte aquella misma noche.

Al subir Mina á la cabeza de su gente y siempre acompañado de Nava por los terrenos altos de Ibarra, descubrió que venia como á su encuentro un cuerpo de ejército de consideracion.

—¿Qué tropa será esa? preguntó.

—Son realistas, le contestó Nava tranquilamente.

—Entonces vamos á tener necesidad de librar un combate.

Y dió las instrucciones convenientes, aunque luego que concluyó de darlas dijo á Nava:

—Prefiriria no pelear ahora, porque mis soldados casi no han comido en dos dias y vienen muy fatigados.

—Casualmente los realistas van tomando otra direccion.

Efectivamente, Orrantia que era el que mandaba la division y que sabia que Armiñan habia sido derrotado con mayores fuerzas, juzgó prudente escapar el bulto haciéndose á un lado para que pasaran los insurgentes. El único que cayó en sus manos fué el teniente Porter que se habia quedado atrás y que hecho prisionero fué bien ligado y remitido á la villa de Lagos.

En el rancho indicado por Nava, encontró Mina suficientes provisiones que sirvieron de mucho consuelo á sus hambrientas tropas.

Orrantia, que no tenia otra mision que evitar que llegara Mina al fuerte del Sombrero, pues que el gobierno temia mucho que tan audaz gefe se pusiera en contacto con los insurgentes, siguió su marcha hasta Leon y dió el parte de que habia hecho huir al enemigo haciéndole muchos muertos y un gefe de importancia prisionero.

En la misma noche salió para el fuerte el oficial que antes habia quedado en rehénes entre las fuerzas de Nava, con el objeto de participar á D. Pedro Moreno la llegada de Mina, el cual se ofrecia á su disposicion. El gefe del fuerte contestó en el acto á Mina que podia llegar, felicitándole por su feliz arribo. A la vez comunicaron de allí la noticia á la Junta de Jaujilla y á todas las partidas de insurgentes que recorrian la provincia.

En la madrugada del 24 de Junio se presentó Mina en el fuerte, únicamente acompañado de los oficiales de su Estado Mayor que presentaban todos un buen golpe de vista. Su division se quedó á retaguardia para entrar por la tarde si acaso se le permitia.

Hé aquí lo que dice Alaman sobre este punto histórico:

"Su fuerza al entrar en el fuerte se componia de doscientos sesenta y nueve hombres, entre ellos veinticinco heridos, y en treinta dias de marcha por los diversos rodeos que habia tenido que hacer, habia andado doscientas sesenta leguas, atravesando tan gran distancia por un pais ocupado por los realistas,

casi siempre á la vista de estos, en medio de las mayores privaciones, pues se habian pasado dos y tres dias sin raciones, y en una sola vez que se hizo mas de una comida esta fué de carne de vaca sin pan, en medio de tantas fatigas y escaseces, habia ganado dos acciones reñidas, una de ellas contra una fuerza ocho veces mayor que la suya, y tomado un lugar fortificado: trabajos todos que la tropa sufrió con alegria viendo que su gefe era el primero en tomar parte en ellos, poniéndose á su cabeza á la hora del peligro y animándolos con su palabra y ejemplo."

¡Con qué gusto, pues, no entrarian aquellos á un lugar abrigado en donde por lo menos sabian que podrian dormir una noche con toda tranquilidad! ¡Con qué gusto no se verian abrazados y festejados por sus compañeros de armas que no podian menos que considerarlos como séres extraordinarios cuando les oian contar sus aventuras! ¡Con qué júbilo no cenarian aquella noche, por la vez primera, algo que pudiera satisfacerles el apetito y sin las zozobras con que lo habian hecho en aquellos treinta dias, rodeados siempre de enemigos formidables que solo por falta de habilidad y de energia no los aniquilaron!

Ya se deja entender que Moreno siendo un gran patriota y un hombre ilustrado, hizo á Mina una recepcion mas que amistosa, fraternal, poniéndose á sus órdenes con todos sus elementos, que si no eran grandes, no podia en aquellos momentos despreciarlos.

—Vamos á dar descanso á mi gente siquiera unas cuarenta y ocho horas, le contestó Mina, y en segui-

da estudiaremos un plan de campaña para que no permanezcamos aquí en la inercia.

Apenas se habian pasado las cuarenta y ocho horas y otras veinticuatro mas, cuando se recibió la noticia de que el coronel Ordoñez habia salido con fuerzas de Guanajuato, (se recordará que este era el comandante general que habia nombrado Apodaca para aquella provincia y que todos decian que era peor que Iturbide), convocando antes de su salida á todos los destacamentos, pues tenia órdenes terminantes de reducir á viva fuerza el fuerte del Sombrero para lo cual disponia de sobrados elementos. En el camino se le habia incorporado ya el coronel Castañon con su division volante de setecientos hombres y esperaba que se le incorporáran todavia un gran número de fuerzas antes de emprender en forma sus operaciones.

Era el 28 de Junio cuando se tuvo noticia del movimiento de Ordoñez, de manera que los soldados de Mina apenas contaban tres dias de descanso.

—¿Qué piensa usted que hagamos, general? le preguntó Moreno á Mina.

—Ya he dado las órdenes para que se alisten mis soldados.

—Para salir del fuerte?

—Es claro: en primer lugar no me gusta combatir encerrado, y en segundo lugar creo que debemos sorprender á Ordoñez en su marcha antes de que reuna mayores elementos.

—Bien pensado, dijo Moreno, yo tambien saldré á las órdenes de su señoria.

—¿Y quién cuida entre tanto el fuerte?

—Yo tengo aquí gentes de confianza.

—Bien, dijo Mina, consiento en que usted me acompañe, mi querido Sr. Moreno; pero solo como simple espectador.

—Es que yo tambien sé batirme.

—Convengo, señor. ¿Cómo no debo saber que es usted un valiente? Lo que yo quiero es que usted se limite por ahora á ver cómo se bate mi gente.

Moreno, que era un poco lince, comprendió luego que lo que queria Mina evitar á todo trance era que hubiera en el combate dos cabezas, esto es, dos gefes poco mas ó menos de la misma gerarquia, lo cual no podia menos que producir dificultades en cuanto al mando y contestó:

—Está bien, combatiré al lado de vuestra excelencia como ayudante.

Escogió Mina doscientos hombres de su division, que eran los únicos que se encontraban en estado de combatir, y consintió en que Moreno lo auxiliara con cincuenta infantes de los que estaban mas bien armados y ochenta lanceros que debia mandar Encarnacion Ortiz [uno de los *pachones*] en quien Mina habia podido notar cierto espíritu de subordinacion militar. Con esta pequeña fuerza, total trescientos treinta hombres, iba Mina á presentar otra vez batalla á cuádruplo número de fuerzas bien disciplinadas y aguerridas, mandadas por Ordoñez y Castañon, que eran dos gefes españoles de mucha nombradia.

Caminó toda la tarde hasta las doce de la noche,

deteniéndose en las ruinas de una hacienda, en donde cenaron las pocas provisiones que llevaban. A los postres se presentaron cuatrocientos insurgentes de infantería que querian entrar tambien en combate; pero tan mal armados y tan poco vestidos, que Mina agradeciéndoles muchísimo su buen deseo, les dijo que mas les servirian quedándose allí á cuidarle las espaldas. Ni llevaban parque, ni sabian los pobres cómo se manejaban sus fusiles de chispa, á los cuales hasta las piedras les faltaban.

Al dia siguiente se emprendió de nuevo la marcha, y á las nueve fué descubierto el enemigo que venia avanzando muy tranquilo por el camino directo que estaba trazado en medio de la extensa llanura.

—¡Alto! dijo Mina á sus tropas.

Ahora en el capítulo siguiente diremos cuál fué el resultado de este desigualísimo encuentro.

CAPITULO XXXII

AUDACIA

Lo que menos podia figurarse el comandante general de la provincia de Guanajuato coronel Ordoñez, era que tuviese un encuentro con el enemigo, sabiendo con toda seguridad que los insurgentes no tenian ninguna fuerza regular ni numerosa que oponerle, así es que marchaba con el descuido que inspira la mayor confianza, yendo á la cabeza de la columna en su carruaje acompañado del coronel Castañon que le entretenia con sabrosas pláticas. Solamente por mera costumbre y quizá por lujo, marchaba á gran distancia una descubierta de veinticinco hombres de caballería. El oficial que la mandaba fué el que se volvió á decirle:

—Señor, por nuestro frente he descubierto un pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deteniéndose en las ruinas de una hacienda, en donde cenaron las pocas provisiones que llevaban. A los postres se presentaron cuatrocientos insurgentes de infantería que querian entrar tambien en combate; pero tan mal armados y tan poco vestidos, que Mina agradeciéndoles muchísimo su buen deseo, les dijo que mas les servirian quedándose allí á cuidarle las espaldas. Ni llevaban parque, ni sabian los pobres cómo se manejaban sus fusiles de chispa, á los cuales hasta las piedras les faltaban.

Al dia siguiente se emprendió de nuevo la marcha, y á las nueve fué descubierto el enemigo que venia avanzando muy tranquilo por el camino directo que estaba trazado en medio de la extensa llanura.

—¡Alto! dijo Mina á sus tropas.

Ahora en el capítulo siguiente diremos cuál fué el resultado de este desigualísimo encuentro.

CAPITULO XXXII

AUDACIA

Lo que menos podia figurarse el comandante general de la provincia de Guanajuato coronel Ordoñez, era que tuviese un encuentro con el enemigo, sabiendo con toda seguridad que los insurgentes no tenian ninguna fuerza regular ni numerosa que oponerle, así es que marchaba con el descuido que inspira la mayor confianza, yendo á la cabeza de la columna en su carruaje acompañado del coronel Castañon que le entretenia con sabrosas pláticas. Solamente por mera costumbre y quizá por lujo, marchaba á gran distancia una descubierta de veinticinco hombres de caballería. El oficial que la mandaba fué el que se volvió á decirle:

—Señor, por nuestro frente he descubierto un pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

queño grupo de gente que me parece es del enemigo.

—¿Del enemigo? preguntó Ordoñez sacando la cabeza, ¿y de qué enemigo?

—Eso es lo que no podré decir á su señoria.

—Pero entonces, ¿en qué te fundas para creerlo?

—En que luego que nos descubrieron hicieron alto.

—Si fueran enemigos ya irian huyendo.

—Por sí ó por no pediremos nuestros caballos, dijo Castañon.

—No hay necesidad, le contestó Ordoñez deteniéndole.

Y luego dirigiéndose al oficial:

—Haz alto tambien con tu fuerza mientras mando á la caballeria que haga un reconocimiento.

Como el carruage se habia detenido y la division habia seguido avanzando, Ordoñez vió pronto á su tropa reunida y entonces dispuso que formara esta en batalla, mientras se destacaba su caballeria para hacer un reconocimiento. No fué necesario este porque ya Mina habia colocado sus fuerzas tras un repecho, mientras él acompañado solo del capitan Adrian Pinto se adelantaba á practicarlo por su cuenta. Entonces Ordoñez, que habia mandado parar de través el carruage para ver mejor, dijo á los suyos:

—Allí vienen hácia acá dos hombres, no hay que hacerles fuego porque todavia no sabemos si son amigos ó enemigos.

Entonces aquellos tuvieron oportunidad de acercarse tanto que casi estaban al alcance de la voz.

—¿Quién vive? les gritó Ordoñez.

—La independencia, contestó Pinto.

—¡Fuego! exclamó Ordoñez lleno de ira.

En toda la línea realista se les hizo una descarga; pero cuando se disipó el humo vieron que aquellos audaces oficiales ya iban léjos sanos y salvos.

Ordoñez mandó que sin perder la formacion que traian las tropas avanzaran en línea, permaneciendo en el centro la artilleria, y apoyando los flancos, dos trozos de caballeria.

Entre tanto Mina habia tambien tomado sus disposiciones rápidamente en vista del reconocimiento que habia hecho del enemigo.

La Guardia de honor, el regimiento de la Union y los mejores soldados de la infanteria de Moreno, formando toda la columna reunida noventa hombres, fué puesta al mando del coronel Young; la segunda columna fué formada del primer regimiento de línea y el resto de la infanteria, por todo cien hombres al mando de Márquez; la tercera columna de noventa hombres de caballeria al mando del mayor Maylefer debia apoyar á esas dos columnas en la carga que debia dar á la bayoneta y Mina con el resto formó una pequeña reserva para acudir á donde fuera necesario.

Las instrucciones del general fueron estas sencillamente:

—En el momento en que yo haga la primera señal saldrán las dos columnas de infanteria y con la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mayor rapidez avanzarán sobre el enemigo, harán una descarga y cargarán á la bayoneta. A la segunda señal saldrá al galope la caballeria en proteccion de la infanteria y yo me encargo con la reserva de consumar la derrota del enemigo.

Todo se hizo al pié de la letra como lo ordenó Mina, quien desde el punto mas dominante dió la direccion y el órden en que habian de avanzar las columnas. El primero que recibió los fuegos nutridos de la gente de Ordoñez fué el coronel Young, que sin desconcertarse continuó su marcha algo mas avanzada que la segunda columna que iba casi paralela por el flanco derecho, de manera que casi al mismo tiempo dispararon sus armas y calaron bayoneta, á la vez que el mayor Maylefer daba por su parte tan brusca carga de caballeria, que el enemigo, que no habia tenido lugar de volver á cargar sus armas y que no estaba preparado para sostener tan repentina embestida, empezó á desbandarse. En tan críticos momentos para los realistas se presentaron otros tres grupos montados, que aunque pequeños, peleaban con furia aclamando á Mina y á la independencia, mandando uno este personalmente seguido muy de cerca por Moreno como su primer ayudante de campo, el otro por Ortiz, de treinta lanceros bien montados, y el último, que era el que hacia mas destrozos por el ímpetu con que se arrojó hasta el centro mismo del enemigo donde estaba Ordoñez, era mandado por el capitan Adrian Pinto, con todo lo que se declaró la derrota del comandante de Guanajuato en

menos de cinco minutos. Tanto este gefe como su segundo Castañon quedaron tendidos en el campo, haciéndose tal carniceria en el alcance por los lanceros de Ortiz en un campo tan abierto, que quedaron allí trescientos treinta y nueve cadáveres, entre ellos casi todos los oficiales. De todos los que entraron en combate solo escaparon ciento veinte hombres de los mejor montados, quedando los demas prisioneros. Mina solo contó de los suyos ocho muertos y nueve heridos; pero entre los primeros tuvo que lamentar la enorme pérdida del mayor Maylefer. Cuando el general lo vió tendido en el campo, corrió á abrazarlo vertiendo lágrimas y se le oyó exclamar:

—Nosotros hemos sido los derrotados: aquí está muerto un valiente que valia por un ejército.

El botin hecho al enemigo consistió, á más de los prisioneros, en dos cañones bien dotados de parque, quinientos fusiles, muchos uniformes y municiones y bastante dinero, ¿Qué tal seria la riqueza de los realistas de Guanajuato cuando los artilleros, en el momento de la refriega, no pudiendo abrir las cajas del parque, cargaron las piezas con talegas de pesos fuertes?

Con todos aquellos despojos entró Mina al fuerte, en donde se le recibió con una salva de artilleria, la cual sirvió para anunciar en la vecina villa de Leon el triunfo que se habia obtenido, triunfo que se solemnizó en Jaujilla y en todos los puntos cercanos donde habia insurgentes, con Te Deum, salvas, músicas, discursos é iluminaciones, cobrando un poco

de ánimo los desfallecidos defensores de la independencia.

Luego que Mina hubo terminado los suntuosos funerales que le hizo al mayor Maylefer y que atendió á sus heridos, se ocupó de los prisioneros que con sorpresa de ellos mismos habian quedado casi libres en el fuerte, pues que el general habia dado órden de que no se les encadenara ni oprimiera, sino que simplemente se les vigilara para no dejarlos salir. Los llamó á todos, en seguida los formó en la plazoleta y les dijo:

—Desde este momento son ustedes libres para retirarse á sus casas, para volver á sus filas ó para quedarse militando á mis órdenes, solo que en este último caso tienen que pronunciar juramento de fidelidad. Los que prefieran quedarse conmigo bajo estas condiciones den un paso al frente.

Mina esperaba que fuesen muy pocos y por eso queria que se marcaran los que habian de quedarse saliendo de entre las filas de los que quisieran irse; pero cuál no fué su alegria cuando vió que casi todos se adelantaron, quedando solo á retaguardia quince hombres que manifestaron que tenian familias y que querian ver si les era posible ir á reunirse con ellas. Mina entonces les dió pasaporte, dinero y un abrazo de despedida, alejándose estos muy enternecidos ante aquella muestra de generosidad.

Despues de esto aquel magnánimo capitan quiso hacer el duelo á su difunto amigo el mayor Maylefer

y estuvo encerrado tres dias sin ocuparse de ningun negocio, consagrado solo á lamentar aquella pérdida que consideraba como irreparable, porque no contaba con otro gefe de caballeria tan sereno en el peligro, tan sufrido en las privaciones y tan obediente en la disciplina.

Luego que pasaron los tres dias, llamó al capitan Adrian Pinto y le dijo con acento triste:

—Ya lloré al amigo muerto y ahora necesito comenzar á obrar en favor del porvenir de la causa que defendemos.

Pinto le hizo una profunda cortesia, manifestándole así que estaba completamente á sus órdenes.

—Voy á hacer una expedicion un tanto arriesgada pero precisa, que tendrá por fin hacerme de suficientes recursos para poder sostener con éxito esta revolucion, que lo primero que necesita es dinero para que puedan descansar los pueblos. Y á usted es al único que debo confiarle lealmente mi proyecto, pidiéndole perdone desde luego que abuse de una de sus confidencias.

—No comprendo, dijo Pinto con embarazo precisamente porque algo empezaba á comprender.

—Usted me ha dicho que el marqués del Jaral tiene en su hacienda grandes cantidades de dinero.....

—¿Quizás cometeria una indiscrecion, general?

—No, amigo mio, tal vez el cielo se valió de usted para hacerme llegar este aviso.

—Pero tambien digo á vuestra excelencia que el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

marqués ha formado allí una fortaleza y que tiene una guarnicion de seiscientos hombres.

—He estado madurando mis proyectos y creo que no fracasarán. En todo caso, para tranquilizar á usted, sin cuyo consentimiento no daré un paso, se lo juro, debo advertirle que yo no quiero entrar á fuego y sangre al Jaral sino entablar leales negociaciones con el marqués y siempre tratarlo con los respetos debidos á su rango y á la consideracion que usted, por las ligas de la sangre tendria que guardarle en caso de que cualquier incidente extraordinario lo hiciera caer en nuestro poder.

Adrian perdió el color al oir estas palabras y poco despues contestó:

—Señor general Mina: yo agradezco profundamente esta muestra de confianza y de consideracion que me está dando, haciéndome confidente de un proyecto de tal importancia como el que ha estado madurando, y no solo confiándomelo, sino diciéndome que no lo proseguirá si no lo apruebo. Yo, señor, no soy aquí mas que un subalterno á quien no corresponde hacer otra cosa que obedecer, sin murmurar, las órdenes de su superior. Si vuestra excelencia me manda que vaya yo mismo á ponerle sitio al Jaral hasta rendirle sin condiciones, yo iré y procuraré cumplir con esa consigna hasta donde mis fuerzas me ayuden.

—Aquí no hablo al subalterno sino al amigo, se apresuró á decir Mina interrumpiéndole.

—Ahora va tambien á hablar el amigo despues de

haberlo hecho el subalterno. Yo no sé de una manera firme y segura que alguno de los marqueses y condes de Moncada y ahora uno de ellos propietario del marquesado del Jaral, sea mi padre, ni por ninguno de ellos fuí jamás reconocido. Tengo sospechas vivísimas de que así puede ser, porque en mi niñez pasé algunos meses en diferentes épocas en aquella hacienda y tanto el mayordomo de ella como los dependientes de la familia en México, me tratan siempre con las debidas consideraciones, consideraciones que se han extendido á que se me recibiera tambien con distincion en la corte, ocupando en ella el mismo rango que las demas gentes de noble nacimiento; pero con todo y eso pecaria de pretencioso si yo dijera á vuestra excelencia: No vaya á atacar el Jaral porque allí se encuentra mi padre. Esto no tengo conciencia para decirlo. Sin embargo, si fuera otro que vuestra excelencia el que me manifestara tales propósitos, juro que abusaria de tal confidencia y que correria á prestar al marqués del Jaral el servicio que pudiera, ya advirtiéndole el peligro, ya poniendo á sus órdenes mi brazo y mi corazon. Pero en el caso presente confio tranquilamente en la generosidad, en la nobleza, en todos los buenos sentimientos de vuestra excelencia, para estar seguro que nada tendrán que sufrir de su parte aquellas personas por quienes yo pudiera interesarme.

Mina le tendió la mano y le dijo con expresion cariñosa:

—Bien, jóven, hoy más que nunca estoy contento

de que haya venido usted á mi lado, porque soy amante hasta el fanatismo de los hombres discretos que tienen un corazon leal y comprenden los sacrificios que pueden y deben hacerse en el altar de la conciencia donde tributan culto á sus deberes. Ahora por mi parte iré yo tranquilo con el mio, que es ciertamente muy penoso, por mas que me haya descargado del enorme peso de los escrúpulos que me atormentaban.

—¿Y yo?

—Usted se quedará esperándome en este fuerte.

—¿No seria más provechoso para vuestra excelencia y para el marqués el que yo me encontrara en el terreno donde tal vez se va á librar un combate peligroso para alguno de los dos?

—Precisamente es lo que quiero evitar: que se encuentre usted en tamaño conflicto.

—Yo acataré las órdenes de vuestra excelencia, pero prefiriria ir á su lado.

—¿A qué? A pelear contra el que tal vez le ha dado el sér? A permanecer como testigo impasible de los sucesos? ¿A servir como de mediador para que los asuntos estén entonces más distantes de tener algun arreglo?

El jóven se acordó del carácter indomable del marqués, al cual habia de indignarle hasta el frenesí saber que iba entre los enemigos uno que podia ser hijo suyo, é inclinando la cabeza, dijo con voz resignada:

—Tiene vuestra excelencia mucha razon.

Entonces Mina le comunicó algunas instrucciones sobre lo que tendria que hacer durante su ausencia, renovándole la promesa de que al llegar á la hacienda del Jaral no extremaria las cosas de manera que pudieran tener un resultado lamentable para ninguna de las dos partes, confiando demasiado en su astucia y buena estrella.

Desde esa misma noche dió Mina todas las órdenes correspondientes, escogiendo los gefes y la tropa que habian de acompañarlo en aquella delicada expedicion, sin comunicar á nadie cuál era su pensamiento. A Moreno le dijo que iba á estar ausente cinco ó seis dias, en los que iba á tratar los medios de dar un golpe que le parecia muy importante y que pondria de regreso en su conocimiento, el cual aunque nada tuviera de arriesgado no se atrevia á manifestárselo, temeroso de que quisiera disuadirlo, precisamente cuando ya lo habia adoptado con toda su resolucion. Le dió algunas explicaciones que pudieran hacerle sospechar algo; pero no le quiso confiar del todo su proyecto para no irse con la menor intranquilidad respecto de que pudiera ser divulgado.

Moreno le dijo entonces:

—Me conformo, general, con no saber nada con tal que me lleve consigo su excelencia.

Mina no titubeó siquiera y le contestó en el acto:

—Eso me gusta más que todo: véngase usted conmigo y tráigase doscientos hombres escogidos de caballeria, yo llevaré mi infanteria y ocho artilleros con un cañon ligero. Es todo lo que necesito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Moreno fué y le dijo á Ortiz:

—Coronel, vamos á salir á las dos de la mañana del fuerte.

—¿Todos?

—No: nosotros llevaremos solamente cien lanceros y cien mosqueteros de á caballo.

—¿Va el general Mina?

—El lleva sus doscientos infantes mas aguerridos.

—¿Y á donde vamos?

—Eso es lo que no sé.

—¿Cómo?

—No me lo ha querido decir este endemoniado *gachupin*, que, segun parece, tiene un proyecto muy atrevido.

—Ya me lo supongo: atacar á Leon.

—No es eso, porque entonces no seria necesario dejar en el fuerte una guarnicion. Me sospecho que vamos por otro camino.

—En fin, cuando manda capitan..... dijo Ortiz alzando los hombros.

—No gobierna marinero, concluyó diciendo Moreno. A la una la gente lista.

Y en efecto, á las dos de la mañana salió la division del fuerte silenciosamente, y como ya Mina no tenia nada que temer de las indiscreciones, llamó á Moreno, á Ortiz y á los demas gefes principales y les confió su proyecto.

—¿Pero en qué está pensando, general? le preguntó Moreno asombrado. El Jaral tiene una guarnicion del mismo número de soldados que llevamos nosotros, con cuatro ó seis cañones y con fuertísimos parapetos.

—Lo sé, dijo Mina, pero nada me arredra cuando cuento con la estrategia y con la buena fortuna que nos está soplando. Es ahora cuando debemos acometer las grandes empresas.

Los otros gefes no dijeron allí nada, pero entre sí no dejaban de dudar respecto de que pudiera tener realizacion un plan semejante.

—El Jaral es una fortaleza, decian.

—Y es una fortaleza artillada.

—Nunca ha habido quien se atreva á atacarla.

—Sabiendo sobre todo que el marqués tiene un carácter resuelto y que primero hará volar la finca antes que rendirse.

Sin embargo, Mina demostraba la mayor confianza en el buen éxito de sus operaciones y nadie se atrevió ya á contrariarlo.

Cuando iban muy cerca, los soldados de la descubierta aprehendieron á un campesino que venia de la misma hacienda. Lo interrogó Mina y le contestó que todos estaban allí muy tranquilos, que no se tenia la menor noticia de la aproximacion de los insurgentes.

—Está bien, le dijo, toma estos cinco pesos; pero ahora tienes que volver á la hacienda con este papel.

Y puso en sus manos una carta para el marqués del Jaral que ya tenia preparada. Deteniendo al campesino que ya se iba, le preguntó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Cuánta gente crees que es esta?

Como era de noche y la caballeria hacia mucho bulto, contestó:

—Serán mil.

—No, somos novecientos con doce cañones: esto mismo le cuentas al marqués; cuando vuelvas con la respuesta, tendrás otros cinco pesos.

En seguida ordenó Mina que se encendieran fogatas por todos lados, como si hubiera un grandísimo campamento militar extendiéndose en todo él las tropas.

Una hora despues regresó el mismo individuo que habia llevado la carta.

—¿Que hay? le preguntó Mina.

—Ya se fué el señor marqués.

—¿Y la respuesta á mi carta?

—Dijo que la dejaba con el señor capellan.

Entonces Mina ordenó que lo acompañaran veinte hombres bien montados. A Moreno le dijo:

—Que esté lista la tropa para protegerme ó para ocupar en paz las posiciones enemigas.

En la puerta de la hacienda estaba en efecto el capellan esperándole, quien haciéndole muchas cortesias le manifestó que tenia encargo del marqués para recibirlo con su gente y darle cuanto necesitara, encargándole solamente que los soldados no perjudicaran el edificio.

Mina entró con las debidas precauciones y registró la hacienda. No habia allí nadie. El marqués se habia ido con sus hombres de armas, que pasaban de

trescientos, dejando abandonada la artilleria, los bagajes y las municiones.

Media hora más tarde tomaba posesion de la hacienda la tropa y Moreno exclamaba:

—¡Es prodigioso esto, general Mina!

—:o:—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO XXXIII

¡VIVA MINA!

Tanto Mina como sus tropas fueron ampliamente obsequiados con buena cena y con buenas bebidas en la hacienda del Jaral, por el buen capellan que era muy entendido para dar el punto á los vinos catalanes y portugueses. Despues de la sobremesa, que fué larga y entretenida, el general mismo anduvo apostando las patrullas y centinelas, recogiéndose todos los que no tenian asignado servicio en buena paz y compañía.

Moreno dormia en la misma alcoba que ocupaba Mina, y como este tuviera un sueño inquieto, aquel le dijo cuando empezaba á asomar por las rendijas de las puertas los primeros albores de la mañana:

—¿Duerme su excelencia?

—No, mi querido compañero D. Pedro, le contestó Mina, estoy esperando con ansia que amanezca para poner en obra mi plan.

—¿Y qué otro plan puede haber una vez que el marqués se ha ido dejándonos solamente algunos cañones y algunos pertrechos?

—El plan es el que su señoria va á ver en seguida.

Como Mina nunca se desnudaba del todo cuando estaba en campaña, pues lo más que hacia era quitarse las botas cuando no estaba en punto en que pudiera temer una sorpresa, y en esta vez era cuando más inminente veia el peligro, de un salto se puso en pié, se encasquetó su gorra militar y dijo á Moreno:

—Estoy listo.

—Yo tambien, contestó Moreno.

—En tal caso hable usted á Ortiz solamente, que es el que conoce la localidad, y yo llevaré por mi parte dos ayudantes. No necesitamos más gente.

Mientras Moreno fué á cumplir las órdenes, abrió las ventanas para que entrara el fresco y la poca luz que se reflejaba en el oriente, ocupándose luego en dar vueltas por la habitacion.

Cuando estuvieron presentes las personas que habia llamado, les dijo:

—Señor coronel Ortiz, guíeme usted á la cocina.

—¿A la cocina, mi general? preguntó el *Pachon* con extrañeza.

Todos se pusieron á mirar á Mina como sorprendidos.

—Vamos allí y despues podrán decirme si tenemos ó no por aquel lugar algun negocio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como todos tenian fé en el general, no opusieron mas objeciones y se encaminaron los cinco á la cocina, provistos de unas barretas que aquel habia tenido cuidado de llevar consigo sin que nadie lo observara. A cada uno le dió la suya.

—Una vez en el sitio que deseaba, comenzó á orientarse y señalando una pieza vecina cuya entrada estaba obstruida con tercios, exclamó:

—Aquí debe ser.

El mismo ayudó á quitar los estorbos y luego con una hacha encendida buscó y se encontró en un rincon cubierto con semillas un tramo en que los ladrillos estaban frescos y como recientemente colocados.

—Vamos, señores, dijo á sus compañeros, pongan sus luces donde puedan y ayúdenme en este pequeño trabajo de zapa.

—¿Qué vamos á hacer? preguntó Moreno.

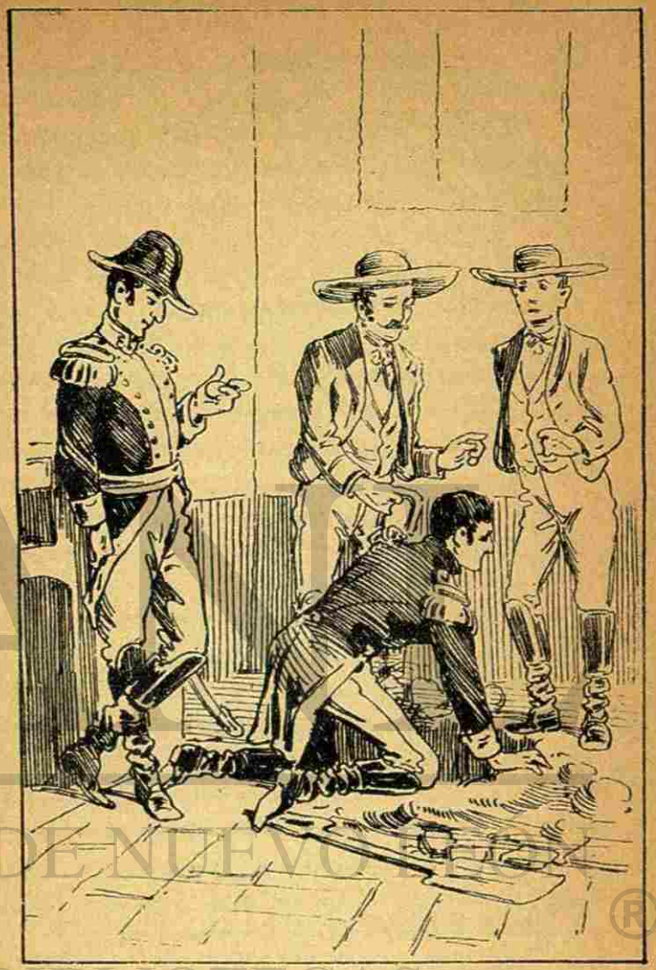
—Una escavacion, le contestó Mina.

Se vieron unos á otros con aire de incredulidad, pero procedieron al trabajo. Apenas habian ahondado una vara cuando una de las barretas hizo saltar varios pesos de una talega de lona que se hizo pedazos. La sorpresa que manifestaron todos fué indefinible.

—¡Dinero enterrado! exclamó Moreno examinando uno de los pesos.

—Y son de buen cuño, agregó Ortiz, de Guanajuato.

—Ahora que ya sabemos que aquí está el tesoro, dijo Mina, que vaya uno de mis ayudantes á traer una guardia, que se pongan dos centinelas con órden



—¡Dinero enterrado! exclamó Moreno, examinando uno de los pesos.—

de no dejar aproximar á nadie. Despues de eso para no llamar la atencion, que se quede Ortiz con cuatro hombres de su confianza terminando la operacion, mientras vamos á desayunarnos y á presentarnos delante de la servidumbre y de los soldados como si nada hubiera sucedido.

Para la tarde de ese dia ya estaban entalegados 140,000 pesos y dispuestas para cargarse un buen número de barras de plata.

El marqués informó en su tiempo al virey que le habian llevado 306,400 pesos; pero probablemente quiso aumentar en mas del doble la pérdida como sucede en tales casos, pues ni entre tres personas que jueguen á la baraja se acostumbra decir la verdad sobre lo que pierde cada uno.

Alaman dice que 33,000 pesos fueron robados por la escolta en el viaje: bien puede ser, aunque la dificultad no hubiera consistido para los soldados en el robo, sino en la manera de ocultarlo, pues que treinta y tres talegas de á mil pesos y más las barras de plata, que tambien dice que se robaron, hacen bastante bulto.

Maravillados quedaron Moreno y Ortiz de aquel golpe dado tan audazmente por Mina, que ellos habian estado muy léjos de soñar, y no pudieron menos que rendirse en todo á su superioridad.

Mina, al preparar al dia siguiente su marcha para regresar con la carga al fuerte del Sombrero, mandó llamar al capellan.

—Siento mucho, le dijo, no haber tenido el gusto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ver al marqués, pues que esto me hubiera servido para pedirle de grado y con buena voluntad, lo que me llevo casi por la fuerza; pero usted se lo manifestará, advirtiéndole que si desea un recibo en mejor forma que el que le dejo ó celebrar conmigo algunos arreglos, no tendré ningun inconveniente en volver solo á con una pequeña escolta, fiado solo en su palabra de que respetará mi persona.

—Creo que el marqués, contestó el capellan, no tendrá el menor gusto en volver á ver á su excelencia en su propiedad.

—Duro es ese lenguage, señor capellan.

—Expreso solo lo que ha de expresar el marqués, conociendo como conozco su carácter.

—Ese carácter tan fuerte ó tan rudo, como usted quiera llamarle, no le impedirá ser reembolsado alguna vez de las sumas que hoy nos llevamos con la esperanza de poder devolverlas.

—De seguro que el señor marqués no contará para nada con ellas en lo sucesivo. La guerra es la guerra, agregó prontamente, observando que Mina estaba pronto á sulfurarse, y todos tenemos que sujetarnos á sus consecuencias.

—En fin, yo cumplo con expresar por el conducto de usted al señor marqués mis mejores deseos, que son los de tratar siempre con el mayor respeto su persona y de procurar devolverle su dinero si la suerte me es propicia.

El capellan prescindió de manifestar la respuesta que le venia á los labios, de que el marqués siempre prefiriria dejar perdido el dinero si habia de d volvérsele cumplidas que fueran aquellas condiciones, y se contentó con decir:

—Yo trasmitiré al señor marqués todas estas buenas manifestaciones de vuestra excelencia.

Y como ya las tropas estaban listas, Mina dió un apreton de manos al capellan, montó á caballo y se puso al frente de la columna, seguido de su Estado Mayor.

Tanto Moreno como Ortiz, hicieron el camino al lado de su nuevo gefe, á quien no podian menos que ver como su superior, tanto por su varonil denuedo, como por el alcance que notaban en todas sus determinaciones, viéndole naturalmente dotado de las cualidades que se necesitan para saber ejercer el mando, y no se cansaban de encomiar aquel hecho casi heroico que les aseguraba para mucho tiempo los recursos que se necesitaban con el fin de reanimar el fuego casi extinguido de la revolucion.

En un rancho inmediato ya al fuerte del Sombrero y sin que en todo lo largo del camino que habian recorrido les aconteciera el menor suceso digno de referirse, se encontraron á D. Miguel Borja, que era uno de los pocos gefes de importancia que quedaban en el Bajío acompañado de una pequeña escolta. Estaba allí situado por encargo de una comision de la junta de Jaujilla que habia llegado al fuerte para saludar á Mina en nombre del gobierno y él habia recibido el encargo de esperarlo, de anunciáreselo y ofrecerle una modesta colacion de que probablemente tenia necesidad despues de la jornada que acababa de rendir.

—Muy reconocido, Sr. Borja, me siento con esta benévola atencion de la Junta de gobierno establecida en Jaujilla, le contestó el general español, y con gusto aprovecharia algunas horas de la noche, si no fuera porque temo llegar bastante tarde y causar alguna molestia á esos señores.

—Ellos esperan á vuestra excelencia hasta mañana, segun las noticias que les he mandado esta tarde; y ademas yo no consentiria que vuestra excelencia prosiguiera su camino sin tomar el debido descanso.

—Pero en cambio podremos aprovechar la salida de la aurora para ponernos en marcha.

—Así lo espero, excelentísimo señor general, le contestó Borja lleno de regocijo por el honor que le dispensaba de aceptar su hospitalidad.

El rancho era muy pobre, pero el comandante Borja habia mandado encargar de la villa de Leon lo mas preciso para que se pudiera pasar una noche lo mejor que fuera posible en tan reducido alojamiento y despues de acampada y socorrida que fué la tropa hasta donde fué posible, los gefes entraron á la galeria principal que habia sido aderezada un poco para este caso, en donde se encontraron una mesa formada rústicamente cubierta en lugar de mantel con hojas verdes de los arbustos inmediatos y con algunas flores de la campiña. Sobre ella habia algunos tarros de distintos vinos, algunas carnes conservadas, pan fresco y varias legumbres guisadas, con lo cual se confortaron agradablemente, dando las gracias muy repetidas á Borja por haberles proporcionado una cena

que en aquel lugar no podia menos que ser considerada como régia.

De la misma manera se proporcionó á Mina un lecho blando en el que sabiendo que estaba bien cuidado pasó la noche con tranquilidad.

El mismo afectuoso recibimiento tuvo Mina á la mañana siguiente en el fuerte, en donde fué saludado con una salva de artilleria, llegando en seguida los comisionados de la Junta de Jaujilla para darle en nombre de esta la más cordial bienvenida.

Formábase la comision del teniente general presbítero Torres que se habia distinguido ya como guerrillero atrevido, pero que no poseia ninguna instruccion militar ni la menor nocion de la disciplina, del Dr. San Martin que no era mas que un patriota y del Lic. Cumplido que disfrutaba fama de inteligente. Este fué el que llevó la palabra en nombre de la Junta, la cual se consideraba agradecida á Mina por el gran impulso que con sus proezas estaba dando á la revolucion.

Mina contestó que era á su pequeño ejército á quien debia la principal gloria en lo poco que hasta entonces se habia hecho, pero que esperaba que en lo de adelante con la proteccion de la Junta de gobierno, que era con la que más deseaba ponerse en contacto, se proseguiria la obra del establecimiento de la libertad hasta que se viera consumada la independencia, supuesto que no faltaban ni el patriotismo ni el valor entre los mexicanos, sino saberlos conducir como el cura Hidalgo, como Morelos y como tan-

tos otros héroes que se habian sacrificado por tan santa causa aunque con éxito final desgraciado, sucumbiendo siempre ante la superioridad del enemigo, que contínuamente habia contado con mayores elementos. En la actualidad, les dijo, tenemos dinero, tenemos armas, tenemos ya el hábito de combatir, conocemos la táctica de los ejércitos del gobierno, de suerte que nos es dado esperar que obtengamos más felices resultados, si todos estamos dispuestos á ser abnegados y á posponer cualquiera clase de miras personales ante los intereses de la patria y ante nuestra enseña única que es la de la libertad.

Todos aplaudieron las palabras de Mina, y solo el padre Torres hizo algunos guiños con los ojos á su compañero el Dr. San Martin en los pasajes referentes al desinterés y al patriotismo.

Despues del desayuno que fué sasonado con la relacion que hizo Mina de todas sus aventuras, el Lic. Cumplido manifestó la conveniencia de hablar de las operaciones militares y de la organizacion de la campaña, sobre todo lo cual la comision venia ampliamente facultada por la Junta.

De esto tenemos que hacer una sinópsis porque tuvo cierta formalidad y cierta importancia. Concurrieron á la sesion presidida por Cumplido los principales gefes y se emitieron las opiniones en la forma siguiente:

—Lo primero de que debemos de tratar, dijo Cumplido, es de nombrar y reconocer un gefe superior de las armas.

—Pero sin el nombre de generalísimo que ha sido siempre de mal agüero, exclamó el Dr. San Martin.

—Yo soy teniente general, dijo el P. Torres, que es ahora el grado superior en el Ejército independiente, cuyo despacho me ha sido otorgado por la Junta de gobierno de Jaujilla, que es la única reconocida en toda la extension de nuestro territorio.

—Ahora de lo que se trata, interrumpió el Presidente, es de que demos una nueva organizacion á todos nuestros elementos para que podamos combatir con algun éxito á nuestros enemigos que se aprovechan de la falta de unidad en nuestras operaciones.

—Es muy cierto eso, dijo por su parte el honrado Moreno, que estaba temiendo mucho que á causa de las ambiciones y discolerias del padre Torres se fuera á cometer un desaire á Mina, lo que nos ha faltado constantemente es un gefe que se haga obedecer de todos y que pueda dar organizacion militar á todos nuestros reclutas. Esto es, lo que reconozco que nos ha faltado principalmente es un militar de conocimientos y en esa virtud no tenemos dificultad en proponer como general en gefe de todas nuestras tropas al general Mina.

Sin necesidad de que hubiera mas discusion sobre este punto, todos los de la junta dieron muestras de asentimiento, los unos en alta voz como Ortiz y Borja, y otros como Cumplido y San Martin moviendo varias veces la cabeza en sentido afirmativo.

—En caso de ser ratificado en toda forma el nombramiento que acaba de proponer mi compañero el Sr.

Moreno, dijo Mina, yo desde luego protesto á sus señorías que no me moverá á aceptarlo ninguna mira ambiciosa y que procuraré corresponder con honradez y con lealtad á semejante muestra de confianza.

—Yo digo esto, exclamó entonces el padre Torres, que siendo teniente general y comandante militar de las provincias de Guanajuato, Valladolid y Nueva Galicia, á mí me corresponderia de derecho este mando de todas las tropas, y tambien lo seguiria desempeñando, como lo he desempeñado hasta ahora, con el mayor desinterés y dispuesto á hacer por mi patria cualquier socrificio; pero con gusto cedo todos mis derechos al Sr. Mina, principalmente por los méritos que ha contraido, por su campaña gloriosa y por sus conocimientos militares que son superiores á los de todos nosotros. Sin embargo, me atrevo á hacer una observacion por el peso que pudiera tener en el ánimo de sus señorías: el Sr. Mina es español, nosotros hacemos la guerra á los españoles, los que han derramado la sangre mexicana, son tambien gefes españoles, de manera que seria muy posible que por los subalternos y soldados no fuera visto con buenos ojos, principalmente si las calumnias lograban hacer nacer entre ellos alguna desconfianza.

—La adhesion del general Mina á nuestra causa está suficientemente probada para que haya quien ose dudar de ella, contestó Cumplido, y como no es rigurosamente exacto que la guerra que sostenemos sea contra la nacion española sino contra su gobierno y autoridades, principalmente contra estas que tantos

abusos han cometido en daño de los americanos, resulta que muchas veces hay españoles en nuestras filas, lo mismo que hay americanos como Iturbide y tantos otros que nos combaten á fuego y sangre, de modo que no creo que la nacionalidad del Sr. Mina sea un obstáculo que le impida ser el gefe de nuestras armas.

Y como todos se hubieran manifestado mas ó menos airados contra el discurso que habia dicho el padre Torres, este se apresuró á rectificarlo diciendo:

—Yo realmente he sometido al criterio de vuestras señorías una observacion que consideraba digna de ser meditada antes de afirmar un paso de tanta trascendencia como el que vamos á dar; pero desde luego digo por mi parte que pongo á las órdenes del señor general Mina los seis mil hombres que están bajo mi mando, siendo yo el primero en someterme á la más rígida disciplina que quiera establecer.

—¿Su excelencia tiene seis mil hombres? preguntó Mina asombrado, sin hacer mérito de las demas partes del discurso.

—Seis mil hombres lo menos, si no son más, afirmó Torres.

—Pues con ese número de hombres, con tal que estén bien armados y organizados en regimientos, yo me comprometo á marchar directamente hasta la capital.

¡Tal era la fé que tenia Mina en su genio, en su táctica militar y en el valor que sabia infundir á los que le rodeaban! Y esta de seguro que no habria sido fanfarronada suya, si hubiera podido contar en efec-

tivo siquiera con tres mil hombres tan valientes como los que le habian acompañado en su travesia desde Soto la Marina.

Una vez aprobado el nombramiento de Mina como general en gefe por unanimidad, se procedió á discutir un plan de operaciones que quedó convenido conforme á este resúmen que hizo Mina:

—Por ahora debemos limitarnos á sostener nuestrds fuertes para lo cual será necesario mejorarlos en todo lo que sea posible, aprovechando los pocos dias que se nos deje de descanso en disciplinar y aumentar nuestras tropas, procurando reconcentrarlas en los puntos en que puedan estar mas á salvo de los ataques del enemigo. Es preciso considerar que á estas horas el gobierno debe haber destacado numerosas tropas sobre nosotros, principalmente si no tiene por otros rumbos otras cosas á que atender; pero eso importa poco si cuando ataquen á un fuerte están listos los demas, así como las guerrillas volantes á proteger el fuerte atacado. En todo caso yo recomiendo á ustedes la rapidez en las marchas y la cxacta obediencia á las disposiciones del Cuartel General. Siempre que cuente con oficiales dignos y tropas subordinadas, yo respondo de la situacion.

Al disolverse la junta todos abrazaron á Mina felicitándole por su nombramiento, mandando que se hiciera una salva en el fuerte para solemnizarlo.

Toda la guarnicion, al saber el resultado de la deliberacion, prorumpió en aclamaciones atronadoras, no oyéndose salir de todas las bocas mas que este grito uniforme: ¡viva el general Mina!

CAPITULO XXXIV

CONTRASTE

El resto del dia se pasó en regocijos en el fuerte del Sombrero, cuya descripcion de cómo se hallaba entonces se nos ha trasmitido por los mismos que estuvieron allí, de esta manera:

El fuerte del Sombrero, llamado así por su configuracion, se encontraba en el cerro de Comanja, 18 leguas al NE. de Guanajuato, 5 al SE. de Lagos y 6 al N. de Leon, teniendo una elevacion de mil piés sobre la llanura y una extension de quinientos. Al N. estaba defendido por un precipicio, habiendo sin embargo un estrecho sendero que comunicaba con una serie de colinas. Al E. lo defendia un profundo barranco y al S. el mismo declive muy rápido de la montaña. La vereda principal estaba obstruida por un muro de mala construccion. Aunque habia algu-

tivo siquiera con tres mil hombres tan valientes como los que le habian acompañado en su travesia desde Soto la Marina.

Una vez aprobado el nombramiento de Mina como general en gefe por unanimidad, se procedió á discutir un plan de operaciones que quedó convenido conforme á este resúmen que hizo Mina:

—Por ahora debemos limitarnos á sostener nuestrds fuertes para lo cual será necesario mejorarlos en todo lo que sea posible, aprovechando los pocos dias que se nos deje de descanso en disciplinar y aumentar nuestras tropas, procurando reconcentrarlas en los puntos en que puedan estar mas á salvo de los ataques del enemigo. Es preciso considerar que á estas horas el gobierno debe haber destacado numerosas tropas sobre nosotros, principalmente si no tiene por otros rumbos otras cosas á que atender; pero eso importa poco si cuando ataquen á un fuerte están listos los demas, así como las guerrillas volantes á proteger el fuerte atacado. En todo caso yo recomiendo á ustedes la rapidez en las marchas y la cxacta obediencia á las disposiciones del Cuartel General. Siempre que cuente con oficiales dignos y tropas subordinadas, yo respondo de la situacion.

Al disolverse la junta todos abrazaron á Mina felicitándole por su nombramiento, mandando que se hiciera una salva en el fuerte para solemnizarlo.

Toda la guarnicion, al saber el resultado de la deliberacion, prorumpió en aclamaciones atronadoras, no oyéndose salir de todas las bocas mas que este grito uniforme: ¡viva el general Mina!

CAPITULO XXXIV

CONTRASTE

El resto del dia se pasó en regocijos en el fuerte del Sombrero, cuya descripcion de cómo se hallaba entonces se nos ha trasmitido por los mismos que estuvieron allí, de esta manera:

El fuerte del Sombrero, llamado así por su configuracion, se encontraba en el cerro de Comanja, 18 leguas al NE. de Guanajuato, 5 al SE. de Lagos y 6 al N. de Leon, teniendo una elevacion de mil piés sobre la llanura y una extension de quinientos. Al N. estaba defendido por un precipicio, habiendo sin embargo un estrecho sendero que comunicaba con una serie de colinas. Al E. lo defendia un profundo barranco y al S. el mismo declive muy rápido de la montaña. La vereda principal estaba obstruida por un muro de mala construccion. Aunque habia algu-

nos cañones de diversos calibres y todos en mal estado, la defensa principal consistia en lo difícil de la subida, la cual estaba defendida por algunos espaldarones con troneras. De los 17 cañones que habia, solo tres ó cuatro pudieron mas tarde utilizarse con provecho. La casa del comandante, los almacenes, el hospital y los cuarteles, todo rústico y hecho á la ligera, se encontraban cubiertos por una elevacion natural de la montaña de figura cónica. Entre la rocass se formaron tambien algunas chozas para abrigo de los soldados avanzados. No habia mas que un algibe hecho con poco cuidado, de modo que la guarnicion tenia que proveerse de agua en un arroyo que corre á la entrada de la barranca, á 800 pasos delante de los últimos muros. Los víveres se habian escaseado con el aumento de la gente y con profunda pena notó Mina al iuspeccionarlos que apenas podrian alcanzar para la subsistencia de una semana.

Dejó, pues, á un lado por de pronto todos los grandísimos defectos de que adolecia el fuerte, como sus incompletas fortificaciones, la mala situacion de las batarias, la falta de municiones, la escasez de agua que podria remediarse con las lluvias y se fijó de preferencia en el asunto importantísimo de las manutenciones.

—Vamos á arreglar este asunto de preferencia, le dijo á D. Pedro Moreno, llevándolo aparte, ¿puedo fiar del padre Torres?

—¿Por qué me hace su excelencia tal pregunta? le interrogó Moreno que era incapaz de suponer á nadie desleal.

—Porque he visto claramente que ese general me acepta como gefe supremo á regaña dientes.

—El expone tanto como nosotros en esta cuestion, de modo que sin entrar en el fondo de su carácter, pues que ya tiene fama de ser revoltoso, creo que ahora se le puede tener confianza.

—Está bien, me basta con que usted me lo diga.

En seguida se dirigió al mismo Torres y le dijo:

—Estamos en una situacion en que necesitamos proceder con la mayor actividad y voy á pedir á su excelencia un servicio.

A este no queria darle el tratamiento ni aún en la conversacion familiar temiendo herir en lo más mínimo su amor propio, que segun habia comprendido, era exagerado.

Torres se apresuró á contestarle:

—Señor general, vuestra excelencia no debe pedirme servicios sino darme órdenes.

—En esta vez es diferente: se trata de acudir pronto á una necesidad y á una necesidad que puede redundar en perjuicio de nuestras tropas y de nuestra causa.

—Hable vuestra excelencia, hable vuestra excelencia, que estoy listo á todo.

—Como ve el excelentísimo señor general Torres, no tenemos víveres en el fuerte y es necesario reunir prontamente cuantos podamos.

—Yo los tengo en el fuerte de San Gregorio en abundancia.

—Esos están bien allí: yo lo que deseo, es que

compremos semillas, vinos y todo cuanto pueda ser útil para el mantenimiento de la tropa. Al efecto voy á entregar á vuestra excelencia ocho mil pesos para que con ellos pueda abastecernos.

—Sobra con esa cantidad, contestó Torres con la mirada centellante.

—Ademas, necesito alguna gente de la que esté mejor armada y más acostumbrada á los combates.

—La gente que yo tengo, aunque es mucha, no está tan bien organizada como la de vuestra excelencia.

—Eso no importa: yo puedo desprenderme de mi segundo el coronel Novoa que es hábil para la organizacion y el cual se encargará de poner lista á esa tropa en pocos dias por mas que no haya entendido nunca la disciplina.

—Comprendo: el coronel Novoa tendrá que irse conmigo. ¿Y cuánta tropa necesitará vuestra excelencia?

—La que se pueda: unos quinientos ó mil hombres.

El Padre se rascó una oreja y contestó con tono inseguro:

—¡Quinientos ó mil hombres! Eso es una bicoca. Los tendrá vuestra excelencia antes de dos meses.

—Creo que no tendremos tanto tiempo disponible, Sr. general Torres. Pongamos quince dias para las provisiones y un mes para que nos venga ese refuerzo. Lo que necesito es gente que pueda manejar las armas detras de las trincheras y que venga bien dotada de parque.

—Yo ofrezco á vuestra excelencia que quedará satisfecho en las dos cosas.

—En ese caso será preciso que su excelencia se ponga en marcha.....

—Antes de tres dias.

—Yo desearia que pudiera ser esta misma tarde.

—O mañana temprano.

—Sea: mañana temprano.

Mandó Mina entregar el dinero á Torres y separadamente instruyó á Novoa de que procurara imprimir alguna actividad en el padre Torres que le parecia un poco negligente.

Hechos esos arreglos que juzgó como de primera necesidad, despues de hacer que Torres y Novoa salieran con el dinero y su correspondiente escolta para el fuerte de los Remedios, que estaba levantado en el cerro de la hacienda de San Gregorio donde Torres tenia su cuartel general en medio de un pais provisto de toda clase de recursos, Mina se dedicó con su actividad acostumbrada á organizar un regimiento de infanteria al mando del coronel Young y á establecer en el fuerte todos los talleres indispensables para el vestuario de la tropa, la fabricacion de parque, la compostura de las armas, presentando la plazoleta el aspecto de un alegre mercado muy concurrido por todos los comerciantes en pequeño de Leon y demas congregaciones inmediatas.

Pero Mina no era hombre que pudiera permanecer en la inaccion presenciando nada mas aquellos preparativos de organizacion que iban muy despacio, sino

que frecuentemente estaba hablando con Moreno de nuevos planes, que tenia que desechar, los unos por temerarios y los otros porque no ofrecian ninguna ventaja, hasta que una mañana uno de aquellos vendedores que venian de Leon al fuerte con cajoncitos de mercancías, se acercó al general y le dijo:

—Ahora tengo que darle á su excelencia una buena noticia.

—¿Qué noticia es? le preguntó Mina.

—Su excelencia sabe ya que el brigadier ó general D. Pedro Celestino Negrete llegó con ochocientos hombres que envia Cruz de Guadalajara para formar parte del ejército que manda el virey de México á las órdenes del mariscal Liñan?

—Sí, ya tenia noticias de que estaba allí Negrete con unas muy buenas tropas de las tres armas.

—Pues con todo y las dos piezas de batalla que trae salió esta mañana para Silao, en donde dicen que se encuentra el Sr. Liñan.

—¡Cómo! ¿Liñan se encuentra ya tan cerca?

—Eso dicen en la poblacion

—¿Y quién se quedó mandando en Leon y con cuántos hombres?

—Se quedó el coronel D. José Antonio Andrade y su segundo D. Francisco Falla con una avanzada de sesenta hombres y con doscientos poco mas ó menos de Negrete que están dentro de cortaduras.

—Quiere decir que los sesenta hombres...

—Están fuera, en un cuartel que fácilmente puede ser sorprendido si se llega allí muy de madrugada.

Todo fué que oyera esto Mina y concebir un proyecto de los más atrevidos que fué luego á confiar á D. Pedro Moreno que era en aquella sazon el hombre de todas sus confianzas.

—Ya lo habia pensado, le contestó Moreno, y sin embargo no me habia atrevido á proponérselo á vuestra excelencia considerándolo irrealizable.

—Pues yo lo realizaré, si Dios me ayuda, y en caso de buen éxito desafiaré aquí á todas las tropas del virey, porque no nos faltarán ya en un año ni los víveres, ni las municiones, ni el prestigio que justamente habrán ganado nuestras aclamadas huestes.

Y como Mina era hombre que no sabia concebir un proyecto sin que pusiera luego á la obra los medios de ejecutarlo, procedió en el acto á dictar sus órdenes para que se alistara el mayor general Márquez con algunas fuerzas de infanteria y caballeria, las estrictamente necesarias, para dar el golpe de mano que meditaba.

Por la tarde salió, pues, del fuerte con todo sigilo llevando algo menos de doscientos hombres, pero de soldados escogidos, guiados por el mercader, quien le habia dicho conocia con los ojos cerrados todas las entradas y salidas de Leon y en donde podia encontrar los sesenta reclutas, de los que una vez que se hubiera apoderado por sospresa, ya podia contar como suya la plaza.

Era el dia 27 de Julio antes del oscurecer cuando se hizo esta peligrosa marcha, con tal cautela, que nadie los habia sentido antes de llegar á las primeras casas de la poblacion.

—Y bien, le preguntó Mina á su guia, haciendo alto, ¿en dónde se encuentran los realistas?

—En el fortin que queda dando vuelta por dos calles á nuestra derecha.

—¿Y yendo aquí rectamente á dónde va uno á dar?

—A otro fortin que se puede salvar caminando con todo sigilo por las azoteas.

—Está bien, le contestó Mina, y en virtud de estos informes dió sus órdenes á Márquez para que siguiera aquel camino á la cabeza de los cazadores, pero previniéndole que para dar el ataque esperara á que él en persona hubiera sorprendido á los reclutas. Es decir, Márquez tenia que permanecer quieto durante diez ó quince minutos, miéntras no oyera los tiros que indudablemente debian dispararse al otro lado

Pero fuera que no hubiera podido contener el ardor de los cazadores que estaban sedientos de emprender el asalto, fuera que Márquez quisiera ganar solo la gloria que en otro ataque semejante habia ganado el capitan Adrian Pinto por una mera casualidad, apenas se desprendió Mina de aquel punto, emprendió la marcha penetrando á la plaza por las azoteas luego que lo consideró oportuno.

La noche estaba oscura y la mayor parte de la guarnicion estaba recogida, no quedando en las cortaduras mas que los centinelas; pero precisamente en la cortadura de San Antonio, por cerca de la cual Márquez tenia que pasar, habia un reten de ocho hombres junto de una fogata, jugando á los dados. El centinela, que estaba desde arriba mirando á sus compañeros

recargado en el fusil, percibió de pronto el ruido que venia haciendo por las azoteas la gente de Márquez y dió la voz de alarma. Los soldados realistas se levantaron y el gefe del reten les ordenó tomar sus armas y replegarse al cuartel para dar parte de aquel movimiento, adelantando á un soldado á la carrera para que despertara al comandante.

Y como el centinela, sin hacer caso de las órdenes del gefe del reten y los soldados á su ejemplo dispararon las armas, la alarma dentro de la plaza se hizo general, precisamente en los momentos en que desembocaban en ella los cazadores.

—¿Qué pasa? pregunto Mina á su guia cuando ya estaba muy próximo del lugar en que los realistas debian ser sorprendidos.

—Esta es una traicion, contestó el guia, pues los tiros se oyen por el lado de San Antonio que es en donde se quedó la otra fuerza.

—Entonces tu crees.....

—Que alguno de los soldados de vuestra excelencia se ha adelantado á denunciar el movimiento.

En ese mismo instante observaron que los reclutas corrian á tomar las armas yéndose en seguida en desórden para la plaza.

Fácil habria sido á Mina alcanzarlos con su caballeria, entrar con ellos y librar el combate á todo riesgo en la misma plaza, aprovechándose de aquel momento de confusion; pero estaba ciego de cólera, y lo que más mella le hacia era saber por qué causa se habian desobedecido sus órdenes, una vez que él ha-

bia mandado á Márquez que no se moviera mientras no escuchara el tiroteo hácia el lado que él en persona iba á atacar. Así es que sin hacer caso de sus oficiales y soldados que lo instaban para dar la carga por aquel punto que habia quedado descubierto con la fuga de los reclutas realistas, dió la órden de contramarchar para ir á tomar otra vez la calle que llevaba á la cortadura de San Antonio, por donde se oía un fuego vivísimo de fusileria.

Con el primer hombre que se encontró ya cerca de llegar al fortin, fué con el mismo mayor general Márquez que venia cogiéndose con ambas manos el estómago y casi tambaleando. Le reconoció desde el caballo y le preguntó:

—¿Qué es lo que ha sucedido?

—Mi general, contestó Márquez con la voz apagada, he sido infiel á las órdenes de vuestra excelencia, me adelanté á ellas..... y..... Dios me ha castigado..... estoy herido mortalmente.

—¿Y por qué diablos no ha hecho usted lo que yo le mandé?

—Mi general, no es hora de hacerme tales reconvenciones..... cuando ya voy á dejar de existir y..... cuando los cazadores están sosteniendo el fuego dentro de la plaza y..... es necesario protegerlos..... Mi general..... perdon.

Márquez cayó desplomado.

Mina mandó reconocerlo y le dijeron que estaba muerto.

—¡Adelante! gritó á sus soldados, vamos á morir todos juntos ayudando á nuestros cazadores.

Y quiso entrar á caballo por el pequeño intersticio que habia en el foso y en la trinchera para el tráfico, pero no cupo por ser el cañon muy angosto.

Entonces armándose de una resolucion suprema, dejó el caballo, mandando á todos los demas que hicieran lo mismo y que lo siguieran, dejando á cuatro hombres que designó para que cuidaran las monturas. Entonces, desenvainando la espada, esclamó:

—A salvar á nuestros cazadores ó á morir con ellos.

Como todo en la plaza se habia vuelto confusion en medio de la oscuridad, pronto se encontró Mina con Andrade, gefe de la plaza, que á la cabeza de un piquete no sabia á dónde acudir.

—¿Quien vive? pregunto Andrade al peloton que desembocaba.

—Mina y la independencia, contestaron los independientes lanzándose briosamente sobre el enemigo.

Andrade quedó tendido y su gente se dispersó.

Mina, que no podia figurarse que aquel era el mismo gefe de los realistas que andaba desorientado, lo dejó atrás y siguió marchando hácia el punto donde observaba que era más vivo el fuego.

Los cazadores se habian replegado á un portal en donde estaban rodeados por los realistas, quienes los acribillaban á balazos. Los cazadores sin gefe ya y sin oficiales, pues unos habian muerto y otros estaban heridos, continuaban batiéndose con serenidad, procurando no agotar las municiones y haciendo

uso de la bayoneta cada vez que se veian muy acosados.

Estaban en el momento de mayor apuro cuando llegó Mina á protejerlos. Al principio tanto los asaltantes como los cazadores qae continuaban á pié firme sosteniéndose en el portal, creyeron que era un refuerzo realista el que llegaba; pero se oyó la voz robusta de Mina que exclamó:

—¡Bravo, cazadores! aquí está Mina, ¡viva la independencia!

—¡Viva! contestaron los cazadores y arremetieron á la bayoneta, recobrado el ánimo, contra los realistas, haciéndoles huir hácia el cuartel, desde donde rechazaron á Mina y los suyos disparándoles un tiro de metralla con un cañon.

A la vez los soldados realistas que habian ocupado las alturas, tambien hacian un fuego nutrido sobre el puñado de hombres que acaudillaba Mina, quien dijo á los suyos:

—No es posible hacer más: vámonos retirando en órden.

Y sin volver la espalda al enemigo, sino dejando siempre por delante una fila de hombres con las armas cargadas y dispuestos á resistir á cualquier ataque, volvieron á tomar las calles por donde habian entrado, sin que los realistas se atrevieran á seguirlos.

La plaza habia quedado regada de cadáveres despues que los insurgentes se retiraron, y entre estos algunos heridos que fué imposible recoger á pesar de

sus lamentos y á pesar de que gritaban con voz dolorida á sus compañeros que no los dejaran.

En las calles que habia atravesado antes Mina tambien se veian muchos muertos, encontrándose este con mas de veinte prisioneros que habia hecho un piquete suyo que habia dejado mas acá del fortin cubriéndole la retaguardia.

Como Mina notó al estar fuera de la cortadura que le faltaban cerca de cien hombres, no quiso retirarse esperando que se le incorporaran, permaneciendo á la vista de la poblacion todo el dia siguiente.

Muy pocos logró recoger, pues habian quedado veintiun hombres prisioneros y los demas estaban muertos ó heridos.

De las fuerzas realistas de Negrete murieron cien hombres y otros tantos de la guarnicion, siendo de estos varios oficiales, quedando tambien gran número de heridos.

—¡Oh! decia Mina con despecho á la mañana siguiente cuando vió tan clareadas sus filas, faltándole en ellas el mayor Márquez y algunos oficiales de los más valientes, si no hubiera sido la imprudencia de ese hombre á quien no puedo ya ni reconvenir, en estos momentos estuviéramos proveyéndonos de suficientes víveres para el fuerte.

Eran las ocho de la mañana cuando oyó unas descargas á la vez que llegaba uno de sus dispersos.

—¿Qué hay? le preguntó,

—Están fusilando en la plaza á los que quedaron prisioneros y heridos.

Mina entonces pálido de rabia se dirigió á los prisioneros realistas que estaban entre las filas.

—Prisioneros, les dijo, váyanse de aquí libres antes de que manche mis manos con su sangre.

Estas eran las represalias que usaba el valiente Mina.

—:o:—

CAPITULO XXXV

SED Y TEMERIDAD

El mariscal de campo D. Pascual de Liñan fué el designado por el virey Apodaca para hacer la defensa de Querétaro, á lo cual se limitó en un principio el plan de operaciones militares; pero habiendo tenido informes dicho gefe de que Mina no estaba tan fuerte como se creia, propuso el plan de formar un ejército formidable para ir al encuentro de los insurgentes y el virey lo aprobó sin dificultad proporcionándole cuantiosísimos elementos en tropas, dinero, municiones y víveres, haciendo que ademas de todos los destacamentos de las provincias inmediatas y las fuerzas disponibles de México, concurrieran á la campaña decisiva que iba á abrirse, las que pudiera mandar Cruz de Guadalajara á las órdenes del brigadier D. Pedro Celestino Negrete. En esa virtud Liñan pudo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mina entonces pálido de rabia se dirigió á los prisioneros realistas que estaban entre las filas.

—Prisioneros, les dijo, váyanse de aquí libres antes de que manche mis manos con su sangre.

Estas eran las represalias que usaba el valiente Mina.

—:o:—

CAPITULO XXXV

SED Y TEMERIDAD

El mariscal de campo D. Pascual de Liñan fué el designado por el virey Apodaca para hacer la defensa de Querétaro, á lo cual se limitó en un principio el plan de operaciones militares; pero habiendo tenido informes dicho gefe de que Mina no estaba tan fuerte como se creia, propuso el plan de formar un ejército formidable para ir al encuentro de los insurgentes y el virey lo aprobó sin dificultad proporcionándole cuantiosísimos elementos en tropas, dinero, municiones y víveres, haciendo que ademas de todos los destacamentos de las provincias inmediatas y las fuerzas disponibles de México, concurrieran á la campaña decisiva que iba á abrirse, las que pudiera mandar Cruz de Guadalajara á las órdenes del brigadier D. Pedro Celestino Negrete. En esa virtud Liñan pudo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

reunir en Silao y sus inmediaciones cerca de unos siete mil hombres de tropas bien organizadas con un material de guerra suficiente para estar combatiendo dos meses seguidos.

Liñan entró con la mayor parte de su ejército el 29 de Julio en Leon, encontrando todavia allí el alboroto que habia producido el violento y temerario ataque de Mina á la guarnicion.

Es asombroso y apenas puede creerse porque es histórico y está consignado en las mismas gacetas oficiales de aquellos tiempos, que Mina con doscientos hombres no solo hubiera puesto en movimiento contra él á todos los ejércitos realistas, sino que se paseara impunemente entre ellos, pues que habia atacado una plaza en que habia lo menos quinientos hombres armados sin que se hubieran atrevido á salir á batirlo en todo el dia 28 que permaneció á la vista de la poblacion, yéndose en seguida al fuerte por junto á las fuerzas que por diversos caminos venian aproximándose para encontrarse todas reunidas en esos mismos dias al rededor del fuerte del Sombrero. Solamente D. Anastasio Bustamante, Villaseñor y el marqués del Jaral tenian mil dragons y el encargo expreso de no perder de vista á Mina mientras llegaba Liñan, con la mitad de los cuales habria bastado para destruir el pequeño grupo que acaudillaba el intrépido D. Francisco Javier.

Ya se puede suponer lo que habria hecho á contar siquiera con unos ochocientos ó mil soldados de la clase de sus cazadores y de su guardia de honor. De

seguro que no habria habido realista alguno que ni con veinte mil hombres se le pusiera delante.

El mismo dia que entró Liñan á Leon llegó Mina al fuerte con el resto de las tropas que le habian quedado en el descalabro de Leon, que para él por la falta que le hacia cada uno de sus antiguos soldados, no podia considerarse como un descalabro sino como una terrible derrota, por la pérdida que habia sufrido de mas de ochenta oficiales y soldados de los mejores que le acompañaban y lo primero que hizo fué preguntar á Moreno:

—¿Y el padre Torres?

—No ha venido.

—¿Ni ha mandado noticias suyas?

—Tampoco.

—Pues mañana ó pasado mañana á lo mas tarde estará aquí Liñan con un ejército formidable y nos obligará á rendirnos por hambre.

—Creo que los víveres que se ofreció á mandar el padre Torres no deben tardar, contestó Moreno, y en todo caso, nunca podrán ponernos un sitio tan completo que no nos permita salir á buscarlos.

—¿Quiere su señoria que le hable con franqueza, señor general Moreno?

—Háble me vuestra excelencia como á su mejor amigo.

—Por tal lo tengo y voy á hacerlo como si le hablara á mi padre. Me sospecho que el padre Torres quiere perdernos.

—¿Un traidor? exclamó Moreno espantado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—No creo precisamente que sea un traidor que esté vendido al enemigo, sino un hombre celoso de su nombre y de su posicion que no quiere que haya alguno que se encumbre á su costa.

—Esa tambien seria una traicion.

—Esa es una deslealtad á su causa, por mas que crea que el perjuicio me lo hace á mí solo deseando verme aniquilado.

—¡Oh Dios mio! exclamó el buen Moreno elevando la mirada al cielo para evitar que se le salieran las lágrimas, cómo deseara que el padre Torres ó algun enviado suyo llegara con los víveres para que se quitara á vuestra excelencia tal pensamiento.

—Ese enviado no llegará.

—Pero entonces el señor coronel Novoa?

—Novoa ha de estar cumpliendo con las instrucciones que recibió que fueron las de instruir tropas para que vinieran en nuestro auxilio.

—Y sin embargo esas tropas tampoco vienen.

—Yo no quiero ahora aquí más tropas, con las que hay sobra para que nunca nos dejemos quitar el fuerte, lo que falta son víveres, lo que no tenemos es agua y si he de acabar de decirlo todo, creo que hasta nuestras municiones son insuficientes.

—Yo me atreveria á proponer á vuestra excelencia un medio que podria conciliarlo todo.

—¿Cuál?

—Salga vuestra excelencia con las tropas que á bien tenga y déjeme á mí cien ó ciento cincuenta hombres para defender el fuerte.

—En estos momentos es ya imposible practicar esa operacion. Desde luego destacarian sobre mí mil hombres de caballería impidiéndome las marchas hasta obligarme á presentar una accion campal en la que quedaria deshecho.

—¿Pues qué hacemos entonces?

—Resignarnos á nuestra desgracia, esto es, á morir todos aquí como los valientes.

—Mandaremos un propio que vaya á escape á decir á Torres que mande los auxilios que quedó comprometido á mandar, dijo Moreno despues de haber estado cavilando un rato.

—Mandaremos el propio, señor general, pero estoy cierto de que nos desatenderá el padre Torres y en caso de atendernos, los víveres correrán la misma suerte que yo tendria en caso de ir á traerlos por cualquiera fuerza. El enemigo dispone de grandes trozos de caballería y ya no nos permitará practicar ningun movimiento. ¡Cuánto siento que en esta vez se hayan movido con una actividad que no tienen acostumbrada!

—En efecto, yo contaba con que todavia tardarian cinco ó seis meses en venir á atacarnos.

—Yo no les hubiera pedido mas que dos meses para estar bien preparados.

—De modo que ahora cree vuestra excelencia.....

—Ahora creo que el padre Torres es el único que tiene la culpa de nuestra perdicion..... mejor dicho, yo soy el que la tengo por haberle querido honrar dándole una comision de confianza, poniendo en sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manos nuestro nombre, nuestra gloria, nuestro porvenir, el éxito de nuestra santa causa, cuanto nos ha puesto la espada en las manos sin temor de que viniéramos á sucumbir por una villania.....

—¿Por una villania?.....

—Por una villania, sí, de las más torpes, de las más inesperadas, pero de las más merecidas.

Conoció Moreno que Mina habia llegado al mayor grado de excitacion y queriendo calmarlo le dijo:

—Mi querido general, todavia no está todo perdido una vez que disponemos aquí de unos seiscientos hombres dispuestos á vender caras sus vidas y que aún puede sernos propicio alguno de los mil azares de la guerra. En todo caso yo voy á mandar un propio á Torres diciéndole que se venga á auxiliarnos con todas sus fuerzas trayéndonos suficientes víveres y vuestra excelencia puede ordenar lo mismo á Novoa, mientras que nos preparamos de la mejor manera posible á defender el fuerte.

Así lo hicieron y media hora más tarde salió un oficial vestido de paisano encargado de aquella árdua comision, pues se trataba ya de pasar por entre el enemigo que tenia cortados todos los caminos.

El dia 31 de Julio se presentó por fin Liñan dejándose ver al frente de cuatro mil hombres, infantería y artilleria: los numerosos cuerpos de caballeria los habia dejado distribuidos en los puntos que creyó mas convenientes, á la vez se habia destacado otra fuerza que amagara si no era que pudiera atacar el fuerte de los Remedios.

Precisamente ese habia sido el plan militar de los realistas, desalojar al mismo tiempo á los insurgentes de los puntos fortificados que les quedaban para así concluir de un golpe con la revolucion.

Liñan estableció su cuartel general frente á la entrada principal del fuerte en una eminencia, con una buena parte de la artilleria de batalla, colocando á Negrete con una division hacia el Sur cubriendo dos escarpados senderos que bajaban en zig-zag de la posicion. Loaces coronel del regimiento de Zaragoza, Ruiz, Bustamante y demas gefes fueron situados en los otros puntos, completando así la circunvalacion.

De esta manera dispuesto el campo, la artilleria rompió el fuego el 1 ° de Agosto.

El primer cañonazo de los realistas fué saludado con ¡hurras! por los defensores del fuerte que se consideraban invencibles teniendo á Mina como á su general en gefe, y que realmente lo hubieran sido á pesar de su inferioridad numérica, si han tenido agua y víveres. Tambien contestaron con dos metrallazos que no dejaron de causar mal á los sitiadores; pero como en seguida estos tambien se pusieron á cubierto, en lo sucesivo los fuegos continuados de artilleria de los de afuera no volvieron á ser contestados de adentro sino en casos precisos y la fusileria solo era manejada por los buenos tiradores que casi nunca gastaban su pólvora en balde.

En los tres dias primeros el fuego de cañon no cesó un momento, aunque todas las balas iban á estre-

llarse contra la altura cónica de la montaña que protegia muy bien los establecimientos del fuerte. En estos mismos tres dias Liñan procuró aproximarse con trincheras que se levantaban por la noche y tambien de noche ejecutó otra providencia que fué un golpe mortal para los sitiados, ocupándoles la barranca á donde bajaban á proverse de agua, en la cual colocó una division al mando del coronel Ruiz muy bien pertrechada y bien abrigada con fortificaciones. Igualmente les desmontó tres piezas de las cuales una era de á ocho y acaso la más servible de todas, pues era la que de cuando en cuando hacia fuego con punteria certera.

En la noche del 4 al 5 de Agosto creyendo que ya podia dar un asalto con buen éxito, dispuso sus columnas de ataque por los tres lados mas accesibles, las que á una señal convenida empezaron á subir con órden de no disparar ni un tiro sino hasta el momento que se notaran en el fuerte síntomas de alarma. El rumor lejano que precedió á los preparativos no dejó de ser notado por el oido atento de Mina, que habia ya dado órden de que en esta noche se doblara la vigilancia, de modo que él mismo se presentó á dirigir la defensa en la entrada del fuerte con una lanza en la mano.

—No hagan fuego sino cuando yo lo mande, dijo á sus soldados.

Estos se esperaron con mecha en mano y con sus fusiles preparados aguardando la señal de su gefe.

Cuando las columnas estaban ya á tiro de pistola gritó Mina:

—¡Fuego!

Y á la vez que tres cañones bien situados sobre el desfiladero vomitaban metralla, los fusileros hacian fuego graneado y las mujeres echaban granadas de mano y rodaban peñascos que se habian colocado de antémano, de manera que pudieran desprenderse de lo alto con el menor impulso.

Esta misma defensa se hizo por los otros lados por donde el ataque era más vigoroso y á donde acudia siempre Mina en medio de la oscuridad de la noche interrumpido solo por el resplandor de los fogonazos.

La columna de los soldados de Zaragoza logró casi llegar hasta los fosos que defendian el muro, encontrándose en una situacion muy comprometida, pues ya no podian avanzar ni retroceder, por lo que muchos rodaron al abismo queriendo escapar por entre los peñascos.

Las tres columnas tuvieron entonces que retroceder sufriendo por lo espalda los fuegos enemigos que naturalmente podian hacerles mas daño que durante el ataque.

Muchos se quedaron perdidos en la montaña hasta que con la primera luz del dia pudieron volver á su campamento.

Los sitiados quedaron, pues, triunfantes; pero el calor de la pelea los hacia sufrir una sed terrible y ¡no tenian ni una gota de agua!

El dia anterior, el mismo Mina, que habia visto

condensarse algunos nubarrones preñados de truenos y relámpagos sobre la fortaleza, habia dispuesto que se limpiara el algibe que estaba ya muy asqueroso, para que se llenara de nuevo. Las nubes se dispersaron y no cayó ni la mas ténue lluvia.

Los niños lloraban, las pobres madres se retorcian los brazos llenas de desesperacion, los soldados derramaban lágrimas viendo aquel cuadro desgarrador y sufriendo ellos mismos los tormentos de la sed, sin abrigar la menor esperanza de que este terrible mal tuviera remedio, pues que el cielo permaneció sordo á los lamentos, á las súplicas y á los gritos rabiosos que le lanzaban los más desesperados.

Mina, que tambien era de carne y hueso y que sufria la sed lo mismo que los soldados, permanecia sereno en medio de ellos y procuraba infundirles fortaleza haciéndoles concebir esperanzas respecto de una próxima lluvia.

La mas pequeña nubecilla que aparecia en el horizonte le servia de motivo para acercarse á sus soldados y decirles con una placentera sonrisa dibujada en sus labios:

—Allí viene ya la lluvia, hijos mios, Dios no nos abandonará.

Miraban los soldados el cielo y movian la cabeza con desaliento, como queriendo decir con su muda resignacion:

—Esa no es para acá sino para el campo enemigo.

Y parecia en efecto que el cielo queria castigarlos por su funesta imprevision, pues á pesar de ser el

tiempo de las lluvias frecuentes en el Bajío, no llovia y cuando caia alguna agua era allí cerca, de modo que pudieran verla, pero sin poder disfrutarla. ¿Qué más tormento? Desde el lugar en que estaban veian la corriente cristalina del barranco de que estaban posesionados los enemigos, la veian allí y algunas veces pedian á gritos ir á disputarla á la fuerza aunque tuvieran que sucumbir. Tan cruel así era la sed, que gustosos preferian exponer su vida con tal de que fuera peleando por coger una poca de agua.

A los cinco dias de estar sufriendo este horroroso suplicio, vino en la tarde repentinamente una ráfaga de aire muy fresca trayendo en sus alas algunas nubes que se amontonaron sobre la montaña. Tronó el cielo, se abrieron las cataratas y este acontecimiento, como uno de los más notables, fué saludado con gritos de alegria. Liñan, que conocia muy bien la situacion de los sitiados, quiso interrumpirles su júbilo haciéndoles un fuego nutrido de artillería y algunas escaramuzas, pero ¿qué les importaban en aquellos momentos tales alardes inútiles del enemigo, si lo primero era beber agua y recogerla de cuantas maneras les era posible para que no volviera á faltarles? Despreciaron, pues, las voces de alarma, dejaron que el enemigo les lanzara cuantas granadas y balas quisiera y en ese momento no se ocuparon mas que de beber, sin saciarse y de bendecir á Dios por aquella ventura.

Habia ya agua pero faltaban víveres y Mina concibió uno de sus proyectos más audaces.

—Capitan Pinto, dijo á su noble ayudante llevándole al límite del muro, ¿ve usted aquella loma?

—Sí, mi general.

—Pues allí están los repuestos del enemigo y me propongo incendiarlos mañana en la madrugada.

—¡Oh! si fuera posible, murmuró el capitan.

—Si yo tomo ese reducto, ¿qué cosa será más fácil?

—Es cierto, mi general, tomando el reducto y pudiendo conservarlo por una hora, la operacion seria fácil.

—Pues de esa operacion que solo puede hacerse á un valiente quiero que usted se encargue en el caso de que todo lo demas de mi proyecto sea realizado.

Como nada habia imposible para Pinto cuando se le mandaba, contestó haciendo una inclinacion como de costumbre:

—Está bien, mi general.

Por la noche dió Mina todas las órdenes correspondientes fijándose en los menores detalles de la maniobra y á las tres de la mañana del dia siguiente se puso en movimieuto llevando consigo doscientos cuarenta hombres, prohibiendo que se fumara en las filas ni que se hiciera el menor ruido.

Dejó situados ciento cuarenta hombres con dos cañones pequeños con órden de hacer fuego á la fuerza enemiga que quisiera atravesar una cañada que habia que pasar para protejer el reducto y él, con el resto de la fuerza que era lo mejor de la guardia de honor y del regimiento de la Union, se adelantó á dar el ataque. Todo el éxito de la operacion dependia de que fuera bien ayudado de la tropa que dejaba á retaguardia según sus instrucciones, esto es, de que esta impidiera que las tropas de Negrete acudieran en auxilio del punto que iba á atacar.

El reducto estaba defendido por sesenta hombres al mando del capitan realista D. Mariano Molina y una pieza de artilleria. Mina se encontró más resistencia de la que se esperaba, pero el ataque fué vigoroso y el enemigo quedó rendido á punta de bayoneta, muriendo en la refriega el gefe del destacamento. Mina detuvo al capitan Pinto que iba á lanzarse ya á cumplir con su comision, diciéndole:

—Aun no, porque veo que los nuestros no nos han secundado y ya tenemos al enemigo encima.

Entonces mandó cargar la pieza que habia conquistado y dictó sus disposiciones para la defensa del reducto enviando á sus ayudantes para que fueran por la fuerza que habia quedado atrás y que tan mal habia cumplido sus instrucciones, pues que ya habia dejado pasar á todas las fuerzas de Negrete.

A la vez por el mismo rumbo donde estaban los repuestos venia otra columna haciendo fuego.

—¡Fuego! ¡fuego! repetia sin cesar Mina á sus soldados y él mismo les ayudaba á cargar las armas.

Pero el número de las fuerzas que los atacaban pasaba de mil hombres y el auxilio que habia pedido no llegaba, corriendo el gran riesgo él y su fuerza de ser envueltos y caer prisioneros.

—Hemos errado el golpe, dijo á Pinto, ahora vamos á hacer una difícil retirada.

Y en efecto, se retiró defendiéndose dejando siete muertos y otros tantos heridos. El enemigo habia sufrido mayores pérdidas, y tal era el terror que inspiraba el insurgente, que nadie se atrevia á seguirlo.

A las seis de la mañana vió Mina que sus heridos eran arrastrados y fusilados en el campo realista.

CAPITULO XXXVI

¡SALVOS!

El fusilamiento de los heridos que quedaron en el reducto, hecho como dijimos por la mañana á la vista de sus compañeros, produjo la mayor indignacion en el fuerte. Once fueron los fusilados, de los cuales siete estaban heridos mortalmente, de manera que no habria necesitado mas que esperar algunas horas para que ellos por sí mismos se murieran. Tres eran españoles, dos mexicanos y los demas de diversas nacionalidades.

—¡Es horrible eso! exclamó Mina cuando le dieron parte de lo que se estaba haciendo en el campamento de Liñan.

Y en efecto, más horrible aparecia la crueldad de este, cuando Mina habia dejado libres á todos los prisioneros que habia cogido aquella mañana en el reducto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y en efecto, se retiró defendiéndose dejando siete muertos y otros tantos heridos. El enemigo habia sufrido mayores pérdidas, y tal era el terror que inspiraba el insurgente, que nadie se atrevia á seguirlo.

A las seis de la mañana vió Mina que sus heridos eran arrastrados y fusilados en el campo realista.

CAPITULO XXXVI

¡SALVOS!

El fusilamiento de los heridos que quedaron en el reducto, hecho como dijimos por la mañana á la vista de sus compañeros, produjo la mayor indignacion en el fuerte. Once fueron los fusilados, de los cuales siete estaban heridos mortalmente, de manera que no habria necesitado mas que esperar algunas horas para que ellos por sí mismos se murieran. Tres eran españoles, dos mexicanos y los demas de diversas nacionalidades.

—¡Es horrible eso! exclamó Mina cuando le dieron parte de lo que se estaba haciendo en el campamento de Liñan.

Y en efecto, más horrible aparecia la crueldad de este, cuando Mina habia dejado libres á todos los prisioneros que habia cogido aquella mañana en el reducto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por más inquebrantable que fuera su voluntad, por más grande que fuera su fuerza de espíritu, tanto aquel golpe tan bien meditado como tan mal secundado por los que lo acompañaban, así como aquella pérdida de sus mejores hombres, á los que de dia en dia veia disminuir, eran contrariedades que si no quebrantaban su fé ni hacian vacilar su determinacion, sí lo apenaban profundamente, lamentando mas que todo la poca esperanza que le quedaba de poder realizar una empresa tan árdua con unos elementos tan mezquinos y cuando veia que la buena fortuna que le amparaba algunas veces, las más le volvia veleidosa las espaldas. En el extrangero habia podido triunfar de las mayores dificultades gracias á su perseverancia y á su firmeza; pero ya estándo en el terreno de los hechos, ¿de qué le podia servir su gran valor, de qué podia aprovecharle su inteligencia y su habilidad militar, si no tenia manera de ejercerlas? Una vez que acabaran los pocos hombres útiles que le quedaban para fiarles cualquiera empresa temeraria, ¿qué podia hacer con las inermes chusmas de que juzgaba era pleno y único poseedor el padre Torres? Aunque pudiera reunir ocho ó diez mil hombres de aquella gente, ¿para qué podria servirle si no tenia un pié veterano de siquiera quinientos hombres que poner al frente á los batallones bien organizados del enemigo?

Pensando en estas alternativas, vino á fijarse en la actual situacion harto comprometida en que se encontraba y como era tan violento en pensar una cosa cualquiera como en verle todos los lados favorables y adversos, contempló que allí donde se encontraba, ineludiblemente tenia que llegar el momento de rendirse y esto le parecia monstruoso. Pedir la paz sin garantias, entregarse á discrecion para ser luego conducido á México en donde en caso de ser muy bien tratado se le pasearia por las calles como una fiera curiosa y luego se le formaria una causa que necesariamente tenia que terminar con una sentencia de muerte, le parecia abominable. ¡Cuánto mejor era hacerse matar allí mismo combatiendo hasta el último trance!

—¡Oh! no, no, exclamó por fin dando con el puño cerrado en una mesita rústica frente á la que se encontraba sentado, todavia puedo hacer algo mas que rendirme á discrecion ó lanzarme al encuentro del enemigo buscando una muerte segura. Creo que debo pensar en otros medios que me pongan en aptitud de seguir comunicando algun impulso á la causa de la independencia de este pais que tan lealmente he abrazado. Debo, por lo menos, intentarlo. Si perezco en mi audaz tentativa, al menos habré cumplido hasta lo último con mi deber.

Al decir esto Mina en su interior, era porque estaba acariciando un proyecto que acababa de ocurrírsele. ¡Salir del fuerte! Salir de allí él mismo para traer los víveres y demas elementos que más se necesitaban. Acaso se podria intentar con alguna probabilidad siquiera. Una sola que hubiera y estaba resuelto á emplearla jugando en ella sola el todo por el todo.

La presencia del capitan Adrian Pinto que se pre-

sentó en aquel momento á pedir órdenes, le hizo fijarse más en aquella idea que en un principio la había visto no solo como temeraria sino como absurda.

—Un hombre como este es el que necesito para llevar adelante mi plan.

Y en seguida le confió todo lo que acababa de pensar, al capitan Pinto. A este le parecian sencillos los atrevimientos más extraordinarios; pero al oir semejante proposicion no pudo menos de estremecerse.

—¿Salirnos por en medio del enemigo, mi general?

—Sí, esta noche misma.

—Yo por mí, dijo con cierto aire de indiferencia, no puedo perder mas que la vida y esta á nadie le hace falta; pero si cae vuestra excelencia en poder del enemigo, ¿qué sucederá?

—No caeré en su poder sino muerto.

—De ninguna manera es conveniente que desaparezca la cabeza de un ejército.....

—¡Qué ejército! exclamó Mina con despecho interrumpiendo al capitan, unos cuantos valientes que dentro de tres dias empezarán á morirse de hambre como hace tres dias estaban muriéndose de sed. No, amigo mio, á los grandes males es necesario oponer los grandes remedios y estoy resuelto á que nos evadamos esta misma noche.

—Yo haré lo que me ordene su excelencia.

—No nos acompañarán mas que Ortiz y los asistentes. Escoja usted uno en cuyo valor y serenidad pueda tener confianza.

—Voy á alistarme para ese viaje, mi general.

Pinto dijo estas palabras como si solo se tratara de montar á caballo para ir de páseo á una hacienda.

Mina mismo quedó satisfecho de la tranquilidad del jóven, una vez que lo que le proponia era nada ménos que se salieran por la noche del fuerte, pasando por entre los sitiadores, que no tenian ni una pulgada de terreno que no ocuparan con sus centinelas y trincheras, para irse á buscar los víveres que no llegaban del cerro de San Gregorio. Aquella empresa, dadas las condiciones en que estaban, era resueltamente imposible de realizarse.

No obstante, Mina, Ortiz y Pinto, cada uno con su asistente, estuvieron listos á la hora que se fijó, sin que supieran el secreto de la temeraria evasion mas que Young que se quedaba mandando en gefe, y Moreno cuya presencia en el fuerte era necesaria para que no se insubordinaran ni se desalentaran los insurgentes mexicanos.

Todavia en los momentos en que los seis bombres se pusieron al borde del abismo por donde iban á descolgarse, Young y Moreno le suplicaron á Mina que retrocediese.

—Es resolucion tomada, les contestó este, y ya saben sus señorias que yo nunca retrocedo en mis resoluciones.

Luego dirigiéndose á sus compañeros les dijo:

—Yo quiero ir por delante.

Pinto dijo que á él le correspondia por ser el más jóven y el más agil y que les daria aviso si tropezaba con alguna dificultad insuperable. Y sin esperar otra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

determinacion se cogió de la cuerda que se habia atado en la cima y se deslizó por las peñas quedando bien pronto suspendido sobre el abismo y oculto ya por la oscuridad de la noche á las miradas de los que habian quedado arriba oyendo crugir la cuerda con el peso del jóven que se conocia iba bajando con bastante celeridad. Por último la cuerda se aflojó y como señal de que habia llegado al límite se á donde habian propuesto descender por ese medio, produjo aquella tres ondulaciones seguidas.

—Ha llegado á la planicie que elegí para que desde allí sigamos ayudados por los medios que podamos, dijo Mina. Ahora me toca á mí.

Iba ya á lanzarse, pero se volvió conmovido, abrazó por última vez á Young y á Moreno y les dijo con ternura:

—¡Adios, amigos mios! Solo Dios sabe si volveremos á vernos ó si esta será nuestra postrera despedida.

Entonces se cogió á su vez de la cuerda y empezó á descender con menos precipitacion que Pinto. Llegó sano y salvo y de la misma manera llegó hasta aquella planicie Ortiz, descendiendo al último los tres asistentes.

Cuando los seis estuvieron reunidos, dijo el general:

—Ahora á mí me toca tomar la vanguardia, porque soy el que tengo reconocida la localidad y todavia esta tarde la estuve estudiando con la mayor atencion. Solo una cosa tengo que encargarles, que procuren deslizarse haciendo el menor ruido posible y teniendo presente que cualquiera imprudencia nos perderá. Somos seis hombres armados y resueltos que sabremos vender caras nuestras vidas; pero es necesario oponer la fuerza á la fuerza solo en el último trance. Si podemos pasar sin ser sentidos, que lo juzgo difícil, será mucho mejor. Síganme sin apresuramiento ni temor.

Entonces Mina hizo camino por donde no lo habia, unas veces encaramándose á las peñas, otras veces deslizándose por ellas cogido con las manos y las rodillas y siempre salvando abismos que se veian mas negros con la oscuridad de la noche. El cielo estaba lleno de nubes, de modo que no se veia brillar ni una estrella y cada paso que iban dando era por la profunda oscuridad que reinaba mucho más peligroso. Pero Mina se habia fijado mucho en los puntos más difíciles de salvarse y cuando llegaba á ellos lo advertia con muy queda voz á sus compañeros, diciéndoles casi con el aliento: "Aquí hay que bajar con mucho cuidado." "Aquí hay que cogerse de una rama para no rodar al precipicio." "Aquí se necesita dar un salto como de vara y media para no caer al fondo." "Muchísimo cuidado aquí porque la piedra está muy resbalosa y una mala pisada será funesta." Así les iba advirtiendo cada uno de los peligros, sirviéndose unos á otros á veces con las armas ó con los cinturones, con cuyas precauciones se evitó mas de una vez que alguno rodara á la barranca, que se mostraba desde allí horriblemente pavorosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Como esta parte por donde tan trabajosamente iban descendiendo nuestros seis hombres, era la más escarpada de la montaña y de todo punto inaccesible, era la menos cuidada; pero no por eso dejaba de verse de trecho en trecho alguna fogata, lo mismo que se oia á cada cuarto de hora correr la palabra por los centinelas; pero para llegar cerca de ellos todavia tenía que recorrerse un trecho muy largo, mucho menos empinado y peñascoso que el que habian recorrido, pero siempre peñascoso y difícil de bajarse si no se tenian todo género de precauciones. Así es que aunque se daban algunos ligeros momentos de reposo en las muy raras planicies que se encontraban, sobre todo para que se dejara oir menos su agitada respiracion, el trabajo de irse agarrando con los piés, las manos y los ganchos de que se habian provisto continuaba, siendo aún más fatigoso por lo mismo que ya habian gastado la parte principal de sus fuerzas.

Hubo un momento en que les sobrecogió la más grande desesperacion: Mina, que iba delante como siempre, se encontró inesperadamente con un peñasco inmenso que le cerraba el paso y se volvió á decirle á Pinto con el tono del mayor desconsuelo:

—Aquí hay un obstáculo con que no contaba.

—¿Qué cosa es, mi general?

—Una gran peña que nos impide seguir adelante.

—La salvaremos.

—No se puede. Me parece sumamente grande y aún en el caso de que lográramos ascender á ella de nada nos serviria porque está completamente volada sobre el abismo.

—¿Y no hay modo de bajar?

—No, á nuestra derecha está la montaña y á nuestra izquierda el barranco.

Pinto quiso tantear el barranco y Mina lo detuvo.

—¡Imprudente! le dijo, ese terreno es flojo y con el menor peso puede derrumbarse.

—Pero es necesario inspeccionar esta orilla á ver si nos presta facilidad para la bajada.

—Opino mejor porque retrocedamos un poco.

—¡Oh! si pudiéramos tener una luz, dijo Ortiz que lo que mas le desesperaba era la oscuridad.

—Vuelvan los de atrás por el mismo camino que hemos traido, dijo Mina, y yo les diré donde deben detenerse.

Como apenas habia sitio para un hombre en el espacio de sendero escarpado que se habia improvisado, para poder retroceder tuvieron que seguir un órden inverso al que habian traido quedando Mina á la retaguardia.

Habrian andado unos cincuenta pasos con muchas dificultades gastando cosa de media hora en tan fatigosa contramarcha, cuando el capitan Pinto con su mirada limpia qne ya se habia acostumbrado un tanto cuanto á ver entre las sombras espesas de la noche, dijo á media voz con alborozo:

—¡Albricias! aquí está la bajada.

Ninguno habia notado entre la juntura de dos peñas unos matorrales que ocultaban un sendero que aparecia en sus principios muy practicable.

—Guíe usted ahora, capitan, le dijo Mina.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y como Pinto estaba mas próximo del sitio que habia designado, se sentó en el borde de la pendiente sin vacilar y se dejó ir con una velocidad extraordinaria. Era un reliz de unas veinte varas de altura que cesaba en un monton de arena, por lo que la caída no ofrecia ningun peligro. Les dió á entender como pudo que siguieran dejándose deslizar lo mismo por aquella blanda pendiente y todos llegaron á la arena sanos y salvos.

—Ahora, dijo Mina, necesitamos descansar aquí otro poco para tener fuerzas, pues creo que la parte difícil de nuestro descenso está recorrida. Aquí cenaremos.

Los seis se tendieron sobre la arena y aunque en la mas completa oscu idad, los asistentes sacaron las provisiones, que eran por cierto muy limitadas, pues Mina se opuso á que se cercenaran las de la guarnicion, de suerte que lo único que comieron fueron unas galletas duras remojadas con vino y un pedazo de cecina que mas bien parecia la bota de uno de los soldados. Con tan corto refrigerio se dieron todos por muy satisfechos, despues de lo cual les dijo el general siempre muy quedo:

—Ahora no vamos á luchar tanto con las dificultades del terreno una vez que tenemos vencidas las principales, como con la vigilancia del enemigo que vamos á procurar burlar en lo posible, deslizándonos como verdaderas sombras entre los centinelas, quienes por fortuna han de estar descuidados, porque lo que menos pueden figurarse es que álguien se les

pueda escapar del fuerte por entre estos peñascos. Así, pues, no me cansaré de recomendar á ustedes el mayor cuidado en sus movimientos, procurando cuando pasemos cerca de alguna guardia contener la respiracion. En el caso de que alguno notare que hemos sido descubiertos, debe tratar en el acto de impedir que se dé la voz de alarma, hundiendo su puñal en la garganta del desgraciado que llegue á descubrirnos. Si no hay necesidad de estos extremos, será mejor. Si por acaso llegamos á ser atacados, nos defenderemos sin detenernos protegiéndonos mútuamente pero siempre en retirada y procurando no ser envueltos. Solo cuando yo lo disponga atacaremos, menos, nos limitaremos siempre á no dejarnos cercar del enemigo y siempre en retirada violenta. Si alguno cae herido ó muerto, se le deja sin que los demas se ocupen de él y á mí mismo, si soy herido, les prohibo que me atiendan, en la inteligencia de que en caso necesario yo sabré acabarme de quitar la vida. Si uno solo queda vivo de nosotros y salvo del enemigo, se dirigirá á toda prisa á ver al padre Torres y á Novoa á quienes urgirá para que sin perder momento se vengan con los víveres y con la mayor fuerza que puedan á dar proteccion á este fuerte, haciendo las señales convenidas, para que Young esté entendido y pueda á su vez salir con toda la guarnicion á proteger la entrada de esos refuerzos. Es necesario no olvidar que un movimiento rápido sobre el enemigo ayudado por el fuerte, puede determinar una victoria. Ahora en marcha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mina fué el primero que dió el ejemplo de quitarse el calzado é imitándolo sus compañeros, comenzaron á deslizarse como fantasmas en medio de la oscuridad, comenzando á poco á tener que pasar entre los centinelas avanzados que estaban puestos de trecho en trecho á lo largo de la barranca. Pasado aquel peligro, que fué uno de los mas serios que tuvieron nuestros excursionistas en aquella noche memorable, empezaron á buscar una salida á la barranca, cosa muy difícil por las densas sombras que cubrian hasta los senderos mas practicados, por los cuales no les convenia subir temerosos de encontrarse con un ronda. Así es que se decidieron por la parte mas escarpada, en la que volvieron á poner á prueba su fuerza, su habilidad y su constancia. Con grandes esfuerzos y fatigas lograron tambien vencer este obstáculo que les oponia grandísimas resistencias, porque tuvieron que abrirse camino por donde no habian andado nunca ni los venados, logrando al fin llegar al terreno plano que comenzaba desde los bordes de la barranca. Allí era donde se encontraba el campamento realista compuesto de destacamentos que se cubrian con algunas trincheras á guisa de reductos, solamente para estar algo á cubierto de los fuegos de la artilleria de los insurgentes. Al lado de esos reductos habia algunas fogatas que se iban extinguiendo poco á poco y con excepcion de uno que otro centinela que se paseaba á lo largo de las poco elevadas murallas, cuyas siluetas se dejaban ver débilmente con la escasa luz que esparcian todavia las pocas brasas que se apagaban,

todo lo demas yacía en el mas profundo silencio, comprendiéndose que los soldados en lo general estaban dormidos.

—Con doscientos hombres de los mios, derrotaba en cinco minutos este campamento, pensaba Mina.

Pasaron tan léjos de estos cuarteles como les fué posible y cuando estuvieron á una media legua de distancia, dijo Mina á sus compañeros:

—Nos hemos salvado, amigos mios, demos gracias al cielo.

Los seis cayeron de rodillas é hicieron oracion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVII

DENUEDO

Seguia la veleidosa fortuna volviéndoles las espaldas á los insurgentes, pues si bien como hemos podido ver, Mina y sus compañeros lograron escapar sanos y salvos de tantos peligros como corrieron en esa noche extraordinaria; en cambio mientras ellos iban haciendo una travesía muy cuidadosamente para ¡evitarse un encuentro con las partidas enemigas que vigilaban todos los senderos, el padre Torres con unos quinientos hombres de su mejor gente, trayendo una buena cantidad de víveres, se cruzaba con los primeros pasando á muy poca distancia sin que se hubieran observado unos y otros. Si en esos momentos hubiera encontrado Mina al padre Torres que venia con aquella gente de refresco y con aquellos preciosos víveres que tanto se necesitaban en el

fuerte, ¡qué inmensa alegria hubiera experimentado el caudillo! ¡cómo hubiera hecho hasta lo increible para hacerlos llegar á su destino! Pero tan léjos estaba Torres de pensar que Mina se encontrara á menos de una legua de distancia del camino que llevaba, como Mina de que ya estuviera Torres tan cerca del lugar del combate. Así es que el primero continuó para los Remedios y el segundo para el Sombrero, cada cual procurando ocultar sus marchas á los ojos del enemigo.

Mina no tuvo tropiezo alguno porque nadie lo seguia y porque el poco bulto que hacian seis hombres á pié, aunque bien armados, no llamaban la atencion, principalmente cuando toda la estaba llamando la fuerza de Torres, cuyos movimientos y planes fueron oportunamente sabidos por los realistas. Así es que mientras aquel seguia caminando con tanto ardor hácia los Remedios, este creyendo que habia logrado ocultar su marcha, se precipitaba ciegamente en una emboscada que le puso Rafols por órden de Liñan con todas las tropas de caballeria, las cuales lograron envolverlo, hacerle muchos prisioneros y quitarle la mayor parte del convoy que llevaba para los sitiados. Quién sabe si Mina con su sagacidad y mayor pericia hubiera sido mas afortunado en tal empresa si ha tenido ocasion de dirigirla.

Sucedió por lo mismo que casi al mismo tiempo que llegaban los fugitivos del fuerte del Sombrero á San Gregorio, aparecia el padre Torres con sus restos tambien fugitivos por otro lado, yendo á buscar

su natural refugio en aquellas posiciones fortificadas.

—¿Qué significa esto? preguntó Mina al padre Torres.

Este le contó lo que acababa de sucederle y el general no pudo menos que lanzar una maldicion.

En un momento habia comprendido que semejante fracaso era irreparable, porque siempre despues de una derrota aquellos insurgentes mal organizados, quedaban en un estado tal de desmoralizacion que ya no habia medio de hacerlos entrar en combate.

—Está bien, dijo despues de un rato, vamos á comer algo, porque venimos nosotros hambrientos y fatigados, y luego pensaremos lo que convenga hacer para reparar, si es posible, esa pérdida.

Entraron en las habitaciones del fuerte mucho mas bien provistas de lo necesario y mucho mas confortables que las del Sombrero; se les sirvió á poco una comida bastante regular en el fresco refectorio del señor del fuerte, durmieron una ligera siesta en lechos mullidos y al despertar tuvieron la noticia de que Rafols se dirigia con un grueso cuerpo de ejército sobre aquellas mismas posiciones.

En efecto, el gefe de las operaciones realistas despues del descalabro de Torres, ordenó á Rafols que dejara la comision que tenia de escoltar un convoy de municiones y que se situara frente á San Gregorio solamente en observacion y sin intentar ningun ataque mientras no salieran á provocarlo.

Entonces Mina, que no queria verse otra vez defendiendo peñascos y en alternativas tan duras como

las que estaban pasando en el fuerte del Sombrero, dijo luego al padre Torres:

—¿Podré disponer de cien dragones bien montados y armados?

—Sí, general, le contestó Torres, y hasta de doscientos.

—Yo me conformo con cien con tal que sean capaces de entrar en campaña contra cualquier enemigo sin contar el número. Mi proyecto es hacer una nueva tentativa para introducir agua y semillas á los heroicos defensores del fuerte del Sombrero. En tanto Ortiz puede salir con el resto de la caballeria para llamar la atencion por otro punto, quedándose de guarnicion para sostener el fuerte solamente la infantería.

—Me parece excelente el plan, tanto mas cuanto que este fuerte no puede ser sitiado como el del Sombrero, le contestó Torres.

Y sin dar más tregua á este proyecto, se comenzó á poner desde luego en ejecucion, disponiéndose que Ortiz con un trozo de caballeria se dirigiera sobre Guanajuato solo para llamar la atencion del enemigo, mientras Mina por un camino distinto del que traia Rafols, se dirigia con algunas cargas de víveres hácia el fuerte.

No habia grandes esperanzas de obtener ningun resultado, pero debia intentarse hasta lo imposible para que vieran los del fuerte del Sombrero que no se les abandonaba.

—Siempre es un consuelo, decia Mina, saber que se cuenta con amigos leales cuando se encuentra uno en mala situacion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este fué el único reproche, muy embozado por cierto, que dirigió al padre Torres por su culpable negligencia de no haber llevado los víveres que se le encargaron para antes de que llegaran los realistas. El mismo debió haberse sentido avergonzado de su conducta, porque se manifestó no solo amable sino sumiso con el general español, aceptando sin la menor objecion todas sus disposiciones y observándose tambien que deponia ante él todos los ademanes altaneros de su carácter.

Mina salió acompañado de Adrian Pinto y de un guerrillero de fama apellidado Borja, llevando cien hombres montados y armados de malas lanzas y de pocas carabinas y pistolas. Era lo mejor que habia allí y era necesario conformarse con aquellas migajas de ejército.

Con esta pobre escolta se proponia Mina arrollar á cuatro mil hombres engreidos con repetidos triunfos, alentando al valiente general tan grandes esperanzas en su descabellada empresa, que llevó consigo, ademas de la fuerza, quince mulas cargadas con agua, semillas, cabritos muertos, terneras y algunos otros comestibles. Su ánimo era perder la mitad de la fuerza, si era necesario, con tal de poder entrar con el resto de ella y las cargas, cosa que á todos pareció desde luego imposible.

Y sin embargo, estuvo muy á punto de conseguir su objeto, pues que segun refiere Bustamente, si bien fué atacado al llegar á la línea que ocupaban los realistas y puesta en fuga la mayor parte de su fuerza,

con algunos cuantos logró introducirse en el campamento aunque teniendo por fin que dejar abandonadas las cargas al enemigo. Mientras que se entretenian con ellas y Pinto escaramuceaba la línea con treinta hombres que le quedaban, Mina solo, enteramente solo, llegó hasta junto á los muros del fuerte del Sombrero, dirigió unas cuantas palabras al capitan Mauri, italiano, que hacia las veces de Mayor general, volviéndose á la vista de todos, que no dejaban de admirarlo, por entre los realistas que por más que hicieron no lograron aprehenderlo ni matarlo consiguiendo llegar á donde pudo ser protegido por su escolta. Una vez incorporado á Pinto se retiraron paso á paso sin que nadie osara seguirlos.

A poco encontró al padre Torres que considerándolo de su deber venia á prestarle auxilio con trescientos hombres. Fuerza es confesar que este caudillo independiente siempre andaba llegando tarde, muy al reves de aquel otro Torres de Guadalajara que dió su nombre á la poblacion de Zacoalco.

Viéndose Mina al frente de cuatrocientos caballos, aunque en muy mal estado para poder inquietar á las tropas de línea que estaban al frente del Sombrero, consideró que era necesario hacer todo lo posible para llamar la atencion del enemigo con objeto de ver si lo obligaba á levantar el sitio y en esa virtud se encaminó al encuentro del convoy de municiones que venia de Guanajuato, mientras Ortiz intentaba otro ataque á Valenciana. Este fué rechazado eu ese punto con toda facilidad; pero Mina, por su parte, dió una carga

con toda su caballeria que avanzó al gran galope sobre la columna enemiga que custodiaba el convoy, cerca de la hacienda del Sauz, logrando introducirse hasta la finca. Pero los realistas eran mas y sus tropas estaban bien organizadas, de modo que se repusieron fácilmente de la sorpresa, logrando dispersar las columnas que mandaban Torres, Borja y Lúcas Flores, de modo que Mina, Novoa y Pinto que se creian ya victoriosos, tuvieron que retirarse viéndose abandonados por sus compañeros en medio del enemigo, de cuyo poder lograron escapar á duras penas.

—No, no es posible pelear con esta gente mientras no esté bien disciplinada, decia Mina á Novoa cuando ya habian escapado de aquel inminente peligro.

Veamos lo que pasaba entretanto en el famoso fuerte del Sombrero.

En la noche en que salió de allí Mina con sus cinco compañeros, se habian quedado en el mismo punto escarpado por donde descendieron, no solo Moreno y Young sino otros oficiales que pronto supieron la noticia. El menor ruido que observaban en el campamento enemigo los alarmaba y no vinieron á tranquilizarse sino cuando la primera luz del dia vino á decirles que sus amigos habian pasado sin novedad, puesto que no se dejaban oir las detonaciones de los fusilamientos.

A las pocas horas observaron á lo léjos la escaramuza que sostenia Torres para introducir los víveres y aún procuraron ayudarle haciendo una salida inútil, que no les sirvió mas que para perder algunos hombres muertos, lo mismo que una partida de mas de cincuenta que se les fueron desertados, levantando las culatas de los fusiles en señal de que se pasaban al enemigo.

Los toques de los clarines y las músicas que estuvieron oyendo, desesperados, en el campamento de Liñan, les advertia que este solemnizaba aquella doble victoria conseguida con la mayor facilidad. Ya no habia, pues, que pensar en recibir refuerzos ni víveres, considerando como consideraban que en aquel combate que habian presenciado á lo léjos, el derrotado habia sido el general Mina en persona. Hasta los dos dias en que volvieron á presenciar impotentes que se hacia una nueva intentona, fué cuando tuvieron noticias ciertas de su general, puesto que él mismo habia llegado á tranquilizarlos sobre su suerte y á darles nuevas esperanzas é instrucciones hablando con el Mayor general Mauri á unos cuantos pasos del muro exterior.

—¡Quién sabe! se decian unos á otros, todavia puede ser que nos sirvan de mucho la audacia y pericia del general.

Pero el coronel Young, que era más práctico en las cosas de la guerra, que veia claramente que no habia posibilidad de recibir ya ningun auxilio y que no existia en los defensores del fuerte mas espectativa que sucumbir bajo los rigores de la sed y del hambre, dijo á Moreno que intentara celebrar una honrosa capitulacion con el enemigo. Al fin á este lo que le importaba más era dejar de tener allí embromadas tantas fuerzas.

con toda su caballeria que avanzó al gran galope sobre la columna enemiga que custodiaba el convoy, cerca de la hacienda del Sauz, logrando introducirse hasta la finca. Pero los realistas eran mas y sus tropas estaban bien organizadas, de modo que se repusieron fácilmente de la sorpresa, logrando dispersar las columnas que mandaban Torres, Borja y Lúcas Flores, de modo que Mina, Novoa y Pinto que se creian ya victoriosos, tuvieron que retirarse viéndose abandonados por sus compañeros en medio del enemigo, de cuyo poder lograron escapar á duras penas.

—No, no es posible pelear con esta gente mientras no esté bien disciplinada, decia Mina á Novoa cuando ya habian escapado de aquel inminente peligro.

Veamos lo que pasaba entretanto en el famoso fuerte del Sombrero.

En la noche en que salió de allí Mina con sus cinco compañeros, se habian quedado en el mismo punto escarpado por donde descendieron, no solo Moreno y Young sino otros oficiales que pronto supieron la noticia. El menor ruido que observaban en el campamento enemigo los alarmaba y no vinieron á tranquilizarse sino cuando la primera luz del dia vino á decirles que sus amigos habian pasado sin novedad, puesto que no se dejaban oir las detonaciones de los fusilamientos.

A las pocas horas observaron á lo léjos la escaramuza que sostenia Torres para introducir los víveres y aún procuraron ayudarle haciendo una salida inútil, que no les sirvió mas que para perder algunos hombres muertos, lo mismo que una partida de mas de cincuenta que se les fueron desertados, levantando las culatas de los fusiles en señal de que se pasaban al enemigo.

Los toques de los clarines y las músicas que estuvieron oyendo, desesperados, en el campamento de Liñan, les advertia que este solemnizaba aquella doble victoria conseguida con la mayor facilidad. Ya no habia, pues, que pensar en recibir refuerzos ni víveres, considerando como consideraban que en aquel combate que habian presenciado á lo léjos, el derrotado habia sido el general Mina en persona. Hasta los dos dias en que volvieron á presenciar impotentes que se hacia una nueva intentona, fué cuando tuvieron noticias ciertas de su general, puesto que él mismo habia llegado á tranquilizarlos sobre su suerte y á darles nuevas esperanzas é instrucciones hablando con el Mayor general Mauri á unos cuantos pasos del muro exterior.

—¡Quién sabe! se decian unos á otros, todavia puede ser que nos sirvan de mucho la audacia y pericia del general.

Pero el coronel Young, que era más práctico en las cosas de la guerra, que veia claramente que no habia posibilidad de recibir ya ningun auxilio y que no existia en los defensores del fuerte mas espectativa que sucumbir bajo los rigores de la sed y del hambre, dijo á Moreno que intentara celebrar una honrosa capitulacion con el enemigo. Al fin á este lo que le importaba más era dejar de tener allí embromadas tantas fuerzas.

Moreno convino fácilmente en tentar este medio, aunque haciendo observar que no produciria ningun efecto. Comisionó en tal virtud á dos oficiales para que acompañados de un trompeta que diera los toques, fueran á pedir parlamento. Se mandaron suspender las hostilidades por una hora y los parlamentarios fueron recibidos por el coronel Ruiz, quien les dijo que no se podia acceder á sus pretensiones y que lo único que podian hacer, si querian quitarse de sufrimientos, era rendirse á discrecion. Pudiera ser, agregó, que el excelentísimo señor general Liñan tuviera facultades para indultar á los del pais; pero de ninguna manera puede otorgar la gracia de la vida á los extranjeros.

Lo que pretendia con esta perfidia era sembrar la zizaña entre los defensores del fuerte, consiguiendo como lo consiguió, que por la noche se desertara un gran número de americanos.

Entonces Moreno dirigió á Liñan la comunicacion siguiente:

"Excelentísimo señor: Los comisionados que hemos enviado á vuestra excelencia, nos dicen: que vuestra excelencia ofrece indulto á los españoles y que sobre los extranjeros no puede vuestra excelencia determinar hasta comunicarlo á la superioridad del excelentísimo señor virey. La comision se redujo á proponer á vuestra excelencia si tenia á bien admitir una capitulacion para proponerla, sobre lo que vuestra excelencia tendrá la bondad de contestarme. Sombrero, 15 de Agosto de 1817.--*Pedro Moreno.*"

Muy respetuosa estaba la comunicacion, pero llena de entereza y de reproches. Con ella le queria decir á Liñan: No se juega con la desgracia ni con el valor de los que se mueren de hambre; lo que nosotros queremos es capitular, no indultarnos, capitular como todos los beligerantes cuando no tienen que comer ni manera de seguirse sosteniendo. Para ser ahorcados no necesitamos mas que cruzar los brazos y esperar á que venga á tomarnos el enemigo.

Por supuesto que Liñan, sabedor por los desertores de la situacion extrema á que habian llegado los sitiados, que no tenian ni agua, ni comestibles, ni municiones, no le dió oídos, esperando que en tres dias mas la necesidad los niciera rendirse.

Mucho menos podia Liñan prescindir de la gloria de ocupar el fuerte sin condiciones habiéndole llegado un buen convoy con piezas de grueso calibre, municiones de guerra en abundancia, instrumentos de zapa, escalas y todo cuanto era menester para dar término feliz á las operaciones, así es que desde luego colocó las baterias mas cerca y siguió las hostilidades con mayor encarnizamiento, matando ó aprehendiendo hasta á las mujeres que, por no poder soportar la sed, bajaban por agua.

Presentóse Young al dia siguiente en el alojamiento de Moreno donde habia varios oficiales y le dijo: —Me alegro de encontrar reunidos aquí á sus señorias porque vengo á proponer al general Moreno la evacuacion de la fortaleza.

Todos vieron á Moreno como deseando conocer su

opinion, el cual interpretó esta mirada como de disgusto por tal proposicion y se apresuró á contestar:

—No creo que estemos en la extremidad de proceder á tal intento.

—Cuando lleguemos á peor extremidad, objetó Young, ya no podremos hacer nada.

—Expliquese usted, señor coronel Young.

—Es muy sencillo. Ahora tenemos todavia unos doscientos hombres, tenemos algunas municiones y tenemos al frente dos ó tres puntos débiles del enemigo que podemos atacar con éxito. Dentro de tres ó cuatro dias en que ya la necesidad nos estreche á salir á toda costa, tendremos menos gente y menos elementos y el enemigo estará mas vigilante esperando que de un momento á otro nos precipitemos en busca de la salvacion. En suma, mi general, ahora respondo de poder romper el sitio; dentro de tres dias no respondo ni de seguir defendiendo el fuerte.

Sea porque ya hubiera prevencion contra los extranjeros, sea porque se atribuyera á desobediencia lo que proponia Young, le contestó Moreno con firmeza:

—Señor coronel Young, nosotros seguiremos defendiendo el fuerte como lo hemos hecho hasta ahora sin necesidad de los extranjeros.

Young se resintió mucho con esta respuesta, pero se limitó á decir con serenidad:

—Está bien, mi general, si tal es el deseo de vuestra excelencia, diferiremos la evacuacion para cuando se disponga; pero sea en ese dia ó sea antes defendiendo el fuerte, yo respondo en mi nombre y en el nombre de todos los mios, de que sabremos morir en el puesto que se nos señale.

Saludó y se fué.

Moreno dijo á sus oficiales, á Mauri y á otros extranjeros que tambien habian entrado en la tienda:

—Mucho sentiria haber ofendido al coronel Young que es un valiente, pero estamos en una situacion tan violenta que no podemos medir nuestro carácter ni nuestra prudencia. Quizás su consejo es el mejor; pero ya se resolvió que hemos de seguir defendiéndonos aquí y Dios nos protejerá.

Cuando tomaron esta heroica resolucion no solo carecian de agua, sino que estaban apenas manteniéndose con carne de mula.

El dia 15 de Agosto fué memorable en aquel terrible sitio.

Liñan, despues de abrir algunas brechas con la artilleria, lanzó sus columnas de asalto protegidas por el nutrido fuego de los cañones; pero hasta las mujeres acudieron á la resistencia en el fuerte arrojando granadas y piedras y el enemigo fué rechazado por los cuatro puntos por donde quiso entrar á la fortaleza. Eran las cuatro de la tarde cuando cayó un terrible aguacero y entonces Liñan volvió á organizar sus columnas diciendo á los gefes que debian mandarlas:

—Ahora esos miserables están perdidos, porque no pueden usar sus armas de fuego con la pólvora mojada y podremos entrar ó rendirlos á la bayoneta.

Todavia no era aquel el momento supremo para

los sitiados, pues que el agua cesó de caer cuando las columnas iban á medio camino y entonces pudieron recibirlos con un fuego certero de metralla y fusileria.

Los soldados que llevaban las escalas y puentes lograron echar estos en los fosos y aquellas aplicarlas contra los mismos muros, pero casi todos fueron muertos, huyendo espantados los que les seguian. Entonces los oficiales quisieron hacer entrar á los soldados á cuchilladas; pero preferian recibir la muerte de mano de estos que acercarse á los fuegos mortíferos de los insurgentes y los más corrian á ocultarse detras de las peñas mientras llegaba la noche para volver á su campamento.

Fué tal el desórden comunicado á las filas de los realistas, que Young cobró ánimo creyendo llegado el momento de lanzarse sobre ellos para derrotarlos. Dió la órden para que se reunieran en la plazoleta todos los hombres útiles del fuerte que no llegaban a ciento cuarenta y mientras se organizaba la columna que debia ser mandada por el teniente coronel Eradburn, salio aquel á un peñasco que se elevaba sobre la muralla para ver mejor cuál era el camino que debia elegirse para emprender aquel ataque que debia proporcionarles si no una espléndida victoria, cuando menos un camino franco para emprender la retirada y en los momentos en que decia Young al Dr. Hennessey: "Ya son nuestros," la bala del último disparo de cañon le llevó la cabeza.

¡Fin glorioso de un valiente que vino á agregar su nombre al martirologio de la independencia mexicana!

CAPITULO XXXVIII.

CRUELDADES.

La pérdida de los realistas en el ataque inconsiderado y digno de la mayor censura de que hablamos en el capítulo anterior, fué de treinta y cinco oficiales y mas de cuatrocientos soldados, esto es, más del triple del número de hombres que defendian el fuerte. En cambio, estos tuvieron una, que valió el doble, que fué la del coronel Young, sin la que indudablemente hubieran conquistado un triunfo singular en los anales de la guerra, derrotando á cuatro mil veteranos con algo más de cien reclutas.

Entró tal desconsuelo en la guarnicion con la muerte de aquel esforzado caudillo, cuya cabeza vieron rodar todos de un modo tan inexperado y tan horrible, que nadie pensó en secundar sus miras, consagrándose á hacerle el duelo con lamentos llenos de de-

los sitiados, pues que el agua cesó de caer cuando las columnas iban á medio camino y entonces pudieron recibirlos con un fuego certero de metralla y fusileria.

Los soldados que llevaban las escalas y puentes lograron echar estos en los fosos y aquellas aplicarlas contra los mismos muros, pero casi todos fueron muertos, huyendo espantados los que les seguian. Entonces los oficiales quisieron hacer entrar á los soldados á cuchilladas; pero preferian recibir la muerte de mano de estos que acercarse á los fuegos mortíferos de los insurgentes y los más corrian á ocultarse detras de las peñas mientras llegaba la noche para volver á su campamento.

Fué tal el desórden comunicado á las filas de los realistas, que Young cobró ánimo creyendo llegado el momento de lanzarse sobre ellos para derrotarlos. Dió la órden para que se reunieran en la plazoleta todos los hombres útiles del fuerte que no llegaban a ciento cuarenta y mientras se organizaba la columna que debia ser mandada por el teniente coronel Eradburn, salio aquel á un peñasco que se elevaba sobre la muralla para ver mejor cuál era el camino que debia elegirse para emprender aquel ataque que debia proporcionarles si no una espléndida victoria, cuando menos un camino franco para emprender la retirada y en los momentos en que decia Young al Dr. Hennessey: "Ya son nuestros," la bala del último disparo de cañon le llevó la cabeza.

¡Fin glorioso de un valiente que vino á agregar su nombre al martirologio de la independencia mexicana!

CAPITULO XXXVIII.

CRUELDADES.

La pérdida de los realistas en el ataque inconsiderado y digno de la mayor censura de que hablamos en el capítulo anterior, fué de treinta y cinco oficiales y mas de cuatrocientos soldados, esto es, más del triple del número de hombres que defendian el fuerte. En cambio, estos tuvieron una, que valió el doble, que fué la del coronel Young, sin la que indudablemente hubieran conquistado un triunfo singular en los anales de la guerra, derrotando á cuatro mil veteranos con algo más de cien reclutas.

Entró tal desconsuelo en la guarnicion con la muerte de aquel esforzado caudillo, cuya cabeza vieron rodar todos de un modo tan inexperado y tan horrible, que nadie pensó en secundar sus miras, consagrándose á hacerle el duelo con lamentos llenos de de-

sesperacion, pues si bien envidiaban su suerte porque habia acabado como un héroe, dando fin así á sus sufrimientos, comprendian que desde el momento en que aquel brazo indomable y aquel carácter enérgico y lleno de recursos les faltaba, en adelante ya no tenian la menor esperanza de salvacion.

Entonces fué cuando Moreno, en alta voz, se reprochaba no haber oído con más atencion la cuerda medida que apenas tres dias antes le habia aconsejado y que ahora comprendia que hubiera sido seguramente coronada del mejor éxito.

Sin ocuparse ya ninguno del campamento enemigo, en el que tambien reinaba la consternacion por el fracaso y las pérdidas que se habian sufrido, toda la guarnicion se ocupó en hacer los honores fúnebres al coronel Young, pronunciándose ante su cadáver las frases más sentidas.

A la media noche fué enterrado con la pompa que se podia en aquel recinto donde reinaba la miseria, y tomando el lugar de Young el teniente coronel Evadburn, repartió este la poca gente que quedaba en los reductos principales, de acuerdo con las disposiciones del general D. Pedro Moreno.

A la mañana siguiente se sorprendieron á la vista dé los muchos cadáveres pertenecientes al enemigo, que estaban sembrados desde los mismos fosos hasta la caida de la montaña, que no podian ser recogidos por unos ni por otros, pues que Liñan no quiso acceder á la pequeña tregua que se le pidió para recogerlos, esperando que la descomposicion en que entraran los cuerpos habia de ser fatal para la guarnicion, como sucedió, empezando desde luego á sufrir las enfermedades por el envenamiento del aire; de manera que á los tres dias la mitad, por lo menos, de los sitiados ó habian muerto ó estaban postrados por las enfermedades. Entonces ya fué necesario pensar sériamente en tomar alguna resolucion que les evitara en lo posible perecer todos allí de hambre y de miseria, prefiriendo morir en manos del enemigo.

Por otra parte, Liñan que sabia por los desertores que la guarnicion estaba concluyendo bajo el peso de su misma situacion precarísima, lo que hizo fué adelantar poco á poco sus trincheras y establecer un cordon de soldados en torno del cerro para evitar toda salida.

Entonces el mismo Moreno, que mil veces habia maldecido su arrogancia, de haber desechado tan sin cordura el oportuno y noble consejo de Young, fué quien primero habló de intentar una salida del fuerte, para lo cual reunió á los pocos oficiales que quedaban, diciéndoles:

—Ya no es posible que sostengamos esta situacion tan miserable por más tiempo. No tenemos víveres, no tenemos suficientes municiones para resistir otro ataque, el hambre y la peste está aclarando nuestras filas de modo tan alarmante, que en ocho dias más ya no quedaremos ninguno. En consecuencia, creo que debemos hacer un esfuerzo para escaparnos los que podamos aprovechando la primera noche lluviosa que se nos presente para romper el sitio.

Nadie pensó en oponerse á esta proposicion y solo el Dr. Honessey dijo:

—Por mi parte tengo que declarar que mi deber me manda quedarme.

—¡Cómo! exclamaron varios.

—Tengo á mi cuidado los enfermos y heridos y no puedo abandonarlos.

—¡Ay! no me acordaba de esos infelices, exclamó Moreno, á quienes será imposible llevarnos.

La idea de dejar á sus compañeros entregados á una muerte segura, pues los realistas no perdonaban ni á los moribundos, hizo vacilar la resolucion de algunos por un momento, pero se les hizo comprender que ya poco tardarian en seguir cayendo sin que hubiera esperanza para ninguno, y que si era inhnmano dejar á algunos compañeros, más inhumano era sacrificarse todos y entonces quedó aceptada tal determinacion para aquella misma noche del dia 19 de Agosto, si como se anunciaba, era demasiado oscura y lluviosa.

Desde las seis de la tarde comenzó á extenderse espesa niebla al rededor de la montaña, como si viniera en proteccion de los planes de aquellos desdichados, viéndola entonces con regocijo como en otras veces la veian con temor porque podia tambien servir al enemigo para aproximarse sin ser visto, y comenzaron desde luego los preparativos de la marcha.

Estos consistieron en clavar los cañones que quedaban útiles, en destruir el mucho armamento sobrante, en quemar, en fin, todo aquello que no pudieran llevarse, repartiéndose dos tercios del dinero que quedaba en la caja. El otro tercio fué destinado al hospital.

La escena mas desgarradora que jamás puede verse tuvo lugar luego que los heridos y enfermos, al recibir aquel dinero, fueron enterados de lo que iba á hacerse.

—¡Cómo! ¿pues acaso nos dejan aquí? exclamó uno.

Todo fué que aquel pronunciara estas palabras, cuando los demas prorrumpieron en grandes quejas y lamentaciones, pretendiendo muchos levantarse para seguir, aunque fuera arrastrándose, á la guarnicion. Los que pudieron así lo hicieron, tomaron fuerza de su misma flaqueza y se pusieron en pié para ponerse en marcha; pero los más, que apenas podian moverse en sus miserables lechos, tendian las manos en signo de súplica y pedian á gritos ó con ademanes que mejor los mataran, pues que preferian morir á manos de sus amigos que sufrir los atropellos é insultos de sus enemigos, que sabian habian de tratarlos peor que á los animales.

Los oficiales tuvieron que salirse de allí llorando, ofreciéndoles que volverian antes de partir á comunicarles la determinacion que respecto de ellos tomara el general al enterarse de sus justas demandas.

De las mujeres y los niños que estaban en buena salud, no hubo tampoco ninguno que quisiera quedarse, no obstante que se les hacia entender, como sucedió, que iban á ser la causa de que se entorpeciera la marcha y de que mataran á todos.

Moreno y Bradburn convinieron en que se haria la

salida á las once de la noche por el lado del barranco, que era por donde habia alguna remota probabilidad de poder pasar sin ser sentidos y de encontrar, en caso ofrecido, menor resistencia para romper el sitio; pero mientras el segundo formaba sus tropas y exponia sus recomendaciones para en caso de que hubiera combate, el primero habia tomado la delanra con una pequeña fuerza, como que siendo conocedor del terreno tenia que llevar la vanguardia.

—¿Y las mujeres y los niños? le preguntó Bradburn.

—Ya las dejé pasar por delante para que no nos estorben, le contestó Moreno.

—¡Maldicion! exclamó el gefe extrangero sin saber ni qué partido tomar en aquel trance en que ya no se podia retroceder, estamos perdidos.

—¿Perdidos?

—¿No vé usted que van á hacer que nos descubran? Oiga usted ya á las mujeres que van hablando allá abajo y á los niños que lloran.

—Vamos á alcanzarlas, vamos á detenerlas, exclamó Moreno lanzándose al abismo.

Bradburn le siguió con su gente porque no podia hacer otra cosa una vez que los elementos del fuerte estaban destruidos; pero dijo á los suyos:

—Vamos á ser pronto atacados: conservémonos siempre unidos auxiliándonos mútuamente y lograremos pasar aunque se nos opongan todas las legiones. ¡Animo! amigos, y vamos adelante.

Sucedió lo que este hombre previsor temia: los niños y las mujeres con la algarabia que iban formando despertaron á los centinelas dormidos, estos dieron la voz de alarma y los destacamentos acudieron á cerrar el paso á los fugitivos, haciendo cruzar sus fuegos de artilleria y fusileria en todas direcciones. Los gritos que dieron las mujeres heridas indicó á los realistas el camino que traian los del fuerte y de este modo la matanza pudo hacerse más segura. Las tropas insurgentes, ya por el fuego certero que se les hacia aún en medio de la oscuridad de la noche, que muy pronto cesó con los cohetes de luz que empezaron á arrojarse en toda la línea, ya por la dificultad que habia para subir y lo estrecho del barranco, se desbandaron completamente y como si se hubiera oido la terrible exclamacion de ¡sálvese quien pueda! cada cual tomó la direccion que mejor le convino.

Moreno, con un pequeño grupo de sus acompañantes y Bradburn con otros cuantos que le quedaron, sostuvieron un pequeño tiroteo dando lugar á que algunos volvieran á refugiarse en el fuerte y otros huyeran por entre los mismos soldados enemigos. Los que estaban más débiles por falta de alimento se quedaron tendidos en el barranco y allí fueron acabados de matar á la mañana siguiente. La esposa de Moreno, aterrorizada con los gritos de los que caian heridos y con las luces de los cohetes que daban un colorido mas horroroso á aquella escena, se separó de su marido y huyó al fuerte con otras mujeres. El combate, si así podia llamarse esta escena sangrienta, duró todo el resto de la noche. Al des-

puntar la aurora, mas de la mitad de la gente se consideraba ya en salvo encontrándose en tierra firme y traspuesta la línea enemiga; pero bien pronto se vieron cercados por una fuerza de caballeria que mandó Liñan en su alcance, la cual lanceó á todos los que encontraba á su paso, sin conceder perdon ni á los que lo imploraban de rodillas pidiéndoles unos momentos de vida para despedirse de sus deudos. Solo D. Pedro Moreno, favorecido por la niebla y por el conocimiento que tenia de la localidad, pudo escapar llevándose unos cuarenta hombres, entre estos trece de los extrangeros que habian desembarcado con Mina, incluso el comandante Bradburn; todos los demas perecieron acuchillados por los realistas, sin fuerzas ya y sin armas para hacer la menor resistencia.

En el fuerte se habian refugiado como unos veinticinco hombres, entre ellos algunos decididos á vender caras sus vidas; pero se encontraron con que ellos mismos habian destruido los elementos de defensa y las municiones con que cada uno contaba eran insignificantes, así es que se resolvieron á esperar la muerte con resignacion.

Liñan entró allí por la mañana desplegando un lujo de rigor innecesario con aquellos prisioneros que se entregaron sin disparar un tiro, y despues de haberlos mandado amarrar y golpear atrozmente, los destinó durante tres dias á demoler las murallas, pasándolos por las armas en el cuarto dia. A los heridos y enfermos los mandó matar tan luego como supo que habia algunos en el hospital, sin tener consideracion ni á los agonizantes.

Así acabaron estos intrépidos sitiados en venganza de haber ellos matado en buena lid á dos terceras partes mas del número total que ellos formaban.

Tan caro triunfo, que costó cerca de unas dos mil víctimas, fué celebrado en México con grandes regocijos, dándose por terminada la grande alarma que habian producido las audaces hazañas de Mina. Entre esas víctima tenian que contarse pérdidas muy sensibles, tanto entre los insurgentes que vieron morir á la mayor parte de los intrépidos extranjeros que habian venido con Mina á sostener su causa, como los realistas que tuvieron más de cincuenta oficiales muertos, contándose entre ellos el teniente coronel de Zaragoza D. Gabriel Rivas y el capitan ayudante Pedro de Ugarte.

Al principio Liñan pareció no haberse fijado en las mujeres y los niños que pasaban de cuarenta, pero como se le dijera que estaban haciendo algun consumo en las provisiones, sin embargo de que se les alimentada miserablemente, vino á pasar revista á aquel grupo de débiles criaturas, comenzando por lanzarles las injurias de costumbre.

Entonces vió que habia unos cinco niños harapientos de unos ocho á nueve años y exclamó al punto:

—¡Cómo! Señor coronel Ruiz, pues nada se me habia dicho de que todavia quedaban aquí estos insurgentes.

—¿Cuáles, excelentísimo señor? preguntó Ruiz fingiendo que no habia comprendido y volviendo la vista á todos lados.

—Estos, estos, agregó cogiendo á uno de ellos por el cuello y tirándolo de un puntapié, estos que dentro de dos años á lo mas, ya sabrian empuñar un fusil contra nosotros si los dejáramos con vida.

Ruiz, sin embargo de estar acostumbrado á ver cometer crueldades y á cometerlas él mismo, no pudo menos de estremecerse y cambiar de color á la idea de que tambien aquellos pequeñuelos pudieran ser fusilados, y sin interceder por ellos directamente dijo á Liñan:

—Vuestra excelencia dispondrá lo que deba hacerse con ellos.

—Que los lleve en el acto el capitan de mi guardia detras de aquellas peñas.

—¿Se han de ejecutar? preguntó Ruiz atónito.

—Inmediatamente.

Las cinco madres al oir esta terrible órden se precipitaron unas á los piés de Liñan, otras á abrazar á sus hijos lanzando gritos desgarradores.

Liñan les volvió las espaldas y con los ojos solamente previno que se cumpliera con lo mandado.

Entonces vinieron los soldados, separaron de las mujeres á los cinco pequeños condenados y los llevaron bañados en lágrimas á cumplir su fatal sentencia.

Las madres se habian ido detras de la escolta que iba á verificar el fusilamiento, así es que Liñan pudo volver al mismo sitio sin temer sus importunidades.

—En cuanto á estas mujeres, siguió diciendo Liñan á Ruiz, tambien tienen que sufrir el castigo de costumbre.

—¿Hay que raparlas?

—Sí, señor: se les corta los cabellos á raiz, se les da veinticinco azotes y se las despacha á reunirse con el enemigo que queda en el cerro de San Gregorio para que les lleven noticias nuestras.

Entonces salió una matrona de entre las demas mujeres que hasta entonces habia estado oculta á las miradas de Liñan, de porte distinguido y de traje más decente que las otras. Era la esposa del general Moreno.

—Señor, le dijo esta encarándose al general, los insurgentes no han tratado nunca así á las esposas de los realistas.

—¿Quién es usted? le preguntó Liñan.

—Soy la esposa de D. Pedro Moreno, del hombre que hasta ahora no ha llegado á manchar sus manos con la sangre de ningun prisionero enemigo.

—¡Ah! y usted lo que desea saber es si su marido vive ó muere?

—Sé que vive, contestó ella con entereza, porque así me lo ha hecho saber él mismo por este papel que me ha hecho llegar.

Hasta aquel momento Liñan estaba indeciso sobre si trataria ó no con algun miramiento á la esposa de un enemigo leal, que disfrutaba de buena reputacion y que ocupaba un lugar distinguido entre los independientes; pero la misma señora de Moreno acababa de condenarse manifestándole aquel papel, lo cual produjo en el tirano la mayor irritacion, avivándosele

en todo su sér el deseo de tomar venganza de aquella osadia.

—¡Ah! con que el cobarde Moreno, dijo, que dejó aquí á su mujer abandonada, se ha atrevido á introducir un emisario á mi propio campamento?

—Una desgraciada mujer que vino buscando á su hijo fué la que me trajo este papel.

—Bien, bien: no hay motivo para que usted no sufra la suerte de sus compañeras.

—Señor general, continuó diciendo la mujer de Moreno con voz firme, vuestra excelencia se deshonra mandando castigar á las mujeres indefensas que no le han hecho ningun mal. Yo no quiero ser la única esceptuada, yo pido que no se castigue á ninguna de un modo tan horrible.

—¡Mujeres indefensas! exclamó el cruel Liñan, cuando yo las he visto arrojando peñascos á mis oficiales.

—Señor, exclamó la Moreno rindiéndose por fin al dolor y derramando abundantes lágrimas, ya se ha vertido suficiente sangre, ya ha corrido más sangre de la que debia, ya es mucho lo que se ha castigado á los hombres en cumplimiento de órdenes que á ellos solos les comprenden. ¡Piedad para las pobres mujeres!

En ese momento se oyeron las descargas, anunciando que recibian la muerte los cinco pequeñuelos y todas aquellas mujeres cayeron de rodillas delante de Liñan implorando misericordia.

—Basta! exclamó este con el ceño airado, y dirigiéndose siempre á Ruiz, que esperaba su final resolucion, agregó: que se cumplan mis órdenes.

—¿Tambien respecto de la Señora de Moreno? preguntó.

—Tambien respecto de mí, contestó ella avanzando á la vez que se desataba los cabellos para que se los cortaran, ó se demuestra algo de generosidad con todas ó con ninguna.

Y como Liñan giró sobre los talones para retirarse, ella se apresuró á decirle:

—Pido á Dios que vuestra excelencia no tenga hijos, ni mujer, ni familia, que paguen algun dia la crueldad de que está haciendo alarde abusando de la fuerza. Pido á Dios que terminen con la muerte de todas nosotras las desdichas que sufre esta nacion tan oprimida.

Liñan no volvió siquiera la cabeza, fingiendo que nada habia oido y dejó al ministro de sus iniquidades encargado de la ejecucion de su innoble sentencia.

Corramos un velo sobre este acto que en aquellos tiempos se tenia como una cosa corriente y que hoy constituiria un padron de afrenta en cualquiera que lo dispusiera y ejecutara y pasemos á la pequeña escena que siguió entre Ruiz y un insurgente de los prisioneros que tenia escondido y custodiado en donde era antes el hospital, el que estaba casi salvado gracias á una revelacion que le habia hecho.

—Vamos á ver, amigo, en dónde dices que está el dinero?

—Aquí, detrás de esta pared, en donde yo mismo ayudé á enterrarlo.

—¿Cuánto es?

—Como veinte mil pesos.

—Vamos á la obra: ya sabes, si es falso te ahorco; pero si es cierto esta misma noche te dejo ir en libertad.

Ruiz se encontró en efecto enterrados en aquel lugar muchos sacos de dinero y dando cinco pesos al insurgente de la noticia, aquella noche le cumplió su palabra poniéndolo en libertad.

Unico caso de que un insurgente pudiera contar que se habia escapado de las manos del enemigo en toda aquella larga historia de calamidades.

CAPITULO XXXIX

SACRIFICIOS

Despues de la tentativa que habia hecho Mina para apoderarse del convoy de los realistas, el cual hubiera sido un golpe de salvacion indudable para los defensores del fuerte del Sombrero, pues falto Liñan de aquellos elementos hubiera tenido que levantar el sitio, las diferentes partidas por diversos caminos se dirigieron á su cuartel general, que era por entonces el fuerte de los Remedios, mientras que el general se quedó solo con cien caballos de Ortiz que eran los mejor organizados y con ellos dió una carga á un cuerpo de caballeria realista que le salió al paso entre Silao y Leon, logrando destruirlo tan completamente, que el mismo coronel que lo mandaba, fué lazado y arrastrado, ejercicio en que al narrar este lance, dice Alaman, erán muy diestros los insurgentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Aquí, detrás de esta pared, en donde yo mismo ayudé á enterrarlo.

—¿Cuánto es?

—Como veinte mil pesos.

—Vamos á la obra: ya sabes, si es falso te ahorco; pero si es cierto esta misma noche te dejo ir en libertad.

Ruiz se encontró en efecto enterrados en aquel lugar muchos sacos de dinero y dando cinco pesos al insurgente de la noticia, aquella noche le cumplió su palabra poniéndolo en libertad.

Unico caso de que un insurgente pudiera contar que se habia escapado de las manos del enemigo en toda aquella larga historia de calamidades.

CAPITULO XXXIX

SACRIFICIOS

Despues de la tentativa que habia hecho Mina para apoderarse del convoy de los realistas, el cual hubiera sido un golpe de salvacion indudable para los defensores del fuerte del Sombrero, pues falto Liñan de aquellos elementos hubiera tenido que levantar el sitio, las diferentes partidas por diversos caminos se dirigieron á su cuartel general, que era por entonces el fuerte de los Remedios, mientras que el general se quedó solo con cien caballos de Ortiz que eran los mejor organizados y con ellos dió una carga á un cuerpo de caballeria realista que le salió al paso entre Silao y Leon, logrando destruirlo tan completamente, que el mismo coronel que lo mandaba, fué lazado y arrastrado, ejercicio en que al narrar este lance, dice Alaman, erán muy diestros los insurgentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En seguida fué á reunirse con el padre Torres á los Remedios, al cual le dijo despues de referirle el triunfo que acababa de obtener:

—Ahora necesitamos reunir violentamente todas cuantas fuerzas haya disponibles para ir á auxiliar á nuestros amigos del fuerte del Sombrero. No podemos abandonarlos en aquella situacion desesperada.

El padre Torres guiñó un ojo segun su costumbre y le preguntó:

—¿Vuestra excelencia quiere que abandonemos este fuerte?

—Podriamos abandonarlo si fuera necesario para venir á ocuparlo despues; pero creo que quedará bien sostenido con una guarnicion de dos ó trescientos hombres entre los que pueden quedarse los mas reclutas, que siempre son un embarazo en batalla campal.

—Diré solo á vuestra excelencia que actualmente me ocupo en reparar las fortificaciones y en acumular víveres, porque estoy cierto de que Liñan, concluido aquello, tendrá que venirse sobre este fuerte.

—Así lo considero yo si lo dejamos; pero lo que importa es que no lo dejemos. Por ahora tiene allí reunida á toda su gente, de manera que si logramos darle un golpe, ya no vendrá aquí ni á ningun fuerte, sino que tendrá que irse á México á reunir nuevos elementos.

Torres no creia en el golpe, ni creia en que pudiera de ningun modo salvarse á los sitiados del fuerte del Sombrero, una vez que deberian estar próximos á rendirse por la situacion desesperada en que sabia se encontraban por falta de provisiones y contestó con cierta flojedad:

—Está bien, general, hoy mismo voy á mandar emisarios á todas partes para que se reconcentren aquí las fuerzas, y si logramos reunir cinco mil hombres, yo soy el primero en decidir que nos pongamos al frente de ellos para dar un golpe decisivo al campo de Liñan.

En efecto, Torres mandó correos á todas las guarniciones diseminadas en los pueblos y haciendas, que eran por lo general hombres montados sin sujecion á ninguna disciplina, y el general Mina se consagró con ardor en compañia de Novoa á moralizar y disciplinar los cuerpos de la guarnicion que formaban un total como de mil quinientos hombres, de los cuales no habia útiles para el combate mas que cosa de unos trescientos.

Las partidas de guerrilleros empezaron á llegar desde el siguiente dia, sujetándose de buen grado á la organizacion que se estaba dando al ejército independiente y cuando el dia 20 se alistaba Mina á salir con la vanguardia con direccion al Sombrero, se recibió la noticia de la catástrofe allí sucedida, la cual refirieron de varios modos los dispersos.

Como no habian llegado mas que unos cuantos que no podian dar razon de la suerte que habian corrido sus compañeros, él mismo se apresuró á salir del fuerte para ir á protejer á los que aún se encontra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ran en los campos, tal vez sin saber cuál era la mejor direccion que podian tomar.

Apenas habia andado algunas millas cuando se encontró con Moreno y Bradburn que venian todos despedazados y enflaquecidos por el hambre. Mina se bajó del caballo y se dirigió á abrazarlos.

—¿Qué es lo que ha pasado, amigos mios?

—¡Qué noche tan horrible! le contestó Moreno, todo lo hemos perdido.

—¿En dónde está Young? preguntó Mina á Bradburn, buscándolo entre los extranjeros que allí venian.

—¡Muerto! exclamó Bradburn lacónicamente.

—¿Muerto mi valiente Young? dijo Mina sin poder contener las lágrimas.

Entonces Moreno le describió la escena de su muerte.

—Solo muerto Young se explica que se haya perdido el fuerte, exclamó Mina sin tener en cuenta que podia ofender el valor de los que le escuchaban, él hubiera encontrado siempre algun recurso para salir airoso de la mas mala situacion.

—Sí él no ha muerto en aquel instante, dijo Bradburn corroborando las palabras de Mina, una hora despues hubiéramos sido dueños del campo enemigo, pues ya estaba en completo desórden.

—¿Cuántos más se han salvado?

—Nosotros somos treinta y uno, le contestó Moreno; pero es probable que algunos otros se hayan ido á buscar á Ortiz por el rumbo de Lagos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Mina, qué fatalidad tan grande ha sido esta. Pero luego fijándose en el estado macilento de los escapados del fuerte del Sombrero, agregó: aunque sea aquí mismo en medio del campo es preciso que ustedes mitiguen algo su necesidad.

Y mandando en el acto que se improvisara una tienda formada con las lanzas, se tendieron sobre el suelo algunos víveres frescos que los del fuerte no habian visto ni saboreado en muchos dias, los que, más que comieron, devoraron con la hambre rezagada que tenian y con la circunstancia más grave aún, de que ni en todo el dia anterior 19 ni en la mañana y resto del 20, eran ya las cinco de la tarde y no habian podido probar un solo bocado, ocupados en las últimas horas mas en burlar la persecucion de las partidas de caballeria enemiga que en procurarse el menor alimento.

Apenas los gefes y oficiales de la escolta de Mina habian obsequiado modestamente á los pequeños restos salvados del fuerte del Sombrero en la tienda improvisada, á la vez que los soldados tomaban su rancho haciéndose las sombras que podian entre los cuerpos de los caballos, cuando la avanzada que se habia colocado por el rumbo de donde venia la persecucion dió la voz de alarma.

—¡A caballo! gritó Mina con voz vigorosa.

Y él mismo acudió á ponerse al frente de sus soldados.

Como se habian traido algunos caballos ensillados á prevencion, tanto Moreno como Bradburn y sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compañeros se encontraron luego montados formando parte de la tropa insurgente.

En efecto, á menos de una milla de distancia, se divisaba una gruesa polvareda que solo podia ser levantada por una fuerte columna de caballeria que viniera al galope.

El campo era descubierto y no habia mas recurso que esperar el choque á pié firme, pues emprender la retirada era indigno de Mina, que nunca contaba el número de los enemigos é impracticable allí en donde prontamente podian ser alcanzados.

Resuelto el combate, Mina encargó á Moreno la retaguardia compuesta de veinte hombres, á Bradburn la izquierda con cuarenta hombres, al capitan Pinto la derecha con veinticinco y él ocupó el centro de la batalla con su escolta compuesta de diez y ocho buenos dragones.

—En el momento en que hagan alto, dijo Mina con voz fuerte, nos lanzamos nosotros.

Ya tenia previsto que el gefe que mandara aquella columna enemiga, tan pronto como viera una fuerza en actitud de hacer resistencia, habia de detenerse á tomar sus medidas.

Así sucedió en efecto: luego que la caballeria realista estuvo á unos cincuenta pasos de Mina se detuvo, y entonces fué cuando este se lanzó á dar la carga con todo ímpetu.

La caballeria realista se componia de más de tres cientos hombres mandados por un gefe distinguido y sereno que siempre se hizo notable por su denuedo

así como por su moderacion, el cual se llamaba D. Anastasio Bustamante, mientras que el total de la fuerza de Mina no llegaba apenas á cien hombres, ciento treinta á lo más contados los dispersos del Sombrero que se encontraban bien fatigados para poder pelear, y por lo mismo, aunque el primer choque fué terrible lográndose desordenar el centro de la columna realista, pronto la presencia de ánimo de Bustamante logró hacer que sus subordinados se repusieran y entonces comenzó una refriega en que todas las probabilidades se encontraban en favor de este, que por su mayor número de hombres y por estar mejor armados y disciplinados comenzaban á envolver á los insurgentes, cuando de la manera mas inexperada se presentó Ortiz con cuatrocientos de los suyos, lo cual hizo que Bustamante ordenara la retirada, la cual vino á ser mejor protegida por las sombras de la noche.

Un oficial y cinco soldados de los de Bustamante quedaron en poder de Mina y como estaba tan fresca la sangre de los fusilados del Sombrero, cuyas noticias daban los mismos prisioneros y como en el campo insurgente no se respiraba mas que un vivísimo deseo de venganza, el generoso caudillo español no pudo menos que pagar tributo á las pasiones humanas, diciendo:

—Que al oficial se le fusile; pero que los pobres soldados sean puestos en libertad. Esos infelices no saben ni contra quien combaten ni las ignominias que defienden.

Y cuando el oficial realista fué fusilado sobre la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

marcha, Mina exclamó con una profunda aflicción pintada en el semblante:

—Esta es la primera sangre que yo mando derramar en represalias. ¡Pluguiera á Dios que fuera la última!

Como los realistas se habian vuelto á organizar y era fácil que volvieran á la carga, se dispuso luego la marcha para el fuerte de los Remedios en donde Mina, Torres y Moreno discutieron el plan de operaciones militares que habian de seguir, supuesto que desembarazado el ejército de Liñan del sitio del fuerte del Sombrero, era seguro que no deberia de tardar en presentarse á la vista de San Gregorio.

Habia como unos trescientos hombres de caballeria que iban á ser inútiles encerrados en el fuerte, con estos se ofreció Mina á expedicionar en los contornos, tanto para estar llamando constantemente la atencion del enemigo, como para estar conduciendo víveres al fuerte en caso que le fuera posible.

El padre Torres comprendiendo que lo que principalmente deseaba Mina era encontrarse fuera porque le repugnaba en extremo el papel de sitiado, le dijo:

De esa operacion puede encargarse Ortiz y mis otros guerrilleros que conocen el terreno, para que no quede expuesto vuestra excelencia que es nuestra cabeza principal.

—¿Expuesto á qué?

—A ser cogido por los realistas que es lo que pretenden principalmente.

—¿Cómo?

—Han interceptado los mios un correo de Apodaca, cuyas cartas no se ocupan de otra cosa mas que de vuestra excelencia.

—¡Ah! desearia ver esas cartas.

—Aquí están.

Mina cogió los papeles interceptados, y en efecto, todas las cartas de Apodaca tanto á Liñan como á los demas gefes á quienes escribia, no se ocupaban mas que de recomendar á todo trance la captura de Mina y de los extranjeros que lo acompañaban, ofreciendo á los que lo lograran muy grandes recompensas. Pero en uno de los pliegos leyó Mina lo siguiente que no dejó de llamarle sériamente la atencion: "No se admiten á capitulacion los fuertes, decia el virey, ni ningunas tropas de los rebeldes, desechando cualquiera propuesta que no sea rendir las armas á discrecion, y aún en caso de ser así ó en el de ser tomados los fuertes á viva fuerza, solo se castigará con pena de muerte al traidor Mina, á los que vinieron con él, extranjeros y españoles, y á los cabecillas principales de los rebeldes, diezmando á los demas y el resto de prisioneros que queden vivos y no tengan importancia serán mandados por seis años al presidio de Mexcala en la provincia de Nueva Galicia."

Mas empeño demostró Mina en separarse de un lugar donde comprendia que no tenia libertad para hacer avance alguno y en donde ademas se veria ligado y estorbado en sus determinaciones por la voluntad del padre Torres, que era al fin y á la postre el due-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ño de todas aquellas chusmas, puesto que de sus buenos soldados ya no le quedaban ni siquiera veinte, fuera de unos ocho oficiales y de sus dos asistentes.

Entonces para alhagar al padre Torres y como para dejarle rehenes que le satisfacieran, le dijo:

—Aquí se quedarán para auxiliar sus operaciones, Novoa, Bradburn y demas oficiales y soldados que traje de Galveston, que le servirán mucho, pues todos saben algo de ingenieria y de fortificacion, no llevaré conmigo sino á los que despues se nos han venido uniendo en el pais que algo conocen del terreno, pues mientras que yo no tengo aptitudes para pelear detras de trincheras, sí me considero capaz de verificar maniobras en el campo que desconcierten al enemigo.

—No podrá vuestra excelencia hacer maniobra alguna militar con esa gente, le significó el padre Torres.

—Lo sé, amigo mio, demasiado bien que lo sé; pero menos podrán manejarla algunos otros y hasta es fácil que la dejen perder si no la animan ni la inspiran confianza. Yo respondo de que si no me desbaratan esa caballeria en los primeros combates, despues de quince ó veinte dias contaré con una columna aguerrida con la cual se podrán emprender arriesgadas empresas.

—Pues sea así, contestó el padre Torres.

En seguida convinieron en las contraseñas y demas puntos secundarios de la terrible campaña que iban á sostener, separándose el 25 de Agosto, dos

dias antes de aquel en que debia presentarse Liñan con su ejército al frente de San Gregorio.

Mina llevaba cerca de unos quinientos hombres montados, no todas en buenos caballos ni con armas de fuego, aunque á ninguno les faltaba la reata, instrumento terrible en sus manos, ni la lanza, con la cual hacian tambien destrozos, luego que volvia caras el enemigo. Estas fuerzas así indisciplinadas eran muy útiles para comunicarles el primer impulso, pues siempre atacaban con gran vigor; pero era necesario que no encontraran resistencia, pues en donde no se desorganizaba la columna atacada al primer embate, resistiéndose á pié firme, con seguridad se desordenaban no pensando ya mas que en la huida. En cambio daban la primera carga á la lanza con gran intrepidez y generalmente era esta decisiva; pero cuando se encontraban con un gefe sereno que sabia formar cuadro ó descargar á tiempo botes de metralla, volvian atrás despavoridos y ya nadie los hacia volver al combate ni habia medio de persuadirlos de que otro pequeño impulso era bastante para alcanzar la victoria. Cuando el enemigo era derrotado en el primer ataque, no escapaban ya de la reata y la lanza sino los que tenian muy buenos caballos ó se rendian á discrecion implorando gracia, seguros de que nunca daban la muerte á ninguno que se rindiera y por eso fué que siempre los insurgentes tuvieron muchos cientos de prisioneros.

Juntamente con Mina habia salido del fuerte D. Pedro Moreno, persuadido de que tampoco podria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llevarse bien con el padre Torres y de que serviria mucho al gefe español con el conocimiento del terreno y de los cabecillas que iban á estar á sus órdenes.

Tomó toda aquella fuerza el rumbo de la hacienda del Tlachiquero en donde debia estarlos esperando Ortiz (á) el Pachon, con unos trescientos hombres de fuerza un poco más aguerrida. Con ellos debian tambien encontrarse, segun las noticias llegadas á los Remedios, muchos de los dispersos del fuerte del Sombrero, entre los que esperaba Mina ver á algunos de sus oficiales á quienes profesaba mas cariño y que consideraba salvos.

En la primera jornada despues de haber tomado un ligero almuerzo debajo de los árboles, tomó del brazo el general Mina al capitan Adrian Pinto y lo llevó á un arroyo inmediato, cerca del que lo invitó á sentarse sobre el césped.

—He traido á usted aquí, amigo mio, porque quiero que tengamos una pequeña conversacion muy privada.

—Vuestra excelencia sabe que siempre estoy á sus órdenes.

—Nada de excelencia entre nosotros, somos amigos y nada mas. Pues bien, me extraña mucho que no tengamos noticia ninguna de Victoria, de Bravo, de Guerrero y de tantos otros gefes independientes que yo sabia estaban con las armas en la mano y gozaban de gran prestigio entre los mexicanos, pareciéndome más raro todavia que la Junta de gobierno de Jauji-

lla no pueda tampoco decirme nada sobre el particular por mas que se lo pregunto.

—Yo no sé nada de lo que pasa entre todos ellos, contestó Pinto, estando tan recientemente acogido á sus banderas; pero comprendo que si no nos ha llegado ningun enviado de ellos, es porque todos los caminos están interceptados.

—Es verdad que no están con Liñan, siguió diciendo Mina, todas las fuerzas del gobierno; pero indudablemente este tiene que mantener fuertes guarniciones tanto en México como en las otras ciudades. En consecuencia, al estar nosotros distrayendo de seis á ocho mil hombres del ejército activo, es claro que aquellos han de sentirse menos hostilizados y mas libres para organizarse y emprender operaciones.

—Asi lo creo tambien, general, y aún he oído decir á algunos oficiales de los independientes que saben que mucha gente se está levantando por las provincias del Sur, así como por las de Veracruz y Oaxaca.

—Así es de creerse que sucederá luego que vean que tenemos por acá entretenidas tantas fuerzas del gobierno. Pues bien, ya que ellos no vienen á nosotros he pensado en que nosotros vayamos á ellos, y para ese efecto, he pensado emplear la astucia, el valor y las buenas dotes que en usted concurren, capitan Adrian Pinto.

Por más prevenido que estuviera este á esperar las órdenes temerarias que solia darle Mina, en esta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vez no pudo menos de sorprenderse y se quedó mirándolo.

—He dicho capitan como podia haber dicho coronel ó mariscal, pues que será usted lo que quiera cuando triunfemos, si es que llegamos á trinnfar. Ahora los títulos, segun le he dicho en otra vez, no tienen ninguna importancia.

—Mi general, contestó Pinto ya repuesto, estoy á sus órdenes.

—Deseo que ahora mismo se separe usted de nosotros sin que nadie sepa el objeto, porque seria peligroso que lo supieran, y para que se haga usted conocer de Bravo principalmente, que es el que deseo atraer á mis filas, aquí tiene usted una contraseña. Es un anillo que él mismo me mandó con un primo suyo cuando todavia me hallaba en Galveston. Al presentarle usted ese anillo le dice que está comprometido á traérselo con la fuerza de que pueda disponer, lo cual no le será tan difícil á él que conoce el pais y el género de campaña tan lenta que hacen las tropas del gobierno.

Dió otras muchas instrucciones á Pinto, recomendándole toda la prudencia posible, y que en el caso de llegar á México lo hiciera solo de noche y con el mayor sigilo, procurando ponerse en contacto con Iturbide que, segun sabia, estaba conspirando en favor de la independencia.

Por la noche, cuando la fuerza estaba entregada al descanso, Mina en persona sacó á Pinto del campamento, abrazándolo tan tiernamente como á un hijo cuando se despidieron.

—Tengo el presentimiento de que no nos volveremos á ver, murmuró Pinto poniendo su caballo al galope.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XL

EL TEPEYAC.

El general realista Liñan, que no tuvo otra cosa que hacer en el desmantelado cerro de Comanja que ejercer una venganza salvaje sobre gentes inermes y apoderarse de unos cuantos cañones inservibles á costa de un arroyo de sangre hecho correr de la manera más inepta y más inhumana, puso en marcha muy pronto sus fuerzas con direccion á los Remedios, frente á cuyas posiciones llegó el grueso de su ejército compuesto de cuatro mil hombres, el 27 de Agosto: en los tres dias siguientes continuaron llegándole otros cuerpos de infantería, con piezas de grueso calibre y muchas carros de provisiones, destinando ademas dos cuerpos de caballeria de mil hombres cada uno mandados por Andrade y Orrantia respectivamente para perseguir á Mina hasta destrozarlo.

Las fuerzas de Liñan fueron estableciéndose en la circunferencia del fuerte conforme á la designacion del Cuartel Maestre encargado de colocarlas, mientras se hacia el reconocimiento respectivo de las posiciones que tenian ocupadas los independientes.

Estos eran como unos mil quinientos hombres, de los cuales no habia mas que trescientos que sabian manejar regularmente las armas, habiendo sido instruidos un poco de tiempo por Novoa: los demas eran reclutas, pero que podian servir mucho para ayudar á la defensa detras de los parapetos. El mando superior lo ejercia el padre Torres con el título de general, pero los oficiales que habia dejado allí Mina eran los que dirigian las operaciones.

La posicion fortificada estaba en la parte alta del cerro de San Gregorio, teniendo al frente otra eminencia llamada Panzacola, que se dejó libre á los sitiadores en la creencia de que no podrian allí subir ninguna pieza de artilleria por lo escarpado del terreno. El punto donde estaba el principal baluarte, considerado como la llave de la posicion, era el Tepeyac que parecia mejor artillado y mas bien construido. En las demas pendientes habia fortificaciones pasajeras cuidadas por pequeños destacamentos.

El recinto del fuerte de unas dos mil varas de circunferencia, estaba cercado con una série de parapetos, habiéndose levantado fortines más dobles en los únicos puntos accesibles. Fuera de la altura mayor que está al frente, llamada el cerro del Bellaco y que es escarpadísimo, todo lo demas estaba dominado por

el fuerte, que ademas se encontraba excento de sufrir un asalto por las profundas barrancas.

Los insurgentes tenian al pié de los muros el arroyo del cual hacian subir el agua por medio de bombas y ademas tenian en el interior pozos y fuentes que no llegaban á agotarse, de modo que estaban seguros de no sufrir las ansias de la sed, así como las del hambre, pues habian acopiado bastantes provisiones, que no desperdiciándose podian durarles para mucho tiempo.

—¿Qué tal? le preguntó Torres á aquel indultado general Muñiz que habia llegado recientemente al fuerte creyendo que ya iba á darle el sol de cara á la causa de la independencia.

—Me parece que todo está bueno, le contestó Muñiz, siempre que los realistas no pongan artillería en el cerro del Bellaco.

—No pondrán nada, porque apenas arañando se puede subir por los peñascos. Novoa y yo hemos estado allí y hemos visto que es prácticamente imposible que se puedan subir cañones.

—Tambien puede irse acercando el enemigo por caminos cubiertos.

—Tardarán mucho tiempo para horadar la roca y de todas maneras podremos hostilizar desde aquí cualquier trabajo de zapa que emprenda.

—Hasta ahora no se ve que Liñan tenga plan determinado, dijo Muñiz con cierta suficiencia, pues se ha limitado á extender sus ocho mil hombres en las faldas de los cerros como si más temiera una sorpresa de Mina que un ataque de la guarnicion de los Remedios.

—Diré á usia, señor general, le contestó Torres, que si mis mil y tantos hombres fueran gentes bien disciplinadas, mañana mismo bajaba á dar una leccion á los realistas y pudiendo contar con Mina en un momento dado. la derrota de ellos seria infalible.

—Pero Mina, á lo que entiendo, no trae mas que simples guerrillas que no le servirán de gran cosa.

—Mina tiene miedo de pelear aquí dentro porque no quiere que lo cojan encerrado.

—¿Qué cree su excelencia sobre ese gefe español?

—No creo nada bueno, general Muñiz. Desde que estaba en el fuerte del Sombrero, dijo á gritos desde una trinchera á los gefes realistas que lo sitiaban, que él no venia á pelear aquí en favor de la independencia de México, sino en contra del rey Fernando y de los vireyes. Yo lo acepto, porque lo aceptan todos; pero aquí inter nos, no le tengo ninguna confianza.

—Me dicen que todas sus aspiraciones son atraerse prosélitos en las filas de los españoles para elevarse y que ve con el mayor desprecio á los americanos.

—Lo que sí me consta es que siempre está diciendo que con tropas tan indisciplinadas y tan poco leales como las nuestras, que lo mismo combaten bajo una que bajo otra bandera, no se puede adelantar gran cosa.

—Y en alguna parte tiene razon.

—Pero es que no tenemos otras y que los pueblos cuando se insurreccionan no pueden contar con más

capitanes que con los que se improvisan. Con tropas de esa clase formadas de hombres de los campos que nunca empuñaron un fusil, pelearon Hidalgo y Morelos, y con esas mismas hemos de seguir peleando nosotros hasta triunfar ó perecer en la demanda.

—Mina lo que ha de criticar es que nos dedicamos nosotros muy poco á disciplinar nuestras tropas y que mas las empleamos en el saqueo que en el combate para que salgan aguerridas.

—Lo que es aquí dentro de trincheras, yo respondo de que los españoles no me toman esta posicion por asalto.

—¿Pues si no la toman por asalto, ¿de qué otra manera?

—Por hambre ó por traicion.

Muñiz, que siempre era muy sospechado, se turbó al oir esta última palabra y dijo luego:

—He visto que hay abundantes provisiones de boca, pero ¿y las de guerra?

—Las de guerra no son tantas, pero espero que no faltarán. Desde luego nuestros malos cañones no pueden competir con los obuses y piezas de á doce que trae el enemigo en número casi extraordinario; pero sí servirán para vomitar la suficiente metralla luego que se acerquen las columnas.

En este momento Novoa, que estaba allí cerca con un mal anteojo observando el campo de Liñan, exclamó:

—¿Qué es lo que veo? Por el lado opuesto han encontrado algun sendero en el cerro del Bellaco para subir artilleria.

—¡Imposible! exclamó Torres.

—Vea su excelencia, dijo Novoa alargándole el anteojo.

Y como para que se persuadiera mejor, mientras estaba aplicando el anteojo en la direccion que le hubiera indicado Novoa, de allí mismo se vió salir un fogonazo, pasando la bala del cañon silbando toscamente por encima de las cabezas del grupo que los tres formaban.

—¡Canario! exclamó el padre Torres, ¿cómo diablos ha pasado esto? Lo veo y no lo creo. ¿De qué arbitrios se habrán valido los realistas para subir tan pronto una pieza de grueso calibre en un cerro tan difícil de acceso?

Novoa no se manifestaba menos sorprendido de lo que veia, porque tambien habiareconocido aquella posicion dominante, sin inspirarle recelos considerando que el fuego de fusileria haria poco daño desde allí; pero sí lo haria y mucho el de los cañones, en caso de poder subirse, para lo cual habia dificultades insuperables.

Lo que habia pasado era que Liñan desmontando unas partes, quitando peñas y empleando la fuerza de muchos cientos de hombres traidos en cuerda de los alrededores, tuvo que arrollar grandes obstáculos para subir un cañon de á doce y un obus, empleando tres dias en aquella que entonces parecia una maravillosa operacion. Con aquella maniobra inutilizaron una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gran parte de las principales obras de los sitiados, pudiendo cañonear el interior mismo de la fortaleza, no habiendo ya á cubierto sino los baluartes que quedaban libres de los fuegos por los accidentes del terreno en otros puntos menos importantes.

Torres, Novoa y el mismo Muñiz se pusieron luego á remediar aquel mal en cuanto fuera posible, levantando nuevos atrincheramientos; pero por más que hicieron la posicion enemiga era la más dominante y tenia que causarles grandes daños con su artilleria.

Hé aquí cómo describe Bustamante el campo de los realistas:

El cuartel general de Liñan estaba colocado en la cima del lado opuesto al barranco en frente del Tepeyac; allí con sumo trabajo pudo poner una bateria de tres cañones y dos obuses que incomodaban mucho á Tepeyac (y que es la posicion de que hemos hablado antes con que no contaban en su plan de defensa los insurgentes), pero por su grande elevacion no podian hacer daño á las otras obras [esto es, á las que estaban desviadas en los puntos donde no era presumible siquiera esperar un ataque]; este mal no lo previeron los americanos, pues creyeron que era imposible conducir artilleria á un punto no menos elevado que escabroso [lo que antes hemos dicho]. Poco tiempo despues Liñan hizo una escavacion en la parte del precipicio inferior á la bateria en que colocó un cañon. En la parte del barranco que daba al frente de Santa Rosalia y la Libertad [estos eran dos

fuertes de los americanos] situó tambien Liñan dos baterias una sobre otra [es decir una arriba y otra más abajo] que avanzaban á las obras de la fortaleza, de donde no distában mas que medio tiro de fusil. En la primera habia tres piezas de artilleria gruesa y dos en la segunda. A retaguardia de la primera, en una pequeña llanura bien defendida por la naturaleza, habia un campo retrincherado con una pieza de artilleria. Detras de todos estos puntos, en una altura que los dominaba, se habia colocado un cañon de á doce y un obus. Esta posicion molestaba mucho toda la parte de los Remedios desde la cueva hasta Tepeyac. En frente del costado descubierto de Panzacola se habia formado otro campo con una bateria de dos cañones y dos obuses. A la izquierda de la cueva se pusieron tres cañones y dos obuses que hacian fuego á retaguardia de aquella obra. En frente de todos los puntos por donde pudiera practicarse alguna salida se distribuyeron piquetes que cortaban toda comunicacion con el exterior. El coronel Orrantia con un cuerpo de ochocientos hombres, infanteria y caballeria, quedó encargado de observar los movimientos de Mina.

De este modo, termina diciendo el historiador, con tanto trabajo como habilidad, completó Liñan su línea de ataque.

Tenia, pues, en accion sobre el fuerte de los Remedios muy cerca de ocho mil hombres de buenas tropas y unas cuarenta piezas de artilleria manejadas por buenos artilleros. Ademas, el coronel Andrade estaba en Leon con ochocientos dragones para pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

teger la llegada de los convoyes y para caer sobre Mina en caso de que llegara á presentarse.

Todas estas operaciones de Liñan no se llevaron á efecto sin vencer grandes dificultades materiales, ni sin perder unos cincuenta ó sesenta hombres en los reconocimientos del terreno, así como en las obras que tenia que ir levantando bajo el fuego de metralla que á veces bien dirigido le hacian los sitiados desde sus baluartes.

El 1.° de Setiembre comenzaron los fuegos con brio por una y otra parte, pero hasta el dia 12 fué cuando Liñan pudo ver establecida su línea á toda su satisfaccion.

—Ahora si, dijo á Rafols, que era uno de sus oficiales favoritos y que lo habia acompañado á colocar una bateria que habia de convertir en polvo el baluarte del Tepeyac, ya podemos decir que son nuestros.

—Si no hoy, mañana, dijo Rafols con songa.

—Muy pronto, coronel, le contestó Liñan, sobre que su señoria será el encargado de darme cuenta de aquel reducto.

Rafols dirigió la vista hácia el Tepeyac y dijo:

—Algo hemos de tardar en demolerlo, excelentísimo señor.

—Dentro de tres dias no habrá piedra sobre piedra.

Entonces el mismo Liñan estuvo apuntando los cañones y cuando vió que se encontraban listos gritó:

—¡Fuego!

Uno despues de otro estuvieron cargándose y disparándose los cañones y obuses durante el resto del dia y lo mismo se hizo al siguiente que fué el 13 sin que se notara que los destrozos en la cortina que se trataba de destruir fueran muchos, y entonces le dijo Rafols á Liñan sonriéndose:

—¿Lo ve su excelencia? El baluarte ha recibido ya trescientos cañonazos sin volarse mas que algunas astillas arrancadas á los duros peñascos.

—En las noches tapan los agujeros, pero yo aseguro á su señoria que ayer tarde ya casi estaba abierta la brecha.

—Se abrirá, no lo dudo, mi general; pero cuántos tiros de cañon gastaremos?

—Gastaremos tres ó cuatro mil, le contestó Liñan.

—Pero ¿los tenemos?

—Si se nos acaba el parque de artilleria mandaremos por más, lo que importa es que destruyamos esa condenada cortina para que estemos dentro del fuerte.

Y era ya el tercer dia de cañoneo y el baluarte del Tepeyac permanecia allí inmóvil, de pié, como si fueran caricias en vez de tiros de cañon los que estuviera recibiendo. Casi todas las balas de los cañones de á doce se veian pegar en la muralla que defendia el fuerte; pero rebotaban de allí sin que se observara que hicieran grandes destrozos. Una que otra piedra saltaba hecha pedazos y al dia siguiente aparecian reparadas las averias que pudieran habérsele causado.

El dia 15, el quinto de estarse dirigiendo un fuego vivo de cañon de las posiciones de Liñan al fuerte del Tepeyac, que era el que se habia propuesto des-

truir, dijo á Rafols que se le habia acercado como en los dias anteriores para observar el efecto de los fuegos:

—Tenia usted razon, coronel, hemos gastado nuestras municiones inútilmente; la brecha no aparece.

—Pero hoy si me parece observar que la cortina está vacilante. Creo que con unos doscientos tiros más se viene abajo.

—Lo malo es que no tenemos ya esos tiros de cañon.

—¿Cómo? preguntó Rafols asombrado.

—Se ha gastado el parque con una profusion extraordinaria, de tal modo que ya no tenemos mas que quince ó veinte tiros para cada bateria y esos tenemos que reservarlos para un lance apurado.

—Entonces su excelencia cree que no tenemos por ahora que hacer otra cosa mas que esperar?

—No, esperar no: el parque puede tardar en llegarnos ocho ó diez dias y no podemos dejar enfriar el entusiasmo de nuestras tropas.

—Ni desperdiciar el efecto que tantos proyectiles lanzados á la fortaleza debe haber causado al enemigo.

—Creo que los sitiados están enteramente acobardados porque ninguno asoma ya las narices.

—De modo que ¿cuál es el plan de su excelencia?

—Dar el asalto mañana temprano.

—¿Mañana?

—Sin falta ninguna, Ahora mismo voy á pensar el plan y mañana temprano su señoria será el primero que reciba mis órdenes.

En efecto, al dia siguiente comunicó Liñan á Rafols su plan de ataque que era sumamente sencillo. Este jefe formaria una columna con los mejores oficiales y las mejores compañias de los cuerpos, de mil quinientos á dos mil hombres y con ella avanzaria á apoderarse de la misma posicion en que no habian podido abrir brecha con los cañones. Estaba seguro Liñan de que tras unos cuantos cañonazos dirigidos al baluarte, la columna podria lanzarse sin encontrar allí ninguna resistencia. A la vez esta columna seria sostenida por los fuegos de toda la línea y por ataques falsos que se simularian por otros puntos por donde los insurgentes pudieran esperar ser atacados.

Rafols no tuvo ninguna observacion que hacer, puesto que el combate iba á ser general y que en caso ofrecido seria apoyado por todo el ejército que acudiria á sostenerlo en la posicion si lograba tomarla por asalto. Como él tenia la libertad de escoger las tropas y oficiales que debian acompañarlo en aquella arriesgada empresa, tuvo cuidado de llevar consigo á todo lo más florido entre los cuerpos expedicionarios, que eran naturalmente en quienes tenia más confianza porque ya habian peleado con los franceses y estaban acostumbrados á tomar plazas fortificadas y á romper cuadros á la bayoneta.

—Mi general, dijo á las siete de la mañana presentándose á Liñan, mi columna está lista.

—Está bien, coronel, cuando yo vea su columna empezar á subir la cuesta daré el primer cañonazo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que será la señal para que se rompa el fuego por todas partes.

Así fué en efecto, se dió la señal, el fuego se rompió en toda la línea y Rafols subió con su columna, desplegando cuando iba á la mitad del camino la terrible bandera negra, que era la señal de que no se concedia cuartel, sino que el degüello habia de ser sin misericordia.

Los insurgentes, tanto por el vivo cañoneo que no les dejaba punto donde estar abrigados, reventando las bombas por todos lados, como porque la columna avanzaba sin disparar sus armas, se llenaron de espanto y abandonaron la posicion. Entonces los realistas gritaron ¡victoria! en todo su campo y tocaron los clarines; pero allí estaban en el fuerte los pocos oficiales que habia dejado Mina y estos supieron infundir en la tropa insurgente nuevos alientos y entonces hicieron en las trincheras tal fuego de fusileria y lanzaron tal número de piedras sobre los asaltantes, que estos no pudieron avanzar más, no obstante que ya estaban á diez pasos de la muralla exterior, sufriendo luego por detrás un fuego mortífero.

Liñan, que venia con las reservas en auxilio de Rafols, creyéndolo dueño del reducto del Tepeyac, no podia creer á sus ojos cuando veia que venian los soldados corriendo y tirando las armas, algunos heridos arrastrándose por las peñas y los oficiales desgarrados de los vestidos y con las espadas rotas.

Por fin vió á Rafols y le preguntó:

—Pues qué pasó? no se habia ya triunfado?

—Me mataron la mitad de mi gente y á la otra mitad no pude contenerla, contestó aquel encogiéndose de hombres.

En esos momentos se oyeron los gritos y las músicas de los sitiados que celebraban su victoria,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLI

EXPEDICIONES

Habiéndosele incorporado á Mina los destacamentos de que podia disponer formando un total de algo más de mil hombres de caballeria en pésima organizacion, se dirigió con ellos á la hacienda del Bizcocho, lugar que consideró un poco abrigado y que solo estaba protegido por una guarnicion de sesenta ó setenta hombres bien atrincherados. La defensa principal de estos, se hizo en la iglesia, campanario y demas alturas que se fueron rindiendo hasta tomarse tambien la torre que fué el último refugio de los sitiados. El gefe de estos se escapó oportunamente dejando comprometidos cobardemente á sus subalternos.

Tanto porque se habia puesto en lo más alto de la torre una bandera negra, como signo de guerra sin

cuartel, cuanto porque Mina consideró que ya era fuerza ejercer algunas represalias con los vencidos, por primera vez cerró los ojos á las exigencias de los que lo acompañaban dejando que pegaran fuego á la hacienda y que pasaran por las armas á treinta y un prisioneros de los que se habian estado defendiendo en la torre hasta ser capturados con las armas en la mano. El castigo en tal caso se hallaba bien justificado por las leyes de la guerra que regian entonces y era necesario vengar, aunque fuera en unos cuantos infelices, la sangre de tantos valientes que se habia derramado por Liñan en las alturas de Comanja. Mina lo que hizo fué alejarse de aquel sitio para no presenciar la ejecucion, dando órden de que se le incorporaran las fuerzas que se quedaban ocupadas en llenar los requisitos del proceso verbal, en el camino que iba á seguir con direccion al pueblo de San Luis de la Paz, que estaba fortificado tambien y defendido por una seccion de realistas, compuesta de una ó dos compañías de tropa de línea y de cosa de unos doscientos paisanos.

Aquí la defensa se hizo más en regla y con más decision por parte de los sitiados, comprendiéndose que estos se hallaban mandados por gefes inteligentes y resueltos. La iglesia, el curato y los edificios principales de la plaza fueron cubiertos por trincheras luego que se supo la aproximacion de Mina, colocándose en la torre dos piezas de artilleria así como los mejores tiradores y los más buenos soldados que no eran menos de cien hombres de infanteria,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

armados de buenos fusiles y muy bien provistos de parque.

Luego que llegó Mina, no queriendo perder el tiempo y considerando fácil el éxito, nombró sus columnas de ataque y él mismo se precipitó ardorosamente en la refriega que solo fué instantánea. ¡Aquellos no eran los mismos soldados que tantas veces habia conducido á la victoria! Como encontraron mas resistencia á la primera embestida de la que esperaban, volvieron grupas, no obstante que tenian ya ocupada la posicion y no hubo medio de hacerlos volver á la carga en el acto á pesar de los esfuerzos del general y de algunos de sus oficiales.

Mina no dió á conocer su desaliento por aquella contrariedad y recurrió á una estratagema que le produjo los mejores resultados: hizo creer á los suyos que no habia intentado dar un ataque en forma sino hacer un reconocimiento de la posicion enemiga, y que habiendo encontrado que estaba débil y fácil de ser tomada, iba á proceder conforme á las reglas más eficaces del arte de la guerra. Entonces tomó cuarteles con calma y mandó una intimacion que debia de dar sus resultados en el término preciso de una hora.

La respuesta no se hizo esperar. El comandante de la guarnicion le hacia saber que no entregaria la plaza sino despues de haber quemado el último cartucho.

—Está bien, dijo Mina aparentando la mayor serenidad, ahora mismo le haremos ver á ese orgulloso comandante lo que valen las armas de los independientes. O entramos á esta plaza ó aquí verán los que vengan despues de algunos meses blanquear los huesos de nuestros cadáveres.

—No, general, le contestaron Moreno, Ortiz y otros gefes superiores que lo rodeaban en aquel momento, todo es asunto de un impulso combinado que hagamos y nos encontramos dentro de la iglesia que es el baluarte más fuerte del enemigo.

—Cuente vuestra excelencia con nuestro valor, agregaron Porrier y los demas oficiales extrangeros, pocos en número que le quedaban.

Entonces formó dos columnas de á doscientos hombres que pié á tierra atacaron por dos puntos diversos, mientras el resto de la fuerza hacia fuego desde las alturas, pero veia desde el punto en donde estaba de observacion que se quedaban solos los oficiales y que los soldados volvian la espalda sin poder aquellos hacerlos entrar en formacion compacta. El fuego de la resistencia era muy nutrido, en tanto que los ataques repetidos eran siempre débiles y dados con todos los síntomas de la pusilanimidad.

En un momento de rabia cogió Mina cincuenta hombres de los que le parecian más intrépidos y poniéndose á su cabeza despues de arengarles, se precipitó en la trinchera. Al poner el pié sobre ella volvió la cara ¡no habia nadie! los cincuenta hombres compactos se habian vuelto de allí abandonándolo, intimidados por un fuego más vivo que mortífero que se hacia desde las alturas hácia todos lados, mas con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el fin de hacer ruido que de rechazar al enemigo, supuesto que la defensa principal estaba reservada para cuando se atacara la iglesia.

—Seria vergonzoso que nos fuéramos sin tomar esta plaza, exclamó Mina furioso dirigiéndose á sus principales edecanes, vamos á hacer un supremo esfuerzo.

Y como hubiera observado Mina que se facilitaria mucho el asalto si lograba hacerse caer un puente levadizo que interceptaba un ancho foso ó incendiándolo si era necesario, pues era aquel el principal obstáculo para penetrar al recinto fortificado, mandó al capitan Perrier que se encargara de aquella peligrosa operacion.

Mientras era sostenido de todos los puntos próximos que pudieron ser ocupados, el capitan con cuarenta hombres se adelantó resueltamente á dar el asalto al muro. Lo escaló, subió impasible por delante suponiendo qne sus tropas lo seguian; pero no fué más afortunado que los otros gefes de columna, porque sus soldados tambien lo abandonaron y al verse solo tuvo que estarse defendiendo contra más de diez hombres del enemigo que se lanzaron á capturarlo. no lo consiguieron, pero Perrier volvió al lado de Mina gravemente herido.

—Esto es indigno! gritó Mina fuera de si de despecho, aunque sea con diez hombres que me queden aquí seguiré dando asaltos hasta triunfar ó quedar en la demanda.

Y haciendo que cada oficial hiciera comprender á

sus subalternos los deberes de la disciplina militar, explicándoles que el triunfo dependia de que todos pelearan juntos sin vacilar ni desconcertarse, resolvió permanecer sosteniendo el sitio hasta obligar al enemigo á rendirse ó hasta poder tomar la posicion á viva fuerza.

Al segundo dia no se intentó nada formal con objeto de que los reclutas se familiarizaran con el peligro y fueran perdiendo el miedo á los fuegos enemigos. Con ese fin se hacia que los soldados se movieran de unos puntos á otros á pecho descubierto. Algunos fueron heridos y muertos en esas escaramuzas; pero los soldados parecian más serenos al tercer dia en que ya se emprendieron algunas operaciones con mejor éxito. Fué una de estas la de practicar un camino por entre los escombros de las casas derruidas hasta cerca del puente levadizo que se tenia ya como el único obstáculo para entrar en posesion de la fortaleza.

Al cuarto dia el mismo Mina en persona fué y cortó los cables que detenian el puente cayendo este sobre el foso. Desde ese momento ya no habia dificultad material para penetrar á la plaza aún con la caballeria y Mina se dispuso á dar el asalto.

Habia nombrado ya sus columnas poniéndose á la cabeza de una de ellas, cuando desapareció de la torre la bandera negra, siendo sustituida por una blanca que pusieron los mismos soldados, rendidos ya por el hambre, la sed y la fatiga. Al ver esta señal de paz, comprendiendo Mina que no estuvieran de acuerdo

los gefes con la rendicion, mandó montar una parte de la fuerza y dividiéndola en escoltas hizo que rodearan el pueblo, mientras él sin perder un momento, empuñando tambien una bandera blanca, marchó en direccion de la iglesia.

Sucedió lo que habia imaginado: los soldados eran los que se rendian: los gefes acababan de escaparse.

—Ya los traerán, dijo Mina tranquilamente.

En seguida nombró comisiones para que recogieran las armas y el parque y para que recibieran los prisioneros, los cuales no entraron ni un momento en la cárcel, pues que les dijo desde luego el general estando formados en la plaza:

—Son ustedes enteramente libres de irse á donde gusten ó de quedarse conmigo, pues no les conservo el mas mínimo rencor á pesar de su bandera negra.

Muchos de estos soldados se arrodillaron delante de Mina llenos de agradecimiento y le juraron seguir peleando á su lado y morir defendiendo la causa que él defendia.

No habia acabado de dictar estas últimas disposiciones el gefe de los independientes cuando se presentaron las escoltas que traian prisioneros á los que habian salido fugitivos. Era uno el comandante de realistas Céspedes, hombre muy sanguinario y que habia causado grandes males á la causa de la independencia habiendo fusilado á mucha gente pacífica solo porque simpatizaba con los insurrectos. Era el segundo D. Higinio Suarez administrador de la hacienda del Bizcocho que se habia refugiado allí huyendo de los independientes y que tambien habia dado muchas pruebas de ser fanático realista y era el tercero un sargento español odiado entre los mismos suyos á causa de sus crueldades.

No quiso verlos Mina, dejando á Sanchez que les aplicara el castigo que les correspondiera, que no pudo ser otro que el de perder la vida, vistas las circunstancias agravantes que militaban en contra suya en la sumaria verbal que se les instruyó.

Cuando se oyó la descarga de este fusilamiento, Mina se encontraba ya fuera de la poblacion seguido de la mayor parte de la columna. Allí habia dejado además de la fuerza de Sanchez, al coronel Gonzalez como gefe del punto con los insurgentes de Jalpa que se le habian incorporado.

Moreno iba al lado de Mina y á él se dirigió en la siguiente forma:

—Aunque hemos triunfado aquí, mi querido señor general, veo este triunfo con mucho desconsuelo.

—¿Por qué? le preguntó Moreno admirado.

—Porque he palpado ya una verdad muy dolorosa: no tenemos tropas á nuestras órdenes que puedan combatir con otras que estén medianamente disciplinadas.

—Vuestra excelencia tiene razon, le contestó el valiente y honrado Moreno, nosotros sabemos muy bien echarnos sobre un cañon en campo abierto; pero no podemos tomar una trinchera. Es muy raro que las tropas insurgentes hayan ocupado una posicion fortificada, si no ha sido por medio de ardides. Era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo mismo que decia el benemérito Morelos cuando atacó la fortaleza de Acapulco, que era casi imposible formar columnas de ataque con fuerzas que no tenian ninguna escuela militar.

—De modo, continuó diciendo Mina, que estoy temiendo mucho que no podamos hacer á Liñan todo el mal que me proponia atacándolo en sus mismos atrincheramientos.

—Sin embargo, objetó Moreno, estas son las gentes que tienen que consumar la independencia.

—Mucho me temo que quedemos por aquí destruidos si Dios no nos proteje de una manera maravillosa, como por ejemplo haciendo que en las demás provincias se muevan activamente los partidarios de la causa.

A esto no pudo contestar Moreno y procuró que la conversacion tomara otro giro menos mortificante, pues realmente le apenaba que los demás independientes permanecieran como estacionados en sus escondites sin tomar una actitud más resuelta, para lo cual eran tan propicias las circunstancias.

—Vamos á intentar un golpe algo atrevido dijo Mina despues de haber tratado otros varios puntos menos importantes, y si este nos da buenos resultados, podemos abrigar esperanzas de que continuaremos nuestras operaciones con mejor fortuna porque desmoralizaremos al enemigo y daremos fé en el triunfo á los nuestros que es lo que más necesitamos.

Esperó que se le incorporaran las partidas que venian á retaguardia, sobre la marcha misma se ocupó

personalmente en dar algunas instrucciones á los pelotones indisciplinados que le seguian, encareciéndoles la necesidad de obedecer á sus oficiales y de no desconcertarse en el ataque y habiendo dado un buen descanso toda la tarde del dia 10 de Setiembre. por la noche hizo poner las fuerzas en movimiento, amaneciendo el dia 11 al frente de la villa de San Miguel el Grande.

—Vamos á sorprender á esta guarnicion, dijo á los gefes principales, y si la vencemos como es seguro en caso de atacarla con decision, tendremos muchos elementos y nos pondremos en un pié de guerra en que no será fácil que se nos vuelva á escapar en ningun otro encuentro la victoria.

La marcha de Mina, aunque habia sido rápida y hecha de travesia, fué observada por el enemigo que tuvo aviso anticipado, aún dándole tiempo para pedir auxilio á la guarnicion de Dolores que mandaba el coronel Andrade, así es que el teniente coronel D. Ignacio del Corral que mandaba en San Miguel estuvo perfectamente preparado para la defensa, recibiendo con un fuego muy vivo á las primeras columnas que se presentaron á sorprenderlo.

Mina, con la mirada perspicaz que tenia, comprendió luego que habia errado el golpe, pues su propósito era destruir aquella fuerza primero, batir á Andrade en seguida y quedar así expedito sin enemigo ya de consideracion que temer para ir á molestar á Liñan en su campamento hasta obligarlo á levantar el sitio de los Remedios; pero aquella actitud de Co

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rral desbarataba todos sus planes. Sin embargo, se propuso hacer el esfuerzo que se pudiera y mandó ocupar una casa bastante elevada que dominaba el reducto por donde intentaba penetrar á la plaza. El enemigo, que comprendió tales designios, dió una carga terrible al edificio ocupado ya por los de Mina desalojándolos á la bayoneta despues de una tenaz resistencia. La disciplina tuvo que triunfar como era natural de una fuerza bizoña que no tenia armas que oponer á las cargas cerradas á la bayoneta y el general queriendo esquivar una derrota que era ya inminente, dió órden para verificar la retirada paso á paso, tanto más cuanto que sabia que ya venian en marcha ochocientos infantes y cuatrocientos dragones en auxilio de la plaza.

El ejército de Mina se dirigió sin ser perseguido al Valle de Santiago que no tenia guarnicion ninguna y en donde fué bien recibido por los vecinos. Lúcas Flores, que era el comandante de esos puntos, se unió con una guerrilla ocultando la mejor gente lo mismo que las armas con que contaba por desconfianza á Mina conocida su nacionalidad de español, observando este con tristeza que no solo Flores sino los demas gefes lo vieran siempre con algun recelo, por mas seguridades que les daba de su fidelidad.

En ese sentido y ampliando las protestas que habia hecho repetidas veces, expidió desde allí una circular á los comandantes de insurgentes esparcidos en el Bajio que no habian querido presentársele, exponiéndoles lo necesario que era que se unieran á él

para marchar al fuerte de los Remedios en auxilio del padre Torres, designándoles el mismo punto en que estaba para la reunion general. Entretanto, quiso aprovechar el tiempo que le quedaba libre mientras acudian á su llamamiento, dirigiéndose á la hacienda de la Zanja, que aunque estaba bien fortificada, contaba con poca guarnicion. Queria en estas acciones pequeñas foguear á sus soldados, enseñándolos prácticamente cómo habian de atacar los puntos fortificados.

D. Antonio Alvarado era el gefe del destacamento compuesto de dos compañías del regimiento de Celaya, quien se defendió vigorosamente todo el dia 16 de Setiembre en que realmente no se le atacó en forma, esperando Mina despues de reconocida la posicion, verificar el asalto con buen éxito al dia siguiente. Pero el 17 llegó el capitan D. Manuel de Lamadrid con suficientes refuerzos y Mina solo practicó ya algunas escaramuzas en las que perdió á Trinidad Magaña, uno de los gefes más valientes del Bajio y quizás con uno de los que más contaba para cualquier accion decisiva, porque era subordinado y sereno á la hora del combate.

—Estamos de desgracia, general, dijo Mina á Moreno, mientras que el enemigo tiene la suerte de hacer desaparecer á nuestros mejores oficiales, pero no hay que desesperar porque ya vendrán dias mejores.

Y como en el camino recibió un correo del Padre Torres en que lo apremiaba para que fuera á atacar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el campo de Liñan, tomó luego aquella dirección deteniéndose en la hacienda de la Sardina.

Como Liñan hizo luego reunir un grueso de fuerzas suficientes á las órdenes del coronel Orrantia para atacar á Mina, éste cambió de posicion amagando á Cuarámaro, mientras le llegaba una respuesta de Torres, al cual habia escrito tratando de convencerlo de que era preciso ocupar un punto tan importante como la ciudad de Guanajuató para obligar al enemigo á levantar el sitio de los Remedios. En esta empresa debia ayudarle con todo su prestigio ordenando á todas las partidas que se le unieran en ese propósito, de cuyo buen resultado dependia la salvacion de todos. El Padre se indignó mucho con esta proposición de Mina, y mandó órden terminante á todos los jefes que lo obedecian que solo siguieran al caudillo español si los conducia á atacar á Liñan; pero que si los llevaba á Guanajuato se le separaran inmediatamente.

Mina, que vió una de esas imprudentes órdenes, disimuló su despecho y reuniendo á aquellos jefes les dijo con serenidad:

—Me son conocidos los deseos del general Torres y procuraré observarlos hasta donde me sea posible; pero antes necesitamos vencer á Orrantia que nos persigue con ochocientos hombres. ¿Quieren ustedes que batamos primero al coronel Orrantia?

—Sí, mi general, le dijeron todos.

—Pues si ustedes me ayudan á vencer á Orrantia, yo les respondo despues de que venceremos á Liñan. Y tomó buenas posiciones en la hacienda de la Laja.

CAPITULO XLII

COSAS DE CRUZ.

Tan luego como se supo en México que Mina avanzaba para el interior del pais despues de su desembarque en Nuevo Santander, cuyas noticias llegaron muy adulteradas, no obstante el parte rumboso de Belanger diciendo que ya quedaba destruida la escuadra insurgente, el virey se alarmó muchísimo, suponiendo que si Mina traia buenos elementos, fácil le seria levantar un gran ejército y hacer vacilar el gobierno. En esa virtud reunió á las personas de mas vigorosa iniciativa, entre aquellas de que estaba rodeado, para que le propusieran los medios que estimaran convenientes á fin de conjurar aquella formidable tormenta. Alguno de sus consejeros llegó á proponer que se encargara al general Cruz de aquella importante campaña, haciendo presente al virey

el campo de Liñan, tomó luego aquella dirección deteniéndose en la hacienda de la Sardina.

Como Liñan hizo luego reunir un grueso de fuerzas suficientes á las órdenes del coronel Orrantia para atacar á Mina, éste cambió de posicion amagando á Cuarámaro, mientras le llegaba una respuesta de Torres, al cual habia escrito tratando de convencerlo de que era preciso ocupar un punto tan importante como la ciudad de Guanajuató para obligar al enemigo á levantar el sitio de los Remedios. En esta empresa debia ayudarle con todo su prestigio ordenando á todas las partidas que se le unieran en ese propósito, de cuyo buen resultado dependia la salvacion de todos. El Padre se indignó mucho con esta proposición de Mina, y mandó órden terminante á todos los jefes que lo obedecian que solo siguieran al caudillo español si los conducia á atacar á Liñan; pero que si los llevaba á Guanajuato se le separaran inmediatamente.

Mina, que vió una de esas imprudentes órdenes, disimuló su despecho y reuniendo á aquellos jefes les dijo con serenidad:

—Me son conocidos los deseos del general Torres y procuraré observarlos hasta donde me sea posible; pero antes necesitamos vencer á Orrantia que nos persigue con ochocientos hombres. ¿Quieren ustedes que batamos primero al coronel Orrantia?

—Sí, mi general, le dijeron todos.

—Pues si ustedes me ayudan á vencer á Orrantia, yo les respondo despues de que venceremos á Liñan. Y tomó buenas posiciones en la hacienda de la Laja.

CAPITULO XLII

COSAS DE CRUZ.

Tan luego como se supo en México que Mina avanzaba para el interior del pais despues de su desembarque en Nuevo Santander, cuyas noticias llegaron muy adulteradas, no obstante el parte rumboso de Belanger diciendo que ya quedaba destruida la escuadra insurgente, el virey se alarmó muchísimo, suponiendo que si Mina traia buenos elementos, fácil le seria levantar un gran ejército y hacer vacilar el gobierno. En esa virtud reunió á las personas de mas vigorosa iniciativa, entre aquellas de que estaba rodeado, para que le propusieran los medios que estimaran convenientes á fin de conjurar aquella formidable tormenta. Alguno de sus consejeros llegó á proponer que se encargara al general Cruz de aquella importante campaña, haciendo presente al virey

cuánto valdrian los grandes elementos de aquel, unidos á los que podia proporcionar el gobierno; pero Apodaca cambió de color solo á la idea del ascendiente que llegaria á tomar Cruz si vencia con facilidad, y desechó de plano tan peligroso proyecto.

—Seria preferible, exclamó, que cayéramos en manos de Mina antes que en las del altivo gobernador de Guadalajara.

Liñan, que estaba entonces presente en la junta, puesto que hemos retrocedido al mes de Junio para no dejar olvidados algunos incidentes, Liñan, decimos, se ofreció modestamente á llevar á buen término la campaña contra el traidor Mina, siempre que le pusieran á sus órdenes todas las provincias en que operara el enemigo, parte de las fuerzas de Cruz que pudieran sacársele con maña y un ejército formado en México que no bajaria de cuatro mil hombres con doce piezas de artilleria y un millon de pesos que iria recibiendo en partidas, fuera de los convoyes de víveres, de vestuario, de parque y demás accesorios que se le debian seguir remitiendo tan pronto como los fuera pidiendo.

Al Sr. Apodaca le pareció muy bien todo aquello, y aunque no tenia motivos para conocer las dotes militares de Liñan, pues era la primera vez que desde su arribo iba á ponerse en campaña, de todos modos era el gefe de las armas reales y á él correspondia de derecho mandar aquella expedicion y establecer sus condiciones. Así como pidió un millon hubiera pedido dos millones, Apodaca habria visto de dónde

y cómo los sacaba para dárselos por tal de no tener que habérselas despues con el feroz general Cruz á quien veia como su enemigo natural.

Sin embargo, Liñan exigió que se le pidiera un contingente á Cruz para ayuda de aquella campaña y el virey escribió una carta al Presidente de Guadalajara muy afectuosa en la forma y muy apremiante en el fondo para que mandara una division á las órdenes del entendido gefe D. Pedro Celestino Negrete, quien debia á su vez recibir instrucciones del mariscal Liñan nombrado por el rey inspector de los ejércitos de la Nueva España. Se hacian grandes apremios sobre lo urgente que era destruir los proyectos de Mina que estaba encendiendo de nuevo el fuego de la revolucion y lo hacia, en buenos términos, responsable del mal éxito que pudiera tener la campaña en caso de que no se apresurase á mandar el contingente que se le pedia. Por separado iba el pliego con todos los sellos tratando oficialmente el asunto.

Cruz hizo que se le leyeran tres veces aquellas piezas y levantándose á la tercera lectura muy mal humorado mandó á un ayudante que llamara á Negrete. Este no se hizo esperar porque habia recibido pliegos idénticos y venia al palacio á recibir órdenes.

—Este virey Apodaca, le dijo tan luego como lo vió entrar, ha creido que nosotros somos criados suyos. Aquí me manda una súplica revuelta con amenazas para que le vayamos á ayudar á destrozar á Mina, como si no tuviera bastantes elementos para

acabar, sin necesitar auxilios de nadie, con un puñado de piratas.

—Excelentísimo señor, le dijo Negrete inclinándose y sin parecer prestar atencion á los desahogos de Cruz, estoy á las órdenes de vuestra excelencia.

—Sí, estoy á las órdenes de vuestra excelencia, ¿y con qué recursos vamos á mover una division?

—Vuestra excelencia dispondrá en el caso lo que crea más conveniente.

—No tiene remedio eso, los ruegos del mandria d virey son muy apremiantes y si no le hacemos caso va á poner tanta cabeza á la corte; pero los recursos, ¿en dónde están los recursos? Aquí no nos dice ni una sola palabra de dinero.

Negrete se quedó de pié esperando que pasara la tormenta.

—Está bien, siguió diciendo Cruz despues de un momento de estar reflexionando, irá una division de mil hombres y llevará la paga de una quincena que es lo único que puedo yo darle.

—¿Y despues, excelentísimo señor? preguntó Negrete.

—Despues correrán los gastos por cuenta de Liñan, Es todo lo que podemos hablar sobre ese asunto.

Negrete, conociendo mucho á Cruz, dió la media vuelta y se fué á preparar la marcha de la division, confiando en que le proporcionaria algo mas que una quincena, sabiendo que tal vez no iba á ser suficiente este tiempo para incorporarse á Liñan.

Cruz, á última hora, convino en darle dos quincenos, pero asegurándole que ni un real más se gastaria de los fondos de Guadalajara en aquella campaña, extraña enteramente á la pacificacion de sus dominios, toda vez que él nunca habia llegado á recibir auxilios ni de un fusil ni de un peso para sostener su autoridad.

Por eso fué que la primera carta de Negrete á Liñan que le dirigió al llegar á Leon, decia entre otras cosas lo siguiente: "Tengo gran necesidad de dinero para la tropa de Galicia de mi cargo, y recelo que sitiándome por hambre el excelentísimo señor Cruz, me ha de obligar á enviársela, lo que será una pérdida para ambas provincias en mi concepto."

—¡Jesus me ampare! exclamó el virey leyendo esta carta que le mandó original Liñan, el loco de Cruz va á echar por tierra todos mis proyectos.

Y á renglon seguido le escribió á Liñan diciéndole que pidiera sobre aquello aclaraciones muy serias, previniendo á Negrete que si llegaba á separarse del ejército sin su permiso, seria responsable no solo con la pérdida de su empleo sino con otros castigos, por tal desobediencia.

A Cruz le escribió tambien diciéndole que estaba en el deber de seguir sosteniendo las fuerzas de Negrete con los recursos de Nueva Galicia y que en el caso de que no lo hiciera, todo aquel ejército que se estaba reuniendo en el Bajío serviria para hacerse obedecer, siendo él el responsable de lo que aconteciera si por su causa se abandonaba la campaña que iba á emprenderse contra los revoltosos y traidores.

Cruz estrujó la carta del virey, y no solo la estrujó sino que la estuvo pisoteando durante cinco minutos y llegó á concebir la idea, en medio de su acaloramiento, de salir él mismo al frente de las fuerzas que le quedaban para disputar en batalla campal aquel punto con las tropas del gobierno; pero cuando recobró la calma, pues así como era rápido para irritarse sabia tornar presto á la serenidad de ánimo, reflexionó que podia insurreccionársele la provincia si se ausentaba, que podian ganarle á Negrete que no le tenia muy buena voluntad y podian por fin destrozarlo con los mejores elementos con que contaba el gobierno y mandó nuevos recursos á las tropas de Nueva Galicia, pero haciendo que fuera á la vez una carta muy insolente al virey en que le decia que estaba muy arrepentido de haberle mandado aquellos auxilios, que no arremetia desde luego contra él por no dar un escándalo y que debia tener entendido que así como él no necesitaba para nada del gobierno de la capital, así queria que no se volviera á necesitar de él en lo sucesivo, quedando desde ese momento cortadas entre ellos todas las relaciones como poderes independientes.

Apodaca hizo tambien su mohina, pero se desquitó mandando la carta original á España para que se acabara de saber allí qué casta de pájaro era el general D. José de la Cruz.

Si no ya con el ánimo de ir á batir á las fuerzas del virey, sí con el de observar de más cerca la conducta de Liñan y de Negrete y de procurar atraerse las fuerzas de este en caso necesario, Cruz se decidió

el dia menos pensado á salir de Guadalajara con la mayor parte de las fuerzas que tenia disponibles.

El dia en que salió, todos se preguntaban:

—¿A dónde va á Cruz.

—¿Que novedades habrá por el Bajío?

—¿Qué nueva genialidad será esta del general?

Sin que nadie atinara con la verdadera causa de tal expedicion, pues el gobernador de Nueva Galicia no habia comunicado á nadie sus proyectos. Simplemente se le habia antojado salir de Guadalajara, y salia para cumplir su antojo.

Al dia siguiente se celebraba en la Catedral el cumpleaños de la reina y tenian que concurrir á la misa todas las autoridades así civiles como militares. Se esperaba que Cruz estaria allí á la hora precisa y aún se le estuvo esperando algun tiempo. Cuando ya eran cerca de las doce, (los canónigos habian estado en la puerta de la iglesia desde las diez de la mañana) se volvieron al prebisterio y el que dijo el sermon no dejó de lanzar su pullita sobre la falta de la primera autoridad. Los miembros de la Audiencia salieron de allí muy desasonados y como pocos dias despues supieron que ya Cruz andaba por Zamora, lugar separado de su jurisdiccion, por cuyo caso tenia que haberle dado aviso para que gobernara en su nombre, tomó pié de aquí para celebrar una sesion permanente á fin de poner remedio á aquel conflicto de autoridad.

Lo primero que hizo fué mandar á palacio á un

emisario para que preguntara á quien habia dejado Cruz encargado el gobierno. El emisario volvió y dijo:

—El excelentísimo señor Cruz no ha dejado en palacio mas que los empleados más subalternos.

—Pues que venga el gefe militar más antiguo que haya en la plaza.

Se buscó al gefe más antiguo que habia en la plaza y resultó ser un coronel D. José Villaba que estaba allí disfrutando su paga como retirado porque estaba cojo y falto de vista.

—Señor coronel Villaba, le dijo el presidente de la Audiencia, ¿es su señoría el coronel más antiguo que hay en la ciudad?

—Soy el coronel más antiguo, excelentísimo señor.

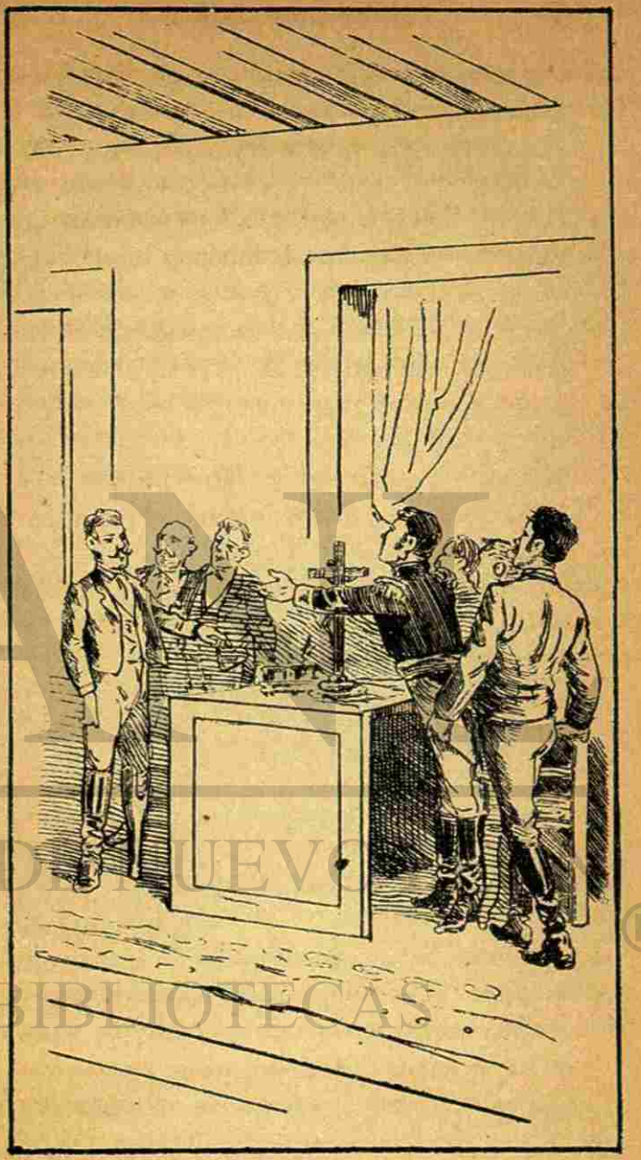
—Ha quedado su señoría encargado del gobierno y presidencia de Nueva Galicia?

—No he quedado encargado de nada, excelentísimo señor.

—Pues en vista de que su señoría es el coronel más antiguo, desde este momento queda vuestra excelencia investido del carácter de gefe de las armas y gobernador y presidente de esta parte del reino por acefalia de su gobierno.

—Agradezco á la excelentísima Audiencia que me distinga con tal nombramiento y desde luego voy á procurar desempeñar mis deberes con toda fidelidad.

Hizo el juramento, fué acompañado á palacio y hubo besamanos, siendo invitadas las autoridades civi-



—Señor coronel Villaba, le dijo el presidente de la Audiencia, ¿es su señoría el militar mas antiguo que hay en la ciudad?.....

les, militares y ecleslásticas que no quisieron concurrir.

¿Por qué no quisieron concurrir ni darse por entendidas las autoridades de aquel extraño nombramiento? Porque tenian miedo á Cruz y presumian que podia llegar de un momento á otro hecho una furia por aquel desacato cometido á su dignidad.

Naturalmente Cruz tenia allí amigos y aduladores que empezaron á mandarle correo tras correo participándole lo que pasaba.

Ya comprenderán los lectores cuál seria la cara que puso Cruz al recibir semejantes noticias. A revienta cinchas se puso en Guadalajara desde Zamora en cuarenta y ocho horas, y los que habian tenido parte en la intriga no se creyeron seguros ni escondiéndose debajo de las camas.

Solamente el coronel Villaba, que era un veterano acostumbrado á desafiar los peligros, se mantuvo firme en su puesto, de modo que cuando llegó Cruz al palacio lo encontró tranquilamente acordando los asuntos del gobierno.

—¿Qué significa esto? preguntó Cruz echando chispas por los ojos.

Villaba permaneció imperturbable y dijo á Cruz con toda tranquilidad:

—Tome asiento su excelencia, y en seguida estoy con él para tratar del asunto que le traiga al gobierno.

Y quiso el gobernador seguir acordando con su secretario que no sabia qué partido tomar y que estaba como en brasas, cuando vino á poner término á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

situacion una fuerte puñada de Cruz sobre la mesa que hizo saltar los tinteros y los papeles y luego un empuje violento á la misma mesa que la volteó con las patas para arriba.

Entonces Villaba se levantó temiendo que siguieran más adelante las vias de hecho.

—General, le dijo para calmarlo, yo he sido puesto aquí por la Audiencia y creo que con ella es con quien vuestra excelencia debe entenderse. Yo no soy en todo esto mas que un servidor de la autoridad.

—Si, ya sé que la Audiencia ha tenido la osadía, la gran osadia de tomarse las atribuciones del rey para nombrarme un sustituto durante mi corta salida fuera de la ciudad, cosa que debe pesarle mucho. En cuanto á usted, señor coronel, lo mejor que puede hacer es salir cuanto antes de palacio si no quiere ser la primera y principal víctima de mi furor.

—Señor.....

—No admito réplicas. Al momento se me larga usted de aquí ó ¡viven los cielos! que.....

Y como al mismo tiempo habia llevado la mano á la empuñadura de la espada y habian empezado ya á llegar los oficiales de su séquito que podian servirle de apoyo en cualquiera violencia personal, Villaba se encogió de hombros, pero cogió su sombrero, saludó cortesmente y se fué.

—¡Por vida de todos los demonios! siguió diciendo Cruz siempre rabioso, que apenas puedo creer sea cierto esto que ha hecho la condenada Audiencia de Guadalajara. Señor secretario, ponga usted en órden todos los papeles y ustedes, señores ayudantes, reunan inmediatamente en palacio toda la guarnicion que exista en la plaza. Que inmediatamente un reten de cincuenta hombres ocupe las torres de la Catedral y que se saquen cinco cañones, uno que se situará en la puerta y los cuatro restantes en las cuatro esquinas de la plaza.

En seguida salió al balcon para ver si eran cumplidas aquellas órdenes.

Cuando ya estuvo seguro de que la guarnicion, que no pasaba entonces de unos seiscientos hombres, le era toda fiel, mandó en busca de los oidores á sus oficiales de más confianza para que los condujeran presos á palacio. No pudieron encontrarse mas que cuatro, y de estos, dos fueron desterados al dia siguiente y dos puestos en prision con segura guardia en una de las salas del palacio.

A todos pareció aquello muy poco en vista del tamaño del escándalo, pues despues de haberse abocado los cañones, de haberse ocupado las alturas y de haberse recorrido las calles por patrullas de dragones armados hasta los dientes y conociéndose el carácter impetuoso de Cruz, todos esperaban que aquello terminara con un arroyo de sangre.

Lo que hizo Cruz para no carecer del cuerpo de la Audiencia, que se consideraba tan esencial para la forma de gobierno como en los tiempos modernos una legislatura, llamó al oidor Recacho, que andaba por San Luis Potosí, haciéndole grandes ofrecimientos y nombró otros oidores suplentes. Cuando volvió

á verse funcionando la Audiencia legalmente, pretendió Cruz que le mandara por escrito una satisfaccion que él mismo mandó redactar; pero eran los términos tan humillantes que ni el mismo Recacho consintió en que se firmara.

Tanto el gobernador como aquel cuerpo ocurrieron á España demandando justicia, comprendiendo que el virey era muy poca cosa para hacerse respetar en la Nueva Galicia y con ese motivo la Audiencia hizo una representacion violentísima contra Cruz, lo mismo que contra el obispo, cabildos eclesiásticos y seculares y contra todo el mundo, porque ninguno quiso tomar á lo serio el nombramiento que habia hecho para gobernador en la persona de Villaba.

Despues de algun tiempo una comision que se nombró en España compuesta de seis consejeros consultó, teniendo en consideracion los servicios del general Cruz, que no podia castigársele; pero que se desaprobe su conducta así como la de la Audiencia, que si bien no habia tenido intencion torcida en sus procedimientos, no por eso merecia menor censura, terminando con que se les recomendara la armonía que siempre debia existir entre las autoridades superiores y dependientes de la monarquía española.

Cruz fué el que se quedó riendo de aquella resolucion, pues al fin y al cabo era quien habia puesto la mano sobre los oidores y quien los habia humillado hasta conseguir que las gentes los despreciaran.

Entretanto, no dejaba de manifestar disgusto por-

que sabia que sus tropas al mando de Negrete seguian ocupadas por Liñan, y no solo ocupadas sino sufriendo grandes necesidades por falta de recursos á la vez que eran las que se empleaban en los asaltos de las fortalezas y las que más bajas tenian por los fuegos del enemigo, y entonces escribió una carta muy terminante á Negrete ordenándole que se retirara. Este fingió no comprender el tenor de la órden y suponiéndose enfermo solicitó volver á Guadalajara dejando allí las tropas.

Liñan, aunque conocia que era un buen gefe que podia hacerle falta, no opuso ninguna dificultad comprendiendo que no le servia con agrado y le concedió la licencia.

Negrete, pues, llegó á Guadalajara y se presentó á Cruz.

—Vuestra excelencia me ha ordenado que me viniera yo solo.

—No puede ser.....

—Aquí está la carta.

La carta en efecto solo nombraba á Negrete.

—Está bien, dijo Cruz mordiéndose los puños. Y luego que Negrete se fué, agregó:

—Yo te haré pagar esta burla, gran hipócrita.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLIII

DURA TRAVESIA

Al separarse el capitan Adrian Pinto de su general Mina, lo menos que pensaba era que podia tener algunas dificultades en su viaje: lleno de juventud y de vigor, dotado de una ardiente naturaleza y valiente hasta la temeridad, creia que con algunas precauciones que tomara como la de cambiar de nombre y vestir el traje comun á la gente del campo, le seria fácil atravesar todo el pais sin llamar la atencion, á cuyo efecto instruyó á su criado de que no le hablara por otro nombre que el de D. Pedro y que cuando le preguntaran quien era su amo, se limitara á contestar que era hijo de un hacendado español y nada más. Parecia que su poca edad debia ponerle á cubierto de cualquiera tropiezo, pues nadie podia creerlo un intrigante.

Despues que hubo recorrido dos ó tres leguas pensando en estas cosas y cuando ya juzgó bien tomadas todas las avenidas de su para él sencilla expedicion, se dedicó á pensar si convendria ó no tocar á México. Mina no se lo habia ordenado, limitándose á darle instrucciones para el caso de que llegara á la capital. A la penetracion del caudillo no se habia escapado el deseo muy natural que tendria Pinto de llegar, aunque no fuera mas que para tener informes de la hija del virey, de la que tan locamente se habia apasionado. Por eso habia sido que el general, en la prevision de que Pinto no dejaria de tocar á México, impelido por las tentaciones que allí le llamaban, le habia recomendado que no se dejera ver mas que de Iturbide, que como uno de los descontentos debia ser á la vez uno de los conspiradores.

—No, no me ha ordenado que llegue, insistió pensando Adrian, pero ha previsto que podria ocurrírseme cometer esa locura, que no será mas que una locura, siendo tan conocido como soy en México. Es verdad que han trascurrido ya seis meses, que ya debo estar olvidado de todos, que tengo la tez quemada por el sol y esto lo mismo que haberme crecido la poca barba que tengo y el haberme robustecido, debe haber cambiado un poco mi fisonomia, á la vez que el trage que llevo ó cualquiera otro me podrá servir de disfraz; pero lo más fácil será que alguno ó alguna me reconozcan y eso bastará para que lo sepa el virey y para que yo sufra las consecuencias. Será por lo mismo buscar un evidente peligro si me arries-

go á penetrar en las calles de México á la luz del dia; pero no habrá ninguno seguramente si me aprovecho de las sombras de la noche. De noche estoy seguro que nadie me conocerá. Además, si Elena llega á saber alguna vez que yo anduve cerca de ella y no me atreví por miedo á intentar verla, ¿qué dirá? Porque Elena me ama, segun mi corazon me lo dice, ó á lo menos me amaba antes de que atentara á la vida del coronel de Gabriel con quien estuvo desposada..... ¿pero por fin se desposaria? ¿La herida que yo inferí al cobarde coronel, fué ó no mortal? Los simples rumores que han llegado hasta mí desde entonces no me aclaran ninguna de mis dudas. En vano he buscado las gacetas: todas han guardado sobre ese hecho el más absoluto silencio. Las pocas personas que han llegado hasta nosotros diciendo saber algo, no han podido asegurar si de Gabriel murió ó no de la herida y si ha continuado feliz ó infeliz aquel matrimonio. ¿Qué habrá sucedido? Pues precisamente para saber lo que ha sucedido necesito ir á México cuésteme lo que me costare. Puedo perder en la empresa la vida ¿y qué? no la expongo todos los dias en cada combate? Ya podrian haberme matado en cada uno de ellos puesto que han perecido todos los que estaban á mi lado, ¿no me será mucho más satisfactorio, mucho más glorioso, espirar á los piés de mi Elena?

Así pues, en el ánimo de Adrian penetró sin dificultad la intencion, la resolucion de llegar á México y procurar á toda costa ponerse en contacto con la hija del virey.

Pensando en esto, lo mismo que en tantas circunstancias de como estaba á la sazon rodeada su existencia, anduvo el resto del camino que se proponia hasta divisar desde una pequeña loma por la tarde un reducido caserio que estaba en el declive.

—Allí nos quedaremos esta noche, le dijo á su criado Diego Sarmiento, quien le contestó:

—Si el amo no tiene empeño en ir á las casas, seria mejor irnos á descansar en el arroyo que se ve al otro lado.

—¡Dormir al campo raso cuando hay casas! exclamó Adrian.

—Yo iré al oscurecer á ellas á buscar algo de comida.

—No, no, le dijo Adrian que no tenia como jóven que era, la menor desconfianza de nadie, vamos al pueblo, rancho ó lo que sea.

En efecto, era una especie de rancheria que se llamaba San Antonio formada de unas ocho ó diez casuchas y un tendajo, y á la cual se encaminó directamente Adrian seguido de su criado.

Los perros ladraron, algunas mujeres sacaron las cabezas por las ventanillas y dos ó tres hombres que habia en el tienducho salieron á la puerta al oir las pisadas de los caballos.

—Buenas tardes, amigos, les dijo Adrian, ¿me pueden ustedes decir en dónde hallaré posada por esta noche?

—Posada no hay aquí ninguna, le dijo uno de los tres hombres adelantándose con el sombrero en las

manos; pero tio José María puede darles alojo aquí mesmo si sus mercedes quieren.

—Sí queremos, le contestó Adrian con toda jovialidad, con tal de que haya paja para nuestros caballos y unos huevos ó un pollo para nosotros, la cama nos es indiferente.

El tio José María, que parecia el dueño, era un viejo de barba blanca que salió tambien á la puerta y confirmó el ofrecimiento despues de hecha esta pregunta:

—¿A cuál partido pertenecen sus mercedes?

—Pertenecemos al partido de que unos y otros nos dejen en paz.

—Norabuena, porque este es punto por donde pasan á cada momento partidas de insurgentes y de realistas y en esta noche parece que los que han de venir son realitas.

—Pues siendo así, ¿cómo es que las casas no están quemadas y la tienda, segun parece, no ha sufrido ningun saqueo?

—Porque todos parecen respetar mis canas y porque ademas á unos y otros se les sirve aquí como se puede y como Dios manda.

No quedó muy satisfecho Adrian con esta respuesta sabiendo como sabia que en aquella guerra no habia término medio; pero pareció quedar convencido y dijo bajándose del caballo:

—Está bien, que descansen y coman un poco nuestras cabalgaduras, que comamos y durmamos bien nosotros y Dios dispondrá lo demás.

Todos se prestaron á coger las riendas y ayudar al escudero Sarmiento á desenjaezar las béstias llevándolas á un corralejo donde se les sirvió un poco de *rastrojo*, así se llamaba desde entonces el compuesto de hojas y cañas del maiz.

Cuando estaban en esa operacion, preguntó con cierto aire de curiosidad indiferente el criado de Adrian á uno de los mozos que le ayudaban:

—¿A cuál realista es al que se espera aquí esta noche?

—A un tal Francisco Cañete, que se titula capitan y que es más malo que Júdas.

—¿Trae mucha gente?

—Trae doce ó quince hombres; pero él solo hace más perjuicios que una tropa grande.

—¿Y de qué se ocupa?

—Dizque anda cuidando los caminos para que pasen los convoyes y espiando á donde van y de donde vienen los caminantes. A los que no traen buenos pasaportes los despacha luego al otro mundo.

Sarmiento estaba inclinado barriéndoles el piso á los caballos y ademas comenzaba á oscurecer, motivo por el cual no pudieron ver los gañanes que habia cambiado de color con aquella noticia.

Luego que pudo fué y sacó á su amo del tendajo y le dijo aparte:

—Mi amo, estamos aquí mal, porque el militar realista que va á llegar viene pidiendo papeles.

—Sí, ya he tomado tambien otros informes con el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tio José María y veo que no nos conviene quedarnos, de modo que nos iremos antes de media noche.

—Que mejor era que luego!

—Seria hacernos muy sospechosos.

—¿Y qué? ganaremos siempre mucho terreno.

Adrian no quiso manifestar debilidad delante de su criado y le contestó que despues de comer y dormir un poco decidiria lo mas conveniente.

La cenita que les dispuso la mujer del tio José María no estuvo del todo maleja, solo que no habian acabado de saborearla cuando oyeron un tropel de caballos.

—¡Los realistas! dijo una voz por detrás de la puerta.

—¡Jesus nos amapare! exclamó la mujer cayendo de rodillas y poniéndose en cruz á la vez que el tio José María se levantó para ir á recibirlos.

—Vámonos, mi amo, dijo Diego Sarmiento con voz angustiada.

—Corre á ensillar los caballos.

—¡Por Dios! les dijo el tio José María, que si ustedes tienen que ver algo con los insurgentes ó no tienen sus papeles en regla procuren escaparse aunque sea á pié, porque á ustedes y á nosotros nos despedazarán esos hombres si siquiera huelen que tenemos aquí tales viajantes.

Sarmiento sin oir estas palabras del anciano se habia lanzado á la puerta de la espalda de la casucha que daba al corral para ir á ensillar los caballos. Adrian se quedó impávido delante de la tabla puesta

sobre unos huacales en donde se le habia servido la cena, procurando consumir los restos, y dijo á tio José María con tranquilidad:

—Puede usted abrirles la puerta de la tienda, que yo no tengo motivos para huir.

—¿No es usted de los insurgentes?

—No.

—¿Tiene usted pasaporte de algun gefe realista?

—No.

—Pues entonces huya usted por la Vírgen Madre, huya usted, desdichado jóven, ó aquí perece junto con nosotros.

El viejo parecia verdaderamente acongojado.

—En fin, dijo Adrian, por ustedes tendré que hacerlo.

Y se levantó agregando:

—¡Qué vida la de estas pobres gentes!

La puerta del tendajo se abrió y se oyó la voz del gefe de la partida realista que dijo con voz fuerte:

—Me han dicho que tiene usted huéspedes, tio José María!

—Sí..... no..... es decir.....

El viejo estaba tembloroso y no podia articular las palabras.

—¡Cómo se entiende! ¿engañitos conmigo? Hablará usted claro, viejo de todos los diablos?

—Sr. D. Francisco, exclamó al fin arrodillándose y poniéndose en cruz, yo no puedo negar la hospitalidad á las personas que pasan por este camino.

—Luego es cierto que hay aquí dos hombres. Vamos á ver, ¿quienes son? ¿en dónde están?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Adrian se presentó detrás del tio José Maria que estaba aún de hinojos.

—¿Qué es lo que se ofrecia? preguntó.

—Se ofrecia que se rinda usted á discrecion, le dijo Cañete.

—¿Yo? ¿y por qué causa, si se puede saber?

—Porque es usted un espia de los insurgentes. Lo sé todo. Soldados, apodérense ustedes de ese hombre.

No habia acabado de pronunciar tales palabras cuando Pinto le habia tirado un pistoletazo que le hizo caer del caballo. Inmediatamente los soldados que llevaba se bajaron de los caballos y se metieron en la tienda. Pinto disparó la segunda pistola dejando á otro hombre tendido y en seguida se metió al corral, saltó sobre su caballo que ya estaba ensillado y dijo á Sarmiento:

—Sígueme.

Ya era tiempo porque otra parte de los soldados venian ya á ocupar la entrada del corral por la que salió Pinto abriéndose paso con la punta de su espada. Sarmiento le siguió sin haber concluido de ensillar su caballo, pero al trasponer la puerta cayó atravesado de un balazo.

—¡Ira del cielo! exclamó Pinto volviéndose y atravesando con su espada al que habia herido á su criado; pero como se aumentaba el número de los enemigos, dió la vuelta, diciéndoles:

—Ya nos veremos otra vez, ¡cobardes! ¡asesinos!

Y lanzó su caballo al galope con direccion al arroyo.

Nadie lo siguió; pero sí se sintió triste y desalentado con la falta de su criado que era un hombre fiel, listo, desconfiado y valiente. Ademas, era conocedor de los caminos por haber sido arriero antes de la revolucion y esto hacia doblemente sensible su pérdida.

Pinto llegó á sentirse vacilante sobre lo que debia hacer. ¿No seria cuerdo regresar al lado de Mina y decirle que era imposible ir á llenar la comision que le habia confiado en medio de tantos obstáculos? No convendria traerse mejor una escolta de ocho ó diez hombres con los cuales podria abrirse camino á la fuerza por todas partes? Pero no se reirian de él Mina y los demás oficiales? ¿Cómo prescindiria de ir á México á estar, aunque fuera por unos momentos, cerca de Elena, cuando ya habia consentido en ello? ¿Tendria miedo de verse solo en aquellos senderos cuando tantas veces habia visto frente á frente otros peligros mayores? ¿No habia salido bien de aquel? ¿Pues por qué no se habia de librar de los que tuviera en adelante? Y si acaso perecia antes de llegar al término de su viaje, ¿qué le importaba? ¿á quién le hacia falta? ¿quién habia de pensar que habia existido tal Adrian Pinto en el mundo?

Con estos y otros pensamientos logró serenar su ánimo y continuó al paso que quiso tomar su caballo por los senderos que creyó eran los que habia de llevar conforme á la direccion de su viaje.

Al poco rato divisó unos árboles á un lado del camino, se dirigió allí, ató su caballo dejándole la cuerda bastante larga para que pastara y él se acostó y se durmió profundamente. Solo despertó cuando comen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

zó á alborear la mañana. Despues de darse nueva cuenta de su situacion, enfrenó su caballo, montó en él y siguió su camino.

No tardó en verse rodeado de otra partida como de treinta hombres muy mal montados, muy mal armados y muy mal vestidos.

—Estos son insurgentes, murmuró, no me conviene huir.

A los pocos segundos ya tenia varios mosquetes preparados en el pecho.

—Rindase, le dijo uno,

—Pié á tierra, le gritó otro.

—¿Quién es el gefe? preguntó Pinto.

—Yo, le contestó un hombre que tenia la cara cortada y muy malas trazas.

—Vengo del campo del general Mina, le dijo y voy á buscar al general D. Nicolás Bravo para cumplir una comision.

Nadie supo allí quién era Mina, ni donde estaba á la sazon D. Nicolás Bravo, al cual sí ya habian oido nombrar; pero de todas maneras no estaban dispuestos á perder el tiempo en conversaciones y querian que les dejara el caballo, las armas y el dinero que llevaba consigo.

—Pero, señores, si soy de ustedes, si pertenezco como oficial al ejército insurgente, si tengo á mi cargo una comision del servicio.

—Pronto, el caballo y el dinero.

Entonces Pinto quiso sacar el papel que le habia dado Mina, con el cual se proponia probar que era

del mismo partido; pero esto era inútil porque ninguno sabia leer ni reconocian el carácter de Mina.

—Está bien, les dijo, creyendo que era una buena transaccion la que les proponia, me quedo con ustedes de soldado; pero déjenme todo lo que me pertenece.

Mientras discutian esta proposicion los principales de la partida y dos tenian uno de la rienda al caballo y otro de un brazo á Pinto, se presentó inesperadamente la partida de caballeria realista de Cañete que se habia venido siguiendo las huellas de Adrian, lanzándose á galope sobre los insurgentes. Estos hicieron una leve resistencia; pero como Pinto tenia mejor caballo, aprovechó el primer momento de verse libre, y sin pensar en combatir partió al galope, siempre con direccion á Querétaro.

A duras penas logró llegar á esa ciudad, escapándose como podia de las malas aventuras y por su buena suerte tocó á las puertas de una casa en donde hizo conocimiento con muy buenas gentes que le pudieron inspirar plena confianza para referirles lo que le pasaba. No eran mas que mujeres, pero todas eran hermanas ó madres de algunos hombres que andaban en la guerra peleando por la independencia. Estas le aconsejaron que vendiera su caballo y se reservara solo las armas mas indispensables para su defensa, siguiendo el camino con uno ó dos burros que deberia llevar cargados de cualquiera mercancia ordinaria.

Pinto estuvo luchando mucho consigo mismo para decidirse á hacer uso de tal ardid, no tanto por or-

gullo cuanto por temor de que fuera á ser reconocido ó sospechado, llevado á México y expuesto allí á la vergüenza pública; pero tuvo al fin que acceder convencido de que seria el único medio de evitar nuevos tropiezos. Le habian ya proporcionado un vestido muy humilde de los que usaba la gente pobre del pueblo, su sombrero de palma y su pechera de cuero, lo mismo que todos los demás arreos que debian servirle para hacer su camino á pié detrás de dos burros cargados de carbon para la capital, cuando vino á decirle una de aquellas mujeres de la casa donde estaba oculto, que ya le habia conseguido acomodo para que pudiera hacer su viaje sin riesgo ninguno.

—¿Cómo? le preguntó Adrian.

—Con un cargamento de plata que sale escoltado para México.

—¿Será posible?

—De pura casualidad el capataz de los arrieros es conocido mio y diciéndome que le faltaban dos ó tres mozos seguros, yo le ofrecí uno que no le habia de disgustar.

Adrian no pudo menos de sonreir y poniéndose luego su disfraz, con el cual quedó inconocible aunque siempre demostrando un aire muy distinto al de los arrieros comunes, siguió á su protectora y fácilmente quedó aquella misma mañana terminado su enganche. La partida debia verificarse al dia siguiente.

Desde tres horas antes de que saliera el sol sintió Pinto algun tráfago en la casa. Era que se habian levantado todas las mujeres y que se ocupaban en la

cocina no solo de hacerle el desayuno sino de arreglarle algo de bastimento para el camino.

Con muchísimo trabajo consiguió que le aceptaran aquellas buenas gentes una moneda de oro que les dejó mas bien como recuerdo que como paga de su hospedaje, y despidiéndose de ellas que no le vieron partir sin derramar lágrimas, fué á tomar su lugar en el atajo que le estaba designado.

Los primeros dias del viaje fueron muy pesados para Adrian que no estaba acostumbrado á andar á pié ni á cargar las mulas; pero al fin llegó á acostumbrarse á aquellos nuevos trabajos y despues de rendir quince ó veinte jornadas llegó por último á verse, no sin sentirse muy conmovido, en las calles de su querida capital.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLIV

ESCARAMUZAS

Dejamos á Mina posesionado de la hacienda de la Caja, cuyos terrenos habia visto bien que se prestaban para las maniobras de la caballeria. Luego que recibió aviso de que Orrantia, que antes se habia dirigido para Guanajuato con objeto de evitar que esta ciudad fuera atacada por los insurgentes, se encaminaba para el punto que ocupaban antes, tomó sus medidas siendo la principal: prevenir á las mujeres que permanecieran quietas con los niños en las casas de la hacienda. En esta vez el ejército insurgente iba seguido de multitud de pueblo deseoso del botin que podia obtener en caso de que entraran, como esperaban en Guanajuato. En las mismas casas se quedaron los equipajes, las provisiones y todo lo que pudiera embarazar los movimientos de la tropa. Esta,

que se componia de poco más de mil hombres montados, fué colocada en columnas detras de las cercas y los sembrados, en la mejor organizacion que fué posible darles del momento, pues ya hemos dicho que mas bien que tropas eran verdaderas chusmas de hombres mal armados y mal montados los que le tocaba mandar á Mina en esta vez, con muy pocas esperanzas de poderlos hacer maniobrar convenientemente. Sin embargo, distribuyó instrucciones muy precisas á sus gefes de mas confianza, recomendando á todos que obedecieran sin temor sus órdenes de lo cual iba á depender aquella victoria, que seria fácil si cada cual cumplia bien con su deber.

Orrantia por su parte avanzaba con mas de ochocientos hombres de infanteria y caballeria de los mejores cuerpos del ejército realista, con la confianza que dá la superioridad de la disciplina de la que carecia por completo el enemigo. Al llegar á tiro de fusil frente á los edificios de la hacienda mandó hacer alto y en seguida, mientras organizaba dos columnas de ataque, mandó que Villaseñor practicara un reconocimiento con cien hombres de Celaya, el cual volvió á poco á decirle cuáles eran los puntos principales que tenian ocupados los insurgentes.

Entonces dispuso que Bustamante con la infantería que acababa de llegar de Guanajuato y con el cuerpo de caballeria que mandaba Villaseñor, marchara oblícuamente por la derecha para flanquear al enemigo por la izquierda, siguiendo él con toda la fuerza restante en columna cerrada por el frente. La

fuerza que llevaba Bustamante logró fácilmente hacer que se desbandara el piquete que se apoyaba en el ala izquierda de la hacienda; pero el cuerpo principal que marchaba de frente fué atacado repentinamente por doscientos hombres montados que mandaba Mina en persona, logrando introdutir el desórden en la infanteria española. Pero sucedió que mientras Mina se defendia de la fuerza mandada por el capitan D. José María Moreno y las reservas, y llegaban Ortiz y Delgado á protegerlo como lo habia mandado que lo hicieran, Orrantia volvió á reunir y á organizar la infantería, cargando entonces todos sobre Mina que con unos cuantos ginetes estaba haciendo prodigios de valor.

El triunfo se vió en aquellos momentos muy disputado, porque aunque los auxilios que habia reclamado Mina no habian llegado muy á tiempo para haberse podido aprovechar el primer momento que fué del todo favorable á los insurgentes, siempre se veia bien secundado por los gefes de columna que habia nombrado, los cuales dieron algunas cargas formidables á la infanteria de Orrantia. Sin embargo, una circunstancia casual, una de esas pequeñas desgracias que nunca faltan en los combates y que sirven para desenlazar de una manera inesperada una acción de guerra en sentido muy diverso del que presenta más seguridades, vino á cambiar completamente la faz de los sucesos. Bustamante, al venir á proteger á Orrantia por su flanco derecho se encontró con un piquete de caballeria insurgente que estaba detras de una cerca al cual

puso en fuga haciéndolo tomar la direccion de las casas de la hacienda. Las mujeres y niños en número de más de mil que allí estaban empezaron á alarmarse, cundiendo de tal modo el azoro en que entraron, que á poco empezaron á salir corriendo y gritando desaforadamente. Las reservas de Mina que creian que el enemigo se habia presentado por la retaguardia y que era lo que estaba produciendo aquel desórden, empezaron á desbandarse, y tras esas fuerzas siguieron desmoralizándose y huyendo tambien las que tenia á su lado Mina con un triunfo seguro en perspectiva, que dependia ya solo de desalojar á Orrantia de una de las últimas posiciones en que pretendia hacerse fuerte, sin que se le dejara todavia, por el vigor del ataque, formar el cuadro como último recurso.

—¿Qué pasa? gritó Mina al observar que habia cesado el ataque en algunos puntos de la línea.

—Mi general, le contestó un ayudante, los nuestros huyen.

—Pero ¿por qué huyen si estamos triunfando?

—Gritan que hay enemigo á la retaguardia.

—Vamos á ver qué significa ese desórden, siguió diciendo Mina, general Moreno, deténgame usted al enemigo mientras yo voy á ver si es posible introducir el órden en nuestros soldados.

Cuando pudo salir Mina del lugar del combate y logró orientarse, vió que aquello ya no tenia remedio, pues que casi toda su gente se habia desbandado con los gritos de las mujeres que habian hecho cundir entre los soldados una grande alarma.

Entonces poniéndose prontamente á la cabeza de unos doscientos cincuenta hombres que le quedaban firmes, al grito de ¡viva la independencia! que fué contestado por sus dragones con el de ¡viva Mina! se precipitó sobre el enemigo, el cual se abrió en dos alas dejándole franco el camino por donde pasó seguido de los suyos al galope, no sin dar y recibir algunos mandobles.

De ese modo tan extraño y tan inesperado vió Mina que se le escapaba un triunfo que ya tenia por suyo y para el que no se necesitaba mas que dar con toda su gente una última carga que estaba ya ordenando, cuando vino el desbandamiento.

Aunque Orrantia tuvo treinta hombres fuera de combate, las pérdidas de Mina fueron mayores, porque algunos de sus soldados dispersos fueron cogidos y fusilados, lo mismo que fueron fusiladas por los realistas cuantas personas de ambos sexos encontraron dentro de las casas de la hacienda, la cual fué saqueada por ellos lo mismo que las rancherias inmediatas que no tenian culpa ninguna de que aquel terreno se hubiera escogido para el combate.

Mina, con los que le acompañaron en su valiente retirada, permaneció á menos de dos leguas de Orrantia sin que este osara perseguirle, no obstante que contaba con seiscientos buenos dragones. Muchos de los dispersos volvieron á unirse con Mina en la noche y en la mañana del siguiente dia en Pueblo Nuevo.

Ahora veamos aunque sea un fragmento del parte

que rindió este gefe á la Junta de Jaujilla dándole cuenta de este combate.

"Apenas noté el movimiento del enemigo desde nuestra izquierda donde me hallaba, mandé que las guerrillas y todo el centro lo atacaran vivamente por la retaguardia antes que acabara de desfilar. Viendo que mis órdenes se ejecutaban con alguna lentitud, al galope me puse á la cabeza de aquellas divisiones y me aproximé al enemigo: este ya habia tenido tiempo de reconcentrarse sobre su vanguardia; mas sin embargo, muchos de nuestros oficiales, entre ellos el coronel D. Encarnacion Ortiz y los capitanes D. Andres Delgado, D. Gregorio Mier y varios soldados entraron con intrepidez hasta en medio de los enemigos. Si nuestras tropas hubieran peleado en formacion, ninguno de aquellos se hubiera libertado: la falta de aquel órden hizo que se confundieran y mezclaran los americanos y los realistas, en términos que ya no se distinguian unos de otros. El enemigo volvió sobre sí, nos cargó y nos obligó á retirar hasta su retaguardia. Nuestra izquierda que debia mantenerse en su punto, atacó sin órden mia la vanguardia enemiga, á tiempo que yo mandaba la retirada de las dos divisiones que habia conducido á la carga. El enemigo hizo lo mismo y se retiró sin órden y con precipitacion.

Yo me formé á cosa de dos mil pasos á retaguardia en donde me mantuve toda la tarde: nuestra derecha siguió el movimiento de la izquierda y ambas tropas se retiraron á Pueblo Nuevo.

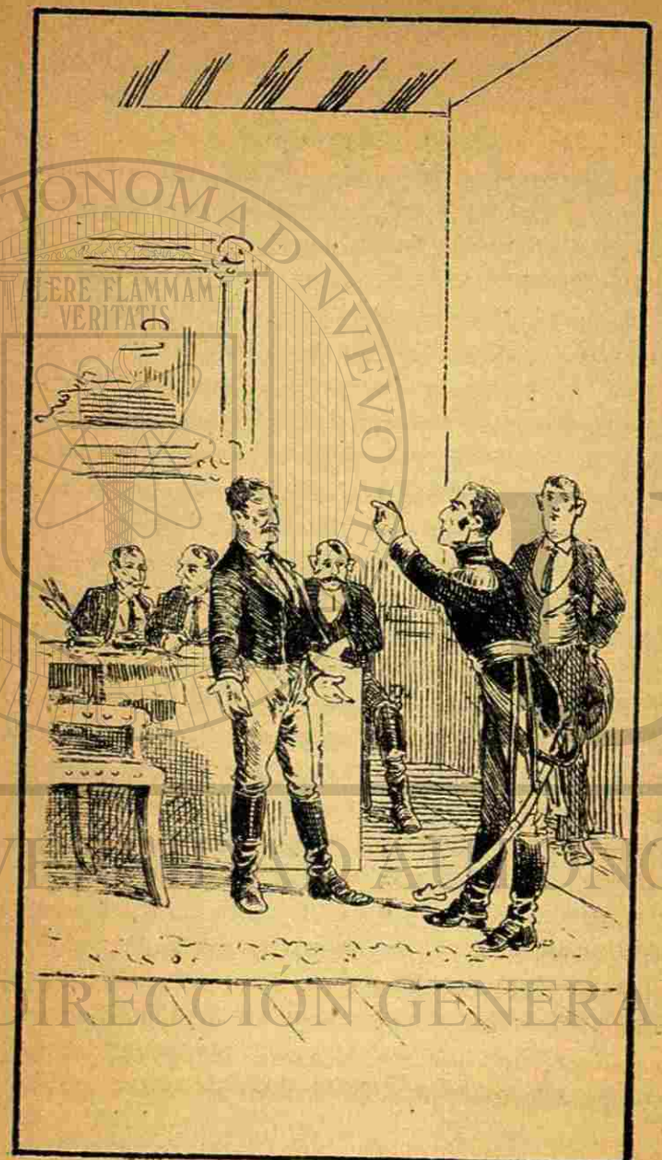
Al dia siguiente despues de haber enterrado el enemigo sus muertos, vino sobre mí y hubo un corto tiroteo: yo tomé la direccion de Irapuato y él se retiró para Silao llevando consigo veintinueve camillas de heridos. Su fuerza, segun los prisioneros, constaba de trescientos infantes y seiscientos hombres de caballeria. Yo no tenia ni un infante, sino solamente mil dragones. Mi pérdida consistió en treinta y cinco hombres; pero la del enemigo fué muchó más numerosa."

Luego que se vió Mina desembarazado de la persecucion de Orrantia, reunió á sus jefes principales y les dijo:

—He creido conveniente ir á acordar un plan de operaciones con los miembros del gobierno de Jaujilla á cuyo punto puedo encaminarme á marchas forzadas con una pequeña escolta. Entretanto ustedes se quedan expedicionando divididos en pequeñas partidas para no atraer la atencion del enemigo hasta dentro de diez dias en que volvamos á reunirnos en la hacienda de la Caja. Veré si puedo conseguir una poca de infanteria que mucho se necesita para que con el proyecto que medito, si llega á realizarse, logremos libertar á nuestros hermanos del fuerte de los Remedios, obligando á Liñan á levantar el cerco.

Nadie le quiso preguntar nada respecto de sus procedimientos, ofreciéndole todos que estarian puntuales á la cita el dia fijado con las mejores tropas que pudieran.

Mina entonces tomó veinte hombres de los mejor



—Sepamos de qué se trata, dijo el vocal Ojeda.

montados y con esta pequeña escolta se dirigió á Jaujilla.

No dejaron de sorprenderse los miembros de la Junta de Jaujilla con la llegada repentina del general, considerando que lo obligaba á refugiarse allí algun fracaso extraordinario; pero pronto los tranquilizó diciéndoles:

—He venido á proponer á vuestra soberania un plan de campaña que me parece decisivo, siempre que, como lo espero, sea coronado de buen éxito.

—Su excelencia siempre tiene buenos planes, le contestó Cumplido, así es que bien podia llevarle á término sin necesidad de solicitar nuestro parecer.

—Es que no solamente lo considero de gravedad, sino opuesto á los deseos del señor general Torres, quien ya ha dado órdenes terminantes á sus subalternos para contrariarlo.

—Sepamos de qué se trata, dijo el vocal Ojeda.

—Simplemente de reunir todos nuestros elementos, que yo creo serán considerables si me da todo su apoyo la Junta, para apoderarme á viva fuerza de Guanajuato.

Unos sonrieron y otros trataron de disuadirle de aquella idea con varias razones.

—Permítanme sus señorias que les explique un poco más mi proyecto. Guanajuato, segun mis informes, tiene apenas una guarnicion de tres ó cuatrocientos hombres, y si bien cuenta con algunas piezas de artilleria, es una posicion muy poco defendible, no solo por su extension sino por lo quebrado del terreno y

por estar dominado por todas partes, de grandes alturas. Con mil ó mil quinientos hombres que sepan medianamente dar una carga, entre los que vayan cien ó doscientos buenos infantes, yo me comprometo á obtener el triunfo.

—Yo suplicaria al señor general, le dijo Cumplido, que se fijara bien en que es imposible proporcionarle esa cantidad de gente disciplinada para emprender una operacion militar tan difícil. Las guerrillas montadas no sirven para dar asaltos á una plaza fortificada y disponemos de muy poca infanteria que se pudiera utilizar en tan arriesgada maniobra.

—Todo dependerá de la manera como aproveche mis tropas, cuya falta de disciplina conozco desgraciadamente muy á fondo. Pero yo veo que el fuerte de los Remedios está sitiado por ocho mil hombres bien provistos de todo lo que les hace falta y que tarde ó temprano conseguirán dominar á los sitiados, si no á la fuerza, por medio de la astucia y de las intrigas y tal vez consiguiendo agotarles sus municiones. El golpe maestro para hacer que Liñan levante el sitio de los Remedios es ocuparle á Guanajuato, no solo por la importancia que tiene la ciudad, sino porque de allí recibe los convoyes que le están sosteniendo.

—Todos creemos lo mismo, le contestó otro de los miembros de la Junta; pero la dificultad consiste precisamente en que no puede tomarse á Guanajuato con los pobres elementos de que disponemos.

—Lo mejor, siguió diciendo Cumplido, que era uno

de los hombres de mas peso en la Junta por su buen juicio, es que vuestra excelencia mande retirar del fuerte de los Remedios á los oficiales que vinieron con su expedicion, que mucho le servirán para dar organizacion á las fuerzas ó para atacar á Guanajuato si persiste en ello. Pero en mi concepto lo que deberia hacerse seria que se retirara á cualquier punto de la costa que tenemos por nuestra y al cual no dejariamos aproximar ningun enemigo durante tres ó cuatro meses, para que en ese tiempo disciplinara unos dos mil hombres de buena infanteria, que apoyados por la caballeria que pudiéramos reunir, servirian para aventurar un golpe decisivo aún contra el mismo Liñan. Ahora con esta clase de gente, toda operacion de importancia no solo es difícil sino imposible, y lo único que se conseguirá, Dios no lo quiera, será exponer la vida de mucha gente y tal vez hasta la muy preciosa y muy cara para nosotros de vuestra excelencia.

Mina dió las gracias por aquel concepto, pero persistió en que se debia acometer la empresa de tomar á Guanajuato y esto sin pérdida de tiempo, pues ya pasada una quincena ó un mes, no volveria á presentarse la misma favorable oportunidad que estaba presentándose entonces.

Los de la Junta tuvieron que ceder, aunque con mucha repugnancia y de cien infantes que tenian en el fuerte de tropa regular le dieron cincuenta con los cuales y con trescientos caballos que se le incorporaron, hizo su salida lleno de las más grandes

esperanzas, las cuales expresó en una proclama que allí publicó dirigida á los europeos establecidos en la Nueva España, exhortándoles á la vez para que se unieran á él seguro de que si le ayudaban con eficacia en muy pocos meses quedaria destruido el insoportable despotismo de Fernando VII.

Los miembros de la Junta lo vieron alejarse llenos de los temores consiguientes para una expedicion tan arriesgada, sabiendo que iba á tener que habérselas con fuerzas bien organizadas y mayores en número, á las que no podria oponer sino guerrillas mal armadas y peor disciplinadas que nunca tenian costumbre de sujetarse á ningun órden militar.

Haciendo un largo rodeo logró llegar á Puruándiro sin tropiezo alguno, en donde fué recibido con repiques, iluminaciones y gritos de alegria que lo aclamaban como el insigne paladin de las libertades de la Nueva España.

Mientras se incorporaban á su reducido cuerpo de ejército unas partidas de Jalpa que ya le estaban esperando y dictaba otras disposiciones para seguir su marcha, las avanzadas que habia colocado en los puntos más elevados vinieron á decirle que se destacaba en el horizonte una gran polvareda que indicaba ser levantada por una tropa enemiga. Mandó reconocerla y pudo luego adquirir la certidumbre de que era el mismo Orrantia encargado de no dejarlo respirar, el cual venia ya con más de mil hombres con algunos refuerzos que habia recibido.

—¡Ah! si es Orrantia podemos burlarnos de él como queramos. Con ciento cincuenta hombres de los que tenía en Peotillos saldria á batirlo con la plena seguridad de derrotarlo; pero ahora no le daremos el gusto de presentarle una accion formal para que no se jacte despues de habernos hecho trizas y nos conformaremos con infundirle algun pavor.

Entonces situó pequeñas emboscadas en los trigales las que no le dejaron llegar haciendole creer que allí estaba oculto todo el ejército insurgente, mientras él continuó en la poblacion haciendo todos los preparativos que le eran indispensables para emprender la marcha. Cuando hubo recogido el dinero que necesitaba lo mismo que algunos víveres, salió él en persona á recoger las emboscadas á la vista de Orrantia y con una pequeña escolta estuvo conteniendo al enemigo mientras la fuerza principal, en buen órden, tomaba el camino que habia indicado.

Cuando Orrantia arregló sus columnas y se dispuso á atacar el pueblo de Puruándiro ya los insurgentes le llevaba tres leguas de delantera, habiéndoles perdido otra vez la pista.

Mina, por una hábil maniobra, habia tomado la retaguardia del enemigo al cual habria podido atacar y sorprender con ventaja; pero no queria comprometer aún un hecho de armas formal y se dirigió á la hacienda de la Caja para estar puntual á la cita que habia dado á los jefes de las partidas insurgentes.

Todos estuvieron exactos para celebrar la reunion que habia propuesto Mina y en Pueblo Nuevo tuvo el gusto de pasar revista á sus fuerzas que otra vez

llegaron al número de mil cien hombres; pero ya contaba con una poca de infantería no despreciable con la cual podia formar una columna de ataque contra cualquier punto fortificado.

Sin decir á nadie cuáles eran sus verdaderos designios estuvo durante los movimientos que le fué preciso hacer para distraer la atencion del enemigo, proveyendo á todo aquello que le parecia mas urgente. Multiplicándose á todas horas, se detenia á ver que los infantes tuvieran listas sus armas y sus municiones, como que los dragones alimentaran bien sus caballos y obedecieran á sus oficiales en el órden de formacion que era á lo que más se resistian aquellos insursentes, que en lo general eran hombres de campo que sabian lazar y correr, pero que no entendian jota del arte militar. Con frecuencia los exhortaba á que pelearan unidos, queriéndoles hacer entender que la mayor fuerza dependia de la mayor union y que todos los triunfos que adquiria el enemigo no consistian en otra cosa sino en saber pelear sosteniéndose unos á otros y no cada uno por su cuenta y riesgo, pues no era posible que uno sola venciera á muchos, sino que era necesario hacer sentir al contrario el peso de muchos brazos reunidos, y que esto que era necesario en el ataque lo era mucho más en la retirada, pues á pocos hombres dispersos era fácil perseguirlos y hacerlos prisioneros, mientras que retirándose todos unidos y siempre defendiéndose no habria nunca quien se atreviera á ponerles la mano encima, porque ya sabian cuán caro podia costarles.

Luego que ya tuvo reunidos cerca de unos mil cuatrocientos hombres, noventa de infanteria y los demas de caballeria medianamente armados y municionados, emprendió su marcha por entre los sembrados, alejándose todo lo posible del camino real, con lo cual desorientó completamente á los espías del enemigo, para quienes parecia que se lo habia tragado la tierra.

Los mismos que lo acompañaban apenas podian sospechar cuál era la direccion que llevaban y eso porque eran muy conocedores de todos aquellos lugares.

Hasta el 24 de Octubre llegando al amanecer al mineral de la Luz se supo en donde se encontraba el ejército de Mina, quien llevaba adelante con infinita audacia su plan de apoderarse de Guanajuato.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLV

CROCKER

La guarnicion del fuerte de San Gregorio seguia defendiéndose bizarramente, reponiendo con teson por las noches las averias que lograba hacer el fuego de los cañones sobre las fortificaciones principales en que el enemigo estaba procurando abrir brecha y haciendo el mal que podia con sus proyectiles.

Liñan, que no se conformaba con que se estuvieran pasando los dias sin que se adelantara nada y que no las tenia todas consigo observando los rápidos movimientos que hacia Mina y sus frecuentes combates, algunos de los que podrian llegar á tener malos resultados para los realistas, convocó una junta de brigadieres y generales para que se le propusiera algun medio violento de hacer rendir el fuerte.

Reunidos en su alojamiento los gefes principales,

les expuso que se consumian muchas municiones, que los víveres se escaseaban de cuando en cuando por las interceptaciones que hacian de los caminos los insurgentes y que donde estos llegaran á adquirir un triunfo sobre Orrantia, el cual no habia cumplido con las repetidas órdenes que se le daban de exterminarlos, contentándose con escaramuzas de poca importancia, podian verse en conflictos. Que para conjurar estos en el porvenir, se hacia necesario discurrir algun plan que apresurara las operaciones del sitio.

—Ya hemos visto, terminó diciendo, á la vez que dirigia una mirada de inteligencia á Rafols, que tomar la fortaleza por asalto es casi imposible, una vez que solo arrojando peñascos destrozan nuestras columnas.

—Con todo respeto hago presente á vuestra excelencia, contestó en el acto Rafols, que cuando yo dí mi desgraciado ataque al fuerte, no fueron solo piedras las que me arrojaron, sino muchas balas de fusil y de cañon.

—No tantas como recibieron de nosotros.

—Es verdad, porque somos más nosotros y tenemos más bocas de fuego; solo que ellos las recibian en sus parapetos y nosotros subiendo por las peñas y á pecho descubierto.

—Dejemos eso, dijo Liñan con enfado, y vamos á lo principal.

—Yo, dijo tímidamente el coronel Ruiz, propondria que se diera otro asalto con todas las fuerzas por todas las subidas á la vez, mantenido por los fuegos

de las baterías, encargando al gefe de estas que se empeñara en abrir una brecha.

Todos sumieron los hombros y Liñan movió la cabeza.

—Lo que yo creo que debe hacerse, salvo el buen parecer de nuestro general en gefe, dijo el coronel Horbagoso, es volar el fuerte de Tepeyac con una mina y en seguida dar el asalto.

—¿Una mina? exclamó Liñan acordándose al mismo tiempo del apellido de aquel que le tenia inquieto, sería gracioso que viniéramos á triunfar con una *mina* sobre un Mina.

—Es buena idea, dijo á su vez Calderon.

Y lo mismo siguieron aprobando el proyecto de la mina los demas coroneles que formaban el consejo.

Se consultó con los ingenieros, que no eran muy fuertes en estas obras de zapa y dijeron que harian la mina siempre que hubiera suficientes barreteros que supieran llevar bien dentro de tierra estos trabajos.

Una vez que fué aprobado el plan de la mina, se procedió desde luego á hacer una muralla debajo del Tepeyac que protejiera á los trabajadores y al dia siguiente comenzaron los barreteros á horadar la dura peña no sin encontrar en esta una resistencia tenaz.

El tramo que iba á recorrerse por la subida era de unas treinta varas contadas por la parte de afuera, que quien sabe el resultado que irian á dar por la

parte de adentro, puesto que ninguno era perito para dar á los trabajos una direccion matemática.

Luego que los ingenieros manifestaron que estaba terminada la famosa mina, Liñan se fué á situar á la altura que quedaba al frente del Tepeyac para verlo volar, quedando listas las compañias para lanzarse inmediatamente por la brecha. Se extendieron hasta fuera los estopines y se comisionó á dos barreteros para prender la mecha que comunicaba con un barril de pólvora, el cual debia producir un efecto espantoso.

A la hora en que Liñan hizo la señal los barreteros pusieron el fuego y corrieron á ponerse en salvo, sin dejar por eso de quedar mal trechos, pues la mina hizo explosion por la boca como un cañonazo. La sorpresa de los realistas fué general. ¿En qué habia consistido esto? ¿Por qué la pólvora en vez de volar el fuerte, como era su deber, habia venido á causar daño á los mismos que la habian puesto?

Los ingenieron manifestaron que el efecto habia resultado contrario porque no habia sido bien colocada la pólvora y entonces perfeccionaron las obras para repetir la operacion al dia siguiente, que tuvo el mismo resultado, viniendo á hacerse la explosion por la boca, lo cual demostró suficientemente que los mineros no sabian hacer minas.

—¡Maldicion! exclamó Liñan al ver que fracasaba esta segunda tentativa de volar el fuerte, y Mina que segun me avisan, ha desaparecido con el ánimo tal

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vez de sorprender á Guanajuato que está desguarnecido, es necesario abrir brecha á todo trance.

Y mandó que las piezas de más calibre hicieran un fuego incesante contra la fortaleza de los Remedios, aunque se agotaran las municiones, fijando el fuego principalmente en los baluartes de Santa Rosalia y del Tepeyac que eran en todo caso los puntos más accesibles para un ataque.

A los tres dias recibió un papel del coronel Ruiz en que le decia: "Está ya franca la brecha en la cortina frente á la bateria Apodaca; espero órdenes de vuestra excelencia para atacarla, sirviéndose en tal caso mandarme suficientes refuerzos."

Liñan, que no deseaba otra cosa, mandó inmediatamente reforzar la columna del coronel Ruiz con trescientos hombres de las mejores tropas, como eran los regimientos de Frontera y de Zaragoza, disponiendo que por todos los puntos se hicieran amagos de un asalto general para distraer la atencion de los sitiados y facilitar el ataque verdadero que debia ser sobre el mencionado fuerte de Santa Rosalia.

Dispuesto ya todo perfectamente, segun el concepto de Liñan, hizo la señal convenida el dia 27 de Setiembre á las cinco y media de la tarde. Como todo tenia que ser muy rápido, segun sus instrucciones, creyó que iba á contar con luz suficiente en una hora que era el tiempo que necesitaba.

Por el frente que mandaba Liñan en la altura cuya bateria se llamaba de San Fernando, destacó una columna de infanteria de quinientos hombres que no

tenia el objeto de dar un ataque formal si no era en el caso de que las circunstancias se presentaran favorables, llevando por principal mira llamar la atencion del enemigo, para que la columna opuesta, que era la que habia de ascender á los Remedios, se encontrara más desembarazada, una vez que debia considerar que era la repeticion del asalto anterior frustrado sobre el Tepeyac. Pero ya los sitiados, que no se dormian, habian comprendido las maniobras y colocaron sus mejores tiradores mandados por los oficiales de Mina en el frente que realmente iba á ser atacado. En ese concepto, dice en sus partes el mismo Liñan: "Por la parte de este frente los soldados llegaron hasta donde les fué posible, y los rebeldes hicieron mucho más fuego de fusil y más especialmente de cañon que el dia 17. Tambien arrojaron infinidad de piedras, muchas rellenas de pólvora, haciendo explosion como las granadas."

Ya se comprende todo lo que tendrian que sufrir los realistas subiendo por aquellas veredas escabrosas á la vez que sufrian un fuego tan nutrido á pecho descubierto, pues por más que hubiera muchas peñas y muchas irregularidades en el terreno, siempre se veian obligados á ir compactos y á presentar un blanco seguro. No obstante la mortandad que se les hacia, tenian que mantenerse á pié firme sosteniendo un combate muy desigual mientras se les daba la órden de retirarse, de lo cual resultó un sacrificio de centenares de vidas completamente estéril.

En el lado opuesto por toda la loma del Tigre, que

fué en donde le tocó al coronel Ruiz marchar con su columna, la lucha fué mucho más sangrienta, pues que empeñado como estaba su honor militar, y no queriendo recibir las burlas que habia recibido Rafols por su fracaso del dia 17, se empeñó en conquistar el terreno palmo á palmo por en medio de un diluvio de proyectiles que en poco tiempo le pusieron fuera de combate á sus mejores oficiales. Allí estaba en efecto abierta la brecha en la cortina del fuerte de Santa Rosalia, sobre el cual seguian lloviendo balas de cañon de las baterias realistas; pero allí estaban tambien los mejores soldados de la defensa que no desperdiciaban ni un cartucho, ni ninguna de las ventajas de su posicion dominante, saliendo muchas veces de sus mismos atrincheramientos á trabar combates cuerpo á cuerpo con los pocos realistas que lograban llegar ilesos hasta muy cerca de las murallas.

—Pero como sobrevino la noche, dice Liñan, no consideré conveniente que el coronel Ruiz continuara el ataque y..... mandé retirar sus tropas.

Como una contradiccion á esta salida, que en este tiempo se llamaria de pié de banco, agrega á renglon seguido Liñan: "Los de este frente de Tepeyac siguieron sus fuegos y sus amagos de asalto para distraer á los rebeldes hasta entrada la noche; pero visto por mí que habia cesado totalmente el fuego, en el otro ataque, los hice tambien retirar."

La verdad fué que las dos columnas fueron bien rechazadas y mucho antes de que sobreviniera la noche, pues que el ataque habia comenzado á las cinco

y media de la tarde y no era posible que se hubiera prolongado por más de una hora estando ya entre sitiados y sitiadores muy estrechadas las distancias. Por lo mismo, á las seis y cuarto ya estaban de vuelta en sus puestos todos los que habian sobrevivido en la refriega, dejando las cuestas sembradas de cadáveres, pues no bajaron de quinientos hombres las pérdidas que en esta jornada tuvieron los realistas.

Los insurgentes, por su parte, tuvieron la sensible pérdida del coronel Ortiz de Zárate, que ni siquiera murió en la accion sino yendo despues á investigar por sí mismo si era cierto que se oia el golpe de la barreta al pié de la muralla, recibiendo cuando estaba acostado poniendo el oido en tierra un balazo en la cabeza. El capitan D. Pedro Erdozain perdió tambien un brazo que le llevó una bala de cañon del enemigo. La pérdida de tropas fué relativamente de poca importancia.

La celebracion de esta victoria de los insurgentes fué manifestada con todo el ruido consiguiente en el campamento de los Remedios, lo cual no pudo menos que poner de un humor tétrico á Liñan, que por dos dias no quiso hablar ya ni de abrir nuevas minas ni de emprender nuevos ataques, tanto más cuanto que se habia hecho un consumo formidable de municiones, á tal grado que se hubiera visto en aprietos para resistir á Mina en el caso de que en aquellos momentos se hubiera podido presentar con alguna fuerza regular frente á sus reductos.

El padre Torres, aunque contento con los dos gran-

des triunfos que habia tenido ya la guarnicion en los dos ataques formales que habia sufrido el fuerte de los Remedios, veia que iban corridos más de dos meses y los sitiadores no solo no daban muestras de retirarse, sino que recibian refuerzos y nuevos convoyes de víveres y pertrechos, por lo que hizo esfuerzos para que burlándose la vigilancia que le rodeaba salieran correos para la Junta de Jaujilla en que la apremiaba para que mandara á Mina á hostilizar á Liñan, pues aunque los víveres y las municiones no faltaban del todo y antes bien los que habia podian durar algunos meses; pero la tropa podia desanimarse con un sitio tan largo y si la desercion no era tanta como era de temerse, se debia á los triunfos y á que todavia se podian hacer algunas ministraciones aunque no abundantes. En un dia ú otro se lograria quizás que los realistas hicieran bien hecha alguna de las varias minas que trabajaban y que si eso llegaba á suceder y volaban alguno de los baluartes, se les facilitaria dar un asalto, dado el número quintuplicado de fuerzas con que contaban.

Y como no recibiera contestacion y tuviera noticias de que Mina no se aproximaba con la caballeria de su mando como hubiera deseado, lo cual hemos visto que no le era posible toda vez que Orrantia con fuerzas mejores y mas bien disciplinadas no le perdia de vista, se propuso tomar de algun modo la iniciativa para lo cual reunió á los principales gefes de la guarnicion en su alojamiento.

Les dijo que conforme al buen espíritu que reinaba en las tropas á causa del reciente triunfo alcanzado en las lomas del Tigre, en que habia visto batirse con denuedo hasta á las mujeres, consideraba necesario que se intentara una salida parcial ó general, ya fuera para hacer solo un movimiento ó para derrotar al enemigo en alguna de sus líneas y obligarlo á levantar el sitio.

El general D. Manuel Muñiz, aunque no tenia mando de fuerza y solo prestaba sus servicios en la fundicion de cañones, logrando hacer uno del calibre de 24 solo con los proyectiles arrojados por el enemigo, fué el primero que expresó su opinion diciendo:

—Yo creo que el enemigo está tan bien posesionado en las alturas inmediatas que será muy difícil y muy costoso para nuestras tropas poderlo desalojar de ellas y en ese cambio de papeles, convirtiéndonos en asaltantes nosotros, tenemos las mas grandes desventajas porque no contamos con suficiente artilleria para abrir brecha en sus baluartes como ellos han logrado abrirlas en los nuestros. Mientras tengamos víveres y municiones debemos limitarnos á la defensa, economizando la vida de nuestros hombres y tambien el gasto inútil de nuestros pertrechos, tanto más cuanto que la maestranza con las constantes fatigas de los trabajadores, está dejando muy limitada la existencia de pólvora.

—¿Qué opina el Sr. Novoa? preguntó Torres á aquel gefe español cuyos conocimientos militares eran muy respetados en el fuerte.

—Opino casi de la misma manera que el Sr. Mu-

ñiz: creo que si no podemos librar un ataque decisivo que ponga en derrota toda la línea enemiga, no adelantaremos mucho con una salida, si no es para procurarnos algun elemento necesario, como por ejemplo cuando se trate de proteger la entrada al fuerte de algun convoy que nos envien nuestros amigos.

Los demas siguieron espresando lo mismo, hasta que el valiente capitan Crocker que se habia distinguido por su sangre fria y audacia en todas las peripecias de aquel sitio, se levantó y dijo:

—Yo me adhiero en parte á las ideas de nuestro general en gefe: debe hacerse una salida, á mi juicio, pero solo para destruir por ahora las obras del enemigo que más nos perjudican, aprovechando el descuido en que puedan estar cualquiera noche de estas. ¿Cuál es la obra que más nos perjudica y puede ser más fácilmente atacada por su aislamiento? La que sostienen las baterias de los sitiadores en las alturas del Tigre, que destruyen cada dia más y más nuestros bastiones de Santa Rosalia y la Libertad. Si este ataque se logra, como presumo, llevándose adelante con prudencia á la vez que con energia, ya se podrá despues pensar en otros de más fecundos resultados.

El padre Torres, que se vió tan bien apoyado por este jóven oficial, pues lo que realmente se proponia con aventurar una maniobra semejante era probar el valor de su gente y calcular si más adelante le seria posible con ella romper el cerco que le tenian puesto los españoles, lo llamó á sentarse á su lado y le hizo

que le espresara mejor cuál era su plan á ese respecto.

El plan era sencillamente atacar de noche aquel campamento que no podia ser protegido muy pronto desde los otros puntos y en caso de tomarlo por sorpresa ó á viva fuerza, clavar los cañones, destruir las obras hasta donde alcanzara el tiempo de que se dispusiera y retirarse en el momento conveniente.

—Aprobado, aprobado, dijo Torres muy complacido, y esta misma noche usted se encargará de realizar una hazaña que contribuirá á elevar su graduacion militar. ¿Qué elementos se necesitan?

—Doscientos cincuenta hombres escogidos, contestó Crocker que mandaremos divididos en dos secciones el capitan Ramsay y yo. El teniente Wolfe será puesto á mis órdenes con otros cincuenta y yo me encargo de conducir las operaciones.

—Bien: ahora nos disolvemos, dijo Torres, y que se guarde sobre esto el mayor sigilo, no sea que algun desertor vaya y nos descubra al enemigo. Hasta el momento de ir á poner el plan en ejecucion nadie hablará sobre él una sola palabra.

Cada cual se fué á su puesto, pues que ninguno podia permanecer ocioso, ya fuera para vigilar que las municiones no se prodigaran inútilmente, ya para cuidar de que los soldados no hicieran alardes de valentia saliendo fuera de trincheras á provocar á los sitiadores, dedicándose todos á los trabajos que requerian su propia conservacion, tan ligados aun con las cosas más pequeñas en las operaciones del fuerte.

A las once de la noche salió Crocker con su gente, que dividió como ya habia indicado en tres secciones, dándole órden al teniente Wolfe de que con sus cincuenta hombres rebasara por un flanco la línea enemiga procurando no ser sentido, y que luego que estuviera á retaguardia rompiera el fuego, lo cual sería señal á las secciones del frente para dar el asalto.

Se hizo así fielmente, pues con oficiales pundonorosos y cumplidos nunca hay riesgo de que dejen de ejecutarse las órdenes, y entonces Crocker rompió tambien el fuego por el frente, pero dando la voz al mismo tiempo de pecho á tierra. Los dos disparos de metralla de los realistas pasaron por encima de la tropa tendida que se levantó y corrió á combatir á la bayoneta sobre los parapetos.

Los realistas viéndose atacados tan repentinamente por el frente y retaguardia, gritaron:

—¡Mina! ¡Mina! ¡Aquí está Mina! y los que pudieron corrieron y los que no se rindieron á discrecion confiando en la generosidad de aquel caudillo que ya habia alcanzado gran fama.

Los insurgentes barrenaron dos cañones, procurando llevarse un tercero que tuvieron despues que abandonar en un barranco; pero el fuerte lo destruyeron, cargando con los despojos que pudieron sin haber tenido la menor pérdida en sus filas.

Cuando los realistas volvieron de la sorpresa, ya todo habia concluido y los asaltantes estaban celebrando su victoria en el fuerte.

CAPITULO XLVI

AVENTURAS

Luego que Adrian Pinto se encontró en México, ayudó á depositar las cargas en la Aduana, sacó de un aparejo las monedas de oro que con tanto trabajo habia salvado y que traia allí depositadas y suplicó al capataz que le liquidara sus cuentas.

—¡Cómo! ¿siempre te me quedas aquí, Onofre? le preguntó el gefe de los arrieros.

Onofre era el nombre que habia adoptado Adrian en esta aventura y es fuerza decir que habia indicado á su patron que pudiera ser que no le conviniera seguirle acompañando y agregar que estaba encantado con su arriero por ser muy atento, lo mismo que por ser un muchacho despierto y robusto que desempeñaba á su satisfaccion las comisiones más delicadas y de más confianza.

A las once de la noche salió Crocker con su gente, que dividió como ya habia indicado en tres secciones, dándole órden al teniente Wolfe de que con sus cincuenta hombres rebasara por un flanco la línea enemiga procurando no ser sentido, y que luego que estuviera á retaguardia rompiera el fuego, lo cual sería señal á las secciones del frente para dar el asalto.

Se hizo así fielmente, pues con oficiales pundonorosos y cumplidos nunca hay riesgo de que dejen de ejecutarse las órdenes, y entonces Crocker rompió tambien el fuego por el frente, pero dando la voz al mismo tiempo de pecho á tierra. Los dos disparos de metralla de los realistas pasaron por encima de la tropa tendida que se levantó y corrió á combatir á la bayoneta sobre los parapetos.

Los realistas viéndose atacados tan repentinamente por el frente y retaguardia, gritaron:

—¡Mina! ¡Mina! ¡Aquí está Mina! y los que pudieron corrieron y los que no se rindieron á discrecion confiando en la generosidad de aquel caudillo que ya habia alcanzado gran fama.

Los insurgentes barrenaron dos cañones, procurando llevarse un tercero que tuvieron despues que abandonar en un barranco; pero el fuerte lo destruyeron, cargando con los despojos que pudieron sin haber tenido la menor pérdida en sus filas.

Cuando los realistas volvieron de la sorpresa, ya todo habia concluido y los asaltantes estaban celebrando su victoria en el fuerte.

CAPITULO XLVI

AVENTURAS

Luego que Adrian Pinto se encontró en México, ayudó á depositar las cargas en la Aduana, sacó de un aparejo las monedas de oro que con tanto trabajo habia salvado y que traia allí depositadas y suplicó al capataz que le liquidara sus cuentas.

—¡Cómo! ¿siempre te me quedas aquí, Onofre? le preguntó el gefe de los arrieros.

Onofre era el nombre que habia adoptado Adrian en esta aventura y es fuerza decir que habia indicado á su patron que pudiera ser que no le conviniera seguirle acompañando y agregar que estaba encantado con su arriero por ser muy atento, lo mismo que por ser un muchacho despierto y robusto que desempeñaba á su satisfaccion las comisiones más delicadas y de más confianza.

—Sí, señor, le dijo; quiero disponer de la más completa libertad para buscar á unos parientes de ciertas comodidades que tal vez puedan favorecerme.

—¿Parientes? no creas en los parientes: el mejor pariente es el trabajo. Y lo que es proteccion conmigo no ha de llegar á faltarte.

—Es verdad, y yo estoy muy reconocido; pero de aquí á algunos dias si su merced todavia está en México y no los he encontrado, es posible que me convenga continuar en su servicio.

—Toma, pues, los doce pesos que alcanzas y dentro de ocho dias vas á buscarme al meson de San Antonio Abad, porque al siguiente dia tengo que volverme con el atajo cargado otra vez para Querétaro.

Adrian vaciló entre coger ó dejar aquel dinero á beneficio de sus compañeros que más podrian necesitarlo; pero temeroso de provocar sospechas, cogió los doce pesos, saludó y ofreció volver en cualquiera de los ocho dias siguientes.

Lo primero que hizo en seguida fué dirigirse al Parian para comprar algunas ropas de mediana calidad, que no llamaran la atencion por lo buenas ni infundieran desprecio por lo malas y luego fué á ocupar un cuarto en un meson de los más retirados por el rumbo de Santa Ana, de manera que no necesitaba mas que andar unas diez ó doce calles en línea recta para salir al frente del Palacio. Se vistió sus nuevas ropas, se compuso el semblante, se vió en un espejo y se encontró siempre cambiado con el nuevo disfraz aunque más le acercaba á su antigua posicion.

Antes del oscurecer se dirigió poco á poco al centro de la ciudad.

En cada corrillo que veia, en donde observaba que se estaba tratando de asuntos políticos, se detenia como un forastero que andaba viendo arriba y abajo los edificios admirándose de todo, para ver si pescaba alguna noticia; pero como en ese tiempo habia muchos espías, y estaban prohibidos los grupos y la gente se habia vuelto muy desconfiada, apenas notaban que se acercaba algun extraño se daban la mano, se despedian y cada cual tomaba distinto rumbo.

Habia llegado sin hacer gran cosecha de lo que deseaba á la esquina del Empedradillo en donde quedaba sepultado como dentro de una cueva el callejon de Mecateros y alzando la vista por casualidad descubrió un balcon en un segundo piso á través de cuyas negruzcas cortinas se veia una luz opaca pero á la vez amarillenta que esparcía siniestros resplandores.

—¡La hechicera! exclamó, aquel, si no me equivoco, ese es el escondrijo de la maga.

Y se dirigió sin vacilar á la puerta por donde se tomaba la escalera, subió ésta y tocó por dos veces la campanilla.

Despues de transcurridos algunos segundos apareció una mujer con un pañolon en la cabeza y que tenia las trazas de criada.

—¿Está ocupada la madre? preguntó Adrian.

—¿Para qué la queria?

—Para hacerle una consulta.

—¿De parte de quién?

—De parte de mí mismo. He llegado hoy á México á donde vine solo con ese motivo.

—Está muy currutaco el mozo para ser un palurdo.

—No digo que sea un palurdo y ademas ahora mismo no le corresponden estas ropas.

—¡Hum! murmuró la vieja moviendo la cabeza.

Adrian introdujo un peso por entre las rejas, la vieja lo tomó y ya más docilitada le dijo que la esperara.

—La madre, volvió á decirle la criada, estaba esperando un cliente, tal vez no vendria, porque se lo habia puesto en duda, era un coronel que podia tener nombrado algun servicio, así es que si no podia estarse esperando afuera una media hora larga, podia volver despues y entonces podria recibirlo.

Pinto se sometió á esta condicion que no tenia vuelta de hoja y ofreció volver despues de la siete. Pero lo que sí hizo gran impresion en sus oidos fué que se tratara de un coronel y con una idea que se le habia puesto entre ceja y ceja se plantó en la esquina inmediata para no perder de vista á cualquiera que por allí pasara.

Apenas habia acabado de tomar su punto de observacion cuando apareció un militar cubriéndose parte de la cara con un pañuelo de seda. En el andar, en la parte del semblante que dejó ver á la luz del farol y sobre todo en cierta corcova que era imposible que pudiera disimular, conoció luego al personaje.

—¡Es De Gabriel! exclamó Adrian para sí luego que el primero hubo pasado sin fijarse en el hombre

de chaqueta con quien casi acababa de tropezarse, preocupado más en busear la entrada de la casucha á la cual por vez primera parecía dirigirse.

Pinto por su parte que no conocia él miedo y que jamás habia temblado ante ningun peligro, se sintió estremecer desde la cabeza á los pies, experimentando la emocion que experimentaria el más pusilánime de los hombres al ver delante de sí *un aparecido*.

—¡Es De Gabriel! es él mismo, volvió á repetirse interiormente. Hasta hoy puedo saber de una manera segura que no lo maté, que vive y que es ya un obstáculo invencible entre mí y Elena.

Y recobrándose al momento de aquel golpe dado por la sorpresa que habia llegado á paralizar su cuerpo y su espíritu, lo primero que hizo fué buscar un arma, notando hasta entonces que por la precipitacion en salir ó por no despertar sospechas se encontraba completamente desarmado.

No habia tiempo para ir á su cuarto y volver; esto lo reflexionó desde luego, así es que lo mejor era resolverse á quedarse allí hasta que de Gabriel, que ya habia entrado á la casa de la bruja, saliera. procurando sin embargo no ser visto de él para lo que le bastaba cambiar su posicion yéndose al lado opuesto.

En esta vez tampoco tuvo mucho que esperar, pues apenas habia pasado de la puerta de la casa cuando oyó que el cancel rechinaba arriba y luego los pasos de de una persona que bajaba la escalera.

Era el mismo militar que sin volver la cara torció para la derecha con direccion á las Cadenas.

—Ahora me toca mi turno, dijo Pinto.

Y se introdujo á grandes pasos á la casa de la bruja.

Esta lo recibió y estuvo hablando con él por cerca de una hora, esto es, hasta que se oyeron los *clamores de las ánimas*, que era el toque que todos esperaban para dirigirse á sus habitaciones, so pena de tener malos encuentros con las rondas.

La vieja, que de pronto habia hecho una horrible mueca torciendo desmesuradamente el hocico, luego que recibió una moneda de oro y que creyó descubrir en Adrian una especie de príncipe disfrazado, estuvo en seguida muy amable y casi á punto de levantar los brazos al cielo viendo que le caia entre las manos una de las más sabrosas aventuras. Así es que lo hizo desembuchar y Adrian desembuchó de su cuenta á más y mejor, deseando más interesar la astucia de la vieja que sus hechicerias en las que no tenia el menor átomo de confianza.

Era juéves: Adrian salió de allí gozoso porque la hechicera le dió cita para el domingo próximo á las ocho de la mañana, hora en que podia hacer descorrer ante sus ojos el velo de su felicidad.

Respecto del coronel de Gabriel, era él mismo en efecto el que habia ocurrido aquella noche á preguntar á la maga la buena-ventura, solo que no estando para ello propicia la noche por hallarse algo encapotado el cielo y él estar muy preciso, habia quedado pendiente la operacion para una de las noches próximas, motivo por el que habia sido tan violenta su salida.

Ahora dejaremos pasar el viérnes en que Pinto no se atrevió á salir sino al oscurecer para informarse del domicilio que ocupaba Iturbide, lo cual consiguió fácilmente, pues era un personaje muy conocido en México, y aún anunció la visita de un desconocido que acaba de llegar del Bajio y que deseaba tratar con él un asunto reservado de la mayor importancia, citándolo para el dia siguiente sábado al toque de las oraciones.

—Para un hombre perspicaz, habia dicho Pinto, es lo bastante. Si tiene interés hará por recibirme en secreto. Si no le conviene hará que se me despida en la puerta y todo quedará terminado.

Al oscurecer del siguiente dia estuvo puntual á la cita. Un oficial de confianza de los del séquito de Iturbide le estaba esperando. Lo hizo subir por una escalerilla excusada del segundo patio y lo introdujo á un gabinete excusado donde le suplicó que lo aguardase. Pinto habia cuidado de dar á su persona un aire más en consonancia con el personaje que iba á ver, agregando al conveniente aseo alguna pieza de ropa que favoreciera su exterior.

El coronel solo se hizo esperar unos cuantos minutos. Examinó fijamente al desconocido procurando reconocer algo de su fisonomia que le hiciera recordar haberlo visto alguna vez, y como le descubrió buenas líneas, las de la franqueza y el valor, que casi nunca pueden ocultarse, no tuvo dificultad en escuchar el asunto de que presumia podia venir encarga-

do de alguna persona ó personas que estuvieran mezcladas en la política.

—En efecto, le contestó Adrian, vengo como emisario de una que considero bastante caracterizada y que reune en sus manos todos los poderes que quieran exigirse.

—¿Cómo puede ser? preguntó Iturbide con un gesto que demostraba muy á las claras que él en su imaginacion no encontraba ninguna.

Entonces Pinto sacando del bolsillo el papelito que le habia dado su gefe para Bravo en que le decia que el portador era el mismo Mina en persona, lo desdobló y lo alargó á Iturbide, este lo leyó prontamente y exclamó:

—¡Mina!

—Si vuestra excelencia cree comprometerse en algo despues de conocer el nombre de la persona que me envia, escuchándome, estoy dispuesto á retirarme en el acto y á no volver á recordar nunca que he entrado á esta casa.

Pinto reunió á la palabra la actitud, levantándose.

—No, jóven, no; dijo Iturbide entregando el papel á su interlocutor, la cuestión que yo comienzo la termino siempre aunque entienda que me pueda costar lo que pueda costarme. ¿Que es lo que desea de mí, el Señor Mina?

—Comprendiendo su afan que me manifestó como un favor y no como una exigencia, de lo provechoso que estimaba hacer llegar una palabra suya á vuestra excelencia fué como hice empuje para llegar aquí en medio de grandes peligros.

—Estimo en lo que valen todos esos antecedentes; pero vuelvo á repetir mi pregunta: ¿que quiere el Señor Mina?

—El general Mina quiere saber si cuenta con amigos en esta ciudad y si entre ellos puede contar con uno tan importante como la persona de su excelencia.

—En primer lugar no soy excelencia, sino señoría; en segundo lugar yo no significo nada ni tengo cosa que le pueda servir al Señor Mina.

—Así tendré la honra de comunicárselo en caso de que me quepa el grandísimo gusto de volver á verlo.

Y al decir esto volvió á tomar la actitud de despedirse.

—Precipitado anda usted, jóven Pinto, para tratar estos asuntos. Lo que acabo de decir no significa que quiero dar la negociación por terminada.

—Espero órdenes de su Señoría. Ya he dicho que el jefe que me manda desea vivamente, mas vivamente que si se tratara del virey, cultivar relaciones políticas con el coronel Iturbide. No tengo mas que agregar.

Iturbide se quedó pensativo un momento y luego dijo con calma:

—Estamos ahora ambos muy preocupados y quizás violentos, y cosas de tan gran importancia necesitan tratarse con serenidad de ánimo. El lúnes próximo, si usted gusta, celebraremos á esta misma hora otra conferencia, pues á decir verdad me apenaria mucho desagradar al Sr. Mina que es un valiente es-

pañol y un atrevido militar. Resolveremos ambos si hay empresa alguna que en este país podamos acometer aquel y yo con los escasos ó ningunos elementos de que disponemos.

—Aquí estaré sin falta el lúnes, contestó Adrian lacónicamente, y se despidió dejando á Iturbide sumergido en hondas meditaciones.

Al dia siguiente domingo, Adrian estuvo puntual á la cita de la hechicera, que era el asunto que más le preocupaba y apenas llevaba unos minutos de estar con ella en conversacion cuando sonó la campanilla, oyendo la cual lo obligó á que se ocultara en la pieza contigua.

Una dama de alto rango cubierta casi toda con un espeso velo se presentó en la sala introducida por la criada de la bruja. Esta la dejó allí y se retiró cerrando la puerta.

—Hija mia, le dijo la hechicera, me siento muy feliz cuando mis clientes se sirven acudir así á mi llamado.

Elena, pues no era otra, buscó luego una silla y se dejó caer más bien que sentarse porque sentia que e temblaban las piernas.

—Mi niña viene cansada, dijo la hechicera con voz melíflua, quítese un poco el velito para que se le vaya el bochorno.

Elena, mas bien que levantar la mano para quitarse el velo, dejó que la bruja se lo separara dejando aparecer en toda su esbeltez su radioso semblante. Las cortinas de la habitacion próxima se recogieron

en el acto, un hombre apareció allí frente á la jóven cuya fisonomia vió ella como entre una niebla y en medio de un sueño. Aquel la estuvo contemplando un segundo y en seguida corrió como un torrente y se precipitó á sus plantas. Ella no exhaló siquiera un grito, lo vió y se sonrió. En su imaginacion creia que todo era obra de las artes que sabia manejar la bruja. Seguramente para eso la habia llamado, sabia que estaba sufriendo una pena aguda y aquella era tal vez una vision que le presentaba artificialmente para dulcificar sus dolores.

Adrian permaneció absorto en muda contemplacion á los piés de la jóven.

La vieja que contra su plan veia que se habian precipitado los acontecimientos, estaba indecisa sobre si dar punto á esta escena autoritativamente ó dejarla desarrollarse por sí misma.

Un ruido exterior que se escuchó en aquellos instantes no le dió tiempo para decidirse. El ruido consistió en algunos fuertes campanillazos.

Casi á la vez se abrió la puerta de la sala y apareció la criada en el dintel.

—¿Qué es eso? ¿qué hay? le preguntó la vieja.

—Allí está el militar del juéves en la noche, dijo.

—¡El coronel de Gabriel! exclamó fuera de sí la hechicera.

Al oir estas palabras se estremeció Elena y pronunció débilmente estas palabras:

—¡Dios mio! siempre ese hombre que detesto.

Hasta entonces dió señales de vida Pinto, que levantándose dijo con voz resuelta:

—Que entre de Gabriel y ahora sí respondo de que lo dejaré bien muerto.

Elena, que acabó de despertarse del ensueño en que parecia haber estado sumergida, vino á convencerse de que lo que tenia delante no era una sombra, sino realmente aquel jóven á quien hacia un año habia dejado de ver y que ahora encontraba muy cambiado. Habia reconocido su voz y su actitud gallarda y decidida.

—Adrian, en nombre del cielo, le preguntó con voz angustiada, ¿es usted verdaderamente?

—Sí, yo soy, amada mia, mi dulce Elena, dijo aquel tomando una de las manos de la jóven y llevándosela á la boca con respeto.

La criada seguia esperando á la puerta y los campanillazos no cesaban.

—Dígale usted que no estoy en casa, dijo la hechicera á la doméstica.

Aquella fué á entretener así al coronel.

—Ahora, niños mios, á reponerse y á ver como nos salvamos todos. El coronel no ha de querer irse.

Los jóvenes en lo que menos pensaban era en el peligro que los amenazaba. Ambos sabian que de Gabriel era cobarde y no le temian.

—Soy casada, le habia dicho Elena retirándole la mano.

Adrian, como si lo supiera por primera vez, exclamó desalentado:

—¡Ah!

Pero Elena se apresuró á dar esta explicacion:

—Siempre hemos estado separados; pero él me persigue, me persigue todos los dias, empeñado en que sea su esposa.

Los ojos de Adrian se abrieron á la luz y á la esperanza.

La escena entonces se hizo más rápida, porque la criada venia á decir que de Gabriel queria echar el cancel abajo, la hechicera muy alarmada decia á Pinto muy angustiada que corriera á ocultarse, Pinto solo se ocupaba en contemplar la deslumbradora belleza de su amada y en decirle las palabras más dulces que ella escuchaba sonriente.

—Pues bien, que entre el coronel de Gabriel, dijo la vieja y suceda aquí lo que Dios quiera, pero ni ustedes volverán á verse en esta casa ni nadie tendrá ya segura la cabeza sobre los hombros.

La criada fué á abrir por fin el cancel, de Gabriel se precipitó á la sala gritando:

—¿En dónde está Elena?

Ella estaba allí en el centro y un poco más léjos Adrian con los brazos cruzados.

—Quién es ese hombre? exclamó furioso.

—Un vengador, contestó Adrian, inmóvil siempre y sereno.

De Gabriel pareció reconocerlo y mudó de color.

—Elena, sígueme al momento, dijo este acercándose á la jóven y tomándole la mano.

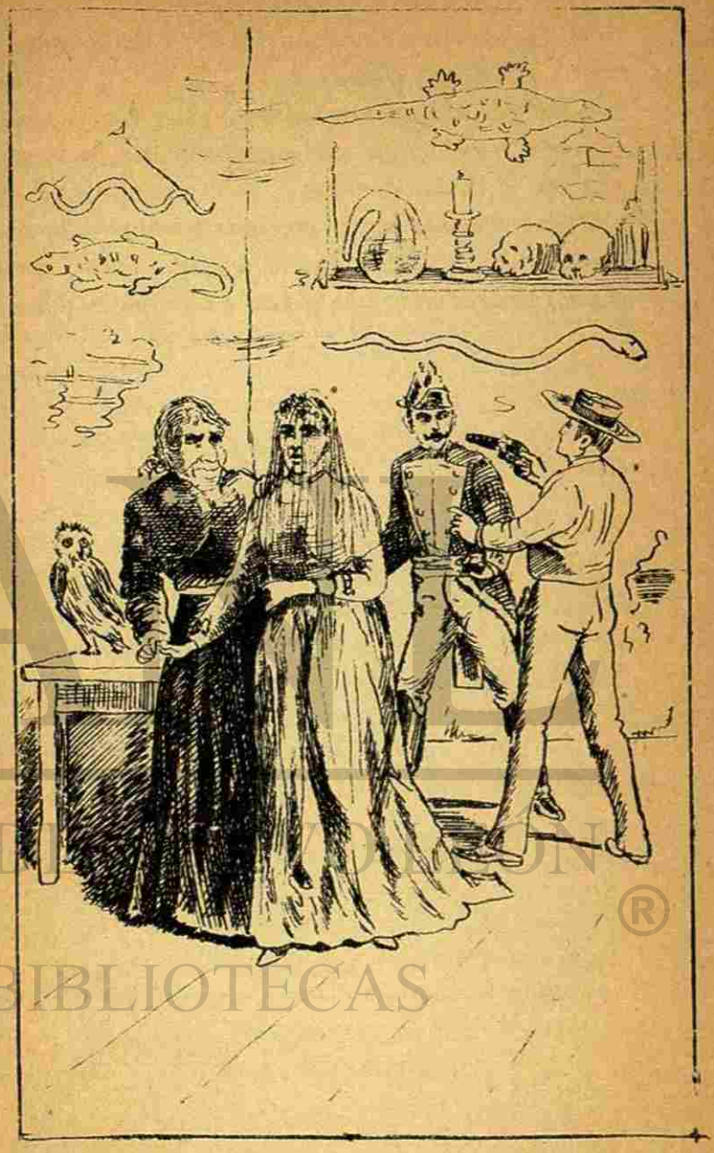
Ella se levantó y huyó como espantada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Adrian de un salto se puso al lado del coronel, la sujetó y le dijo á Elena:

—Señora, el camino está libre para que pueda usted retirarse: yo detengo aquí á este caballero hasta arreglar con él ciertas cuentas.

Elena aturdida huyó precipitadamente empujada por la bruja, de Gabriel quizo seguirla, pero Pinto lo detuvo amartillando una pistola y diciéndole: ¡Quieto



...¡Quieto!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

CAPITULO XLVII

ENCUENTROS

—¡Quieto! volvió á repetirle Pinto á De Gabriel al haber hecho este un nuevo movimiento para seguir á Elena; y cuando hubieron pasado algunos minutos, bajó el martillo de la pistola, la alzó en la cintura, soltó á De Gabriel á quien habia tenido sujeto de un brazo y le dijo ofreciéndole una silla:

—Ahora vamos á tener nosotros dos un momento de conversacion.

De Gabriel se sentó maquinalmente, pero no pronunció una sola palabra.

—Se puede decir que nos conocimos, ó por lo menos que fué la primera vez que nos hablamos, continuó diciendo Adrian á De Gabriel con el tono de la mayor tranquilidad, en la fiesta que dió el virey á la vireina con motivo de su cumpleaños.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De Gabriel no contestó.

—En ese tiempo era usted el prometido de la hija mayor del Sr. Apodaca, pero un prometido muy mal aceptado por la novia, puesto que el matrimonio, si se realizó al fin, fué contra toda su voluntad, firmemente expresada antes y despues.

—Basta, dijo al fin De Gabriel, no puedo permanecer aquí por más tiempo, ni.....

—Un momento, solo me permitiré detener á usted lo muy preciso para que tengamos le explicacion que deseo.

De Gabriel, que habia se levantado, volvió á sentarse.

—En esa ocasion, señor coronel De Gabriel, usted no pudo reprimir su disgusto ó tal vez su celo, pareciéndole insoportable que la hermosa Elena me dirigiera la palabra y bailara conmigo, provocando con su conducta imprudente cierta reyerta que tenia que desenlazarse por medio de un combate personal. ¿Lo recuerda usted, señor coronel?

—Sí, sí lo recuerdo, contestó enfadado, como recuerdo que usted me dirigió una puñalada en la capilla de Palacio.

—Vamos por partes. En aquella fiesta de que antes he estado hablando, convenimos usted y yo, caballerosamente, en tener un encuentro en el Paseo armados de nuestras correspondientes espadas.

—El Virey lo supo y tomó providencias para evitarlo.

—Falta usted á la verdad, señor coronel. El virey

no podia saber lo que solo pasó entre nosotros dos en una conferencia muy reservada.

—Alguno nos observó y se lo dijo.

—Repito que no es verdad, y no lo es, porque usted no llegó á concurrir al lugar de nuestra cita. Lo sé esto por personas de mi confianza que debieron haberme informado.

De Gabriel prefirió no contestar á este ataque tan preciso y Adrian continuó:

—Por eso fué que indignado ante una conducta que de parte de usted me pareció tan villana como cobarde, decidí tomar venganza de la manera que me fuera posible y .....

—Me atacó usted con un puñal en la capilla de Palacio.

—Estaba airado y celoso, estaba fuera de mí, completamento ciego por el rencor y la ira, y sin pretender justificar aquel acto al cual fuí llevado por la más violenta de las pasiones, dije y sostengo que no estamos pagados, sino que el asunto que dejamos pendiente debemos terminarlo.

—¿Qué asunto?

—El de nuestro combate personal.

—Señor Pinto, dijo entonces De Gabriel levantándose y dando por la primera vez una señal de entereza, entre nosotros dos hay ahora un abismo. El hombre decente, el hombre honrado no puede medir ya sus armas con el criminal.

—¿Y quién de los dos es el hombre honrado?

—Yo.

—¡Ah! exclamó Pinto conteniendo el torrente de indignacion que pugnaba por desbordársele, ¿de manera que usted creeria deshonrarse batiéndose conmigo?

—Al menos tendria que someterme antes al fallo de cualquier tribunal competente.

—¿Y qué mejor tribunal que nuestra conciencia?

—La de ambos está muy ofuscada. Usted cree que yo le hice víctima de una felonia: yo tengo la conviccion que usted turba mi tranquilidad doméstica, que tiene las manos manchadas con mi sangre derramada en un conato de homicidio á traicion y ni usted ni yo podemos ser jueces.

—¿De manera que se conformaria usted con el fallo de un árbitro?

—Sí, señor.

—Pues nombraremos uno: me someto al que usted elija con tal que preste garantías á mi seguridad personal.

De Gabriel se quedó reflexionando, pues veia una hendidura abierta por donde escaparse de aquel lio peligroso en que habia caido y despues de unos segundos dijo:

—He pensado en un hombre de elevada posicion que puede ser para los dos uno de los más imparciales.

—¿Cuál?

—El coronel Iturbide.

Adrian exclamó gozoso:

—Sé que es un militar valiente y caballeroso, de modo que no tengo nada que objetarle. Consiento en que se le someta la cuestion y juro por mi honor someterme á su decision.

—Yo tambien lo juro, dijo De Gabriel tocando el puño de su espada con la mano izquierda.

En seguida arreglaron la forma en que debia ser sometido el asunto á Iturbide, de modo que no peligrara la libertad de Pinto, en la cual protestó De Gabriel interesarse.

Despues de esto se separaron.

De Gabriel se salió á grandes pasos y de dos en dos bajó los escalones de la escalera. Al llegar á la puerta de la calle volvió á ver hácia arriba con una sardónica sonrisa dibujada en el semblante.

Pinto se quedó pensativo y lo que pensaba era lo siguiente:

—He hecho mal en dar libertad al traidor, porque desde este momento ya no puedo tener aquí seguridad ninguna; pero ¿qué otra cosa debia hacer despues de salvar á Elena de un lance desagradable? ¿Acaso habia de matarle como un asesino vulgar? Lo principal era detenerle mientras llegaba Elena á Palacio y eso se ha conseguido. Ahora, respecto de mí, que el destino disponga lo que le parezca.

La hechicera entró en los momentos en que Adrian se estaba haciendo estas reflexiones.

—¡Ay niño de mi alma! exclamó, todavia no vuelvo en mí, ¡qué sustazo he tenido!

—Señora, le dijo Pinto, lo mejor que podemos hacer usted y yo es ponernos al abrigo donde podamos.

—¡Ay Jesus! pero ¿qué va á sucedernos?

—Lo que va á sucedernos es que no tardará De Gabriel en presentarse aquí con un piquete de tropas para llevársela á usted á la Santa Inquisicion, y á mí al otro mundo, si es que logra ponerme la mano encima.

Diciendo esto tomó su sombrero y se salió sin atender las súplicas y exclamaciones en que estalló la vieja para que no la abandonara. Todo el aire misterioso de esta se habia desvanecido como el humo y ahora no pensaba mas que en buscar un escondrijo cualquiera para no caer en las manos de la justicia, como cualquiera otro mortal que no contara para nada con las malas artes del demonio.

Pinto, una vez en la calle, miró hacia todos lados con precaucion y no pareciéndole que hubiera persona alguna sospechosa que lo observara, se dirigió á gran prisa para la esquina, torció á la izquierda del empedradillo y se encaminó á su alojamiento.

—Allá al lado de mis armas, me recogeré en mí mismo y pensaré la conducta que sea más prudente observar.

Pero Pinto se engañaba en creer que nadie le seguia, pues que precisamente un hombre caminaba por la acera del frente aparentando la mayor indiferencia pero sin perder ninguno de los movimientos del incauto jóven.

Este llegó al meson de Santa Ana, abrió su cuarto y despues de colocar su espada y sus pistolas encima de la cama cerca de su brazo, se sentó en una silla y

se puso á meditar seriamente sobre el nuevo embrollo en que se habia metido.

La cuestion para él era esta: ¿debia dar crédito á las palabras de De Gabriel? ¿Acudiria á la cita en que habian convenido para ir á someter sus diferencias ante el coronel Iturbide? Si se ausentaba sin prestar formalidad á este arreglo ¿no lo sabria Elena y le imputaria la nota de cobarde?

Al pronunciar dentro de sí este nombre, no pudo menos que torcer el hilo de sus reflexiones y representarse á la bella hija del virey en la actitud que habia tenido en la casa de la bruja. Aquel aire tan dulce, tan tímido, tan complaciente cuando le estaba escuchando postrado á sus plantas, ¿no era más elocuente que si le hubiera hecho las mayores protestas de amor? Aquel cambio tan repentino al presentarse De Gabriel mostrándose ella indignada y hasta colérica, ¿no decia bastante claro tambien que odiaba al hombre que le habian dado por marido? Entonces estaba en el deber de conservar su vida y su libertad para ella, puesto que lo amaba, puesto que aborrecia mortalmente á su rival. Era cierto que por de pronto no habia para los dos jóvenes ninguna esperanza, pero acaso no podia pertenecerles el porvenir? Ahora habia un abismo infranqueable entre ellos; pero acaso no era cierto que todo lo vence el amor? Y sobre todo, sabiendo que ella lo amaba, ¿que le importaban los peligros, la miseria, los trabajos, las hambres y los mayores sacrificios? Todo lo intentaria por llegar alguna vez á conquistarla como Hernan Cor-

tés habia conquistado el imperio de Moctezuma. El se sentia con el brazo y el corazon bastante fuertes para intentar por su dama las empresas que parecieran más imposibles.

Dejemos por un momento á Pinto reflexionando sobre su situacion, para volver á Elena que acompañada de una criada anciana vestida de negro y con tocas blancas, segun acostumbraban las dueñas entonces, llegaba al Palacio y se introducía en sus habitaciones sin que nadie hiciese alto en ella, figurándose todos que volvia de la misa.

Al llegar á su habitacion, cerró por dentro la puerta despues de haber despedido á su anciana doncella, é inmediatamente fué á arrodillarse al pié de una virgen que tambien, segun la costumbre, tenia en un pequeño altar en una de las cabeceras del cuarto y cerca de su cama.

Allí hizo una larga oracion, pidiéndole de todas veras á la imágen que la salvara del cataclismo que veia cernirse sobre su cabeza. Despues de haber orado mucho y de haberse tranquilizado un poco, empezó á pensar en lo que acababa de pasarle pareciéndole todo un sueño. ¿De dónde habia salido Pinto con aquel traje que le parecia algo extraño estando acostumbrada á verlo siempre vestido de militar? ¿Por qué circunstancia casual ó preparada se habia encontrado tambien en la casa de la hechicera? ¿Todo era efecto de una intriga de esta supuesto que la habia llamado para comunicarle una nueva interesantísima que habia leído en los astros sobre su porvenir? ¿Cómo se habia aventurado Adrian á volver á México sabiendo que tal vez peligraba su vida? Al llegar aquí se le presentaba la figura del coronel, al cual todavia no habia querido recibir en su cámara y tambien extrañaba la presencia de este en aquella casa, haciéndose estas preguntas á las cuales en vano queria hallar contestacion: ¿quién lo llevó allí? ¿de qué manera supo que allí me encontraba yo y que allí estaba tambien el alférez? ¿Seria completamente casual su llegada segun parecia indicarlo la hechicera ó ella misma lo habia llamado de acuerdo con la vireina? ¿Sabrian ya ó llegarian á saber esto sus padres?

Y como una respuesta á esta última pregunta, sonaron unos golpes á la puerta en la forma misma con que los daba la vireina.

—¡Maria Santísima, acompáñame! exclamó, ¡Maria Santísima, sálvame! y corrió á abrir la puerta.

La vireina se presentó en efecto con el semblante muy airado. Se quedó contemplando por un momento á la jóven que estaba presentando los más vivos síntomas del terror y le dijo con voz temblorosa:

—Elena, segun me refiere De Gabriel, acabas de deshonrarle lo mismo que has deshonrado las canas del virey y las mias.

La jóven no acertó á responder una palabra.

—Habla, ¿es cierto que has ido á reunirte con Adrian Pinto en una casucha indecente?

—¿Yo? preguntó Elena atónita..... yo?.. .....

—Tú, tú misma..... él te ha encontrado junta con Pinto en la casa de una vieja perdida á quien por

compasion no se habia llevado antes á ser quemada viva en las hogueras del Santo Oficio.

La jóven, como por instinto, sacó un papel que tenia oculto en el seno y lo presentó á la vireina. No contenia este papel mas que tres líneas, las que le habia dirigido la maga apremiándola para que fuese á su casa á oir una revelacion importante sobre su destino.

—Es preciso poner todo esto en conocimiento del virey, dijo despues de un rato la vireina, para que él administre la justicia que sea necesaria, fuera de los pasos que para lavar su honra ha comenzado á dar el coronel De Gabriel.

Este nombre y esta amenaza fueron como un golpe eléctrico que hacian despertar á Elena, la cual se sentia como aletargada.

—Pues ¡cómo! exclamó, ¿acaso esa persona tiene facultad alguna para hacerse justicia por su mano?

—¿Cuando dices *esa persona*, te refieres á tu marido?

—No me puedo acostumbrar á llamar mi marido á un hombre que en cada uno de sus pasos demuestra villanía y poca grandeza de alma.

—¡Elena!

—Madre, lo que más estimaria como un favor seria que no se pronunciara aquí ese nombre. Por lo demás, si *ese* hombre á quien se llama mi marido da pasos contra mí ó contra cualquiera persona para cubrirse más de ignominia, que Dios le ayude si quiere ayudarle.

Y como desde este momento la jóven tornó á encerrarse en el más absoluto silencio, la vireina salió contrariada sin saber qué partido tomar ante aquellos sucesos inesperados.

De Gabriel en efecto habia dado pasos desde el momento en que salió de la habitacion de la hechicera y fué el primero en dar comision á una persona para que siguiera á Pinto á donde quiera que fuera, y en seguida al llegar á Palacio destacar un oficial con cuatro soldados con órden de que se apoderara de la vieja, la condujera con su criada á las cárceles del Santo Oficio y decomisara todos los útiles de hechiceria que en el tugurio se encontraran. Despues avisó á la vireina, segun hemos dicho, dándole cuenta en globo de lo sucedido aquella mañana y de allí se pasó á ver al virey, quien no quedó menos sorprendido al oir una relacion tan extraña como inesperada. De tal manera le pareció escandaloso aquello, que saliendo de su habitual parsimonia, se levantó airado y exclamó lleno de cólera:

—Pues no toleraré que se siga turbando así el reposo de mi capital y de mi familia, aún cuando para conseguirlo tenga que pasar por encima de media docena de cadáveres.

Apodaca y De Gabriel siguieron hablando unos minutos y cada cual se fué por su lado á tomar providencias.

Entretanto Adrian Pinto en su meson habia salido ya de las meditaciones en que estaba abismado, recordando á Elena y todo lo sucedido en la mañana,

volviendo á tener conciencia del peligro que estaba corriendo.

—Si quiero salvar la cabeza, se habia dicho, tengo que salir de México porque de Gabriel es un canalla que no cumplirá ninguno de sus compromisos y menos uno que puede alegar le fué arrancado por la fuerza. Creo que sin escrúpulo alguno puedo irme sin que se atribuya á cobardia mi alejamiento. Un dia ú otro podré justificarme, si es que De Gabriel concurre á la nueva cita que hemos acordado.

Entonces violentamente se colocó en la cintura el poco oro que llevaba consigo para sus gastos, hizo un pequeño lío con la ropa más indispensable, tomó sus armas y se dirigió á arreglar la cuenta con el patron, para recomendarle á la vez que le guardara unas prendas que dejaba y que tendria cuidado de recoger á su vuelta.

Estaba en esto y dentro del mismo cuarto del mesonero á la derecha del zaguan, cuando se presentó una ronda de seis hombres mandados por un oficial.

—¿Cuál es el cuarto de D. Adrian Pinto? le preguntó á este mismo que fué el primero con quien tropezó el gefe de la ronda al presentarse con su gente en la puerta.

—El número 9, le contestó Pinto con sangre fria á la vez que le señalaba con el dedo un cuarto de la izquierda.

El oficial dijo entonces á su gente:

—Quédense aquí dos hombres que no dejarán salir á nadie mas que al mesonero. Los demás síganme.

Pinto, despues de ponerse un dedo en los labios, dió una moneda de oro al verdadero mesonero y él salió por entre los dos centinelas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLVIII

ULTIMO GOLPE

Dejamos á Mina en las goteras de Guanajuato. Su marcha habia sido tan oculta y tan rápida, que no solo Orrantia encargado de vigilarlo, lo habia perdido de vista, sino que en la ciudad misma, objeto de tal movimiento, ignoraban absolutamente que pudieran tener tan cerca á un enemigo tan peligroso, de manera que el mismo general se sorprendió, al penetrar en las calles, de no encontrar ninguna resistencia Casualmente tropezó su descubierta con una ronda en la calle de los Pocitos, la cual, aunque fué dispersada, disparó algunos tiros y dió con esto la alarma á la guarnicion que dormia, con su gefe D. Antonio Linares, el más profundo sueño. Si Mina hubiera llevado consigo siquiera unos doscientos hombres de buena tropa, con ellos hubiera llegado á la plaza, sin la menor dificultad; pero ya hemos dicho que si bien le acompañaban unos mil cuatrocientos hombres, no eran soldados que supieran constreñirse á la disciplina ni conocer la menor serenidad en el combate. Algunos no tenian armas y muchos no sabian como manejarlas.

El gefe de la ronda D. Manuel Baranda, oficial de patriotas realistas, no se limitó á dar la voz de alarma con grandes gritos, sino que mandó tocar generala y bien pronto los centinelas de un destacamento que habia en Granaditas, así como de los otros puntos donde habia guardias empezaron á hacer fuego, áunque sin saber por dónde se presentaba el enemigo; y todo esto contribuyó á que la guarnicion se pusiera sobre las armas apresténdose á resistir á los insurgentes, aunque por de pronto reinaba tanto en uno como en otro campo la mayor confusion.

Hé aquí el resúmen de este suceso. El 23 de Octubre de 1818 á las nueve de la noche, llegó sin ser sentido á la hacienda de Platas, tomó la cuesta de S. Clemente y bajó á la plaza de San Roque dirigiéndose en columna cerrada á la Plaza Mayor conducido por tres hombres que le servian de guias; mientras que otros acompañaban á los gefes que iban mandando columnas. Luego que fué sentido, segun hemos dicho antes, dividió sus fuerzas, destacando una columna por la calle de Alonso y otra á la plaza de San Fernando, dándole á cada gefe un término comun para que el ataque resultara simultáneo, recomendándoles al efecto la mayor rapidez. La tropa que tomó por la calle de Alonso se negó á avanzar creyendo que

se la queria meter en un callejon sin salida, por la sombra que estaba proyectando al frente el edificio de San Diego y lo mismo fué detenida la otra columna por un peloton de realistas que le salió al encuentro. Mina, observando aquella detencion que comprometia el éxito del combate, mandó repetidas órdenes para que las columnas siguieran avanzando con decision, pero todas ellas fueron inútiles, y antes bien al poco rato le vinieron á avisar que ya estas se estaban desbandando.

El momento fué bastante apurado, pues comprendia que el separarse del punto que ocupaba, por mas que explicara y justificara el motivo, era tanto como introducir el desórden en la fuerza que tenia á sus órdenes y que conservaba toda su moral. Ningun otro más que él podia impedir el desbandamiento en las otras columnas, pero no habia medio de estar en tres partes al mismo tiempo y se limitó á mandar sus mejores oficiales con instrucciones muy terminantes para los gefes, sobre que acuchillaran sobre la marcha á los que dieran señales de cobardía, y sobre todo, para que continuaran dando la carga, antes de que el enemigo tuviera tiempo de dar mejor organizacion á la defensa.

Todo fué inútil: el mismo Mina fué atacado en los atrincheramientos que se habia improvisado y cuando vió que se le hacia fuego tambien de las azoteas, quiso cambiar su posicion; pero no supo la direccion que debia tomar para posesionarse de la plaza porque

ya sus guías habian desaparecido, lo mismo que los oficiales que conocian las calles de Guanajuato.

Ya todos los suyos, con excepcion de una pequeña escolta que le permanecia fiel, le habian abandonado. Le parecia muy duro tener que abandonar una victoria que consideraba, ó habia pocos momentos antes considerado como suya, y permanecia manteniendo el combate con una veintena de hombres que no querian abandonar á su general, hasta que ellos mismos lo sacaron de allí á la fuerza, pues su ánimo era morir mejor que tener que confesar despues la vergüenza de tan inmotivada derrota.

Los realistas estaban tan aturdidos, que aunque siguieron á los fugitivos haciéndoles varias descargas no lograron matar á ninguno y solo cogieron un prisionero muy mal herido, que se defendió como un leon, el cual fué fusilado en el acto. Ellos por su parte tuvieron dos muertos y algunos heridos.

Para colmo de males tuvo lugar otro suceso que vino á determinar en Mina el momento más terrible de despecho.

—¿Qué claridad es esa que se ve allá arriba? preguntó al único ayudante que le acompañaba.

—Voy á informarme, señor, le contestó este.

A pocos momentos volvió y le dijo:

—Es el tiro general de la mina la Valenciana que está ardiendo.

—¡Como ardiendo! ¿pues qué ha pasado? ¿quién ordenó tal incendio?

—Señor, el guerrillero Francisco Ortiz.

—¡Condenacion! exclamó Mina mordiéndose los puños lleno de rabia, no es posible adelantar nada con esta gente tan cobarde y tan llena de vicios.

Y arrepintiéndose luego de haber dado demasiada rienda á su despecho, agregó:

—Ya se averiguará cómo ha sido eso, porque me parece imposible que Ortiz autorizara un daño tan inútil y que tiene que caer como un borron de deshonra sobre nosotros.

En la mañana del 24 se reunieron los dispersos en el mineral de la Luz y se encontró con que eran muy pocos los que faltaban.

—Pues menos me explico la derrota, se dijo interiormente Mina, porque entonces lo que resulta es que no nos han vencido, ni dispersado, sino que nos han puesto en fuga sin combatir.

Y dirigiéndose á los gefes principales les habló así:

—Señores, con mucha pena tengo que manifestar á ustedes que no han sabido cumplir su deber acatando mis órdenes.....

—Señor, le interrumpió el mismo Ortiz que habia quemado el tiro, con tropas mal armadas y peor disciplinadas como estas, es imposible atacar de noche una ciudad tan tortuosa como Guanajuato, pues que hasta el entrar á una casa deshabitada causa pavor al hombre más intrépido, estando oscura.

—Tambien yo tengo la culpa, no lo niego; pero es fuerza que ustedes sepan que yo no tenia la menor idea de que la ciudad de Guanajuato estuviera tan llena de callejuelas y encrucijadas. Estuve desacertado, es verdad, pero tambien es verdad que cada uno debia haberme ayudado para aprovecharnos de la sorpresa causada al enemigo.

Expusieron sus disculpas y entonces Mina les manifestó lo conveniente que era que cada gefe de partida se fuera con la suya á su respectiva comandancia, procurando armar y disciplinar mejor á sus soldados, y prometiéndoles que no se pasaria mucho tiempo sin que recibieran órdenes suyas para repetir con mejor éxito el ataque de Guanajuato.

—Será una vergüenza, les dijo despues de estrechar á cada uno la mano, que no nos aprovechemos del sitio de San Gregorio para tomar una ciudad tan importante como Guanajuato, siempre que contemos con soldados que nos sepan obedecer.

—Con estas mismas fuerzas ocuparemos la plaza, le dijo Ortiz, siempre que la ataquemos con la primera luz de la mañana.

—Sí, sí, le contestó bondadosamente Mina, todos procuraremos enmendar nuestros errores de la noche pasada, y sobre todo, sin causar perjuicios tan inútiles como el del fuego aplicado al tiro de la Valenciana.

Entre estos y otros tiroteos de palabras se verificó aquella separacion, que para unos fué causa de alegria porque se sentian cohibidos con la presencia de Mina, así como para otros fué de gran pesar, porque comprendian que por entonces era el único gefe emprendedor que podia conducirlos á la victoria y el único que infundiendo gran temor al enemigo, los ponia hasta

cierto punto al abrigo de las persecuciones encarnizadas.

El general Mina se reservó cuarenta hombres de infanteria y treinta de caballeria, con los cuales pernoctó á poca distancia de la mina de la Luz. Lo acompañaban tambien D. Pedro Moreno, cinco oficiales de los pocos que hasta entonces le quedaban de los que habia traido del extranjero y dos asistentes de confianza.

Tanto Mina como Moreno y los oficiales dichos se acostaron vestidos debajo de un árbol despues de dejar establecido el pequeño campamento. Como ninguno de aquellos hombres podia conciliar el sueño, Mina fué el primero que les habló diciéndoles:

—Me parece que nos encontramos todos más impresionados que de costumbre con los últimos acontecimientos, cuando ni las fatigas de los dias anteriores ni el desvelo de anoche nos obligan á cerrar los ojos y á dormirnos.

—Efectivamente, le contestó Moreno, yo no puedo conciliar el sueño por más que hago, pensando en que hemos sufrido una derrota de las más desabridas.

—Es fácil de explicarse, le dijo Mina riendo, los realistas estaban llenos de susto y no sabian ni á quien ni para qué punto disparaban sus armas, y los nuestros estaban llenos de miedo creyendo que en cada paso que daban se los iba á tragar un abismo.

—Cuando todo se hubiera terminado con facilidad, solo marchando adelante.

—¡Bah! exclamó Mina con tono de conformidad. Siquiera no hubo sangre. Pero yo diré á ustedes in-

genuamente que no es la escaramuza desgraciada de anoche lo que me tiene preocupado, sino lo que va á seguirse.

—¿Acaso está arrepentido vuestra excelencia de haber disuelto el ejército? Lo más fácil es volver á reunirlo.

—Para qué? no tenemos recursos con qué mantener á cosa de dos mil personas con hombres y mujeres, ni los sacrificios que hiciéramos para ello quedarian compensados, una vez que no podemos emprender ninguna operacion militar de importancia.

—Perdone vuestra excelencia que le haga una pequeña observacion: ¿no podriamos haber marchado sobre el campamento de Liñan con toda la gente poniendo de acuerdo al padre Torres para que hiciera una salida con toda la guarnicion?

—Sacrificariamos á aquel bravo hombre inútilmente y nos sacrificariamos tambien nosotros que seriamos cogidos entre dos fuegos, sin esperanza de conseguir que estas partidas dieran una carga.

—Veo que vuestra excelencia está totalmente descepcionado.

—Hay más aún: me asaltan no sé qué siniestros presentimientos.

Los otros oficiales que estaban escuchando esta conversacion, acostumbrados á conocer el carácter de Mina que se convertia en mústio cuando se veia contrariado, procuraron distraerlo presentándole nuevas perspectivas, hasta que éste les dijo:

—Pues bien, señores, no necesitaria ir muy léjos

para divisar un porvenir negro: ¿qué haremos mañana mismo con este púñado de hombres, estando como estamos rodeados de enemigos?

—Abrirnos paso, dijo uno.

—Atacarlos, exclamó otro.

—O burlarlos con hábiles maniobras, agregó el tercero.

—Yo opino, dijo á su vez Moreno, porque escojamos un refugio seguro para dar descanso por tres dias á la tropa y principalmente á nuestro general, y ese refugio lo tenemos en la hacienda inmediata llamada la Tlachiquera que pertenece á un amigo decidido de nuestra causa. Allí hay sitios encumbrados á donde no irá á buscarnos el enemigo, principalmente cuando bastante tendrá con que entretenerse con los Ortices y demas comandantes que van ahora á merodear por cuenta propia.

No le pareció mal el proyecto á Mina y se durmió, encargando antes que le hablaran á las tres de la mañana para decidir lo conveniente.

Por la mañana, á la hora dicha, estaban alistando las tropas para ponerse en movimiento, cuando se presentó acompañado de cuatro mozos armados el mismo D. Mariano Herrera dueño de la hacienda de la Tlachiquera y víctima anteriormente de Iturbide, quien despues de abrazar á Mina é impuesto de la situacion le dijo:

—Pues allí tiene vuestra excelencia el rancho del Venadito que bien puede considerarse como una fortaleza oculta en las montañas. Allí podrá permanecer

vuestra excelencia todo el tiempo que guste, sin que le falte nada y sin que nádie vaya á molestarlo. Yo me situaré en la misma casa de la hacienda que está á una legua de distancia y desde allí le mandaré avisar en el caso de que llegue á presentarse por ese lado el enemigo.

Considerando Mina que cuando menos aquel retiro de unos cuantos dias, fuera del descanso, podia servirle para tomar mejor el pulso á la situacion y resolver lo que debia hacerse despues, lo aceptó aunque no muy expontáneamente y pareciendo ceder á las instancias de todos, que consideraban necesario ponerle á cubierto de pronto de las asechanzas del enemigo. Todos sabian perfectamente que el punto de mira para los comandantes realistas de aquellos rumbos era el general español, al cual procurarian asediar por todos lados luego que supieran que quedaba con tan poca gente, sin ocuparse de los demás guerrilleros á quienes miraban con el más alto desprecio, y veian como la medida más urgente quitarle del frente de las miradas escrutadoras del enemigo. Así es que con júbilo celebraron que el general hubiera aceptado la hospitalidad que de tan buen grado habia ido á ofrecerle el patriota D. Mariano Herrera.

Para allá, pues, se dirigió el pequeño ejército de Mina, procurando extraviar senderos para no ser sentido de los realistas.

Orrantia en efecto andaba todo desorientado buscando á Mina en la hacienda de la Caja cuando le avisaron el peligro en que acababa de estar Guana-

juato y voló allí con su division, quedando entonces tan admirado de la audacia del nuevo caudillo insurgente como de sus hábiles y rápidas maniobras.

Fué Orrantia á visitar al comandante Linarés que guardaba cama por su herida poco peligrosa que habia sufrido en la refriega de la noche anterior, y á este le dijo:

—Compañero, si Mina llega á tener dos ó tres mil hombres regularizados, estamos perdidos. Lo conveniente es cogerlo y matarlo cuanto antes.

—La dificultad principal está en que se deje coger, contestó el herido sonriendo.

—El no querrá dejarse, pero lo arrinconaremos y no podrá evitar que se le llegue su turno. Ya le tengo encima veinte buenos sabuesos que no le perderán de vista y ahora mismo acabo de mandar otros tantos que me traigan noticias seguras del rumbo que ha tomado, pues que ha dividido su gente en grupos y él se ha quedado con uno muy pequeño seguramente para poder burlarnos mejor. No ha de estar léjos, así es que me prometo en esta vez no moverme de aquí sino para ir á atraparlo.

Bien decia Orrantia: los diligentes espías que habia mandado por una parte y por otra la circunstancia de que el fiel de la balanza estaba visiblemente inclinado al lado del gobierno del virey, hicieron que prontamente tuviera noticias exactas del lugar en donde se encontraba Mina y el número de gente que tenia. Tomó lo mejor de sus tropas de caballeria é infanteria y con todas las precauciones que se tienen para la caza del

tigre, se puso en camino hácia el rancho del Venadito. La descubierta compuesta de ciento cincuenta dragones sorprendió en la madrugada del dia 27 á la fuerza principal de Mina, desarmada, y sin dejar tiempo á ninguno de los que la formaban para ensillar los caballos, habiendo sido cortadas por la travesía que venia haciendo el enemigo por el monte, las pequeñas avanzadas que se habian apostado, de modo que apenas unos cuantos hicieron una floja resistencia.

El general Mina, que todavia no se levantaba de la cama, comprendiendo por el ruido lo que pasaba, de un salto se puso fuera de la habitacion, todavia en mangas de camisa, olvidando hasta su espada por creer que lo primero á que habia que acudir era á formar su gente para organizar la defensa; pero desgraciadamente ya habia penetrado entre ella el pánico y nadie se ocupaba mas que en huir para ponerse á salvo en los bosques inmediatos. El general D. Pedro Moreno con cinco hombres solamente que habia logrado reunir, hizo una resistencia desesperada vendiendo cara su vida, pues que antes de caer atravesado por varias lanzadas, puso á buen número de enemigos fuera de combate. Mina acudió allí únicamente acompañado de un negro y un español, que eran sus asistentes, los cuales tambien entraron en combate pereciendo á pocos momentos. Mina, viéndose ya solo y sin armas, procuró ponerse tambien en salvo; pero bien pronto fué alcanzado y rodeado por varios soldados. Entonces el dragon de Frontera J. Miguel Cervantes, poniéndole la lanza en el pecho, le gritó:

—¡Ríndase!

—¿Qué resistencia hago, si no tengo armas? le preguntó Mina.

Fué en el acto ligado fuertemente de los brazos y llevado á presencia del gefe realista.

—¿Usted es el traidor Mina? le preguntó Orrantia.

—Es villanía injuriar á un prisionero, le contestó Mina con altivez.

Orrantia desenvainó el sable y pegó dos golpes de plano al prisionero, que tenia atadas las manos, en las espaldas.

—¡Miserable! le dijo entonces este sin mostrar el menor temor, y sin que el tono de su voz sufriera alguna alteracion, siento estar prisionero, siento tener ligadas las manos, siento no poder vengar yo mismo esta afrenta; pero todos los infortunios no son nada comparados con el de estar en poder de un hombre, de un canalla como usted, que no respeta ni el nombre español ni el caracter sagrado del militar vencido.

Todos los circunstantes admiraron el noble continente del prisionero, así como su altivo lenguaje y volvieron la espalda á Orrantia. Este se retiró avergonzado y hasta despues de una hora pareció volver en sí para dar órden de que se fusilara á algunos prisioneros y de que fuera conducido Mina á Silao con una fuerte escolta.

CONCLUSION.

—

Por más vivos que sean nuestros deseos de dar á nuestras leyendas un desenlace agradable, de esos que no dejan una impresion penosa despues de la lectura, no nos es posible, en virtud de que aquellas circunstancias no eran propicias para que hubiera acontecimientos venturosos. Así es que, el capítulo con que va á concluir ésta no es mas que una cadena no interrumpida de catástrofes é infortunios

Las personas que sean delicadas de nervios harán bien en pasarlo por alto, una vez advertidos de que solo van á ver desfilar una procesion de víctimas, figurando entre ellas las personas que deben haberles simpatizado más en esta relacion.

Respecto de la prision de Mina, Liñan rindió un parte al virey diciéndole entre otras cosas: "Tengo la satisfaccion de incluir á vuestra excelencia el parte original del Sr. coronel D. Francisco Orrantia en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Ríndase!

—¿Qué resistencia hago, si no tengo armas? le preguntó Mina.

Fué en el acto ligado fuertemente de los brazos y llevado á presencia del gefe realista.

—¿Usted es el traidor Mina? le preguntó Orrantia.

—Es villanía injuriar á un prisionero, le contestó Mina con altivez.

Orrantia desenvainó el sable y pegó dos golpes de plano al prisionero, que tenia atadas las manos, en las espaldas.

—¡Miserable! le dijo entonces este sin mostrar el menor temor, y sin que el tono de su voz sufriera alguna alteracion, siento estar prisionero, siento tener ligadas las manos, siento no poder vengar yo mismo esta afrenta; pero todos los infortunios no son nada comparados con el de estar en poder de un hombre, de un canalla como usted, que no respeta ni el nombre español ni el caracter sagrado del militar vencido.

Todos los circunstantes admiraron el noble continente del prisionero, así como su altivo lenguaje y volvieron la espalda á Orrantia. Este se retiró avergonzado y hasta despues de una hora pareció volver en sí para dar órden de que se fusilara á algunos prisioneros y de que fuera conducido Mina á Silao con una fuerte escolta.

CONCLUSION.

—

Por más vivos que sean nuestros deseos de dar á nuestras leyendas un desenlace agradable, de esos que no dejan una impresion penosa despues de la lectura, no nos es posible, en virtud de que aquellas circunstancias no eran propicias para que hubiera acontecimientos venturosos. Así es que, el capítulo con que va á concluir ésta no es mas que una cadena no interrumpida de catástrofes é infortunios

Las personas que sean delicadas de nervios harán bien en pasarlo por alto, una vez advertidos de que solo van á ver desfilar una procesion de víctimas, figurando entre ellas las personas que deben haberles simpatizado más en esta relacion.

Respecto de la prision de Mina, Liñan rindió un parte al virey diciéndole entre otras cosas: "Tengo la satisfaccion de incluir á vuestra excelencia el parte original del Sr. coronel D. Francisco Orrantia en el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me participa tener en su poder al traidor Mina, y la cabeza de Moreno." Apodaca contestó de su puño y letra: "Quedo enterado de su aviso sobre la prision del traidor Mina, al cual, despues de recibirle una declaracion instructiva sobre las personas que lo auxiliaron en su depravada invasion y demás diligencias, tanto en Europa como en el Norte América, y si los hubiere en esa, se le darán los auxilios cristianos y *pasará por las armas* en pena de su atroz delito." Parece que nada dispuso el virey respecto de la cabeza de Moreno.

Por demas es decir que aquel acontecimiento produjo gran sensacion en la Córte, mandándose extraordinarios por todas partes con la fausta nueva y que se cantara el *Te Deum* en las iglesias con las demas preces, misas de pontifical, etc. celebrándose tanto en México como en las provincias la prision de Mina con regocijos públicos. Se compusieron himnos, hubo *Gacetas* extraordinarias y estuvieron repicando las campanas y prendiéndose fuegos artificiales durante ocho dias, tal era el pánico que habia logrado infundir con sus proezas aquel caudillo en el ánimo de todos los realistas. Al soldado que hizo la aprehension se le promovió á cabo y á Orrantia se le ascendióá coronel del Ejército. Posteriormente Liñan fué condecorado y Apodaca recibió el título de conde del Venadito.

Mientras tanto, Mina habia sido llevado del rancho de ese nombre á Silao custodiado por cuatrocientos hombres. Iba atado con los brazos á la espalda,

montado en un mal rocin que tiraba del cabestro el mismo dragon que lo habia aprehendido. Para mayor seguridad ocupaba el centro de la columna.

D. Mariano Herrera, dueño de la hacienda de la Tlachiquera, que ignoraba lo que habia pasado, fué aprehendido el mismo dia y condenado á muerte; pero su heróica mujer logró detener la ejecucion mientras promovia diligencias en México, y como estas no dieran resultado, el buen D. Mariano se fingió loco, logrando engañar hasta á los mismos médicos que lo examinaron, permaneciendo encerrado en una bartolina hasta el año de 1821, en que triunfante la independencia declaró que conservaba en perfecto uso su razon. Con tal reserva mantuvo su estado, que aún su familia llegó á estar persuadida durante cuatro años de que realmente habia perdido el juicio.

Orrantia, para que no se perdiera tiempo, al otro dia mismo 28 de Octubre nombró á un capitan Paredes en Silao para que formara la causa de Mina; pero como Liñan queria ver y ofrecer un espectáculo á los del fuerte de San Gregorio para que se acobardaran y rindieran, lo mandó conducir á su cuartel general en donde continuó la averiguacion el coronel D. Juan Orbegozo. En todas estas travesias el ilustre prisionero fué maltratado y escarnecido, hasta encontrarse en el campo de Liñan, cuyos oficiales lo trataron con alguna mediana consideracion.

Estando Mina persuadido de que iba á morir, tuvo una debilidad, que quizás se le extremó á verificar con alguna esperanza: escribió una carta á Liñan pidién-

dole una entrevista para aconsejarle de qué manera se podia conseguir la pacificacion de las provincias, manifestándose como arrepentido de haber abrazado la causa que lo habia llevado al sacrificio. Parece que sus paisanos deseaban salvarlo, pues Liñan suspendió la ejecucion y mandó la carta original al virey. Apodaca le contestó de su puño y letra: "Enterado de su oficio y carta del traidor Mina, sobre cuya suerte no debió detenerse, pues un criminal de esa naturaleza ya le tenia prevenido era reo de pena capital.... En cuanto al contenido de su carta, es una á la francesa revolucionaria y nada hay que hacer, pues el modo de acabar la revolucion es perseguir sus restos hasta aniquilarlos: para lo que encargo y mando de nuevo se hagan las dos secciones de caballeria que con órden de 1° de Noviembre dispuse, para que recorriendo el Bajío se concluya con todos los rebeldes, luego, luego."

En la mañana del dia 11 de Noviembre de 1817 recibió Liñan esta carta y dispuso que para la tarde se verificara la ejecucion en el cerro del "Bellaco" á la vista de los insurgentes del fuerte de los Remedios. Desde las tres comenzó á formarse la tropa y á las cuatro en ambos campamentos se vió desfilar la pequeña columna que conducia al mártir. El silencio de los insurgentes agolpados en sus parapetos era profundo, lo mismo que el de las tropas de Liñan, que desde los primeros gefes hasta los últimos soldados hubieran querido salvar á cualquiera costa á militar tan va-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Fusilamiento del general Mina en el campamento de Liñan.

liente, tan jóvén y tan digno. Mina no contaba mas que 29 años de edad.

Marchaba al frente de la escolta acompañado de dos eclesiásticos con paso firme y con semblante sereno. Cuando llegó al sitio en que estaba colocado el *pié de gallo*, dijo á los soldados que iban á hacerle fuego: "Solo les encargo que no me hagan sufrir." fueron sus últimas palabras. Se le obligó á volver la espalda: notándose que oponia á esto alguna resistencia, se le ató al poste y en seguida se oyó una descarga. La brillante extrella del guerrero quedó eclipsada para siempre: el defensor heroico de la libertad mexicana habia dejado de existir.

Las mujeres del fuerte lanzaron un ¡ay! lastimero los hombres se llevaron la mano á los ojos pronunciando un voto de venganza y las gentes de Liñan volvieron á su cuartel general con el cadáver.

Aquí deberia terminar esta leyenda: muerto el héroe principal, acabó la historia. Pero creemos indispensable tambien decir cómo concluyeron otros asuntos que están pendientes, y entre ellos el desenlace de la heroica defensa del fuerte de los Remedios en que se tenia á raya al poderoso ejército de Liñan con unos cuantos hombres muy mal armados y peor alimentados, mandados por el padre Torres.

Los insurgentes, á pesar de sus deseos de vengar la sangre de Mina, quedaron como anonadados por la muerte del intrépido general con que se habia formado un vacio muy difícil de llenar en aquellas cir-

cunstancias, limitándose á rechazar algunos ataques parciales y á hacer algunas salidas para favorecer la entrada de los convoyes que siempre caian en poder del enemigo.

Cuando los oficiales extrangeros se presentaron á Torres diciéndole que querian atacar el campo de Liñan, les contestó aquel:

—No tenemos suficientes municiones por ahora para poder emprender nada contra el enemigo; pero ya he mandado un correo pidiéndolas urgentemente á la Junta de Jaujilla, lo mismo que un surtido de medicinas que tanta falta hacen para curar á nuestros enfermos.

Pocos dias despues se presentó una corta fuerza trayendo el convoy y avisados los del fuerte salieron á proteger la entrada; pero como los realistas estaban alerta, atacaron oportunamente á los conductores del cargamento quitándoles ademas de este, tres prisioneros que fusilaron en el acto. Los sitiados gastaron su parque inútilmente, pues que no pudieron oponerse con fruto á la fuerza triplicada que les lanzaron los gefes realistas.

Entonces los capitanes Crocker y Kansay, oficiales extrangeros, ambos jóvenes, dijeron al padre Torres:

—Señor, queremos ir á vengar la muerte de nuestro general.

—Hijos mios, no tenemos parque, les contestó Torres.

—Nuestro designio es atacarlos al arma blanca, arguyó Crocker.

—Al arma blanca solamente?

—No necesitamos mas que caer sobre el enemigo de un modo súbito.

Aventurada pareció la empresa al padre Torres, pero no pudiendo resistir más á aquellos deseos tan repetidos y vivamente manifestados, les dijo al fin:

—Quedan ustedes autorizados para practicar esa maniobra que proyectan en la forma que crean conveniente.

Era el 28 de Diciembre cuando tenian esta conversacion el gefe con sus subalternos y para la noche de ese mismo dia se dispuso el ataque.

Los jóvenes Crocker y Kansay salieron del fuerte á las once de la noche al frente de trescientos hombres logrando llegar con todo sigilo á la posicion del Tigre. Cuando estuvieron á dos pasos de la fortificacion exclamó Crocker:

—A vengar á nuestro general, camaradas!

Y se lanzó él primero con sable en mano batiéndose como un leon. Los realistas casi sorprendidos, pues no tuvieron tiempo mas que de disparar un bote de metralla, fueron acuchillados sin misericordia escapando unos pocos de la guarnicion que fueron á refugiarse en la segunda batería. Esta tambien fué tomada á viva fuerza, los cañones clavados y las municiones que no podian utilizarse, incendiadas, continuando el ataque vigorosamente sobre la tercera bateria. Liñan habia tenido ya tiempo de mandar refuerzos y entonces los insurgentes se retiraron despues de causar daños irreparables en los dos fuertes

que habian ocupado, pues que inutilizaron diez cañones y mataron doscientos hombres. Ellos tuvieron veinte y siete de pérdida entre muertos y heridos.

Crocker volvió satisfecho al fuerte y al dar parte á Torres le dijo con orgullo:

—La sangre de Mina está suficientemente vengada, mi general.

Pero el tiempo corria, los dias se sucedian á los dias, las semanas á las semanas y los meses á los meses, sin que Liñan levantara el sitio ni emprendiera nuevos ataques.

Libre ya de los temores de Mina aguardaba pacientemente á que los sitiados mismos proporcionaran el natural desenlace de aquella situacion; y en efecto los víveres empezaron á escasear, las municiones estaban del todo agotadas y las enfermedades sin medios de ser curadas, diezmaban á la ya reducida guarnicion. Se decidió entonces lo que hubiera podido hacerse uno ó dos meses antes con la mayor facilidad: evacuar el fuerte y se designó para ello la noche del 1° de Enero de 1818. Aquí se renovó la dolorosa escena del fuerte del Sombrero, los heridos y enfermos que quedaban llenando los hospitales lanzaban gritos de desesperacion viendo alejarse á sus compañeros y los que podian los seguian aunque fuera arrastrándose. La salida se verificó por Panzacola y sucedió lo que era de esperarse: los realistas sintieron el movimiento, encendieron fogatas, iluminaron el campo, ocuparon las posiciones abandonadas y cercaron á los insurgentes por todos lados acuchillándolos sin piedad. Unos cuantos murieron defendiéndose, los demás ó se ocultaron en el fondo de las barrancas para ser encontrados allí y fusilados al dia siguiente ó se dispersaron, escapándose con heróicos trabajos por entre las peñas. Solamente se salvaron el padre Torres, 17 hombres de la antigua division de Mina y cosa de otros cien más de los antiguos insurgentes. Los demás todos murieron, tocando esta suerte á Novoa y á Muñiz que fueron fusilados, y á Crocker y Hennessey y demás extranjeros que murieron matando. Los hospitales fueron incendiados por órden de Liñan con todo y enfermos y prisioneros para evitarse el trabajo que estaban dando tantos fusilamientos. Novoa murió victoreando á la República. Así acabó este memorable sitio en medio de la sangre, el fuego y las mayores atrocidades, acreditándose Liñan de cruel entre los crueles, de inhumano entre los inhumanos, de vil entre los viles.

Adrian Pinto, mientras tanto, seguia comprometido en Mexico en difíciles y peligrosas aventuras. Luego que pudo salir del meson, merced á la hábil estratajema que habia puesto en planta, sin pararse en ninguna determinacion, se dirigió á la casa de Iturbide pensando que este podria aconsejarle el camino que debia seguir una vez que le confesara todo lo que le estaba pasando. Llegó allí sin tropiezos, se hizo anunciar y aunque con grandes dificultades logró anticipar la hora de la cita que tenia con el coronel. Este se sorprendió de ver el desórden que manifestaba no solo en su traje sino tambien en su fisonomía.

Pinto le refirió la historia que ya conocemos. Al principio Iturbide se manifestaba impaciente como si álguien lo estuviera esperando en otra habitacion con asuntos importantes; pero despues fué interesándose tanto en la relacion que llegó á acercar más su asiento junto al capitan insurgente para oirlo mejor. Cuando concluyó le dijo estrechándole la mano:

—Bien, jóven, se ha conducido usted como un valiente. Ahora permanecerá usted aquí hasta que pueda salir sin dificultad.

En política siguieron entendiéndose hasta un dia en que llegó la noticia de la prision de Mina, que á Iturbide no le produjo gran emocion, mientras que á Pinto le puso fuera de sí de rabia y de dolor. Antes de que se supiera la noticia de la muerte del general, Adrian habia sido ya advertido por las gentes de Iturbide de que tenia que apresurarse á ponerse en salvo para no comprometer más al coronel.

—¿Podré hablarle? preguntó el dia que habia fijado para la marcha.

—No se puede, le contestó el ayudante encargado de ponerle á la puerta.

—Está muy bien, le contestó Adrian, y colocándose su maleta debajo del brazo, se echó á andar por las calles sin haberse propuesto un rumbo fijo.

Dejó á un lado los árboles del Paseo de Bucareli y se introdujo entre la espesa arboleda que se ligaba desde allí con los bosques de Chapultepec.

Cuando llegó á uno de los sitios mas escondidos se

sentó bajo un árbol, colocó á sus piés la maleta y tuvo consigo este razonamiento:

—Apenas puedo creer que hayan podido hacer prisionero á Mina: ello es que los valientes, los audaces y los hombres de más iniciativa, son los que más frecuentemente están en peligro de caer prisioneros ó de morir en los combates. Los cobardes son los que consiguen escaparse siempre. No, no es posible dudar de que Mina ha caido prisionero, así como no es posible dudar de que á estas horas debe estar fusilado y concluida la revolucion en el Bajío. Muerto el hombre nuevo que le daba impulso, que la habia galvanizado, es seguro que á estas horas los realistas pasean triunfantes sus banderas desde Querétaro hasta Guadalajara. Mina era el hombre con quien yo tenia ciertos compromisos, con quien yo estaba íntimamente ligado por deber, por gratitud y por cariño, ¿cuál es la conducta que deberé seguir ahora que está muerto? ¿Qué objeto tendria el continuar mi viaje para unirme á Bravo, á Victoria, á Guerrero ó á cualquiera de los grandes insurgentes que andan de aquí para allá entre los montes para poder conservar la vida? ¿De qué podria servirles mi brazo cuando no pueden aprovechar el suyo ni el de sus partidarios? Decididamente yo no tengo mision que ir á cumplir con esos señores. Si estuviera vivo Mina de aquí mismo me volvia, seguro de que mucho podria servirle cuanto he visto y he sabido aquí en México durante mi permanencia en la casa de Iturbide; muerto Mina estos secretos morirán conmigo ó

vivirán guardados eternamente en el fondo de mi pecho sin que nadie pueda aprovecharlos. ¿Qué me importan ahora los insurgentes ni la revolucion? Es cierto que me he batido en las filas insurrectas contra los realistas á veces de un modo desesperado; pero era para agradar á Mina y para hacer carrera en una causa que iba progresando. Ahora ir á buscar la muerte entre los pequeños grupos que andan dispersos equivale á presentarse aquí mismo, evitándose las molestias del viaje. De ir á morir entre los matorrales á morir aquí á manos de los verdugos del virey, es preferible morir aquí en donde al menos habrá algunos ojos que quizás derramarán una lágrima por el pobre alférez. Decididamente no huiré sino que me quedaré en México hasta que me reconozcan, me aprehendan y me hundan en alguna mazmorra en que esté encerrado el resto de mis dias. Este destino es el menos malo que se me aguarda, pues que tal vez no seré decapitado, sino que seré encerrado para siempre en un calabozo. Enterrado vivo..... ¡qué horror! esa no será vida.

Pero y si yo consiguiera hacerme reconocer de mis parientes, interesándolos en que arreglaran con el virey de un modo decoroso que yo pudiera vivir en México sin meterme con nadie..... ¡Oh! ¡que delirio! Mis crímenes son muchos..... Primero, desertor; segundo; asesino, tercero, insurgente..... y luego mis complicidades con las hechiceras y con los conspiradores..... Si cada uno de esos delitos lleva consigo la pena de muerte, ¿me podrán perdonar el

menor de ellos? Pero suponiéndolos perdonados todos: ¿me perdonarían De Gabriel y los vireyes los que ante sus ojos me presenten como el hombre mas criminal del mundo?.....

Aquí llegaba de sus reflexiones cuando súbitamente percibió un rumor de armas. Antes de que pudiera pensar siquiera en ponérse en salvo, se vió rodeado de soldados.

Rápidamente hizo esta reflexion:

—No puedo esperar, si caigo prisionero, mas que la humillacion de morir en un patíbulo ó la desesperacion de vivir eternamente en un calabozo. Es preferible entonces vender cara mi vida.

Mas y mas se afirmó en esta idea cuando reconoció la voz de De Gabriel que decía:

—Procuren que caiga vivo, pero en todo caso impidan que logre escaparse.

—Ah! miserable! exclamó Adrian y se lanzó al lugar en donde habia escuchado aquella voz, furioso como un tigre.

De Gabriel que lo vió venir se fué parapetando de uno á otro árbol á la vez que gritaba:

—Socorro! me persigue el traidor..... fuego sobre él!

Nueve dragones, pues en esta vez los que perseguian á Pinto eran dragones que habian dejado sus caballos á la entrada del bosque, hicieron fuego sobre el joven, quien cayó atravesado de varios tiros, á la vez que le salian espumarajos de sangre por la boca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Señor Villalva, dijo De Gabriel á su segundo, mande vd. que se lleven el cadáver á Palacio, yo me adelanto á prevenir á los vireyes.

En efecto, De Gabriel anunció lo sucedido á Apodaca, Apodaca á su muger y esta que no era nada prudente fué á decirlo llena de júbilo á su hija Elena.

—Mentira! dijo ésta, Adrian no ha muerto.

—Ven á ver su cadáver si quieres. Aquí está en el despacho del virey.

Elena se lanzó allí como una leona que fuera en busca de sus cachorros. Al ver el cuerpo de Adrian Pinto sobre la alfombra, dió un grito y cayó junto á él de rodillas. Pinto todavia estaba vivo, pues se le vió abrir los ojos y reconocer á la jóven dirigiéndole una mirada extraviada. Sus lábios se extremecieron y en seguida espiró.

Como todo esto habia sido instántaneo, el virey apenas habia tenido tiempo de ordenar que se llevaran de allí á Elena.

Esta paseó una mirada llena de altivez sobre todos los concurrentes y en seguida lanzó una prolongada y estentórea carcajada.

¡Estaba loca!

FIN DE LA LEYENDA V.

ERRATAS NOTABLES.

Página 194 línea 10 dice "palabras de Muñiz" debe decir: "palabras de Rosales."

Página 279 línea 11 dice: "ver detenido" debe decir: "ser detenido."

Página 423 línea 29 dice: "tambien digo" debe decir: "tambien dije."

Página 447 línea 12 dice: "no queria darle" debe decir: "no queria apearle."

Página 609 línea 11 dice: "y agregar que" debe decir: "quien le contestó que."

Página 627 línea 2 dice: "someterme á" debe decir: "sujetarme á."

Página 637 línea 18 dice: "Octubre de 1818" debe decir: "Octubre de 1817."

Página 638 línea 20 dice: "sobre que acuchillaron sobre" debe decir: "sobre que acuchillaron en."

Página 639 línea 5 dice: "que abandonar" debe decir: "que desperdiciar."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Señor Villalva, dijo De Gabriel á su segundo, mande vd. que se lleven el cadáver á Palacio, yo me adelanto á prevenir á los vireyes.

En efecto, De Gabriel anunció lo sucedido á Apodaca, Apodaca á su muger y esta que no era nada prudente fué á decirlo llena de júbilo á su hija Elena.

—Mentira! dijo ésta, Adrian no ha muerto.

—Ven á ver su cadáver si quieres. Aquí está en el despacho del virey.

Elena se lanzó allí como una leona que fuera en busca de sus cachorros. Al ver el cuerpo de Adrian Pinto sobre la alfombra, dió un grito y cayó junto á él de rodillas. Pinto todavia estaba vivo, pues se le vió abrir los ojos y reconocer á la jóven dirigiéndole una mirada extraviada. Sus lábios se extremecieron y en seguida espiró.

Como todo esto habia sido instántaneo, el virey apenas habia tenido tiempo de ordenar que se llevaran de allí á Elena.

Esta paseó una mirada llena de altivez sobre todos los concurrentes y en seguida lanzó una prolongada y estentórea carcajada.

¡Estaba loca!

FIN DE LA LEYENDA V.

ERRATAS NOTABLES.

Página 194 línea 10 dice "palabras de Muñiz" debe decir: "palabras de Rosales."

Página 279 línea 11 dice: "ver detenido" debe decir: "ser detenido."

Página 423 línea 29 dice: "tambien digo" debe decir: "tambien dije."

Página 447 línea 12 dice: "no queria darle" debe decir: "no queria apearle."

Página 609 línea 11 dice: "y agregar que" debe decir: "quien le contestó que."

Página 627 línea 2 dice: "someterme á" debe decir: "sujetarme á."

Página 637 línea 18 dice: "Octubre de 1818" debe decir: "Octubre de 1817."

Página 638 línea 20 dice: "sobre que acuchillaron sobre" debe decir: "sobre que acuchillaron en."

Página 639 línea 5 dice: "que abandonar" debe decir: "que desperdiciar."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

de los capítulos que contiene la leyenda V.

Capítulos.	Páginas.
I.—El Prólogo	3
II—Conspiracion	13
III.—¡Viva el Congreso!	26
IV.—Otro difunto	37
V.—Final de 1815	49
VI.—Bandolerismo	62
VII.—Solemne pícaro	75
VIII.—¡Absuelto!	88
IX.—Programa de desgobierno	102
X.—Clemencia	115
XI.—El primer bando	128
XII.—Un buenote	141
XIII.—Traidores de marca	154
XIV.—Capitulaciones	168
XV.—¡Mas sangre!	182
XVI.—Rivales	196
XVII.—Hechizos	210
XVIII.—Cruz	225
XIX.—Ceremonia nupcial	239
XX.—Otro casamiento	253
XXI.—Escollos	267
XXII.—Luchas	281
XXIII.—¡Un gato!	295
XXIV.—Otra defeccion	309

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulos.	Páginas.
XXVI.—¡El enemigo!	336
XXVII.—¡Victoria	348
XXVIII.—Senda de abrojos	361
XXIX.—¡Amigos!	375
XXX.—El fuerte	388
XXXI.—Fuerte del sombrero	402
XXXII.—Audacia	417
XXXIII.—¡Viva Mina!	432
XXXIV.—Contraste	445
XXXV.—Sed y temeridad	459
XXXVI.—¡Salvos!	473
XXXVII.—Denuedo	486
XXXVIII.—Crueldades	499
XXXIX.—Sacrificios	513
XL.—El Tepeyac	528
XLI.—Expediciones	542
XLII.—Cosas de cruz	555
XLIII.—Dura travesia	568
XLIV.—Escaramuzas	582
XLV.—Crocker	596
XLVI.—Aventuras	609
XLVII.—Encuentros	623
XLVIII.—Ultimo golpe	636
Conclusion	649

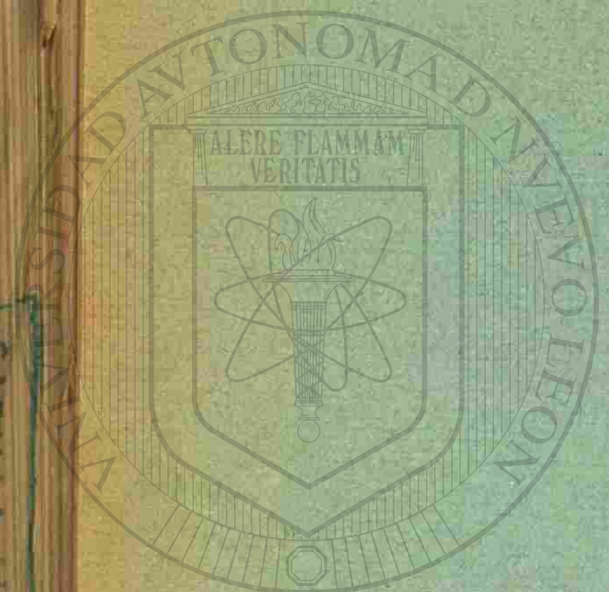
COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
Francisco Javier Mina	3
—Ahora nosotros al encuentro del enemigo	29
Iturbide se puso blanco quien sabe si de cólera ó de temor, pero recobrando aliento tuvo fuerzas para decir casi entre dientes:	
—Yo me justificaré	74
—Su excelencia no recibe	114
El primer bando de Apodaca:	
"Se prohibe volar papelotes"	140
—No, aquí estoy, les dijo Terán, para morir con ustedes ó salvarnos todos juntos	180
....súbitamente se sintió atenazado por las garras de cuatro hombres que habian salido con toda cautela de entre los árboles	215
Elena lanzó un grito y cayó desmayada	252
—Y el enemigo?	
Comandante le contestó un soldado á Berenger no hemos encontrado aquí más ser viviente que este gato	306
Entonces no se oyó mas que un solo grito dado por los prisioneros ya libres, por los soldados y por los vecinos de la poblacion.	335
¡Viva Mina!	374
El cura se echó á las plantas de Mina	
—¿En donde está el resto de la guarnicion?	
—Esta es toda	401

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Fuego! ¡fuego! repetía sin cesar Mina á sus soldados y él mismo les ayudaba á cargar las armas. 411
—¡Dinero enterrado! exclamó Moreno examinado uno de los pesos..... 434
—Señor coronel Villaba, le dijo el presidente de la Audiencia, ¿es su señoría el militar mas antiguo que hay en la ciudad?..... 562
—Sepamos de qué se trata, dijo el vocal Ojeda.. 589
—¡Quieto!..... 622
Fusilamiento del general Mina en el campamento de Liñan..... 653

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS